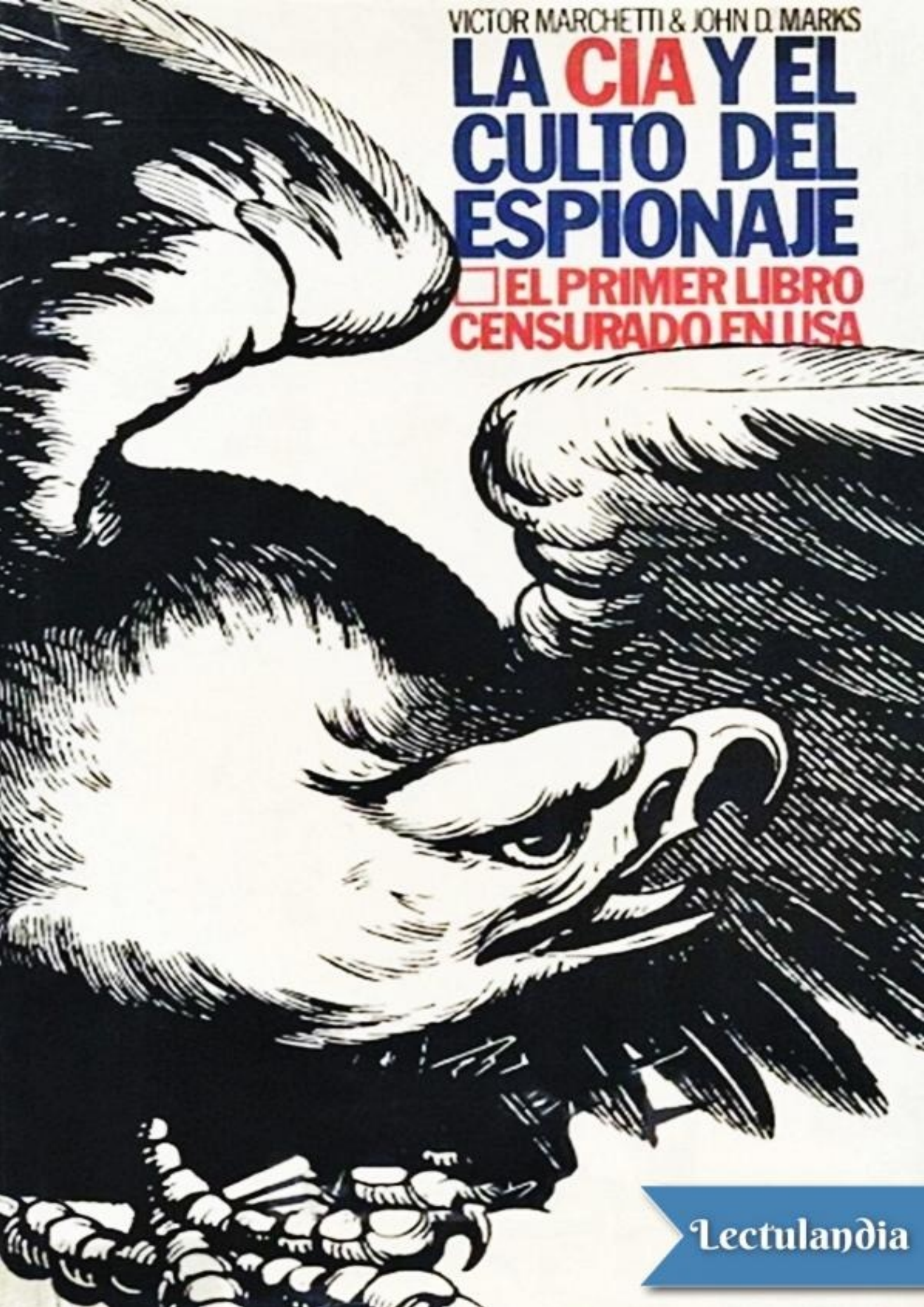
VICTOR MARCHETTI & JOHN D. MARKS

LA CIA Y EL CULTO DEL ESPIONAJE

EL PRIMER LIBRO CENSURADO EN USA



Lectulandia

Los hechos que los autores muestran en el libro nunca se habían puesto de manifiesto con anterioridad de forma tan explícita. Victor Marchetti trabajó catorce años en la CIA, llegando a ocupar en ella un cargo de responsabilidad. John Marks, coautor del libro, pudo ver muy de cerca, desde su puesto en el Departamento de Estado, en qué consistían los métodos de la Agencia y los fines que se proponía. La experiencia y conocimientos de los dos autores hacen incontrovertibles la tesis del libro: que la interferencia ilegal en los asuntos de otros países, y hasta en los asuntos de los Estados Unidos, ha prolongado indebida y peligrosamente la función informativa inicial de la CIA.

En el libro aparecen muchos detalles: cómo la Agencia, con tácticas que incluían *raids* aéreos con sus propios B-26, trató de derrocar a Sukarno en 1958; cómo organizó operaciones paramilitares contra los chinos en el Tibet: cómo opera a través de «organizaciones de propietarios», que la respaldan y le brindan un equipo formidable, que va desde líneas aéreas a emisoras de radio. También se menciona el hecho de que la noche del famoso incidente del golfo de Tonkin, hubiera rondando por las inmediaciones una patrullera PT de la CIA; así como el papel desempeñado por ella en la captura del «Che» Guevara. Y muchas más cosas. ¿Qué detalles quedan ocultos en los párrafos censurados?

Pero la importancia del libro reside de forma especial en la imagen que los autores dan de esta gigantesca organización, que opera libre de cualquier clase de supervisión. Los autores diseccionan la Central Intelligence Agency —su estructura, presupuesto, funciones, personal a su servicio— y muestran cómo actúa, escudándose en normas que en muchas ocasiones inventa, fuera del control del Congreso, de los distintos Presidentes (que en ocasiones la han utilizado como si se tratase de su ejército particular, una especie de guardia pretoriana) y la prensa.

El libro significa un triunfo de la determinación por parte de sus autores, la editorial Knopf y la American Civil Liberties Union, los cuales defendieron el manuscrito contra el esfuerzo parcialmente afortunado de censurarlo. Melvin L. Wulf, director jurídico de la ACLU, escribe en la introducción que Marchetti ha sido el primer escritor norteamericano que ha recibido una orden oficial de censura procedente de un tribunal de los Estados Unidos. —«Washington Post».

Lectulandia

Victor Marchetti & John D. Marks

La CIA y el culto del espionaje

ePub r1.0
Titivillus 13.11.2018

Título original: *The CIA and the Cult of Intelligence*
Victor Marchetti & John D. Marks, 1974
Traducción: Juan Olivar Badosa
Diseño de cubierta: Carlos Rolando & Asociados, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

ÍNDICE

Nota del editor

Prefacio de los autores

Reconocimiento

Introducción

Primera parte

Capítulo 1.— LA SECTA DEL ESPIONAJE
Capítulo 2.— LA TEORÍA DE LA CLANDESTINIDAD
Capítulo 3.— LA CIA Y LOS SERVICIOS DE INFORMACIÓN

Segunda parte

Capítulo 4.— LAS OPERACIONES ESPECIALES
Capítulo 5.— LAS ORGANIZACIONES PROPIEDAD DE LA CIA
Capítulo 6.— LA PROPAGANDA Y LA INTOXICACIÓN INFORMATIVA
Capítulo 7.— ESPIONAJE Y CONTRAESPIONAJE

Tercera parte

Capítulo 8.— LA MENTALIDAD CLANDESTINA
Capítulo 9.— EL ESPIONAJE Y LAS OPCIONES POLÍTICAS NACIONALES
Capítulo 10.— EL CONTROL SOBRE LA CIA
Capítulo 11.— CONCLUSIONES
Apéndice. — LOS «PRINCIPIOS» DE BISSELL

Sobre los autores

Notas

Y CONOCERÉIS LA VERDAD,
Y LA VERDAD OS HARÁ LIBRES.

Juan, 8:32

(inscrito en el muro de mármol
del vestíbulo principal de la sede
de la CIA, en Langley, Virginia)

Nota del editor

De acuerdo con un mandamiento judicial emitido por un tribunal federal, los autores del presente libro tuvieron que presentar el manuscrito a la revisión de la CIA antes de su publicación. Amparándose en la providencia judicial antes citada, la CIA ordenó la supresión de 339 pasajes de extensión variable. Posteriormente, a consecuencia de una demanda judicial interpuesta por los abogados de ambos autores —y también debido a que el editor y los autores entablaron un pleito con la CIA oponiéndose a la censura que este organismo ejercía—, todos los pasajes censurados, excepto 168, obtuvieron autorización para su publicación.

Por su parte, un juez federal autorizó la publicación de 140 pasajes más, así como fragmentos de otros dos; sin embargo, debido a los recursos interpuestos contra la decisión de este juez, dichos pasajes no han podido ser incluidos en la presente edición. En la *Introducción*, redactada por Melvin L. Wulf, encontrará el lector un relato completo de todas esas vicisitudes judiciales.

Por consiguiente, el actual manuscrito de *La CIA y el culto del espionaje* constituye una clarísima demostración del funcionamiento real del sistema de «clasificación» de la CIA. En la presente edición, los pasajes censurados en un principio por la CIA y que luego este organismo dejó publicar a regañadientes aparecen impresos en negritas. Las supresiones confirmadas, incluyendo los ciento cuarenta y tantos pasajes autorizados pero no publicables aún por razones legales, se hallan indicadas por espacios en blanco precedidos y seguidos por paréntesis: **(CENSURADO)**. Dichos espacios corresponden a la longitud real de los pasajes suprimidos.

Prefacio de los autores

I

Intervine por primera vez en asuntos de espionaje e información durante los primeros años de la guerra fría, mientras cumplía el servicio militar en las tropas del Ejército de los Estados Unidos estacionadas en Alemania. En 1952 me enviaron a la escuela «especial» del Mando para Europa, instalada en Oberammergau, para que estudiara ruso y los rudimentos de las técnicas y los métodos utilizados por los servicios de espionaje. Posteriormente fui destinado a la frontera de Alemania oriental. La información sobre los planes y las actividades del enemigo que recogíamos allí no tenían gran valor, pero el destino era bueno; a veces incluso era divertido el trabajo que hacíamos. Estábamos convencidos de que salvaguardábamos la libertad del mundo democrático, de que nos hallábamos en la primera línea de defensa contra la expansión del comunismo.

Terminado el servicio militar, reanudé mis estudios en la universidad estatal de Pennsylvania, licenciándome en estudios soviéticos y en historia. Poco antes de terminar la carrera fui reclutado en secreto por la CIA, en la que ingresé oficialmente en 1955; la lucha entre la democracia y el comunismo parecía más importante que nunca, y la CIA estaba en la primera línea de esta decisiva batalla internacional. Yo quería aportar mi contribución.

Con excepción de un año que pasé en los Servicios Clandestinos, dedicado casi todo él a actividades de adiestramiento, la mayor parte de mi carrera en la CIA estuvo consagrada, sobre todo, a trabajos de tipo analítico. En calidad de especialista en asuntos militares soviéticos, realicé tareas de investigación, luego de información normal y finalmente de evaluación nacional, lo que en aquel momento constituía la forma más perfeccionada de producción de información. En un momento dado llegué a ser el experto más destacado de la CIA —y seguramente de la Administración de los Estados Unidos— en lo referente a la ayuda militar soviética a los países del Tercer Mundo. Participé en la revelación de las actividades furtivas llevadas a cabo por Moscú y que culminaron en la crisis de los misiles enviados a Cuba en 1962; posteriormente contribuí también a descifrar el enigma del llamado «problema de los ABM (es decir, de los misiles antibalísticos) soviéticos».

De 1966 a 1969 trabajé como funcionario integrado en el personal de la oficina del director de la CIA, donde desempeñé, entre otros, los cargos de ayudante especial del jefe de planificación, programación y presupuestos, de ayudante especial del director ejecutivo y de ayudante para cuestiones ejecutivas del subdirector general. Fue durante esos años cuando llegué a darme cuenta de cómo funcionaba en con junto aquella organización tan fuertemente compartimentada y de cuál era el papel

que representaba la CIA en el conjunto de las actividades de espionaje desarrolladas por los Estados Unidos. Desde la oficina del director, la visión que se tenía era al mismo tiempo reveladora y descorazonadora. En realidad, la CIA, contrariamente a lo que creían el Congreso y el público en general, no funcionaba esencialmente a modo de un centro de intercambio de información y de producción de material de espionaje para el Gobierno. Su misión básica era la realización de operaciones clandestinas, singularmente de acciones efectuadas bajo cuerda…, es decir, la intervención secreta en los asuntos internos de otros países. Tampoco era cierto que el director general de la CIA fuera un personaje dominante (ni estaba interesado en serlo), en las tareas de dirección y de gerencia de las actividades de espionaje norteamericanas, de las cuales era el jefe sobre el papel. Su ocupación principal consistía más bien en la supervisión de las actividades clandestinas de la CIA, y en eso no se diferenciaba gran cosa de sus predecesores en el cargo ni del actual director de la agencia.

Desengañado y en desacuerdo con gran parte de la política que seguía la agencia, así como con la mayoría de las prácticas a que recurría —que, por lo demás, no se diferenciaban gran cosa de las del conjunto de los organismos de espionaje del país y del propio Gobierno de los Estados Unidos—, dimití de la CIA a finales de 1969. Sin embargo, como quiera que durante tantos años me habían adoctrinado con la teología de la «seguridad nacional», durante cierto tiempo fui incapaz de expresar públicamente mis convicciones. Tengo que admitir también que me hallaba imbuido todavía por la mística de la agencia y del trabajo de la información general, hacia los cuales me quedaba un resto de afecto. Por consiguiente, traté de expresar mi pensamiento (aunque quizá debiera decir, con más exactitud, mis sentimientos) en forma literaria. Escribí una novela, titulada *The Rope-Dancer*, en la que traté de comunicar al lector cómo era en realidad la vida dentro de una agencia secreta como la CIA y qué diferencias había entre el mito y la realidad en esta profesión, idealizada en exceso.

La publicación de la novela tuvo dos consecuencias. En primer lugar, me hizo entrar en contacto con numerosas personas que no pertenecían al mundo de la información, tan aislado y cerrado sobre sí mismo, y que se hallaban preocupadas por el crecimiento incesante de los servicios de información y por el papel cada vez más importante que desempeñaban en el gobierno del país. A su vez, eso me decidió a exponer abiertamente a la luz pública el sistema del espionaje de los Estados Unidos, con la esperanza de contribuir con ello a su reforma. Convencido de que la CIA y los servicios de espionaje son incapaces de reformarse por sí mismos y de que los Presidentes, que consideran todo el sistema de información como una posesión privada, no tienen el menor deseo de cambiarlo de raíz, albergaba la esperanza de hallar apoyo para una investigación a fondo en el Congreso. Pronto hube de darme cuenta, sin embargo, de que aquellos miembros del Congreso que disponían del poder para imponer las reformas no estaban interesados en hacerlo. Los restantes, o bien no

tenían medios para ello, o bien se mostraban indiferentes al problema. Por tanto, tomé la resolución de escribir un libro —este libro— en el que pudiera expresar mis opiniones sobre la CIA y donde explicara las razones que yo tenía para creer que había llegado el momento de que todos los servicios de información de los Estados Unidos fueran sometidos a revisión y reforma.

Tanto la CIA como la Administración han luchado largamente y con denuedo —y no siempre con corrección— para impedir que este libro fuera escrito primero y luego publicado. Recurriendo a triquiñuelas legales y evocando el fantasma de las infracciones contra la «seguridad nacional», se las han arreglado para conseguir una restricción sin precedentes del derecho de libre expresión que me garantiza la Constitución. Han conseguido que se lanzara contra mí un mandamiento *permanente*, injusto y ultrajante, en virtud del cual todo lo que yo escriba o declare, *«tanto si se refiere a los hechos como si tiene carácter literario u otro»*, sobre el tema de los servicios de información debe pasar previamente por la censura de la CIA. Si no quiero incurrir en el delito de desacato al tribunal, sólo puedo hablar por mi cuenta y riesgo exclusivamente y tengo que conceder un plazo de treinta días a la CIA para que la agencia revise y purgue mis escritos… antes de proponerlos a un editor para su posible publicación.

Se ha dicho que uno de los peligros que corre una sociedad democrática enfrentada con sistemas totalitarios como el fascismo y el comunismo reside en el hecho de que el gobierno democrático pueda caer en la tentación de imitar los métodos del enemigo, con lo que destruye la misma democracia que trata de defender. No puedo dejar de preguntarme si mi Gobierno está más interesado en defender nuestro sistema democrático o en imitar los métodos de los regímenes totalitarios con el fin de conservar su poder, ya excesivo, sobre el pueblo norteamericano.

VICTOR MARCHETTI

Oakton, Virginia
Febrero de 1974

II

Mi caso es distinto al de Victor Marchetti, pues yo no ingresé en la Administración pública para realizar tareas de información. En cambio, recién salido de la universidad, en 1966, entré en el servicio diplomático. Mi primer destino tenía que ser Londres, pero, como me reclamaba la junta de reclutamiento militar, el Departamento de Estado me aconsejó que, para evitar tener que vestir el uniforme, lo mejor que podía hacer era irme al Vietnam en calidad de consejero civil del llamado programa de pacificación. No tuve más remedio que seguir esta recomendación y

pasé los dieciocho meses siguientes en aquel país, regresando a Washington poco después de la ofensiva del Tet, en febrero de 1968. Por experiencia personal sabía que la política norteamericana en Vietnam no llevaba a ninguna parte, pero, como tantos otros, creía aún que los Estados Unidos podían «vencer» si se utilizaban técnicas diferentes. Tan pronto como regresé a este país me di cuenta de que el compromiso norteamericano en Indochina no sólo era ineficaz, sino que constituía un error total.

El Departamento de Estado me había destinado a la Oficina de Información e Investigación, primero como analista de asuntos belgas y franceses y luego como asistente del director de los servicios de información del Departamento. Puesto que esta oficina se encarga de las relaciones entre el Departamento de Estado y el resto de los servicios de información, me encontré formando parte por primera vez de la red mundial del espionaje norteamericano, no exactamente en calidad de participante activo, sino como correo de documentos supersecretos o bien tomando notas en las reuniones al más alto nivel sobre asuntos de información. Y allí es donde volví a tropezar con el mismo tipo de despilfarro y de ineficacia que ya conocía del Vietnam; peor aún, encontré de nuevo el estilo de razonar que había arrastrado al país al avispero de Indochina. En las altas esferas de los servicios de espionaje se había perdido la noción de que la intervención en los asuntos internos de otros países no era un derecho inherente a los Estados Unidos. «No seas idealista; tienes que acostumbrarte a vivir en el mundo “real”», me decían los profesionales; pero cada vez me costaba más darles la razón.

Para mí, la gota que hizo rebosar el vaso fue la invasión de Camboya por los Estados Unidos, en abril de 1970. Me sentí algo responsable personalmente de ello porque sólo dos meses antes, mientras me hallaba destinado temporalmente en un grupo de estudio de la Casa Blanca, había contribuido a redactar un informe bastante pesimista sobre la situación en el Vietnam. Me pareció que las conclusiones a que habíamos llegado de buena fe, acerca de la precaria posición del gobierno Thieu, habían sido utilizadas tácitamente para justificar la extensión declarada de la guerra a otro país.

Ahora desearía haber abandonado el Departamento de Estado el mismo día en que las tropas penetraron en Camboya. De todos modos, pocos meses después encontré trabajo como ayudante ejecutivo del senador Clifford Case, de Nueva Jersey. Conociendo la oposición del senador hacia la guerra, consideré que mi nuevo trabajo me brindaba una oportunidad para intentar enmendar los errores en que, en mi opinión, había caído la política exterior de los Estados Unidos.

Durante los tres años que permanecí con el senador Case, trabajando junto a él en una esforzada labor legislativa destinada a poner fin a la guerra, a poner coto a los servicios de información y a frenar los abusos de la Presidencia en la interpretación de ciertos acuerdos ejecutivos, trabé conocimiento con Victor Marchetti. Dado que compartíamos el mismo interés y una común experiencia en cuestiones de espionaje, hablábamos a menudo sobre la manera de mejorar el estado de cosas a este respecto.

En otoño de 1972, visiblemente trastornado por la acción judicial que la Administración había emprendido contra el libro que tenía la intención de escribir (pero que aún no había empezado a redactar), creyó oportuno buscar a alguien que le ayudara a hacer este trabajo. Le interesaba, sobre todo, hallar una persona cuyo historial le permitiera contribuir sustancialmente a la obra, además de ayudar en la redacción propiamente dicha. Este libro es el resultado del esfuerzo con junto realizado por ambos.

Tomé parte en este trabajo con la esperanza de que lo que teníamos que decir influiría de un modo efectivo en el público y en el Congreso, en el sentido de que contribuiría a instaurar un cierto control sobre los servicios de espionaje norteamericanos; de que pondría fin al tipo de intervención en el extranjero que, además de resultar contraproducente, se hallaba en contradicción con los ideales de acuerdo con los cuales se supone que este país se gobierna a sí mismo. Queda por ver si esa esperanza era infundada.

JOHN D. MARKS

Washington, D. C.
Febrero de 1974

Reconocimiento

El trabajo en *La CIA y el culto del espionaje* empezó a principios de 1972 y desde el comienzo tropezó con innumerables dificultades, debidas principalmente a una CIA que no ocultaba su irritación y a una Administración mal orientada. Durante esta penosa experiencia, nuestro amigo y agente literario, David Obst, no cesó de damos ánimos y de prestarnos su ayuda. Igualmente, las excelentes personas de la American Civil Liberties Union —Aryeh Neier, Sandy Rosen, John Shattuck, Mimi Schneider y otros, pero sobre todo Mel Wulf— nos prodigaron sin tasa sus consejos y nos facilitaron la defensa legal efectiva de nuestros derechos constitucionales. Han sido para nosotros unos amigos sin comparación posible. Estamos en deuda de gratitud especialmente con nuestro editor, Dan Okrent, y con Tony Schulte, de la editorial Knopf, que nunca perdieron la fe y en todo momento nos inspiraron con su ejemplo. Nos hallamos en deuda también con Robert Bernstein, presidente de la editorial Random House, quien tuvo el valor de continuar impulsando el libro a pesar de las pocas probabilidades que parecía ofrecer su publicación. Por último, damos las gracias a Jim Boyd, del «Fund for Investigative Journalism», y a todas las personas que nos ayudaron por diversos conceptos, pero que, dadas las circunstancias, tienen que permanecer en el anonimato.

V. M. y J. D. M.

Introducción

por Melvin L. Wulf,
Director para Asuntos Legales de la
American Civil Liberties Union

El 18 de abril de 1972, Victor Marchetti se convirtió en el primer escritor norteamericano en recibir un mandamiento oficial de censura emitido por un tribunal de los Estados Unidos. El mandamiento le prohibía «revelar por el procedimiento que sea 1) cualquier información relativa a las actividades de los servicios de espionaje, 2) cualquier información concerniente a las fuentes y métodos de los servicios de espionaje, o 3) cualquier información obtenida por los servicios de espionaje».

Para asegurar el cumplimiento efectivo del mandamiento, los abogados del Estado habían comparecido ante el juez Albert V. Bryan, Jr., del tribunal de distrito de los Estados Unidos para el Distrito Oriental de Virginia, en Alexandria, el día 18 de abril por la mañana, sin habérselo notificado a Marchetti. En su informe, los abogados oficiales hacían constar que Marchetti había trabajado en la CIA desde 1955 a 1969, que había firmado varios «acuerdos de secreto», por los cuales se había comprometido a no revelar ninguna información que hubiera llegado a su conocimiento en el desempeño de sus funciones, que después de abandonar la CIA había revelado informaciones prohibidas, que tenía la intención de escribir un libro de carácter documental sobre la agencia, y que de la publicación de este libro «resultaría un grave e irreparable daño para los intereses de los Estados Unidos».

Entre los documentos presentados ante el juez se hallaba una declaración jurada (clasificada como «Secreto») de Thomas H. Karamessines, subdirector de la Agencia Central de Información y jefe de la sección de actividades clandestinas de la CIA. La declaración decía que un artículo publicado en una revista y el guión de un futuro libro, ambas cosas escritas por Marchetti, habían sido comunicados a la CIA y que contenían información acerca de las actividades secretas de la agencia. En la declaración se citaban varios de los temas tocados por Marchetti y se explicaba de qué manera su revelación al público sería perjudicial, en opinión de la CIA, para los Estados Unidos. Basándose en dicha declaración jurada y en otras, entre las que se contaba una de Richard Helms, director de la CIA, el juez Bryan firmó un mandamiento provisional en virtud del cual prohibía, por el momento, a Marchetti que revelara cualquier información sobre la CIA y le requería a que sometiera a la revisión de la agencia cualquier «manuscrito, artículo o trabajo, o escrito de otro tipo, documental o no», antes de «facilitarlo a cualquier persona física o jurídica». Fue éste el mandamiento que unos alguaciles de los Estados Unidos entregaron a Marchetti.

Durante todo el mes siguiente se realizaron febriles esfuerzos (que no alcanzaron el éxito perseguido) para anular dicho mandamiento.

Marchetti solicitó la ayuda de la ACLU el mismo día en que recibió el mandamiento, y a la mañana siguiente llegó a Nueva York a fin de entrevistarse con sus abogados y preparar su defensa. En nuestra primera comparecencia. ante el tribunal, el viernes, 21 de abril, tratamos de convencer sin éxito al juez Bryan de que anulase su mandamiento. También se negó a ordenar al Gobierno que permitiera leer la declaración jurada a los abogados de Marchetti, alegando que ninguno de nosotros tenía acceso a las materias oficiales reservadas. El lunes siguiente nos hallábamos en Baltimore para preparar un recurso ante el Tribunal de Casación de los Esta, dos Unidos, pidiendo que fuera anulado el mandamiento. El tribunal acordó darnos audiencia dos días después. Durante la reunión de Baltimore, los abogados del Estado anunciaron que se me había otorgado acceso a los documentos oficiales confidenciales y que, por consiguiente, podría leer la declaración jurada secreta, aunque no se me facilitaría copia de la misma. Declararon también que durante los. próximos días los restantes abogados de la defensa recibirían una autorización semejante. Se nos dijo asimismo que todos los testigos que tuviéramos intención de presentar en la vista, que tenía que celebrarse el viernes siguiente, deberían estar previamente autorizados a tener acceso a las materias reservadas, de lo contrario no podríamos tratar de la declaración jurada se7 creta con ellos. Era una manera realmente extraña de preparamos para un. juicio; ni siquiera podíamos hablar con los presuntos testigos sin que el Gobierno les autorizara a hacerlo.

Expusimos nuestro recurso ante el Tribunal de Casación el miércoles, pero tampoco esta vez tuvimos éxito, de modo que el mandamiento continuaba estando en vigor. La sola satisfacción que obtuvimos fue un mandamiento del citado Tribunal por el que se prohibía, tanto a la CIA como al Departamento de Justicia, que trataran de influir sobre los testigos por el procedimiento que fuese.

El viernes comparecimos ante el juez Bryan, de quien nos vimos forzados a solicitar un aplazamiento de la vista, porque nos había sido imposible hallar testigos que pudieran prestar declaración en dicho día. La necesidad de solicitar autorización de acceso a los secretos oficiales nos había impedido comentar el caso con aquellos testigos que, en un principio cuando menos, se habían mostrado dispuestos a testificar por la defensa. Pero lo peor es que habíamos tropezado con grandes dificultades para hallar personas dispuestas simplemente a deponer como testigos. Habíamos citado a unas cuantas docenas de posibles candidatos, la mayoría de ellos antiguos miembros de las administraciones de Kennedy y Johnson conocidos por sus opiniones liberales e incluso, en ciertos casos, partidarios declarados de los derechos civiles. Aún estoy esperando que la mitad de ellos respondan a mis llamadas telefónicas. En cuanto a la otra mitad, la mayoría simplemente temían verse mezclados públicamente con nuestro proceso, mientras que algunos, incluyendo unos cuantos que habían revelado personalmente informaciones reservadas en sus Memorias publicadas, estaban de

acuerdo con la Administración en que debía mantenerse inmovilizada la pluma de Marchetti. Al fin pudimos presentar una lista de testigos, breve pero sustanciosa: el profesor Abram Chayes, de la Escuela de Derecho de Harvard y antiguo asesor legal del Departamento de Estado durante la Administración Kennedy; el profesor Richard Falk, titular de la cátedra Milbank de Derecho Internacional en Princeton; Morton Halperin, ex subsecretario de Defensa y miembro del personal del Consejo Nacional de Seguridad a las órdenes de Kissinger; y el profesor Paul Blackstock, de la Universidad de Carolina del Sur, perito en cuestiones de información.

Durante los quince días siguientes estuvimos ocupados en la poco satisfactoria actividad de dedicarnos a la caza de testigos y en otros preparativos necesarios para el juicio, como el examen de Karamessines y del director de seguridad de la CIA, que comparecían como testigos principales por parte de la Administración.

La vista del juicio empezó y terminó el 15 de mayo. Consistió esencialmente en la repetición, por parte de Karamessines, del contenido de su declaración jurada. Por interesante que pueda ser la descripción detallada de la vista, me está prohibido hacerla, pues se celebró a puerta cerrada y, como ya he dicho, el testimonio de los testigos oficiales constituye materia reservada. Sin embargo, el resultado es público y notorio: la CIA se salió con la suya por completo y el juez Bryan dio carácter permanente al mandamiento contra Marchetti.

Al apelar, no se obtuvieron resultados mucho más satisfactorios. En sustancia, la validez del mandamiento quedó confirmada. La única limitación que impuso el Tribunal de Casación fue que tan sólo la información expresamente *reservada* podría ser suprimida del libro por la CIA. Por último, el litigio llegó a su término en diciembre de 1972, al negarse el Tribunal Supremo a entender en el caso. Fue una gran derrota para Marchetti, para sus abogados… y para la primera enmienda de la Constitución.

La jurisprudencia norteamericana ha estado siempre de acuerdo en que los mandamientos judiciales destinados a impedir la publicación de un texto amenazan la raíz misma de la sociedad democrática. Hasta 1971, cuando se prohibió judicialmente al «New York Times» la publicación de los «papeles del Pentágono», el Gobierno federal no había intentado jamás impedir de antemano la publicación de un texto y los pocos intentos realizados en este sentido por los gobiernos estatales habían sido sistemáticamente condenados por el Tribunal Supremo. Sin embargo, el caso de los papeles del Pentágono demostró que a la Administración Nixon no le infundían el más mínimo respeto doscientos años de historia, pues no vaciló en convertirse en la primera Administración que intentaba impedir la publicación de un periódico. A la postre no pudo alcanzar el objetivo que se proponía (es decir, la prohibición de que se publicara un diario), pero lo cierto es que durante quince días se ejerció una censura previa contra un periódico, por primera vez en la historia de los Estados Unidos.

A primera vista, el hecho de que el «Times» reanudara la publicación de los papeles del Pentágono inmediatamente después de la resolución favorable del Tribunal Supremo puede hacer creer que este caso terminó victoriosamente. Hubo victoria, ciertamente, pero no fue total, puesto que sólo los jueces Black y Douglas declararon que los mandamientos preventivos destinados a impedir la publicación de un texto eran anticonstitucionales en *cualquier* circunstancia. Los restantes miembros del alto tribunal hicieron saber sin lugar a dudas su opinión de que era posible que, en algunos casos determinados, dichos mandamientos tuvieran fuerza legal, a pesar de que la primera enmienda de la Constitución garantiza la libertad de prensa. Los abogados del Gobierno sabían calibrar el alcance de los fallos judiciales tan bien como los letrados de la ACLU y por ello se dieron cuenta asimismo de que la resolución del tribunal en el caso de los papeles del Pentágono no les había dejado fuera de combate. Así, pues, sólo diez meses después de haber sido derrotados por el «New York Times», volvieron a la carga ante otro tribunal intentando hacer lo mismo con Víctor Marchetti.

En el fallo del Tribunal Supremo sobre el caso de los papeles del Pentágono se detallaban nueve votos particulares. De estas nueve opiniones se desprende una conclusión de tipo general: que una mayoría de jueces del Supremo hubiera permitido la censura previa de una información, siempre que el Gobierno pudiera aportar pruebas en el sentido de que su publicación «ocasionara sin lugar a dudas un daño directo, inmediato e irreparable a la nación o a su pueblo». Esta opinión nos tranquilizaba, ya que confiábamos en que nada de lo que Marchetti había revelado o pudiera revelar en el futuro ocasionaría daños de aquel tipo. Sin embargo, no pudimos obligar al Gobierno a que aportara las pruebas necesarias mediante las declaraciones de nuestros cuatro testigos, porque el juez Bryan se mostró de acuerdo desde un principio con el Gobierno en que el caso Marchetti era distinto del de los papeles del Pentágono. «En este caso no solicitamos un mandamiento contra la prensa», declararon los abogados del Estado. «Reclamamos, sencillamente, el cumplimiento de un contrato entre Marchetti y la CIA. No se trata de un caso que afecte a la primera enmienda. Es una denuncia por incumplimiento de contrato.» El contrato a que hacían referencia era, naturalmente, el «acuerdo de secreto» firmado por Marchetti.

Se exige a todos los empleados de la CIA que firmen un documento por el que se comprometen a no revelar ninguna información que haya llegado a su conocimiento en el ejercicio de sus funciones y que tenga relación con «las fuentes y los métodos de información», sin obtener la autorización previa de la agencia. En este documento se incluyen normalmente una serie de cláusulas en las que se amenaza con perseguir judicialmente al que infrinja, aunque sea levemente, el contrato. Lo bueno del caso es que estas amenazas, hasta el momento, han sido papel mojado. En efecto, exceptuando la revelación de información reservada de la Comisión de Energía Atómica, no constituye delito el revelar información reservada a menos que se haga

en tales circunstancias que supongan lo que generalmente se entiende por espionaje; es decir, que se espíe en favor de un país extranjero. En su denuncia contra Daniel Ellsberg, la Administración trató de ampliar la definición legal de espionaje, con la intención de castigar la revelación de los papeles del Pentágono por parte del denunciado, aunque éste no había tenido intención alguna de perjudicar a los Estados Unidos, tal como requiere la ley para los casos de espionaje. Aunque el intento oficial resultó abortado en circunstancias sumamente espectaculares (entre ellas una tentativa realizada subrepticiamente por el presidente Nixon de influir sobre el juez que entendía en el caso), no es probable que los tribunales de apelación hubieran confirmado una aplicación tan amplia de las leyes sobre espionaje… suponiendo que el jurado hubiera dado un veredicto de culpabilidad.

En todo caso, la CIA no estaba segura de que la amenaza de perseguir por la vía judicial a Marchetti, poco fundada desde el punto de vista legal, tuviera por efecto impedir que su antiguo empleado criticara públicamente a la agencia y revelara ciertas prácticas a las que recurría la organización. Por ello, se acogió a la teoría del contrato como a un recurso para intentar que se prohibiera el libro de Marchetti antes de su publicación. Esta teoría encontró una acogida favorable por parte de los jueces federales que entendieron en el caso y resultó tener más éxito del que la propia Administración seguramente se había atrevido a esperar y, desde luego, mucho más del que habíamos esperado nosotros. Pero rebajaríamos la primera enmienda de la Constitución si dijéramos que el compromiso de un empleado oficial de no revelar ciertas actividades gubernamentales equivale al compromiso de entrega de cien balas de algodón. Esta teoría no tiene en cuenta un principio democrático inapelable: que el público tiene derecho a estar informado de forma satisfactoria sobre los actos de su Gobierno.

Claro que muchos dirán, «pero se trata de secretos», y no se puede negar que muchas informaciones que encontrará el lector en este libro han sido consideradas secretas. Pero no es la primera vez que salen «secretos» a la luz pública: los había literalmente a millares en los papeles del Pentágono. Todos los altos funcionarios que, retirados ya de sus actividades oficiales, escriben sus memorias revelan «secretos» que llegaron a su conocimiento mientras se hallaban al servicio del Estado; muchos de ellos, por otra parte, habían firmado también documentos comprometiéndose a guardar ciertos secretos. De vez en cuando, algunos funcionarios del Estado comunican «secretos» a la prensa, unas veces por razones de política oficial, otras sólo para servir su ambición personal. En realidad, la revelación de los llamados secretos —incluso referentes a la CIA— constituye una antigua e ilustre tradición en nuestro país y es una práctica que ha demostrado su utilidad, ya que proporciona al público una serie de importantes informaciones que necesariamente ha de poseer para poder juzgar con equidad a los gobernantes que ha elegido en las urnas.

Por otra parte, la revelación de informaciones «secretas» raras veces resulta perjudicial para los intereses del país, puesto que la clasificación de la información se realiza por la Administración pública con una ligereza escandalosa. Los entendidos en estas cuestiones creen que el 99% de los millones de documentos que actualmente tienen la consideración de reservados no deberían serlo en absoluto. Pero es que, además, la revelación de información «secreta» no sólo no acostumbra a ser dañina, sino que constituye un tónico beneficioso para la salud de la nación. Varios funcionarios oficiales declararon alarmados que la revelación de los papeles del Pentágono pondría en peligro inmediato la seguridad del país. Cuando al fin los famosos papeles se publicaron íntegramente, lo único que resultó perjudicado fue la reputación de algunos funcionarios de las administraciones de Kennedy y Johnson, ya que se demostró que habían engañado al país acerca de la guerra del Vietnam.

El lector que abra este libro se dará cuenta de que, en contrasté con todos los libros 'editados hasta el momento en los Estados Unidos, la presente obrá contiene espacios en blanco. Ésta es una de las repercusiones más notables del éxito conseguido por la Administración. Se notará asimismo que el libro tiene dos autores, Victor Marchetti y John Marks. También esto constituye una consecuencia del éxito oficial. Después de haber recibido un mandamiento judicial, cuya validez fue confirmada por distintos tribunales de apelación, Marchetti, ignorado virtualmente por la prensa y abandonado por sus ex colegas de la CIA, llegó a pensar seriamente en la imposibilidad de escribir este libro. Su descorazonamiento era grande y se sentía profundamente amargado. Piénsese que ni tan sólo podía tratar del libro con su editor, en la casa Knopf (ya que el verdadero objetivo del mandamiento era prohibir que el editor viera el manuscrito tintes de que la CIA hubiera tenido la oportunidad de censurarlo). Si no hubiese escrito el libro, el éxito de la Administración hubiera sido total, puesto que era éste el objetivo que se perseguía. Por suerte, se produjo el encuentro entre Marchetti y Marks; los dos tenían las mismas ideas sobre los males que acarreaban las actividades clandestinas, y los dos fueron capaces de realizar al alimón lo que la Administración confiaba en que no se haría en absoluto.

Cuando se terminó la redacción, a finales de agosto de 1973, el manuscrito fue entregado a la CIA. Treinta días más tarde, cumpliendo el plazo señalado en el requerimiento judicial, recibimos una carta de la CIA en la que se indicaban los 339 fragmentos del libro que tenían que suprimirse. Algunas supresiones afectaban a una sola palabra, otras a varias líneas y a partes de los organigramas de la agencia; finalmente, muchas de ellas comprendían páginas enteras. En conjunto, se Ordenaba la supresión de un 15 a un 20% del manuscrito. Tardaré en olvidar aquella tarde de septiembre que Marchetti, Marks y yo pasamos en las oficinas de la ACLU cortando literalmente las partes censuradas del manuscrito a fin de poder enviar el resto a la editorial Knopf. Aquel día hicimos realmente un trabajo diabólico.

En octubre pusimos pleito a la CIA, conjuntamente con la editorial, oponiéndonos a los poderes de censura de la agencia. Cuando llegó el momento de la vista del juicio correspondiente, el 28 de febrero de 1974, la CIA había reducido el número de supresiones de 339 a 168. No se crea que la retirada de la mitad de sus primitivos reparos fuera señal de generosidad por parte de la CIA. Al contrario, se debía a las insistentes demandas que habíamos efectuado durante los cuatro meses transcurridos y a que la agencia se había dado cuenta de que nosotros estábamos dispuestos a luchar sin tregua por cada una de las palabras censuradas. Los autores no cedieron en ningún punto y rechazaron las invitaciones a escribir de nuevo varias partes del libro a satisfacción de la CIA.

En el juicio se tenían que resolver tres cuestiones: si los trozos censurados correspondían a informaciones reservadas; si se trataba de informaciones que hubieran llegado a conocimiento de los autores durante el desempeño de sus funciones oficiales; y si alguna de dichas informaciones era ya del dominio público.

La vista del juicio duró dos días y medio, incluyendo las declaraciones como testigos de los cinco funcionarios de mayor rango de la CIA; el juez Bryan dictó sentencia el 29 de marzo. Constituyó un éxito importante para autores y editor. Bryan falló que la agencia no había conseguido probar, con algunas pocas excepciones, que las informaciones censuradas constituían materia reservada.

Es probable que la sentencia cogiera por sorpresa a la CIA. Acostumbrados como están sus funcionarios a salirse con la suya, sin duda no se les había ocurrido que un simple juez de los Estados Unidos pondría en entredicho sus declaraciones sobre la información reservada; en efecto, durante todo el curso del proceso, la Administración sostuvo la teoría de que se consideraba de carácter reservado una información si los altos funcionarios *decían* que era reservada. En cambio, nosotros sosteníamos la opinión, apoyada en el testimonio de Morton Halperin, de que se requería una prueba concreta para declararla materia reservada. Como quiera que faltaban documentos donde se declarara específicamente qué información debería tener carácter reservado y no habiendo prestado declaración como testigos, los empleados que habían otorgado realmente el carácter reservado a cada información, el magistrado se negó rotundamente a dar por buenas las simples declaraciones de los altos funcionarios de la CIA en el sentido de que tales informaciones eran reservadas.

De los 168 pasajes que se discutían, el juez sólo encontró 27 que, en su opinión, podían considerarse de carácter reservado. Por otra parte, llegó a la conclusión de que tan sólo siete de los 168 fragmentos habían llegado a conocimiento de Marchetti y Marks desde fuentes no relacionadas con sus empleos oficiales y de que ninguna de las informaciones censuradas era del dominio público.

Es evidente la importancia que reviste esta sentencia. Permite la publicación de prácticamente todo el libro (aunque en la presente edición faltan aún las partes censuradas y autorizadas luego por el juez Bryan, ya que dicho magistrado aplazó la entrada en vigor de su sentencia a fin de que la Administración pudiera recurrir a la

jurisdicción superior); es una sentencia que desmitifica a la CIA y que suprime la autoridad mágica que ha acompañado siempre la cantilena oficial sobre la «seguridad nacional». Esperemos que los tribunales superiores la confirmen.

Es inevitable que existan diferencias de opinión en cuanto al tema de la revelación de información secreta. El lector de este libro podrá decidir si la publicación de las informaciones que contiene es útil al interés público o bien perjudica a la seguridad nacional. Por mi parte no tengo duda ninguna. Tanto los ciudadanos individualmente como el conjunto de la nación se beneficiarán en gran manera con la publicación de este libro. Tan sólo ha habido un perjudicado en el curso de la lucha entablada por la publicación de la obra: la primera enmienda de la Constitución de los Estados Unidos de América.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1
La secta del espionaje

> Pero este secreto… se ha convertido
> en un dios en este país y las personas
> que están en posesión de secretos
> pertenecen a una especie de cofradía… y
> no quieren hablar con nadie más.
>
> Senador J. WILLIAM FULBRIGHT,
> presidente de la comisión
> de Relaciones Exteriores del Senado,
> noviembre de 1971

Existe en nuestro país actualmente una secta secreta, peligrosa y poderosa: la secta del espionaje.

Sus oficiantes son los profesionales clandestinos de la «Central Intelligence Agency». Sus patronos y protectores, los funcionarios de mayor rango del Gobierno federal. Entre sus fieles, que no sólo se hallan en los círculos gubernamentales, se cuentan personas situadas en los centros decisorios de la industria, el comercio, las finanzas y los sindicatos. Tiene amigos numerosos en campos de gran influencia pública… el mundo universitario y los medios de comunicación social. La secta del espionaje es una cofradía secreta de la aristocracia política norteamericana.

El fin de esta secta es la promoción de la política exterior del Gobierno de los Estados Unidos utilizando medios encubiertos y a menudo ilegales, esforzándose al mismo tiempo en contener la expansión de su enemigo declarado, el comunismo. Tradicionalmente, los adherentes a esta secta han abrigado la esperanza de implantar un orden mundial en el cual los Estados Unidos desempeñarían la función de líder indiscutido y de supremo poder. Hoy día, sin embargo, este sueño ha quedado deslucido por el paso del tiempo y los muchos fracasos. Así, pues, las metas de la secta ya no son tan grandiosas, pero siguen siendo igualmente inquietantes. En general, trata de favorecer el papel de los Estados Unidos —papel que éstos se han otorgado a sí mismos— como árbitro dominante en los cambios políticos, económicos y sociales que experimentan los países de Asia, África y América Latina, que están despertando a la historia. De este modo, la guerra que la secta ha declarado al comunismo en todo el planeta se ha ido limitando en cierta manera a una lucha en las sombras para salvaguardar en el Tercer Mundo una estabilidad que conviene a sus fines y para ello recurre a cualquier método clandestino. Para la secta del espionaje, fomentar la «estabilidad» puede significar, en un país, aceptar pasivamente y de mala gana un cambio paulatino; en otro, el mantenimiento activo del *statu quo*; en otro aun, una acción resuelta para anular las aspiraciones populares hacia la independencia y la democracia. La secta actúa sólo cuando cree que puede conseguir su objetivo y

cuando en el caso de que ocurra un fracaso o se descubra el secreto— el Gobierno norteamericano puede negar con cierta verosimilitud su participación.

La CIA constituye a la vez el centro y el instrumento principal de la secta del espionaje. Se dedica al espionaje y al contraespionaje, a la propaganda y a la intoxicación informativa (o sea, la propagación deliberada de falsas noticias), a la guerra psicológica y a actividades paramilitares. Se infiltra en instituciones privadas, a las que manipula, y cuando lo considera necesario crea sus propias organizaciones (que llama «propiedades»). Recluta agentes y mercenarios; soborna a funcionarios extranjeros o les somete a chantaje para obligarles a llevar a cabo los trabajos más desagradables. Hace todo lo necesario para alcanzar lo que se propone, sin ninguna consideración ética, sin tener en cuenta las consecuencias morales que puedan acarrear sus acciones. En su calidad de instrumento para la acción secreta de la política exterior norteamericana, el arma más poderosa de la CIA es la intervención encubierta en los asuntos internos de aquellos países que el Gobierno de los Estados Unidos desea controlar o sobre los que quiere influir.

Mitificadas e idealizadas, las operaciones de la CIA están enmascaradas también por falsas imágenes y se hallan protegidas por la coraza de la impostura oficial. Sus prácticas se esconden tras misteriosos y arcaicos legalismos que impiden que el público e incluso el Congreso puedan saber lo que hace la misteriosa agencia… o por qué lo hace. La secta del espionaje justifica esta situación con afirmaciones vehementes de que el objeto de la CIA consiste en la preservación de la «seguridad nacional», de que sus acciones responden a las necesidades de la defensa del país; y, en una época en que el secreto es el *sine qua non* de la seguridad, nadie necesita saber más.

La secta se aplica a llevar los asuntos exteriores del Gobierno de los Estados Unidos sin la participación ni el conocimiento del pueblo. Desconoce el papel que podrían representar unas cámaras legislativas inquisitivas o una prensa escrutadora. Sus afiliados creen que sólo ellos tienen el derecho y la obligación de decidir lo que es necesario para satisfacer las necesidades nacionales. Aunque lleva a cabo una política internacional anticuada y persigue unas metas fuera de su alcance, la secta del espionaje exige que no se le haga rendir cuentas por sus acciones ante el pueblo al que dice servir. Se trata de una función privilegiada, además de secreta; los que pertenecen a la secta del espionaje están convencidos de que han recibido una orden sagrada y que su servicio debe ser inmune al escrutinio público.

La «mentalidad clandestina» es una actitud que medra en el secreto y en el engaño. Favorece la falta de moralidad profesional: la creencia de que los fines justos pueden alcanzarse utilizando medios inaceptables en circunstancias normales. Por ello, los dirigentes de la secta deben mantener tenazmente a salvo del público conocimiento sus acciones oficiales. Lo contrario equivaldría a restringir su capacidad de actuar con independencia, ya que permitiría que el pueblo

norteamericano juzgase no sólo la utilidad de su política, sino también la ética con que se aplica. Con la cooperación de un Congreso sumiso y mal informado, y favorecida y asistida por una serie de Presidentes, la secta ha levantado a su alrededor y en torno a la CIA una muralla de leyes y decretos que ha impedido eficazmente toda investigación pública.

Siempre que ha sido necesario, los miembros de la secta del espionaje, incluyendo nuestros Presidentes (que siempre están enterados de las principales empresas que lleva la CIA entre manos, que generalmente dan su aprobación a ellas y que a menudo las han iniciado ellos mismos), han mentido para proteger a la agencia, así como para rehuir su propia responsabilidad en las operaciones. La Administración Eisenhower mintió al pueblo norteamericano acerca de la intervención de la CIA en el golpe de Estado de Guatemala, en 1954; acerca del apoyo prestado por la agencia a la fracasada revuelta registrada en Indonesia, en 1958; y sobre la misión de Francis Gary Powers a bordo del avión U-2, en 1960. La Administración Kennedy mintió acerca del papel desempeñado por la CIA en la abortada invasión de Cuba, en 1961, admitiendo que la agencia había intervenido en la operación sólo cuando ésta hubo terminado en un desastroso fracaso. La Administración Johnson mintió acerca de la mayor parte de los compromisos del Gobierno de los Estados Unidos en el Vietnam y Laos y, en particular, acerca de todas las acciones de la CIA. Y la Administración Nixon mintió públicamente sobre el intento de la agencia de falsear las elecciones chilenas, en 1970. Para los afiliados a la secta del espionaje, la hipocresía y la impostura se han convertido, junto con el secreto, en técnicas a las que se recurre constantemente para impedir que el público tenga conocimiento de las operaciones clandestinas de la CIA y que el Gobierno tenga que dar cuenta de ellas. Y así, esos hombres que piden que se les considere como personas honorables y verdaderos patriotas, cuando resultan apresados en la telaraña de sus propios engaños, no dudarán en afirmar que el Gobierno tiene el derecho inherente de mentir a su pueblo.

La justificación del «derecho a mentir» es que ese secreto en las operaciones encubiertas es necesario para impedir que la política y las acciones de los Estados Unidos atraigan la atención del «enemigo» (o, en la jerigonza de los profesionales de la clandestinidad, la «oposición»). Si la oposición no está enterada de las operaciones de la CIA, dicen, entonces no puede contrarrestarlas y las actividades de la agencia tienen más probabilidades de éxito. De todos modos, en muchos casos la oposición conoce exactamente cuáles son las operaciones ocultas dirigidas contra ella y adopta las medidas adecuadas para contrarrestarlas cuando es posible. Los vuelos de los U-2 y, posteriormente, los de los satélites fotográficos eran y son tan bien conocidos por los soviéticos y los chinos como lo son por la CIA los reconocimientos soviéticos sobre los Estados Unidos; cuando se emprenden operaciones de tal magnitud, no hay ningún procedimiento que permita mantenerlas en secreto para la oposición. También ella utiliza un servicio de información formado por profesionales. En realidad, desde 1952 hasta 1964, en plena guerra fría, la KGB soviética interceptó electrónicamente

las comunicaciones, incluso los despachos más secretos, que partían de la sala de cifra de la embajada norteamericana en Moscú. Sin embargo, al parecer, esta violación del secreto causó pocos perjuicios a la seguridad nacional de los Estados Unidos, como tampoco se derrumbó el Estado soviético por el hecho de que la CIA estuvo interceptando en secreto, durante años, las conversaciones privadas que mantenían entre sí los principales dirigentes soviéticos a través de los radioteléfonos de sus coches oficiales. Ambos bandos sabían más de lo que necesitaban para contrarrestar el efecto perjudicial de cualquier fuga de información. Lo cierto es que en este país el secreto y el engaño en las operaciones de investigación están destinados tanto a impedir que el Congreso y el público se entere de lo que está haciendo el Gobierno, como a proteger estas actividades de la curiosidad de la oposición. Las esferas dirigentes de los servicios de información actúan del modo en que lo hacen para disponer de libertad de acción y para no tener que rendir cuentas a nadie.

Buena parte del poder de que goza la CIA depende de una mitificación cuidadosa de sí misma y de la glorificación de las hazañas de los profesionales de la clandestinidad. Para ello, a veces incluso se tiene que fomentar una especie de admiración malsana por parte de la gente hacia las prácticas encubiertas de los servicios de información de la oposición; con ello se pretende intimidar al público, con lo cual se justifican luego las acciones de la CIA. Sea cual fuere el sistema utilizado, se trata de convencernos de que debemos admirar la tarea que efectúan los servicios de información Porque constituyen una profesión en cierto modo misteriosa, a menudo mágica, capaz de llevar a cabo hazañas muy difíciles, cuando no milagrosas. Como suele ocurrir con los mitos, las intrigas y los éxitos de la CIA de estos últimos años son más imaginarios que reales. Lo que sí es real, desgraciadamente, es la disposición, tanto por parte del público como de los afiliados a la secta, a dar crédito a las figuraciones que segrega el negocio de información.

En su origen, se encomendó a la CIA la misión de coordinar los Programas de investigación y de información exterior de los distintos departamentos y agencias estatales, así como la producción de los informes y los estudios que necesitara el Gobierno de la nación para dirigir la política extranjera de los Estados Unidos. Ésta era la intención del presidente Truman al solicitar al Congreso que fundara una agencia de informaciones secretas, aprobando la ley de Seguridad Nacional de 1947. Pero el general William «Wild Bill» Donovan, Allen Dulles y otros veteranos de la Oficina de Servicios Estratégicos de la época de la guerra —que era un organismo prácticamente sin reglamentos, romántico y osado, hecho como a la medida de los sueños más queridos del agente secreto— tenían otras intenciones. Veían en la futura agencia el instrumento clandestino mediante el cual Washington podría alcanzar los objetivos de su política exterior inasequibles por medio de la diplomacia. Creían que el cetro de la dirección del planeta había pasado de las manos inglesas a las de los

Estados Unidos y que nuestro servicio secreto tenía que tomar el relevo del británico. Por esta razón, trataron de influir en el Congreso para que les concediera el permiso de realizar operaciones clandestinas.

Es digno de alabanza el hecho de que Truman tratara de crear una organización de investigación no clandestina, cuya actividad se centrara en la recogida y el análisis de información y no en las operaciones secretas. Pero, visto desde ahora, fue un grave error de cálculo pensar que podría controlar a los partidarios de la acción clandestina. El Congreso, en la atmósfera que prevalecía, provocada por la tensión de la guerra fría, se dejó convencer por los profesionales de la información. En los debates para la aprobación de la ley de Seguridad Nacional de 1947 concedió a la nueva agencia unas exenciones especiales al proceso normal de supervisión parlamentaria; por otra parte, esas exenciones fueron ampliadas dos años más tarde por la ley de la «Central Intelligence Agency» de 1949. La consecuencia más trascendental de ello fue la cláusula de la ley de 1947 que permitía a la CIA «ejecutar otras funciones y servicios relacionados con la información… según las directrices que señale de vez en cuando el Consejo de Seguridad Nacional». A partir de estas pocas e inocuas palabras, la CIA ha sido capaz, con el paso de los años, de desarrollar una inmunidad secreta que bien poco tiene que ver con los ñnes que al parecer tenía la ley que permitió la fundación de la agencia. Esta frase tan vaga ha dado libertad a la CIA para dedicarse a la acción encubierta y le ha concedido el derecho a intervenir secretamente en los asuntos internos de otros países. Y todo ello lo ha hecho generalmente contando con la aprobación expresa de la Casa Blanca, pero casi nunca con el consentimiento del Congreso y prácticamente sin el conocimiento del público norteamericano.

El hecho de que el público no sepa nada significa que ni siquiera tiene conciencia de con cuánta frecuencia ha fracasado la CIA. En el campo del espionaje clásico, los Servicios Clandestinos de la agencia han tenido realmente muy poco éxito en sus intentos de infiltrarse en las grandes organizaciones del adversario o de espiarlas. El caso de Penkovsky, ocurrido a principios de los años sesenta, que constituye la única operación de espionaje contra los soviéticos de la que puede enorgullecerse públicamente la agencia, fue una ganga inesperada proporcionada a la CIA por el servicio secreto británico. La tan cacareada operación del túnel de Berlín, ejecutada a mediados de los años cincuenta —en realidad se trató de una intervención de teléfonos a gran escala—, produjo literalmente toneladas de conversaciones triviales y chismes de vecindad, pero dio muy poco resultado en cuanto a proporcionar información secreta valiosa que pudiera ser de utilidad para los analistas de la agencia. El valor real de la operación radicó en el desconcierto que provocó en la KGB y en la publicidad favorable que significó para la CIA. Contra China no se ha obtenido el más mínimo éxito en las operaciones de espionaje por medio de agentes secretos.

Sin embargo, por suerte para los Estados Unidos, los técnicos de la CIA, trabajando en colaboración con sus colegas del Pentágono y del sector privado, han sido capaces de ir desarrollando durante los últimos años toda una serie de sistemas electrónicos que han permitido obtener muchas informaciones útiles de la Unión Soviética y China. A partir de esas informaciones, complementadas con el material recogido a través de los canales diplomáticos normales y de las fuentes accesibles (periódicos, revistas, etcétera), los analistas de la CIA y de los restantes servicios de información han logrado mantenerse al corriente de los acontecimientos que se producen en el interior de los países comunistas.

Los Servicios Clandestinos de la CIA han obtenido mejores resultados en el campo del contraespionaje que en el del espionaje clásico. Pero también en este caso los éxitos se han debido en gran parte a hechos fortuitos. La mayor parte de ellos no se debieron a los espías, sino que fueron obtenidos a través de los buenos oficios de desertores que, a cambio de protección, proporcionaban toda la información que poseían. Sin olvidar, además, que hay que descontar de esos logros ya limitados las falsas informaciones de los agentes dobles enviados por la oposición o que ésta hace «salir a la superficie» con intención de que induzcan a confusión a la CIA.

Sus mayores éxitos los ha cosechado la agencia en el campo de su actividad operacional favorita, la acción encubierta; sin embargo, los fracasos y los desatinos de la CIA han proporcionado muchos dolores de cabeza a los Estados Unidos. No hay duda de que la agencia representó un papel de primer orden en mantener a Europa Occidental a salvo del comunismo durante la primera época de la guerra fría, aunque se equivocó lamentablemente en sus intentos de hacer retroceder los Telones de Acero y de Bambú a finales de los años cuarenta y durante la década siguiente. Y tuvo éxito, si bien su actuación no siempre fue clara, en el esfuerzo realizado para contener la expansión del comunismo en otras partes del mundo. Sin embargo, algunas de sus «victorias» han acabado por proporcionar al Gobierno norteamericano más quebraderos de cabeza de los que tenía. Es lícito preguntarse en la actualidad si no hubiera sido más prudente que la CIA no hubiese intervenido en Guatemala, Cuba o Chile, que no hubiese realizado actividades clandestinas en el Irán y en otros lugares del Oriente Medio, que no se hubiera comprometido tan a fondo en los asuntos del Sudeste de Asia, especialmente de Indochina. Pero lo cierto es que la agencia lo hizo y nuestro país tendrá que pechar con las consecuencias de esas acciones.

Cuando se critican las actividades clandestinas de la CIA, los dirigentes de la agencia suelen referirse, demostrando un orgullo que no sienten, al trabajo de los analistas de información. Pero también aquí la ejecutoria de la CIA dista de ser brillante. Los numerosos errores cometidos en la evaluación de las intenciones y de la capacidad de la Unión Soviética y de China en el campo de la estrategia militar han constituido una constante fuente de preocupación para los funcionarios del Gobierno. En cambio, por lo general, la agencia ha valorado con exactitud los peligros y las

repercusiones que podía acarrear la intervención norteamericana en el Tercer Mundo, especialmente en el Sudeste de Asia y en América Latina. Lo curioso es que los agentes de operaciones clandestinas, que son los que mandan en la agencia, confían muy poco en las opiniones de los analistas de su propia organización y que tampoco los funcionarios del personal de la Casa Blanca hacen demasiado caso de las advertencias de dichos analistas. Por otra parte, debido a que las informaciones secretas procedentes de la CIA no acostumbran a circular fuera de los organismos controlados por el poder ejecutivo, el Congreso no puede naturalmente utilizar esas advertencias para poner en cuestión la política de la Administración o las prácticas encubiertas de la CIA.

De vez en cuando, las operaciones clandestinas acaban en fracasos espectaculares —como, por ejemplo, el derribo del U-2 sobre la Unión Soviética o el desembarco en la bahía de los Cochinos— y en estos casos, además, las investigaciones de periodistas y de miembros del Congreso que no se sienten intimidados acaban por proporcionar al público una idea aproximada sobre cuál es la actividad real de la CIA. Muy recientemente, las investigaciones sobre el escándalo Watergate han puesto al descubierto ciertas actividades clandestinas de la CIA en el interior de los Estados Unidos, proporcionando indicios alarmantes sobre los métodos que la agencia ha venido empleando durante largos años en el exterior. La ayuda que la CIA prestó a los «fontaneros» de la Casa Blanca y los intentos de utilizar los servicios de la agencia para echar tierra sobre todo el asunto han puesto de manifiesto el riesgo que representa para la democracia norteamericana la existencia de una organización de información secreta y poco controlada. A medida que van escaseando las oportunidades para realizar actividades encubiertas en el extranjero, las personas cuya carrera se basa en los métodos clandestinos se sienten cada vez más tentadas a aplicar su talento al interior del país, contra los ciudadanos de la nación que dicen servir. Los agentes de operaciones clandestinas de la CIA, hombres formados en el ambiente belicoso de la guerra fría, protegidos por el secreto y espoleados por un patriotismo que ve en el contraste de opiniones una amenaza para la seguridad nacional, tienen la capacidad, los recursos y la experiencia —y también la predisposición— necesarios para aplicar su oficio cada vez más al interior del país.

Es indiscutible que la obtención de información secreta constituye una función necesaria en todo Estado moderno. Es una contribución notable a la seguridad nacional y resulta imprescindible para desplegar una política exterior correcta. Si carecieran de un sistema eficaz de recogida de información y de análisis de la capacidad y de las posibles intenciones de las restantes grandes potencias, los Estados Unidos no podrían ni negociar con confianza, ni comprometerse en las conversaciones S.A.L.T., ni alcanzar una cierta distensión real en sus relaciones con los países rivales. Los beneficios comprobados debidos a las actividades de información están fuera de duda. En cambio, sí son discutibles —tanto en el terreno

moral como por el provecho que producen al país— las operaciones clandestinas ilícitas e ilegales ejecutadas al amparo de las tareas de investigación y los fines dudosos a que las destina nuestro Gobierno.

Es, pues, una simple cuestión de intencionalidad. Hay que decidir si la CIA tiene que funcionar de acuerdo con lo que se pretendía en un principio —como una agencia de coordinación dedicada a recoger, valorar y preparar información del extranjero para su utilización por los dirigentes políticos del Estado— o si debe permitírsele que continúe funcionando tal como lo ha venido haciendo durante años —como una sección de operaciones, como un instrumento secreto de la Presidencia y de un grupo de personas poderosas a las que nadie puede exigir públicamente responsabilidades y cuyo objetivo principal es la ingerencia en los asuntos internos de otras naciones (y quizá de la nuestra) mediante la infiltración de agentes, la propaganda, las intervenciones paramilitares encubiertas y toda una serie de procedimientos poco recomendables.

La intención de este libro es proporcionar a los norteamericanos la información de primera mano que necesitan —y a la que, sin ninguna duda, tienen derecho— para comprender la trascendencia de esta cuestión y la importancia que tiene su resolución correcta.

CAPÍTULO 2
La teoría de la clandestinidad

Hace tiempo que me preocupa
la manera cómo la CIA ha
sido desviada de su función original.
Se ha convertido en una rama
operativa y a veces en un centro
de decisión política dependiente
del Gobierno.

Presidente HARRY S. TRUMAN,
diciembre de 1963

(CENSURADO) Henry Kissinger no hizo esta declaración en público, sino en una reunión secreta celebrada en la Casa Blanca el 27 de junio de 1970. El país al que hacía referencia era **Chile**.

En calidad de ayudante presidencial para asuntos de seguridad nacional, Kissinger presidía la reunión del llamado Comité de los 40, grupo interministerial que era responsable de la supervisión de las operaciones encubiertas más delicadas de la CIA. Forman el citado comité el director de la CIA, el subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, el subsecretario de Defensa y el presidente de la junta de jefes de Estado Mayor. (Cuando se celebró esta reunión dedicada a la situación en Chile, pertenecía también al comité el Fiscal General, John Mitchell.) Este reducido grupo de burócratas y políticos es el que en estrecha colaboración con el Presidente y con los departamentos ministeriales que sus componentes representan— dirige la política exterior secreta de los Estados Unidos.

En aquel sábado de junio de 1970, el punto principal del orden del día del Comité de los 40 era: **(**

CENSURADO

) Las elecciones de Chile tenían que celebrarse en el mes de septiembre siguiente y uno de los candidatos principales era Allende, marxista declarado. Aunque Allende se había comprometido a respetar el sistema democrático si resultaba elegido, el embajador de los Estados Unidos en Chile (

CENSURADO

)

La mayor parte de las compañías norteamericanas con grandes intereses en Chile temían también el posible triunfo de Allende y dos de esas compañías por lo menos, la International Telephone and Telegraph (ITT) y la Anaconda Copper, estaban gastando sumas considerables de dinero para impedir su elección.

Los superiores del embajador Korry en el Departamento de Estado, en Washington (

CENSURADO

)

Richard Helms, a la sazón director de la CIA, representaba una… algo distinta (

CENSURADO

) prensa —quizá con la ayuda de la KGB soviética— o por periodistas norteamericanos y que estas revelaciones sólo servirían a la causa de Allende.

La postura de Helms en la reunión del Comité de los 40 estaba influida por el precedente de las elecciones presidenciales celebradas en Chile en 1964. En aquel entonces él era el jefe de los Servicios Clandestinos[*] y había participado activamente en la preparación de las actividades secretas de la CIA destinadas a derrotar a Allende, quien se enfrentaba entonces a Eduardo Frei.[**] Freí había resultado elegido como Presidente, pero en la actualidad, seis años después, le estaba vedado por la Constitución volverse a presentar y, por consiguiente, la candidatura de Allende parecía tener más posibilidades que nunca.

Desde 1964, el sentimiento antinorteamericano había crecido en Chile y ello se debía, en parte, al resentimiento producido por la interferencia de los Estados Unidos en los asuntos internos chilenos. La prensa izquierdista de aquel país había acusado repetidas veces a la CIA de haber intervenido en las elecciones de 1964, y estas informaciones no habían dejado de surtir efecto entre el electorado. Además, en 1965, la revelación de la existencia del imprudente «proyecto Camelot», del Pentágono, había contribuido también a perjudicar la reputación del Gobierno de los Estados Unidos. Lo curioso del caso es que Chile no constituía en absoluto uno de los objetivos principales de dicho proyecto, consistente en un estudio sociológico (valorado en varios millones de dólares) destinado a investigar las posibles técnicas para combatir las sublevaciones en América Latina. Pero la existencia del proyecto Camelot había salido a la luz pública por primera vez en Chile y la prensa chilena de todas las tendencias políticas censuró el estudio, acusándolo de «intervencionismo» e «imperialismo». En un periódico se dijo, en una prosa que reflejaba el tono de la

reacción de la prensa en general, que el proyecto Camelot «estaba destinado a investigar la situación política y militar que reinaba en Chile y a determinar cuáles eran las posibilidades de un golpe antidemocrático». Varios políticos, pertenecientes tanto al partido cristianodemócrata del presidente Freí como a la coalición izquierdista de Allende, protestaron públicamente. El resultado final de todo ello fue que Washington tuvo que anular primeramente las pocas actividades que el proyecto preveía en Chile y luego todo el proyecto en su conjunto. Aunque la CIA no había patrocinado el proyecto, éste acrecentó los temores que sentían los chilenos hacia las actividades encubiertas realizadas por los Estados Unidos.

En 1968, la propia junta de evaluaciones nacionales de la CIA, después de estudiar cuidadosamente los problemas socioeconómicos de América Latina, había redactado una valoración nacional de investigación (National Intelligence Estimate) sobre aquella región, destinada a las altas esferas directivas del Gobierno. **La conclusión principal a que llegaba el documento era que las fuerzas a favor de un cambio que existían en los países latinoamericanos en vías de desarrollo eran tan poderosas que se encontraban fuera del alcance de manipulaciones exteriores**. Este informe había recibido la aprobación de la junta de Información de los Estados Unidos (U. S. Intelligence Board, USIB), entre cuyos miembros se contaban los jefes de los distintos servicios secretos del Estado, y había sido comunicado a la Casa Blanca y a los departamentos ministeriales representados en el Comité de los 40.

Así, pues, la valoración de 1968 desaconsejaba enérgicamente el tipo de intervención que estaba estudiando el Comité de los 40, en 1970, en relación con Chile. Pero, como ocurre a menudo dentro de la Administración, el análisis más cuidadoso, basado en toda la información disponible, fue dejado a un lado o simplemente rechazado cuando llegó el momento de tomar una decisión sobre una cuestión determinada. **(**

CENSURADO

)

Henry Kissinger, que era la personalidad más influyente en la reunión del Comité de los 40 acerca de Chile, (

CENSURADO

)

Durante los dos meses siguientes, antes de que el Congreso chileno nombrase Presidente a Allende, (

CENSURADO

)

Algunos meses después, el presidente Nixon dijo, con evidente falsedad, en una conferencia de prensa celebrada en la Casa Blanca: «En cuanto a lo que ha ocurrido en Chile, sólo podemos decir que, para los Estados Unidos, haber intervenido en unas elecciones libres y haberlas falseado hubiera tenido, en mi opinión, unas repercusiones en toda América Latina mucho peores que lo que ha ocurrido en Chile.»

El año siguiente, en otoño de 1972, Helms, director de la CIA, en una de las escasas conferencias públicas que daba, en la Universidad John Hopkins, fue interpelado por un estudiante, quien le preguntó si la CIA se había entrometido en las elecciones chilenas de 1970. «¿Por qué le interesa saberlo?», respondió Helms. «Ha vencido el bando que usted prefería.»

Se comprende que Helms se sintiera inquieto. Hacía poco tiempo que el periodista Jack Anderson había informado sobre «el caso de la ITT», del que se desprendía, entre otras cosas, que la CIA había estado complicada realmente en una operación destinada a anular la victoria de Allende… incluso después de que éste hubiera conseguido una mayoría de votos populares. Para desconsuelo de la agencia, Anderson había demostrado que, durante septiembre y octubre de 1970, William Broe, jefe de la división del hemisferio occidental de los Servicios Clandestinos de la CIA, se había reunido varias veces con altos funcionarios de la ITT para tratar sobre el medio de impedir que el presidente Allende tomara posesión de su cargo. (El miembro del consejo directivo de la ITT, que posteriormente confesó ante un comité investigador del Senado que había desempeñado el papel decisivo en la toma de contacto entre funcionarios de la CIA y de la ITT, era John McCone, director de la CIA durante la Administración Kennedy y asesor de la agencia en 1970.) Broe había propuesto a la ITT y a algunas otras compañías norteamericanas con cuantiosos intereses económicos en Chile un plan en cuatro etapas de sabotaje económico calculado para debilitar la economía del país hasta tal punto que los militares chilenos hubieran intervenido para hacerse cargo del Gobierno, frustrando de este modo la llegada al poder de los marxistas. Posteriormente, la ITT y las restantes compañías habían alegado que encontraron el plan de la CIA «impracticable». Sin embargo, casi tres años después, día por día, de la elección de Allende, en un momento en que la grave inflación, las huelgas de propietarios de camiones, la escasez de alimentos y los problemas de crédito exterior agobiaban a Chile, el Presidente fue derrocado y resultó muerto en un sangriento golpe de Estado ejecutado por la acción conjunta de las Fuerzas Armadas y la Policía nacional. Su Gobierno de signo marxista fue reemplazado por una junta militar. No se conoce públicamente la intervención que puedan haber tenido las compañías norteamericanas o la CIA en el golpe y acaso nunca se conocerá. Tanto la ITT como las restantes grandes compañías con intereses

en Chile han negado su intervención en la rebelión militar. Lo mismo ha hecho el Gobierno de los Estados Unidos, aunque el director de la CIA, William Colby, admitió, en una declaración secreta prestada ante el comité de Asuntos Extranjeros de la Cámara de Representantes (según reveló Tad Szulc en el «Washington Post» del 21 de octubre de 1973), que la agencia «dispuso de algunas informaciones secretas sobre varias de las acciones que se preparaban», que se había «infiltrado» en todos los partidos políticos importantes de Chile y que había facilitado en secreto «cierta asistencia» a algunos grupos chilenos. Colby (que había dirigido personalmente en el Vietnam un sangriento programa de contraespionaje, conocido con el nombre de «Phoenix»), declaró asimismo a los miembros del Congreso que las ejecuciones ordenadas por la junta chilena después del golpe habían sido «beneficiosas», puesto que habían reducido las probabilidades de que estallara una guerra civil en Chile…, lo cual constituye un ejemplo excelente de los argumentos falaces a los que recurre la CIA para justificar su estrategia destinada a promover la «estabilidad» en el Tercer Mundo.

Incluso suponiendo que la CIA no interviniera directamente en el *putsch*, lo cierto es que el Gobierno de los Estados Unidos como tal tomó una serie de medidas destinadas a socavar el régimen de Allende. Henry Kissinger marcó la pauta de la posición oficial de los Estados Unidos en una conferencia de prensa improvisada celebrada en septiembre de 1970, al declarar que el régimen marxista de Allende contaminaría a la Argentina, Bolivia y Perú… esfuerzo de imaginación política que recuerda la teoría del dominó sobre el Sudeste de Asia. Otro ejemplo de la actitud adoptada por la Casa Blanca —así como de los métodos que estaba dispuesta a utilizar— fue el robo con escalo de la embajada chilena en Washington, cometido en mayo de 1972 por algunos de los mismos individuos que al mes siguiente realizaron la incursión nocturna al Watergate. Además, todo el mundo está de acuerdo en que los Estados Unidos trataron de socavar de un modo abierto el Gobierno de Allende, interrumpiendo la casi totalidad de la ayuda económica, recomendando la no apertura de líneas de crédito privadas y bloqueando los préstamos de las organizaciones internacionales. Varios funcionarios del Departamento de Estado, al testificar ante el Congreso después del golpe de Estado, explicaron que el deseo de la Administración Nixon era que el régimen de Allende sufriera un colapso económico, con lo que se desacreditaría el socialismo.

Henry Kissinger ha descartado las especulaciones que han corrido entre periodistas y miembros del Congreso en el sentido de que la CIA contribuyó a provocar este colapso y que luego organizó la caída de Allende; hablando en privado, ha dicho que la agencia era demasiado incompetente para llevar a cabo una operación tan difícil como el golpe de Chile. Cuando hizo esta desdeñosa observación, Kissinger hacía más de cuatro años que supervisaba las operaciones más secretas de la CIA. Tanto si estaba diciendo la verdad acerca de la no intervención de la CIA en Chile, como si sencillamente se permitía practicar un poco la mentira oficial (lo que

se llama un «mentís plausible»), fue él, junto con el Presidente, quien tuvo que adoptar las medidas decisivas respecto a la situación de Chile. Porque la CIA no es una agencia independiente en el amplio sentido de la palabra, ni es una agencia gubernamental libre de todo con trol. A pesar de los sueños de grandeza que han tenido a veces algunos de sus agentes clandestinos, la CIA no decide por sí misma cuáles son los Gobiernos desagradables que hay que derrocar ni determina a qué dictaduras hay que apoyar. Del mismo modo que el Departamento de Estado puede procurar, siguiendo las indicaciones del Presidente, que las instituciones internacionales de ayuda no ofrezcan préstamos a los Gobiernos «inamistosos», así la CIA actúa normalmente cuando es requerida para ello por el ejecutivo. Los métodos y los recursos de la agencia constituyen uno de los medios anejos al cargo de Presidente.

Así, pues, el problema de la CIA no se resolvería básicamente cortando las alas a los agentes secretos de la organización. La clave para su solución reside en controlar y pedir cuentas a las personas de la Casa Blanca y de otros organismos gubernamentales que dirigen la CIA, aprueban sus actividades encubiertas y luego se amparan en la agencia. Esta falta de responsabilidad, más que otra cosa, es el problema que plantea la CIA.

La información frente a la acción encubierta

El fin primario y correcto de cualquier organización nacional de investigación es la producción de «información depurada» para quienes tienen que tomar las decisiones políticas a alto nivel. Esta «investigación», contrariamente a la información en bruto obtenida a través del espionaje y de otros medios clandestinos, está formada por datos recogidos de todas las fuentes —secretas, oficiales y accesibles— y que han sido minuciosamente cotejados y analizados por expertos en las distintas materias a fin de que respondan exactamente a las necesidades de la alta dirección del país. Se trata de un proceso difícil, que requiere tiempo y en el que, por supuesto, siempre se deslizan errores. Pero constituye la única alternativa razonable a la confianza ciega en los informes poco de fiar de los espías. Sin embargo, la mayor parte de las agencias de información no son sino servicios secretos, más fascinados por las operaciones clandestinas —de las que el espionaje constituye solamente un aspecto— que preocupados por la producción de «información depurada». Por desgracia, la CIA no es una excepción a esa regla. Tácticas que exigen la utilización de agentes infiltrados, el recurso al soborno, el reclutamiento de ejércitos de mercenarios y una gran variedad de métodos solapados dirigidos a influir directamente sobre la política (o a provocar la caída) de Gobiernos extranjeros…, ésas son las tácticas que han acabado por dominar a la CIA. Este aspecto de las

modernas actividades de información —es decir, la intervención en los asuntos de otros países— se conoce en la agencia con la expresión de «acción encubierta».

Los Estados Unidos empezaron a dedicarse a la realización de operaciones encubiertas en gran escala durante la Segunda Guerra Mundial. Tomando ejemplo de los servicios secretos británicos, más experimentados, la Oficina de Servicios Estratégicos (Office of Strategic Services, OSS), aprendió a servirse de las acciones encubiertas como de una arma ofensiva contra Alemania y el Japón. Acabada la guerra, el presidente Truman disolvió la OSS objetando que las tácticas propias del tiempo de guerra, como las operaciones paramilitares, la guerra psicológica y la manipulación política, no se podían aceptar cuando el país estaba en paz con todas las naciones. Al mismo tiempo, sin embargo, Truman reconoció que se necesitaba una organización permanente para coordinar y analizar todo el material de información que llegaba a los distintos departamentos ministeriales. En opinión del Presidente, de haber existido una agencia de este tipo en la Administración norteamericana en 1941, hubiera sido «difícil, si no imposible» para los japoneses atacar Pearl Harbour con tanto éxito.

Por consiguiente, el presidente Truman propuso la creación de la CIA en 1947 pensando en la «coordinación de la información». Allen Dulles, que dirigía la oposición a lo que consideraba como una visión «limitada» de la información por parte de Truman, escribió, en un memorándum presentado al comité senatorial para las Fuerzas Armadas, que «las tareas de investigación en tiempo de paz exigirán otras técnicas y un personal distinto y tendrán unos objetivos bastante diferentes… Tenemos que abordar el problema de los conflictos ideológicos en un momento en que la democracia se enfrenta al comunismo, no solamente en las relaciones entre la Rusia soviética y los países occidentales, sino también en los conflictos políticos internos de los países europeos, asiáticos y sudamericanos». Fue precisamente Dulles —quien se convertiría, seis años después, en director de la CIA— el autor de la cláusula incluida en la futura ley, en virtud de la cual se autorizaba a la agencia a llevar a cabo «otras funciones y servicios relacionados con la información según las directrices que señale, de vez en cuando, el Consejo de Seguridad Nacional». En este punto se iba a apoyar el poder de la CIA.

Aunque, quince años más tarde, Truman sostendría que su intención no había sido que la CIA se convirtiera en el instrumento del Gobierno de los Estados Unidos dedicado a la acción encubierta, lo cierto es que fue él precisamente quien, en 1948, autorizó los primeros programas de acción encubierta de la postguerra, aunque, en un primer momento, no encargó su ejecución a la CIA. Por el contrario, creó una organización relativamente independiente, llamada Oficina de Coordinación Política (Office of Policy Coordination, OPC), a cuyo frente colocó a un veterano de la OSS, Frank G. Wisner, Jr. Truman no solicitó autorización al Congreso para organizar la OPC, sino que lo hizo con una simple firma de su pluma presidencial, mediante la instrucción de la ordenanza número 10/2 del Consejo Nacional de Seguridad que

tenía carácter secreto. (La CIA prestaba apoyo a la OPC y encubría sus actividades, pero Wisner era directamente responsable ante los secretarios de Estado y de Defensa.) Dos años después, el general Walter Bedell Smith, al ser nombrado director de la CIA, se esforzó en colocar bajo su responsabilidad directa los elementos más importantes de los servicios de información nacionales. Entonces intentó que las operaciones de Wisner pasaran a la CIA. Finalmente, Truman accedió a ello, y así, el 4 de enero de 1951, la OPC y la Oficina de Operaciones Especiales (Office of Special Operations), que era una organización semiindependiente establecida en 1948 para la obtención de información secreta, fueron fusionadas con la CIA, formando la llamada Dirección de Planes, o sea, tal como se decía en la agencia, los Servicios Clandestinos. El primer jefe de los Servicios Clandestinos fue Allen Dulles y su ayudante, Frank Wisner.

Contando con los recién constituidos Servicios Clandestinos y debido a su intervención en la guerra de Corea, la agencia conoció una rápida expansión. **De tener menos de 5.000 empleados en 1950, la CIA pasó a contar con unos 15.000 en 1955**, sin tener en cuenta que reclutó a muchos millares más de empleados temporales y agentes extranjeros. Durante aquellos años, la agencia gastó bastante más de mil millones de dólares para fortalecer ciertos Gobiernos no comunistas de Europa Occidental, para subvencionar partidos políticos de todas las partes del mundo, para fundar Radio Europa Libre y Radio Liberty (destinadas a realizar emisiones de propaganda con destino a Europa oriental), efectuar expediciones de guerrillas a la China continental, crear la Fundación de Asia (Asia Foundation), derrocar los Gobiernos izquierdistas de Guatemala y del Irán y para llevar a cabo otros numerosos programas de acción encubierta.

Aunque la agencia consideraba que la mayor parte de sus programas habían constituido un éxito, también abundaron los fracasos. Son dos buenos ejemplos de ello los intentos realizados en los últimos años cuarenta para establecer movimientos guerrilleros en Albania y Ucrania; estos intentos respondían a la obsesión nacional, que por entonces prevalecía, de «hacer retroceder el Telón de Acero». Prácticamente no se supo nada nunca más de los agentes, los fondos y el equipo que fueron enviados a aquellos dos países por la agencia.

A principios de la década siguiente, la CIA cometió otro craso error cuando intentó establecer un extenso aparato clandestino en el interior de Polonia, destinado a tareas de espionaje y, en última instancia, a ejecutar acciones revolucionarias. La operación costó millones de dólares en oro que la agencia enviaba al interior de Polonia en sucesivas entregas. Los agentes situados dentro de Polonia se hallaban en contacto de un modo regular, a través de emisiones de radio clandestinas y utilizando técnicas de escritura secreta, con los funcionarios de la CIA encargados de la operación y destacados en Alemania Occidental. En realidad, los agentes pedían continuamente que se enviaran más agentes y más oro al movimiento clandestino. De vez en cuando, uno de los agentes lograba incluso salir de Polonia para informar

sobre los progresos de la operación… y para solicitar todavía más agentes y más oro. La agencia tardó varios años en darse cuenta de que el servicio secreto polaco había desmontado toda la red casi desde el primer momento y que no existía en Polonia ninguna operación clandestina real de la CIA. Los servicios polacos continuaban haciendo funcionar la operación con el exclusivo objeto de atraer a emigrados anticomunistas polacos a su patria… y a la cárcel. De paso, los polacos se apoderaron bonitamente de millones de dólares de la CIA en forma de oro.

Una de las razones, la principal quizá, que indujo a la agencia desde el principio a concentrarse sobre todo en las operaciones de acción encubierta era el hecho de que en el campo del espionaje tradicional (la obtención de información mediante espías) la CIA poco tenía que hacer contra su enemigo principal, la Unión Soviética. Debido al carácter cerrado de su sociedad, la URSS resultó ser prácticamente impenetrable. Los pocos funcionarios de los servicios de información norteamericanos que entraban en el país tenían sus movimiento severamente restringidos y eran seguidos a todas partes. El sistema de seguridad interior de la Unión Soviética, cuyos tentáculos llegaban a todas partes, impedía casi por completo el reclutamiento de agentes y el montaje cíe operaciones clandestinas. La CIA tropezaba con dificultades semejantes, aunque en menor grado, en Europa Oriental. En esos países, la agencia Podía reclutar agentes algo más fácilmente, pero las estrictas medidas de seguridad existentes y la eficacia de las policías políticas continuaban limitando mucho sus éxitos.

De todos modos, de vez en cuando se registraban algunos golpes de espionaje sonados, como, por ejemplo, cuando la CIA encontró un funcionario comunista de Europa Oriental que pudo facilitar a sus agentes una copia del discurso desestalinizador pronunciado Por Kruschev en 1956; este discurso fue luego publicado, de acuerdo con la CIA, por el «New York Times». A veces también, un desertor muy bien informado se pasaba a Occidente y proporcionaba información valiosa a la agencia. Por lo general, claro está, esos desertores cambiaban de campo por su propia voluntad y no a causa de cualquier método ingenioso ideado por la CIA. Así lo admitió, años más tarde, un ex jefe de los Servicios Clandestinos dela agencia, Richard Bissell, en una conferencia secreta mantenida con varios miembros escogidos del Consejo de Relaciones Exteriores (Council of Foreign Relations): «En la práctica, sin embargo», dijo, «el espionaje no ha dado los resultados esperados… La conclusión que se debe extraer de ello es que contra el bloque soviético y otras sociedades perfeccionadas el espionaje no constituye una fuente de información de importancia primordial, aunque a veces ha proporcionado éxitos brillantes».[*]

Fueron Bissell y su superior inmediato, Allen Dulles, los que se dieron cuenta, hacia la mitad de los años cincuenta, de que, si los agentes secretos no daban el resultado apetecido, debían encontrarse otros procedimientos para obtener información reservada de la URSS y de los restantes países comunistas. La CIA fue recurriendo cada vez más a las máquinas para llevar a cabo su misión de espionaje. A finales de la década indicada la agencia había puesto a punto el avión espía U-2. Este

aparato, capaz de volar a gran altura provisto de cámaras fotográficas e instrumentos electrónicos de escucha, proporcionó una gran riqueza de información sobre las defensas y el armamento de la Unión Soviética. Aún más fructífero resultó ser «el espionaje de las comunicaciones» (*communications intelligence*, COMINT), es decir, la intercepción de las transmisiones radioeléctricas realizada, a base de gastar miles de millones de dólares, por la Agencia Nacional de Seguridad (National Security Agency, NSA), organismo dependiente del Departamento de Defensa.

Sin embargo, tanto Dulles como Bissell creían que la utilización correcta de los recursos humanos continuaba siendo la base del oficio de la información. Por tanto, estaban convencidos de que, si los Servicios Clandestinos tenían que sobrevivir en la época del moderno espionaje técnico, los agentes de la CIA deberían ampliar el campo de sus operaciones encubiertas, sobre todo a los asuntos internos de los países donde la agencia podía actuar clandestinamente.

En los primeros años de la postguerra, los programas de acción encubierta se habían concentrado en Europa, puesto que la posible extensión del comunismo a Europa Occidental parecía una amenaza real. El Ejército Rojo había ocupado ya la Europa Oriental y los países occidentales del continente, devastados por la guerra, eran particularmente vulnerables en unos momentos en que intentaban reconstruir sus economías destrozadas. Por consiguiente, la CIA subvencionó a partidos políticos, personalidades individuales, sindicatos y otros grupos, especialmente en Alemania Occidental, Francia e Italia. También prestó su apoyo a diversos grupos de emigrados políticos de Europa Oriental establecidos en Occidente, dentro de un programa general destinado a organizar la resistencia en los países comunistas. «Eran tantos los proyectos que la CIA tenía en marcha en los momentos álgidos de la guerra fría», escribió el periodista Tom Braden en 1973, «que era casi imposible que una sola persona estuviera al tanto de todos.» Braden hablaba con conocimiento de causa, pues él mismo había pertenecido a la CIA, como jefe de división encargado de muchos de esos programas. Con todo, hacia finales de los años cincuenta, los Gobiernos pronorteamericanos se hallaban ya firmemente asentados en Europa Occidental y, por otra parte, el Gobierno de los Estados Unidos había renunciado en la práctica a la idea de «hacer retroceder el Telón de Acero».

Así, pues, la atención de los Servicios Clandestinos se fue fijando gradualmente en el Tercer Mundo. Este cambio de objetivos reflejaba hasta cierto punto la necesidad burocrática que sentía la CIA, como agencia secreta, de buscar nuevos campos donde poder tener éxito. Más importante aún: este desplazamiento era el resultado de la convicción, cada vez más firmemente sentida, de que los Estados Unidos tenían que proteger al resto del mundo del comunismo. Uno de los puntos básicos de esta política era la intervención secreta en los asuntos internos de aquellos países que parecían particularmente susceptibles a los movimientos socialistas, ya fueran democráticos ya revolucionarios. Años después, en una carta enviada a Chalmer Roberts, redactor del «Washington Post», Allen Dulles resumía la actitud

que prevalecía entonces. Haciendo referencia a la actuación de la CIA en Guatemala y el Irán, escribía: «Cuando empieza a haber pruebas de que un país determinado va por mal camino y existe la amenaza de que los comunistas lleguen al poder… no podemos esperar a que nos envíen una invitación impresa para que vayamos a prestarle ayuda.»

La orientación de la agencia hacia la acción encubierta era una cuestión completamente clara para los jóvenes funcionarios que recibían instrucción operacional hacia la mitad de los años cincuenta en **«La Granja» («The Farm»), el West Point de la CIA, situada cerca de Williamsburg, en Virginia, y que funcionaba al amparo de una base militar llamada Camp Peary.** La mayor parte de los métodos y de las técnicas que por entonces se enseñaban allí tenían mayor relación con la acción encubierta que con el espionaje tradicional y en general la instrucción se hallaba orientada hacia actividades de tipo paramilitar, como la infiltración-«exfiltración», las demoliciones y los lanzamientos nocturnos en paracaídas. Los funcionarios de la agencia se encontraban, al balizar su período de instrucción clandestina básica, con que la mayoría de los puestos disponibles se hallaban entre el personal de las acciones encubiertas y en la división de operaciones especiales (es decir, en las ramas paramilitares de la CIA). Los destinos en Europa eran menos buscados e incluso algunos veteranos con experiencia en países europeos solicitaban el traslado a otros puestos, en las nuevas naciones, especialmente en el Extremo Oriente.

Los países que forman el Tercer Mundo ofrecían unos objetivos mucho más tentadores que los de Europa para la acción encubierta. Aquellas naciones, subdesarrolladas y a menudo dominadas por regímenes corrompidos, parecían hechas a medida para los agentes clandestinos de la CIA. Richard Bissell declaró ante el Consejo de Relaciones Exteriores: «Debido sencillamente a que (sus) Gobiernos están mucho menos organizados, el sentido de seguridad es mucho menor; y el poder tiende a estar más repartido, potencialmente o en la realidad, entre partidos, localidades, organizaciones e individuos que no pertenecen a la administración central.» Y en las frecuentes luchas por el poder que estallan en el interior de estas Administraciones, las distintas facciones reciben con agradecimiento las ayudas exteriores. Las sumas de dinero relativamente pequeñas, ya sea entregadas directamente a los grupos del país, ya sea depositadas (a disposición de sus dirigentes) en una cuenta bancaria en Suiza, pueden surtir efectos casi mágicos, haciendo vacilar unas convicciones políticas sumamente inestables. En semejante contexto, los Servicios Clandestinos de la CIA han cosechado éxitos considerables durante largo tiempo.

Matasietes y guerras secretas

Durante los años cincuenta, la mayoría de las acciones encubiertas de la CIA no eran ni de lejos tan refinadas y sutiles como las que Bissell propondría en 1968. Ni estaban destinadas exclusivamente a los Gobiernos cada vez más numerosos y «menos organizados» del Tercer Mundo. Las operaciones encubiertas contra los países comunistas de Europa y Asia continuaron, aunque se centraban especialmente en la propaganda clandestina y en la infiltración en organizaciones culturales, juveniles, sindicales, etc., y su consiguiente manipulación. Las actividades más burdas —operaciones paramilitares, golpes y contragolpes— se reservaban para los países de Asia, África y América Latina, más maduros desde el punto de vista operacional.

El prototipo de las operaciones encubiertas emprendidas por la CIA durante aquella década podría ser la actividad del coronel Edward Lansdale, de las Fuerzas Aéreas. Las hazañas que realizó bajo los auspicios de la agencia, primero en las Filipinas y luego en el Vietnam, llegaron a ser tan conocidas que el coronel sirvió como modelo para los personajes de dos novelas que tuvieron gran aceptación, *El americano feo*, de William J. Lederer y Eugene Burdick y *El americano tranquilo*, de Graham Greene. En la primera de ellas, Lansdale es un porcentaje heroico; en la segunda, un bobo que mete continuamente la pata.

Lansdale fue enviado a las Filipinas a comienzos de los años cincuenta como consejero del ministro de Defensa filipino (y luego Presidente) Ramón Magsaysay en la lucha contra los *kuks*, los guerrilleros comunistas del país. Siguiendo los consejos de Lansdale, Magsaysay fomentó el desarrollo social y la reforma agraria, con el fin de atraerse al campesinado, apartándolo de los *huks*. Pero, además, Lansdale —que contaba con millones de dólares de los fondos secretos oficiales norteamericanos— tomó la precaución de montar otras operaciones, menos convencionales. Una de ellas fue el establecimiento de una «oficina filipina de asuntos civiles», que se encargaba de la guerra psicológica.

Después de entrevistar a Lansdale, que en la actualidad vive retirado tranquilamente, el periodista Stanley Karnow escribió:

> Una de las operaciones (lanzadas por Lansdale) de guerra psicológica se basaba en d terror supersticioso que inspira en el campo filipino un vampiro mítico, el *asuang*. Las escuadras de guerra psicológica penetraban en un sector y empezaban a esparcir rumores diciendo que vivía un *asuang* en el paraje donde tenían su base los comunistas. Dos noches después, cuando los rumores habían tenido tiempo de llegar a oídos de los simpatizantes de los *huks*, una de las escuadras tendía una emboscada a los rebeldes. Cuando pasaba una patrulla *huk*, los hombres de la escuadra saltaban sobre el último *huk*, le practicaban dos agujeros en el cuello como si fueran una mordedura de vampiro, colgaban su cuerpo hasta que se desangraba totalmente y luego echaban el cadáver otra vez al camino. Los filipinos son tan supersticiosos como el que más, de modo que los insurgentes huían de la región.

Al ser elegido Magsaysay como Presidente de Filipinas en 1953, Lansdale regresó a Washington. Para el Gobierno de los Estados Unidos, su misión había constituido un éxito total: la amenaza de que los comunistas conquistaran el poder en Filipinas había quedado conjurada.

Un año más tarde, después que el Vietnam fuera dividido provisionalmente en dos por los acuerdos de Ginebra, Lansdale fue destinado al Vietnam del Sur, a fin de ayudar al régimen de Ngo Dinh Diem. Pronto estuvo complicado en la organización de operaciones de sabotaje y guerrillas contra el Vietnam del Norte, aunque su tarea más eficaz la realizaba en el Sur, donde puso en marcha varios programas de guerra psicológica y colaboró con Diem en la eliminación de los rivales políticos de éste. Sus actividades, ampliamente descritas en los papeles del Pentágono, abarcaban los programas de pacificación, el entrenamiento militar e incluso los asesoramientos de tipo político: Lansdale contribuyó a confeccionar las papeletas de voto cuando Diem se hizo elegir oficialmente Presidente del Vietnam del Sur en 1955. Utilizó el color rojo —que en Asia es el color de la buena suerte— para Diem y el verde —símbolo de cornudo— para el adversario de éste. Diem, venció con un porcentaje de votos (el 98%) descaradamente alto, y Lansdale se ganó una gran reputación en los círculos oficiales norteamericanos por el hecho de haber llevado a término con éxito una operación más. Poco después abandonó el Vietnam.

Mientras, otros agentes de la CIA, menos célebres quizá que Lansdale, dirigían varios programas de acción encubierta en otros países. Kermit Roosevelt, de los Roosevelt de Oyster Bay, fue el responsable del *putsch* que en 1953 derrocó al Primer Ministro iraní Mohamed Mossadegh. El golpe de Estado de Guatemala de 1954 fue dirigido por la CIA. Menos éxito alcanzó el intento de derrocar al Presidente de Indonesia, Sukarno, a finales de los años cincuenta. **Contrariamente a las negativas del presidente Eisenhower y del secretario de Estado Dulles, la CIA prestó ayuda directa a los grupos rebeldes que actuaban en Sumatra. Unos aviones B-26 de la agencia llevaron a cabo incluso misiones de bombardeo en apoyo de los insurgentes. El 18 de mayo de 1958, los indonesios derribaron uno de esos B-26 y capturaron al piloto, un norteamericano llamado Allen Pope. Aunque los funcionarios del Gobierno de los Estados Unidos sostuvieron que Pope era un «soldado de fortuna», en realidad estaba empleado en una de las compañías propiedad de la CIA, la Civil Air Transport.** Pope salió de la cárcel cuatro años después y, al cabo de pocos meses, ya estaba volando de nuevo para la CIA… esta vez en la **Southern Air Transport**, compañía aérea **propiedad de la agencia** con base en Miami.

Durante los últimos años de la presidencia de Eisenhower, la opinión general en los Estados Unidos era todavía que estaban justificadas casi todas las acciones de la CIA en la lucha subrepticia contra el comunismo; y ello a pesar de que Eisenhower se vio forzado a mentir burdamente para salir bien librado del asunto del U-2 derribado, lo que provocó la anulación de la conferencia en la cumbre de 1960. Para la mayoría de los norteamericanos, la CIA estaba situada al mismo nivel que el FBI, por encima de la política, y no fue precisamente casual que el presidente electo, John Kennedy, decidiera anunciar simultáneamente que tanto J. Edgar Hoover como Allen Dulles conservarían sus cargos en la nueva Administración.

Fue necesario el escándalo nacional provocado por el abortado desembarco en la bahía de los Cochinos, en 1961, para que se pusieran en tela de juicio seriamente las operaciones de la CIA, entre los altos funcionarios gubernamentales y también entre el público en general. En efecto, la CIA no sólo había fracasado en su intento de derribar el régimen castrista, sino que además había metido la pata públicamente, y de nuevo el Gobierno de los Estados Unidos tuvo que tragarse una mentira. Por primera vez, la agencia fue objeto de la crítica popular. Y el presidente Kennedy, que había dado su aprobación a una operación tan arriesgada, cayó en la cuenta de que la CIA podía constituir una verdadera carga —tanto para su política exterior como para su carrera política personal—, además de ser una propiedad particular y secreta de la Presidencia. Decidido a que no volviera a ocurrir un caso semejante al de la bahía de los Cochinos, Kennedy tomó rápidamente medidas dirigidas a reforzar el control de la Casa Blanca sobre la agencia. Se dice que juró «romper la CIA en mil pedazos y esparcirlos al viento». Pero es evidente que la ira del Presidente se debía más al fracaso de la agencia en el intento de derrocar a Castro que a una reacción contra sus métodos y técnicas. Aunque el desastre de la bahía de los Cochinos no tuvo por consecuencia ni una reducción de los fondos de la agencia ni la anulación de sus operaciones, sin duda señaló el fin de lo que probablemente fue la «edad de oro» de la CIA. Nunca más volvería a disfrutar la agencia secreta de una libertad tan absoluta como la que había tenido hasta entonces en su papel de defensor clandestino de la democracia norteamericana. Kennedy no llegó a cumplir sus amenazas de destruir la CIA, pero destituyó a tres de los funcionarios superiores de la agencia, dejando bien sentado ante quién eran responsables. Si, a los ojos de Kennedy, Allen Dulles había pertenecido unos cuantos meses antes a la misma categoría de intocables que J. Edgar Hoover, la bahía de los Cochinos lo hizo vulnerable. En otoño de 1961, John McCone, industrial privado que trabajaba para las Fuerzas Armadas y ex jefe de la Comisión de Energía Atómica, reemplazó a Odies como director de la CIA: al cabo de pocos meses, el mayor general Marshall «Pat» Carter sustituyó al mayor general Charles Cabell en la subdirección y Richard Helms pasó a ser jefe de los Servicios Clandestinos en lugar de Richard Bissell.

Asimismo, Kennedy ordenó al general Maxwell Taylor, consejero militar especial del Presidente y futuro presidente de la junta de jefes de Estado Mayor, que llevara a cabo un estudio completo de todos los servicios de información de los Estados Unidos. Taylor fue ayudado en esta tarea por el Fiscal General Robert Kennedy, por Dulles y por el jefe de la Marina, el almirante Arleigh Burke. El informe del comité Taylor constituía, en gran parte, una crítica a las técnicas usadas en la bahía de los Cochinos, pero no a los objetivos de la operación. No proponía ninguna reestructuración fundamental de la CIA, a pesar de que no faltaban quienes, fuera del comité, abogaban por una separación completa entre las funciones de obtención de informaciones y de análisis y la rama dedicada a la acción encubierta. La principal recomendación que hizo el comité fue que, en el futuro, la CIA no debería emprender

operaciones en las que tuvieran que utilizarse as más importantes que las meramente personales.

El informe Taylor fue aceptado, en principio por lo menos, por la Administración Kennedy, pero su principal recomendación fue desatendida casi inmediatamente. La CIA ro llegó a clausurar las dos bases para operaciones anticastristas que tenía en el sur de Florida, y las expediciones realizadas contra la isla por grupos de exiliados, bajo los auspicios de la agencia, continuaron durante los años siguientes, si bien a una escala mucho más reducida que el desembarco de la bahía de los Cochinos. La agencia se mezcló también en la caótica situación que **se produjo en el Congo durante los primeros años de aquella década Los agentes de los Servicios Clandestinos compraron y vendieron repetidas veces a políticos congoleños y la agencia proporcionó dinero y armas a los partidarios de Cyril Adoula y Joseph Mobutu. Hacia 1964, la CIA había introducido en el Congo a sus propios mercenarios y los bombarderos B-26 de la agencia, pilotados por exiliados cubanos —muchos de ellos veteranos de la bahía de los Cochinos—, efectuaban misiones de un modo regular contra los grupos insurgentes.**

Durante esos años la intervención norteamericana en el Vietnam creció rápidamente, y la CIA, como los restantes organismos oficiales de los Estados Unidos, multiplicó su personal destacado en aquel país e incrementó el número de sus programas de acción en el mismo. Entre otras actividades, la agencia organizó guerrillas y ataques con pequeñas embarcaciones contra el Vietnam del Norte, armó a decenas de millares de soldados vietnamitas, a los que controlaba encuadrándolos en unidades irregulares, y montó un gigantesco sistema de información y de interrogatorios que llegaba hasta cada una de las aldeas survietnamitas.

Fue la CIA en realidad quien arrastró al resto de los organismos estatales norteamericanos a intervenir masivamente —siguiendo órdenes de la Casa Blanca— en el vecino Laos. Aunque la agencia venía llevando a cabo programas a gran escala de manipulación política y otras acciones encubiertas en aquel país, el acuerdo de Ginebra de 1962 prohibiendo la presencia de tropas extranjeras en Laos facilitó, de forma paradójica, la actuación de la CIA. Prácticamente desde el mismo momento de la firma del acuerdo, la Administración Kennedy decidió no retirarse, sino ampliar los programas norteamericanos en Laos. Esta política se justificó en parte por el hecho de que los norvietnamitas violaban también los acuerdos de Ginebra; además, Kennedy, a quien aún escocía la derrota sufrida en Cuba, no quería perder otra confrontación con los comunistas; finalmente, se justificó a sí mismo aduciendo la importancia estratégica adjudicada a Laos en la «teoría del dominó», que entonces estaba en boga. Puesto que los Estados Unidos no querían confesar abiertamente que incumplían los acuerdos de Ginebra, la CIA —cuyo personal no constituía teóricamente un «ejército extranjero recibió el encargo de librar una guerra «secreta». La operación de Laos se convirtió en una de las más importantes y caras en la historia de la agencia: más de 35.000 hombres pertenecientes a la tribu de los *meo* (que son

cultivadores de la adormidera) y a otros pueblos de las regiones montañosas de Laos fueron reclutados para formar el ejército privado de la CIA, la «Armée Clandestine»; los aviadores al servicio de la CIA realizaron misiones de bombardeo y de abastecimiento pilotando aparatos propiedad de la agencia; y, finalmente, cuando, después de largos años de guerra, la «Armée Clandestine» perdió eficacia combativa, la CIA reclutó y pagó a más de 17.000 mercenarios tailandeses, a los que utilizó en la guerra de desgaste librada contra los comunistas.

De todos modos, a finales de la década de los sesenta eran numerosos los funcionarios de carrera de la CIA que se declaraban opuestos a las actividades que estaba realizando la agencia en Laos y el Vietnam, no porque fueran contrarios a las guerras de Indochina (pocos lo eran), sino porque esas actividades consistían generalmente en operaciones paramilitares enormes, poco ágiles y semiencubiertas, y carecían del refinamiento y del secreto que tanto gustaban a la mayoría de los agentes. Además, las guerras hacía demasiado tiempo que duraban y muchos funcionarios consideraban que se habían convertido en un revoltijo sin remedio. A consecuencia de ello, la agencia se encontró con que no podía atraer voluntarios en número suficiente para cubrir los puestos en el Vietnam. Por consiguiente, se vio obligada a destinar forzosamente al servicio en el Sudeste de Asia a personal de otros sectores de su actividad clandestina.

La teoría de la acción encubierta

En medio de esta atmósfera de desasosiego y de dudas, una tarde de enero de 1968, un reducido grupo de antiguos profesionales de los servicios secretos y otros miembros de la secta del espionaje se reunieron a fin de tratar del papel de la CIA en la política extranjera de los Estados Unidos. La reunión no se celebró en el cuartel general de la CIA, en Langley, Estado de Virginia, sino en la Harold Pratt House, en Park Avenue, donde tenía su sede el Consejo de Relaciones Exteriores. Dirigía el debate el banquero C. Douglas Dillon, ex subsecretario de Estado y secretario del Tesoro; la intervención más importante corrió a cargo de Richard Bissell, ex jefe de los Servicios Clandestinos de la agencia, a la que continuaba asesorando, y a la sazón directivo de la United Aircraft Corporation. Bissell, como tantos otros ex funcionarios de la CIA, se resistía a expresar públicamente sus puntos de vista sobre los servicios de información, por lo que la reunión se celebró en privado.

Sin embargo, en 1971, en el curso de una protesta contra la guerra, un grupo de activistas estudiantiles de Cambridge, Massachusetts, ocupó el edificio donde se halla instalado el Centro de Asuntos Internacionales de la Universidad de Harvard. Una vez en el interior, los ocupantes procedieron a levantar barricadas en los accesos y registraron los papeles de los profesores que trabajaban en la institución. Entre los documentos pertenecientes a uno de los colaboradores del centro, William Harris, se

hallaba la minuta confidencial de la reunión celebrada el 8 de enero de 1968 en la Pratt House. Harris declaró en privado, un año después, que el documento en cuestión había sido enmendado a fin de eliminar algunas materias particularmente delicadas. A pesar de ello, el ejemplar robado en Cambridge contiene la descripción más completa de la estrategia y de las tácticas de acción encubierta de la CIA que puede hallarse fuera de la agencia. Sin embargo, el documento Bissell casi no despertó ningún interés en los medios de información norteamericanos, si se exceptúan unos pocos artículos periodísticos aparecidos en 1971, cuando fue reeditado por el African Research Group.

Richard Bissell era uno de los poquísimos altos funcionarios de los Servicios Clandestinos de la CIA que no había estado en la OSS durante la Segunda Guerra Mundial; por lo demás, era el profesional de la CIA ideal. Educado en Groton y Yale, pertenecía sin lugar a dudas a los círculos selectos del Este del país; esto no era una condición indispensable para triunfar en la CIA, pero ayudaba mucho, sobre todo en los tiempos de Allen Dulles. Además, Bissell tenía la ventaja de su procedencia universitaria: era doctor en Ciencias Económicas y había sido profesor de la especialidad en Yale y en el Instituto de Tecnología de Massachussetts. Ingresó en la CIA en 1954 e inmediatamente demostró poseer grandes dotes para los trabajos clandestinos. En 1958 era ya jefe de los Servicios Clandestinos, por nombramiento de Dulles.

En los comienzos de la Administración Kennedy, el nombre de Bissell sonaba en los círculos de la Casa Blanca como el sucesor lógico de Dulles, que estaba a punto de cumplir setenta años. Brillante y refinado, Bissell parecía encajar perfectamente en la imagen de «los mejores y los más inteligentes» que —según la expresión de David Halberstam— quería ofrecer la Nueva Frontera kennedyana. Pero el prestigio de Bissell en la Administración Kennedy pronto se eclipsó, ya que fueron precisamente los Servicios Clandestinos que él dirigía los que proyectaron y llevaron a cabo el desembarco en la bahía de los Cochinos en abril de 1961. Los subordinados de Bissell, además de fracasar, no fueron capaces ni de inventar y propalar la tapadera (el «mentís plausible») que en principio tiene que acompañar a todas las operaciones encubiertas y que hubiera permitido lavarse las manos a la Administración Kennedy. Fidel Castro había dicho la verdad al mundo acerca de la intervención norteamericana en Cuba, mientras que las mentiras del secretario de Estado y de otros altos funcionarios de los Estados Unidos quedaron en evidencia públicamente y sin paliativos cuando las falsas explicaciones que les había proporcionado la agencia se desmoronaron. De modo que Kennedy destituyó a los funcionarios de la CIA que le habían arrastrado al desastre de la bahía de los Cochinos, a pesar de que él había autorizado personalmente la expedición; Bissell tuvo que dimitir, junto con Odies y el subdirector, Charles Cabell.

El sustituto de Bissell, Richard Helms, había conseguido salir sorprendentemente bien librado de la operación de la bahía de los Cochinos, a pesar de que era el segundo de a bordo en los Servicios Clandestinos. Años más tarde, uno de los funcionarios de mayor rango de la CIA hablaba aún con admiración del hecho de que en toda la agencia no se pudo encontrar ni un solo documento que relacionara a Helms con el planeamiento o la ejecución de la desafortunada expedición. El citado alto funcionario no criticaba en absoluto a Helms, que había intervenido activamente en la supervisión general de la operación; simplemente, se hacía lenguas de la habilidad burocrática y de la vista de Helms, cuya firma no constaba en ninguno de los documentos relacionados con el desembarco, ni siquiera con la etapa de su preparación.

Helms tomó posesión del cargo de jefe de los Servicios Clandestinos, como sucesor de Bissell, el 17 de febrero de 1962. Este último fue condecorado con una medalla de los servicios secretos en agradecimiento por los años de servicio pasados en la CIA y, por otra parte, continuó estando en estrecho contacto con los programas clandestinos en calidad de asesor; la CIA, en efecto, no quería perder la colaboración de un hombre que había introducido en la agencia algunas de sus técnicas más avanzadas. Bissell fue uno de los primeros que durante los años cincuenta comprendió que era inútil tratar de espiar a los soviéticos y a los chinos con los métodos clásicos y de ahí que se hubiera esforzado en aplicar las técnicas modernas a los servicios de información. Su intervención había sido decisiva en la puesta a punto del avión U-2, que constituyó uno de los mejores triunfos de la CIA hasta el derribo de Powers. Bissell había impulsado también la construcción del avión A-11, con la asistencia técnica de Kelly Johnson y dé las instalaciones secretas (los llamados Skunk Works) de la compañía de construcciones aeronáuticas Lockheed; el A-11, que más tarde se llamó SR-71, era un avión espía que podía volar a una velocidad casi tres veces superior a la del sonido y a una altitud aun mayor que el U-2.

Además de eso, Bissell fue uno de los que propugnaron con más energía la adaptación de los satélites artificiales a las tareas de información, hasta el punto de provocar cierta incomodidad en las Fuerzas Aéreas. Se dio cuenta en seguida del valor que podría tener para cuestiones de espionaje la colocación en órbita de cámaras fotográficas ultrasensibles, a bordo de satélites que sobrevolaran las instalaciones secretas de la Unión Soviética y China. Y, debido en gran parte a los avances técnicos de los hombres de ciencia y de los ingenieros que trabajaban a las órdenes de Bissell, la CIA dominó ampliamente los programas oficiales norteamericanos de reconocimiento mediante satélites, durante los últimos años cincuenta y los primeros de la década siguiente. Incluso en la actualidad, aunque las Fuerzas Aéreas se han hecho cargo de la mayor parte de las cuestiones operativas de los programas de satélites, la agencia puede anotar en su haber la mayor parte de los descubrimientos en el campo de la investigación y el desarrollo. Al mismo tiempo que ponía en marcha una gran parte de las innovaciones en el terreno del

reconocimiento aéreo, Bissell orientaba los Servicios Clandestinos cada vez más hacia la ejecución de programas de acción encubierta en el Tercer Mundo. Él fue quien desarrolló y puso en práctica casi toda la teoría y muchas de las técnicas que luego fueron adoptadas por la CIA como normas de conducta operativa en numerosas intervenciones realizadas en el extranjero.

Aquella noche de enero de 1968, en Nueva York, en la sede del Consejo de Relaciones Exteriores, Bissell habló sobre todo acerca de las acciones encubiertas y la minuta de la reunión equivale prácticamente al guión de un manual consagrado a las operaciones encubiertas. Entre los que le escuchaban estaban Allen Dulles y Robert Amory, Jr., ambos ex funcionarios de la CIA; el ex jefe de los servicios de información del Departamento de Estado, Thomas Hughes; Theodore Sorensen, antiguo ayudante de Kennedy; el periodista y comentarista Joseph Kraft; y catorce personas más.[*] Todos los presentes habían pasado muchos años al servicio del Estado o bien en esferas próximas al Gobierno. Podía confiarse en que serían discretos acerca de lo hablado en la reunión.

Expresándose con toda libertad ante un auditorio bien dispuesto hacia él, Bissell dijo:

> La *acción encubierta* [consiste en] el intento de influir sobre los asuntos internos de otras naciones —lo que otras veces se llama «intervención por medios ocultos o encubiertos.
>
> …la técnica utilizada es esencialmente la «penetración», que puede adoptar una forma que horrorizaría a los partidarios del estilo clásico en las operaciones encubiertas, ya que no tiene en cuenta las «normas» y las «reglas de reclutamiento de agentes». Muchas veces, las «penetraciones» no adoptan la forma de «soborno», sino que consisten en el establecimiento de una relación estrecha o amistosa (la cual puede o no llevarse adelante mediante la entrega de dinero de vez en cuando).

Bissell explicó luego que la CIA necesita tener sus propios agentes en el interior —es decir, sus «penetraciones si desea subvencionar un partido político, orientar la línea editorial de un periódico o ejecutar un golpe militar. Los representantes clandestinos de la CIA destinados al extranjero reciben el nombre de «funcionarios encargados de casos» (*case officers*) y a ello compete el reclutamiento de agentes para las «penetraciones» y la supervisión de éstas. En general, permanecen dos o tres años en un mismo destino y la mayoría de ellos están incluidos entre el personal de las embajadas de los Estados Unidos, desempeñando falsos cargos. Algunos viven en países extranjeros, protegidos por lo que se llama «cobertura total», haciéndose pasar por hombres de negocios, estudiantes, periodistas, misioneros o por visitantes norteamericanos cualesquiera de aspecto inocente.

> El problema de las operaciones de la agencia en el extranjero [prosiguió Bissell] es a menudo un problema para el Departamento de Estado. Por lo general, los aliados del país se encuentran con que están tratando siempre con un norteamericano y con un norteamericano *oficial* —puesto que la cobertura consiste casi invariablemente en un cargo oficia] como funcionario de los Estados Unidos. Hay razones poderosas que aconsejan mantener este sistema y será siempre conveniente que haya algunos empleados

de la CIA destacados en los edificios de las embajadas, aunque sólo sea para responder a las necesidades de un «puesto de mando» local y de las comunicaciones.

De todos modos, es posible y conveniente, aunque difícil y largo, montar en el extranjero un aparato de encubrimiento no oficial. Ello exigiría la utilización y la creación de organizaciones privadas, la mayoría de cuyo personal no sería de nacionalidad norteamericana, disponiendo así de una mayor libertad para introducirse en la sociedad del lugar y comprometiendo en menor grado la postura oficial de los Estados Unidos.

Sea cual fuere el encubrimiento que protege al funcionario encargado de un caso, su misión consiste en encontrar agentes dispuestos a trabajar con la CIA o para ella. Su objetivo es penetrar en el Gobierno huésped, averiguar cómo funciona interiormente y manipularlo para que sirva a los propósitos de la agencia.

Pero para las intervenciones más importantes y delicadas [continuó diciendo Bissell], los aliados tienen que obedecer a sus propios motivos. En general, la CIA ha tenido un éxito notable en el hallazgo de individuos y agencias con los cuales y a través de los cuales podía trabajar de esta manera. El requisito de que exista previamente un motivo lleva implícito el corolario de que un intento de inducir al aliado local a tomar un camino en el que no cree reducirá por lo menos su efectividad, cuando no echará a perder toda la operación.

Así pues, la acción encubierta consiste en la práctica en esforzarse por encontrar «aliados» dispuestos a cooperar con la CIA, que sean con preferencia individuos que crean en los mismos fines que la agencia; en todo caso, personas que puedan ser manipuladas haciendo que crean en estos fines. Los funcionarios de la CIA han de poseer la habilidad suficiente para convencer a la gente de que trabajando para la agencia lo harán para sus propios intereses; el buen funcionario recurrirá normalmente a todas las técnicas que se requieren para reclutar a un posible cliente: los llamamientos al patriotismo y al anticomunismo pueden reforzarse con el halago o endulzarse con dinero y poder. También pueden utilizarse métodos más duros, en los que intervenga el chantaje y la coacción, pero desde luego no son tan convenientes.

Para que la acción encubierta tenga la máxima efectividad, el reclutamiento y la penetración tienen que hacerse mucho antes del momento previsto para una operación real. Cuando el Gobierno de los Estados Unidos decide en secreto provocar un golpe de Estado en determinado país, es demasiado tarde ya para que los funcionarios de la CIA destacados en ese país busquen aliados locales. Por el contrario, si dichos funcionarios han trabajado a conciencia, ya habrán montado una red de agentes en el interior de la Administración, las Fuerzas Armadas, la prensa, los sindicatos y otros grupos importantes del país. Así, pues, en docenas de países existe una fuerza permanente lista para servir a la CIA si se presenta el caso. En el ínterin, muchos de esos agentes son útiles también a la agencia proporcionándole información obtenida a través de sus funciones oficiales respectivas. Esta información puede ser a menudo de gran valor táctico para la CIA en el conocimiento de las estructuras del poder político del país y para averiguar en qué punto sería más eficaz la acción encubierta.

> [Hay] que proseguir los esfuerzos para desarrollar la capacidad de acción encubierta [explicó Bissell], aun cuando no exista necesidad inmediata de emplearla. La tarea esencial es la identificación de los aliados indígenas en potencia —tanto individuos aislados como organizaciones—, entrando en contacto con ellos y estableciendo de hecho una comunidad de intereses.

Este proceso se llama en la jerga del oficio «acumulación de activo» o desarrollo del aparato operativo. Constituye una de las funciones normales de todas las estaciones y bases clandestinas de la CIA en el extranjero; y cuando un funcionario es trasladado a otro destino, después de trabajar varios años en un puesto, entrega al colega entrante su red de agentes y de contactos, con los cuales el nuevo titular continuará manteniéndose en relación, al mismo tiempo que sigue tratando de encontrar más «activo».

En un país determinado puede trabajar un solo funcionario de la CIA o docenas de ellos: depende de la extensión y la importancia del país. El «activo» global de todos los funcionarios puede alcanzar cifras de centenares de agentes. Los planificadores de una operación dada tratarán de orquestar la utilización del activo que tienen a su disposición a fin de sacarle el máximo rendimiento. Según Bissell:

> La intervención encubierta es seguramente más efectiva en aquellas situaciones en que se emprende un esfuerzo coordinado a base de cierto número de operaciones separadas destinadas a apoyarse y complementarse mutuamente y a tener un efecto acumulativo apreciable.

En realidad, una vez los funcionarios de la CIA han acumulado el correspondiente activo, la decisión de si los Estados Unidos deben intervenir o no se basará, en gran parte, en una valoración de la eficacia potencial y la importancia de los agentes de la CIA («aliados», según la expresión de Bissell), así como de la confianza que merezcan. Ahora bien, sólo los funcionarios destacados en el país y, en menor grado, sus superiores inmediatos en los Estados Unidos pueden hacer esa valoración, ya que únicamente la CIA conoce la identidad de sus agentes. Esta información no se comunica a nadie que no pertenezca a la agencia e incluso dentro de ella son muchos los que la ignoran, pues los agentes se citan siempre por sus nombres cifrados, aún en los documentos más confidenciales. Por tanto, mientras que la decisión política de intervenir debe tomarla la Casa Blanca, es la propia CIA (a través de sus Servicios Clandestinos) el organismo que proporciona al Presidente y a sus asesores la información crucial sobre la que se ha de basar dicha decisión.

Incluso suponiendo que la CIA tuviera (que no la tiene) una reputación inmaculada de integridad y de acierto en sus juicios, habría un conflicto de intereses inherente al sistema: la CIA redacta los planes de intervención; la CIA es el único organismo que posee los informes requeridos para juzgar sobre el mérito de estos planes y para decidir si son practicables o no; y, finalmente, a la CIA corresponde la ejecución de los planes cuando han sido aprobados. Cuando la CIA tiene su «activo» colocado en un lugar determinado, hay tendencia en la agencia a recomendar su utilización; la forma de intervención que se recomiende dependerá, en parte, del tipo

de agentes que se hayan reclutado previamente. Más aún: es posible que los altos funcionarios gubernamentales de los Estados Unidos, por el simple hecho de que ese «activo» está a su disposición, se apoyen demasiado en la CIA en una situación de crisis real o imaginada. La intervención encubierta puede parecerles, a esos funcionarios (Presidente incluido), que constituye una solución más fácil a un problema determinado que dejar que los acontecimientos sigan su curso natural o que buscar un intrincado acuerdo diplomático. La tentación de inmiscuirse en los asuntos internos de otros países puede ser casi irresistible cuando se tienen a mano los medios para ello.

Una de las contradicciones de las actividades de información, tal como las practica la agencia, reside en el hecho de que los expertos más calificados de la CIA —sus analistas— casi no tienen autoridad sobre los empleados que conducen las operaciones clandestinas e intervienen en la acción encubierta. Estos últimos deciden normalmente, sin consultar a los analistas, qué operaciones hay que emprender. Incluso cuando tiene a su disposición inmediata las valoraciones y los estudios de información pertinentes, la CIA acostumbra a hacer caso omiso de ellos, a menos que tiendan a apoyar el tipo determinado de acción encubierta que favorecen los Servicios Clandestinos. Desde los días de la OSS, los operadores clandestinos —sobre todo los que dirigen las operaciones sobre el terreno— han desconfiado del punto de vista más sereno de los analistas que no participan directamente en la acción encubierta. A fin de no tener contacto con los analistas (y también para evitar en lo posible las interferencias de los altos funcionarios de la organización, incluso de los que pertenecen a la oficina del director), el personal de los Servicios Clandestinos recurre generalmente a unas reglas de seguridad operativa muy estrictas y a triquiñuelas burocráticas, siempre que se está preparando una operación de acción encubierta o cuando se busca la aprobación superior para ella. De este modo, en la CIA es completamente posible que los analistas de información digan una cosa y que los encargados de la acción encubierta reciban autorización para hacer otra. Aunque, por ejemplo, los analistas creían que una rebelión contra el presidente Sukarno, en 1958, tenía pocas probabilidades de éxito, los Servicios Clandestinos apoyaron el abortado golpe de Estado. A pesar de que la opinión de los analistas era que el Gobierno de Castro gozaba del apoyo popular, los Servicios Clandestinos de la agencia llevaron a cabo la fracasada operación de la bahía de los Cochinos con la intención de derribar el régimen cubano. A despecho de que durante largos años los analistas habían expresado sus dudas sobre la eficacia de Radio Europa Libre y Radio Liberty, la CIA continuó financiando estas operaciones de propaganda hasta 1971, cuando fue obligada por el Congreso a retirar su apoyo a las citadas emisoras. Aunque los analistas indicaron, con toda seguridad, que las guerras del Vietnam y de Laos no se podían ganar, la dirección operativa de la CIA no cesó ni un solo instante de idear y lanzar nuevos programas de apoyo a los regímenes de aquellos países, con la esperanza de lograr la victoria de algún modo. **Los analistas habían advertido sobre**

los peligros de inmiscuirse en la política latinoamericana, pero, a pesar de todo, se intentó manipular las elecciones presidenciales chilenas de 1964 y 1970 mediante la acción encubierta.

En teoría, la dicotomía que existe entre los componentes analítico y clandestino de la CIA se resuelve en la cúspide de la agencia. En principio, los datos analíticos obtenidos por la CIA y los objetivos y riesgos de las operaciones encubiertas tienen que contrapesarse a nivel de la dirección del organismo. Pero no siempre (ni a menudo tampoco) las cosas funcionan así. Ha habido directores como Allen Dulles y Richard Helms, veteranos ambos de la acción clandestina, que a veces permitieron que su inclinación hacia las operaciones secretas influyera sobre sus juicios. La más remota posibilidad de éxito era suficiente para que dieran su aprobación a cualquier propuesta para una acción encubierta. Las opiniones de los analistas, suponiendo que fueran solicitadas y si sobrevivían a las trampas burocráticas del personal de los Servicios Clandestinos, no solían ser tenidas en cuenta por la alta dirección de la agencia, arguyendo que eran demasiado vagas o poco convincentes para las necesidades de la planificación operativa.

De todos modos, con independencia de las preferencias del director de la CIA, es el Presidente (o su asesor en cuestiones de seguridad nacional) quien señala las directrices definitivas y otorga la aprobación final a cualquier programa encubierto de cierta importancia que emprenda la CIA. A menudo, al proponer un programa de este tipo, la sección de operaciones de la agencia no hace sino responder a las directivas de la Presidencia o a las órdenes del Consejo de Seguridad Nacional. Y en todos los casos, las propuestas que hace la CIA sobre la acción encubierta tienen que ser revisadas por el Comité de los 40, grupo especial de carácter interministerial que preside el asesor en cuestiones de seguridad nacional del Presidente. Así, pues, el deseo que expresa el Presidente de los Estados Unidos o su asesor de que se tomen las medidas destinadas a influir en los acontecimientos internos de otro país constituye con frecuencia el estímulo que, o bien desencadena la acción de la CIA o bien permite que los servicios de la agencia se lancen a una operación discutible. Sólo entonces se pone en marcha el aparato; sólo entonces el análisis pierde toda justificación. Pero "sólo entonces» significa «casi siempre».

La táctica

En su charla pronunciada ante el Consejo de Relaciones Exteriores, Bissell enumeró ocho tipos de acción encubierta, ocho maneras distintas que tiene la CIA de intervenir en los asuntos internos de otros países:

> 1) consejos y asesoramiento políticos; 2) subsidios individuales; 3) ayuda económica y «asistencia técnica» a partidos políticos; 4) apoyo a organizaciones privadas, como sindicatos, firmas comerciales, cooperativas, etc.; 5) propaganda encubierta; 6) entrenamiento «privado» individual e intercambio de

personas; 7) operaciones económicas; 8) operaciones de acción política [o] paramilitar destinadas a derrocar o apoyar un régimen (como la expedición a la bahía de los Cochinos y el programa realizado en Laos). Estas operaciones pueden clasificarse según diversos criterios: por el grado y el tipo de secreto que requieren, por su legalidad y, quizá también, por su carácter hostil o amistoso.

Las categorías quinta y octava de Bissell —la propaganda encubierta y las operaciones paramilitares— son tan importantes, abarcan un campo tan amplio, que serán comentadas extensamente en capítulos posteriores; además, en cierto modo se definen a sí mismas. En cambio, las seis categorías restantes necesitan ciertas aclaraciones.

Las tres primeras —consejos y asesoramiento políticos, subsidios individuales y ayuda económica y asistencia técnica a partidos políticos— suelen estar tan estrechamente relacionadas entre sí que es casi imposible considerarlas separadamente. **(**

CENSURADO

) Los periodistas que informaron sobre esta cuestión, el 10 de abril de 1971, no se dieron cuenta, al parecer, de que ocurriera nada anormal con los invitados. Ocupando las largas mesas blancas dispuestas en forma de E, se hallaba el conjunto habitual de dignatarios extranjeros, de altos funcionarios del Gobierno de los Estados Unidos y de los directores de las grandes compañías que nunca han faltado a tales ocasiones durante la Presidencia de Nixon. La lista de invitados que había facilitado la oficina de prensa de la Casa Blanca daba los títulos y cargos de casi todos los asistentes a la cena. **(**

CENSURADO

) años después, fue elegido alcalde de Berlín occidental. Durante este período, (

CENSURADO

). Era uno de los políticos más activos en el Berlín ocupado por los Aliados y su objetivo de convertir el partido socialdemócrata en una alternativa viable al comunismo (

CENSURADO

). Y aquella noche, después de la cena, la cantante Pearl Bailey actuó ante los invitados de la Casa Blanca, en el salón del ala Este. Al día siguiente,

el «Washington Post» informaba de que el «rock» de la muchacha había «meneado» la Casa Blanca. **(**

CENSURADO

)

En ciertos países donde la CIA es particularmente activa, el «encargado de estación» (*chief of station*, COS) de la agencia está en contacto más estrecho con el jefe del Estado que el embajador norteamericano. Por lo general, el embajador es informado de los asuntos que trata el COS (quien está subordinado oficialmente al embajador) con el jefe de Estado (ante quien está acreditado el embajador como representante personal del Presidente de los Estados Unidos). Pero Bissell se refirió a varios casos en los cuales las relaciones de la CIA con el jefe de Estado del país eran tan especiales, que al embajador no se le facilitaban detalles de lo tratado, porque, o bien el secretario de Estado norteamericano o bien el jefe del Gobierno huésped preferían que el embajador no tuviera conocimiento de aquellas relaciones. **(**

CENSURADO

)

Otro ejemplo más de un país donde la CIA goza de una posición especial lo constituye la China nacionalista. En este caso, sin embargo, los lazos de la CIA no se establecen con el presidente Chiang Kai-chek, sino con su hijo y presunto sucesor, el primer ministro Chiang Ching-kuo. Un ex COS de la agencia llamado Ray Cline, que hasta 1973 fue director de los servicios de información e investigación del Departamento de Estado, se convirtió en una especie de figura legendaria en los Servicios Clandestinos a causa de que con frecuencia pasaba noches enteras bebiendo en compañía de Chiang hijo. **(**

CENSURADO

)

En el Vietnam del Sur, el embajador norteamericano Ellsworth Bunker quiso llevar siempre él personalmente los asuntos importantes que tenían que tratarse con el presidente Thieu; a veces, cuando había que resolver cuestiones relacionadas con la CIA, el jefe de la agencia acompañaba a Bunker en las visitas de éste al Presidente. Pero en Saigón había otro empleado de la CIA que conocía a Thieu desde muchos años antes y que siempre tenía acceso al Presidente de Vietnam del Sur. Según un ex ayudante del embajador Bunker, este funcionario de la CIA servía de intermediario

entre Thieu y el Gobierno norteamericano cuando no se deseaba celebrar una entrevista oficial o cuando Thieu quería sugerir alguna idea. **(**

CENSURADO

). La agencia pensaba que cada una de estas personas representaba una vigorosa fuerza anticomunista que mantendría la estabilidad en un país cuya situación era potencialmente explosiva.

Por regla general, las relaciones de la CIA con los dirigentes políticos extranjeros que reciben consejos y dinero de la agencia son extremadamente delicadas. La CIA está interesada en que el dirigente y, a través de él, su partido y su país vayan adoptando una política favorable a los Estados Unidos. En la mayor parte de los países del Tercer Mundo, los Estados Unidos siguen habitualmente la política de mantener el *statu quo*, de modo que la mayor parte de las subvenciones se destinan a reforzar la base política de los que se hallan en el poder. Normalmente, el dirigente extranjero que recibe dinero de la CIA lo hace para promover tanto su carrera política como los fines que, en su opinión, son beneficiosos para el país. Pero esto es mucho suponer; en efecto, es probable que la capacidad que posee todo político de justificar ante sí mismo sus propias acciones aumente notablemente cuando se ha decidido a aceptar esas subvenciones.

La intervención de la CIA en instituciones privadas de los Estados Unidos y del extranjero (es decir, el cuarto tipo de tácticas, según Bissell) constituye uno de los pocos aspectos de las actividades encubiertas de la agencia que ha atraído de una manera sustancial la atención pública. En 1967, la revelación por parte de la revista «Ramparts» de que existían relaciones clandestinas entre la CIA y la Asociación Nacional de Estudiantes (National Student Association, NSA) provocó la publicación en la prensa de una serie de artículos referidos a los subsidios que pagaba la agencia a docenas de otras organizaciones. Algunas de esas instituciones, en particular las que se utilizaban como intermediarias para pagar subvenciones secretas, estaban controladas directamente por la CIA. Otras, sólo recibían dinero de la agencia, la cual las orientaba de acuerdo con sus intereses políticos a través de la manipulación de unas pocas personas que ocupaban puestos clave en ellas. Sam Brown, ex presidente de la junta nacional de supervisión política de la NSA y que posteriormente fue uno de los dirigentes de la campaña de McCarthy en 1968 y del movimiento contra la guerra, declaró a David Wise y Thomas B. Ross, que, en el caso de la NSA, la CIA seleccionó a uno o dos directivos de la asociación. Se les dijo que tenían que estar enterados de ciertos secretos y que, por tanto, se les rogaba que firmaran un documento comprometiéndose a no revelarlos. «Luego», explicó Brown,

> les dijeron, «trabajáis para la CIA». En ese momento se encontraron atrapados, ya que habían firmado una declaración jurando que no divulgarían nada… Éste es el aspecto de todo el asunto que encuentro más repugnante y horrible. Unas personas fueron inducidos con engaños a entrar en relación con la CIA, una relación de la que no había luego manera de librarse.

Sin embargo, no todos los dirigentes estudiantiles reclutados por la CIA en diversos momentos lo fueron a disgusto. Algunos ingresaron más tarde oficialmente en la agencia para formar parte del personal de los Servicios Clandestinos; incluso uno de ellos llegó a ser ayudante para asuntos ejecutivos del director Richard Helms. Era la misma persona que a veces fingía ser funcionario de la Agencia para el Desarrollo Internacional para hacer caer en la trampa a inocentes directivos de la NSA, a los que sólo revelaba su verdadera identidad después de haber conseguido que firmasen promesas de guardar el secreto e incluso compromisos para que la NSA cooperase en programas específicos de la CIA.

Tom Braden, que fue jefe de la división de organizaciones internacionales de la CIA desde 1950 hasta 1954, cuando esta rama de los Servicios Clandestinos se encargaba de los subsidios pagados a las organizaciones privadas, explicó sus propias experiencias en un artículo publicado por el «Saturday Evening Post», en 1967, y titulado «Me alegro de que la CIA sea “inmoral”»:

> Fue mía la idea de dar 15.000 dólares a Irving Brown (de la American Federation of Labor). Los necesitaba para pagar a las escuadras que estaba organizando en los puertos mediterráneos, destinadas a asegurar por medios violentos que se descargaran los suministros norteamericanos, a pesar de la oposición de los trabajadores portuarios comunistas… A petición [de Victor Reuther], una mañana me fui a Detroit y le entregué a Walter [Reuther] 50.000 dólares en billetes de a cincuenta. Víctor gastó casi todo este dinero en Alemania Occidental, para consolidar los sindicatos…
>
> Recuerdo la inmensa satisfacción que sentí cuando la orquesta sinfónica de Boston obtuvo en París más aplausos de los que podrían haber conseguido John Foster Dulles y Dwight D. Eisenhower en cien discursos. Y luego está el caso de la revista «Encoun ter», publicada en Inglaterra y dedicada a promover la idea de que los logros culturales y la libertad política son interdependientes. El dinero para pagar la gira de la orquesta y la publicación de la revista provenía de la CIA, y eso lo sabían pocas personas fuera de la agencia. Habíamos colocado un agente en una organización europea de intelectuales llamada Congreso para la Libertad de la Cultura. Otro de nuestros agentes se convirtió en director de «Encounter». Estos agentes no sólo podían proponer programas anticomunistas a los dirigentes oficiales de las organizaciones, sino que sugerían también los métodos y los procedimientos para resolver los inevitables problemas pecuniarios. ¿Por qué no tratar de obtener el dinero que se necesitaba de alguna «fundación norteamericana»? Los agentes sabían, desde luego, que las fundaciones financiadas por la CIA se mostraban muy generosas en materias de interés nacional.

Esos funcionarios de la CIA, amantes de la cultura, optimistas y despreocupados, cometieron, a pesar de todo, graves faltas tácticas en la fundación de estas instituciones «privadas». Con el tiempo, la agencia acabó por inmiscuirse en tantos grupos, que no siempre era factible supervisarlos directamente y controlar sus gastos. Además, la agencia infringió una de las reglas fundamentales de los servicios de información al no aislar cuidadosamente las actividades de cada organización de las de las restantes. Por ello, cuando se publicaron las primeras revelaciones sobre esta faceta de la CIA, en 1967, no faltaron periodistas con iniciativa para descubrir que los

procedimientos de subvención y las falsas fundaciones estaban tan entrelazados entre sí y habían sido utilizados tantas veces que se podían seguir las pistas de otros grupos que también habían sido subvencionados por la agencia. Bissell reconoció esta chapucería técnica cuando dijo: «… está muy claro que hubiéramos tenido que aplicar una mayor compartimentación a las operaciones».

A consecuencia de esas revelaciones, el presidente Johnson tuvo que nombrar un comité especia] para estudiar la relación entre la CIA y las organizaciones privadas; dicho comité estaba formado por el subsecretario de Estado Nicholas Katzenbach, que lo presidía; el director de la agencia, Richard Helms; y John Gardner, secretario del Departamento de Sanidad, Educación y Bienestar Social. El 29 de marzo de 1967, el comité recomendó por unanimidad —y el Presidente aceptó la recomendación— que: «Ninguna agencia federal proporcionará ayuda económica o apoyo encubierto, directo o indirecto, a ninguna de las organizaciones educativas o privadas y voluntarias del país.» El informe decía que las excepciones a esta regla deberían autorizarse en casos de «supremo interés para la seguridad nacional», pero añadía que ninguna de las organizaciones que por entonces recibían subvenciones encajaba en esta categoría. El comité Katzenbach hacía notar que esperaba que la CIA rompería la mayor parte (si no todos) de los lazos que la unían a organizaciones privadas antes del final de 1967.

Ahora bien, un año más tarde, Richard Bissell declaraba ante el Consejo de Relaciones Exteriores:

> Si la agencia desea continuar siendo eficaz, tendrá que usar las instituciones privadas cada vez a escala mayor, aunque las relaciones que han «estallado» públicamente ya no se pueden restablecer. Hemos de funcionar con una cobertura más segura, utilizando cada vez más los «fusibles» [o sea, los intermediarios]. La superficie de contacto entre la CIA y el resto del mundo tiene que estar mejor protegida. Si varios de los grupos subvencionados no hubieran estado enterados de dónde procedían las subvenciones que recibían, los daños causados por la revelaciones hubieran sido mucho menos importantes. La superficie de contacto entre la CIA y varios grupos privados, incluyendo organizaciones estudiantiles y de negocios, tiene que ser restaurada.

Las palabras de Bissell contradecían, directamente al parecer, la política oficial de los Estados Unidos, establecida por el Presidente. Pero Bissell, que ya no pertenecía a la CIA, no desafiaba la autoridad presidencial y los que le escuchaban eran conscientes de ello, del mismo modo que eran conscientes también de lo que había recomendado el comité Katzenbach. La opinión de Bissell era simplemente un reflejo de la que imperaba en la CIA y en la secta del espionaje, a saber: que el presidente Johnson se había visto forzado, por la presión de los sectores liberales y la prensa, a adoptar ciertas medidas destinadas a reducir la intervención de la agencia en los grupos privados; que al nombrar a Katzenbach (considerado entonces como un «amigo» por la CIA) como presidente del comité y al incluir en él a Helms, director de la CIA, Johnson marcaba las cartas en beneficio de la agencia; que la agencia podía ser censurada, desde luego, por su poca habilidad profesional y por la chapucería

demostrada en la financiación de los grupos privados; pero que, en el fondo, el Presidente no quería introducir ningún cambio importante en los programas de acción encubierta de la CIA.

Tan pronto como fue publicado el informe Katzenbach, la CIA solicitó y obtuvo varias excepciones secretas a la nueva política, tan cacareada. Dos estaciones de radiodifusión de la CIA, Radio Europa Libre y Radio Liberty, que en conjunto recibían cada año más de 30 millones de dólares del presupuesto de la agencia, fueron colocadas inmediatamente a salvo de las restricciones ordenadas por la Presidencia. Asimismo, la CIA retrasó la retirada de su apoyo a otras organizaciones cuyos lazos con la agencia habían quedado al descubierto hasta que pudieran ponerse a punto nuevos sistemas de subvencionarlas. Así, pues, **todavía en 1970 la CIA seguía subvencionando una importante organización juvenil internacional a través de una penetración, en la persona de uno de los directivos de la organización.** En ciertos casos, se efectuaron unos «pagos finales» que podían bastarle a más de una organización para seguir funcionando durante varios años aún.

Aunque, durante más de quince años, la CIA estuvo subvencionando ampliamente a varios sindicatos extranjeros, y a pesar de que algunas de las actividades realizadas por la agencia en este campo fueron reveladas en el artículo de Tom Braden publicado en el «Saturday Evening Post», el comité Katzenbach no incluyó explícitamente a los sindicatos entre las organizaciones que la CIA tendría prohibido financiar. En la reunión celebrada en 1968 ante el Consejo de Relaciones Exteriores, Meyer Bernstein, director de asuntos sindicales internacionales del Sindicato de Trabajadores del Acero (Steelworkers Union), declaró:

> las cosas han evolucionado de un modo inesperado. En primer lugar, hay que decir que no se han registrado problemas importantes en el cumplimiento de los programas sindicales internacionales. En realidad, se ha producido un aumento en la demanda de programas sindicales norteamericanos para el extranjero, hasta tal punto de que no hemos podido satisfacer todas las peticiones por falta de disponibilidades, lo que ha producido ciertas tiranteces. Antes, estos sindicatos extranjeros sabían que andábamos escasos de dinero, pero ahora todo el mundo supone que recibimos subvenciones secretas de la CIA y nos piden más ayuda.
>
> Peor aún, Vic Reuther, que había acusado a otros de recibir dinero de la CIA, aunque el recibo entregado por su hermano (por los 50.000 pagados por la CIA en billetes viejos) fue citado por Tom Braden posteriormente, sigue con sus acusaciones de que la AFL-CIO ha aceptado dinero de la CIA. Pues tampoco en este caso parece que nadie se haya enterado. «El resultado final ha sido prácticamente nulo. Hemos llegado a aceptar a la CIA como al pecado.» Así, por ejemplo, los sindicatos de la Guayana Británica [Guyana] recibían subvenciones a través de intermediarios de la CIA, pero ahora piden más ayuda que antes. Por tanto, contrariamente a lo que creíamos, casi no se ha producido ningún perjuicio.

En el Vietnam, algunos funcionarios entusiastas de la embajada norteamericana en Saigón gustaban de repetir, durante los últimos años de la década de los sesenta, que Tran Ngoc Buu era el Samuel Gompers[*] del movimiento sindical vietnamita. Lo que no decían —aunque probablemente lo ignoraban— **(**

CENSURADO

)

Bissell se refirió asimismo a otra forma de acción encubierta, el «entrenamiento “privado” individual y el intercambio de personas»:

> A menudo, ciertas actividades se han puesto en marcha a través de la CIA porque de este modo podían montarse de una manera más rápida y menos oficial, aunque de hecho no tienen por qué ser secretas. Uno de los ejemplos de ello podría ser el programa de intercambio de personas, destinado a descubrir a posibles futuros dirigentes políticos y a darlos a conocer en los Estados Unidos.
>
> No hay que olvidar, sin embargo, que muchos de estos programas inofensivos son más eficaces si se llevan a cabo bajo los auspicios de entidades privadas que si son apoyados oficialmente por el Gobierno de los Estados Unidos. No necesitan ninguna cobertura, pero si las entidades genuinamente privadas, como, por ejemplo, las fundaciones, no se dedican a ellos, entonces puede que el único sistema de llevarlos a cabo sea a través de la ayuda encubierta facilitada a organizaciones de «fachada».

Bissell hacía referencia a los llamados programas de intercambio «de persona a persona», la mayor parte de los cuales son subvencionados oficialmente por el Departamento de Estado, la Agencia para el Desarrollo Internacional, la Agencia de Información de los Estados Unidos (U. S. Information Agency, USIA) y varias organizaciones y fundaciones privadas, Pero la CIA había intervenido también en ellos en menor grado, invitando a extranjeros a los Estados Unidos y sufragando los gastos con fondos suministrados en secreto a ciertas organizaciones intermediarias. **En algunas ocasiones, la agencia puede patrocinar el entrenamiento de funcionarios extranjeros en las instalaciones de otra agencia gubernamental. Uno de los sitios preferidos por la CIA es la academia internacional de policía que sostiene la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) en Washington. La academia está a cargo de la división de seguridad pública (policía) de la AID; dicha división es una de las coberturas normales de la agencia en todo el mundo. Además, la CIA aprovecha los programas de intercambio para reclutar agentes.** Aunque ello no se hace de manera sistemática, la agencia considera que los extranjeros que visitan los Estados Unidos proporcionan excelentes oportunidades para el reclutamiento.

En general, la CIA ha emprendido relativamente pocos programas de acción encubierta de tipo económico (la categoría séptima, en la clasificación de Bissell); se ha preferido el enfoque más directo de las operaciones paramilitares y de la propaganda. Además, los programas económicos que ha intentado poner en práctica la agencia no han dado el resultado apetecido. Hacia la mitad de la década de los sesenta se utilizaron las inversiones japonesas para tratar de desarrollar la economía del Vietnam del Sur, ya que las compañías norteamericanas eran reacias a colocar capitales importantes en el país. El Gobierno de los Estados Unidos tenía la esperanza de que los japoneses llenarían el vacío existente, al menos parcialmente, y que a la larga quizás ayudarían a aligerar la ayuda norteamericana. Por consiguiente, unos representantes de la CIA prometieron a ciertos hombres de negocios japoneses que la agencia proporcionaría el capital necesario para montar grandes explotaciones

agrícolas modernas si los japoneses se encargaban oficialmente del negocio y facilitaban la asistencia técnica necesaria. Después de largas y detalladas negociaciones, no se llegó a concretar ningún acuerdo.

Pocos años antes, la CIA había intentado desorganizar el comercio azucarero, con lo que pensaba contribuir a socavar el régimen de Fidel Castro. En determinado momento, los mandos de los Servicios Clandestinos propusieron que la CIA comprara grandes cantidades de azúcar y que luego las vendiera de golpe en determinado país extranjero, destruyendo de este modo un mercado para el azúcar cubano. Este plan también fue abandonado, pero en agosto de 1962 se registró un ataque más serio contra el azúcar cubano, al verse obligado a atracar en Puerto Rico, para reparar una avería, un mercante de bandera británica fletado por los soviéticos. El buque, que transportaba azúcar cubano con destino a la Unión Soviética, pasó al dique seco y la mercancía fue trasladada a un almacén de depósito. Unos agentes de la CIA penetraron en el almacén y contaminaron el azúcar con una sustancia inocua, pero repelente al gusto.

Tal como se ha indicado anteriormente, una de las ventajas que ofrece una agencia como la CIA al Presidente es que le proporciona el único sistema posible para poder negar la responsabilidad por sus actos. Así, un Presidente puede encargar o autorizar operaciones clandestinas peligrosas, como un vuelo tripulado sobre la Unión Soviética en vísperas de una conferencia en la cumbre, un desembarco en la bahía de los Cochinos, la penetración en organizaciones juveniles, sindicales o culturales privadas y su consiguiente manipulación, unas aventuradas operaciones paramilitares en el sudeste de Asia o la intervención en la política interna de Chile… sin tener que aceptar oficialmente las consecuencias de estas decisiones. Si las operaciones clandestinas tienen éxito… mejor que mejor. Si fracasan o son un remedio peor que la enfermedad que pretendían curar, entonces todo lo que tienen que hacer el Presidente y sus colaboradores es cargar las culpas a la CIA.

En ningún momento un Presidente de los Estados Unidos ha hecho ningún intento serio de revisar o reestructurar las prácticas encubiertas de la CIA. Es cierto que se han llevado a cabo pequeñas alteraciones en las técnicas y los métodos operativos, pero la Casa Blanca no ha pedido nunca que se realizaran cambios esenciales en el enfoque general de las actividades de la agencia ni en su aplicación práctica. Y esta postura no puede extrañar: a los presidentes *les gusta* la CIA. Hace el trabajo sucio… el trabajo que, en caso contrario, no sería factible. Cuando la agencia fracasa o comete un disparate, el Presidente no tiene que hacer nada más que negar, regañar o amenazar.

En cuanto a la CIA, el hecho de ser el objeto de las censuras presidenciales constituye un riesgo profesional, del cual, sin embargo, no vale la pena preocuparse demasiado. No es más que un aspecto de la cobertura que protege la actuación de la agencia. Como los restantes aspectos de esa cobertura, forma parte de una impostura. La CIA tiene plena conciencia de que ella es demasiado importante a los ojos de la

Administración y de la aristocracia política norteamericana para que un Presidente, sea cual fuere, pueda hacer algo más que ponerle un parche de vez en cuando. Después de cometer un disparate, la CIA se encoge de hombros y se aplica a proyectar nuevas operaciones, sintiéndose segura en el conocimiento de que la Casa Blanca no puede resistirse habitualmente a sus ofrecimientos, en especial a la acción encubierta… que domina, que determina, que define la forma y los objetivos de la CIA. Los dirigentes de los Estados Unidos no han llegado todavía a un punto en que estén dispuestos a renunciar a la intervención en los asuntos internos de otros países y a dejar que los acontecimientos sigan su curso natural. En este país, existe aún la creencia, ampliamente compartida, de que Norteamérica tiene aún el derecho y la responsabilidad de terciar en los procesos políticos interiores de las naciones extranjeras, y aun cuando la fe en esa creencia y en el anticomunismo dogmático han vacilado algo durante la última década **(**

CENSURADO

).

CAPÍTULO 3
La CIA y los servicios de información

La tarea del director de los
servicios centrales de información
consiste en crear, utilizando su
influencia sobre los distintos mecanismos
interministeriales y a partir de los
datos que éstos suministran, una evaluación
verdaderamente nacional de la
información recibida, útil para los
intereses nacionales y no sólo
para determinada tendencia
burocrática. No es
una tarea fácil.

HARRY HOWE RANSOM,
The Intelligence Establishment

La CIA es grande, enorme. Oficialmente, su plantilla es de **16.500** empleados y su presupuesto de **750** millones de dólares… e incluso estas cifras se ocultan celosamente y por lo general sólo se facilitan al Congreso. Pues bien, a pesar de que éstos son su tamaño y su coste oficiales, la agencia es mucho mayor y más rica de lo que indican esas cifras.

Incluso la propia CIA ignora cuánta gente trabaja para ella. En la cifra de **16.500** no se incluyen las decenas de millares de personas contratadas (mercenarios, agentes, asesores, etc.) o las que trabajan para las compañías propiedad de la agencia.[*] Todos los esfuerzos realizados para calcular el total de agentes extranjeros han dado sólo cifras aproximadas, debido a la compartimentación y al secreto exagerados que practican los Servicios Clandestinos. También contribuye a ello la defectuosa organización de los registros, que a veces responde a una actitud deliberada adoptada por los miembros de dichos servicios «por razones de seguridad». Están los agentes reclutados específicamente para misiones determinadas, los agentes contratados (que trabajan para la agencia durante un período de tiempo prolongado) y los agentes de carrera, que pasan toda su vida laboral empleados secretamente por la CIA. En ciertos casos, los agentes contratados continúan ligados a la agencia durante largo tiempo después de que hayan cesado de ser útiles, aunque por lo general sólo son conocidos por los funcionarios que los controlan directamente. A esta categoría pertenecía Eugenio Martínez, uno de los asaltantes del Watergate. En el momento de su detención, en junio de 1972, continuaba recibiendo una remuneración mensual de cien dólares de la agencia, por un trabajo realizado anteriormente y que no tenía ninguna relación, al parecer, con su destino en e] comité para la reelección del Presidente, que era una tapadera. La CIA afirma que desde entonces ya no recibe ninguna asignación.

Una parte sustancial de los fondos operacionales de que dispone anualmente la agencia el llamado «dinero para proyectos» se malgasta de esta manera. Los pagos efectuados a agentes que ya no son de ninguna utilidad se justifican por varias razones: por la necesidad de mantener el secreto acerca de las operaciones en las que han intervenido, aunque éstas hayan tenido lugar años antes; porque se cree vagamente que esos agentes pueden resultar útiles de nuevo en el futuro (los funcionarios clandestinos se resisten a abandonar una parte de su «activo», aunque haya perdido ya su utilidad); y porque la agencia considera que ha quedado en deuda con sus antiguos aliados (este fenómeno recibe en la CIA la denominación de «adhesión emotiva»). Esta última justificación es la que tiene un mayor peso dentro de la agencia. Por esta razón, centenares —millares quizá— de antiguos agentes clandestinos de poca monta (cubanos, originarios de Europa Oriental, etc.) siguen estando aún en la nómina de la CIA, lo que significa un gasto de centenares de miles, cuando no de millones, de dólares al año en dinero de los contribuyentes.

Todos los mercenarios y muchos de los funcionarios que intervienen directamente sobre el terreno en las actividades paramilitares de la CIA se hallan también bajo contrato y, por consiguiente, no se incluyen en la plantilla oficial de la agencia. Los registros donde constan los efectivos de esos soldados de fortuna dan en el mejor de los casos cifras muy aproximadas. En Laos y Vietnam, .por ejemplo, los Servicios Clandestinos tenían una idea bastante clara de a cuántos hombres de las tribus del país pagaban, pero, en cambio, los funcionarios a cuyo cargo estaban las operaciones no sabían nunca con certeza la cifra total de mercenarios que recibían sus sueldos de ellos, a través de los numerosos programas de apoyo de la agencia, ya que algunos de éstos dependían del Departamento de Defensa, de la AID y, naturalmente, de la compañía Air America, propiedad de la CIA.

Tampoco se incluyen en las cifras totales de personal las personas contratadas individualmente por la agencia —o en contacto confidencial con ella— para realizar una gran diversidad de cometidos distintos del espionaje y de las actividades militares; además, no existe ningún registro central de esta clase de empleados contratados.[*] Sin embargo, cuando, en 1967, y a consecuencia de las escandalosas revelaciones sobre las relaciones entre la CIA y la NSA, las actividades de la agencia en las universidades norteamericanas atrajeron la atención del público, Helms pidió a sus subordinados que averiguasen exactamente cuántas personas que trabajaban en las universidades se encontraban contratadas en secreto por la CIA. Después de investigar sobre la cuestión durante varios días, los altos funcionarios de la agencia le comunicaron que no habían podido hallar la respuesta a su petición. Helms ordenó inmediatamente que se estudiara a fondo la situación y, después de más de un mes de rebuscar por los archivos de toda la agencia, le fue entregado un informe que contenía la lista de cientos de profesores y empleados administrativos de más de cien universidades. Pero los funcionarios que habían compilado la lista sabían que ésta era

incompleta. Al cabo de algunas semanas la prensa aireó otro caso de infiltración de la CIA en una universidad: el contacto no estaba en la lista preparada para el director.

Tan difícil como hallar la suma total de personas contratadas por la agencia, es calcular cuánta gente trabaja para sus «propiedades». El cuartel general de la CIA, por ejemplo, no ha sido nunca capaz de averiguar el número de aviones que forman la flota de las compañías aéreas propiedad de la agencia; las cifras sobre el personal empleado por las propiedades son igualmente imprecisas. Un *holding* **propiedad de la agencia**, la Pacific Corporation, entre cuyas filiales se cuentan las compañías Air America y Air Asia, emplea él solo más de 20.000 personas, es decir más que la plantilla total de su propietaria, **la CIA**. Durante muchos años, esta enorme organización estuvo dominada y controlada por un agente contratado, llamado George Doole, que más tarde fue elevado al rango de funcionario de carrera de la CIA. Incluso entonces su actuación era supervisada exclusivamente por un solo alto funcionario, que, además, únicamente dedicaba una parte de su tiempo a esta actividad; este funcionario se quejaba siempre de que no sabía «qué diablos pasaba en la compañía».

Perfectamente consciente de que la agencia es dos o tres veces mayor de lo que parece ser, la dirección de la CIA procura minimizar constantemente el tamaño de la organización. Mientras fue director Richard Helms, la agencia tenía fijada una plantilla máxima de **18.000** funcionarios de carrera y los empleados administrativos de la CIA tenían sumo cuidado en que el total del personal fuera inferior en 200 o 300 personas a esta cifra oficial. Incluso en los momentos de máxima actividad bélica en el Vietnam, cuando la mayor parte de las agencias de seguridad nacional aumentaban su personal, la CIA resolvía sus necesidades de personal mediante contratos secretos, con lo que daba la falsa impresión de tener una plantilla relativamente reducida. Se usaban también otros trucos burocráticos para que la cifra de empleados de la agencia quedara por debajo del máximo de **18.000**. En numerosos casos, los altos funcionarios que se jubilaban y empezaban a cobrar las correspondientes pensiones del Estado, eran empleados de nuevo por contrato. En el extranjero se acostumbraba a emplear como secretarias contratadas a las esposas de los funcionarios de la agencia.

Del mismo modo que la cifra de personal es falsa, los presupuestos oficiales no incluyen a buena parte de los gastos de la CIA. Las compañías propiedad de la agencia acostumbran a dar beneficios, con lo que proporcionan ciertos servicios «gratuitos» a la organización. Los ejemplos más claros de este fenómeno los dan las compañías de aviación (la Air America, la Air Asia y otras) que dependen de un *holding* de la CIA, la Pacific Corporation; este *holding* ha crecido mucho más que la propia agencia a base de hacer tantos negocios privados como le ha sido posible y manteniendo una política de autofinanciación. Esas compañías proporcionan unos ingresos anuales del orden de decenas de millones de dólares, aunque es imposible precisar las cifras correspondientes porque a los contables de la agencia no les exigen, por lo general, que lleven una contabilización detallada. A todos los efectos

prácticos, las «propiedades» llevan sus propios asuntos financieros con una gran independencia del cuartel general de la CIA. Sólo en el caso de que una de las propiedades necesite fondos (para aumentar su flota de aviones, por ejemplo) pide dinero a la agencia. En caso contrario, tiene libertad completa para utilizar sus beneficios de la forma que crea más conveniente. En este clima de libertad total, las propiedades tienden a llevar su propia vida y algunas de ellas se han hecho tan grandes y son tan independientes que el cuartel general de la agencia no puede ni controlarlas ni disolverlas.

Por otra parte, el presupuesto anual de la CIA no refleja la subvención que cada año entrega el Pentágono y que asciende a varios centenares de millones de dólares, destinados a sufragar los gastos ocasionados por ciertos programas importantes de espionaje técnico y determinadas actividades clandestinas especialmente costosas. Por ejemplo, la dirección de Ciencia y Tecnología de la CIA tiene un presupuesto anual que supera en muy poco los **100 millones de dólares, pero en realidad gasta más de 500 millones al año. La diferencia corre a cargo principalmente de las Fuerzas Aéreas, que sostienen las actividades de reconocimiento aéreo realizadas por todos los servicios de información norteamericanos.** Además, durante más de diez años, los Servicios Clandestinos libraron en Laos una guerra «secreta» que le costaba al Estado unos 500 millones de dólares anuales. Pues bien, la CIA pagó menos del 10% del gasto. La mayor parte era sufragada por otros organismos gubernamentales, sobre todo el Departamento de Defensa, aunque también contribuía a ello la AID.

Perfectamente conocedor de la existencia de estas fuentes de recursos adicionales, el jefe de planificación y programación de la CIA hizo observar con unción hace unos años que el director no tiene a sus órdenes simplemente una agencia *multimillonaria* en dólares, sino que está a la cabeza de un conglomerado que gasta anualmente *miles de millones* de dólares, sin que en la práctica se halle sometido a ninguna inspección exterior.

Personal y presupuesto anual de la CIA

(las cifras son aproximadas)

	Personal	Millones de dólares
Oficina del Director	400	10
Servicios Clandestinos	6.000	440
(Dirección de Operaciones)		
Espionaje/Contraespionaje	(4.200)	(180)
Acción encubierta	(1.800)	(260)
Dirección de Administración y Servicios	5.300	110
Comunicaciones	2.000	(70)
Otros servicios de apoyo	(3.300)	(40)
Dirección de Información	3.500	70
Análisis	(1.200)	(50)
Procesamiento de la Información	(2.300)	(20)
Dirección de Ciencia y Tecnología	1.300	120
Recogida de información técnica	(1.000)	(50)
Investigación y desarrollo	(300)	(70)
	16.500[*]	750[**]

Por lo que respecta a su activo financiero, la CIA no sólo es más rica de lo que indica su presupuesto anual, sino que, además, es una de las pocas agencias federales que no sufre de escasez de fondos. En realidad, puede gastar más dinero del que necesita. Desde su creación, en 1947, la agencia ha terminado casi todos los años fiscales con superávit…, cosa que oculta con gran cuidado para evitar que llegue a conocimiento de la Oficina de Administración y Presupuestos (Office of Management and Budget, OMB) y de los distintos subcomités supervisores del Congreso. Sin embargo, el riesgo de que se descubra el superávit no acostumbra a ser excesivo, ya que tanto la OMB como los subcomités son indulgentes, por lo general, cuando tratan con la CIA. A pesar de todo, cada año, los contables de la agencia, siguiendo instrucciones de la alta dirección de la CIA, transfieren los fondos sobrantes a las cuentas de las principales secciones de la organización, en el bien entendido de que este dinero queda a la disposición de la oficina del director. Este sistema de tener dinero guardado parece completamente innecesario, teniendo en cuenta que la agencia puede disponer siempre de unos **50 a 100 millones** colocados en una cuenta especial a su nombre denominada Fondo de Imprevistos del di rector.

La creación de este fondo fue autorizada por un acto legislativo que no tiene par en el sistema norteamericano. De acuerdo con la ley de la «Central Intelligence Agency» de 1949, el Director Central de Información (DCI) tiene el privilegio de emplear fondos «sin tener en cuenta las leyes y reglamentos referentes al gasto de los fondos del Estado y para necesidades de naturaleza confidencial, extraordinaria o urgente, de cuyos gastos se exigirá solamente un certificado del director…». Con anterioridad, este fondo **(**

CENSURADO

). Pero a veces el fondo se ha utilizado con la finalidad muy discutible de pagar gastos efectuados por otras agencias gubernamentales.

En 1967, el secretario de Defensa, Robert McNamara, prometió a ciertos funcionarios noruegos que el Gobierno de los Estados Unidos facilitaría a su país unos equipos nuevos de defensa aérea valorados en varios millones de dólares. Posteriormente, McNamara se enteró de que dichos equipos no estaban incluidos en los inventarios del Pentágono y que tendrían que ser adquiridos ex profeso para su entrega a Noruega. Se le informó asimismo de que, a causa del enorme coste de la guerra del Vietnam (para cubrir el cual el Departamento de Defensa estaba solicitando entonces una nueva asignación al Congreso), los fondos para la adquisición de material con destino a la defensa aérea no estaban disponibles inmediatamente. Para acabar de complicar las cosas, el secretario se hallaba en aquellos momentos en desacuerdo con algunos miembros del Congreso precisamente sobre la cuestión de la ayuda militar al extranjero. En consecuencia, se decidió no solicitar abiertamente los fondos necesarios para cumplir la promesa hecha a los noruegos, porque podrían provocar complicaciones engorrosas, aunque eran bastante reducidos. **En lugar de eso, el Pentágono solicitó a la CIA (con la aprobación de la Casa Blanca) que facilitara el dinero necesario para la compra del equipo de defensa aérea. Los fondos fueron transferidos en secreto al Departamento de Defensa (**

CENSURADO

). Aquel mismo año, el presidente Johnson se trasladó a Punta del Este, lujoso centro turístico del Uruguay, con motivo de celebrarse allí una reunión de la Organización de Estados Americanos. Johnson agasajó a los dirigentes extranjeros que asistían a la reunión con la prodigalidad que, al parecer, creyó que convenía a un Presidente de los Estados Unidos y repartió obsequios y recuerdos carísimos a manos llenas. El resultado fue que LBJ sobrepasó en mucho los gastos de representación que el Departamento de Estado había previsto para la conferencia. Cuando el Departamento se encontró en la embarazosa situación de que no podía pagar la cuenta del Presidente debido a las restricciones presupuestarias (impuestas, en parte, para colaborar en el ahorro que el propio LBJ había recomendado a la burocracia federal con el fin de contribuir a pagar la guerra del Vietnam), no se atrevió a solicitar fondos extraordinarios al Congreso. John Roomey, representante por Brooklyn en la Cámara, que controlaba él solo prácticamente las asignaciones presupuestarias al Departamento de Estado, criticaba

con energía desde hacía años los fondos destinados a gastos de representación (los llamados «gastos para borracheras») de los diplomáticos norteamericanos. Antes que desafiar las iras de Rooney, el Departamento de Estado prefirió recurrir a la CIA y así fue cómo el fondo de imprevistos sirvió para pagar el derroche del Presidente en Punta del Este.

Por alguna razón indeterminada —quizás a causa de la opinión reinante por lo general en la CIA en el sentido de que sus operaciones están por encima de la ley—, la agencia ha sido proclive a realizar con el dinero del Fisco ciertos juegos de manos que los restantes organismos del Gobierno no se atreverían a imitar. Por ejemplo, la agencia juega en la Bolsa con dinero procedente del fondo de jubilación de su personal, de cuentas depositadas a nombre de ciertos agentes y empleados contratados y del capital de la cooperativa de crédito de la CIA. Un reducido grupo de altos funcionarios de la agencia, contando con la aprobación de la alta dirección de la CIA, ha supervisado durante años la administración de esos fondos, invirtiéndolos en títulos mobiliarios, con la intención de obtener un rédito más elevado que el que dan normalmente los depósitos bancarios negociados tradicionalmente a través del Departamento del Tesoro, seguros, pero con un tipo de interés bajo, o bien las emisiones de bonos del Estado. En un principio, este grupo de inversores, formado por economistas, contables y abogados de la CIA, intervenía en la Bolsa a través de una agencia de cambio establecida en Boston, que administraba la cartera de valores de la CIA. Pero hace unos cuantos años, los inversores de la organización consideraron que la firma de Boston era demasiado prudente, ya que algunos de ellos obtenían más rendimiento de sus propias carteras. El grupo de la CIA decidió, pues, administrar directamente los títulos y la intervención de la casa de Boston quedó reducida a los trámites estrictos de compraventa (sin dejar de cobrar una buena comisión, desde luego). Al cabo de pocos meses los inversores de la CIA estaban obteniendo más beneficios que nunca. Es de suponer que las ganancias se ingresaban en los fondos de jubilación, de depósito y de la cooperativa de crédito.[*]

En 1968, el senador Richard Russell, de Georgia, que a la sazón presidía el comité conjunto del Senado establecido para supervisar las actividades de la CIA, informó de modo particular al director de la agencia, Richard Helms, que, en vista de que algunos senadores se mostraban cada vez más escépticos sobre la utilidad de las operaciones de la CIA, quizá sería acertado que ésta permitiera que su conducta financiera fuera examinada por una personalidad independiente. Russell creía que así quedarían sin argumentos los senadores que podrían haber pensado convertir en materia de crítica los privilegios fiscales de la agencia. El senador Russell indicó los nombres de varias personalidades privadas que podrían estar dispuestas a realizar esta labor en representación de la CIA. Después de pedir consejo a sus subordinados más inmediatos, Helms decidió solicitar la colaboración de Wilfred McNeil, que por entonces era presidente de la compañía de navegación Grace Lines (

CENSURADO

) para desempeñar la tarea de pasar revista confidencialmente a las prácticas presupuestarias de la agencia. McNeil, almirante retirado y ex censor de cuentas del Departamento de Defensa, fue considerado por Helms como la persona ideal desde todos los puntos de vista, incluido el político, para realizar aquel cometido.

McNeil aceptó y pronto se instaló en el cuartel general de la CIA para proceder a una revisión completa de los procedimientos más delicados de la agencia en el campo financiero… incluyendo una inspección contable de los métodos utilizados para comprar y vender divisas en el mercado negro. Se le puso al corriente del nuevo sistema de planificación, programación y presupuestos introducido en la CIA, guiándose por las innovaciones implantadas por Robert McNamara en el Departamento de Defensa. Los expertos de la agencia explicaron a McNeil qué procedimientos se utilizaban dentro de la CIA para autorizar créditos con destino a operaciones nuevas. Se enteró de que la agencia tenía un sistema escalonado para la aprobación de proyectos nuevos o para la renovación periódica de los que se hallaban en vigor; que las operaciones de espionaje cuyo coste no excedía de 10.000 dólares sólo requerían la aprobación de los representantes de la CIA en el lugar; y que, de una manera progresiva, las operaciones más costosas necesitaban la autorización de los jefes de sección, de división y de los Servicios Clandestinos, hasta que, finalmente, las operaciones que requerían más de 100.000 dólares sólo podían ser autorizadas personalmente por el director de la CIA. McNeil fue informado asimismo del funcionamiento del sistema de inspección interno, destinado a impedir que los funcionarios responsables de las operaciones sobre el terreno utilizaran indebidamente los fondos secretos.

Después de recibir estas largas y detalladas explicaciones, McNeil expresó su sorpresa ante el alcance que tenía el sistema financiero de la CIA e hizo elogios de los procedimientos de contabilidad que se utilizaban en la agencia. Cuando se le preguntó por dónde y cuándo le gustaría empezar su inspección con mayor detalle, puso ciertos reparos cortésmente y se marchó… para no volver. Un mes después más o menos, un empleado de la CIA que trabajaba en la oficina del director se enteró de que McNeil había concebido ciertos recelos ante el asunto y había pedido consejo al ex director de la agencia, William Raborn, quien tenía también sus dudas sobre la confianza que merecían los altos funcionarios de carrera de la CIA. Al parecer, Raborn aconsejó a McNeil que no se enredara en la inspección. De todos modos, por lo que a la CIA se refiere, la petición hecha por el senador Russell de que se realizara un examen independiente de las cuentas de la agencia había quedado satisfecha, desde el momento que los procedimientos financieros de la CIA habían sufrido la revisión de una persona experta que no pertenecía a la organización y que no había

considerado que dichos procedimientos necesitaran un cambio. Después de esto se dejó correr el asunto.

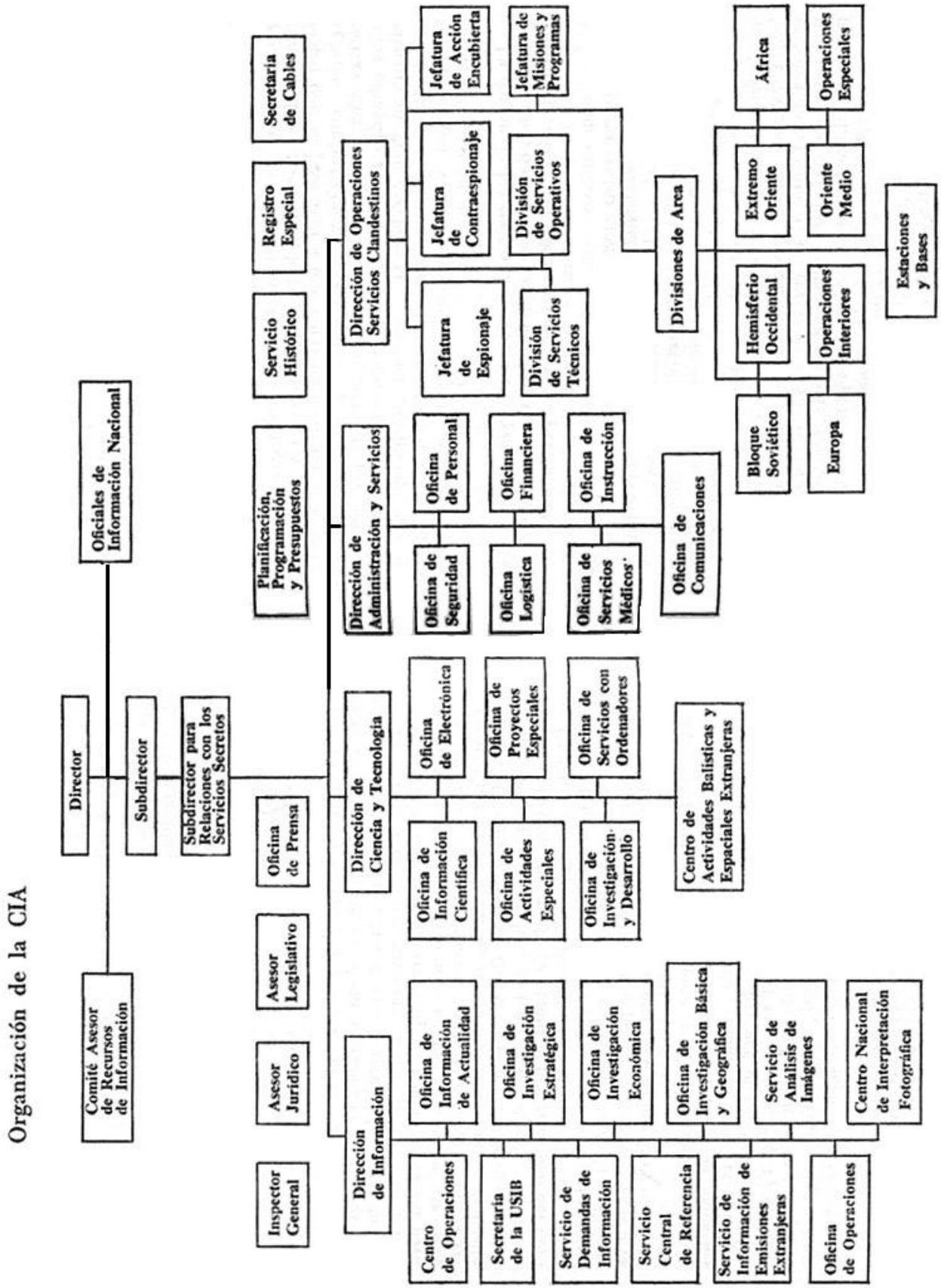
La organización interna

La CIA está organizada en cinco secciones distintas: una oficina del director, relativamente reducida, y cuatro direcciones funcionales, la mayor de las cuales es la dirección de Operaciones (conocida en el interior de la agencia con la denominación de Servicios Clandestinos). En la zona ejecutiva tienen sus despachos los dos únicos cargos de la CIA que constituyen nombramientos políticos, el Director Central de Información (DCI), que es al mismo tiempo director de la agencia, y el subdirector (DDCI), junto con sus colaboradores más inmediatos. Incluidos orgánicamente (aunque no físicamente) en la oficina del director hay dos equipos que asisten al DCI en su calidad de jefe de todos los servicios de información de los Estados Unidos. El primero es un grupo reducido de analistas superiores, procedentes de la CIA y de otros servicios de espionaje, que preparan los llamados «libros azules» o valoraciones nacionales de información, dedicados a temas diversos, como, por ejemplo, la capacidad de defensa estratégica de la Unión Soviética, el desarrollo de los misiles chinos de largo alcance o las perspectivas políticas de Chile.[*] El segundo equipo es el Comité Asesor de Recursos de Información, grupo creado en 1971 para asistir al DCI en su labor de administrar y simplificar el funcionamiento de los servicios de investigación (cuyo presupuesto conjunto es de 6.000 millones de dólares).

Este comité, que durante mucho tiempo fue el sueño dorado de aquellos altos funcionarios convencidos de que el conjunto formado por los distintos servicios de información es demasiado grande e ineficaz, ha resultado ser por ahora algo así como una pesadilla. En lugar de eliminar las actividades sobrantes y los derroches de los servicios de información norteamericanos, ha sido convertido por las agencias de investigación militar en el instrumento para justificar y ampliar sus programas de recogida de información, que pecan ya de excesivamente ambiciosos. Análogamente, la reciente reforma de la junta de evaluaciones nacionales, realizada por el actual director, William Colby, ha sido calificada por varios veteranos del oficio de «entrega» al poder del Pentágono, debida en parte a las presiones políticas ejercidas por el equipo del Consejo Nacional de Seguridad, dirigido por Henry Kissinger. Con Colby, la junta ha perdido una gran parte de su prestigio y de su independencia y ha caído bajo la rígida influencia de militares, más fíeles a los servicios de los que proceden que dedicados a la producción de valoraciones de información equilibradas y objetivas para uso de los altos dirigentes políticos del país.

Entre los restantes componentes de la oficina del director se cuentan aquellos que se pueden encontrar siempre en todos los organismos oficiales: agregados de prensa, relaciones con el Congreso, asesoría jurídica, etc. Sólo hay dos que merecen mención

aparte: la secretaría de cables y el servicio histórico. El primero data de 1950, y fue fundado por voluntad del director en aquella fecha, el general Walter Bedell Smith. Cuando Smith, que era un oficial de Estado Mayor de gran experiencia, se enteró de que las comunicaciones de la agencia, en especial las que unían el cuarte] general con las bases y estaciones encubiertas, estaban en manos de los Servicios Clandestinos, ordenó inmediatamente que se cambiara el sistema. Según se dice, declaró: «No quiero que los agentes decidan cuáles son las informaciones secretas que tienen que llegar a mí y cuáles las que no.» Así, pues, la secretaría de cables, que centraliza todos los mensajes. fue colocada bajo la autoridad inmediata del director. Sin embargo, desde entonces los agentes han encontrado otros procedimientos para impedir que, en caso necesario, las comunicaciones de carácter más delicado salgan de los Servicios Clandestinos.



El servicio histórico constituye uno de los intentos más inteligentes de la CIA para mantener el secreto en el que medra la organización. Hace unos años, la agencia empezó a invitar a los funcionarios que se jubilaban a que permanecieran un año más

en la agencia —contratados y con un sueldo fijo— escribiendo sus memorias oficiales. Naturalmente, el producto de los esfuerzos de estos jubilados constituye materia altamente confidencial y de circulación limitadísima. Para la agencia vale mucho más este sistema que no que los antiguos funcionarios publiquen libremente la historia de lo que ocurrió de verdad durante sus carreras en el servicio de información.

La mayor de las cuatro direcciones con que cuenta la agencia es la dirección de Operaciones (o Servicios Clandestinos), en la que están empleadas unas **6.000** personas, entre profesionales y administrativos. La proporción entre los primeros, la mayoría funcionarios de operaciones, y los segundos, secretarias sobre todo, es de dos a uno *grosso modo*. El 45% aproximadamente del personal de los Servicios Clandestinos está destinado en el extranjero, la gran mayoría de ellos bajo coberturas oficiales —es decir fingiendo que son representantes de los Departamentos de Estado y Defensa—. Dos de cada tres personas pertenecientes a los Servicios Clandestinos se dedican a actividades de espionaje en general (enlace, espionaje y contraespionaje); el resto se ocupa en varias formas de acción encubierta. Sin embargo, a pesar de que en la acción encubierta trabajan menos personas, las intervenciones en los asuntos internos de los otros países cuestan un 50% más que el espionaje y el contraespionaje **(260 millones de dólares, frente a 180 millones por año)**. El mayor monto de los gastos para la acción encubierta se explica por el elevado coste de las operaciones paramilitares y de los subsidios pagados a partidos políticos, sindicatos obreros y otros grupos internacionales.

Los Servicios Clandestinos están subdivididos en quince secciones distintas, pero sus normas operativas reales no siguen las líneas de separación indicadas en los organigramas. En este caso, las excepciones son la regla. Ciertas actividades clandestinas que, vistas desde fuera, parece que deberían depender lógicamente de una de las secciones, son llevadas a cabo a menudo por otra por razones de delicadeza política, porque se cree que hay necesidad de mantener un secreto más riguroso que de costumbre, debido a la compartimentación burocrática o, simplemente, porque las cosas se han hecho siempre así.

El grueso del personal de los Servicios Clandestinos, unas **4.800** personas, trabaja en las llamadas divisiones de área, tanto en el cuartel general como en el extranjero. Estas divisiones corresponden más o menos a las oficinas geográficas del Departamento de Estado —lo cual es lógico, supuesto que la mayor parte de los funcionarios de operaciones de la CIA que trabajan en el extranjero se hallan bajo la cobertura del Departamento de Estado—. La mayor de las divisiones de área es la de Extremo Oriente (con unos **1.500** empleados), seguida por orden descendente, según su tamaño, por la de Europa (Europa Occidental solamente), la del Hemisferio Occidental (América Latina y Canadá), la de Oriente Medio, la del bloque soviético (Europa Oriental) y la de África (con un personal de sólo **300** empleados). La cadena de mando va desde el jefe de los Servicios Clandestinos a los jefes de cada una de las

divisiones de área, y de éstos, a los encargados de estación (COS) y jefes de base (*chief of base*, COB), en el extranjero.

Las estaciones y bases de la CIA repartidas por todo el mundo son los cuarteles generales de las actividades encubiertas en el país donde están localizadas. Generalmente la estación se halla instalada en la embajada de los Estados Unidos, en la capital del país, mientras que las bases se encuentran en las restantes ciudades principales y, a veces, en ciertas bases militares norteamericanas o extranjeras. Por ejemplo, en Alemania Occidental, que es el país donde hay una implantación más importante de la CIA, la estación se halla en Bonn, y el COS correspondiente pertenece al personal asesor del embajador norteamericano. Hay bases subordinadas en (**CENSURADO**) y en algunas ciudades más, así como varias bases encubiertas por las instalaciones militares norteamericanas repartidas por todo el país.

La división de Operaciones Interiores de los Servicios Clandestinos es, básicamente, una división de área más, pero realiza sus misteriosas actividades clandestinas en el interior de los Estados Unidos y no en el extranjero. Su jefe —que, como los restantes jefes de divisiones de área, equivale, en el campo civil, a un general de dos o tres estrellas— tiene el despacho de trabajo instalado en el centro de Washington, a dos manzanas de distancia de la Casa Blanca. De esta estación de Washington dependen las bases localizadas en otras grandes ciudades norteamericanas.

Los Servicios Clandestinos cuentan también con tres departamentos tipo Estado Mayor (*staffs*), los de Información Extranjera (espionaje), Contrainformación (contraespionaje) y Acción Encubierta, que supervisan el desarrollo de las operaciones en sus respectivos campos y facilitan asistencia a las divisiones de área y a los elementos que trabajan sobre el terreno. Veamos un ejemplo de cómo trabajan: en una operación destinada a publicar en un periódico chileno un artículo «orientado», los expertos en propaganda del *staff* de acción encubierta harían el guión del artículo en cooperación con la sección chilena de la división para el Hemisferio Occidental. Una compañía **propiedad de la CIA**, como **(CENSURADO)** podría servir para redactar el artículo y enviarlo a Chile, de modo que no pudiera ser atribuido directamente a la agencia, y luego un funcionario de operaciones clandestino, destinado en la embajada norteamericana de Santiago, podría gestionar la publicación del artículo en la prensa local a través de sus agentes de penetración infiltrados en ella. Aunque la gran mayoría de las operaciones realizadas en el extranjero están a cargo de las divisiones de área, los *staffs* operativos, especialmente el de acción encubierta, llevan a cabo también actividades independientes.

La división de Operaciones Especiales es algo así como un híbrido entre las divisiones de área y los *staffs* de operaciones. Su función principal consiste en proporcionar los medios necesarios para las operaciones paramilitares, básicamente la mano de obra contratada (es decir los mercenarios y los militares prestados por las Fuerzas Armadas), el material y los conocimientos técnicos que se precisen. De todos

modos, sus operaciones se hallan colocadas, desde el punto de vista orgánico, bajo la autoridad del COS del país donde se desarrollan.

Los tres componentes restantes de los Servicios Clandestinos Proporcionan asistencia técnica a los componentes de carácter operativo. Esos tres componentes son: el *staff* de Misiones y Programas, que se encarga de la mayor parte de los trabajos burocráticos de planificación y financiación de los Servicios Clandestinos y que redacta los informes sometidos al Comité de los 40 para obtener su aprobación previa a las distintas operaciones de acción encubierta; la división de Servicios Operativos, que se encarga, entre otras cosas, de montar y preparar las coberturas que protegen a los funcionarios clandestinos; y la división de Servicios Técnicos, que fabrica, en sus propios laboratorios, los artilugios propios de los espías (disfraces, máquinas de fotografiar en miniatura, magnetófonos, tintas simpáticas y demás).

La dirección de Administración y Servicios (anteriormente, dirección de Apoyo) es la parte de la CIA dedicada a las tareas administrativas y más o menos domésticas. Sin embargo, la mayoría de su personal y una parte sustancial de su presupuesto están dedicados a ayudar a los Servicios Clandestinos en la ejecución de las operaciones encubiertas. (Esta dirección es calificada, a veces, dentro de la agencia, de dirección «esclava» de los Servicios Clandestinos.) También proporciona ciertos elementos de apoyo a las direcciones de Investigación, de Ciencia y Tecnología, pero las necesidades de esos dos componentes se limitan prácticamente a las cuestiones administrativas normales. En cambio, las operaciones encubiertas exigen un gran esfuerzo logístico, de comunicaciones y de entrenamiento; la dirección de Administración y Servicios, además de facilitar la ayuda administrativa normal, proporciona también su asistencia en los tres campos citados.

La oficina financiera de la dirección de Administración y Servicios, por ejemplo, tiene centros de operaciones en Hong Kong, Beirut, Buenos Aires y Ginebra, desde donde puede acceder con facilidad a los mercados monetarios internacionales. La oficina financiera mantiene siempre al día un inventario de las distintas divisas que hay disponibles para las operaciones clandestinas. Muchas de las compras de moneda extranjera que efectúa se realizan en mercados negros ilegales, donde algunas divisas se pueden adquirir a precios de saldo. En ciertas ocasiones, singularmente en el caso de la piastra survietnamita, se efectúan en el mercado negro compras de una sola divisa por valor de varios millones de dólares al año.

La Oficina de Seguridad se encarga de la protección física de las instalaciones clandestinas, tanto en el territorio de los Estados Unidos como en el extranjero, y somete a las pruebas del detector de mentiras a todos los empleados de la CIA, al personal contratado y a la mayoría de los agentes extranjeros. La oficina de Servicios Médicos trata las enfermedades y dolencias (tanto físicas como mentales) del personal de la agencia; para ello dispone de médicos y psiquiatras propios, autorizados a conocer materias reservadas. Asimismo, analiza a los posibles agentes y

a los que ya han sido reclutados y prepara los «perfiles psicológicos» de dirigentes extranjeros (y una vez, en 1971, a petición de los «fontaneros» del Watergate, hizo el «perfil» de Daniel Ellsberg). La oficina de Logística tiene a su cargo los almacenes de armamento y de otros géneros que posee la agencia en los Estados Unidos y en otros países, y suministra el equipo de oficina normal y el mobiliario —así como el material clandestino de carácter más particular— a las estaciones y bases del extranjero; finalmente, realiza también otros trabajos de tipo auxiliar. La oficina de Comunicaciones, a la que está adscrito más del 40% del personal de la dirección de Administración y Servicios (formado por más de **5.000** funcionarios de carrera), se dedica a la conservación de las instalaciones de comunicación secreta entre el cuartel general de la CIA y los cientos de estaciones y bases repartidas por todo el mundo. También realiza los mismos servicios por cuenta del Departamento de Estado y de la mayor parte de las embajadas y consulados. La oficina de Instrucción tiene a su cargo las instalaciones y campos de entrenamiento e instrucción que posee la agencia en numerosos lugares de los Estados Unidos y en ciertos puntos del extranjero. (Sin embargo, la oficina de Comunicaciones se encarga de **(**

CENSURADO

). A la oficina de Personal corresponden las tareas de reclutamiento y de administración del personal de plantilla de la CIA.

Las funciones de apoyo acostumbran a ser de vital importancia para el éxito de las operaciones encubiertas y los buenos funcionarios de apoyo —como los buenos sargentos de intendencia en el Ejército— son indispensables para el funcionamiento satisfactorio de las bases y estaciones de la CIA. Cuando un encargado de estación ha encontrado al funcionario de apoyo que le conviene (es decir que sea capaz de proporcionarlo todo, desde los objetos domésticos más simples al apoyo operativo), es corriente que se cree entre ambos una alianza profesional y que continúen trabajando juntos al ir cambiando de destino en el transcurso de sus respectivas carreras dentro de la CIA. En ciertos casos, el funcionario principal de apoyo es el segundo jefe *de facto*, debido a sus estrechas relaciones con el jefe de base.

Los Servicios Clandestinos y la dirección de Administración y Servicios forman conjuntamente una agencia dentro de la agencia. Estos dos departamentos son como la parte principal y más peligrosa de un iceberg: la que no se puede ver porque está sumergida. Sus misiones, sus métodos y su personal son completamente diferentes de los de las dos direcciones restantes de la CIA; éstas, por otra parte, sólo absorben menos de un tercio del personal y del presupuesto de la agencia. Ahora bien, la CIA —sobre todo en tiempos de su antiguo director Richard Helms— ha tratado siempre de convencer al público norteamericano de que los analistas y técnicos de las direcciones de Investigación, de Ciencia y Tecnología —que forman la parte que emerge de] iceberg, blanca y pura— constituyen el personal clave de la agencia.

La dirección de Investigación, que cuenta con **unos 3.500 empleados**, realiza dos actividades principales: en primer lugar, se dedica a producir los informes de espionaje redactados a partir del análisis de la información (tanto confidencial como accesible); en segundo lugar, se encarga de ciertos servicios de utilidad para todos los servicios de información. En esta segunda categoría se incluyen los diversos servicios de referencia de la agencia (es decir una enorme biblioteca dotada de ordenadores electrónicos y que contiene las biografías de personalidades extranjeras, otra dedicada a las instalaciones industriales del extranjero, etc.), el Servicio de Información de Emisiones Extranjeras (que es un servicio destinado a captar las emisiones de radio y televisión de todo el planeta) y el Centro Nacional de Interpretación Fotográfica (organización que funciona en íntima relación con el Pentágono y que analiza las fotografías tomadas desde satélites y aviones espía). Dos tercios aproximadamente del presupuesto de la dirección de Investigación (qué es de **70 millones de dólares al año**) están dedicados a esos servicios, realizados por cuenta de toda la burocracia de la seguridad nacional de los Estados Unidos, De este modo los departamentos de Estado y de Defensa se ahorran los gastos de mantener en funcionamiento unas instalaciones parecidas, ya que reciben de la CIA los informes secretos referentes a los asuntos de su interés. Así, por ejemplo, cuando se produce un cambio entre los altos cargos de la Unión Soviética o cuando es destinado a Washington un diplomático chino, la dirección de Investigación envía automáticamente una información biográfica (clasificada normalmente como «secreta») a las personalidades interesadas de otros organismos oficiales. Análogamente, las distintas oficinas del Departamento de Estado (así como algunos profesores universitarios y órganos informativos seleccionados) reciben de la agencia, de una manera regular, las transcripciones no confidenciales de las emisiones extranjeras de radio y televisión.

Casi todos los recursos restantes de la dirección de Información se dedican a la investigación política, económica o estratégica. Los especialistas de la agencia producen, por una parte, «información de actualidad» —informes e interpretaciones diarios sobre los acontecimientos mundiales— y, por otra, análisis de mayor alcance sobre tendencias, posibles zonas críticas futuras y otras materias de interés para los planificadores de la política exterior. La producción de estos informes secretos de actualidad es un trabajo muy similar a la edición de un periódico y, en realidad, la dirección de Información produce unas publicaciones diarias y semanales que, a no ser por su carácter altamente confidencial, se diferenciarían bien poco de los trabajos realizados por la prensa norteamericana en general. Estos informes regulares, junto con otros trabajos especiales que tratan de temas monográficos (como, por ejemplo, la corrupción en el Vietnam del Sur o las perspectivas de la cosecha de cereales de la Unión Soviética), en envían a cientos de «clientes» pertenecientes a los organismos gubernamentales. El Principal cliente, sin embargo, es el Presidente, que cada mañana recibe una publicación especial titulada Boletín Diario del Presidente

(«President’s Daily Brief»). Durante la presidencia de Johnson, este boletín contenía, a menudo, además del material normal de información, unas descripciones bastante escandalosas de la vida Privada de cienos dirigentes de todo el mundo, que eran leídas siempre con avidez por el primer magistrado de los Estados Unidos.[*] En cambio, la agencia. se dio cuenta en seguida de que en la Administración Nixon no gustaban esos temas y se cambió el tono del boletín diario. De todos modos, tanto el presidente Nixon como Henry Kissinger dejaron bien pronto de leer la citada publicación; este trabajo quedó relegado a funcionarios de menor rango del personal del Consejo Nacional de Seguridad.

La cuarta dirección de la CIA —y la más reciente— es la de Ciencia y Tecnología, que es también la que dispone de un personal más reducido (unas 1 300 personas). Entre sus cometidos se incluyen la investigación básica y el desarrollo técnico, el funcionamiento de los satélites espía y el análisis de información referida a campos muy especializados desde el punto de vista técnico. Se encarga, además, del grueso del trabajo de proceso de datos mediante ordenadores electrónicos. Aunque la dirección de Ciencia y Tecnología se mantiene al día y efectúa trabajos de investigación en una gran diversidad de terrenos científicos, los éxitos más importantes los ha cosechado en la puesta a punto de sistemas de espionaje. El departamento antecesor de esta dirección participó activamente en la puesta a punto de los aviones espía U-2 y SR-71. Los expertos de la dirección de Ciencia y Tecnología han conseguido también varios avances espectaculares en el campo del espionaje mediante satélites. A finales de la década de los cincuenta, cuando Richard Bissell —que entonces era el jefe de los Servicios Clandestinos— impulsó el trabajo técnico de puesta a punto del primer satélite norteamericano de reconocimiento fotográfico, esos expertos fabricaron un modelo que aún estaba en servicio en 1971; y los técnicos de la agencia han continuado progresando en este dominio de una manera notable. Hoy día, los satélites espía, capaces de conseguir fotografías desde el espacio con una resolución de menos de **(CENSURADO)**, se hallan a la cabeza de todos los sistemas de recogida de información utilizados por los servicios secretos. La dirección de Ciencia y Tecnología ocupa un lugar destacado asimismo en la puesta a punto de otras técnicas de espionaje mecánico, como, por ejemplo, los satélites estacionarios, los radares «por encima del horizonte» y otros ingenios electrónicos de recogida de información.

Por norma general, la dirección trabaja con fondos procedentes tanto de la CIA como del Pentágono en la etapa de investigación y desarrollo de los distintos sistemas de recogida de información. posteriormente, cuando el sistema ya ha sido perfeccionado, pasa al Departamento de Defensa. En el caso de algunos sistemas particularmente secretos, la agencia se reserva el control operativo, pero el presupuesto de la dirección de Ciencia y Tecnología (**120 millones de dólares** al año)

no es suficiente en absoluto para permitir el desarrollo de demasiados sistemas de recogida técnica de información independientes.

Los técnicos de la CIA, por ejemplo, colaboraron con la compañía de aviación Lockheed en la puesta a punto, realizada en unas instalaciones secretas situadas en Nevada, del avión A-11; este aparato constituye seguramente el sistema aéreo de recogida de información más potente que haya volado nunca. En el mes de febrero de 1971, cuando el avión no había alcanzado aún la fase operativa, el presidente Johnson reveló su existencia a los medios de información, calificándolo de interceptor de gran autonomía de las Fuerzas Aéreas. Cinco meses más tarde, en otra conferencia de prensa, el Presidente confesó que existía otra versión del avión en cuestión, que definió como «un avión moderno de reconocimiento estratégico para usos militares, capaz de efectuar misiones de reconocimiento en todo el mundo». Tres años después de esta revelación presidencial, cuando el A-11 (que ya se llamaba SR-71) volaba normalmente, el programa pasó a depender de las Fuerzas Aéreas. **(**

CENSURADO

).

Cualquier persona razonable que se haya molestado en pasar revista a las actividades de la CIA, después de haber examinado cómo gasta la agencia los fondos de que dispone y en qué tareas emplea a su personal y luego de haber comparado todo esto con los rendimientos de las distintas direcciones de la CIA en términos de información, seguro que llegaría a la misma conclusión que James Schlesinger, quien reemplazó temporalmente a Richard Helms en el cargo de director. El 5 de abril de 1973, Schlesinger, hablando ante el comité senatorial para las Fuerzas Armadas, admitió: «Tenemos un problema… sencillamente, nos sobra personal. Resulta que hay demasiada gente empleada en las actividades operativas. Es la gente que anteriormente había servido en el extranjero… Cada vez se dedica más atención a las cuestiones científicas y tecnológicas, así como a definir los criterios de información que hay que seguir.»

Las palabras de Schlesinger —y el hecho de que no fuese una persona «de la casa», procedente de los Servicios Clandestinos— constituyeron un motivo de esperanza para todos aquellos que critican a la CIA por la excesiva importancia que da ésta al aspecto clandestino de las actividades de espionaje. Pero Schlesinger duró sólo cuatro meses en la CIA, hasta que fue nombrado secretario de Defensa, y los únicos cambios de alguna importancia que introdujo fueron una reducción del 6% en la plantilla de la organización y un programa de jubilación anticipada para cimas categorías de empleados. A Schlesinger le sucedió en el cargo William Colby, que ha hecho una carrera excelente como funcionario de los Servicios Clandestinos, especializado en lo que se acostumbra llamar «malas artes» y de quien sólo puede

esperarse que se mantenga en la línea, señalada por Dulles y Helms, de dar un mayor impulso a la acción encubierta.

En la actualidad, la agencia utiliza los dos tercios aproximadamente de su presupuesto y de su personal para las operaciones encubiertas o para apoyarlas de modo indirecto; esta proporción se ha mantenido prácticamente constante durante más de diez años. De este modo, de una plantilla profesional formada por unas 16.500 personas y de un presupuesto anual de unos 750 millones de dólares, unos 11.000 empleados y casi 550 millones se destinan a los Servicios Clandestinos y a actividades como comunicaciones, logística e instrucción que, perteneciendo a la dirección de Administración y Servicios (antes dirección de Apoyo), colaboran en la acción encubierta. Solamente el 20% de los empleados profesionales de la CIA (que gastan menos del 10% del presupuesto) trabajan en tareas de análisis de investigación y en la elaboración de la información. De momento no hay razón para esperar que las cosas cambien.

Los servicios secretos y la "comunidad de la información"

Considerados en conjunto, los servicios de información de los Estados Unidos ya no están formados como antaño por una cofradía fascinante de aristócratas aventureros, de hombres inspirados por el sentimiento de que *noblesse oblige* y que cumplen atrevidas misiones clandestinas. Esta mitología romántica, sin la cual se hubieran escrito bien pocas novelas de espionaje, no constituye la sustancia de la moderna profesión de la información. Hoy día, la casi totalidad de los que se dedican profesionalmente al espionaje está compuesta por oscuros burócratas que se pasan la vida sentados tras las mesas de sus despachos, completamente apartados del mundo del agente secreto. Es cierto que la CIA se empeña todavía en mantener en vigor técnicas periclitadas, como el espionaje tradicional y la acción encubierta, pero sus esfuerzos han quedado empequeñecidos al lado de los enormes programas de obtención de información por medios técnicos que ponen en práctica otras organizaciones de investigación norteamericanas, principalmente las agencias militares.

En total, son diez los organismos del Gobierno federal que se dedican a la obtención o al análisis (o bien a ambas cosas a la vez) de información extranjera. Estas diez agencias, junto con los centenares de destacamentos, oficinas y dependencias de todo tipo que les están adscritos, constituyen lo que en los Estados Unidos suele llamarse la «comunidad de la información». Cada año, este conglomerado —que emplea un personal fijo de más de 150.000 individuos— gasta unos 6.000 millones de dólares, actuando silenciosamente a la sombra del Gobierno federal, cuidadosamente oculto a la curiosidad pública y virtualmente inmune a toda inspección del Congreso. La mayor parte del dinero y del personal se dedican a la

obtención de información a través de medios técnicos y a su elaboración y análisis. Los servicios de información norteamericanos acumulan datos sobre todos los países del mundo, pero sus objetivos primordiales son las naciones comunistas, sobre todo la Unión Soviética y China, y la información que persiguen con más ahínco es la que se refiere a la capacidad militar y las intenciones de esas naciones.

Personal y presupuestos anuales de todos los servicios secretos norteamericanos

(las cifras son aproximadas)

ORGANIZACIÓN	PERSONAL	PRESUPUESTO ANUAL (en dólares)
Central Intelligence Agency (CIA)	16.500	750.000.000
National Security Agency (NSA)[*]	24.000	1.200.000.000
Defense Intelligence Agency (DIA)[*]	5.000	200.000.000
Army Intelligence (Ejército)[*]	35.000	700.000.000
Office of Naval Intelligence (Marina)[*]	15.000	600.000.000
Air Force Intelligence (Fuerzas Aéreas, incluyendo el National Reconnaissance Office o NRO)[*]	56.000	2.700.000.000
Bureau of Intelligence and Research (Departamento de Estado)	350	8.000.000
Federal Bureau of Investigation (FBI) (división de Seguridad Interior)	800	40.000.000
Atomic Energy Commission (división de Información)	300	20.000.000
Departamento del Tesoro	300	10.000.000
TOTAL	153.250	6.228.000.000

Como se puede ver, el miembro más conocido de esta «comunidad», la CIA, absorbe tan sólo menos de un 15% de sus fondos y de su personal totales. Sin embargo, a pesar del tamaño relativamente reducido de la agencia, el jefe de la CIA no es solamente el número uno de su propia organización, sino que, además, por mandato de la ley de Seguridad Nacional de 1947, es también Director Central de Información (DCI), es decir, el jefe titular de toda la «comunidad» citada. Con todo, ese enorme conglomerado que se halla teóricamente bajo la autoridad del DCI está formado por entidades burocráticas celosas de su independencia y poco dispuestas a someterse a la supervisión exterior. Todas estas entidades, excepto la CIA, forman parte de departamentos gubernamentales mucho más amplios y atienden a las orientaciones de éstos, en lugar de seguir la línea que señala el DCI. Aunque todos sus participantes ejercen la misma profesión y tienen el mismo objetivo general —la protección de la seguridad nacional—, la comunidad ha acabado por ser un laberinto intrincado de organizaciones que se superponen las unas a las otras, persiguiendo cada una de ellas una finalidad distinta. Según dijo el almirante Rufus Taylor, ex jefe de la Información Naval y antiguo subdirector de la CIA, se parece muchísimo a una «confederación de tribus».

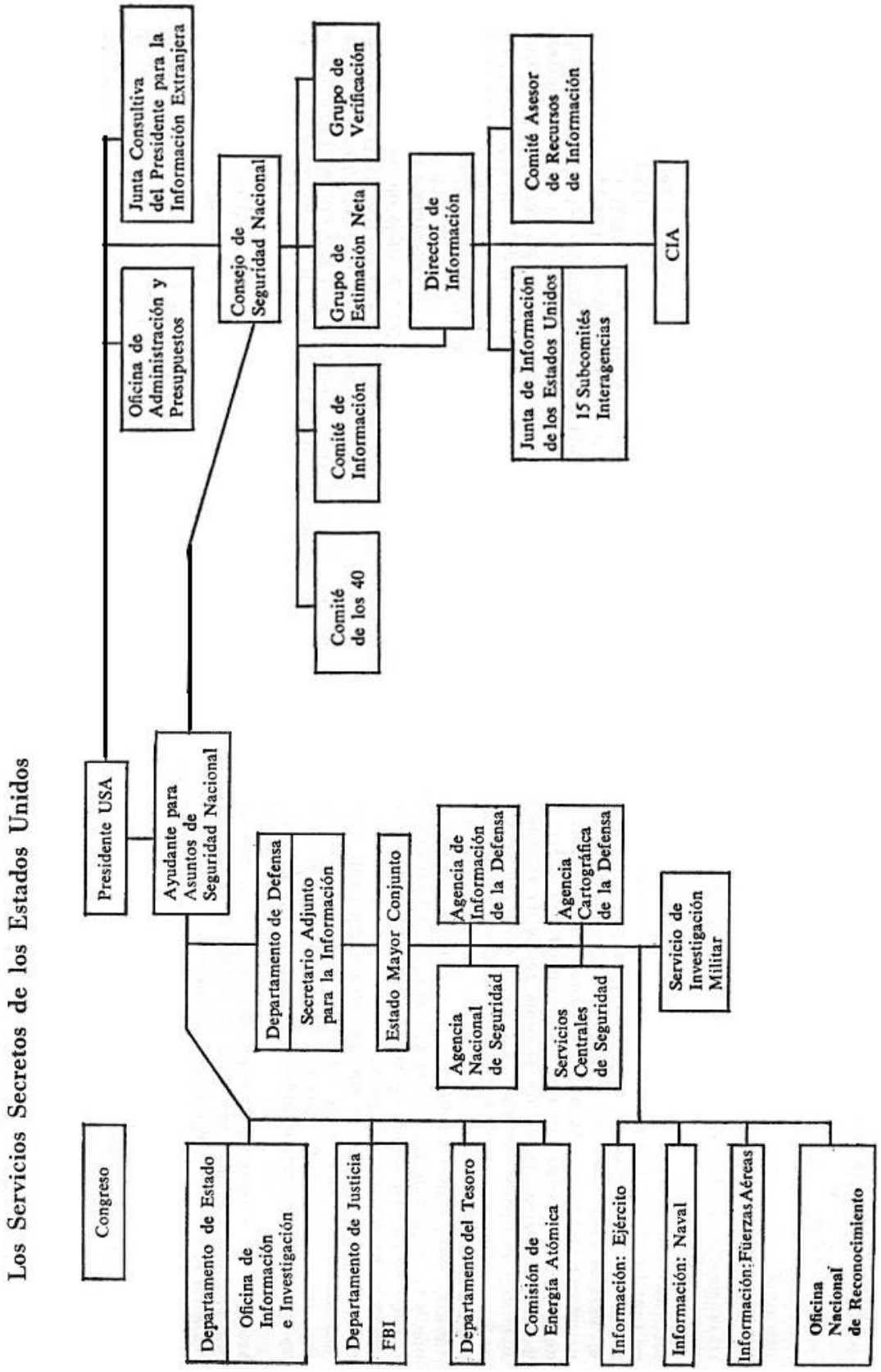
El DCI es jefe de una serie de grupos interagencias que fueron creados para ayudarle en la tarea de administrar y dirigir el conjunto de los servicios de información. Los dos principales instrumentos con que cuenta el DCI para administrar estos servicios son el Comité Asesor de Recursos de Información (Intelligence Resources Advisory Committee, IRAC) y la Junta de Información de los Estados Unidos (U. S. Intelligence Board, USIB). Se hallan representados en el IRAC

los Departamentos de Estado y Defensa, la Oficina de Administración y Presupuestos (Office of Management and Budget) y la propia CIA. (Puesto que el director de la agencia preside el grupo en su calidad de DCI o jefe de todos los servicios de información, se le concedió otro puesto a la CIA.) El IRAC se creó en 1971 y, en principio, ha de preparar un presupuesto consolidado para todos los servicios y ha de cuidar de que los recursos dedicados a la investigación se empleen con el máximo provecho posible. De todos modos su creación es demasiado reciente para poder juzgar su actuación, sobre todo teniendo en cuenta que en su corta existencia ha sido presidido ya por tres DCI.

La tarea principal encomendada a la USIB es la publicación de las valoraciones nacionales de investigación y la fijación de las exigencias y las prioridades de la obtención de información. Dependen de esta junta quince comités permanentes interagencias y una gran variedad de grupos formados especialmente para tratar de problemas concretos. A partir de la labor de estos grupos y comités, la USIB, entre otras cosas, establece una relación de los objetivos del espionaje norteamericano y decide la prioridad que hay que conceder a cada uno de ellos[*], coordina, entre todos los servicios de información, las valoraciones de los futuros acontecimientos y de las fuerzas enemigas, controla los sistemas de clasificación de documentos confidenciales y las normas de seguridad de la mayor parte de los organismos oficiales, orienta la información en los distintos campos de investigación técnica y decide qué informaciones confidenciales pueden ser facilitadas a los amigos y aliados del extranjero.[**]

La USIB se reúne cada miércoles por la mañana en una sala de conferencias del séptimo piso del cuartel general de la CIA. En las reuniones corrientes, el orden del día está compuesto por tres o cuatro puntos; dicho orden del día es también un documento de carácter confidencial que la secretaría de la USIB envía a cada miembro de la junta unos cuantos días antes de la reunión. Las sesiones empiezan siempre con la aprobación del acta de la sesión anterior; estas actas no son nunca completas por razones de seguridad. A continuación, los reunidos estudian el informe de vigilancia, preparado a principios de la semana por un comité interagencias que depende de la USIB y que está encargado de descubrir inmediatamente cualquier síntoma de posible conflicto armado, en particular si éste puede constituir una amenaza para los Estados Unidos o para sus aliados. Un informe de vigilancia cualquiera podría tener, en efecto, el contenido siguiente: esta semana, la guerra entre los Estados Unidos y la Unión Soviética no parece inminente, aunque los soviéticos prosiguen la puesta a punto de su último misil y han trasladado dos divisiones más a posiciones situadas junto a la frontera china; la infiltración de los norvietnamitas a través de la pista «Ho Chi Minh» (detectada por los indicadores electrónicos y la intercepción de comunicaciones de radio) hace presumir que subirá probablemente el nivel de violencia en la parte septentrional del Vietnam del Sur; y las fotos, obtenidas

desde satélite, del Canal de Suez **(CENSURADO)** parecen indicar un posible aumento de la tensión entre Israel y Egipto.



Una vez aprobado reglamentariamente por la USIB, el informe de vigilancia se pasa a los altos dirigentes políticos de la nación, los cuales normalmente ni siquiera le echan un vistazo, pues saben que cualquier novedad de importancia que pudiera traerles habría sido facilitada ya por otros informes de los servicios de investigación. Si una de las agencias de información llegara a descubrir alguna vez cualquier apocalíptica señal de que fuera a estallar una guerra, el Presidente y sus principales ayudantes serían informados inmediatamente y la USIB no sería consultada; pero mientras no ocurra nada de particular importancia, cada miércoles por la mañana la USIB emplea un promedio de treinta segundos en aprobar el informe de vigilancia (el cual, por cierto, requiere para su preparación el trabajo de varias semanas-hombre) antes de que éste pase a la Casa Blanca.

En el orden del día de la USIB figura a continuación el examen y, casi siempre, la aprobación de una o dos valoraciones nacionales de información, las que hayan sido terminadas durante la semana anterior. Los borradores de estas valoraciones de la capacidad del enemigo y de los futuros acontecimientos se preparan con antelación por parte de los oficiales de información nacional, encuadrados en la CIA, y luego se coordinan a nivel de *staffs* con varias agencias miembros de la USIB. Cuando las valoraciones llegan a la mesa de la propia USIB, las diferencias existentes se han resuelto normalmente en las reuniones de coordinación celebradas entre las agencias; si no se ha llegado a un acuerdo, la agencia que no comparte el criterio general hace constar su opinión en una nota al pie de las conclusiones o del texto de las valoraciones.

Una vez la USIB ha aprobado las valoraciones que se le han presentado (y que a partir de ese momento constituyen la opinión oficial del conjunto de los servicios secretos sobre cada tema concreto), la junta pasa a tratar de los temas especiales que todos sus miembros tienen derecho a incluir en el orden del día. Cierto miércoles de 1969, el jefe de Información Naval solicitó a la USIB que examinara de nuevo una propuesta, rechazada anteriormente a nivel de un subcomité de la USIB, de suministrar a la **marina del Brasil** ciertos equipos criptológicos norteamericanos relativamente modernos. A causa de la delicadeza de los sistemas de código y de cifra norteamericanos, las exportaciones de estos aparatos necesitan la aprobación de la USIB, aunque vayan destinadas a países amigos; la junta rechazó esa petición concreta. En otra reunión; celebrada en 1970, el tema especial a examen era si cierto satélite muy perfeccionado tenía que enfocarse o no hacia la parte **(CENSURADO)** del **(CENSURADO)** en lugar de **(CENSURADO)**. La solicitud de las Fuerzas Aéreas para **(CENSURADO)** su satélite fue sometida a la USIB dado que aquéllas eran responsables de la fijación de las prioridades en la obtención de información; refiriéndose al alto coste del satélite y a la posibilidad de que la **(CENSURADO)** pudiera provocar una avería, la USIB denegó la autorización para la **(CENSURADO)**. En otra reunión, también en 1970, la USIB estudió una proposición presentada por el Pentágono destinada a limitar los objetivos de las investigaciones oficiales

realizadas para la detección de explosiones nucleares. También en este caso la USIB dijo que no.[*]

En algunas ocasiones, cuando hay que tratar temas particularmente delicados, la USIB celebra una sesión ejecutiva; en la práctica, esto significa que todos los miembros del personal asesor tienen que abandonar la sala y que no se levanta acta de la reunión. La USIB trabajó en esta atmósfera de secreto total en una sesión celebrada en 1969 para tratar del caso del asesinato de los «Boinas Verdes» y en otra del año siguiente, donde fue informada de las recomendaciones de la comisión Fitzhugh sobre la reorganización de los servicios de información militar (véase más adelante).

Mientras Helms fue DCI, la gran mayoría de las reuniones de la USIB no duraban más de cuarenta y cinco minutos. Puesto que todo el trabajo importante ya se hacía en las reuniones preparatorias a nivel de asesores, la USIB se limitaba casi siempre a ratificar unas decisiones que ya habían sido tomadas con anterioridad, de modo que esta junta, que es el comité decisorio a más alto nivel de toda la «comunidad de información» norteamericana, no tenía gran cosa que hacer.

La USIB y sus quince comités se ocupan exclusivamente de lo que se llama «información nacional», es decir la información que, en teoría, necesitan los dirigentes de la política del país. Pero hay otra clase de información —la «departamental» o ministerial— que, también en teoría, está destinada sólo para el uso de una determinada agencia o rama de las Fuerzas Armadas. La Marina, el Ejército y las Fuerzas Aéreas recogen grandes cantidades de información departamental para apoyar sus misiones tácticas. Por ejemplo, un comandante militar de las fuerzas norteamericanas estacionadas en Alemania podría solicitar datos sobre las fuerzas enemigas con que se enfrentarían sus tropas si estallara una guerra, pero los movimientos diarios de las tropas soviéticas a lo largo de la frontera con Alemania Oriental no tienen gran interés para los altos funcionarios de Washington (a menos, claro está, que los soviéticos se estén concentrando para preparar una invasión, en cuyo caso la información interesaría a la investigación nacional). Sin embargo, la línea de separación entre las actividades de información nacionales y departamentales acostumbra a ser poco clara, y a menudo los militares han calificado de departamentales cierto número de programas carísimos de obtención de información que sabían perfectamente que no serían aprobados a nivel nacional.

Aunque desde su creación la CIA tiene la responsabilidad exclusiva de llevar a cabo las operaciones de espionaje en el extranjero destinadas a la obtención de información para la investigación nacional, las distintas agencias de espionaje militares y las unidades de información de las tropas norteamericanas estacionadas en el extranjero han conservado el derecho a buscar información táctica para sus necesidades departamentales. Durante las guerras de Corea y del Vietnam, los comandantes de las unidades combatientes necesitaban, como es natural, tener datos sobre los movimientos del enemigo, y uno de los procedimientos para conseguirlo era

el reclutamiento de agentes extranjeros. Pero, incluso en tiempo de paz, hay tropas norteamericanas estacionadas en numerosos países, como Inglaterra, Alemania, Italia, Marruecos, Turquía, Panamá, Japón, Australia, etc., y los servicios de espionaje militar se han preocupado siempre de obtener información por medio de sus propios agentes secretos, lo que se justifica, desde luego, invocando las necesidades de investigación a nivel departamental y táctico. En principio, todas estas misiones de espionaje deberían estar coordinadas con la CIA, para evitar la duplicidad y la proliferación de agentes. Sin embargo, no pocas veces los militares no lo hacen, ya sea porque saben que la CIA no daría su aprobación a ciertas actividades, ya sea porque se ha llegado previamente a un acuerdo con la agencia, según el cual, mientras los militares no se entrometan en los asuntos que interesan a la CIA, pueden actuar con entera independencia. Cada unidad militar tiene su sección de información y, como es lógico, a los jefes no les gusta que sus hombres estén mano sobre mano. Luego, aunque sólo sea para tener a los soldados ocupados en algo, las unidades de información militar estacionadas en el extranjero participan habitualmente en el juego del espionaje.

Por ejemplo, una unidad de información militar que estaba estacionada en Bangkok, trataba aún en 1971 de engatusar a los oficiales de la KGB soviética, reclutaba espías entre la población e incluso intentaba infiltrar agentes propios en China a través de Hong Kong. De gran parte de esta actividad, o quizá de toda ella, no se daba cuenta a la CIA. Análogamente, en (

CENSURADO

) a todos los niveles virtualmente.

El tribalismo que constituye la plaga de la «comunidad de información» en ningún lugar se muestra con más fuerza que en las agencias de espionaje militar: la gran mayoría del personal que trabaja para esas organizaciones considera que debe lealtad, en primer lugar, a los servicios armados de los que procede. Los hombres que dirigen los servicios de espionaje militar son casi todos oficiales de carrera, que para los ascensos y para prosperar desde el punto de vista profesional dependen del Ejército, la Marina o las Fuerzas Aéreas. Les destinan unos cuantos años solamente a los servicios de espionaje y luego regresan a la actividad militar normal. Son muy pocos los que están dispuestos a hacer algo que pueda perjudicar su carrera militar mientras están destinados al el espionaje y saben de sobra que los análisis por ellos realizados que contradigan las opiniones o la política de sus superiores en las Fuerzas Armadas no serán bien recibidos. Por consiguiente, las valoraciones que hacen tienen tendencia a resultar afectadas por los prejuicios y las necesidades presupuestarias de los servicios armados cuyos uniformes visten.

Tradicionalmente, el Ejército, la Marina y la Fuerzas Aéreas tenían sus propias agencias de información independientes, en principio destinadas a apoyar sus

necesidades tácticas y a averiguar el «orden de batalla» del enemigo. Cada servicio recogía su propia información y no siempre se apresuraba a facilitarla a los otros. El resultado de todo ello era que se producía una gran duplicidad en las actividades de espionaje y que cada servicio emprendía con una mentalidad muy limitada el análisis de la capacidad del enemigo.

Este enfoque autónomo de los servicios de información militar se intentó corregir con la creación, en 1961, de la Agencia de Información de la Defensa (Defense Intelligence Agency, DIA), que, en teoría, tenía que coordinar y consolidar los puntos de vista y, hasta cierto punto, las funciones de las tres agencias de las Fuerzas Armadas. Estaba previsto que la DIA reemplazaría al ejército, la Marina y las Fuerzas Aéreas en las reuniones de la USIB, pero Allen Dulles y sus sucesores en el cargo de DCI no se han decidido a dejar toda la responsabilidad de representar al Pentágono en manos de la DIA, la cual, por consiguiente, ha acabado por convertirse en otro servicio militar de espionaje, tan estrecho de miras como los demás y atento a reflejar las opiniones y deseos de la junta de jefes del Estado Mayor. Así, pues, aunque sólo la DIA es miembro oficial de la USIB, los jefes de las tres agencias militares restantes tienen su puesto en las reuniones semanales, tratan de promocionar sus teorías favoritas y exigen que se incluyan sus objeciones, cuando consideran que las valoraciones de información no concuerdan con la opinión de sus respectivos servicios armados.

La DIA realiza pocas tareas de recogida de información propias, aparte de encargarse del servicio de los agregados militares a las embajadas de los Estados Unidos, sistema que no tiene nada de secreto. Obtiene la información en bruto esencialmente de los servicios secretos de los tres servicios armados y sus **5.000** empleados elaboran y analizan este material, convirtiéndolo en informes confidenciales que son facilitados a diversas oficinas del Pentágono y al resto de las agencias de información gubernamentales. La DIA prepara también resúmenes diarios y semanales de información, similares por su presentación y contenido a las publicaciones de la CIA, y realiza sus propias valoraciones de la capacidad del enemigo. Esta última función no revestía mayor importancia en el interior de la agencia hasta que, en noviembre de 1970, la DIA fue reorganizada, y su jefe, el mayor general Daniel Graham, encargó al teniente general Donald Bennett que mejorase la capacidad de la agencia en el campo de las valoraciones de información. Graham había estado destinado varios años en la oficina de valoraciones nacionales de la CIA y convirtió rápidamente a la oficina correspondiente de la DIA en un serio competidor para la función valorativa de la CIA.[*]

Aunque la DIA estaba destinada en un principio a encargarse de muchas de las funciones de los servicios de espionaje militar, éstos han continuado creciendo y floreciendo aun después de la fundación de aquélla. En realidad, cada una de las tres agencias es mayor que la propia DIA, y el servicio de información de las Fuerzas Aéreas es la organización de espionaje más importante de toda la «comunidad de

información», con **56.000** empleados y un presupuesto anual de cerca de **2.700 millones** de dólares. La mayor parte de este dinero se gasta en el pago de los satélites de reconocimiento, sumamente costosos, y de los cohetes necesarios para ponerlos en órbita. Un departamento especial de los servicios de espionaje de las Fuerzas Aéreas, la **Oficina Nacional de Reconocimiento (National Reconnaissance Office, NRO), se encarga de estos programas de información mediante satélites, por cuenta de todos los restantes servicios de investigación gubernamentales; el presupuesto anual de la NRO asciende él solo a más de 1.500 millones. La NRO** trabaja tan en secreto que su sola existencia es ya materia confidencial. Durante muchos años, su director fue un misterioso coronel de las Fuerzas Aéreas (más tarde general de brigada) llamado Ralph Steakley, que se retiró del servicio a principios de los años setenta, entrando a trabajar en la Westinghouse, compañía que ha ganado muchas licitaciones del Departamento de Defensa y que vende una cantidad considerable de equipos a **la NRO**.

La Oficina de Información Naval, que cuenta con unos 15.000 empleados y tiene un presupuesto anual de 600 millones de dólares, es quizás el servicio de información que crece con mayor rapidez. Al mismo tiempo que a los programas de misiles submarinos (Polaris y Poseidon) se les han asignado en años recientes unos presupuestos cada vez mayores **(CENSURADO)** han excitado de modo análogo la imaginación de los planificadores militares. La información naval utiliza **(CENSURADO)**, equipados ampliamente con detectores electrónicos, radares, cámaras fotográficas y otros ingenios de escucha de los tipos más modernos, que **(**

CENSURADO

).

La Marina enviaba anteriormente a diversos buques de superficie, como el «Liberty» y el «Pueblo», a realizar misiones parecidas, pero desde el ataque que sufrió el primero y la captura del segundo, esas misiones han sido suprimidas en casi su totalidad.

El servicio de información del Ejército es la menos mecanizada de las tres agencias de información militares. Su misión consiste esencialmente en la obtención de información táctica de utilidad para las tropas. De todos modos, debido a su enorme tamaño y a la proliferación de las unidades de información del tipo G2, el Ejército se las arregla para gastar unos **700 millones** de dólares al año y para ocupar a **35.000** personas en actividades de espionaje.

El último componente importante de la información militar es la Agencia Nacional de Seguridad (National Security Agency, NSA). La NSA, que es el miembro más secreto de la «comunidad de la información», se encarga de descifrar los códigos extranjeros, as! como de idear las claves y otros sistemas que aseguren el secreto de las comunicaciones oficiales norteamericanas, cosa que le cuesta al

contribuyente 1 200 millones de dólares cada año. Creada en 1952 por una orden presidencial de carácter confidencial, la NSA tiene unos 24.000 empleados. Su sede central se halla en Fort Meade, estado de Maryland, y los centenares de puestos de escucha que tiene repartidos por todo el planeta se dedican a interceptar las comunicaciones de casi todos los países del mundo… amigos y enemigos sin distinción. La mayor parte de las estaciones de escucha de la NSA se hallan a cargo de unidades criptológicas especiales de las Fuerzas Armadas, que dependen del jefe de la agencia.

Siguiendo las recomendaciones del comité Fitzhugh, que fueron aplicadas en 1972, el secretario adjunto de Defensa para la Información es el responsable general de todos los servicios de espionaje militar. Independiente tanto de la junta de jefes del Estado Mayor como de los distintos servicios armados, su trabajo consiste, en principio, en coordinar y supervisar las actividades de la DIA, de los servicios de información del Ejército, la Marina y las Fuerzas Aéreas, de la NSA, de la Agencia Cartográfica de la Defensa (Defense Mapping Agency) y del Servicio de Investigación Militar (Defense Investigative Service). Estas dos últimas organizaciones se crearon a comienzos de 1972 (obedeciendo también a las recomendaciones del comité Fitzhugh) fusionando las tres agencias cartográficas y de investigación que existían anteriormente en el ejército, la Marina y las Fuerzas Aéreas. Los cartógrafos levantan mapas de prácticamente cada centímetro cuadrado de la superficie terrestre, para lo cual cuentan con la ayuda de los satélites fotográficos. El servicio de investigación lleva a cabo tareas de contraespionaje y revisa el historial del personal del Departamento de Defensa. Sin embargo, a finales de los años sesenta, las tres organizaciones militares que más tarde formarían el Servicio de Investigación Militar se dedicaron con gran empeño a informar sobre los grupos subversivos y antibelicistas norteamericanos. A principios de 1971, el secretario de Defensa dio órdenes de que cesara la vigilancia de civiles por parte de militares, pero hay indicios de que ésta aún continúa.

La Oficina de Información e Investigación (Bureau of Intelligence and Research, INH) del Departamento de Estado es, de todos, el servicio de información que tiene un presupuesto más modesto —sólo 8 millones de dólares— y es el único que no se dedica a la obtención de su propia información. Depende exclusivamente de los cables del servicio diplomático y de las fuentes de las restantes organizaciones gubernamentales de espionaje para conseguir los datos que sus 350 empleados convierten en informes de investigación depurada. La INR representa a su departamento en la USIB y en los restantes grupos interagencias que tratan de asuntos de información. Asimismo coordina en el interior del Departamento de Estado la posición ministerial en las reuniones del Comité de los 40 y asesora al subsecretario en esas reuniones. Ray S. Clay) que fue director de la INR hasta finales de 1973, pasó veintidós años en la CIA antes de ingresar en el Departamento de Estado, en 1969.

Había escalado puestos en la agencia, hasta llegar a ocupar el cargo de subdirector de Información, antes de encontrarse en el bando perdedor en una pugna interna que se registró en la CIA en 1966, a consecuencia de la cual fue enviado a Alemania como jefe de las operaciones de la agencia en aquel país. Aunque la estación alemana era (y es aún) la mayor de todas, Cline se hallaba lejos del centro del poder, Washington. Sin embargo, la ausencia no afectó, al parecer, ni su capacidad burocrática ni sus facultades como analista de información y reforzó la posición de la INR en el seno de la llamada «comunidad de la información, aunque la oficina, al no contar con sus propias fuentes de información, continúa siendo un servicio relativamente modesto.[*]

El FBI, la Comisión de Energía Atómica y el Departamento del Tesoro —que son los miembros menos importantes de la USIB— participan también activamente en la «comunidad de la información», aunque el cometido de esas tres organizaciones no esté relacionado directamente con la recogida de información exterior. De todos modos, al FBI, como responsable de la seguridad interior, le incumbe la protección del país contra los intentos de espionaje extranjeros, actividad que se considera complementaria de la que desarrollan los distintos servicios de información. La Comisión de Energía Atómica cuenta con una división de espionaje, dedicada a obtener información sobre el desarrollo nuclear de los demás países y que posee puestos de escucha técnicos por todo el mundo (en algunos casos con personal de la CIA) para captar las explosiones atómicas extranjeras. La relación que tiene el Departamento del Tesoro con los servicios de espionaje se basa principalmente en la campaña que lleva a cabo este organismo ministerial para impedir la entrada de drogas tóxicas en los Estados Unidos.

Contrariamente a lo que prevé la ley de Seguridad Nacional de 1947, actualmente la CIA no cumple de hecho la función de «coordinar las actividades de información de los distintos departamentos y agencias gubernamentales». Durante cierto tiempo, al principio de los años cincuenta, el DCI consiguió mantener cierto control sobre las otras agencias, pero en los años siguientes se produjo la gran expansión de los medios de información técnicos, y con ello el crecimiento acelerado de todos los servicios secretos. Las actividades de espionaje cambiaron radicalmente —en todas partes, excepto en la CIA—, pasando de ser una profesión basada en los agentes a convertirse en una empresa de recogida de información dominada por las máquinas y que crece sin límite. El espionaje técnico era antes una actividad relativamente poco importante, que consistía esencialmente en que unos señores leían la correspondencia de otros caballeros, pero hoy día comprende un surtido amplísimo de procedimientos tecnológicos, como el espionaje de las comunicaciones (COMINT) y de las transmisiones (*signal intelligence*, SIGINT), el fotográfico (PHOTINT), el electrónico (ELINT) y el de radar (RADINT). Los datos se consiguen con equipos extraordinariamente refinados y complicados, situados en aviones, barcos, submarinos, satélites espaciales estacionarios o en órbita, estaciones de interceptación

electrónica y radares… algunos de ellos con antenas tan grandes como tres campos de fútbol colocados una a liado de la otra. Entre los aparatos utilizados para estas operaciones se incluyen cámaras fotográficas con objetivos de gran angular y alta resolución, cámaras infrarrojas, receptores para la intercepción de las transmisiones en microondas y de las señales de telemetría, radares laterales y «sobre el horizonte» y otros artilugios aun más originales.

La proliferación de los sistemas técnicos de recogida de información ha tenido también una influencia notable en la composición del personal de los servicios de espionaje. Las montañas de datos que se obtienen han exigido, para su elaboración, el recurso a profesionales muy especializados: criptoanalistas, analistas de tráfico, especialistas en fotointerpretación y analistas de señales de radar y telemetría, que convierten los pitidos y chirridos incomprensibles que interceptan sus máquinas en información susceptible de ser utilizada por los expertos en su interpretación. Se ha creado así una nueva clase de técnicos y administradores que idean, ponen a punto y hacen funcionar unos sistemas tan secretos que solamente unos cuantos miles (a veces tan sólo un par de centenares) de personas están autorizados a tener acceso a la información que proporcionan, elaborada ya en forma de producto acabado.

La información obtenida mediante procedimientos técnicos constituye hoy día la fuente de datos más valiosa con que cuentan los servicios de espionaje de los Estados Unidos. Sin ella, no habría ninguna manera segura de que el Gobierno pudiera determinar con regularidad la capacidad estratégica de los países extranjeros, especialmente de la Unión Soviética y de China. Sin ella, además, no hubiera sido posible llegar al acuerdo concertado en 1972 con la Unión Soviética para la mutua limitación de las armas estratégicas, pues este pacto depende esencialmente de la confianza que tenga cada parte en su posibilidad de estar al corriente de las innovaciones militares —incluyendo las posibles trampas— de la otra; y esto tan sólo se puede conseguir con la ayuda de satélites de observación y de otros equipos de vigilancia.

Los primeros sistemas perfeccionados de reconocimiento aéreo _los aviones espía U-2 y los primeros satélites, lanzados a Males de los años cincuenta y a comienzos de la década siguiente— proporcionaron una información muy valiosa sobre la Unión Soviética, pero los éxitos que cosecharon no hicieron sino aumentar el apetito de los planificadores militares norteamericanos que, durante largos años, habían estado ayunos de datos seguros sobre su principal adversario. Una vez hubieron gustado los frutos de la obtención técnica de la información, pidieron datos cada vez más precisos y frecuentes sobre la situación de las fuerzas armadas soviéticas. Y los técnicos, con fondos prácticamente ilimitados a su disposición, les dieron satisfacción, en parte porque sentían el natural deseo de desarrollar su oficio.

De este modo se estableció una especie de crecimiento en espiral, impulsado al mismo tiempo por las exigencias del espionaje militar y por el progreso en la obtención de la información por medios técnicos. Los sistemas de recogida de datos

respondían a las peticiones de los militares y, a su vez, daban lugar a más demandas de información, que tenían por resultado el desarrollo de sistemas de recogida de datos cada vez mayores y más perfeccionados. Si un tipo particular de datos podía captarse, no faltaba nunca una sección u otra del Pentágono que certificase su absoluta necesidad, con lo que se desarrollaba a continuación el correspondiente sistema técnico para su inmediata obtención. Y, así, la recogida de datos acabó por justificarse a sí misma.

En los años iniciales de la expansión tecnológica, Allen Dulles prestó poca atención al potencial que la obtención técnica de datos representaba como instrumento de los servicios de información. Estaba mucho más interesado en las operaciones clandestinas y en el derrocamiento de Gobiernos extranjeros. Pero, en 1961, el desastre de la bahía de los Cochinos puso fin bruscamente a la carrera de Dulles, y su sucesor en el cargo de DCI, John McCone, se dio cuenta pronto de la importancia de los nuevos sistemas de recogida de información. Intentó reafirmar la posición de liderazgo de la CIA en este campo, para lo cual, entre otras cosas, creó la dirección de Ciencia y Tecnología, en cabeza de la cual colocó a un científico joven y brillante, Albert «Bud» Wheelon. Pero, por más que hiciera, el tenaz y enérgico McCone poca cosa podía contra la máquina ingente del Pentágono, dirigido entonces por Robert MacNamara, quien apoyó con todas sus fuerzas a los militares en los esfuerzos realizados por éstos para apoderarse del control de la recogida técnica de información. McCone se vio obligado finalmente a concluir que la batalla contra el Departamento de Defensa estaba Perdida y que la tendencia hacia la dominación de esta actividad por el Pentágono era irreversible. Éste fue uno de los motivos que le impulsaron a dimitir en 1965 (otra razón fue que el presidente Johnson concedía poca importancia a las cuestiones de información estratégica, como, por ejemplo, las valoraciones nacionales).

McCone fue sustituido por el almirante William Raborn, quien se distinguió por su incompetencia en el cargo de DCI; con gran alivio de todos los servicios de información, permaneció en él catorce meses solamente.

Richard Helms se hizo cargo de la CIA en la primavera de 1966. Como Dulles, estaba mucho más interesado en las actividades clandestinas, campo en el que había realizado toda su carrera, que en las máquinas que habían revolucionado el oficio del espionaje. Aunque, además de director de la CIA, era, en su calidad de DCI, jefe de todos los servicios de información, raras veces se enfrentó con el Pentágono en las cuestiones referentes a la obtención técnica de la información —ni, por lo demás, en el campo del análisis de la investigación— hasta sus últimos tiempos como DCI e incluso entonces lo hizo con poca energía. La consecuencia de todo ello fue que,' durante su permanencia en la dirección general de la CIA, la agencia fue superada completamente por los restantes servicios en las actividades que no tuvieran relación con las operaciones encubiertas, y aun en este último campo aumentó la participación de los militares.

Richard Helms sabía ver las cosas burocráticas tal como son. Comprendía de sobra que no tenía categoría de ministro y que, por tanto, no estaba en igualdad de condiciones con el secretario de Defensa, responsable en última instancia del presupuesto de los servicios de información militar. Sencillamente, Helms no tenía autoridad para decirle al Pentágono que las necesidades superiores de la información norteamericana (de la cual era responsable, como es natural, como DCI) exigían que los militares suspendieran un programa de espionaje determinado y se gastaran el dinero en otra cosa. Puesto que, a fin de cuentas, tampoco estaba demasiado interesado en llevar el control de tocios los servicios de información, en pocas ocasiones se esforzaba en influir de algún modo sobre las agencias que no fueran la CIA.

En 1967, los asesores de Helms le pidieron con insistencia que autorizara una revisión de todos los sistemas de obtención de información en vigor en los distintos servicios de espionaje, fijándose especialmente en los numerosos sistemas de tipo técnico. Pero Helms no se sentía inclinado a aventurarse demasiado lejos en un campo muy complicado, que se hallaba en manos de los militares, y decidió autorizar solamente un estudio de las necesidades de la propia CIA. Encargó a un alto funcionario de la agencia, Hugh Cunningham, hombre experimentado, la dirección de un grupo reducido de personas escogidas especialmente para hacer el estudio. Cunningham, ex becario Rhodes[*], había ocupado anteriormente cargos de importancia en los servicios clandestinos y en la junta de evaluaciones nacionales. Debido a su amplia experiencia, parecía la persona idónea, según los entendidos, para llevar a cabo la revisión. Después de varios meses de intenso trabajo, él y su pequeño grupo llegaron a la conclusión —expresada en la primera frase de su informe— de que «los servicios de espionaje de los Estados Unidos recogen demasiada información». Descubrieron que en la recogida de datos se desperdiciaban muchos esfuerzos a Causa de las duplicidades, ya que con frecuencia dos o más agencias gastaban grandes cantidades de dinero en acumular datos esencialmente iguales y que gran parte de la información recogida sólo era aprovechable para los análisis de muy bajo nivel. El estudio hacía notar que el exceso de información estaba atascando el sistema de espionaje y hacía difícil separar el grano de la paja, impidiendo la producción de material útil para la conducción de la política nacional. En efecto, la superabundancia de datos daba lugar a un exceso de informes, muchos de los cuales no servían de gran cosa para la formulación de dicha política; en resumen, había tantos informes sobre tantos temas que los altos dirigentes del país no daban abasto a leerlos.

El estudio Cunningham causó tal consternación en la CIA que Helms se negó a que fuera comunicado a las restantes agencias de información. Varios de sus inmediatos subordinados se le quejaron amargamente por las críticas que formulaba el estudio a sus respectivas direcciones generales y porque parecía menoscabar la importancia de su labor. Puesto que el estudio era aún más duro al enjuiciar los

programas de información militar, Helms estaba todavía menos dispuesto a desafiar las iras del Pentágono distribuyéndolo a los otros servicios de espionaje, de modo que el discutido informe no salió de la CIA.

Habilísimo burócrata, Helms recurrió a la conocida técnica de formar otro grupo de estudio especial para que revisara el trabajo realizado por el primer grupo. Así, pues, organizó un nuevo comité, el llamado Grupo Ejecutivo Superior (Senior Executive Group, SEG), al que confió la tarea de examinar los problemas administrativos de la CIA en general. El primer trabajo del SEG tenía que ser un examen del estudio Cunningham, pero sus miembros no parecían ser los más adecuados para esta tarea. Éstos, en efecto, eran: los jefes de las cuatro direcciones de la agencia (todos ellos severamente criticados en el aludido estudio); el director ejecutivo (el tercer cargo en importancia en la jerarquía de la CIA), hombre aplicado pero sin imaginación, antiguo funcionario en la dirección de apoyo; y, finalmente, el almirante Rufus Taylor, marino de carrera y adjunto al DCI, que presidía el grupo. Después de celebrar varias sesiones de larga duración, el SEG decidió, como es natural, que el estudio sobre los sistemas de obtención de información sólo tenía un valor marginal y que, por consiguiente, sus conclusiones no tenían que ser aplicadas, excepto en algunos extremos de poca importancia. Poco después, Cunningham fue trasladado a la oficina de Instrucción, que es una de las varias «siberias» administrativas de la CIA. El SEG ya no se volvió a reunir.

Aunque Richard Helms no demostró tener demasiado talento para las cuestiones administrativas —que, además, no le interesaban gran cosa—, durante el tiempo en que desempeñó el cargo de DCI, realizó algunos esfuerzos para frenar la expansión de los servicios de información norteamericanos. Uno de esos intentos tuvo éxito. En efecto, hacia el final de la década de los sesenta, Helms se negó a dar su aprobación a que continuase la puesta a punto del laboratorio tripulado orbital (Manned Orbiting Laboratory, MOL) que estaban preparando las Fuerzas Aéreas, y cuyo coste era elevadísimo; por aquel entonces se quería impulsar la construcción del MOL justificándola, entre otras razones, mediante la explicación de que el laboratorio constituía un sistema de recogida de datos para los servicios de información. Faltando la autorización de Helms, las Fuerzas Aéreas no pudieron convencer a la Casa Blanca de que el proyecto fuera necesario, por lo que éste fue abandonado posteriormente por la Administración Johnson. (Para algunos oficiales de las Fuerzas Aéreas, la actitud de Helms no era sino una venganza por la «captura» del avión de reconocimiento SR-71, realizada por las Fuerzas Aéreas en 1967; este avión había sido puesto a punto por la CIA y la agencia hubiera preferido tenerlo bajo su control. Pero esta crítica contra Helms es probablemente injusta; parece, simplemente, que el DCI obedecía las severas directrices dictadas por la Administración Johnson a fin de ahorrar dinero, debido a los gastos que acarreaba la guerra del Vietnam, y que consideró que el MOL era un proyecto particularmente vulnerable —y de dudoso valor técnico— en un período de restricciones presupuestarias.)

Helms fue siempre muy realista acerca de quién tenía el poder en el interior de la Administración y se daba perfecta cuenta de que, excepto en algunos pocos casos como el del MOL, no tenía el empuje necesario para impedir la implantación de los sistemas más nuevos de recogida técnica de información. Comprendía también que detrás de esos proyectos —por más superfluos que fueran— se hallaba todo el peso del Pentágono y que si dedicaba sus esfuerzos a eliminar o incluso a reducir unos sistemas pasados de moda e improductivos, se creaba unos enemigos que podrían oponerse luego a los proyectos clandestinos en el extranjero por los que tanto cariño sentía. Pero, incluso los pocos intentos que realizó contra estos sistemas tan claramente ruinosos conocieron el fracaso (salvo en el caso del MOL), con lo que quedó demostrado de una manera palpable que el verdadero poder de decisión sobre los presupuestos de los servicios de información reside en el Pentágono y no en el Director Central de Información.

En 1967, por ejemplo, Helms rogó a Frederick Eaton, ilustre abogado de Nueva York, de tendencias conservadoras, que llevase a cabo una revisión de la Agencia Nacional de Seguridad. Desde liada cierto tiempo, se abrigaban serias sospechas, en el seno de los servicios secretos, sobre la efectividad de la NSA —en comparación con su coste— como contribuyente al esfuerzo nacional en materias de espionaje; las dudas procedían sobre todo del aumento continuo del presupuesto dedicado por la NSA a las tareas de descifrar los códigos secretos extranjeros, presupuesto que había alcanzado a la sazón la cifra de mil millones de dólares. A Eaton se le proporcionó personal especializado, formado por funconarios de varias oficinas de espionaje, entre ellas la CIA, el Departamento de Estado y el Pentágono; estos funcionarios recogieron pruebas sustanciales de que una gran parte de las actividades de obtención de información de la NSA era de poca o ninguna utilidad para los restantes servicios de información. Sin embargo, después de prolongadas consultas con funcionarios del Pentágono, Eaton no recomendó ninguna reducción presupuestaria y llegó a la conclusión de que todos los programas de la NSA estaban justificados, cosa que produjo gran sorpresa entre su propio personal asesor. Los profesionales de los servicios de espionaje que lo formaban se negaron a colaborar con Eaton y éste se vio obligado a redactar personalmente las conclusiones de su informe.

En los distintos servicios de información no pasó por alto la clara lección que se desprendía del episodio de Eaton. La NSA era considerada, en general, como el servicio de información que necesitaba con más urgencia una reforma, y los profesionales que habían estudiado la cuestión recomendaron cambios sustanciales en sus programas. A pesar de todo, el esfuerzo realizado por Helms para mejorar el funcionamiento de la agencia supersecreta a través del informe de Eaton no dio ningún resultado; entonces, si el DCI no podía, como decían los profesionales, «meter las manos en la NSA», había muy pocas esperanzas de que pudiera ejercer alguna vez su influencia sobre los programas, siempre en crecimiento, de las restantes agencias de información militar.

En 1968, Helms, respondiendo a insistentes recomendaciones de sus asesores, creó un nuevo grupo especial interagencias, la Junta de Recursos de Información Nacional (National Intelligence Resources Board, NIRB), precedente del IRAC. La NIRB tenía más Poderes burocráticos que sus antecesores, ya que estaba destinada a realizar economías en los distintos servicios de información mediante la supresión de ciertos programas marginales; la presidía el subdirector de la CIA, y entre sus miembros se contaban los directores de la Agencia de Información de la Defensa y de la Oficina de Información e Investigación del Departamento de Estado. La junta decidió inmediatamente volver a revisar los programas de la NSA, en particular un programa de interceptación de comunicaciones que costaba millones de dólares al año y que parecía especialmente superfluo. La NIRB descubrió que casi todos los analistas de los servicios secretos que tenían acceso a los resultados del citado programa de la NSA opinaban que los datos que éste les proporcionaba tenían muy poca o ninguna utilidad. Estos descubrimientos fueron comunicados a Paúl Niue, quien entonces era subsecretario de Defensa, junto con la recomendación de que el programa fuera suprimido. (Por supuesto, la decisión definitiva sobre la continuación del programa tenía que tomarse en el Pentágono, ya que la NSA es una agencia de información militar.) Durante varios meses, Nitze no tomó ninguna medida relacionada con la citada recomendación. Posteriormente, en el momento de dejar el cargo, en enero de 1969, envió una cana a Helms agradeciéndole su consejo, pero comunicándole al mismo tiempo que los dirigentes del Pentágono habían dado su aprobación a la continuación del debatido proyecto. Y, a pesar de las razones irrebatibles con que la NIRB justificaba su oposición al proyecto, Niue ni siquiera se dignó a citar los motivos que habían movido al Pentágono a no mostrarse de acuerdo con el Director Central de Información.

A consecuencia de tales fracasos, Helms abandonó todo intento de dirigir de un modo efectivo el conjunto de los servicios de espionaje. En una ocasión, meses más tarde, hizo observar a sus asesores que, aun cuando en su calidad de DCI era responsable teóricamente del ciento por ciento de las actividades de información del país, en la práctica sólo controlaba el 15% de ellas… y que la mayor parte del 85% restante pertenecía al Secretario de Defensa y a la junta de jefes de Estado Mayor. En tales circunstancias, concluyó Helms, no tiene sentido que el DCI crea que puede ejercer una influencia importante sobre las decisiones relativas a los recursos dedicados a la información por el Gobierno de los Estados Unidos, o sobre el conjunto de los servicios de espionaje.

Sin embargo, cuando llegó a la presidencia Richard Nixon, en 1969, varias personalidades muy poderosas, entre ellas el secretario de Defensa, Melvin Laird, y el propio Presidente, empezaron a sentirse preocupadas por el crecimiento desbordado de los programas de información dependientes del Pentágono. Al presentar los presupuestos de la Defensa para 1970, Laird declaró:

Los servicios de información son imprescindibles pero, al mismo tiempo, caros. Pues bien, nos hemos encontrado con que la administración de estas actividades es inexistente o bien tan deficiente que se producen duplicidades. Estas deficiencias han provocado ciertas críticas, que han encontrado eco incluso fuera de la esfera de los servicios de espionaje. Esas críticas pueden resumirse en cinco puntos principales:

1. Los productos de nuestras actividades de información eran valorados deficientemente.[*]
2. Varias actividades de recogida de información se duplicaban mutuamente y no existía mecanismo ninguno para eliminar esta duplicación.
3. No existía ningún programa de coordinación a largo plazo para la programación y la administración de los recursos.
4. Había fallos importantes en la recogida de información que pasaban inadvertidos.
5. No había canales de comunicación franca y sin restricciones entre los distintos servicios de información.

Aquel mismo año, el presidente Nixon designó una comisión formada por eminentes personalidades y presidida por Gilbert W. Fitzhugh, presidente del consejo de administración de la compañía de seguros Metropolitan Life, para que realizara un examen completo de todas las operaciones y organizaciones del Departamento de Defensa. En una conferencia de prensa celebrada en julio de 1970, Fitzhugh declaró que sus investigaciones demostraban que el Pentágono era «una organización imposible de administrar en su forma actual, nada más que una masa amorfa». Luego, refiriéndose al espionaje militar, dijo: «Creo que en el Pentágono hay un exceso de actividades de información. No pueden utilizar todo lo que tienen porque se recoge demasiada información. Hasta sería mejor que no tuvieran material de este tipo, porque es difícil averiguar lo que es realmente importante.» La comisión Fitzhugh recomendó que se realizaran una serie de economías en las actividades de espionaje del Pentágono y propuso la creación del nuevo cargo de secretario adjunto de Defensa para la Información. De acuerdo con estas propuestas, las distintas agencias de espionaje militar, que hasta entonces se hallaban repartidas sin orden por todo el organigrama del Departamento de Defensa, deberían colocarse bajo la autoridad del nuevo secretario adjunto, el cual, a su vez, despacharía directamente con el secretario Laird.

En 1971, antes de que se pusieran en vigor las medidas recomendadas por Fitzhugh, el comité de asignaciones presupuestarias de la Cámara de Representantes había llegado ya a la conclusión de que la información militar necesitaba una reforma de pies a cabeza. Dicho comité publicó un informe, que pasó casi inadvertido, a pesar de que levantaba ampollas, en el cual se decía que «las operaciones de información del Departamento de Defensa han crecido sin proporción con las necesidades reales del Departamento y en estos momentos reciben una parte exagerada de los recursos presupuestarios del Departamento». El informe del comité del Congreso proseguía: «La superabundancia es el santo y seña de numerosas operaciones de espionaje… La coordinación no es tan efectiva como sería deseable. Se recoge mucho más material del que sería esencial. Se recoge material que no puede ser valorado… y que, por consiguiente, constituye un derroche. Se utilizan nuevos medios de información… sin efectuar las correspondientes reducciones en los procedimientos antiguos.» Parecería

normal que, frente a unos fallos tan visibles, incluso para un comité del Congreso conocido por su tendencia conservadora y favorable a los militares, se adoptaran medidas enérgicas. Pero el Congreso no hizo gran cosa para poner orden en los servicios de espionaje. El temor a violar la mística sagrada de la «seguridad nacional» que reina en Capitol Hill impidió que se aplicaran las medidas correctivas necesarias.

Finalmente, en noviembre de 1971, después de una inspección secreta llevada a cabo por James Schlesinger, de la Oficina de Administración y Presupuestos, quien sería nombrado director de la CIA un año más tarde, la Administración Nixon anunció que se habían tomado «cierto número de providencias destinadas a mejorar la eficacia y la efectividad» de los servicios secretos de los Estados Unidos. Al parecer, hacía algún tiempo que el Presidente se mostraba quejoso a causa de la deficiente información que recibía de los servicios de espionaje. Mucho más recientemente, se había sentido muy molesto por el craso error cometido por estos servicios al asegurarle que había prisioneros norteamericanos en el campo de Son Tay, en el Vietnam del Norte, que fue encontrado vacío durante la espectacular operación de rescate lanzada por las tropas especiales norteamericanas en 1970. A Nixon le irritó también el fracaso de los servicios de espionaje al no prevenirle de la ferocidad con que responderían los norvietnamitas a la invasión de Laos por las tropas del Vietnam del Sur a comienzos de 1971. (En ambos casos los fallos parecen imputables al Pentágono[*], aunque hay razones bien fundadas para creer que en el episodio de Son Tay el deseo del Presidente de hacer una demostración en favor de los prisioneros, por motivos políticos, le indujo a hacer caso omiso de las serias indicaciones en el sentido de que no había prisioneros en el citado campo.) El Presidente consideró que, como primer consumidor que era de los servicios de espionaje, tenía derecho a recibir una información más correcta.

Tanto si un Presidente muestra un gran interés personal hacia los asuntos de información, tal como hizo Johnson, como si delega la mayor parte de la responsabilidad en un ayudante (Henry Kissinger, en caso de Nixon), el campo de la información continúa siendo esencialmente algo reservado a la Presidencia. El Congreso ha renunciado casi por completo a cualquier forma de control sobre la materia. Así pues, cuando en 1971 el presidente Nixon decidió remozar la estructura de los servicios de información, ni siquiera se molestó en consultarlo de antemano con los pocos miembros del Congreso que, teóricamente al menos, supervisan dichos servicios.

El propósito declarado de la reorganización emprendida en 1971 era la mejora de la administración de los servicios de información en conjunto, para lo cual se otorgaba al DCI «un papel dirigente más importante… en la planificación, supervisión, coordinación y valoración de todos los programas y actividades de investigación, así como en la producción de la información nacional». De acuerdo con lo previsto por Nixon, el DCI tendría poderes, por primera vez, para supervisar los presupuestos de los servicios de espionaje que no dependían de la CIA; esto

constituía una novedad absoluta en la federación de tribus a que se asemeja el conjunto de los servicios de información norteamericanos y era un paso del todo necesario para lograr un control mínimo sobre ellos.

Sin embargo, el mismo plan que reforzaba el «papel dirigente» del DCI colocaba sin ambages al conjunto de los organismos de información bajo la dependencia del personal del Consejo Nacional de Seguridad, que preside todavía hoy Henry Kissinger, aun después de haber sido nombrado secretario de Estado. Kissinger fue puesto al frente del nuevo comité de información del NSC, del que eran miembros el DCI, el Fiscal General, el subsecretario de Estado, el subsecretario de Defensa y el presidente de la junta de jefes de Estado Mayor. Este comité tenía que «trazar las líneas de actuación y dictar las directivas necesarias en materia de información nacional y cuidar de la valoración continua de los productos de los servicios de espionaje desde el punto de vista de sus utilizadores». Al mismo tiempo, el Presidente creaba otro organismo, denominado Grupo de Estimación Neta (Net Assesment Group), dependiente de Kissinger, cuya misión sería la de analizar la capacidad militar de los Estados Unidos en comparación con las de la Unión Soviética y China a partir de las valoraciones de los estudios realizados por los servicios secretos. Kissinger, que presidía ya el Comité de los 40 (que tiene que aprobar todas las operaciones encubiertas más delicadas de la CIA) y el grupo de verificación (responsable de la revisión de todo el material de información relacionado con las conversaciones S.A.L.T.), aparecía, debido al control que se le otorgaba entonces sobre casi todos los comités clave del NSC, como la personalidad más poderosa, sin ninguna discusión, en el campo de los servicios de espionaje norteamericanos… y sin dejar de serlo asimismo en la política exterior del país.

Sin embargo, puesto que Kissinger estaba absorbido casi por completo por otros asuntos, el Presidente tenía la intención clara, de acuerdo con la reorganización que implantó en noviembre de 1971, de que Helms, director de la CIA, tomase en sus manos la mejora y la administración efectiva de los servicios de información (bajo la supervisión general de Kissinger, por supuesto). Gracias al rígido tribalismo que reina entre los distintos servicios de información y debido también a la acentuada falta de interés de Helms hacia las materias administrativas y técnicas, la reorganización afectó muy poco el comportamiento real, sólidamente establecido, de los organismos de investigación. Con gran sorpresa de su personal asesor, Helms no hizo prácticamente nada para dar cumplimiento a los deseos del Presidente, expresados en la orden de reestructuración.

Poco después de las elecciones de 1972, el Presidente destituyó a Helms de su cargo de Director Central de Información. Si hemos de creer sus propias palabras ante el comité de Relaciones Exteriores del Senado, la intención de Helms era permanecer en el puesto, pero no era éste el deseo de la Casa Blanca. No hay duda de que el descontento que sentía el Presidente hacia la actuación de Helms en la administración de los servicios de información fue uno de los factores de su

destitución, así como también, quizá, las relaciones sociales que Helms mantenía con miembros del Congreso y periodistas de tendencia liberal (algunos de los cuales se hallaban en la lista de «enemigos» de la Casa Blanca).

James Schlesinger parecía conocer los problemas que aquejaban a los servicios de información, seguramente a causa de las funciones que había desempeñado con anterioridad en la Oficina de Administración y Presupuestos y en la Rand Corporation. Tan pronto como llegó a la CIA, como sustituto de Helms, tomó rápidas medidas destinadas a montar las estructuras burocráticas necesarias para ejercer el control sobre las restantes agencias de espionaje. Creó un nuevo cargo, el de subdirector para relaciones con la «comunidad de la información» y reforzó el Comité Asesor de Recursos de Información, pero su período de permanencia en el cargo —cuatro meses— fue demasiado corto para que pudiera poner en marcha una reforma en gran escala. Y en el historial de su sucesor, William Colby (que ha trabajado durante treinta años en los Servicios Clandestinos), no hay nada que induzca a pensar que posea la habilidad administrativa necesaria para poner coto al crecimiento desbordado de los servicios de información norteamericanos o que se sienta inclinada a ello.

Está claro, pues, que ni la CIA es el eje ni su director el jefe del vasto conjunto que forman las organizaciones de información de los Estados Unidos. La agencia, fascinante a veces y siempre tozudamente clandestina, es sólo una parte de una federación interministerial mucho mayor, dominada por el Pentágono; y el Director Central de Información, aunque sea designado nominalmente por cada Presidente que llega al poder como principal consejero gubernamental en cuestiones de espionaje, queda eclipsado, en la realidad política de Washington, tanto por el secretario de Defensa como por el asistente presidencial para las cuestiones de seguridad nacional, amén de por otros personajes de menos categoría, como el presidente de la junta de jefes de Estado Mayor. A pesar de todo, los directores de la agencia y la propia CIA han conseguido sobrevivir —y a veces incluso prosperar— en la impenetrable selva burocrática debido al carácter especializado de su contribución al esfuerzo común de los servicios de información nacionales. La misión principal de la CIA no es la coordinación de todas las actividades de información de los Estados Unidos, ni siquiera la producción de material secreto elaborado para los altos dirigentes políticos del país. Su trabajo consiste, para bien o para mal, en ejecutar la política exterior encubierta dictada por el Gobierno.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 4
Las operaciones especiales

Han de convencerse ustedes
de que van a tener ante sí
una agencia de información y de
que, como a tal, van a protegerla,
de modo que cierren los ojos un
poco y acepten lo que venga.

Senador JOHN STENNIS,
Presidente, Comité conjunto
del Senado para la supervisión
de la CIA,
23 de noviembre de 1971

La acción encubierta —o sea, la intervención en los asuntos internos de otros países — es la más discutida de las funciones clandestinas de la CIA. Es el medio invariable para lograr los más variados fines. Es la base de la mentalidad clandestina. Pues bien, la forma más directa y más burda de acción encubierta es lo que recibe la denominación de «operaciones especiales».

Estas actividades, generalmente de carácter paramilitar o bélico, no participan gran cosa del refinamiento y de la sutilidad de la acción política (penetración y manipulación) o de la propaganda y la intoxicación informativa. Dichas operaciones, aunque preparadas por profesionales de la CIA, son ejecutadas en gran parte por elementos contratados o por mercenarios a sueldo de la agencia, tanto norteamericanos como extranjeros. Dentro de los Servicios Clandestinos de la CIA, las «operaciones especiales» (*special ops*, en la jerga del oficio han despertado siempre sentimientos encontrados, La gran mayoría de los profesionales, sobre todo durante los últimos años, han mirado por encima del hombro a estas actividades, incluso aunque a veces hayan recomendado su utilización. De todos modos, se tiende a reconocer, dentro de la agencia, que las formas menos directas de acción encubierta tienen sus limitaciones, especialmente cuando se cree necesaria una intervención oportuna y decisiva para sofocar un movimiento rebelde demasiado molesto o para derrocar un Gobierno poco amistoso. En estos casos, la CIA recurre a sus propias «fuerzas armadas», la división de Operaciones Especiales (Special Operations División, SOD), para que hagan el trabajo.

Por definición, las operaciones especiales son violentas y brutales; la mayoría de los funcionarios de los Servicios Clandestinos prefieren recurrir a técnicas más refinadas. El profesional de la CIA es un artista de la superchería, empeñado en una tarea difícil y que exige gran imaginación: tramar y orquestar una campaña clandestina sin valerse de la violencia. En este tipo de acciones encubiertas no paramilitares, el agente no acostumbra a mancharse las manos de sangre y sus delitos

son más «respetables»: conspiración, cohecho, corrupción… Si fracasa o es descubierto, sólo se expone normalmente a que le expulsen del país donde actúa. A fin de cuentas, pues, se dedica puramente a un juego «de caballeros». En cambio, el que interviene en acciones paramilitares es un bandido que usa la fuerza, el terror y la violencia, El fracaso puede significar la muerte —si no de él en persona, por lo menos de los agentes que ha reclutado—. El hombre de la SOD hace la guerra, pero una guerra secreta y a pequeña escala, en la que no se aplica ninguna de las reglas del arte militar, Pertenece a una casta distinta; a veces, en la CIA, se habla de la gente de las operaciones especiales como de los «animales» de la agencia.

En los primeros años de la CIA, y en especial durante la guerra de Corea, muchos especialistas en acciones paramilitares (PM), la mayoría de ellos antiguos militares, entraban a formar parte de la agencia como funcionarios de carrera. Pero la CIA se dio cuenta en seguida de que su preparación militar no se adaptaba con facilidad a otros tipos de trabajo clandestino y que casi todos los expertos en PM eran prácticamente inútiles en los ambientes burocráticos y diplomáticos en los que se desenvuelve normalmente la agencia. En ciertos momentos, cuando las operaciones especiales estaban de baja, la agencia tenía dificultades para encontrar puestos de trabajo que pudieran ser ocupados por los especialistas en PM. Por todo ello, durante los últimos años de la década de los cincuenta, la plantilla de expertos en PM fue gradualmente reducida, hasta llegar a un cuadro de un par de centenares de oficiales, capaces de encargarse de la planificación y de las tareas de instrucción necesarias para las operaciones paramilitares. Cuando se necesitaban más hombres, la agencia los contrataba por un tiempo limitado. Estas fuerzas contratadas consistían, por lo general, en una mezcla de antiguos militares, aventureros y de mercenarios sin más; otros elementos llegaban a la CIA cedidos directamente por las Fuerzas Armadas. Las fuerzas especiales del Ejército de los Estados Unidos y las unidades contraguerrilleras de la Marina (SEAL) y de las Fuerzas Aéreas (SOF) proporcionan la mayor parte de este personal, puesto que los veteranos de estos cuerpos han recibido una instrucción paramilitar completísima. A veces, estos militares «abandonan» el servicio a fin de cumplir las condiciones de discreción que la CIA exige para sus actividades, pero lo hacen en el conocimiento de que al cabo de cierto tiempo se reincorporarán a sus respectivos cuerpos, y que el período pasado en la CIA se les computa a los efectos de ascensos y retiro. (A este sistema se le da el nombre de «desinfección de las ovejas» entre las gentes del oficio.) Pero, de todos modos, la agencia ha tenido siempre buen cuidado en conservar el control directo sobre la planificación, la logística y las comunicaciones de sus operaciones especiales c) paramilitares. Los agentes contratados se limitan a realizar el trabajo más desagradable.

La CIA montó sus propias instalaciones, tanto en los Estados Unidos como en el extranjero, para entrenar y preparar a sus funcionarios y al personal temporero en las acciones paramilitares. **Los cursos básicos se daban en el Campo Peary —llamado «The Fann», o sea «La Granja—, situado en el sudeste de Virginia. Las técnicas**

más avanzadas como, por ejemplo, las demoliciones y el manejo de armas pesadas, se enseñaban en una base secreta de la CIA localizada en Carolina del Norte. La instrucción de paracaidismo y operaciones aéreas se daba en ambos sitios y también en el cuartel general de la Intermountain Aviation, cerca de Tucson, en Arizona. En una instalación secreta de la Zona del Canal se realizaba el entrenamiento para la guerra en la jungla y se enseñaban las técnicas de supervivencia. En este último lugar, los reclutas de la agencia se entregaban a supuestos tácticos paramilitares, enfrentados a la flor y nata de las fuerzas especiales del Ejército.

Las operaciones paramilitares en gran escala exigían también unas bases de instrucción especiales para los mercenarios. Para la invasión de Guatemala, en 1954, la CIA construyó varias instalaciones en Nicaragua y Honduras. Para el desembarco en la bahía de los Cochinos se establecieron campamentos de nuevo en Nicaragua y esta vez también en Guatemala, donde la CIA podía actuar precisamente a causa del éxito de la operación realizada siete años antes **(CENSURADO)** construyó grandes instalaciones de apoyo en el Nordeste de la India y dio **(CENSURADO)** las guerrillas en un campamento militar abandonado de las montañas. Y para sus numerosas aventuras en el Sudeste de Asia, la división de Operaciones Especiales poseía una «segunda residencia», **disimulada en unas instalaciones de la Marina, en la isla de Saipan, en pleno Pacífico.**

Sin embargo, Saipan no era una posesión de los Estados Unidos, sino que formaba parte de un territorio bajo la administración fiduciaria de las Naciones Unidas, confiado a los Estados Unidos, y, por tanto, existía cierta preocupación en la agencia en el sentido de que el establecimiento y el funcionamiento de una base militar secreta en aquel punto pudiera provocar problemas engorrosos en la ONU. Pero, como eran maestros en el arte del encubrimiento y la simulación, los miembros del contingente de la CIA en Saipan se limitaban a «sanitizar» la base cada vez que los representantes de la ONU visitaban la isla en sus inspecciones. Según un nativo del lugar, instructores y alumnos se esfumaban; el alambre de espino y los letreros de «prohibido el paso al personal no autorizado» desaparecían. En un día más o menos, el campamento tomaba el aspecto propio de un grupo cualquiera de barracones militares y los inspectores pasaban de largo. Sin embargo, tan pronto como los representantes de la ONU se iban, todo volvía a su estado normal y se reanudaba la instrucción para las operaciones especiales de la CIA.

Un antiguo oficial de los Servicios Clandestinos de la agencia, que había recibido instrucción para las operaciones especiales, escribió el siguiente relato de sus experiencias en la revista «Ramparts»:

> El objetivo declarado de la escuela paramilitar era el de entrenarnos y equiparnos para que nosotros nos convirtiéramos en instructores de los campesinos que querían defenderse de los guerrilleros. Esto era algo en lo que yo podía creer.

Una parte de la instrucción era normal. Pero luego nos trasladaron al cuartel general para entrenamiento en técnicas de demolición que tenía la CIA. Era el mismo sitio donde los cubanos habían sido entrenados (y aún lo estaban siendo [en la mitad de la década de los sesenta]) en condiciones normales y bajo el agua. Y allí nos instruyeron en unas tácticas que estaban muy poco de acuerdo con la Convención de Ginebra.

En la serie de armas declaradas fuera de la ley con que nos familiarizamos se contaban balas que estallaban al hacer impacto, ametralladoras equipadas con silenciador, explosivos de fabricación casera y un napalm de fabricación propia que convertía a los cócteles Molotov en un arma más pegajosa y más calorífica. Nos enseñaron distintas técnicas de voladura, que practicamos en automóviles de los últimos modelos, vagones de ferrocarril y depósitos de gas. Y se nos mostró un método rápido para saturar un espacio cerrado con harina o fertilizantes, provocando una explosión semejante en un cubo de la basura o en un granero.

También había una invención diabólica que podría llamarse el minicañón. Estaba construido con una pieza cóncava de acero encajada en el extremo de una lata de diez libras llena de explosivo plástico. Cuando se hacía detonar el ingenio, el tremendo calor provocado por el rozamiento del acero al abollarse hacia afuera convenía al trozo de metal en un proyectil calentado al blanco. Este minicañón tenía varios usos, uno de los cuales nos fue demostrado con la ayuda de un autobús viejo del Ejército. Sujetaron el ingenio al depósito de gasolina de tal manera que el proyectil incendiario lo perforara y arrojara gasolina ardiendo por todo el interior del autobús, quemando a todos los que se hallaran a bordo del vehículo. A mí me tocó enseñar al resto de la clase con qué facilidad podía hacerse. Y funcionó, ya lo creo, Santo Dios, que funcionó. Me quedé plantado, contemplando como las llamas consumían el autobús. Creo que aquél fue el momento de la verdad. ¿Qué tenía que ver un autobús repleto de personas quemadas con la libertad? ¿Qué derecho tenía yo, en nombre de la democracia y de la CIA, a decidir al azar la gente que tenía que morir? Había terminado el juego intelectual. Tuve que dejarlo.

El empeño de la CIA en recurrir a los métodos paramilitares para sus operaciones especiales es una herencia directa de los programas de guerrilla clandestina desarrollados por la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) durante la Segunda Guerra Mundial. La OSS, como su equivalente británico, el Special Operations Executive, utilizó en gran escala los movimientos de resistencia clandestinos para sabotear las actividades de las Fuerzas Armadas alemanas y japonesas en los países ocupados y para fomentar la inquietud en aquellas regiones. En estas operaciones, los oficiales de la OSS actuaron como consejeros y sirvieron de intermediarios para transmitir comunicaciones y ayuda de las potencias aliadas. Una de las razones esenciales del éxito de las operaciones de la OSS fue el hecho de que los países donde llevaba a cabo sus actividades encubiertas se hallaban bajo la ocupación de ejércitos extranjeros, despreciados por las organizaciones de resistencia patrióticas. Aun así, los movimientos de resistencia de la mayor parte de los países ocupados cosecharon éxitos muy limitados hasta que las tropas aliadas no hubieron ganado las batallas necesarias para forzar a las potencias del Eje a adoptar la estrategia, eminentemente defensiva, de proteger el territorio de su propio país.

Durante los primeros años de la postguerra, la reacción inicial de la CIA consistió, como ya hemos dicho anteriormente, en emplear las tácticas utilizadas por la OSS durante la guerra en los intentos de organizar y fomentar unos movimientos paramilitares de resistencia en Albania, Ucrania y otras partes de Europa Oriental. Casi todas estas operaciones acabaron en rotundos fracasos. (Las operaciones paramilitares de la agencia contra China y Corea del Norte corrieron una suerte semejante.) Las fuerzas militares que controlaban la situación en Europa Oriental,

aunque apoyadas por la Unión Soviética, eran en su gran mayoría de los propios países… y a menudo estaban dirigidas por los mismos elementos políticos que habían cooperado con la OSS y con otros servicios de espionaje de los Aliados en la lucha contra el ocupante nazi. A pesar de que una parte sustancial de la población de aquellos países se sentía desilusionada por los regímenes comunistas, desilusión que la CIA, cometiendo un error craso, interpretó como fervor revolucionario, la gente, agotada por la guerra, no estaba dispuesta en su gran mayoría a enrolarse en unos grupos de resistentes que tenían pocas posibilidades de éxito. Por otra parte, dadas las circunstancias políticas del momento, no era probable una intervención militar declarada en apoyo de esos grupos por parte de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. Por tanto, los Gobiernos de Europa Oriental fueron capaces, con la ayuda de sus rígidos sistemas de seguridad interior, de contrarrestar sin mayores dificultades las acciones paramilitares dirigidas contra ellos por la CIA.

Sin embargo, en aquellas partes del mundo que no se hallaban bajo dominio comunista, las operaciones paramilitares clandestinas de la CIA dieron un resultado más satisfactorio, por lo menos durante los primeros años de la década de los cincuenta. Pero, mientras que la OSS había apoyado a unos grupos de partisanos que luchaban contra Gobiernos dominados por fascistas, la CIA, en cambio, adoptó las más de las veces la posición de prestar su ayuda a los esfuerzos antisubversivos de unos regímenes establecidos amenazados desde la izquierda por movimientos guerrilleros locales. Cegada por el pavor y la desconfianza que le inspiraba el comunismo, la CIA se había dejado arrastrar poco a poco hasta una situación en la cual sus operaciones militares apoyaban a fin de cuentas el *statu quo*. La agencia, en su busca de la «estabilidad» y de un «cambio dentro de un orden», se identificó cada vez más con la protección de unos intereses creados. Ante una gran parte de la opinión mundial, se había convertido en el símbolo de la represión, antes que en el de la libertad. Aunque las operaciones paramilitares de la CIA algunas veces alcanzaban el éxito, muchas de estas victorias eran en realidad pírricas. Siempre parecían ir contra los legítimos cambios políticos y sociales… y de ello, en los años siguientes, el Gobierno de los Estados Unidos sería considerado responsable por los pueblos de estos países.

Durante los primeros años de su existencia y particularmente después del estallido de la guerra de Corea, en 1950, la CIA reclutó y entrenó a un gran número de oficiales para las operaciones especiales. Como es natural, muchos de ellos estaban destinados a prestar servicio en Corea, pero el general Douglas MacArthur, comandante de las tropas norteamericanas en aquel escenario bélico, no era demasiado aficionado a las operaciones paramilitares clandestinas e hizo todo cuanto estuvo en su mano para tener alejados de su zona de mando a los expertos en operaciones especiales de la CIA. A pesar de todo, la agencia logró lanzar un gran número de operaciones secretas, con el resultado de que se perdieron numerosos

agentes coreanos y se obtuvieron pocos resultados dignos de mención, si es que se consiguió alguno.

Debido al crecimiento que había experimentado recientemente su personal, la división de Operaciones Especiales de la CIA pudo dirigir su atención hacia otros países asiáticos. Se realizaron intentos de organizar unos movimientos de resistencia en China, pero el único resultado fue la captura de dos funcionarios de la agencia, John Downey y Richard Fecteau… y la muerte de los agentes de la China nacionalista que aquéllos habían ayudado a infiltrarse en el país. La China continental, como el Este de Europa, no era un terreno fértil para las operaciones de la agencia.

En otras partes se obtuvieron algunos éxitos. La rebelión de los *huks*, en las Filipinas, fue sofocada con el apoyo de la CIA. Las tropas chinas nacionalistas de Birmania llevaron a cabo, con ayuda de la agencia (siempre que no se dedicaran a su pasatiempo principal, el tráfico de opio), alguna que otra expedición en el interior de la China comunista. En el Vietnam del Sur, la CIA representó un papel importante en la consolidación del régimen de Diem, cosa que fue considerada por la agencia como uno de sus mayores logros.

Estos éxitos obtenidos en el Sudeste de Asia fueron neutralizados por algunos fracasos bastante notables, muy especialmente por **la incapacidad de la agencia para derrocar al Presidente de Indonesia, Sukarno, en 1958. Mientras se estaba produciendo una revuelta apoyada por la CIA**, el Gobierno de los Estados Unidos negó categóricamente que estuviera ayudando de algún modo a las fuerzas alzadas contra Sukarno. En marzo de aquel año, el secretario de Estado, John Foster Dulles, declaró ante un comité del Congreso que «no estamos interviniendo en los asuntos internos de este país». Seis semanas más tarde, el presidente Eisenhower afirmó que, aun cuando algunos «soldados de fortuna» estaban complicados en el asunto, «nuestra política es de estricta neutralidad y tenemos la intención de que nuestro comportamiento sea del todo correcto, a fin de no tomar partido en una cuestión que no nos incumbe». Estas declaraciones eran falsas, como es natural. El Gobierno indonesio no se dejó convencer por esas denegaciones y denunció a los Estados Unidos por su intervención. Sin embargo, el «New York Times» decidió dar crédito a la versión oficial norteamericana y censuró con indignación a los indonesios, a los que acusó de propalar falsos informes diciendo que el Gobierno de los Estados Unidos prestaba ayuda a los rebeldes. El «Times» hizo notar que el secretario de Estado y «el propio Presidente» habían negado toda intervención norteamericana y que «los Estados Unidos no están dispuestos… a dar un paso adelante y ayudar al derrocamiento de un Gobierno constituido». El sistema de mentir para tapar un fracaso quedaba así establecido; se manifestaría de nuevo durante el escándalo del U-2 y otra vez con motivo del desembarco en la bahía de los Cochinos.

En 1959, la CIA encontró otra oportunidad para emprender una operación especial, con motivo de la revuelta registrada en el Tibet contra China, que ocho años

antes había impuesto su dominio sobre aquel reino montañés. Se produjo un levantamiento de poca duración, provocado por la sustitución, realizada por Pekín, del Dalai Lama, el tradicional soberano religioso y temporal del país, por el Panchen Lama, que era un importante dirigente religioso manejado por los chinos. Fracasado el alzamiento, el Dalai Lama, acompañado de varios miles de partidarios y soldados fieles a su causa, escapó hacia la India, donde halló refugio, junto con sus leales. Entonces, **(**

CENSURADO

) llevado a realizar una gira por varias capitales amigas de Asia y Europa como prueba viviente, aunque algo incongruente —puesto que él mismo era un autócrata— del totalitarismo de la China comunista. Más tarde fue invitado a realizar una visita a los Estados Unidos y en el curso de ella se presentó ante las Naciones Unidas para explicar sus razones y para denunciar al Gobierno de Pekín. **(**

CENSURADO

) oficiales de operaciones especiales empezaron a entrenar y a reequipar en secreto a las tropas del Dalai Lama —los temibles jinetes de la tribu khamba—, en preparación de posibles expediciones clandestinas al Tibet. Algunos de estos tibetanos fueron traídos discretamente a los Estados Unidos para que recibieran instrucción paramilitar especial en Camp Hale, Colorado.

Aunque los oficiales de la CIA hicieron creer a sus alumnos tibetanos que se les estaba preparando para la reconquista de su patria, eran pocos los que, incluso dentro de la agencia, consideraban que hubiera alguna posibilidad real de que esto sucediera. De todos modos, algunos de los elementos de los Servicios Clandestinos que estaban en contacto directo con los tibetanos acabaron por creerse su propia y convincente propaganda. Años después, se dejaban llevar aún por la ira y expresaban su frustración al explicar la mala jugada que les habían hecho, a ellos y a sus tibetanos, los burócratas instalados en Washington. [*] Algunos de ellos buscaban consuelo en las plegarias tibetanas que habían aprendido durante los años pasados con el Dalai Lama.

Desde el comienzo, quedó claro que la operación tibetana no pasaría de ser un hostigamiento. Los ataques locales dirigidos contra las instalaciones chinas en aquel país, montañoso y atrasado, causaban molestias a Pekín y servían para recordarle su vulnerabilidad. Pero el sueño de volver a ocupar el país y de restablecer el dominio político del Dalai Lama no se podría convertir nunca en realidad.

Las expediciones guerrilleras de las fuerzas del Dalai Lama en el interior del Tibet, proyectadas por oficiales de la CIA y dirigidas en más de una ocasión por mercenarios a sueldo de la agencia, contaban con el apoyo y el encubrimiento que les proporcionaban los aviones «privados» de la compañía Civil Air Transport, propiedad de la CIA, que servía también para suministrar armas en secreto (

CENSURADO

) parte, los *raids* no dieron gran resultado, aparte de proporcionar cierta satisfacción temporal a las tropas tibetanas y de alimentar sus esperanzas de que algún día se pondrían al frente de una verdadera invasión de su patria. Se cortaban líneas de comunicación, se realizaban acciones de sabotaje y de vez en cuando se tendía una emboscada a algún pequeño grupo de soldados chinos.

Una de estas emboscadas proporcionó de modo inesperado cierto material de información. Los tibetanos acechaban el paso de un pequeño convoy militar en una solitaria carretera de montaña y se preparaban a prender fuego a los vehículos chinos cuando se dieron cuenta de que en uno de ellos había varias sacas postales. Un rápido examen permitió descubrir que, además de la correspondencia acostumbrada, el correo contenía varios documentos oficiales y militares que procedían de la China propiamente dicha. Las sacas fueron rescatadas y llevadas a la India por los guerrilleros tibetanos, que las entregaron a los funcionarios de la CIA encargados de la operación. El contenido de las sacas de correos Fue analizado con detalle en Langley (Virginia) por los expertos en cuestiones chinas de la agencia. Se encontró una gran abundancia de datos y de valiosas informaciones sobre la situación del Tibet ocupado; era cierto que los chinos tropezaban con ciertas dificultades para imponer el dominio comunista sobre el sistema feudal del país, pero resultaba claro que los ocupantes controlaban por completo la situación y estaban resueltos a salirse con la suya. Sin embargo, lo más interesante para los observadores de la agencia era la auténtica información de base que revelaba que el «Gran Salto Adelante» de Mao Tse-tung no había conseguido, en varios aspectos esenciales, su objetivo de levantar a China de las profundidades del subdesarrollo. **Por increíble que pueda parecer visto con la perspectiva que da el tiempo, algunos de los analistas económicos de la CIA (y muchos otros funcionarios de Washington) se sentían todavía inclinados a creer, a principios de la década de los sesenta, en gran parte de la propaganda de Pekín sobre los éxitos cosechados por el experimento económico de Mao. La captura de los documentos tibetanos contribuyó de una manera decisiva a resolver un debate que enfrentaba entre sí a los distintos servicios de espionaje de los Estados Unidos.**

La operación tibetana continuó desarrollándose de un modo cansino, sin despertar demasiadas esperanzas y sin que produjera ningún otro beneficio digno de mención. Pocos años después, a finales de 1964, los chinos destituyeron al Panchen Lama, con lo que provocaron otra pequeña revuelta. Pero las tropas del Dalai Lama, **entrenadas por la CIA** y que desde hacía más de cinco años se encontraban exiliadas en la India, no pudieron acudir en ayuda de sus compatriotas. El recuerdo de la derrota sufrida por la CIA en la bahía de los Cochinos estaba aún fresco en la memoria de los norteamericanos, y en Washington no había demasiado interés en apoyar los sueños de los jinetes khamba. Poco a poco, la operación tibetana se fue atrofiando. A finales de aquella década, lo único que interesaba a los Servicios Clandestinos de la CIA era encontrar una manera airosa de acabar su asociación con el Dalai Lama y con las tropas de éste, formadas por soldados veteranos y que habían perdido ya toda utilidad.

La operación tibetana quedó pronto eclipsada y fue sustituida por la intervención de la CIA en el Congo. Las caóticas luchas intestinas en que quedó inmerso el país casi desde el momento de su independencia proporcionaron a la CIA y a los servicios de información de otros países un terreno fértil para las operaciones especiales. El propósito del Gobierno de los Estados Unidos era fomentar la instauración de un régimen estable y prooccidental que protegiera las inversiones extranjeras, y la CIA fue encargada en buena parte de llevar a efecto esta política. **Al principio, las actividades encubiertas de la agencia se limitaron a manipular y a subvencionar con dinero en efectivo a unos cuantos políticos escogidos, pero a medida que la vida política congoleña se fue aclarando, la agencia envió a sus expertos en cuestiones paramilitares para que sostuvieran al nuevo Gobierno. En 1964, los aviones B-26 de la CIA realizaban ya de un modo regular misiones de bombardeo contra las zonas rebeldes.** Posteriormente, en 1966, el «New York Times» calificaría a los aviones de la CIA de «fuerza aérea instantánea». Aunque la agencia no estaba del todo satisfecha con esta publicidad, a muchos de sus agentes les agradó que el periódico reconociera la capacidad demostrada por la CIA para poner en marcha la operación en un plazo relativamente corto.

Apoyándose ampliamente en la considerable asistencia proporcionada por la CIA y por otras agencias gubernamentales norteamericanas, el Gobierno central del Congo, presidido por Mobutu, pudo imponer por fin una cierta estabilidad en todo el país. **(**

CENSURADO

).

Durante los años en que los programas tibetano y congoleño de la CIA se hallaban en pleno desarrollo, la agencia empezó ya a sentirse cada vez más preocupada por la situación en el Sudeste de Asia. En Laos, los funcionarios de la

CIA estaban organizando un ejército privado, la «Armée Clandestine», de más de 30.000 hombres y construían una impresionante cadena de bases a través de todo el país. **Algunas de esas bases fueron utilizadas como trampolines para enviar expediciones guerrilleras a Vietnam del Norte y a China.**

La guerra secreta de Laos era considerada mucho más favorable, en el interior de la CIA, que la enorme lucha militar que acabó por desarrollarse en el Vietnam. Era una guerra muy discreta, que casi pasaba inadvertida ante la opinión norteamericana y mundial; en realidad, se inició muchos años antes de que el propio Congreso de los Estados Unidos estuviera ni siquiera enterado de su existencia. En Laos, el control de la CIA era absoluto, pero en ningún momento hubo más de cuarenta o cincuenta oficiales dirigiendo las operaciones paramilitares. El trabajo desagradable y peligroso —la lucha sobre el terreno— corría a cargo de los centenares de elementos contratados por la agencia y de más de 30.000 hombres reclutados entre las tribus del país, colocados bajo el mando del general Yang Pao —a quien, de vez en cuando, la CIA concedía secretamente «condecoraciones» de los servicios de espionaje—. Las fuerzas laosianas de la CIA se vieron aumentadas con varios miles de «voluntarios» tailandeses pagados por la agencia. El apoyo aéreo, que en Laos se realizaba en condiciones sumamente arriesgadas, lo proporcionaban la Air America **—compañía aérea propiedad de la CIA—** y en algunas ocasiones las fuerzas aéreas tailandesas. De esta manera, aun cuando los oficiales de operaciones especiales de la CIA dirigían la guerra y llevaban la batuta, en general desde Vientiane, la capital del país, o desde bases seguras, la mayoría de ellos no tenían que correr los riesgos físicos de la contienda. La operación laosiana era, pues, por lo que a las operaciones especiales se refiere, una situación casi perfecta para el funcionario de carrera.

Mientras tanto, en el Vietnam, la CIA sostenía y pagaba una fuerza armada formada por unos 45.000 guardias de la defensa civil irregular (Civilian Irregular Defense Guards, CIDG); se trataba de un cuerpo guerrillero que luchaba bajo la dirección operacional de las fuerzas especiales del Ejército de los Estados Unidos. Los agentes de la SOD y elementos contratados por la CIA dirigían los equipos contraterroristas que, para oponerse a las tácticas terroristas del Vietcong (secuestros, torturas y asesinatos), practicaban métodos semejantes. **La agencia organizó también expediciones guerrilleras contra el Vietnam del Norte, en especial penetraciones por comandos transportados por vía marítima, que desembarcaban en las playas del enemigo desde lanchas rápidas torpederas fuertemente armadas y construidas a propósito para estos Mies. Por lo menos uno de estos grupos de la CIA operaba en la zona del golfo de Tonkín, donde, en 1964, dos destructores de los Estados Unidos pretendieron haber sido atacados por fuego procedente de embarcaciones norvietnamitas.** Es muy posible que estos ataques de la CIA hubiesen provocado específicamente la acción de los norvietnamitas contra los destructores citados; a su vez, esa acción fue la causa de que el Congreso de los Estados Unidos aprobase la llamada resolución del golfo de

Tonkín, en 1964, preparando de este modo las condiciones para una intervención militar en gran escala de los Estados Unidos en Indochina.

Las operaciones de la CIA en el Sudeste de Asia tuvieron un carácter masivo y constituyeron un factor importante en el esfuerzo bélico norteamericano. Muchas de esas operaciones se hallan descritas con detalle en los documentos oficiales del Gobierno de los Estados Unidos publicados en los «papeles del Pentágono». De todos modos, hay unas cuantas operaciones no mencionadas en la citada publicación que merecen una explicación aparte.

En una de ellas intervinieron los nungs, minoría nacional formada por montañeses chinos que habían luchado al lado de los franceses durante la primera guerra del Vietnam y que después de 1954 se trasladaron en gran número al Sur del país. Los nungs tenían fama de ser combatientes sumamente feroces y se convirtieron en los elementos favoritos de la CIA en sus operaciones en el Vietnam del Sur. En realidad, cualquier observador no especializado podía identificar casi siempre las instalaciones secretas de la CIA en las provincias vietnamitas debido a los centinelas nungs que las guardaban, vestidos invariablemente con uniformes de camuflaje para la guerra en la selva.

Además, la CIA enviaba con frecuencia a sus mercenarios nungs a realizar expediciones a lo largo de la pista Ho Chi Minh. Su misión consistía en observar los movimientos de abastecimiento de los norvietnamitas y del Vietcong y, si la ocasión se presentaba, en atacar sus convoyes o sabotear sus depósitos. **Puesto que la casi totalidad de los nungs eran analfabetos y tenían grandes dificultades en mandar a sus bases de partida una información rápida y exacta de lo que veían, los técnicos de la CIA pusieron a punto un tipo especial de transmisor de radio para ellos. Cada transmisor tenía un juego de botones correspondientes a unos dibujos de un tanque, una pieza de artillería o cualquier otro elemento de interés militar. Cuando un nung que estaba vigilando la pista avistaba un convoy del Vietcong, pulsaba el botón correspondiente tantas veces como tanques, etc., veía pasar ante él. Cada pulsación enviaba un impulso especialmente cifrado al campamento de base, donde, mediante este procedimiento, se podía llevar la cuenta constantemente de los movimientos de suministros en la pista. En ciertos casos, las señales eran registradas por aviones de observación que pasaban la información a los aviones de ataque a fin de que éstos pudieran bombardear inmediatamente la pista.**

Las unidades formadas por nungs solicitaban condiciones especiales a los funcionarios de la CIA que las controlaban y, en consecuencia, cada soldado alistado en ellas le costaba a la agencia cien veces más que los meos de la «Armée Clandestine» de Laos; el coste operacional de un soldado de esta última unidad no llegaba a diez centavos diarios. El mayor coste de los servicios de los nungs se debía a que éstos se negaban a ser enviados a regiones alejadas, bajo el mando de la agencia, a menos que se les proporcionara cerveza y prostitutas de un modo regular…

de modo que la CIA no tenía otro recurso que mantener servicios de bar y burdeles volantes. A pesar de que una de las compañías de aviación **propiedad de la CIA**, la Air America, se encargaba de transportar una carga tan poco corriente, el coste de este apoyo aéreo continuaba siendo muy elevado. Los oficiales de la CIA hubieran preferido que los nungs aceptaran whisky, que, aunque más caro de Precio, era considerablemente más ligero y, por tanto, más barato de transportar en avión, pero los nungs sólo luchaban con cerveza. Las prostitutas también planteaban problemas delicados porque la agencia no deseaba comprometer el secreto de las operaciones proporcionando a los nungs mujeres del país, que podían hablar con ellos. Por esta razón, la Air America traía exclusivamente prostitutas de regiones lejanas del Sudeste de Asia y que no tenían ningún idioma en común con los nungs.

Hacia la mitad de la década de los sesenta, la CIA, siempre aficionada a toda clase de artilugios y aparatos raros, realizó dos descubrimientos técnicos que fueron utilizados en el Vietnam sin demasiado éxito, aunque hicieron las delicias de sus operadores. **(**

CENSURADO

). En la práctica, sin embargo, los daños provocados por el producto químico eran reparados rápidamente por el Vietcong y los norvietnamitas.

El segundo descubrimiento de la agencia fue un sistema de detección de armas. Funcionaba a base de pulverizar con un producto químico especial las manos de un sospechoso de pertenecer al Vietcong; al cabo de diez minutos se le proyectaba sobre las manos un haz de luz ultravioleta. Si el producto brillaba de cierta forma, eso quería decir que el sospechoso había sostenido un objeto metálico —en teoría, una arma— durante las últimas veinticuatro horas. Lo malo de este sistema era que se mostraba igualmente sensible a los aperos de labranza de acero y a los fusiles y podía acusar a una persona que había estado sencillamente trabajando con un martillo. Sin embargo, la CIA consideró que el sistema constituía un éxito tan grande, que lo comunicó a las policías de varias ciudades norteamericanas. **(**

CENSURADO

).

En 1954, América Latina fue el escenario de uno de los mayores triunfos paramilitares de la CIA: la invasión victoriosa de Guatemala por fuerzas rebeldes organizadas por la agencia. Y fue en América Latina también donde la CIA conoció, siete años después, su fracaso más estrepitoso: el abortado desembarco en la bahía de los Cochinos. Pero a la agencia le costó tiempo digerir la derrota de su operación

cubana. Los funcionarios de los Servicios Clandestinos creían que la única razón del fracaso era que el presidente Kennedy había perdido la sangre fría en el último minuto, negándose a seguir facilitando apoyo aéreo a los invasores y reteniendo o reduciendo otros posibles tipos de ayuda por parte de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. Por consiguiente, la agencia continuó manteniéndose en relación con sus grupos de «penetración» formados por cubanos exiliados. (Era una actitud que recordaba la manera cómo conservaba aún ciertos lazos con diversas organizaciones de emigrados del Este de Europa desde los primeros tiempos de la guerra fría.) Así pues, la CIA siguió respetando los contratos concertados con numerosos veteranos de la bahía de los Cochinos y más de diez años después todavía les pagaba regularmente.

(

CENSURADO

).

Una y otra vez, el Gobierno cubano mostraba ante las cámaras de televisión a rebeldes patrocinados por la CIA y a las armas con que iban equipados, para ilustración del público de Cuba y de todo el mundo. A menudo, los prisioneros explicaban con todo detalle el papel que desempeñaba la agencia en sus actividades.

A pesar de todo, la CIA no cejaba en su empeño de encontrar nuevos procedimientos de atacar al Gobierno castrista. **Trabajando por encargo de la agencia, la división de embarcaciones eléctricas de la General Dynamics, instalada en Groton, Connecticut, construyó el prototipo de una lancha rápida muy maniobrable destinada a ser utilizada en los ataques de los guerrilleros. En teoría esta lancha era más veloz que cualquier unidad de la marina cubana y, por tanto, debería ser capaz de introducir hombres y armas en Cuba sin ninguna dificultad. Sin embargo, se registraron muchos retrasos en su producción y las primeras entregas no se realizaron hasta 1967. Por entonces, los Estados Unidos estaban demasiado ocupado3 en el Sudeste de Asia para pensar seriamente en una nueva invasión de Cuba. Por consiguiente, la CIA abandonó discretamente el proyecto de la lancha y traspasó el prototipo a la Marina.**

Durante la mitad de la década de los sesenta también **(**

CENSURADO

)

Hacia 1968, en los Servicios Clandestinos casi todo el mundo había acabado por aceptar el hecho de que las operaciones especiales contra Cuba ya no eran de ninguna utilidad. Es cierto que aún quedaban algunos veteranos irreductibles que seguían proponiendo nuevos planes, pero ni siquiera el propio «Frank Bender» —un

refugiado alemán que conservaba un fuerte acento nativo, gran fumador de puros y que había colaborado en la preparación del desastre de la bahía de los Cochinos— lograba convencerse a sí mismo de que tenía que creer en ellos. El toque de difuntos por las operaciones especiales de la CIA contra Cuba sonó aquel mismo año, transcurridos siete desde el desembarco en la bahía de los Cochinos, cuando la agencia clausuró sus dos bases principales de Florida. Una de ellas, situada en una antigua estación naval, en Opalocka, había servido como base general para los ataques contra Cuba patrocinados por la CIA. **(**

CENSURADO

).

Durante la mayor parte de la década de los sesenta, la CIA, en sus operaciones latinoamericanas, se preocupó esencialmente de Cuba, pero en realidad el resto del continente no cayó de ningún modo en el olvido. En general, los objetivos de la agencia en aquella vasta zona no consistieron en derribar Gobiernos, sino más bien en protegerlos de los movimientos rebeldes que nacían en sus propios países. La CIA trató casi siempre de no comprometerse en grandes cosas, sino que, para combatir a los grupos izquierdistas, utilizó cantidades relativamente reducidas de dinero encubierto, armas y asesores. Aun cuando este cambio de táctica reflejaba las teorías antisubversivas que estuvieron en boga durante las administraciones de Kennedy y Johnson, se debía también a que una parte sustancial de los recursos militares de los Estados Unidos —encubiertos y de todo tipo— estaba dedicada al Sudeste Asiático.

La CIA asumió la función coordinadora de todas las actividades antisubversivas norteamericanas en América Latina, mientras que otras agencias —en particular la AID, a través de sus programas de entrenamiento de las fuerzas de policía, y el Departamento de Defensa, con sus programas de ayuda militar y de acción cívica— proporcionaban a la CIA el encubrimiento necesario y ciertos recursos adicionales. Gran parte del personal de la agencia que intervenía en las operaciones especiales en América Latina estaba cedido por las fuerzas especiales del Ejército de los Estados Unidos; pequeños destacamentos de «Boinas Verdes» pasaban de un modo regular a depender de la CIA. Estos soldados procedían habitualmente del 3.er Batallón de las Séptimas Fuerzas Especiales, estacionadas en Fort Gulick, en la Zona del Canal. La agencia poseía su propia base paramilitar en la Zona, e incluso cuando las fuerzas especiales realizaban misiones fuera del mando directo de la CIA, los funcionarios de los Servicios Clandestinos de la agencia estaban siempre al tanto del desarrollo de las operaciones. Desde 1962, más de 600 «equipos móviles de instrucción» de las fuerzas especiales se han enviado a toda América Latina desde Fort Gulick, tanto bajo el control directo de la cía como bajo los auspicios del Pentágono. **Los «boinas verdes» participaron, por ejemplo, en lo que constituyó la intervención individual más importante de la CIA en América Latina desde la bahía de los**

Cochinos. La operación tuvo lugar hacia la mitad de la década de los sesenta, cuando la agencia acudió secretamente en ayuda del Gobierno peruano, atribulado por las guerrillas que infestaban las partes más remotas del Este del país. Incapaz de acabar de una vez con el movimiento subversivo, Lima pidió ayuda al Gobierno de los Estados Unidos, ayuda que le fue prestaba inmediatamente y en secreto.

La agencia corrió con los gastos de la construcción de lo que un observador experimentado llamó «un Fort Bragg en miniatura» en la región afectada por los desórdenes, en plena selva del Perú; las instalaciones, edificios administrativos, torres para saltos en paracaídas, zonas para desembarcos anfibios y todo lo necesario para las operaciones paramilitares. Llegaron helicópteros, con la excusa de que formaban parte de ciertos programas oficiales de asistencia militar y la CIA hizo traer en avión armas y otros equipos de combate. Los instructores pertenecían al personal de la división de Operaciones Especiales de la agencia o bien eran Boinas Verdes cedidos por el Ejército.

A medida que progresaba la instrucción de las tropas antiguerrilleras y aumentaba su puesta a punto, el Gobierno peruano empezó a inquietarse. Con anterioridad, los jefes militares nacionales se habían resistido a facilitar el personal para las fuerzas antisubversivas, de modo que la CIA se vio obligada a reclutar a sus combatientes entre las agentes de la región. Como quiera que la agencia pagaba mejor que el Ejército (y ofrecía otras ventajas, además de Proporcionar una instrucción más completa y desarrollar un espíritu de cuerpo), pronto logró formar una tropa de combate bastante eficaz. En poco tiempo, las guerrillas de la región quedaron prácticamente eliminadas.

Unos cuantos meses más tarde, al celebrarse la fiesta nacional del Perú, las autoridades no dejaron que las tropas entrenadas por la CIA se trasladaran a la capital para participar en el desfile anual. Aquéllas se tuvieron que contentar con desfilar por las calles de una polvorienta ciudad de provincia, formando parte de los actos locales celebrados en conmemoración de tan señalado día, Conscientes de que más de un régimen latinoamericano había sido derribado en el pasado por un regimiento escogido, los dirigentes del Perú no estaban dispuestos a dejar que las fuerzas de la CIA se acercaran siquiera a Lima y muy pronto el Gobierno tomó las medidas necesarias para disolver aquella unidad.

Por amplia que pudiera haber sido la operación de la CIA en el Perú y a pesar de los éxitos que cosechó, para los dirigentes de la agencia fue mucho más importante una intervención más reducida que tuvo lugar en Bolivia, en 1967; porque en Bolivia la CIA andaba tras una pieza mucho mayor que unos simples rebeldes de carácter local. El objetivo era el Che Guevara.

El caso del Che

Cuando Ernesto «Che» Guevara, el médico argentino camarada de armas de Fidel Castro, desapareció de la vida pública de Cuba, en la primavera de 1965, no faltaron informaciones en el sentido de que había desafiado la autoridad del líder cubano y que, a consecuencia de ello, había sido encarcelado o ejecutado. Se decía también que Guevara había perdido la razón, sin esperanzas de cura, y que se hallaba confinado en una quinta, en algún lugar de Cuba. Y había aún otros informes, según los cuales el Che había reunido a un pequeño grupo de fieles discípulos y se había marchado a hacer otra revolución. Al principio, en la CIA nadie sabía qué creer; pero, al cabo de cierto tiempo empezaron a llegar a la agencia, desde sus estaciones y bases del extranjero, algunos indicios sobre el paradero de Guevara. Eran datos fragmentarios, de una endeblez desesperante y que apuntaban, extrañamente, hacia África: hacia la República Democrática del Congo, actualmente llamada Zaire. Se había producido otra insurrección en la antigua colonia belga y los informes de los agentes de la CIA destacados en aquel territorio indicaban que cierto número de revolucionarios extranjeros participaban en el levantamiento. Algunas de las tácticas que usaban hacían pensar en el estilo inimitable del Che Guevara.

Sin embargo, antes de que esos informes pudieran confirmarse, la rebelión, que se había producido en las regiones orientales del interior del país, terminó súbitamente. En otoño de 1965, el lago Tanganika volvía a estar en calma. Pero los mercenarios **de la CIA** (algunos de ellos, veteranos de la operación de la bahía de los Cochinos) que habían estado ayudando al Gobierno del Congo a reprimir la revuelta estaban convencidos, como sus superiores de la agencia destacados en África, de que el Che había estado realmente en la región.

Con posterioridad, se supo en la CIA que Guevara y un grupo de más de un centenar de revolucionarios cubanos se habían infiltrado en el Congo desde Tanzania en la primavera de 1965. Tenían la intención de encender la rebelión en África, pero su celo revolucionario no había encontrado correspondencia ni en las guerrillas nativas ni en el pueblo del país. Decepcionado, el Che regresó a Cuba secretamente al cabo de seis meses, para preparar su próxima aventura. En aquel momento, sin embargo, la CIA sólo sabía que había desaparecido una vez más; y de nuevo volvieron a amontonarse en la agencia informes contradictorios sobre su paradero, su situación, su salud, etc. A comienzos de 1967, casi un año y medio más tarde, la información que poseía la agencia señalaba hacia el corazón de América del Sur, hacia Bolivia.

Aun cuando la mayoría de los oficiales de los Servicios Clandestinos de la CIA estaban firmemente convencidos de que el Che se encontraba detrás del movimiento rebelde que había estallado en las montañas del sur de Bolivia, varios de los altos funcionarios de la agencia dudaban todavía. A pesar de sus vacilaciones, **se envió personal de operaciones especiales de la agencia** a aquel país sudamericano, para que ayudase a las fuerzas del orden nacionales a reprimir el movimiento rebelde. Lo

curioso del caso es que en aquel momento ni el propio Presidente de Bolivia, René Barrientos, creía que el Che interviniera en el movimiento guerrillero.

Un par de meses después, en abril, dos acontecimientos vinieron a dar la razón de una manera espectacular a los miembros de los Servicios Clandestinos de la CIA (tanto los destacados en Bolivia como los que se encontraban en el cuartel general de la agencia) que creían que el Che dirigía a los rebeldes. A principios de aquel mes, una unidad del Ejército boliviano ocupó el campamento base de los guerrilleros, en Ñancahuazú, y capturó una serie de documentos, diarios y fotografías abandonados por los rebeldes en su huida. Entre el material hallado en el campamento guerrillero había varias fotografías de un hombre que llevaba lentes, medio calvo y con el pelo gris, el cual, después de un examen cuidadoso de ciertos de sus rasgos, revelaba un sorprendente parecido con el Che Guevara. Además, un par de huellas dactilares medio borradas que aparecían en algunos documentos coincidían al parecer con las de Guevara. Por otra parte, los documentos capturados establecían sin lugar a dudas que cierto número de los guerrilleros que operaban en Bolivia eran cubanos; algunos de ellos eran probablemente los mismos hombres que, según se creía, habían estado con el Che en el Congo.

Diez días más tarde, el periodista francés de izquierdas Régis Debray, desaparecido dos meses antes, cuando acababa de llegar a Bolivia para realizar un estudio geopolítico, fue detenido cerca de Muyupampa, junto con dos extranjeros más, sospechosos de haber estado en contacto con los rebeldes. Según se supo algunos meses más tarde, Debray se salvó de ser ejecutado sumariamente gracias a la intervención de los hombres de la CIA que acompañaban a las fuerzas bolivianas que le capturaron. Después, estos mismos agentes de la CIA le enfrentaron con pruebas secretas en poder de la agencia que demostraban palpablemente que ésta tenía un conocimiento mucho más amplio de sus actividades en el extranjero y en Bolivia de lo que el propio Debray hubiera creído posible. Si bien al principio negó tener conocimiento de las posibles relaciones entre Guevara y el movimiento rebelde, el periodista francés no tardó en acobardarse y accedió a hablar, con intención de salvarse a sí mismo de un juicio y de una posible ejecución.

Aunque las pruebas eran cada vez más concluyentes, el director de la CIA, Richard Helms, no acababa de convencerse de que el legendario líder revolucionario cubano hubiera reaparecido realmente, al frente de una nueva rebelión. Se burlaba de las afirmaciones de sus agentes clandestinos, que pretendían haber hallado pruebas de la presencia del Che en Bolivia; Helms creía que seguramente Guevara había muerto. Sin embargo, Thomas Karamessines, a la sazón jefe de los Servicios Clandestinos de la CIA y que había defendido ante el director la posición de sus subordinados, estaba firmemente convencido de que sus servicios estaban ya pisándole los talones al Che; por otra parte, la actitud de Helms parecía espolear más aún a los Servicios Clandestinos, induciéndoles a redoblar sus esfuerzos. Pronto fueron enviados a Bolivia **más «consejeros» de la agencia, entre los que se contaban varios cubanos,**

veteranos del desembarco de la bahía de los Cochinos, con objeto de que ayudaran a seguir la pista del Che. Un equipo de expertos de las fuerzas especiales del Ejército norteamericano llegó a La Paz desde la Zona del Canal para instruir a los «rangers» bolivianos en el arte de las operaciones antisubversivas.

Los Servicios Clandestinos estaban obsesionados con Guevara e incluso le tenían cieno temor. En parte, les recordaba constantemente y de un modo irritante su fracaso de la operación de invasión de Cuba. El problema de los Servicios Clandestinos de la CIA era que, como ni podían dar suelta a su frustración y a su irritación contra los funcionarios norteamericanos que habían hecho inútil aquel esfuerzo desesperado contra el régimen cubano, ni podían hallar satisfacción directamente, acabando con el propio Fidel o con sus aliados soviéticos y chinos, no les quedaba más remedio qué rumiar constantemente su fracaso… hasta que el Che se puso a su alcance. Con ello, Ernesto Guevara se presentaba ante la CIA como un blanco sumamente atrayente; su muerte o su captura servirían hasta cierto punto para vengar pasados fracasos.

Durante el verano de 1967 y mientras los **expertos en operaciones especiales de la agencia** estaban prestando su ayuda al ejército boliviano en la persecución del Che, se consiguió cierta información sobre la entrada de éste en Bolivia. Se supo que en noviembre de 1966 había llegado a La Paz desde La Habana, pasando por Praga, Frankfurt y São Paulo, provisto de un falso pasaporte uruguayo y disfrazado de comerciante, calvo, con los cabellos grises y usando lentes con montura de concha (un aspecto realmente muy distinto del que ha sido tan divulgado en pósters y fotografías). Le habían precedido quince cubanos, que tenían que participar también en su empresa boliviana. Nadie dudaba ya de que el Che Guevara se encontraba en el país, al frente del movimiento guerrillero que actuaba en las regiones montañosas del Sur; tanto el presidente Barrientos como el propio Helms habían terminado por aceptar este hecho. El Gobierno boliviano ofreció una recompensa de 4 200 dólares para quien encontrara a Guevara… vivo o muerto. Su localización ya sólo era cuestión de tiempo.

Durante los meses siguientes, los guerrilleros sufrieron derrota tras derrota en manos de los «rangers» bolivianos, entrenados por los norteamericanos y asesorados por la CIA. En un encuentro que tuvo efecto el último día de agosto resultó muerta la misteriosa Tañía, la única mujer que formaba parte de la banda de rebeldes del Che. Aunque esta muchacha, originaria de Alemania Oriental, se había hecho pasar por agente de los servicios de espionaje cubanos, encargada de mantener el contacto entre los guerrilleros y La Habana, lo cierto es que era una agente doble y trabajaba básicamente para la KGB soviética, que, como la CIA, estaba interesada en vigilar las actividades revolucionarias promovidas por el Che en América Latina. Menos de seis semanas después, el 8 de octubre, el propio Ernesto Guevara resultaba herido y era capturado cerca de la aldea de La Higuera.

Como habían hecho en el caso de Debray, los consejeros de la CIA que acompañaban a las tropas bolivianas trataron de llevarse al Che vivo a La Paz, para proceder a su interrogatorio. Pero el comandante de las tropas tenía órdenes de ejecutar a Ernesto Guevara. Lo único que llegó a La Paz fueron su cabeza y sus manos… como prueba incontestable de que el Che había fracasado en su misión y estaba muerto.

Mientras los consejeros de la CIA entretenían con pretextos diversos al coronel que mandaba las fuerzas, el encargado de estación de la CIA en La Paz trataba de convencer al presidente Barrientos de las ventajas que a largo plazo representaría el traslado del Che desde las montañas a la capital, como prisionero del Gobierno. Pero Barrientos se mostró inflexible. Argumentó que el asunto de Debray había causado ya bastantes dificultades y que la llegada del Che Guevara vivo a la ciudad podría provocar entre los estudiantes y los grupos izquierdistas una serie de disturbios que el Gobierno quizá no podría dominar. Como último recurso, aquella noche desde la estación llamaron al cuartel general de Langley pidiendo ayuda, pero todo fue inútil.

Figurándose que ni la estación ni el cuartel general harían cambiar de opinión a Barrientos, el principal oficial de operaciones de la CIA de los que se hallaban en La Higuera, **(CENSURADO)**, intentó interrogar personalmente al Che. Sin embargo, el líder revolucionario no se prestó a ello. Estaba dispuesto a discutir sobre las distintas filosofías políticas y los movimientos revolucionarios en general, pero se negó a responder a cualquier pregunta relacionada con la operación realizada en Bolivia o con cualesquiera de sus actividades guerrilleras previas en otros países, La CIA se tendría que contentar con el contenido de su Diario personal, que llevaba consigo en el momento de caer prisionero.

A primeras horas de la mañana siguiente llegaron las instrucciones definitivas de la capital. El prisionero tenía que ser ejecutado allí mismo y su cadáver debería ser transportado, atado al tren de aterrizaje de un helicóptero, hasta Vallegrande, donde sería inspeccionado, en una lavandería de la localidad, por un pequeño grupo de periodistas y de funcionarios del Gobierno. A continuación, el cuerpo del Che recibiría sepultura en una tumba anónima, en las afueras de la ciudad. Al tener conocimiento de estas órdenes, **(CENSURADO)**, el representante de la CIA, se dirigió a toda prisa hacia la escuela donde permanecía custodiado Ernesto Guevara, para realizar una última tentativa de interrogar al Che. No quedaba mucho tiempo, porque la ejecución debería tener lugar una o dos horas después.

Los últimos momentos de Ernesto Guevara quedaron registrados en un extraordinario y emocionante mensaje enviado al cuartel general de la CIA por el representante de la agencia. El veterano agente cubano, que era funcionario contratado de la agencia, explicó que al principio Guevara confiaba aún en salir con vida del trance, pero que cuando, finalmente, se dio cuenta de que iba a morir, la pipa se le cayó de la boca. Sin embargo, el Che recobró en seguida la serenidad y pidió algo de tabaco. Ya no parecía sentir dolor por la herida que tenía en la pierna. Aceptó

su destino con un suspiro de resignación y no pidió ningún favor de última hora. Sin duda, **(CENSURADO)** sintió admiración hacia el revolucionario y compasión hacia el hombre que había contribuido a capturar y, en consecuencia, a condenar. Momentos después, el Che Guevara estaba muerto.

En el verano siguiente, el Diario del Che salió de repente a la luz y pronto llegó a las manos de sus antiguos camaradas de La Habana y de algunos de sus admiradores en los Estados Unidos (la revista «Ramparts»), quienes inmediatamente verificaron su autenticidad y lo publicaron, con gran disgusto de la CIA y del Gobierno boliviano, que sólo habían dado a la publicidad aquellos fragmentos que eran favorables a su actuación contra Emesto Guevara y sus compañeros de guerrilla. En julio, en medio de una tremenda confusión provocada por las acusaciones y contraacusaciones de unos y otros, desapareció el ministro del Interior de Bolivia, Antonio Arguellas, mientras corrían rumores de que él era una de las personas que habían entregado el documento a los cubanos. Arguedas, en su calidad de ministro del Interior, era responsable del servicio de información boliviano, con el cual la CIA tenía estrechas relaciones. Y el propio Arguedas era agente de la CIA.

Pronto se supo que Arguedas había huido a Chile, donde se proponía solicitar asilo político. Pero las autoridades de aquel país, en lugar de otorgarle la protección que pedía, lo entregaron a la estación de la CIA en Chile; el funcionario de la agencia que había sido su superior inmediato fue enviado desde el cuartel general de Washington para convencerle de que se mostrara discreto. Pero, a pesar de los consejos de la CIA, Arguedas censuró públicamente a la agencia y a las actividades de ésta en Bolivia. Denunció al régimen de Barrientos, al que calificó de instrumento del imperialismo norteamericano, criticó la forma en que el Gobierno boliviano había tratado el asunto del Che Guevara y luego volvió a desaparecer, después de provocar una grave crisis política en Bolivia con sus declaraciones.

Varias veces, durante los meses siguientes, Arguedas volvió a aparecer, en Londres, Nueva York y el Perú; y cada vez los funcionarios de la CIA trataban de hacerle callar, con amenazas o con halagos y promesas. Sin embargo, el ex ministro siguió haciendo declaraciones; admitió que había sido él quien había entregado el Diario del Che, porque, según dijo, estaba de acuerdo con los motivos que inspiraban al fallecido líder revolucionario en sus intentos de provocar un cambio popular, social, político y económico, en Bolivia y en el resto de América Latina. Finalmente, Arguedas confesó, con gran horror de la CIA y del Gobierno Barrientos, que él había sido agente de la CIA desde 1965 y afirmó que varios altos funcionarios bolivianos se hallaban también a sueldo de la agencia. Explicó con todo detalle las circunstancias de su reclutamiento por la CIA, a la que acusó de haberle amenazado con revelar su pasado como estudiante izquierdista, arruinando con ello su carrera política, si no accedía a participar en las operaciones de la agencia.

Al cabo de cierto tiempo, la CIA consiguió llegar por fin a un acuerdo con Arguedas y éste regresó voluntariamente a Bolivia, al Parecer para someterse a juicio.

En el avión que le llevaba de Lima a La Paz, declaró a un periodista del «New York Times» que, si le ocurría alguna desgracia, algunas personas de los Estados Unidos y de Cuba recibirían una grabación magnetofónica que contenía acusaciones detalladas contra la CIA y el Gobierno de Barrientos. Dijo también que la cinta magnetofónica estaba en poder del teniente Mario Terán, que la conservaba en su nombre. Lo extraño del caso es que Terán había sido identificado como el ejecutor del Che.

En el curso de esta entrevista, Arguedas hizo alusión veladamente a la gravedad de sus posibles acusaciones, revelando los nombres de varios funcionarios de la CIA con quienes había trabajado en el pasado: **Hugo Murray, encargado de estación; jolín S. Hilton, que lo había sido anteriormente; el coronel Ed Fox; Larry Sternfield; y Nick Lendiris. También identificó a algunos de los funcionarios contratados de la agencia que habían colaborado en la persecución del Che Guevara: Julio Gabriel García (cubano) y Eddie y Mario González (bolivianos). Según Arguedas, el mérito** por haber salvado la vida de Debray correspondía a **los hermanos González**. Esta vez, sin embargo, el ex ministro afirmó que Barrientos e incluso el embajador de los Estados Unidos en Bolivia ignoraban el alcance real de la penetración de la CIA en el Gobierno boliviano; esta última declaración era, sin duda, una concesión a quienes le habían concedido el permiso para regresar a La Paz.

El capítulo final de este episodio se desarrolló durante el verano siguiente, al cabo de casi dos años de la muerte del Che. El presidente Barrientos pereció en un accidente de helicóptero, mientras regresaba de realizar una visita a las provincias. Seis semanas más tarde, moría en una calle de La Paz, víctima de un disparo, Antonio Arguedas, el agente de la CIA confeso; estaba esperando todavía que le juzgasen por traición y por haber entregado el Diario del Che. Un mes después, era asesinado en Santa Cruz, Herberto Rojas, que había sido guía de los «rangers» bolivianos y de sus consejeros de la CIA durante las últimas etapas de la persecución del Che Guevara; Rojas era seguramente una de las pocas personas que conocía el lugar dónde se hallaba enterrado el cadáver del líder revolucionario.

Las cintas comprometedoras que, según Arguedas, se hallaban bajo la custodia de Mario Terán no han aparecido jamás.

CAPÍTULO 5
Las organizaciones propiedad de la CIA

Por lo que hace referencia
a los depósitos de «armas de
origen desconocido», compañías
de aviación y otras instalaciones,
uno se pregunta cómo hubiera podido
cumplir la CIA las misiones
que se le habían
encomendado en el Sudeste
de Asia sin contar con todo ello.

LYMAN KIRKPATRICK,
ex director ejecutivo de la CIA,
«U. S. News and World Report»,
11 de octubre de 1971

En un día ventoso de la primavera de 1971, al caer la tarde, se reunieron discretamente, en una lujosa suite del hotel Mayflower de Washington, unas pocas personas. La reunión se celebraba por invitación del profesor Harry Howe Ransom, de la Universidad Vanderbilt, autor de *The Intelligence Establishment*, estudio erudito y muy acreditado sobre el sistema de información de los Estados Unidos. Por aquel entonces, el profesor estaba recogiendo material para otro libro que preparaba sobre el mismo tema y había invitado a los allí reunidos a tomar unas copas y a cenar con la esperanza de que sus huéspedes le facilitarían nuevos materiales sobre la cuestión. Entre los presentes se contaban varios antiguos funcionarios de la CIA, los ayudantes de distintos miembros del Congreso y David Wise, coautor de *The Invisible Government*[*] y de *The Espionage Establishment*, dos libros que se hallan entre los mejores publicados hasta el momento sobre la CIA y las operaciones clandestinas de espionaje. Alguien sacó a colación el tema de la utilización de compañías como fachada para la CIA.

—¡Ah, claro, se refiere usted a las compañías de Delaware! —dijo Robert Amory, Jr., ex subdirector de la CIA—. Bueno, si la agencia tiene que hacer algo en Angola, pongamos por caso, necesita disponer de las compañías de Delaware.

Con la expresión «las compañías de Delaware», Amory hacía referencia a lo que se conoce generalmente en la agencia como «las compañías de propiedad» o, sencillamente, «las propiedades». Se trata de instituciones y de negocios aparentemente privados que en realidad están financiadas y controladas por la CIA. Amparándose en las tapaderas comerciales —y algunas veces de carácter no lucrativo— que proporcionan estas organizaciones, la agencia puede llevar a cabo un gran número de actividades clandestinas (habitualmente, se trata de operaciones de acción encubierta). Muchas de estas compañías están registradas legalmente en el estado de Delaware, debido a las facilidades que conceden a las sociedades anónimas las leyes

de dicho estado. Sin embargo, la CIA no ha vacilado en implantarse en otros estados siempre que lo ha considerado conveniente.

Las «propiedades» más conocidas de la CIA eran Radio Europa Libre (Radio Free Europe, RFE) y Radio Liberty (RL), ambas fundadas a principios de la década de los cincuenta. Las compañías que controlaban a estas dos emisoras de radio sirvieron, en cierto modo, como prototipos para las restantes «propiedades» de la agencia. Cada una de ellas funcionaba al amparo de un consejo de administración formado por ilustres personalidades norteamericanas que, en el caso de RFE, constituían legalmente el Comité Nacional para una Europa Libre (National Committee for a Free Europe) y, en el caso de RL, el Comité Americano de Liberación (American Committee for Liberation). Pero los funcionarios de la CIA que ocupaban los puestos administrativos clave tomaban todas las decisiones importantes referentes a la programación y al funcionamiento de las emisoras.

En 1960, cuando la agencia se estaba preparando para el desembarco de la bahía de los Cochinos y para otras operaciones paramilitares contra la Cuba castrista, la CIA instaló una estación de radio en las islas del Cisne o de Swan, formadas por dos islotes desiertos del Caribe, para realizar emisiones de propaganda destinadas a los cubanos. Radio Swan, como fue llamada aquella estación, era propiedad de una compañía registrada en Nueva York y domiciliada en Miami, denominada Gibraltar Steamship Corporation. Una vez más, la CIA encontró un grupo de personalidades —dirigentes de compañías introducidos en los medios oficiales, como suele suceder en estos casos— dispuestas a servir de fachada para las actividades clandestinas de la agencia. El presidente de la Gibraltar era Thomas D. Cabot, ex presidente de la United Fruit Company y antiguo alto cargo del Departamento de Estado durante la Administración Truman. Otro de los «accionistas» era Sumner Smith, también de Boston, que reclamaba para su familia la propiedad de las islas Swan (reivindicadas también por el Gobierno de Honduras); Smith era presidente de los Abington Textile and Machinery Works.

Al año siguiente, durante la operación de la bahía de los Cochinos, Radio Swan cesó de emitir su ración habitual de propaganda y radió órdenes militares destinadas a las fuerzas invasoras y a las guerrillas anticastristas del interior de Cuba. De este modo se arrojó por la borda la poca cobertura que tenía la emisora como compañía «privada». Posteriormente, Radio Swan cambió de nombre, pasando a llamarse Radio Americas (aunque continuó emitiendo desde las islas Swan) y la Gibraltar Steamship Corporation se convirtió en la Vanguard Service Corporation (pero conservando la dirección postal y el número de teléfono de Miami bajo el nombre de Gibraltar). De todos modos, la nueva compañía siguió siendo propiedad de la CIA hasta su disolución, a finales de la década de los sesenta.

Por lo menos otra «propiedad» de la agencia, la Double-Chek Corporation, intervino en las operaciones de la CIA contra Cuba. Esta compañía fue fundada en Miami (ciudad donde abundan las «propiedades» de la agencia) en 1959 y, según

consta en los archivos oficiales del estado de Florida, «se dedica a actividades de corretaje en general». La verdad es que la Double-Chek funcionaba como agencia intermediaria destinada a proporcionar apoyo aéreo a los grupos de exiliados cubanos, y fue esta compañía la que reclutó a los cuatro pilotos de nacionalidad norteamericana que resultaron muertos durante el desembarco en la bahía de los Cochinos. Con posterioridad, la CIA, a través de la Double-Chek, pagaba unas pensiones a las viudas de los aviadores muertos, advirtiéndoles de que debían guardar la máxima discreción acerca de las pasadas actividades de sus respectivos maridos.

Cuando la CIA intervino en el Congo, en 1964, unos aviadores cubanos exiliados —algunos de ellos, veteranos de la bahía de los Cochinos— pilotaban los bombarderos B-26 que atacaron a los rebeldes. Estos **pilotos fueron contratados por una compañía llamada Caramar (Caribbean Marine Aero Corporation), también propiedad de la CIA.**

En operaciones como la realizada en el Congo, las armas y el resto del equipo militar acostumbran a adquirirse a través de un traficante de armas «privado». El más importante de ellos, en los Estados Unidos, es la International Armament Corporation (o Interarmco), cuyas oficinas centrales se hallan instaladas, junto con varios almacenes de armas, en los muelles de Alexandria, estado de Virginia. En su publicidad, esta compañía afirma estar especializa en armas para las fuerzas de policía; posee representaciones en Manchester, Montecarlo, Singapur, Pretoria y en varias ciudades de América Latina. La Interarmco fue fundada en 1953 por Samuel Cummings, que había sido funcionario de la CIA durante la guerra de Corea. Las circunstancias que rodearon a la Interarmco durante sus primeros años son bastante oscuras, pero no cabe duda de que en sus comienzos halló apoyo y financiación en la CIA. Aun cuando en la actualidad es una compañía realmente privada, continúa manteniendo unas relaciones muy estrechas con la agencia. Por otra parte, la CIA, aunque en algunas ocasiones compra armas para una operación determinada, prefiere en general acumular material militar con antelación. Por esta razón, la agencia posee varios depósitos, en territorio norteamericano y en el extranjero, donde guarda armas «estériles» (es decir, cuyo origen sea inidentificable), que se pueden utilizar en cualquier momento. La Interarmco y los restantes traficantes de armas constituyen la segunda fuente en importancia (después del Pentágono) para el armamento utilizado por la CIA en sus actividades paramilitares.

Las compañías de aviación de la CIA

En la actualidad, la propiedad directa de Radio Europa Libre, de Radio Liberty y de las «propiedades» que intervinieron en la bahía de los Cochinos, así como las relaciones directas con la Interarmco, son en gran parte cosas pasadas. De todos modos, la agencia continúa controlando numerosas compañías, especialmente las que

le sirven para apoyar sus operaciones paramilitares. En sus guerras «secretas», los mercenarios de la CIA o las tropas extranjeras financiadas por la agencia necesitan apoyo aéreo; fue precisamente con este propósito por lo que la CIA montó una enorme red de compañías de aviación clandestinas. Estas compañías constituyen, con mucha diferencia, las «propiedades» más importantes y más peligrosas de la agencia.

Por increíble que pueda parecer, la CIA es actualmente propietaria de una de las mayores (si no de la mayor) flotas de aviones «comerciales» del mundo. **Entre las compañías propiedad de la agencia se hallan la Air America, la Air Asia, la Civil Air Transport, la Intermountain Aviation, la Southern Transport, (CENSURADO)** y varias compañías más de aviones *charter* de todo el mundo.

La compañía Civil Air Transport (CAT), **primer eslabón en el imperio aeronáutico de la CIA**, empezó a funcionar en China en 1946, un año antes de que el Congreso aprobara la fundación de la propia CIA. La CAT, que era una hijuela de los «Tigres Voladores» del general Claire Chennault, se dedicó durante sus primeros tiempos a realizar misiones de todo tipo en ayuda de las fuerzas de Chiang Kai-chek que trataban inútilmente de mantener su dominio sobre la China continental. Cuando finalmente, en 1949, Chiang fue arrojado de China, la CAT le acompañó a Formosa y continuó realizando operaciones clandestinas. En 1950, la CAT fue reorganizada, convirtiéndose en sociedad anónima registrada en Delaware, dependiente de un *holding* **propiedad de la CIA**, la Pacific Corporation.

En un memorándum muy confidencial dirigido al general Maxwell Taylor por el general de brigada Edward Lansdale en 1961 y que trataba de «los recursos para la guerra clandestina en el Sudeste asiático» (memorándum publicado en los «papeles del Pentágono»), se explicaban las funciones de la CAT como sigue:

> La CAT es una compañía de aviación comercial que mantiene servicios regulares y discrecionales en todo el Extremo Oriente, con oficinas centrales y grandes instalaciones de mantenimiento situadas en Taiwan. La CAT, que es propiedad de la CIA, proporciona apoyo aéreo logístico, bajo cobertura comercial, para la mayor parte de las necesidades de la CIA y de otras agencias del Gobierno de los Estados Unidos. El apoyo de la CAT a las operaciones aéreas encubiertas y clandestinas se concreta en la cesión de personal instruido y experimentado, en el envío de suministros y equipos a través de los canales comerciales normales y en el mantenimiento de un parque bastante importante de aviones de transporte y de otros tipos matriculados tanto en los Estados Unidos como en la China nacionalista.
>
> En numerosas ocasiones, la CAT ha demostrado su capacidad para responder a toda clase de necesidades aéreas encubiertas, tanto momentáneas como a largo plazo, en apoyo de los objetivos de los Estados Unidos. Durante los diez años últimos ha cosechado éxitos notables, como, por ejemplo, e] apoyo a la retirada de los chinos nacionalistas del continente, el lanzamiento de suministros a los franceses en Dien Bien Phu, el apoyo aéreo logístico y táctico total a la operación de Indonesia, el puente aéreo para los refugiados del Vietnam del Norte, más de 200 vuelos sobre territorio de China continental y del Tibet y un amplio apoyo aéreo durante la actual crisis de Laos…

Los lanzamientos en paracaídas sobre Dien Bien Phu tuvieron lugar en 1954, cuando el Gobierno de los Estados Unidos decidió que no convenía intervenir directamente en ayuda de las tropas francesas sitiadas en aquella plaza, pero autorizó a que se les prestase apoyo aéreo encubierto. También en 1954 se montó el puente aéreo para

trasladar al Sur a los refugiados del Vietnam del Norte. Estas misiones no tenían carácter secreto, pero la CIA no pudo resistir la tentación de utilizar los vuelos de los aviones que se dirigían de vacío hacia el Vietnam del Norte para transportar agentes secretos y armamento con destino a la red clandestina que estaba organizando entonces en aquel país. Como las restantes operaciones guerrilleras dirigidas contra los países comunistas, tanto de Europa como de Asia, esta tentativa de la CIA fue un fracaso.

Con la expresión «la operación de Indonesia», Lansdale hacía referencia al apoyo encubierto, aéreo y militar en genera], que la CIA prestó a los rebeldes alzados contra el Gobierno de Sukarno en 1958.[*] Los «más de 200 vuelos sobre territorio de China continental y del Tibet» mencionados por Lansdale se realizaron principalmente durante los años cincuenta (pero continuaron hasta bien entrada la década siguiente), cuando la CIA apoyaba, por iniciativa propia y también en colaboración con el régimen de Chiang-kai-chek, las operaciones guerrilleras dirigidas contra China. La CAT proporcionaba desde el aire los suministros necesarios para estas operaciones; Richard Fecteau y John Downey iban precisamente a bordo de un avión de la CAT derribado por los comunistas chinos en 1954.

A finales de la década de los cincuenta, la CAT se dividió en tres compañías de aviación distintas, las tres controladas por un holding **propiedad de la CIA**, la Pacific Corporation. Una de las tres firmas, la Air America, pasó a encargarse de la mayor parte de las actividades que desarrollaba la CAT en el Sudeste de Asia; otra, la llamada Air Asia, administraba unas instalaciones gigantescas para la reparación de aviones situadas en Formosa. La última de las tres nuevas compañías conservó el nombre de CAT y continuó realizando vuelos *charter*, normales y de tipo encubierto, desde su base de Formosa; al mismo tiempo, mantenía las líneas aéreas regulares de la China nacionalista, tanto en vuelos interiores como internacionales. La CAT era conocida, sobre todo, por el lujo extravagante de su servicio llamado «Mandarín Jet», en las líneas que unían a Taipeh con las capitales asiáticas cercanas.

En 1964, coincidiendo más o menos con un misterioso accidente que sufrió un avión de la CAT[*], la **CIA** decidió que la prestación de los servicios aéreos regulares de pasajeros de Formosa no contribuía gran cosa a **la misión encubierta que tenía asignada la agencia en Asia y que la parte de la CAT que no realizaba los vuelos *charter* tenía que entregarse a los chinos nacionalistas**. Pero la compañía de los nacionalistas, la China Air Lines, no poseía por aquel entonces ni el material ni la experiencia necesarios para hacerse cargo de las líneas de la CAT; por tanto, el Gobierno nacionalista no deseaba que la CIA dejara de hacerse responsable de los principales enlaces aéreos de Formosa con el exterior. La agencia no podía suspender simplemente estos servicios, porque habría ofendido al Gobierno de Chiang y con ello habría puesto en peligro la continuidad de las actividades de las restantes

compañías de su propiedad que actuaban en Formosa, así como las instalaciones de que disponía en la isla.

Las negociaciones sobre las líneas de pasajeros de la CAT se prolongaron durante cuatro años. La CIA estaba tan interesada en llegar a un acuerdo, que envió a Formosa un emisario especial, con carácter temporal; pero este destino provisional acabó transformándose, debido a la lentitud de las negociaciones, en un puesto permanente. Finalmente, en 1968 otro avión de pasajeros de la CAT —esta vez un Boeing 727— se estrelló cerca del aeropuerto de Taipeh. Este accidente ocasionó la muerte a veintiuna personas y provocó una cosa nunca vista en Formosa: una manifestación espontánea… contra la participación de los Estados Unidos en la compañía. Entonces, ante la presión del público, el Gobierno nacionalista llegó a un acuerdo con la agencia: la China Air Lines tomaba a su cargo los vuelos internacionales de la CAT, mientras que esta última compañía, a pesar de la resistencia de la CIA, tuvo que continuar prestando los servicios aéreos interiores de Formosa. Además, para convencer a los nacionalistas de que llegaran a un acuerdo, la CIA tuvo que pagarles una crecida suma de dinero.

La Air America, desgajada de la CAT, fue fundada a finales de la década de los cincuenta a fin de hacer frente a las necesidades de las operaciones cada vez más numerosas llevadas a cabo **por la agencia** en el Sudeste Asiático. A medida que se incrementaba la intervención de los Estados Unidos en esta parte del mundo, otros organismos gubernamentales —como el Departamento de Estado, la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) y la Agencia de Información de los Estados Unidos (USIA)— fueron recurriendo también a la Air America para sus necesidades de transporte de material y personal. En 1971, la AID solamente había pagado ya a la Air America más de 83 millones de dólares por sus servicios de vuelos *charter*. En realidad, la Air America montó un negocio tan importante en el Sudeste Asiático, que las restantes compañías de aviación norteamericanas acabaron por darse cuenta de los beneficios que podrían obtener de su intervención en aquellas actividades.

Una compañía privada, la Continental Airlines, realizó, a mediados de la década de los sesenta, una tentativa, coronada por el éxito, de arrebatarle a la Air America una parte de este mercado. Pierre Salinger, que trabajaba para la Continental después de haber sido secretario de prensa del presidente Kennedy, dirigió personalmente la batalla entablada por su compañía para lograr una participación en el sustancioso negocio del Sudeste de Asia. La Continental sostenía que la práctica de que una organización comercial propiedad del Gobierno (aunque sólo fuera controlada por la CIA de un modo encubierto) hiciera la competencia a las empresas realmente privadas en la obtención de contratos oficiales era, si no ilegal, cuando menos harto discutible. La posición de los funcionarios de la CIA que tenían que negociar con la Continental era sumamente incómoda. Sabían perfectamente que Salinger, durante su paso por la Casa Blanca, había tenido ocasión de enterarse de las actividades de la

agencia en el Sudeste Asiático y, en particular, de las relaciones que unían a la CIA con la Air America. Temían que el intento de la Continental para lograr una participación en el mercado del Sudeste de Asia encerrara la amenaza implícita de exponer públicamente las razones de la compañía —sirviéndose de la información proporcionada por Salinger— si la agencia no se mostraba bien dispuesta. Antes que enfrentarse con la posibilidad de una publicidad que no deseaba, la CIA permitió que la Continental se implantara en Laos, donde, desde finales de la década de los sesenta, ha realizado vuelos charter por valor de varios millones de dólares al año. Y el mejor cliente de la Continental Airlines es la propia CIA.

Pero incluso teniendo en cuenta la actividad de la Continental en Laos, la agencia pudo conseguir que la mayoría de los vuelos fueran realizados por la Air America. Esta compañía **de la CIA** lo ha hecho todo, desde lanzar en paracaídas a miembros de las tribus meo tras las líneas norvietnamitas, hasta arrojar arroz a los refugiados en las regiones montañosas del Vietnam. La Air America ha formado pilotos para la Policía nacional tailandesa, ha transportado prisioneros políticos por cuenta del Gobierno survietnamita, ha llevado en sus aviones a los pagadores y las nóminas de los mercenarios de la CIA y, antes incluso de la llamada «resolución del golfo de Tonkín», proporcionó pilotos para realizar ataques de bombardeo secretos contra las líneas de abastecimiento de los norvietnamitas en Laos. Se la ha acusado también de dedicarse al tráfico de heroína, tan floreciente en el Sudeste Asiático. Los aviones de la Air America traspasan continuamente las fronteras de los estados de aquellas regiones y sus vuelos casi nunca son inspeccionados por los servicios de aduanas. La compañía posee sus propias terminales para pasajeros y mercancías en varios aeropuertos del Vietnam del Sur, Laos y Tailandia. En la localidad tailandesa de Udorn, la Air America dispone de una gran base, disimulada en el interior de las instalaciones de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, que todavía son más amplias (y que teóricamente se hallan bajo el control de las autoridades de aquel país). La base de Udorn se utiliza para apoyar virtualmente todas las operaciones de la guerra «secreta» de Laos; en ella se hallan asimismo ciertas instalaciones «secretas» para la reparación y el mantenimiento de los aparatos de las Fuerzas Aéreas tailandesas, camboyanas y laosianas.

Antes de que se estableciera el alto el fuego en el Vietnam, la Air America poseía una flota de 125 aviones propios, más unos 40 alquilados, y tenía alrededor de 5.000 empleados, un 10% de los cuales eran pilotos. Era una de las compañías de aviación más importantes de los Estados Unidos, situada inmediatamente por debajo de la National Airlines por el número de sus aviones. Actualmente, a causa de la retirada de la mayor parte de las tropas norteamericanas del Vietnam, la función de mantener una cierta influencia de los Estados Unidos en aquella zona corresponde casi por completo a la CIA; en estas circunstancias, pues, los servicios de la Air America son más solicitados que nunca. Incluso la Comisión Internacional de Supervisión y

Control, a pesar de que cuenta con miembros comunistas como Polonia y Hungría, ha firmado un contrato con la compañía **de la CIA** para que le preste su ayuda en la supervisión del alto el fuego en el Vietnam. En 1973, la Air America obtuvo contratos del Departamento de Defensa por valor de 41,4 millones de dólares.

Una compañía filial de la Air America, la Air Asia, posee en Formosa las instalaciones de reparación y mantenimiento de aviones más importantes de toda la zona del Pacífico. La compañía Air Asia fue fundada en 1955 y cuenta con unos 8.000 empleados. No solamente se encarga del mantenimiento de los aparatos **propiedad de la CIA**, sino que se dedica también a la reparación de aviones militares y civiles. Las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos utilizan asiduamente las instalaciones de la Air Asia; con ello se ahorran la construcción de sus propias instalaciones en Asia Oriental, cosa que hubieran tenido que hacer de no haber contado con la **«propiedad» de la CIA**. Como la Air America, su filial Air Asia es una empresa independiente desde el punto de vista financiero, que obtiene buenos beneficios.

Hasta que la CIA decidió desprenderse de la Southern Air Transport, a mediados de 1973, esta compañía, propiedad también de la agencia, tenía sus oficinas en Miami y Formosa. A diferencia de la CAT, Air America y Air Asia, la Southern no dependía del *holding* de la Pacific Corporation, aunque este último avalaba los 6,6 millones de dólares prestados a la Southern Air Transport por varios Bancos privados; además, la Air America le hizo otro préstamo de 6,7 millones, canalizado a través de otra compañía propiedad también de la CIA, llamada Actus Technology. La actividad de la Southern en Extremo Oriente se limitó, por lo general, a realizar vuelos regulares, muy lucrativos, por cuenta del Departamento de Defensa. Otros organismos oficiales también recurrían, en ocasiones, a la compañía; en la primera mitad de 1972 obtuvo un contrato de 2 millones de dólares de la AID para transportar mercancías en socorro del nuevo estado de Bangla Desh,

Pero, dentro de la CIA, la importancia de la Southern Air Transport se debía principalmente a que la citada compañía constituía la organización de aviación reservada para las posibles intervenciones de la agencia en América Latina. Ésta es la justificación que se dio cuando la CIA tomó el control de la Southern, en 1960; por tanto, proporcionaba a la agencia una «fuerza aérea» que siempre estaba a su disposición, destinada a apoyar las operaciones antisubversivas o a colaborar en el derrocamiento de un gobierno poco amistoso. Mientras esperaba que llegara el momento de convertirse en la Air America de las futuras guerras de guerrillas de América Latina, la Southern «se ganaba la vida» y ayudaba a sufragar los gastos de la CIA alquilando sus aviones para vuelos *charter*. (

CENSURADO

). Cuando la CIA trajo a Estados Unidos a los soldados de las tribus tibetanas, a finales de la década de los cincuenta, para entrenarlos con vista a las expediciones guerrilleras al interior de China, la compañía Intermountain Aviation, propiedad de la agencia, colaboró en la realización de este programa de instrucción.

Luego, durante la década de los sesenta, las operaciones aéreas de la CIA crecieron de golpe, a grandes saltos, debido a la expansión de las guerras del Sudeste de Asia y a las constantes luchas que ensangrentaban el Congo.

(

CENSURADO

). Pero un periodista que visitó Tucson, en 1966, pudo escribir todavía: «Cualquiera que pase en automóvil por las cercanías puede ver más de cien aviones B-26, dotados de blindaje, compartimientos para bombas y troneras para ametralladoras.» Poco después de que la prensa publicara estas revelaciones, se facilitaron **(CENSURADO)** a **(CENSURADO)** para que se construyesen hangares con destino a los aviones allí aparcados. Al cabo de poco tiempo, no quedaba ya gran cosa a la vista de los periodistas entrometidos y del público curioso.

En 1965, la Intermountain Aviation sirvió de intermediaria en la venta a Portugal de aviones de bombardeo B-26, que aquel país Pensaba utilizar para sus guerras coloniales en África. La venta directa hubiera contravenido la política oficial de los Estados Unidos, que era contraria a la exportación de armamento a Portugal Para su utilización en Angola, Mozambique y la Guinea Portuguesa. La Administración norteamericana, a su más alto nivel, había decidido vender veinte bombarderos B-26 a Portugal y la compañía propiedad de la CIA actuaba según instrucciones oficiales. En teoría, el embargo sobre la exportación de armamento con destino a las colonias portuguesas continuaba vigente, pero en la realidad esto no era cierto. Así pues, el Gobierno de los Estados Unidos hacía a escondidas lo que se había prohibido a sí mismo hacer abiertamente.

Durante la primavera y el verano de 1965, siete B-26 volaron de Arizona a Lisboa pilotados por un aviador inglés contratado por una empresa supuestamente privada, la Aero Associates. En septiembre, la tapadera que ocultaba toda la operación estaba ya tan desgastada que los representantes de la Unión Soviética y de Hungría en la ONU pudieron referirse concretamente a la transacción en tono de denuncia. La delegación norteamericana ante las Naciones Unidas admitió que se habían entregado siete aviones B-26 a Portugal, pero el embajador Arthur Goldberg declaró que «la única intervención de los funcionarios de los Estados Unidos ha consistido en la denuncia de un malhechor que ha infringido las leyes del país». Eso no era cierto, naturalmente. Es posible, con todo, que el embajador Goldberg ignorase la realidad de los hechos. Antes que él, Adlai Stevenson había sido informado a medias

solamente en el caso del desembarco en la bahía de los Cochinos y acabó haciendo falsas declaraciones ante la ONU involuntariamente.

Las mismas técnicas volvieron a utilizarse para distorsionar la denuncia contra el «malhechor». Ramsey Clark, que por aquel entonces era ayudante del Fiscal General, se puso en contacto con Richard Helms, cuando éste era subdirector de la CIA, y con el asesor jurídico de la agencia, Lawrence Houston, a fin de cambiar impresiones sobre el caso de los aviones portugueses. Los funcionarios de la agencia aseguraron a Clark que la CIA no había intervenido en el asunto. Hablando del tema, Clark afirmaba más tarde: «No habríamos podido ir a los tribunales si ellos [la CIA] hubieran intervenido. No veo de qué manera se puede llevar ante un tribunal a unos pobres diablos que a fin de cuentas están empleados en una agencia del Gobierno.»

De todos modos, lo cieno es que los Estados Unidos, al haber actuado en contra de su propia línea oficial, habían quedado en una postura algo desairada y que, por razones políticas, quienes conocían realmente los hechos se negaron a intervenir en favor de «los pobres diablos». Así pues, un organismo oficial, el Departamento de Justicia, se encontró sin haberlo deseado en la curiosa posición de que tenía que perseguir judicialmente a unas personas que habían actuado siguiendo las instrucciones directas de otro organismo oficial, la CIA. Finalmente se dictaron cinco autos de procesamiento, pero uno de los acusados huyó al extranjero y más tarde se retiraron las acusaciones formuladas contra otros dos. De todos modos, en otoño de 1966, el piloto inglés, John Richard Hawke, y un súbdito francés llamado Henri-Marie-François de Marin de Montmarin, que había actuado de intermediario en el negocio, comparecieron ante un tribunal federal de Buffalo, en el estado de Nueva York.

Ante el tribunal, Hawke declaró: «Es cierto, piloté varios bombarderos B-26 hasta Portugal y los aviones tenían que utilizarse en las colonias africanas portuguesas; la operación se preparó con la colaboración del Departamento de Estado y de la CIA.» En cambio, el asesor jurídico de la CIA, Houston, negó rotundamente y bajo juramento que la agencia hubiera intervenido en la transacción en cuestión. Houston reveló que la agencia «tuvo conocimiento» de la consignación de los aviones el 25 de mayo de 1965, cinco días antes de que empezara el traslado de los aparatos, y que había transmitido esta información al Departamento de Estado y a otros once organismos oficiales. Declaró también que el 7 de julio la CIA fue «informada» de que cuatro de los B-26 habían sido entregados ya a Portugal; la agencia volvió a dar cuenta de ello al Departamento de Estado y a los demás organismos. Lo que no explicó Houston es por qué razón, si el Gobierno de los Estados Unidos poseía tantas informaciones referentes a los vuelos, no se había hecho nada para detenerlos, aunque los correspondientes planes de vuelo quedaran archivados en la Administración Federal de Aviación e incluso Hawke, en uno de los viajes, pasó inadvertidamente en vuelo rasante sobre la Casa Blanca.

El jurado declaró inocentes a Hawke y Montmarin. Algunos de sus miembros declararon después que no habían quedado convencidos de que los dos acusados hubieran infringido la ley deliberadamente. **(**

CENSURADO

).

El ex director de la CIA, Helms, se negaba, sin embargo, a volar con **(CENSURADO)** porque opinaba que su cobertura comercial era transparente. Prefería viajar, en cambio, con compañías de aviación realmente privadas. No tenía tantos escrúpulos el vicepresidente Hubert Humphrey, quien a menudo, durante su campaña presidencial de 1968, utilizaba un avión tipo Gulfstream de **(**

CENSURADO

).

La «propiedad» más original de la CIA era quizás una que estaba situada en Katmandú, en el Nepal. Fue organizada para que proporcionara apoyo aéreo a las tribus subvencionadas y dirigidas por la agencia que operaban en el Tibet ocupado por los chinos. En un principio se encargaba de esta misión la CAT, tal como indicaba la referencia del general Lansdale a los «más de 200 vuelos sobre territorio de China continental y del Tibet». Pero el traslado de los aviones desde Formosa hasta la base de operaciones de la CIA en el noreste de la India resultaba demasiado engorroso; por esta razón se montó la **«propiedad» del Nepal. A medida que las operaciones en el Tibet se fueron reduciendo hasta acabar por suprimirse totalmente, durante los años sesenta, la compañía de aviación fue disminuyendo de tamaño, quedando reducida a unos cuantos aviones y helicópteros y a un depósito de repuestos. De todos modos, hasta el Anal de aquella década continuó realizando vuelos *charter* por cuenta del Gobierno del Nepal y de varias organizaciones privadas de aquella zona.**

En Langley, la sección de planificación, programación y presupuestos de la CIA llegó a la conclusión de que la citada compañía de aviación ya no era de ninguna utilidad para la agencia, por lo que se decidió venderla. Pero, para la CIA, la venta de una «propiedad» es una operación muy complicada. La agencia cree que debe mantener el secreto que rodea a sus intervenciones encubiertas, por discutible e insignificante que sea éste, y no quiere ser identificada de ninguna manera, tanto antes como con posterioridad a la transacción. Además, los Servicios Clandestinos temen realmente que en la venta se puedan obtener beneficios, ya que entonces, según dispone la ley, las posibles ganancias deben entregarse al Departamento del Tesoro de los Estados Unidos; los miembros de los Servicios Clandestinos no quieren

verse envueltos en las complicaciones burocráticas que implica una tal operación. Repugna sencillamente a la raíz misma de la mentalidad clandestina el hecho de tener que explicar y justificar ante alguien este tipo de transacciones… sobre todo ante los contables del Tesoro.

En 1973, la operación de desprenderse de la Southern Air Transport resultó un fracaso. De acuerdo con lo que se había hecho otras veces, la CIA trató de venderla discretamente a un ex empleado de la agencia —es de suponer que a buen precio— pero la operación no se pudo llevar a término porque tres compañías de aviación privadas protestaron ante la Junta de Aeronáutica Civil. Alegaron que la Southern se había constituido con dinero del Gobierno, que por tanto le había sido concedida la explotación de unos servicios de vuelos *charter* muy lucrativos y que esto representaba una competencia desleal. Cuando la noticia de la futura venta llegó a la prensa, la CIA se echó atrás y renunció voluntariamente a los certificados de la Junta de Aeronáutica Civil, con lo que el valor de la compañía quedaba muy disminuido, pero se garantizaba que la agencia podría venderla con la máxima discreción.

En el caso de la compañía de aviación del Nepal, la CIA encontró un comprador que había trabajado anteriormente para otras compañías aéreas propiedad de la agencia; puesto que se trataba de una antigua «persona de la casa», el secreto quedaba guardado y el ex empleado pudo comprar la compañía pagando una pequeña cantidad a cuenta. Siguiendo un procedimiento comercial muy poco ortodoxo, la propia compañía de aviación sirvió como garantía para los pagos aplazados. Un auditor del cuartel general de la CIA calificó en privado a la venta de «ganga», pero ésta era la forma cómo los Servicios Clandestinos querían que se llevara a cabo el negocio. El nuevo propietario continuó residiendo en Miami, aunque todas las actividades de la compañía se desarrollaban en el Nepal. Al cabo de relativamente poco tiempo, liquidó todos los bienes de la compañía. Para él, el negocio acabó con unos beneficios considerables, pero la agencia recuperó sólo una pequeña parte de la inversión original. En todo caso, los Servicios Clandestinos quedaron satisfechos de la venta, ya que se habían desprendido de una propiedad inútil, de tal manera que quedaba garantizada la máxima discreción y al mismo tiempo se aseguraban la lealtad y la disponibilidad del comprador en el futuro. (

CENSURADO

).

Aunque desde un punto de vista moral las transacciones de este tipo son muy discutibles, es muy posible que las provisiones legales sobre los conflictos de intereses no se apliquen en el caso de la CIA; en efecto, la ley de la Agencia Central de Inteligencia de 1949 declara expresamente que «las sumas facilitadas a la agencia podrán emplearse sin sujetarse a las provisiones legales y reglamentarias referentes al

gasto de los fondos oficiales». En todo caso, la utilización de compañías propiedad de la agencia proporciona a los que participan en ellas la oportunidad de obtener ganancias sustanciales mientras mantienen en funcionamiento con la cobertura legal de las compañías.

El hecho es que las «propiedades» de la CIA están valoradas en centenares de millones de dólares y que nadie que no pertenezca a la agencia puede revisar sus cuentas. También ocurre, como se verá más tarde, en este mismo capítulo, que a veces en el cuartel general de la CIA sólo se tiene una noción sumamente vaga sobre lo que hacen ciertas «propiedades» o sobre cuáles son sus bienes. No hay duda de que ello facilita los abusos de todas clases y, por otra parte, muchas de las personas que intervienen en actividades como, por ejemplo, el tráfico de armas, las operaciones paramilitares y las misiones aéreas clandestinas, no destacan precisamente por sus escrúpulos morales. Mientras que son muy pocos los funcionarios de carrera de la agencia que utilizarían el dinero de la CIA para su provecho personal, no se hace gran cosa, en cambio, para impedir que los empleados de las «propiedades» lo hagan, si tal es su deseo.

Como se comprende fácilmente, las compañías propiedad de la CIA sirven, sobre todo, para apoyar las operaciones especiales o paramilitares. Algunas de ellas, naturalmente, se fundaron con fines de propaganda y de intoxicación informativa y, además, como la mayor parte de los medios de acción encubierta, pueden utilizarse, en ocasiones, para colaborar en las actividades de espionaje y contraespionaje de los Servicios Clandestinos. Sin embargo, en conjunto, durante más de diez años, ha habido una tendencia muy definida en la agencia a convertir las compañías de aviación de su propiedad en medios tácticos para las intervenciones militares secretas de la CIA en el Tercer Mundo. Las flotas de aviones de estas compañías se han ampliado y modernizado sin cesar, y lo mismo se ha hecho con las instalaciones de sus bases. En opinión de la mayoría de los profesionales de la CIA, la capacidad de la agencia para llevar a acabo las operaciones especiales sería prácticamente nula sin el apoyo logístico y de todo tipo que le proporcionan sus compañías de aviación.

La actuación de la Pacific Corporation y de sus filiales, la Air America y la Air Asia, prestando su colaboración a las numerosas operaciones especiales realizadas por la CIA durante estos últimos años en el Extremo Oriente y el Sudeste Asiático ha impresionado profundamente a la dirección de la agencia. Las hazañas que los aviadores contratados por esas compañías han realizado en aquel rincón del mundo ensangrentado por una guerra interminable se han convertido casi en una leyenda dentro de la CIA. Además, los Servicios Clandestinos saben apreciar en lo que valen las ventajas que reporta la existencia de un conjunto de organizaciones autosuficiente y que funciona por sí solo, sin que exija fondos ni demasiado personal procedentes de la CIA.

Sin las compañías de aviación propiedad de la CIA, no se hubieran podido ejecutar las operaciones secretas al interior de China. No hubieran llegado a existir

las operaciones del Tibet, de Birmania o de Indonesia; y, sobre todo, no hubiera sido posible la guerra «secreta» de Laos. Incluso muchas de las actividades encubiertas de la CIA en el Vietnam no se hubieran podido planear ni, mucho menos aún, ejecutar, sin contar con el apoyo de **las compañías de aviación de la CIA**. No ha de extrañar, pues, que cuando la agencia se dispuso a intervenir en el Congo (y en previsión de otras numerosas revueltas en el continente) tratara de poner en marcha a toda prisa el mismo tipo de apoyo aéreo de que disponía normalmente para sus operaciones especiales en Asia. Y se puede comprender fácilmente por qué los que planearon la operación de la bahía de los Cochinos lamentan ahora no haber tomado disposiciones similares para asegurar sus propias necesidades, en lugar de confiar en las Fuerzas Armadas norteamericanas.

El fabuloso George Doole

Aunque en los consejos de administración de las compañías de aviación de la CIA abundan los nombres de hombres de negocios y financieros respetabilísimos, las operaciones de varias de estas compañías estuvieron en realidad, durante largo tiempo, en manos de un hombre bastante singular, George Doole, Jr. Hasta su jubilación, en 1971, los cargos oficiales de Doole eran los de presidente de la Pacific Corporation y de director ejecutivo de la Air America y la Air Asia; las compañías de aviación de la CIA florecieron y Prosperaron gracias a sus desvelos.

Sus colegas de la agencia tenían a Doole por un hombre de negocios extraordinario. Tuvo el talento de ampliar sus compañías y de convertirlas en empresas que daban dinero, si no de un modo formal, por lo menos funcionalmente. En realidad y a causa precisamente de los beneficios que proporcionaban, sus compañías constituían un verdadero problema para la agencia. Aunque los ingresos no llegaron a cubrir nunca por completo los costes del capital invertido originariamente por la CIA, los enormes contratos con los organismos oficiales norteamericanos debidos a la guerra de Indochina convirtieron a las hilares de la Pacific Corporation (CAT, Air America, Air Asia) en empresas básicamente autosuficientes durante la década de los sesenta. A consecuencia de ello, la CIA se ahorró tener que pagar grandes sumas adicionales de dinero destinadas a los nuevos proyectos.

Ciertos altos funcionarios de la agencia, como, por ejemplo, el ex director ejecutivo para cuestiones contables y el jefe de planificación, programación y presupuestos, se sentían incómodos frente al próspero negocio administrado por Doole, pero no hicieron nada para cambiar las cosas. **El director ejecutivo explicó en cierta ocasión, en privado, su postura de pasividad: «Hay varias cosas —dijo — que es mejor no tocarlas. Lo importante es que George Doole y la CAT proporcionan a la agencia muchos servicios y que la agencia no tiene que pagar**

nada por ellos». Entre los muchos servicios que proporcionaban se puede incluir la facilidad que tenía Doole para mentir con gran descaro. Interrogado por el «New York Times», en 1970, sobre si sus compañías tenían alguna relación con la CIA, respondió: «Si hay “alguien” detrás de todo eso, nosotros lo ignoramos.» **En aquellos momentos hacía diecisiete años que Doole trabajaba para la CIA y durante la mayor parte de este período había tenido una graduación equivalente a la de general.**

El imperio de Doole se hallaba colocado bajo la dependencia de la dirección de Apoyo, según el organigrama de la agencia, aunque en realidad muchas de sus operaciones eran supervisadas por los Servicios Clandestinos. Pero en el cuartel general de la CIA se sabía tan poca cosa de las compañías de aviación propiedad de la agencia (a pesar de que tenían 18.000 empleados, casi tantos como la propia organización madre), que en 1965 se encargó a un funcionario de la CIA con una gran experiencia en los Servicios Clandestinos que hiciera un estudio sobre sus operaciones con destino a la alta dirección de la agencia.

Este funcionario se pasó casi todo un año tratando de recoger los datos necesarios, pero a medida que avanzaba en su trabajo se sentía cada vez más frustrado. Descubrió que las distintas «propiedades» se dedicaban continuamente a cambiarse aviones entre ellas y a alquilarlos y venderlos las unas a las otras;[*] que los números de matrícula de muchos aviones se cambiaban de un modo regular; y que la mezcla de operaciones puramente comerciales y vuelos clandestinos hacía imposible en la práctica llevar una contabilidad mínimamente correcta. Por último, el citado funcionario montó un gran mapamundi en una sala de conferencias situada en un lugar seguro de la sede de la agencia y, a base de usar banderitas y chinchetas, intentó averiguar qué compañías trabajaban con los distintos aviones y en qué países desarrollaban sus actividades. Este funcionario comparó más tarde la experiencia que había realizado con el intento de disponer un ejército en orden de batalla y confesó que, en el mejor de los casos, su mapa sólo tenía una exactitud de un 90%. Al final, Helms, que entonces era subdirector, fue invitado a contemplar el mapa y a recibir una explicación sobre la complejidad de las compañías de aviación. Un testigo que asistía a la conferencia dijo que Helms quedó «con la boca abierta».

Aquel mismo año se formó en la CIA el Comité Ejecutivo para el Aire (Ex Comm Air); su misión era mantenerse al corriente de las actividades de las distintas compañías de aviación propiedad de la agencia. Lo presidía Lawrence Houston, asesor jurídico de la organización, y contaba con representantes nombrados por los Servicios Clandestinos, la dirección de Apoyo y la oficina del director. Pero las sesiones del Ex Comm Air tenían un carácter tan secreto que su propio secretario ejecutivo tenía instrucciones de no levantar actas y de no tomar notas siquiera.

En 1968, el comité en cuestión se reunió para tratar sobre una petición de varios millones de dólares hecha por George Doole, con destino a la

«modernización» de la Southern Air Transport. Doole justificaba su petición con el argumento de que todas las grandes compañías del mundo estaban utilizando reactores y que la Southern tenía que hacer lo mismo si quería continuar pagándose su propia cobertura legal. Doole añadió también que la Southern debía disponer del equipo más eficaz que existiera, por si surgía la eventualidad de que la CIA tuviera que recurrir a la compañía con motivo de algún acontecimiento que se pudiera producir en América Latina.

Antes de que Doole formulara su petición, la junta de evaluaciones nacionales de la agencia había preparado un informe sobre los acontecimientos que podrían producirse en América Latina durante un plazo relativamente largo. Este informe había recibido la aprobación del director de la CIA y fue enviado al Presidente, otorgándosele la consideración de análisis oficial sobre el tema debido a todos los servicios de espionaje. El informe afirmaba que las condiciones políticas, económicas y sociales de América Latina se habían deteriorado tanto que era de esperar un período Prolongado de inestabilidad; y que los Estados Unidos no podían hacer gran cosa para poner remedio a esta situación, excepto proporcionar ayuda directa de tipo económico y humanitario. El informe afirmaba implícitamente, pero con firmeza, que la continua intervención abierta de los Estados Unidos en los asuntos internos de los países latinoamericanos sólo conseguiría empeorar las cosas y dañar aún más el prestigio norteamericano en el continente.[*]

En la reunión consagrada a la posible modernización de la Southern Air Transport, se preguntó a Doole si él creía que el reforzamiento de la capacidad de la compañía en vistas a futuras intervenciones en América Latina estaba de acuerdo con las conclusiones del informe. Doole no respondió, pero un funcionario de los Servicios Clandestinos que trabajaba en asuntos paramilitares replicó que el informe quizá había valorado correctamente la situación latinoamericana y que la Casa Blanca podría aceptarlo como un hecho, pero que no se seguía necesariamente de todo ello que la no intervención tuviera que convertirse en la línea política oficial de los Estados Unidos. Este funcionario hizo notar que en el pasado se habían producido ciertas situaciones en América Latina —en varios países, como, por ejemplo, Guatemala y la República Dominicana— debido a las cuales la Casa Blanca había ordenado a la agencia que interviniera contra las tendencias políticas predominantes; que el director de la CIA tenía la obligación de preparar unos informes tan exactos como fuera posible con destino a la Casa Blanca; pero que el propio director (y los Servicios Clandestinos, así como Doole) tenía también la responsabilidad de estar preparado para lo peor.

Al trabajar en favor del reforzamiento de la Southern Air Transport y de sus otras compañías, Doole y los Servicios Clandestinos cumplían con una de las reglas básicas de la acción encubierta: «acumular activos» en todo momento para futuras contingencias. Esta estrategia resultó ser convincente, ya que el

director aprobó personalmente la petición de Doole y la **Southern** recibió los millones de dólares que necesitaba para comprar reactores.[**]

La reunión terminó sin que se llegara a ninguna decisión. Posteriormente, el funcionario que había planteado la cuestión a Doole y al miembro de los Servicios Clandestinos fue advertido de que había elegido un mal momento para expresar su oposición al proyecto.

Así pues, si el Gobierno de los Estados Unidos decidiera algún día intervenir de una manera oculta en los asuntos internos de un país latinoamericano —o de cualquier otro, para el caso—, los aviones de Doole estarían disponibles para apoyar la operación. Las compañías de aviación de la CIA están preparadas para abandonar discretamente en cualquier momento los servicios de vuelos *charter* que realizan de forma legal y asumir la función para la que fueron creadas: el transporte de armamento y mercenarios en las «operaciones especiales» de la agencia. Las armas procederán de los propios depósitos de la CIA o de los almacenes de la Interarmco y de otros traficantes de armas internacionales; los mercenarios serán suministrados por la división de Operaciones Especiales de la agencia y su conexión con la CIA, como en el caso de las compañías de aviación de la agencia, podrá ser «desmentida con cierta verosimilitud» ante el público norteamericano y el resto del mundo.

Durante años, **Doole y sus colegas de los Servicios Clandestinos** han trabajado sin descanso para montar las compañías de aviación y «acumular» otros «activos» con vistas a las acciones paramilitares. Sus sucesores lucharán enérgicamente para conservar estos medios de acción —tanto porque desean preservar su propio imperio secreto como porque creen en la justicia de las intervenciones clandestinas de la CIA en los asuntos internos de otros países. Saben perfectamente que si la CIA no interviniera nunca, su propia existencia como profesionales no estaría demasiado justificada.

CAPÍTULO 6
La propaganda y la intoxicación informativa

En la guerra psicológica…
los servicios de información de
los países democráticos tienen la
grave desventaja de que, cuando
intentan perjudicar al adversario, han
de engañar también al público de sus
propios países.

VICTOR ZORZA,
«Washington Post»,
15 de noviembre de 1965

A mediados de la década de los sesenta, la gran mayoría de los profesionales de los Servicios Clandestinos de la CIA eran de la opinión de que el globo, como medio efectivo de diseminación de propaganda, había pasado ya a la historia desde hacía mucho tiempo. Años atrás, en la arrebatiña de los primeros momentos de la guerra fría, los agentes de operaciones de la CIA destacados en Alemania Occidental habían utilizado globos con frecuencia para enviar impresos anticomunistas a las zonas prohibidas tras el Telón de Acero. Estas operaciones, si bien carecían de uno de los requisitos esenciales de las acciones propagandísticas encubiertas (a saber, que pueda negarse su existencia con un mínimo de verosimilitud), dieron buenos resultados —a juzgar por las protestas continuas y agrias de la Unión Soviética y de sus satélites de Europa Oriental.

Desde entonces, el juego de la propaganda ha evolucionado mucho, llegando a convertirse en un sutil torneo de ingenios, y el personal de acción encubierta de la CIA ha puesto a punto métodos muchísimo más refinados para diseminar sus mensajes ideológicos. Por tanto, **en los servicios de acción encubierta se recordaron viejos tiempos cuando, en 1967, varios funcionarios de la división de Extremo Oriente propusieron que se llevara a cabo una nueva operación con globos. Sin embargo, esta vez el objetivo era la China continental.**

Por aquel entonces, la República Popular se hallaba en el momento culminante de la revolución cultural. Los jóvenes Guardias Rojos mantenían una gran agitación por todo el país, reduciendo a pedazos las leyes y costumbres de la vieja China; la nación se hallaba sumida en la confusión, casi en el caos. Sin embargo, los observadores de la CIA situados en Hong Kong y en otras partes de la periferia del continente habían detectado la formación paulatina de un movimiento de reacción, especialmente en el sur del país, alrededor de Cantón y Fuchow, en las provincias de Kwangtung y Fukien. Estaban convencidos de que se estaba fraguando un contragolpe frente a los

excesos de los Guardias Rojos, ya que eran cada vez más numerosos los grupos de militares y trabajadores que empezaban a ofrecer resistencia a los jóvenes revolucionarios y a propugnar un retorno a la ley y el orden tradicionales.

Según los agentes de operaciones de la CIA, valía la pena explotar esta situación, Desde luego, no había nadie que creyera en una posible eliminación del comunismo del continente, pero los objetivos políticos a corto plazo que se podían conseguir mediante la propaganda encubierta eran demasiado tentadores para dejar escapar la ocasión. La China era un enemigo declarado de los Estados Unidos y en la CIA creían que, si se podía provocar una agravación, por pequeña que fuese, en el desorden interno del país más poblado del mundo —que, por otra parte, estaba experimentando ya con misiles balísticos de largo alcance—, ello redundaría, aunque fuera un poco solamente, en la disminución de una amenaza que pesaba sobre la seguridad nacional de los Estados Unidos. Además, si se conseguía que Pekín estuviera ocupado con sus problemas internos, podría disminuir la probabilidad de una intervención china en la guerra del Vietnam, semejante a la que se había producido tan eficazmente en Corea unos años antes. Quizá también se podría forzar a los chinos a reducir su ayuda material al Vietnam del Norte y a suspender la exportación de sus ideas revolucionarias a otras zonas del mundo subdesarrollado.

Por consiguiente, la operación fue autorizada por el Comité 303 (actualmente, Comité de los 40) y la agencia sacó sus globos del almacén donde estaban guardados y los envió a una base secreta situada en Formosa. En este lugar, los globos se cargaban con una gran diversidad de material de propaganda cuidadosamente preparado —hojas, folletos, periódicos— y, cuando el viento era favorable, se lanzaban al aire en dirección a las provincias continentales situadas a] oeste de la isla. Los impresos lanzados desde los globos habían sido proyectados por los expertos en propaganda de la agencia de modo que tuvieran un aspecto tan parecido como fuera posible, por su contenido y por su estilo, a las escasas publicaciones que se estaban distribuyendo de un modo furtivo y en pequeña escala en el interior de China, por iniciativa de varios grupos conservadores. Se utilizaron los nombres de falsas organizaciones antirrevolucionarias; se inventaron una serie de asociaciones ficticias, algunas identificadas con el Ejército, otras con las comunas agrícolas o con los sindicatos urbanos.

Toda esta propaganda seguía básicamente una misma línea de crítica a las actividades (reales o imaginarias) de los Guardias Rojos e, implícitamente, de ataque a los dirigentes que fomentaban o toleraban tales excesos. Se abrigaba la esperanza de que esta propaganda y la intoxicación informativa que la acompañaba provocarían más reacciones de oposición a la revolución cultural, aumentando con ello, por una parte, la creciente confusión en que se hallaba sumido el país y desequilibrando, por otra parte, al alta dirección política de Pekín. La CIA calculaba que cuando los chinos se dieran cuenta de que se les

sometía a una operación de propaganda, el Gobierno de los Estados Unidos podría negar fácilmente cualquier responsabilidad en la acción. Lo más probable es que apareciera como culpable el régimen de Chiang Kai-chek, el mismo que daba hospitalidad a la agencia y le prestaba su benévola cooperación en todo aquel asunto.

El sistema de los globos empezó a cosechar éxitos casi en seguida. Los observadores de la CIA pudieron comprobar muy pronto que aumentaba la resistencia contra los Guardias Rojos en las provincias meridionales. Pekín fue inducido a creer, por lo visto, que la reacción frente a la revolución cultural revestía mayor importancia de la que tenía en realidad, y demostró una gran preocupación por los acontecimientos que se producían en el Sur del país. Además, al cabo de pocas semanas, los Fugitivos y viajeros que llegaban a Hong Kong procedentes del continente empezaron a traer ejemplares de las hojas y los folletos confeccionados por los propagandistas de la agencia, lo cual indicaba, sin lugar a duda, que las masas chinas daban crédito a aquellos falsos impresos. Por consiguiente, los Servicios Clandestinos no se cruzaron de brazos y empezaron a buscar otros procedimientos para ampliar su acción Propagandística contra aquel nuevo objetivo.

Se tomó la decisión, pues, de instalar en Formosa un par de emisoras clandestinas para radiar propaganda —y practicar la intoxicación informativa — del mismo estilo que la que habían diseminado los lanzamientos con globos. Si los chinos llegaban a creer que las emisiones de radio eran auténticas, la CIA calculaba que, entonces, podría convencérseles de que el movimiento de oposición a la revolución cultural iba en aumento y quizá muchas personas pensaran que había llegado el momento de resistirse con más determinación a las acciones de los Guardias Rojos y de sus partidarios.

(

CENSURADO

).

Cuando se tiene como objetivo una sociedad cerrada, puede tener un efecto nada desdeñable la simple transmisión de informaciones y noticias que el Gobierno no desea que lleguen a conocimiento de su pueblo. Si, además, con las noticias ciertas se mezcla una hábil labor de intoxicación informativa, miel sobre hojuelas. Los oyentes, que se dan cuenta de que una gran parte de lo que escuchan es cierto, tienden a creer que *todo* lo que se les dice es verdad.

Una de las fuentes de noticias más utilizada por los expertos en propaganda de la agencia era el Servicio de Información de Emisiones Extranjeras (Foreign Broadcast Information Service, FBIS); este servicio pertenece a la propia CIA y posee una docena de puestos de escucha situados en lugares muy diversos, como, por ejemplo,

Hong Kong, Panamá, Nigeria, Chipre e incluso San Francisco, dedicados a captar diariamente los programas de radio que se emiten en todo el mundo. **Pues bien; el FBIS se utilizó también para determinar si las emisiones de los dos transmisores clandestinos alcanzaba el objetivo propuesto en el interior de China y si tenían el efecto deseado.**

El referido servicio de escucha participó también de otra manera muy nociva en la operación y los Servicios Clandestinos no se dieron demasiada prisa en corregir sus efectos perjudiciales. Contrariamente a lo que sucede con la mayor parte de la información recogida por la CIA, los programas captados por el FBIS se distribuyen ampliamente en las esferas oficiales norteamericanas y se facilitan a ciertos suscriptores pertenecientes a la prensa y al mundo universitario. Estos boletines diarios, que son transcripciones literales de las emisiones escuchadas, traducidas al inglés, van encuadernados en cubiertas de distinto color según varias grandes zonas geográficas: amarillo para Extremo Oriente, azul para África y Oriente Medio, rosa para América Latina, etc. Pero, aunque los encargados de preparar el boletín del FBIS son miembros de la dirección de Información de la CIA, a los Servicios Clandestinos no les agrada tener que dar cuenta de las operaciones de propaganda al resto de la agencia. A consecuencia de ello, el FBIS captaba y distribuía a menudo en su boletín dedicado a Extremo Oriente unos programas que procedían en realidad de las estaciones secretas de la agencia en Formosa, junto con las transcripciones de emisiones debidas a verdaderas organizaciones contrarrevolucionarias del continente chino.

Esta circunstancia no parecía afectar lo más mínimo a los Servicios Clandestinos, a pesar de que, debido a ello, los analistas que trabajaban en el cuartel general de la CIA, en Washington, así como sus colegas de los departamentos de Estado y Defensa, podían cometer errores en su apreciación de la situación en China. Tampoco les importaba, al parecer, el hecho de que los profesores y periodistas que publicaban artículos sobre China se basaran hasta cierto punto en una información falsa comunicada por la FBIS. Al cabo de algún tiempo, los analistas de la CIA fueron informados por fin de la existencia de las emisoras clandestinas, pero no se tomó medida alguna para rectificar los datos erróneos facilitados a los demás organismos oficiales, a la prensa y a las instituciones académicas; la seguridad de las operaciones excluía la posibilidad de tales revelaciones. Además, la China comunista era un enemigo y los escritos debidos a periodistas y profesores de prestigio en los que se afirmara que el país se hallaba en un estado casi caótico y que eran posibles las sublevaciones, contribuían a desacreditar a Pekín ante la opinión mundial (lo cual, a 611 de cuentas, estaba de acuerdo con la interpretación de la política exterior norteamericana que por aquel entonces hacía la agencia). **Así pues, las emisoras secretas constituyeron un éxito completo y Bu efectividad continuó incluso después de que el Gobierno chino descubriera su existencia y denunciara a su pueblo la falsedad de las emisiones.**

Mientras tanto, prosiguiendo con sus esfuerzos para explotar las dificultades internas de China, los agentes de operaciones de la CIA recurrieron abiertamente a la intoxicación informativa. Por ejemplo, **(**

CENSURADO

) empezó a dar resultado. Los Guardias Rojos concentraron su ira en el ministerio de Asuntos Extranjeros, exigiendo que los diplomáticos chinos fueran depurados también de toda influencia occidental y se volvieran a consagrar a los principios del comunismo de Mao.

(

CENSURADO

).

Naturalmente, la propaganda y la intoxicación informativa no son fenómenos nuevos. Las naciones y las facciones internas de todos los países han utilizado siempre estos procedimientos para enaltecer su prestigio y para tratar, al mismo tiempo, de desacreditar a sus enemigos y rivales. Pero los grandes avances conseguidos durante el siglo XX en el campo de las comunicaciones han ampliado enormemente el potencial de las acciones propagandísticas, al hacer posible una distribución rápida y extensa del material de propaganda. En Alemania, los nazis perfeccionaron la técnica de las «grandes mentiras» y la utilizaban sin cesar. La Unión Soviética y los restantes países comunistas han recurrido a muchos de los métodos inventados por los alemanes, añadiendo algunos perfeccionamientos de su propia cosecha. Aunque los Estados Unidos no intervinieron activamente en este campo hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando la OSS y la Oficina de Información de Guerra (Office of War Information, OWI) lanzaron sus programas de guerra psicológica, los esfuerzos propagandísticos norteamericanos han sido desde entonces cada vez más importantes, hasta convertirse —con ayuda del personal dedicado a la acción encubierta en los Servicios Clandestinos de la CIA— en algo sumamente eficaz.

Entre el personal señalado se cuentan sociólogos, psicólogos, historiadores y especialistas en los medios de información; se trata de gente preparada, capaz de seleccionar unos objetivos «sensibles», como, por ejemplo, los jóvenes o los intelectuales de un país determinado, y de hacerles llegar el mensaje que interesa comunicar. En la planificación y ejecución de sus actividades, el *staff* de Acción Encubierta acostumbra a trabajar en estrecho contacto con funcionarios de la agencia adscritos a las divisiones de área de los Servicios Clandestinos. La idea de una operación concreta puede haber surgido en un destacamento del extranjero —por

ejemplo, en una estación de la CIA en África o América Latina— que necesita resolver un problema determinado o que descubre un objetivo interesante en el área que tiene asignada; puede haber surgido también en el cuartel general de la CIA, en Langley, ya sea en la sección de propaganda, ya sea en una de las divisiones de área; o bien puede haber llegado de la Casa Blanca, del Departamento de Estado, del Pentágono o de cualquier servicio de información, en forma de petición a la CIA, para que ésta entre en acción. Si se considera que un programa tiene gran trascendencia política o entraña cierto peligro —es decir, si su desenmascaramiento pudiera dejar al Gobierno de los Estados Unidos en una posición desairada—, la correspondiente propuesta de proyecto, puesta a punto por los Servicios Clandestinos, debe someterse a la aprobación de la oficina del director. A continuación, el programa pasa al Comité de los 40, a quien compete dar la autorización definitiva. A partir de ese momento, el control de las operaciones de propaganda y la responsabilidad de su coordinación con el resto de los Servicios Clandestinos y con el Gobierno quedan en manos del *staff* de Acción Encubierta o bien de una de las divisiones de área. Ciertas operaciones de gran envergadura y duración, como Radio Europa Libre y Radio Liberty, se hallaban tradicionalmente bajo la responsabilidad del citado *staff*. Pero, respecto a las operaciones más recientes y de menor importancia, se determina a qué sección corresponden éstas de acuerdo con las circunstancias de cada caso, y el personal de acción encubierta se limita a asesorar o a controlar el desarrollo del programa.

Una operación de propaganda no tiene por qué ser algo siniestro; puede tratarse simplemente de la emisión de programas radiofónicos con destino a Europa Oriental, a base de boletines de noticias completamente inocuos o de música de rock. Otras operaciones son mucho más retorcidas. **(**

CENSURADO

).

La CIA utiliza también con frecuencia documentos falsificados.[*] A mediados de la década de los sesenta, por ejemplo, la agencia se enteró de que cierto país de África Occidental estaba a punto de reconocer a la República Popular China y que el Gobierno del país en cuestión tenía intención de forzar la retirada de la representación diplomática de la China nacionalista. Se consideró que este acto era contrario a los objetivos de la política exterior norteamericana, de modo que la CIA entró en acción. (

CENSURADO

).

Los «papeles del Pentágono» han puesto al descubierto otros casos de propaganda y de intoxicación informativa debidos a la CIA. Un documento altamente confidencial redactado en 1954 por el coronel Edward Lansdale, que entonces pertenecía a la agencia, explica un episodio en el que intervinieron unos astrólogos norvietnamitas, pagados para que hicieran predicciones sobre los desastres que sobrevendrían a ciertos dirigentes del Vietminh y a sus empresas, así como sobre los éxitos y la unidad que esperaban al Sur.

Lansdale explicaba también que el personal bajo su mando,

> había preparado un golpe de guerra psicológica en Hanoi: se confeccionaron unos folletos, ñrmados por el Vietminh, en los que se daban instrucciones a los tonkineses acerca de la conducta que deberían seguir cuando el Vietminh se hiciera cargo de la región de Hanoi, a principios de octubre; en los folletos se trataban temas como, por ejemplo, las propiedades. la reforma rrlonetaria y los tres días de fiesta de que disfrutarían los trabajadores a la llegada del Vietminh. El día siguiente al de la distribución de los folletos, se inscribieron tres veces más de refugiados de lo que era normal. Dos días después, el Vietminh denunció por radio que los folletos eran falsos, pero la falsificación era tan perfecta que incluso la gran mayoría de los militantes del Vietminh estaba convencida de que las denuncias de la radio eran un truco de los franceses.

La propaganda «negra» de Lansdale surtió efecto también en la prensa norteamericana. Uno de esos folletos de mentirijillas cayó en manos del columnista Joseph Alsop, que a la sazón visitaba el Vietnam del Sur. El folleto indicaba que muchos surviednamitas serían enviados a China a trabajar en la construcción de ferrocarriles, y parecía escrito por los comunistas. Alsop, ingenuamente, dio crédito al contenido del folleto y, según Lansdale, éste «fue el motivo de que más tarde escribiera una serie sensacional de artículos pesimistas… Alsop no llegó a saber nunca la verdad». Ni tampoco se corrigió, naturalmente, la falsa impresión que los artículos produjeron en sus lectores.

Las actividades de propaganda de la CIA comprenden también la edición de libros y periódicos. Durante muchos años la agencia ha subvencionado directamente cierto número de revistas y de casas editoriales, entre las que se incluyen desde publicaciones de los emigrados de Europa Oriental hasta empresas prestigiosas, como la editorial Frederick A. Praeger, de Nueva York —la cual tuvo que admitir, en 1967, que había editado «quince o dieciséis» libros a petición de la CIA.

(

CENSURADO

).

Muchas otras empresas editoriales anticomunistas de Alemania, Italia y Francia fueron también apoyadas y ayudadas por la agencia durante los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. **(CENSURADO)**. Según un ex alto funcionario de la agencia, **(CENSURADO)** y el diario de París «Combat». Ese

mismo antiguo funcionario explica también con una sonrisa irónica que durante varios años la agencia subvencionó al diario comunista de Nueva York, «The Daily Worker». Es de justicia hacer constar, sin embargo, que el personal del «Worker» ignoraba la ayuda que la CIA prestaba a su periódico y que se concretaba en el pago a escondidas de varios miles de suscripciones. Por lo visto, la CIA pretendía demostrar de esta manera al público norteamericano que la amenaza del comunismo en el país era algo real.

Aunque la CIA heredó de la OSS la misión de llevar a efecto operaciones de propaganda encubierta, desde un punto de vista estrictamente legal la agencia no tiene la competencia necesaria para dedicarse a estas actividades… si se exceptúa el encargo, muy poco concreto, de «ejecutar otras funciones y servicios relacionados con la información y que afecten a la seguridad nacional según las directrices que señale de vez en cuando el Consejo Nacional de Seguridad». Pues bien; a pesar de ello, la agencia ha gastado más de 1.000 millones de dólares, desde su fundación, en 1947, en actividades de propaganda (la mayor parte de ellas destinadas al exterior, pero algunas también al interior del país), de acuerdo con lo que la propia CIA juzgaba que convenía a los intereses de los Estados Unidos.

Algunas veces esta propaganda ha consistido, sencillamente, en decir la verdad a un determinado público (es la llamada propaganda «blanca») otras, en una mezcla de verdades, verdades a medias y verdades ligeramente distorsionadas, destinadas a influir en las opiniones del público receptor (propaganda «gris»); finalmente, hay casos en que se dicen directamente auténticas patrañas (propagan da «negra»), acompañadas habitualmente, para que sean verosímiles, de algunas verdades y verdades a medias.

En la práctica, es imposible distinguir la propaganda «negra» de la «intoxicación informativa». Ambos procedimientos se basan en la difusión de información falsa con intención de influir sobre las opiniones y el comportamiento del público. En realidad, la intoxicación es una forma especial de propaganda «negra» que exige un secreto absoluto y que, por lo común, se basa en documentos falsificados; se puede decir que empezó siendo una especialidad soviética, y la palabra rusa que sirve para designar esta actividad, *desinformatsiya*, es análoga al vocablo inglés *disinformation* (es decir, «desinformación») que se utiliza en los Estados Unidos. En la KGB, incluso existe un «departamento de desinformación».

El 2 de junio de 1961 (cuando aún no habían transcurrido dos meses desde el humillante fracaso de la CIA en la bahía de los Cochinos), Richard Helms, que entonces era subdirector de los Servicios Clandestinos, puso al corriente de las falsificaciones realizadas por los comunistas al subcomité del Senado para la seguridad interior. Helms comentó treinta y dos documentos fraudulentos «presentados de tal manera que parezcan comunicaciones de o para funcionarios norteamericanos». Veintidós de esos documentos estaban destinados a demostrar la

existencia de planes y ambiciones inconfesables de los Estados Unidos; diecisiete se referían a la interferencia norteamericana en los asuntos de varios países del mundo libre. De estos últimos diecisiete, once acusaban a los Estados Unidos de inmiscuirse en empresas privadas de varios países de Asia. Uno era un falso acuerdo secreto entre el Secretario de Estado y el Primer Ministro del Japón, Kishi, por el que se permitía la utilización de tropas japonesas en cualquier parte de Asia. Otro documento afirmaba que la política de los Estados Unidos en el Sudeste Asiático exigía que los norteamericanos controlaran las fuerzas armadas de los países miembros de la S.E.A.T.O. Dos falsificaciones pretendían dar pruebas de que los Estados Unidos estaban conspirando para derribar el Gobierno de Sukarno; los dos restantes intentaban demostrar simplemente que el Gobierno norteamericano, a pesar de las negativas oficiales, proporcionaba en secreto ayuda militar a los rebeldes alzados contra Sukarno.

Los dos últimos ejemplos referentes a Indonesia eran especialmente interesantes. Un examen superficial de los documentos tal como los presentó Helms indica que se trataba realmente de falsificaciones bastante burdas, aunque su contenido correspondía a la verdad. No sólo era cierto que, en 1958, la CIA había prestado su ayuda a los intentos de derribar el Gobierno de Sukarno, sino que, además, el propio Helms, segundo jefe de los Servicios Clandestinos, lo sabía perfectamente. Y sabía, asimismo, que «las negativas oficiales» a las que hacía referencia no eran sino engaños y mentiras declaradas de los portavoces del Gobierno de los Estados Unidos. La declaración de Helms ante el citado subcomité fue dada a la publicidad con la aprobación de la CIA, que en realidad estaba ejecutando una operación de propaganda más, pero dirigida esta vez al pueblo norteamericano. No sólo mintió Helms acerca de las mentiras de los comunistas (lo cual no quiere decir que éstos sean inocentes), sino que al mismo tiempo evitó con gran habilidad toda referencia al hecho de que la CIA miente continuamente en nombre de los Estados Unidos.

Las emisoras de radio

Hasta 1971, las operaciones de propaganda más importantes de la CIA fueron, con mucha diferencia, Radio Europa Libre (RFE) y Radio Liberty (RL). RFE emitía hacia Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria, mientras que los programas de RL estaban destinados a la Unión Soviética. Ambas emisoras, aparentemente privadas, fueron fundadas por la CIA durante los primeros años cincuenta, en los momentos culminantes de la guerra fría. Funcionaban bajo la cobertura que les proporcionaban sus consejos de administración, domiciliados en Nueva York y formados básicamente por políticos eminentes, jefes militares retirados y directores de sociedades anónimas. Desde sus estudios situados en Munich y a través de transmisores instalados en Alemania Occidental, España, Portugal y

Formosa, las dos emisoras radiaban millares de horas de programas cada año hacia los distintos países comunistas. Sus presupuestos anuales conjuntos oscilaban entre 30 y 35 millones de dólares; la CIA sufragaba el 95% de los gastos.[*]

Durante sus primeros años de existencia, tanto RFE como RL propugnaban ruidosamente la política de «echar para atrás» el Telón de Acero. (En un principio, Radio Liberty se llamó Radio Liberation.) El tono de sus emisiones se suavizó de modo considerable después de la revuelta de Hungría de 1957, cuando RFE fue objeto de severas críticas, acusada de haber incitado la continuación de una resistencia inútil dando a entender que la ayuda de los Estados Unidos llegaría de un momento a otro. Durante los acontecimientos de Hungría y con posterioridad a ellos, quedó bien claro que los Estados Unidos no intervendrían directamente en la liberación de las naciones cautivas; por tanto, ambas emisoras cambiaron la orientación de sus programas y se dedicaron más bien a propugnar una liberalización en el interior del sistema comunista mediante transformaciones de carácter pacífico. Sin embargo, la CIA continuó financiando a las dos emisoras, proporcionándoles el personal clave y controlando el contenido de sus programas.

Teóricamente, la misión de RFE y de RL era la de proporcionar una información fidedigna a los pueblos de Europa Oriental. En general, este objetivo fue alcanzado y sus emisiones eran escuchadas por millones de personas. Aunque tanto RFE como RL introducían ciertas distorsiones en sus programas, la información que daban era considerablemente más exacta, en especial durante los primeros años, que la proporcionada por los órganos informativos de Europa Oriental. Pero, para muchas personas dentro de la CIA, el valor de estas emisoras residía en el hecho de que podían sembrar el descontento en los países comunistas, debilitando con ello sus regímenes políticos. Los «duros» de la agencia hacían notar que RFE y RL habían contribuido a desencadenar procesos como, por ejemplo, la agitación social que, en 1956, llevó a Wladyslaw Gomulka al poder, en Polonia; el levantamiento de 1957 en Hungría; y la caída del estalinista Antonin Novotny, acaecida en Checoslovaquia en 1967. En cambio, otros elementos de la CIA no creían que hubiera una relación específica entre estos acontecimientos tan espectaculares y las dos emisoras, pero subrayaban el papel que tanto RFE como RL habían desempeñado en la desestalinización y en la gradual liberalización de la Europa Oriental.

Como en la mayor parte de las operaciones de propaganda, el efecto conseguido por las dos emisoras ha consistido en contribuir al desarrollo —y, algunas veces, a la acentuación— de ciertas tendencias preexistentes en la zona sometida a su acción. Incluso cuando los acontecimientos ocurridos en Europa Oriental se han desarrollado a satisfacción de la CIA, es casi imposible probar que las emisoras hayan contribuido directamente a ellos. En todo caso, sea cual fuere el éxito alcanzado por las emisoras, la intención de la agencia era, desde el principio, que tuvieran una intervención activa en los asuntos de Europa Oriental, en lugar de limitarse exclusivamente a dar noticias fidedignas. En efecto, además de transmitir información con destino al Este de

Europa y de hostigar a los gobiernos comunistas, RFE y RL han proporcionado a los Servicios Clandestinos unos elementos de acción encubierta que podrían utilizarse contra la Unión Soviética y los países de Europa Oriental.

Debido a que su numeroso personal está formado en gran parte por refugiados del Este de Europa, ambas emisoras constituyen un manantial precioso de agentes, contactos, información y encubrimiento para las operaciones. Una de las fuentes de información proporcionadas por las emisoras era el considerable número de cartas que RFE y RL recibían de sus oyentes de Europa Oriental. Estas cartas, que llegaban por el correo ordinario o traídas por viajeros venidos del Este, eran consideradas por los agentes de operaciones clandestinas de la CIA como un recurso más para la obtención de información. Los exiliados que trabajaban en RFE y en RL se servían de las cartas y de otras informaciones que llegaban a las emisoras para redactar unos análisis sobre la situación en el Este. Sin embargo, el valor de muchos de esos análisis era puesto en duda en el cuartel general de la CIA; en general, estos informes no gozaban de una consideración excesiva en los servicios secretos de los Estados Unidos.

Por discutible que fuera el efecto causado por RFE y RL en los acontecimientos de Europa Oriental, los Gobiernos de los países comunistas se sentían muy preocupados, naturalmente, por la existencia de las emisoras. Se realizaron grandes esfuerzos para interferir sus programas y, durante los últimos años de la década de los cincuenta, los servicios secretos comunistas se dedicaron con ahínco a desacreditar a las dos emisoras y a infiltrarse entre su personal. En muchos casos tuvieron éxito, de modo que a mediados de la década siguiente en el cuartel general de la CIA se creía en general que ambas empresas estaban plagadas de agentes comunistas y que una gran parte de los análisis procedentes de Munich se basaban en informaciones falsas introducidas por los agentes de la oposición. Durante este período, por otra parte, iba creciendo el espíritu de distensión entre el Este y Occidente, por lo cual muchos funcionarios de la CIA opinaban que tanto RFE como RL habían perdido ya su utilidad. Los partidarios de las emisoras tenían cada vez más dificultades, cuando llegaba el momento de preparar los presupuestos, para justificar los gastos anuales de ambas radios. Incluso los propios Gobiernos de Europa Oriental iban perdiendo interés en las estaciones y los esfuerzos por interferirlas disminuyeron considerablemente.

Dentro de la agencia se efectuaron varios estudios sobre la utilidad de RFE y RL y siempre se llegaba a la conclusión de que convenía ir suprimiendo las subvenciones que les otorgaba la CIA. pero, después de cada estudio, los veteranos de la agencia, que al comienzo de sus carreras habían estado muy relacionados con las emisoras, aducían nuevas razones, generalmente infundadas, en apoyo de la conservación de las dos estaciones. El cariño que estos agentes veteranos sentían hacia RFE y RL era muy grande. Además, la continuidad de las emisoras era defendida por personalidades influyentes, como el general Lucius Clay, ex jefe de la NATO; Frank

Stanton, presidente de la CBS, o el presidente de la General Motors, James Roche, que formaban parte de los consejos de administración de ambas emisoras. Todas esas presiones se oponían a los intentos del personal de planificación, programación y presupuestos de la CIA, que pretendía retirar la ayuda de la agencia a ambas emisoras. Por otra parte, la alta dirección de la agencia se resistía a romper con las estaciones, pues temía que si se suprimían los pagos anuales de 30 a 35 millones de dólares este dinero estaría perdido irrevocablemente para la agencia. Así, pues, cada estudio efectuado en la CIA y que recomendaba dar por terminada la intervención de la agencia en las emisoras sólo tenía invariablemente un resultado: que se encargaba otro estudio.

De esta manera, la inercia burocrática, las pocas ganas que tenía la USIA de encargarse del funcionamiento de las emisoras y las oportunas gestiones de los consejos de administración de RFE y RL se combinaban para conseguir que los fondos de la CIA continuaran afluyendo a las dos radios durante la década de los sesenta. Incluso después de que la financiación de ambas estaciones por la agencia llegara a conocimiento del público en general, en 1967, como consecuencia del escándalo provocado por la penetración de la CIA en la Asociación Nacional de Estudiantes, la agencia mantuvo sus subvenciones. El grupo de estudio especial formado por el presidente Johnson para investigar aquel escándalo (el llamado comité Katzenbach) recomendó que no se autorizara a la CIA a financiar «a ninguna de las organizaciones educativas o privadas y voluntarias». Pero, a pesar de ello, y contando con la aprobación de la Casa Blanca, la agencia continuó ligada a RFE y RL.

No se registró ningún cambio en esta situación hasta el mes de enero de 1971, en que el senador por Nueva Jersey, Clifford Case, se declaró contrario a que la CIA subvencionara a las emisoras y Presentó un proyecto de ley para su financiación por las vías normales.

La iniciativa de Case atrajo la atención de los medios informativos y pronto quedó establecido con claridad que el senador no pensaba ceder a las presiones de la Administración. Cuando el comité del Senado para las relaciones exteriores señaló día para el comienzo de las sesiones dedicadas al proyecto legislativo de Case, y como quiera que el senador amenazó con citar como testigos a varios antiguos empleados de RFE, la CIA decidió que había llegado el momento de desembarazarse de las dos emisoras. Se logró que el Congreso concediera una subvención normal a las dos estaciones y a fines de 1971 se dio por terminada oficialmente la intervención económica de la CIA en RFE y RL. No se sabe si la agencia ha abandonado también los elementos de acción encubierta relacionados con las emisoras, aunque esto no parece probable, a juzgar por el precedente de otros casos. Sin embargo, de momento, la amenaza más grave para el futuro de RFE y RL no parece provenir del Congreso, que seguramente seguiría concediendo subvenciones por tiempo indefinido, sino del Gobierno de Alemania Occidental presidido por Willy Brandt. Ahora que las emisoras han quedado sin la protección de una falsa cobertura, Bonn se encuentra

sometido a presiones de los países de Europa Oriental para que se prohíba a las dos emisoras que transmitan desde territorio alemán. **(**

CENSURADO

) aunque quizás aceptará el argumento de que RFE y RL constituyen unos obstáculos superfluos que retrasan el mejoramiento de las relaciones, incluidas en el esfuerzo para lograr una distensión entre el Este y el Oeste.

Otras operaciones de propaganda

La CIA ha estado siempre interesada en entrar en contacto con elementos disidentes de Europa Oriental y de la Unión Soviética y en fomentar sus actividades. En los comienzos de la guerra fría, la agencia enviaba agentes propios y grandes sumas de dinero a los países situados tras el Telón de Acero, a fin de mantener un cierto estado de agitación en ellos; en la mayor parte de los casos, sin embargo, estas tentativas acabaron desastrosamente. En años más recientes, las operaciones contra la URSS y los países del Este de Europa no han sido tan frecuentes ni tan burdas. De todos modos, la CIA ha continuado en contacto con los grupos de exiliados establecidos en Europa Occidental y en los Estados Unidos. Muchas veces, estos grupos están bien informados acerca de la situación reinante en sus respectivas patrias y a menudo sirven de intermediarios en los contactos de la CIA con los elementos disidentes de aquellos países.

(

CENSURADO

) ha llegado a la conclusión de que el grupo de exiliados tiene una utilidad muy reducida.

Otra organización que recibió cuantiosas subvenciones de la CIA fue la Fundación de Asia (Asia Foundation). Fue creada por la agencia en 1956 y dotada de un consejo de administración formado por personalidades cuidadosamente escogidas; su objeto era el fomento del interés hacia las cuestiones de Oriente entre las instituciones académicas y el público en general. La Fundación patrocinaba investigaciones de tipo erudito, contribuía a la celebración de conferencias y simposios y desarrollaba un programa de intercambio de estudiantes, todo ello contando con una subvención de la CIA que llegaba a los 8 millones de dólares anualmente. Aunque la mayor parte de las actividades de la Fundación eran perfectamente legítimas, la CIA la utilizaba, a través de infiltraciones entre su

personal y sus socios, para subvencionar a profesores universitarios de varios países asiáticos, para diseminar por todo el continente una visión negativa de China continental, Vietnam del Norte y Corea del Norte, y para reclutar agentes extranjeros. Si bien la Fundación servía a menudo de cobertura para las operaciones clandestinas, su finalidad principal era promover la propagación de ideas anticomunistas y pronorteamericanas, lo cual se hacía unas veces sutilmente y otras de una manera declarada.

La Fundación de Asia enfocaba sus actividades hacia el extranjero, pero la repercusión conseguida por esta organización era, en genera], más importante en los medios académicos norteamericanos que en Extremo Oriente. Eran numerosos los intelectuales norteamericanos que participaban en los programas patrocinados Por la Fundación y que, por tanto, contribuían —por lo general sin saberlo— a propagar las ideas de la CIA sobre el Extremo Oriente. Así, pues, la Fundación de Asia, aunque había sido proyectada como una operación de propaganda en el exterior —y ésta era la justificación de su presupuesto—, se hizo responsable más de una vez de transmitir al público de los Estados Unidos las opiniones de la CIA sobre Asia.

Las relaciones de la agencia con la Fundación salieron a la luz pública poco después de que se revelara, en 1967, que la CIA subvencionaba a la Asociación Nacional de Estudiantes. La Fundación era, sin ninguna duda, una de aquellas organizaciones que, según las recomendaciones del comité Katzenbach, la CIA no podía financiar; en consecuencia, se tomó la decisión de suprimir las subvenciones de la agencia a la Fundación. Sin embargo, la súbita interrupción de la financiación hubiera obligado a la Fundación a disolverse; por ello, la CIA le concedió un cuantioso «pago final» para que pudiera sobrevivir un par de años mientras encontraba otras fuentes de financiación. Suponiendo que la CIA no haya reanudado sus subvenciones secretas, la Fundación de Asia se ha convertido, al parecer, en una organización autosuficiente en e] plano económico.

Durante los años sesenta, la CIA fundó una serie de «propiedades» (compañías de su propiedad) de un tipo nuevo, con destino a las operaciones de propaganda de la agencia. Estas compañías son más reducidas y están mejor disimuladas que las organizaciones de fachada poco ágiles y actualmente desenmascaradas como la Fundación para Asia y Radio Europa Libre. **(**

CENSURADO

). Cada vez más, a medida que los Estados Unidos van reduciendo sus programas de ayuda exterior y disminuye su intervención directa en los países extranjeros, la agencia tendrá que encargarse de desempeñar misiones similares en otros países.

La CIA ha utilizado también a los que escapan de los regímenes comunistas para fines de propaganda, práctica que ha tenido más repercusión en los Estados Unidos

que en el extranjero. Estos individuos, sin que la CIA les obligara, tendrían muchas cosas interesantes que contar sobre la situación política de sus países de procedencia, pero casi todos pasan inmediatamente a manos de la agencia y son sometidos a prolongadas sesiones secretas de interrogatorio en un centro especial de acogida de tránsfugas situado en Francfort del Main o bien, cuando la información que pueden facilitar es especialmente valiosa, en ciertas «casas de seguridad» que posee la CIA en los Estados Unidos. A cambio de las noticias que los tránsfugas proporcionan sobre su vida y su trabajo anteriores, la agencia se encarga habitualmente de facilitarles su instalación en Occidente, dándoles incluso, si es necesario, una nueva identidad. En ciertos casos, cuando han terminado ya los largos interrogatorios, la CIA anima al desertor a que escriba artículos o libros sobre su vida pasada; como a lo mejor está viviendo aún en una base de la CIA o depende de la agencia para su subsistencia, se cuidará muchísimo de no poner en peligro su futuro negándose a cooperar. La agencia no trata de modificar drásticamente lo que ha escrito el tránsfuga; se limita a influir sobre él, sugiriéndole que oculte o no mencione ciertas informaciones, por razones de seguridad o porque pueden perjudicar la política norteamericana del momento. Naturalmente, se procura que el autor incluya en su libro todas las informaciones que justifican la actuación de los Estados Unidos y de la CIA; en caso necesario, la agencia facilita al tránsfuga toda la ayuda de tipo literario que éste pueda solicitar. Los libros escritos de esta forma muestran tendencia, como es natural, a presentar a los servicios secretos comunistas como órganos diabólicos y sin escrúpulos (cosa que ciertamente son), Pero, en cambio, casi nunca mencionan los triunfos logrados por esos servicios sobre la CIA. Aunque el adversario a veces gana, la agencia preferiría que nadie se enterase de sus derrotas; y, claro está, el desertor que depende de la CIA es muy poco probable que actúe contra los intereses de ésta.

Cuando ayuda a un tránsfuga a escribir un libro, la agencia a menudo le busca editor. A veces, la CIA colabora incluso en la Promoción del libro, en el campo de las relaciones públicas, como ocurrió, por ejemplo, en el caso del mayor Ladislav Bittman, oficial de información checo que huyó a Occidente en 1968. Poco antes de la publicación de su libro, titulado *The Deception Game*, en 1972, Bittman fue entrevistado por el «Wall Street Journal». Hablando sobre el uso que hacen los servicios secretos norteamericanos de las técnicas de intoxicación, el ex agente checo di jo: «Nosotros creíamos que los norteamericanos tenían otros medios más eficaces —como, por ejemplo, los programas de ayuda económica— que esos trucos, otros medios con mucha más influencia que todas las operaciones de propaganda negra.»

Es posible que Bittman expresara realmente la opinión de sus ex colegas de los servicios de información checos, pero sus palabras deben ser acogidas con cierto recelo. Es casi seguro que los checos saben muchas cosas sobre los programas de propaganda y de intoxicación de la CIA, del mismo modo que la CIA las sabe de los suyos; pero la declaración de Bittman, teniendo en cuenta que va acompañada por unas descripciones muy completas de los programas de intoxicación checos y rusos,

refleja con la mayor exactitud la imagen que la CIA quiere proyectar al público norteamericano: la de que los comunistas están siempre tratando de engañar a Occidente, mientras que la CIA, al desenmascarar hábilmente sus falacias, evita los perniciosos efectos de unas tácticas tan aviesas.

La propaganda a través de la edición de libros ha constituido siempre un éxito para la CIA. En 1953, la agencia prestó su ayuda a la publicación de un libro titulado *The Dynamics of Soviet Society* («La dinámica de la sociedad soviética»), escrito por Walt Rostow, que más tarde sería ayudante del presidente Johnson para asuntos de seguridad nacional, y por otras personas adscritas al Centro de Estudios Internacionales del Instituto de Tecnología de Massachusetts. Este centro había sido constituido en 1950 con dinero de la CIA y el libro se editó en dos versiones: una de ellas de carácter confidencial (para la CIA y para los altos cargos oficiales) y otra libre (para el público en general). Si se exceptúan algunos detalles de menor importancia, ambas versiones intentaban demostrar la tesis de que la Unión Soviética era una potencia imperialista decidida a conquistar el mundo entero y que los Estados Unidos tenían la obligación de embotar la amenaza comunista.

Sin embargo, la mayor proporción de operaciones de propaganda que realiza la CIA mediante la edición de libros son más sutiles y discretas. Un ex funcionario de la CIA especializado en asuntos soviéticos explica que un día, en 1967, un empleado de la sección de acciones encubiertas le mostró un libro titulado *The Foreign Aid Programs of the Soviet Bloc and Communist China* («Los programas de ayuda al extranjero del bloque soviético y China comunista»). cuyo autor era un alemán llamado Kurt Muller. Al experto en asuntos soviéticos le pareció que el libro podría ser interesante y pidió a su colega que se lo prestara. «Quédeselo», le respondió éste. «Tenemos varios centenares de ejemplares en el piso de abajo.» El libro de Muller no era un estudio imparcial sobre el tema, ni mucho menos; criticaba duramente la ayuda de los países comunistas al Tercer Mundo. El referido experto de la CIA está convencido de que la agencia había averiguado que Muller se hallaba interesado en los programas de ayuda exterior de los países comunistas, de que entonces le había convencido para que escribiera un libro con una orientación fuertemente anticomunista, le había facilitado información y le había ayudado a editar y distribuir la obra.

Todos los servicios de información utilizan el sistema de subvencionar la edición de libros. Hay muchos autores dispuestos a escribir sobre temas que les interesan para promocionar su carrera profesional o académica, aunque sea dándoles un sesgo que contribuya a los objetivos propagandísticos de un organismo con el que simpaticen. Claro está que los libros de este tipo se limitan a imprimir un falso sello de autoridad y respetabilidad a la información que los correspondientes servicios secretos desean dar a conocer —incluso aunque esta información sea perfectamente correcta—, ya que, por definición, no pueden presentar un análisis objetivo del tema que estudian.

Además, si llega a saberse quién subvenciona la obra, tanto su autor como los datos que ésta contiene se convierten en sospechosos. **(**

CENSURADO

).

Sin embargo, los espías no llevan diarios personales. No acostumbran a caer en la ingenuidad de hacer algo tan arriesgado ni tienen tiempo para ello, ocupados en llevar una doble vida.

(

CENSURADO

). Allen Dulles parecía estar echando sal sobre sus heridas cuando escribió en su libro *The Craft of Intelligence* («El arte del espionaje») que la defección de Penkovsky había constituido para los servicios de inteligencia soviéticos un golpe terrible, al revelarles que Occidente estaba en contacto con altos funcionarios rusos dispuestos a trabajar «en sus puestos durante períodos de tiempo prolongados», y con otros «cuya existencia no ha sido nunca revelada y que para su propia protección tienen que permanecer desconocidos para el público».

Y, naturalmente, la publicación de *The Penkovsky-papers* («Los papeles de Penkovsky») dejó a los soviéticos en la incómoda posición de tener que reconocer ante todo el mundo que sus medios gubernamentales habían sufrido la infiltración del espionaje occidental. Además, el éxito de Penkovsky como espía realzó el prestigio de la CIA, tanto frente al pueblo norteamericano como ante el resto del mundo en general. Se le podían perdonar a la agencia sus fracasos, como el de la bahía de los Cochinos, si era capaz de reclutar agentes como Penkovsky para cumplir la tarea que constituye el punto débil de la CIA: la recogida de información en el interior de la Unión Soviética y de China.

Sin embargo, los hechos eran otros. **Al principio, Penkovsky no era espía de la CIA, sino que trabajaba para el servicio de espionaje británico. Había intentado ponerse al servicio de la CIA en Turquía, pero su ofrecimiento fue rechazado, debido a que la división del Bloque Soviético de los Servicios Clandestinos temía por encima de todo caer en la trampa de los agentes dobles y de los provocadores de la KGB.** A los asustadizos funcionarios de operaciones de la CIA, la oferta de Penkovsky les parecía demasiado buena para no resultar sospechosa, especialmente en unos momentos en que era aún reciente la catástrofe provocada por la defección de Burgess y McLean. Hacía poco tiempo también que la CIA había sufrido varias derrotas en manos de la KGB en Europa, y es comprensible que temiera que la volvieran a embaucar.

Pero, por lo visto, Penkovsky estaba resuelto a espiar para Occidente y, en 1960, entró en contacto con los servicios de espionaje británico, que acabaron por reclutarlo. Los ingleses informaron a la CIA de que se podía disponer de Penkovsky y le ofrecieron llevar el asunto conjuntamente. **Los funcionarios de la CIA destacados en Moscú y en otras partes participaron en la operación, llevada a cabo mediante complicadas técnicas clandestinas, de recoger la Información facilitada por Penkovsky y de interrogarle durante las visitas que hacía el espía a Europa Occidental. (**

CENSURADO

).

Los papeles de Penkovsky constituyeron un éxito de ventas en todo el mundo, especialmente en los Estados Unidos. No hay duda de que su publicación incomodó a la Unión Soviética. **(**

CENSURADO

).

Años después, Richard Helms volvió a referirse a Penkovsky en este sentido, aunque sin citarlo por su nombre, cuando, en una conferencia pronunciada ante la Sociedad Americana de Directores de Periódicos, afirmó que «cierto número de rusos, personas valerosas y que ocupaban puestos de responsabilidad… nos ayudaron» a descubrir a tiempo la maniobra soviética. **Una de las personas que se dejó engañar así** fue el senador por Dakota del Norte, Milton Young, miembro del subcomité del Senado que tiene a su cargo la supervisión de la CIA. Interviniendo en un debate celebrado en el Senado en 1971 y en el que se discutía la posible reducción de los presupuestos de los servicios de información, el senador Young declaró: «Y si desean ustedes leer algo sumamente interesante y muy autorizado referente a cuestiones de espionaje, les recomiendo los papeles de Penkovsky… es una obra muy interesante, que explica por qué era tan importante para nosotros poseer la información que teníamos sobre Cuba y que explica también lo que pensaban los rusos y hasta dónde estaban dispuestos a ir.»

Sin embargo, lo cierto es que los analistas de la CIA que trabajaban sobre el problema cubano en el momento de la crisis de los cohetes y que prepararon los informes para el Presidente, antes y después del descubrimiento de los misiles soviéticos, no dispusieron de ninguna información de este tipo procedente de Penkovsky o de algún otro espía en el interior de la Unión Soviética. Los datos decisivos, que condujeron al descubrimiento de los misiles, se obtuvieron del análisis de fotografías tomadas por satélites sobre la URSS, de los movimientos de los buques

soviéticos, de las fotografías tomadas por los aviones U-2 que sobrevolaron Cuba y de las informaciones que facilitaron los refugiados cubanos. La información técnica de base que proporcionó Penkovsky y que llegó a manos de la CIA mucho tiempo antes de la crisis fue de cierta utilidad, pero, desde luego, no tuvo una importancia decisiva.

Varios expertos en asuntos de la Unión Soviética han acusado por separado a *Los papeles de Penkovsky* de ser falsos, por lo menos en parte, y de que no eran una transcripción del «diario), del espía. Victor Zorza, reputado comentarista sobre cuestiones soviéticas del «Manchester Guardián» y del «Washington Post», escribió que «el libro sólo ha podido ser obra de la “Central Intelligence Agency”». Zorza hizo observar que Penkovsky no podía haber tenido ni tiempo ni ocasión para redactar un manuscrito semejante; que tanto el editor del libro (Doubleday and Company) como su traductor (Peter Deriabin, que también se había pasado de la KGB a la CIA) se negaron a mostrar el original ruso para que pudiera ser inspeccionado; y que la obra contenía errores de estilo, de técnica y de hecho que Penkovsky no hubiera cometido jamás.

Los servicios de espionaje británicos tampoco desaprovecharon la ocasión de marcarse un tanto propagandístico en el asunto Penkovsky. El funcionario inglés que estaba en contacto con Penkovsky era Greville Wynne, perteneciente al MI-6, quien traba jaba fingiendo ser un hombre de negocios y que fue detenido al mismo tiempo que Penkovsky; posteriormente los soviéticos lo canjearon por el espía ruso Gordon Lonsdale. **Cuando Wynne regresó a la Gran Bretaña, el MI-6 le ayudó** a escribir un libro sobre sus experiencias, que se tituló *Contact on Gorky Street* («Contacto en la calle Gorki»). Los servicios de información ingleses hicieron editar este libro en parte para recoger dinero con destino a Wynne y recompensarle de este modo por el año y medio que había pasado en las cárceles soviéticas, pero el motivo principal del MI-6 era el de contrarrestar la publicidad sumamente desfavorable producida por la defección de uno de sus altos funcionarios, Harold «Kim» Philby, ocurrida en 1963, y la subsiguiente publicación de las memorias de éste, preparadas bajo los auspicios de la KGB.

Sin embargo, lo interesante es que en ningún momento de su obra Wynne menciona la ayuda recibida de la CIA. La razón de esta omisión pueden ser los celos profesionales de los servicios de espionaje británicos, un acto de delicadeza por parte de los ingleses (es decir, evitar toda mención indiscreta de una agencia de información aliada) o, más probablemente, un reflejo del reducido papel que representó la CIA en toda la operación.

Otros libros en cuya publicación puede haber intervenido quizá la CIA hasta cierto punto fueron *Kruschchev Remembers* («Kruschev recuerda[*]») y el segundo volumen de las Memorias de Kruschev; la publicación de este último estaba prevista para 1974. Aunque no hay duda de que estas obras autobiográficas, y en cierto modo de justificación personal, proceden del ex Primer Ministro soviético en persona, se

registraron varias circunstancias curiosas en su transmisión desde Moscú hasta la compañía Time Inc., de Nueva York, y la división editorial de ésta, la Little, Brown and Company. La Time Inc. no ha explicado nunca claramente cómo llegaron a sus manos las cintas magnetofónicas que contenían 180 horas de recuerdos de Kruschev y sobre las que se basan los libros; tampoco se explica muy bien cómo fue posible sacar las cintas grabadas de la URSS sin conocimiento del Gobierno soviético o de la eficiente y omnipresente KGB. El conjunto de la operación —debido singularmente a su trascendencia política— tenía demasiada importancia para que se hubiera realizado sin el consentimiento, tácito por lo menos, de las autoridades soviéticas. A diferencia de Alexander Solzhenitsin, Kruschev no fue denunciado ni sufrió el exilio de Moscú impuesto por los todopoderosos jefes del partido.

La mayor parte de las explicaciones que dio la Time Inc. para aclarar los puntos misteriosos de este caso tienen un aire ligeramente falso. Puede que sean ciertas, pero el hecho es que varios prestigiosos estudiosos norteamericanos y británicos, así como ciertos profesionales de los servicios de información, que se dedican a cuestiones soviéticas, tienen dificultades para aceptarlas en su totalidad. ¿Por qué razón, por ejemplo, la Time Inc. se arriesgó a enviar una copia de las galeradas a su oficina de Moscú —en secreto, vía Helsinki— antes de la publicación? En definitiva, pues, es muy posible que nunca se llegue a conocer la historia completa de las Memorias de Kruschev. Y si alguna vez llega a descubrirse, resultará ser, seguramente, otro ejemplo de la cooperación secreta entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, de dos potencias mutuamente enfrentadas que colaboran entre sí para ocultar sus operaciones a los ojos de sus respectivas opiniones públicas. Al fin y al cabo, la publicación del primer volumen de las Memorias, en 1971, tuvo una virtud al menos: reforzó la posición de los antiestalinistas de Moscú y, por ende, aclaró las perspectivas de una distensión internacional.

CAPÍTULO 7
Espionaje y contraespionaje

El alma del espía
constituye en cierto modo
el modelo de todos nosotros.

JACQUES BARZUN

La opinión popular ve a los servicios de información como organizaciones formadas por consumados espías que, en la mejor tradición de James Bond, ponen al descubierto, con gran peligro por su parte, las aviesas intenciones de los enemigos de la patria. Hace ya muchos años que, para el Gobierno norteamericano, esta forma clásica del espionaje tiene considerablemente menos importancia que los satélites artificiales, el descifrar los códigos secretos y otros sistemas de recogida de información por medios técnicos. Incluso las fuentes accesibles libremente (la prensa y los restantes medios de comunicación) y los canales oficiales (diplomáticos, agregados militares, etc.) proporcionan más informaciones valiosas que los Servicios Clandestinos de la CIA. Frente a sus dos objetivos principales, la Unión Soviética y China, la eficacia de los espías de la CIA es prácticamente nula. A causa del carácter cerrado de sus sociedades y de sus poderosas organizaciones de seguridad interior, los países comunistas han demostrado ser virtualmente impenetrables para la CIA.

Desde luego que, de vez en cuando, la agencia ha logrado algún buen golpe en el campo del espionaje, pero casi siempre esto se ha debido a la intervención de tránsfugas o desertores que han tomado la iniciativa de ofrecer sus servicios a la CIA. Hay que recordar que cuando, en 1955, Oleg Penkovsky entró en contacto por vez primera con los funcionarios de la CIA destacados en Ankara, para hablar con ellos sobre la posibilidad de convertirse en un agente de los norteamericanos, se le rechazó por miedo a que fuese un agente doble. Años más tarde, los ingleses, más decididos, lo reclutaron para sus servicios. Casi todos los restantes elementos soviéticos o chinos que, o bien espiaron para la CIA o bien sé pasaron a Occidente, lo hicieron por iniciativa propia, sin que la principal agencia de espionaje norteamericana hiciese nada para reclutarlos.

Desde un punto de vista estrictamente técnico, todo el que trabaja contra su propio Gobierno comete defección. Los agentes reclutados por un servicio de información extranjero o los individuos que ofrecen sus servicios como espías reciben el nombre de «desertores fijos». Aunque no hayan abandonado físicamente su país, en realidad se han pasado en secreto al adversario. Los refugiados y exiliados son también desertores y la CIA los acostumbra a utilizar como espías, si logra convencerles de que se arriesguen a regresar a su país de origen. En general, los desertores y tránsfugas son gente que ha roto con su país y que está dispuesta

simplemente a decir todo lo que sabe sobre las actividades de su Gobierno a cambio de obtener asilo político en otra nación; el hecho de que algunas defecciones se rodeen de una gran publicidad se debe generalmente a que a la CIA le interesa conseguir la aprobación del público hacia sus actividades.

Los tránsfugas de la URSS y de los países de Europa Oriental son recibidos por la CIA en un centro de acogida instalado en Camp King, cerca de Francfort del Main. Allí se les somete a largos interrogatorios por parte de funcionarios de la agencia especializados en extraer de ellos toda la información posible. El interrogatorio de algunos desertores puede durar meses; unos pocos llegan a ser interrogados durante un años entero o aun más.

Un ex encargado de estación de la CIA en Alemania se divierte aún recordando cómo supervisó el largo interrogatorio de un teniente soviético, comandante de un destacamento de tanques, que se enamoró de una muchacha checa y huyó con ella a Occidente después de la invasión de Checoslovaquia por los soviéticos en 1968. El ex funcionario de la CIA explica que tuvo que hacer de consejero matrimonial cuando las relaciones entre la pareja empezaron a agriarse, con lo que el teniente perdía las ganas de hablar. El encargado de estación tuvo que esforzarse en salvar aquel idilio, para que no se interrumpiera el flujo de la información que facilitaba el teniente soviético. Aunque a primera vista pueda parecer que un desertor de tan poca monta como ese teniente no puede dar demasiada información aprovechable para los servicios de información norteamericanos, la CIA ha tenido tan poco éxito en sus intentos de penetrar en las Fuerzas Armadas soviéticas que el pobre oficial tuvo que sufrir un interrogatorio de varios meses de duración. A través de las informaciones que fue dando, los analistas de la agencia pudieron enterarse de muchas cosas referentes a las unidades blindadas soviéticas y a las tropas rusas en general, como, por ejemplo, aspectos de su organización, los procedimientos de instrucción, las tácticas usadas y los detalles prácticos de su participación en la concentración de fuerzas militares que precedió a la invasión de Checoslovaquia. Desde luego, no se puede decir que se tratara de una información de importancia estratégica, pero los Servicios Clandestinos de la CIA no tienen más remedio que tratar de sacar todo el jugo posible de cada uno de los desertores soviéticos de baja graduación.

El mismo ex encargado de estación de la CIA explica con cierto orgullo la deserción de Yevgueni Rungue, agente ilegal (es decir, oculto bajo una identidad falsa) de la KGB, a fines de 1967. Rungue, como otros dos agentes soviéticos más conocidos, el coronel Rudolf Abel, que vivía en Brooklyn, y Gordon Lonsdale, destacado en Londres, residió durante años en Alemania Occidental con una identidad falsa. Sin embargo, contrariamente a sus colegas, Rungue no fue descubierto ni detenido; sencillamente se pasó a la CIA cuando perdió interés en sus actividades clandestinas. Según el citado ex funcionario de la agencia, Rungue fue más valioso, desde el punto de vista de la información suministrada, que el propio Penkovsky. Esta opinión, con todo, es muy discutible, ya que Rungue no dio ninguna

información que los analistas de la CIA pudieran aprovechar para determinar la capacidad estratégica o las intenciones políticas de la Unión Soviética. En cambio, el desertor de la KGB sí que reveló muchas cosas referentes a los métodos y técnicas usados por los servicios de inteligencia soviéticos en sus operaciones clandestinas en Alemania. Para los funcionarios de operaciones de la CIA, que han sido incapaces de infiltrarse en las esferas gubernamentales soviéticas y que, por consiguiente, han acabado por estar obsesionados con las actividades de la «oposición», la defección de un agente ilegal como Rungue representa una enorme ganga, que tienden a supervalorar por razones profesionales; no es de extrañar, pues, que intentaran presentar públicamente la defección de un adversario como un golpe de sus propios servicios.

Cuando la CIA está convencida de que un desertor ha dicho todo lo que sabe, éste pasa a un equipo que se encarga de su instalación en Occidente. La misión de ese equipo consiste en encontrar un lugar donde pueda vivir el tránsfuga sin temor a represalias y con la suficiente tranquilidad para que no revele sus relaciones con la CIA y, sobre todo, para que no sienta la tentación de regresar a su país. Habitualmente, el equipo en cuestión fabrica una falsa historia para encubrir la fuga del desertor, le proporciona una identidad nueva y le facilita el dinero necesario (a veces se trata de una pensión vitalicia) para empezar una nueva vida. Los tránsfugas más importantes son llevados a los Estados Unidos (antes o después de su interrogatorio), pero la gran mayoría quedan instalados permanentemente en Europa occidental, el Canadá o América Latina.[*]

La adaptación del tránsfuga a su nuevo país no deja de presentar a menudo serias dificultades. Por razones de seguridad, habitualmente no se le permite que tenga ningún contacto con su patria ni, por consiguiente, con sus antiguas amistades o los familiares que no le acompañaron en el exilio. Incluso puede que desconozca la lengua del país donde tiene que instalarse. Así se explica que una considerable proporción de desertores y tránsfugas sufran depresiones psicológicas al tener que enfrentarse con una nueva vida, una vez pasada la excitación de los primeros momentos de la fuga y de la defección. Incluso unos cuantos se han suicidado. para que no tengan problemas de ese tipo, la CIA asigna uno de sus funcionarios a cada uno de ellos durante el tiempo que sea necesario; este funcionario está en contacto permanente con el desertor que tiene a su cargo y le ayuda a resolver los problemas que puedan surgir. Si el desertor tiene un carácter particularmente inestable, la CIA lo somete a una vigilancia más estrecha (interceptándole incluso la correspondencia y las llamadas telefónicas), para evitar que cometa actos perjudiciales a los intereses de la agencia.

En ciertos casos, el desertor quedará bajo vigilancia de un funcionario de la CIA para el resto de su vida. Lo que la agencia desea evitar a toda costa es que el exiliado se sienta tan desgraciado que trate de regresar a su patria. Por supuesto, la redefección constituye un buen golpe propagandístico para el adversario; lo peor del

caso, sin embargo, es que el reincidente en la defección revelará seguramente todo lo que sabe acerca de la CIA para hacerse perdonar su primera huida. Además, cuando un tránsfuga vuelve a casa, la agencia se queda para siempre con la duda de que a lo mejor se trataba de un agente doble y de que toda la información facilitada por e] desertor forma parte quizá de una combinación urdida para embaucar a la CIA. Las posibilidades de engaño en el juego de la defección y la contradefección son inagotables, y los servicios de información comunistas no han dejado de aprovecharse de ellas para perjudicar a la CIA.

Micrófonos ocultos y demás inventos

En rigor, el espionaje clásico utiliza exclusivamente a persona3 para recoger información, mientras que el espionaje técnico se sirve de máquinas (satélites fotográficos, detectores electrónicos de largo alcance, estaciones de intercepción de cumunicaciones, etcétera). Hasta la Segunda Guerra Mundial, estos medios técnicos eran prácticamente desconocidos, pero e] súbito desarrollo tecnológico, que ha afectado a casi todos los aspectos de la vida moderna, ha cambiado también de pies a cabeza el oficio del espionaje. Desde el final de la guerra, los Estados Unidos han invertido decenas de miles de millones de dólares en la puesta a punto de máquinas cada vez más perfeccionadas, destinadas a averiguar lo que hacen los restantes países del mundo, especialmente los comunistas. El agente secreto que antes, para obtener la información buscada, sólo disponía prácticamente de su ingenio y su talento, puede recurrir ahora a un surtido inacabable de aparatos de escucha, cámaras fotográficas en miniatura y otras herramientas a cuál más extraña.

Dentro de los Servicios Clandestinos de la CIA, la división de Servicios Técnicos se encarga de la puesta a punto de la mayor parte del equipo usado en las modernas actividades de espionaje. Los accesorios que produce son a veces realmente raros: un transmisor de señales de radio disimulado en una muela falsa, un lápiz que tiene todo el aspecto de un lápiz corriente y que escribe como él, pero que también puede escribir de un modo invisible sobre un papel especial, un extraño espejo retrovisor que en lugar de permitir al conductor la observación de los vehículos que le siguen le da una visión completa de los ocupantes del asiento trasero. En realidad, sin embargo, y si se exceptúan los aparatos de escucha, los equipos fotográficos especiales y los sistemas de comunicaciones secretas, incluso las herramientas más ingeniosas tienen poca aplicación en las operaciones clandestinas.

En el pasado, los servicios secretos estaban interesados en reclutar sólo a los agentes que tuvieran acceso directo a la información realmente importante de un país extranjero. En cambio, hoy en día, la CTA —como los restantes servicios— se interesa también por el guarda o el portero que, dada la función que desempeña, pueda instalar un micrófono oculto o interceptar un teléfono en el lugar adecuado.

Incluso las compañías de telégrafos y de teléfonos de los países extranjeros son objeto de la atención de la CIA. Además de los ministerios de Asuntos Exteriores y de Defensa de los otros países, la agencia tiene también como objetivo para sus penetraciones los respectivos sistemas de comunicaciones nacionales… tarea en la que en ocasiones colaboran ciertas compañías norteamericanas, en especial la International Telephone and Telegraph Company. Asimismo, se intenta la infiltración en los servicios postales con fines de espionaje.

La casi totalidad de los funcionarios de operaciones de la CIA reciben instrucción sobre cuanto hace referencia a la instalación y el funcionamiento de micrófonos ocultos y a la intercepción de teléfonos; de todos modos, la colocación efectiva de los aparatos de escucha corre a cargo habitualmente de especialistas de la división de Servicios Técnicos, que llegan del cuartel general de la agencia o de los diversos centros regionales de apoyo operativo, como **(CENSURADO)**. Los trabajos más complicados acostumbran a encargarse a los especialistas de la sede central de la CIA. En ciertas operaciones, en cambio, los expertos de la citada división instruyen especialmente a los agentes o incluso al funcionario de la agencia responsable de la operación, enseñándoles cómo se instala el equipo necesario.

Las operaciones de escucha varían, naturalmente, según el grado de su complejidad y de su delicadeza (es decir, según el riesgo que representa su descubrimiento por el adversario). Una operación muy arriesgada de tipo clásico, por ejemplo, exige una preparación larga y minuciosa, durante la cual se examina el local que se debe vigilar con el mayor detalle. Tienen que obtenerse los planos del edificio y de la planta donde se halla el local, ya sea copiándolos, ya sea trazándolos a partir de una inspección visual. Debe conocerse sin un fallo la textura de los muros y el color con que están pintadas las paredes interiores. Debe observarse y registrarse la actividad en el edificio y en la habitación o la oficina donde se desea instalar el aparato; también deben conocerse los movimientos de los ocupantes y de los vigilantes, si existen. Cuando se han cumplido todas estas condiciones, llega el momento de decidir dónde y cuándo hay que instalar el micrófono oculto. Habitualmente, la penetración en el local se realizará de noche o durante el fin de semana, procediéndose a la instalación del aparato de escucha con movimientos cuidadosamente preparados y cronometrados de antemano. Se agujerea la pared con perforadoras silenciosas y rápidas, y una vez colocado el micrófono, se tapa el agujero con yeso de fraguado rápido, que se recubre con pintura de un color exacto al original. También se puede efectuar la instalación desde una habitación contigua o bien situada encima o debajo de la que se desea vigilar (en el caso de que se necesite colocar el micrófono en el techo o en el suelo).

Por lo general, los éxitos conseguidos por la CIA mediante micrófonos y teléfonos interceptados se han limitado a los países no comunistas, en los que los sistemas de seguridad interna son relativamente poco rigurosos y no impiden que las operaciones de la agencia gocen de la libertad de movimientos precisa para la

instalación de los aparatos de escucha clandestina. **Por ejemplo, en un informe sobre las actividades clandestinas realizadas por la CIA en América Latina durante los años sesenta, el inspector general de la agencia revelaba que una buena parte de las informaciones secretas recogidas en aquella región procedían de aparatos de escucha. En unos pocos países latinoamericanos, decía el citado informe, la CIA interceptaba sistemáticamente las conversaciones telefónicas de varios altos funcionarios y había logrado colocar micrófonos ocultos en las residencias privadas y en los despachos de numerosas Personalidades clave de cada país, incluyendo a ministros de los respectivos Gobiernos. En algunos países aliados, la agencia dispone de la información adquirida mediante la vigilancia con micrófonos o telefónica realizada por el servicio secreto del propio País, que a menudo recibe asistencia técnica de la CIA para la ejecución de estas operaciones de escucha… y puede resultar infiltrado por la CIA aprovechando esta colaboración.**

Los aparatos de escucha son veleidosos. Con lamentable frecuencia se averían apenas acabados de instalar o funcionan bien durante unos cuantos días y luego de pronto se vuelven silenciosos. A veces los servicios de seguridad adversarios los descubren rápidamente o bien la «oposición», sospechando que en una habitación hay micrófonos ocultos, emplea contramedidas eficaces. La KGB soviética tiene la costumbre de alquilar casas y oficinas en países extranjeros para luego construir paredes interiores, suelos y techos que recubren los existentes en las habitaciones más comprometidas: de este modo inutiliza completamente los micrófonos que pudiera haber instalados anteriormente. El procedimiento más simple para contrarrestar la vigilancia por micrófonos ocultos —y es un método universalmente adoptado— consiste en elevar el nivel de ruido en la habitación haciendo funcionar constantemente un aparato de radio o un tocadiscos. La música y el ruido que producen estos aparatos tienden a enmascarar los sonidos y las voces que se trata de captar con el micrófono; contrariamente al oído humano, los instrumentos de escucha no son capaces de distinguir los diferentes sonidos. Los técnicos de la CIA trabajan sin cesar en el perfeccionamiento de los aparatos de escucha, a fin de incrementar las posibilidades de espionaje de la agencia. El equipo normal de escucha se pone a punto, junto con otros ingenios clandestinos, en la división de Servicios Técnicos. Además de las herramientas para el espionaje, esta división inventa también artilugios destinados a otras actividades encubiertas, como las operaciones paramilitares. Toda una serie de productos se proyectan y fabrican para su utilización en las operaciones especiales. Se trata, por ejemplo, de explosivos plásticos, drogas que incapacitan y matan y armas silenciosas —como ciertas ballestas de gran potencia—. Sin embargo, los instrumentos más complicados y perfeccionados que utilizan los agentes secretos de la CIA son obra de la dirección de Ciencia y Tecnología, que ayuda también a otras secciones de la CIA que se dedican a tareas clandestinas de investigación y desarrollo. **(**

CENSURADO

). Además, la dirección de Ciencia y Tecnología presta su asistencia a la oficina de Comunicaciones en la implantación de nuevos métodos de intercepción de comunicaciones y de contramedidas de seguridad.

Aunque los técnicos de la citada división han realizado trabajos notables en ciertos campos —como, por ejemplo, en el reconocimiento aéreo—, su actuación en lo referente a la aplicación de los sistemas de escucha a las actividades clandestinas, con frecuencia deja mucho que desear. Uno de los procedimientos técnicos qué fue ensayado durante más tiempo era un rayo láser que podía dirigirse desde el exterior hacia una ventana cerrada y que recogía las vibraciones de las ondas sonoras provocadas por una conversación que tuviera lugar en el interior de la habitación. Este sistema fije probado con éxito en la práctica en África Occidental—, pero, al parecer, no ha llegado a funcionar satisfactoriamente, excepto en los Estados Unidos. Otro **(**

CENSURADO

).

Cuando los agentes de operaciones de la CIA consiguen instalar un micrófono oculto o interceptar un teléfono, envían la información obtenida por estos medios a los Servicios Clandestinos, en el cuartel general de Langley, identificando con toda claridad la fuente de la información. Sin embargo, cuando esos servicios, a su vez, transmiten la información a los analistas de las secciones de investigación de la agencia y a diferentes organismos oficiales, la fuente queda disimulada o bien la información se engloba sin citar su origen en el informe de un agente concreto. Por ejemplo, los Servicios Clandestinos pueden atribuir la información a «una fuente del ministerio de Asuntos Exteriores que en el pasado ha dado datos fidedignos» o a «un hombre de negocios occidental con amplios contactos en los círculos gubernamentales del país». Para los funcionarios de los servicios de acción encubierta es más importante proteger a la fuente que presentar la información de un modo directo. Este procedimiento quizá garantiza la existencia de fuentes «seguras», pero, por otra parte, impide que los analistas se pronuncien con libertad sobre la exactitud del contenido de un informe.[*]

(

CENSURADO

).

Durante los años siguientes, la fértil imaginación de los expertos de la dirección de Ciencia y Tecnología produjo muchos más proyectos de sistemas para la recogida de datos, destinados a desvelar los misterios que rodeaban el programa chino de misiles estratégicos. La mayor proporción de ellos resultaron ser inaplicables en la práctica, y uno por lo menos entrañaba unos riesgos enormes. Sin embargo, el más idiota de todos era uno que proponía la construcción de un pequeño aeroplano de una plaza que teóricamente podría meterse en dos grandes maletas; el agente con las dos maletas tendría que infiltrarse por un procedimiento u otro en la zona prohibida y, luego de llevar a cabo su misión de espionaje, montaría el avión y emprendería el vuelo hasta el lugar seguro más cercano, al otro lado de la frontera del primer país amigo que encontrara. Incluso el jefe de los Servicios Clandestinos se negó a tomar en consideración este plan, y el proyecto murió en los tableros de dibujo.

(

CENSURADO

).

Las dificultades técnicas que llevaba consigo el sistema **(CENSURADO)** y el aparato **(CENSURADO)** eran demasiado importantes y requerían demasiado tiempo para su resolución como para que ambos, el sistema y el aparato, pudieran ser puestos a punto completamente por sus inventores antes de que se lograra mejorar los programas de vigilancia mediante satélites de reconocimiento. Los técnicos de la agencia desarrollaron asimismo otros aparatos para la recogida clandestina de información —algunos de ellos de concepción más razonable, pero casi todos de valor discutible— y puede que actualmente estén en servicio. Con frecuencia, los expertos de los servicios técnicos de la CIA se sienten inclinados a construir sistemas raros y complicados solamente por el gusto de resolver los problemas mecánicos que plantean. Es posible que este tipo de trabajos responda a una petición de los servicios de espionaje; sin embargo, por desgracia muchas veces estas peticiones no están destinadas honradamente a resolver una necesidad sentida por los responsables de la política nacional, sino que surgen de la CIA y de las restantes agencias de espionaje y están a su exclusivo servicio.

La irrupción de la técnica

Si bien es cierto que la técnica tiende cada vez más a mecanizar los sistemas clásicos de espionaje, su repercusión se ha dejado sentir sobre todo en la recogida de información a gran escala: satélites, detectores de largo alcance e intercepción de comunicaciones. Esos sistemas técnicos de espionaje se han convertido en la fuente

de información más importante, con mucha diferencia, acerca de los principales adversarios de los Estados Unidos. Los sistemas de reconocimiento aéreo han proporcionado gran cantidad de información detallada sobre los programas de misiles soviéticos y chinos, sobre los movimientos de tropas y sobre otras cuestiones de interés. Informaron también, con aportación de gran número de datos valiosos, acerca de la infiltración de los norvietnamitas en el Vietnam del Sur y sobre los preparativos militares de los norcoreanos contra sus vecinos del Sur. Además, esos sistemas han contribuido con frecuencia a mejorar los conocimientos de los acontecimientos del Oriente Medio por parte del Gobierno norteamericano.

A medida que los medios técnicos de recogida de información se han ido perfeccionando, los espías del tipo tradicional se han ido quedando anticuados, como es natural, y su colaboración en las operaciones clandestinas contra los principales países adversarios ha perdido importancia paulatinamente. Otra consecuencia de la importancia creciente de los métodos técnicos ha sido el aumento desmesurado de los costes de los servicios de espionaje norteamericanos, que llegan a superar los 6.000 millones de dólares anuales. Por una parte, los espías tradicionales son relativamente baratos, pero es que, además, los sistemas técnicos de obtención de información, como proporcionan verdaderas montañas de datos en bruto, exigen una enorme cantidad de gente para procesarlos y analizarlos.

Si se considera el dinero invertido y el personal que emplea, la CIA **no puede resistir la comparación con el Pentágono en el campo del espionaje técnico. El presupuesto que el Departamento de Defensa dedica cada año a sus distintos servicios de información oscila alrededor de los 5.000 millones de dólares, y de un 75 a un 80% de esta cantidad se gasta en los sistemas de recogida técnica de datos y en el proceso de éstos. En cambio, los programas técnicos de la CIA no absorben más de 150 millones de dólares al año. (Esta cifra no incluye los varios cientos de millones de dólares que facilita el Pentágono para ciertos programas realizados en común por los distintos servicios secretos, como, por ejemplo, la puesta a punto de nuevos satélites, y en los que también participa la agencia.) Del mismo modo, son decenas de millares las personas —militares y civiles— que trabajan para el Departamento de Defensa en cuestiones de espionaje técnico, mientras que el personal de este tipo, incluido en la CIA, oscila alrededor de los 1.500 empleados.**

A pesar de todo, la contribución de la agencia a la investigación y al desarrollo del espionaje técnico ha sido sustancial. Durante muchos años, los hombres de ciencia de la CIA se han apuntado tantos importantes, como la puesta a punto de los aviones de reconocimiento U-2 y **SR-71**, el perfeccionamiento de los primeros satélites de reconocimiento fotográfico y el logro de avances notables en el campo de los detectores electrónicos de largo alcance, de lo que son buenos ejemplos los radares «sobre el horizonte» y los satélites estacionarios. Una buena parte de los costes de estas investigaciones y del funcionamiento de los citados sistemas ha

corrido a cargo del Pentágono, y en algunos casos los programas acabaron por convertirse en operaciones conjuntas de la CIA y el Pentágono o bien fueron «capturados» por los servicios militares.

Las primeras experiencias en espionaje técnico realizadas en los Estados Unidos fueron la intercepción de las comunicaciones por radio y el descifre de códigos secretos; este tipo de actividades se acostumbra a designar con la expresión de «espionaje de las comunicaciones» (COMINT). Aunque, en 1939, el secretario de Estado Henry Stimson disolvió la sección «criptoanalítica» de su departamento diciendo, como toda explicación, que «los caballeros no se leen el correo unos a otros», el COMINT resucitó y representó un papel importante en las actividades de espionaje de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. En los años que siguieron inmediatamente al final de la guerra esta actividad fue reducida, en un principio, para aumentar luego, a medida que se intensificaba la guerra fría. En 1952, por una orden ejecutiva secreta decretada por el Presidente, quedó constituida la Agencia Nacional de Seguridad (NSA), con la misión de interceptar y descifrar las comunicaciones de las naciones extranjeras, tanto amigas como adversarias, y de asegurar el secreto para las claves oficiales de los Estados Unidos. La NSA, aunque dependiente teóricamente del Departamento de Defensa, no tardó en desarrollar su propia identidad burocrática: actualmente dispone de un presupuesto anual enorme (bastante más de 1.000 millones de dólares) y tiene una plantilla de unos 25.000 empleados.

Antes de poder descifrar y leer las claves extranjeras, la NSA tiene que interceptar, como es natural, los mensajes cifrados del país espiado. Para este fin ha de disponer de puestos de escucha que capten las señales de radio de los transmisores que envían los mensajes. El tráfico por radio entre las capitales extranjeras y las respectivas embajadas en Washington puede interceptarse con gran facilidad mediante los equipos de escucha instalados en los suburbios de la capital, en los estados de Maryland y Virginia; pero, en cambio, las comunicaciones que tienen lugar entre otros puntos del Globo no son tan fáciles de captar. Por este motivo, la NSA posee centenares de puestos de escucha repartidos por todo el mundo, y que, normalmente, están a cargo de otras agencias gubernamentales norteamericanas. En la mayor parte de los casos, las instalaciones de la NSA situadas en el extranjero se hallan en manos de las distintas agencias criptológicas de las Fuerzas Armadas: la Agencia de Seguridad del Ejército (Army Security Agency), la de la Marina (Navy Security Agency) y la de las Fuerzas Aéreas (Air Force Security Agency). Estas tres organizaciones militares están coordinadas por la NSA; los mensajes que interceptan son enviados al cuartel general de la NSA, en Fort Meade, estado de Maryland, cerca de Washington.

Es posible que la base de la NSA (a cargo del Ejército) que más controversias haya suscitado sea la de **(CENSURADO)**, en **(CENSURADO)**. Un subcomité del

Senado que realizaba una encuesta sobre los compromisos exteriores de los Estados Unidos, presidido por el senador Stuart Symington, reveló, en 1970, que estas instalaciones, secretas hasta aquel momento, habían sido obtenidas del régimen de Haile Selassie a cambio de centenares de millones de dólares en ayuda económica y militar… sin que la mayoría de miembros del Congreso tuviera siquiera noticia de su existencia. El mismo subcomité descubrió también otras instalaciones semejantes (a cargo de la Marina) situadas en **(CENSURADO)**, que tampoco eran conocidas por el Congreso. Ambas bases se han utilizado para interceptar las comunicaciones que parten del Oriente Medio y de África, y en los dos casos el Gobierno de los Estados Unidos tuvo que concertar un acuerdo implícito —y secreto— con los Gobiernos de los respectivos países a Mi de obtener permiso para instalar los puestos de escucha.

(

CENSURADO

).

Aunque en sus primeros tiempos la NSA consiguió algunos triunfos importantes sobre los países de Europa Oriental y la China comunista, durante los últimos quince años por lo menos ha sido del todo incapaz de interpretar los complicados sistemas de cifra y los códigos secretos de esos países. Así, pues, la NSA ha tenido qué limitarse a leer comunicaciones relativamente poco importantes intercambiadas entre elementos militares de poca monta o mensajes de pura rutina, sin ningún interés tampoco, que se envían los burócratas de rango inferior y los organismos económicos. Todo eso tiene muy poco que ver con el conocimiento de los secretos más vitales de la Unión Soviética y de China. **(**

CENSURADO

).[*] Una de estas ventajas procede del análisis de tráfico, técnica mediante la cual la NSA va recogiendo información dispersa a base del examen de las pautas de comunicación. Uno de los ayudantes principales del director de la NSA declaró en aquella misma reunión que otra de las justificaciones para que la agencia continúe desarrollando sus programas contra los soviéticos y los chinos es la esperanza de que «quizá también nosotros consigamos una “ruptura”, como la del “Pueblo”». Naturalmente, se refería a la captura del barco espía de la NSA por los norcoreanos en 1968. Gran parte de las máquinas criptológicas que se hallaban a bordo del «Pueblo» cayeron intactas en manos de los norcoreanos, quienes probablemente las entregaron a los soviéticos. Aunque esas máquinas no estaban destinadas a la cifra de los sistemas de código más secretos de los servicios diplomáticos y militares de los Estados Unidos, los soviéticos pueden haberlas

utilizado para interpretar mensajes enviados previamente a través de ciertos canales militares norteamericanos y que hubieran sido interceptados y conservados por los servicios de espionaje rusos. Desde hace muchos años, la NSA viene registrando y guardando un gran número de mensajes cifrados soviéticos y chinos, que no ha podido interpretar; es lógico, pues, que piense que lo mismo ha ocurrido con las comunicaciones secretas norteamericanas. Por su parte, la NSA tiene archivadas en su cuartel general de Fort Meade verdaderas montañas de cintas magnetofónicas incomprensibles de esta clase.

Como ha ocurrido con tantos servicios secretos norteamericanos, la NSA ha tenido mucho más éxito cuando ha trabajado contra los países del Tercer Mundo o incluso contra alguno de los aliados de los Estados Unidos. Dado que esta agencia posee, según se dice, el parque de ordenadores más importante del mundo y cuenta entre su personal con millares de criptoanalistas, no ha tenido demasiadas dificultades para interpretar los códigos cifrados de esos países. Dos jóvenes oficiales de la NSA, William Martin y Bernon Mitchell, que en 1960 se pasaron a los soviéticos, declararon que la agencia podía leer los mensajes cifrados de unos treinta o cuarenta países. Además, Martín y Mitchell se refirieron también a una práctica a la que recurría la NSA, consistente en que la agencia facilitaba máquinas cifradoras y criptográficas a otros países y luego, valiéndose del conocimiento que tenía de esas máquinas, descifraba los mensajes interceptados de aquellos países. Ésta es una práctica que continúa floreciente.

Uno de los países cuyos mensajes descifraba la NSA entonces, según afirmaron concretamente Martín y Mitchell, era Egipto, la República Árabe Unida. Después de hacer esta revelación, en una conferencia de prensa celebrada en Moscú, **(**

CENSURADO

). Lo mismo ocurría probablemente con los soviéticos. **(**

CENSURADO

).

En la terminología de los criptoanalistas, una «ruptura» significa un éxito conseguido no mediante la aplicación de las técnicas de descifre, sino aprovechando un error cometido por el personal de comunicaciones de otros países o —en muy pocas ocasiones— un fallo del equipo de cifra. Hace unos cuantos años, fue destinado a la embajada de un país extranjero, en Washington, un empleado de la cifra que al poco tiempo envió un mensaje «en claro» (es decir sin cifrar) a su Ministerio de Asuntos Exteriores. Dándose cuenta luego de que la transmisión tenía que haberse

hecho utilizando el código secreto, volvió a enviar el mensaje, pero esta vez cifrado. A partir de entonces, y disponiendo de ambos mensajes, la NSA no ha tenido dificultad alguna, por supuesto, en interpretar las comunicaciones secretas de ese país. El funcionamiento defectuoso del equipo criptográfico y la utilización de máquinas viejas y gastadas dan lugar a veces a la aparición imprevista en las transmisiones de pautas que se repiten, apartándose de la selección al azar que constituye la base de los sistemas de cifra más refinados; estos fallos han proporcionado grandes triunfos a la NSA. Podría establecerse una analogía muy aproximada con la rueda de una ruleta que, debido a un defecto de construcción o a que sus piezas están desgastadas, adquiere en su funcionamiento unas características predecibles que pueden ser advertidas por un buen observador; entonces, éste puede aprovecharse de su descubrimiento para jugar con grandes probabilidades de ganar.

Otro tipo de «ruptura» es la que se consigue como resultado de un ataque físico (y no intelectual) contra el sistema de comunicaciones de otro país. El ataque puede consistir, por ejemplo, en una operación clandestina destinada a apoderarse del libro de códigos o del sistema de cifra, en el soborno de un empleado de los servicios de comunicaciones del adversario o en la colocación de un aparato de escucha en la sala de radio de una embajada. Encuadrada dentro de los Servicios Clandestinos de la CIA existe una unidad especial del departamento de espionaje que está dedicada en este tipo de ataques.[*] Cuando se logra el objetivo perseguido, la información obtenida pasa a la NSA y sirve para contribuir al esfuerzo de la agencia en el campo del COMINT.

En 1970, el almirante Noel Gayler, director de la NSA, y los subdirectores de la agencia admitieron en privado que una buena parte de los éxitos de su organización se debía a las «rupturas»; subrayaron asimismo que la NSA era muy hábil en el aprovechamiento de las ocasiones inesperadas de tipo no criptológico (es decir, las «rupturas»). Sin embargo, esas «rupturas» no se mencionan para nada en las «filtraciones» informativas de carácter oficial referentes a las actividades de la NSA y que de vez en cuando aparecen en la prensa. En sus revelaciones con destino al público, cuidadosamente dosificadas, la NSA trata de crear la impresión de que es una agencia increíblemente buena en el arte de descifrar las comunicaciones extranjeras y que sus triunfos se basan exclusivamente en la habilidad técnica de su personal. **(**

CENSURADO

).

Los programas que desarrolla la NSA para interceptar los mensajes diplomáticos y comerciales tienen un efecto secundario. Con bastante frecuencia se consiguen ciertas informaciones sobre ciudadanos norteamericanos, incluso miembros del Congreso y altos funcionarios federales; a veces, estas informaciones son muy

comprometedoras para dichas personas. Los mensajes interceptados de este tipo son tratados con más cuidado aun que los productos normales de la NSA, a pesar de que estos últimos tienen un carácter tan confidencial que se necesita un permiso especial de seguridad para tener acceso a ellos. Las informaciones a que se ha hecho referencia pueden proceder, por ejemplo, de la conversación sostenida entre un senador y el embajador de una potencia extranjera en Washington, quien luego envía un cable a su Ministerio de Asuntos Exteriores con un informe sobre la conversación en cuestión.

En 1970, durante unas conversaciones de paz muy delicadas sobre el Oriente Medio se produjo una grave situación de ese tipo. Un funcionario del Departamento de Estado tuvo un cambio de impresiones referente a las negociaciones en curso con un diplomático árabe; éste se apresuró a informar a su Gobierno sobre lo que se le había dicho. El cable que envió revelaba que, o bien el funcionario del Departamento de Estado había explicado equivocadamente la posición negociadora norteamericana o bien el diplomático no había entendido lo que aquél le había dicho. En todo caso, los altos funcionarios del Departamento de Estado quedaron muy preocupados por la confusión producida sobre la posición de los Estados Unidos y el incidente no dejó al funcionario norteamericano en buen lugar ante sus superiores.

Ni la propia CIA se halla a salvo de ems intromisiones de la NSA. En cierta ocasión, se le facilitó al director de la CIA un mensaje interceptado que hacía referencia a su subordinado más inmediato. Según el mensaje, que era una transmisión entre el embajador de un país de Europa Occidental y su Ministerio de Asuntos Exteriores, el número dos de la CIA, en una cena a la que había sido invitado unos días antes por el citado embajador, hizo unos comentarios indiscretos sobre varios puntos delicados de la política exterior norteamericana. La interpretación que daba el embajador de la conversación fue refutada por el subdirector de la CIA —al parecer, a entera satisfacción del director— y el asunto quedó archivado discretamente.

Algunas comunicaciones interceptadas por la NSA pueden causar problemas inesperados en las esferas gubernamentales norteamericanas si, por error, son distribuidas a personas a las que no van destinados estos informes. Cuando se hallan en curso unas negociaciones diplomáticas particularmente delicadas, que pueden resultar comprometidas si llegan a conocimiento de demasiadas personas de la Administración, la Casa Blanca acostumbra a dar instrucciones especiales a la NSA en el sentido que los mensajes donde se hace referencia a las negociaciones sólo se comuniquen a Henry Kissinger y a sus inmediatos colaboradores.

El FBI tiene en marcha un programa de intervención de los teléfonos de numerosas embajadas extranjeras en Washington que, como algunas de las operaciones de intercepción de la NSA, también proporciona ciertas informaciones

referentes a súbditos norteamericanos. En cooperación con la **Chesapeake and Potomac Telephone Company (filial de la compañía Bell)**, los agentes del FBI escuchan sistemáticamente las conversaciones de los teléfonos instalados en las oficinas de las representaciones oficiales de los países comunistas; los teléfonos de las embajadas de algunos países no comunistas son intervenidos en ciertas ocasiones, especialmente cuando los Gobiernos respectivos están celebrando negociaciones con los Estados Unidos o cuando en aquellos países tienen efecto acontecimientos importantes. **(**

CENSURADO

).

Las operaciones de escucha de los teléfonos de las embajadas extranjeras, que se justifican oficialmente por razones de seguridad nacional, han de contar con la previa aprobación del Departamento de Estado. Como en muchos casos es el propio Departamento de Estado quien solicita al FBI que ponga en funcionamiento los dispositivos de escucha, dicha aprobación se otorga casi siempre. En las transcripciones de las conversaciones captadas por este procedimiento no se indica nunca que proceden de la intervención de teléfonos; en su lugar, se dice que han sido obtenidas de «fuentes que anteriormente han proporcionado información fidedigna». Estas fuentes incluyen los propios funcionarios del Departamento de Estado: en alguna ocasión la CIA ha interceptado las comunicaciones entre diplomáticos norteamericanos y sus colegas que se hallan en Washington.

Hay que tener en cuenta, para comprender esto último, que los empleados de comunicaciones de la CIA se encargan de la transmisión de casi todos los cables de carácter confidencial enviados por las embajadas norteamericanas a Washington, tanto si pertenecen a la CIA como si van dirigidos al Departamento de Estado. Sería un gasto innecesario que cada organismo tuviera en todas las embajadas su propia sala de cifra; por esta razón, hay un experto en comunicaciones destinado de modo permanente en la sección administrativa del Departamento de Estado y que está encargado ele supervisar a los operadores de la agencia que trabajan adscritos a aquel Departamento. En teoría, los empleados de la CIA no tendrían que leer los mensajes que cifran y transmiten por cuenta del Departamento de Estado, pero cualquier empleado de los servicios de cifra que quiera hacer carrera se da cuenta en seguida de que sus ascensos dependen de la CIA y que le saldrá a cuenta facilitar copias de todos los mensajes importantes del servicio diplomático al encargado de estación de la agencia. Hace ya mucho tiempo que el Departamento de Estado reconoció implícitamente que sus cables más secretos no se hallan a salvo de la inspección de la CIA cuando estableció unos canales especiales de comunicación que en principio no pueden ser descifrados por la agencia

Cuando, en 1968, el embajador norteamericano en el Irán, Armin Meyer, tuvo ciertas diferencias con el encargado de estación de la CIA en Teherán, Meyer mandó que todas sus comunicaciones con el Departamento de Estado se realizaran a través de uno de esos canales «seguros», llamado «Roger». Pero, a pesar de todo, la CIA había descubierto un procedimiento para interceptar los ca bles del embajador y las respuestas que le llegaban de Washington, de modo que el director de la CIA recibía una copia de cada cable interceptado. Todas estas copias se hallaban encabezadas por una advertencia indicando que el contenido del cable tenía un carácter especialmente confidencial, ya que el Departamento de Estado no estaba enterado de que la CIA tenía una copia del mismo.

Los satélites y otros sistemas

La fuente más importante de la información secreta reunida por los Estados Unidos mediante procedimientos técnicos la constituyen los satélites de reconocimiento fotográfico y electrónico. **La mayor parte de estos vehículos espaciales se lanzan siguiendo órbitas Norte-Sur, lo cual les permite sobrevolar el mayor número posible de veces sobre la URSS y China** mientras dan vueltas alrededor del planeta. Otros satélites se colocan en órbitas sincronizadas con la rotación de la Tierra, de manera que dan la impresión de permanecer inmóviles. **Todos los programas de utilización de satélites se hallan colocados bajo la autoridad operativa de la Oficina Nacional de Reconocimiento (NRO), que depende del secretario para las Fuerzas Aéreas. La NRO gasta cada año bastante más de 1.000 millones de dólares en satélites y otros sistemas de reconocimiento. Aunque el dinero procede en su totalidad del Departamento de Defensa, las decisiones sobre el empleo de § tos fondos corresponden al Comité Ejecutivo de Reconocimiento (Executive Committee for Reconnaissance), formado por el secretario adjunto de Defensa para la Información, el director de la CIA y el ayudante del Presidente para asuntos de seguridad nacional. Las necesidades sobre la recogida de información por medio de satélites quedan establecidas en el seno de la Junta de Información de los Estados Unidos (USIB), presidida por el director de la CIA y cuyos miembros son los jefes de los restantes servicios secretos. Un comité especial de la USIB determina los objetivos concretos que tiene que reconocer cada satélite.**

Los satélites fotográficos, que van equipados con cámaras de alta resolución provistas de objetivos del tipo gran angular, han proporcionado durante muchos años una información copiosa y detallada sobre los progresos de la URSS y de China en el campo militar y sobre otras materias de importancia estratégica; por razones contrarias, no se ha justificado casi nunca la aplicación del mconocimiento por

satélite a otros países menos poderosos, excepto en casos especiales, como en el enfrentamiento árabe-israelí.

Algunos satélites, destinados a misiones especiales, van dotados con película fotográfica de color y aun hay otros que llevan dispositivos sensibles a los rayos infrarrojos que miden la emisión de calor de ciertos objetivos en tierra, con la finalidad de determinar, por ejemplo, si un emplazamiento está ocupado o cuál es el nivel de actividad en ciertas localizaciones. Existen satélites provistos de cámaras de televisión que aceleran la entrega de las tomas realizadas a los expertos en fotointerpretación, los cuales analizan las películas fotográficas proporcionadas por estos espías celestes. Sin embargo, a pesar de sus grandes ventajas, los satélites fotográficos tienen unas limitaciones obvias: no pueden ver a través de las nubes ni son capaces de observar el interior de los edificios o de los objetos.

Los Estados Unidos disponen, además de los satélites fotográficos, de una amplia colección de satélites de reconocimiento que efectúan numerosas tareas de detección electrónica. Estos satélites recogen datos sobre las pruebas de cohetes, sobre los radares y las emisiones de otros aparatos electrónicos de gran potencia, y sobre las telecomunicaciones por radio. Los satélites electrónicos están controlados en algunos casos desde complicadas estaciones en tierra, instaladas tanto en países amigos de los Estados Unidos como en territorio norteamericano; estas estaciones envían instrucciones a los detectores situados en órbita, acerca de los objetivos que deben enfocar, reciben los datos recogidos por los vehículos espaciales y, después de elaborarlos, los transmiten a los distintos servicios secretos de Washington. **(**

CENSURADO

).

Hasta que los satélites no entraron en funcionamiento a principios de la década de los sesenta, los aviones y los barcos espía constituían una valiosa fuente de información complementaria del material conseguido por la NSA, que en aquellos momentos era el mejor del que disponían los servicios secretos norteamericanos. Los aviones de las Fuerzas Aéreas y de la CIA volaban con frecuencia a lo largo de las fronteras de los países comunistas, y a veces incluso sobre el territorio de éstos, en busca de una información electrónica y fotográfica de la que casi se carecía por completo. Los barcos espía, que operaban bajo la autoridad de la Marina —como el «Pueblo»— navegaban en las proximidades de las costas captando las radiocomunicaciones y otras señales electrónicas. Aunque en todos los servicios secretos norteamericanos se consideraba que estas operaciones constituían éxitos brillantes, lo cierto es que algunos fallos garrafales que se cometieron, como el asunto del U-2 derribado en 1959 y el incidente del golfo de Tonkín en 1964 (puesto que los dos destructores norteamericanos «torpedeados» por lanchas norvietnamitas

realizaban una misión clandestina de espionaje), tuvieron graves consecuencias para la política mundial. Estos esfuerzos agresivos de recogida de datos por medios técnicos llevaron asimismo a la captura del «Pueblo», al ataque del «Liberty» por los israelíes en 1967 y al derribo de varios aviones RB-47 por los soviéticos y de otros de los tipos EC-121 y U-2 por los chinos.

A pesar de los riesgos a que dan lugar las citadas actividades de recogida de información, debido a su carácter de abierta provocación, el Pentágono continúa patrocinando los programas de este tipo, actualmente anticuados del todo. En realidad, los satélites y los sistemas exteriores de largo alcance (es decir, que no implican la penetración en el espacio del adversario) han reducido al mínimo, y quizá han eliminado totalmente, la necesidad de los vuelos y de las expediciones navales de espionaje. Pero las Fuerzas Armadas se han gastado miles de millones de dólares en la puesta a punto de los aviones y buques espía (del mismo modo exactamente como la CIA y la NSA han invertido fondos cuantiosos en la instalación de puestos de escucha ya anticuados alrededor de la URSS y de China); por consiguiente, se ha registrado una seria resistencia burocrática a retirar del servicio estos vehículos de recogida de información. Los vuelos de aviones sin piloto sobre China, por ejemplo, continuaron aún después de que los chinos empezaran a derribar de forma sistemática, con una regularidad francamente molesta, estos aparatos que, por otra parte, habían demostrado ser casi completamente inútiles. Los expertos en reconocimientos aéreos secretos del Departamento de Estado insistieron en que las Fuerzas Aéreas continuaban realizando vuelos sin piloto, a pesar de que la información que se obtenía por este sistema tenía muy poco valor; la razón era que este tipo de aparatos de espionaje no se podía emplear en ninguna otra parte. Por causas parecidas, los aviones SR-71 de las Fuerzas Aéreas siguieron volando sobre Corea del Norte, aunque este país carece de objetivos que ofrezcan un interés mínimo desde el punto de vista de la información secreta. Como desde 1960 no están autorizados los vuelos secretos sobre territorio soviético (y desde 1971 tampoco sobre China), las Fuerzas Aéreas no han encontrado otra manera de justificar la necesidad operativa de estos aviones.

(

CENSURADO

).

Está claro que en los servicios secretos norteamericanos prevalece la creencia de que lo importante es recoger tanta información como se pueda. No se tiene demasiado en cuenta la utilidad de las enormes cantidades de material que se van acumulando. Esta actitud de «recoger por recoger» ha tenido una consecuencia: la existencia de verdaderas montañas de información que sólo sirven para abrumar a los analistas encargados de interpretarla. Por si fuera poco, esta clase de material no

responde a las necesidades de tipo nacional, aunque pueda resultar interesante para ciertos analistas especializados, pertenecientes sobre todo al Pentágono, lila habido muy poca coordinación entre los directores de los distintos programas de espionaje técnico, y todavía menos aun entre las personas que impulsan la recogida de información secreta y los dirigentes políticos. Cada una de las muchas agencias que llevan a cabo programas de esta clase tiene intereses creados de tipo burocrático en la conservación de su propio sistema; por otra parte, la exagerada compartimentación de las operaciones ha imposibilitado casi por completo la evaluación conjunta de todos los programas. El antiguo director de la CIA, Richard Helms, fracasó casi por completo en el cometido que se le asignó, a saber, la coordinación y la racionalización de los innumerables sistemas de espionaje técnico. Ninguno de los sucesivos directores de la CIA ha sido nunca capaz de gobernar el conjunto de los servicios secretos norteamericanos.

A pesar de que se gastan cada año unos 5.000 millones de dólares en sistemas técnicos y en el proceso de las enormes cantidades de datos que se recogen, no cesan las presiones, en el seno de los distintos servicios secretos, para que se intensifique todavía más la recogida de información. **(**

CENSURADO

). No hay ninguna duda de que este secreto es necesario para proteger el funcionamiento del sistema en la práctica, pero en aquel momento el funcionamiento de los misiles antibalísticos (AMB) tenía el mismo carácter confidencial y, en cambio, no parece que la seguridad nacional padeciera a causa de un debate sobre estos misiles en el Congreso. Sin embargo, por lo visto, la sola palabra «espionaje» inspira reverencias y genuflexiones en nuestros legisladores. En el pasado han otorgado cheques virtualmente en blanco a las distintas agencias de espionaje, permitiendo que estas organizaciones hagan prácticamente lo que les venga en gana. Los soviéticos tienen una idea suficientemente clara de las misiones que realizan los satélites y los demás sistemas de información secreta de los Estados Unidos; no parece que haya ninguna razón práctica para aconsejar que el Congreso y el pueblo norteamericano continúen en la más completa ignorancia.

Además, el espionaje técnico, de la clase que sea, tiene un valor limitado. Puede identificar y medir el desarrollo de la cohetería del adversario, puede detectar sus movimientos de tropas, pero es incapaz de decir lo que los dirigentes extranjeros piensan hacer con esos cohetes o esas tropas. En 1968, los servicios secretos norteamericanos tenían un conocimiento relativamente completo de los preparativos soviéticos para invadir Checoslovaquia; sin embargo, no disponían de ningún medio para saber si realmente ésta se produciría o no. Este tipo de información sólo podía proporcionada un espía humano infiltrado en el Kremlin, y la CIA no dispone de esa clase de espías ni tiene la menor posibilidad de reclutarlos. Es decir, los Estados

Unidos sabían lo que *podía pasar*, pero los consumidores de la información secreta tienen un apetito insaciable por saber lo que *pasará*. Sus peticiones incesantes favorecen el crecimiento y la multiplicación de sistemas de recogida de datos que intenten satisfacer sus exigencias.

El contraespionaje

El contraespionaje, es decir, la guerra clandestina entre los servicios secretos rivales, consiste esencialmente en impedir que la «oposición» se infiltre en los servicios secretos propios mientras, simultáneamente, se intenta penetrar en los de la oposición… para enterarse de lo que ésta trama contra uno. El contraespionaje, tal como lo practican la CIA y la KGB soviética, es una actividad muy complicada y de carácter solapado. Se basa en el enredo, la actuación de agentes provocadores y las dobles y aun triples deslealtades. Es el material de que están hechas las novelas de espías, con sus ilimitadas posibilidades para el engaño y las múltiples complicaciones de la intriga.

Mientras que los servicios secretos extranjeros más antiguos han dado tradicionalmente una gran importancia al contraespionaje, las correspondientes organizaciones norteamericanas han tardado en desarrollar las actividades de este tipo. Durante la Segunda Guerra Mundial y la inmediata postguerra, el contraespionaje no significaba para los norteamericanos gran cosa más que las medidas de seguridad defensivas, como las vallas electrificadas, la vigilancia con perros y el uso de códigos secretos. Las oscuras sutilidades y los complots intrincados propios del contraespionaje no parecían conciliables con el carácter norteamericano y semejaban más propios de los siniestros callejones de las ciudades europeas o de los Pasillos del Orient Express. Pero las exigencias de la guerra fría y los éxitos conseguidos por la KGB al infiltrarse en los servicios secretos occidentales fueron atrayendo poco a poco a la CIA hacia el juego del contraespionaje.

En principio, la organización responsable de la seguridad ínter. na de los Estados Unidos es el FBI, pero se han producido los inevitables roces entre la agencia y la oficina federal debido a que los intentos de ambas de proteger a la nación contra las actividades de los espías extranjeros se superponen a menudo. Teóricamente, en todos los casos de contraespionaje la CIA colabora con el FBI encargándose de las derivaciones extranjeras del asunto, mientras que el buró toma las medidas necesarias en el interior de los Estados Unidos. En la realidad, sin embargo, la agencia tiene tendencia a controlar totalmente, incluso en territorio norteamericano, las operaciones destinadas a penetrar en los servicios secretos de la «oposición»; la tarea, esencialmente defensiva, de impedir que los soviéticos recluten agentes en los Estados Unidos se deja para el FBI. Aunque en ciertas ocasiones el buró pasa a la ofensiva y trata de reclutar agentes secretos extranjeros, en general parece que el FBI

prefiere, en principio, detener o deportar a los espías extranjeros, en lugar de intentar convertirlos en agentes dobles, que es lo que hace la CIA. Esta diferencia fundamental en el enfoque de la cuestión limita hasta cierto punto la cooperación entre el FBI y la CIA en las actividades de contraespionaje; ello confirma además, la opinión general que se tiene en la CIA sobre los agentes del FBI, considerados más bien como policías carentes de imaginación y, por tanto, incapaces de desenvolverse con acierto en el embrollado campo del contraespionaje. (Por otra parte, el FBI muestra tendencia a considerar a los funcionarios de operaciones de la CIA como aficionados que se pasan de listos.) Aunque hasta el momento los intentos de la CIA por infiltrarse en los servicios secretos soviéticos y de los demás países comunistas se han saldado con un fracaso prácticamente total, la agencia continúa, a pesar de ello, pidiendo que se le concedan mayores posibilidades para operar en territorio norteamericano, alegando que el FBI no es una organización lo suficientemente flexible para enfrentarse con la KGB.

Dentro de la CIA, las tareas normales de seguridad —protección física de los edificios, investigación de los antecedentes del personal, pruebas con el detector de mentiras— corren a cargo de la oficina de Seguridad, adscrita a la sección de la CIA dedicada a cuestiones más o menos auxiliares, es decir, la dirección de Administración y Servicios. Las directrices sobre las actividades de contraespionaje, así como algunas operaciones concretas, emanan del *staff* de Contraespionaje (Counterintelligence, CI) de los Servicios Clandestinos. Sin embargo, como ocurre también con el grueso de las actividades de espionaje, la mayor parte de las operaciones son llevadas a cabo por las divisiones de área (Extremo Oriente, Hemisferio Occidental, etc.). Las divisiones de área dan gran importancia a las posibilidades de espionaje y de obtención de información que brindan las operaciones de contraespionaje, que en los expedientes de la CIA se llaman oficialmente «proyectos conjuntos de FI/CI». (La expresión inglesa «Foreign Intelligence» o FI es el eufemismo utilizado para referirse al espionaje en los Servicios Clandestinos.)

Casi cada estación y base de la CIA en el extranjero tiene como mínimo un funcionario dedicado a cuestiones de contraespionaje. La primera obligación de estos especialistas es revisar y vigilar las operaciones de espionaje y de acción encubierta de la agencia para asegurarse de que la «oposición» no ha penetrado en ellas o no las ha comprometido de algún modo. Todos los informes de los agentes extranjeros y de los funcionarios de la CIA que los controlan se revisan cuidadosamente para descubrir cualquier signo de interferencia del enemigo. Los encargados del contraespionaje saben de sobra que los agentes, adrede o involuntariamente, pueden ser utilizados por la KGB como instrumentos para proporcionar fraudulentamente a la CIA informaciones falsas; o que pueden ser empleados como provocadores para desbaratar los planes cuidadosamente preparados de las operaciones. Los agentes extranjeros pueden ser también «penetraciones», es decir, agentes dobles que tienen por misión espiar las actividades secretas de la CIA. Cuando, en el curso de una

operación, se desenmascara a un agente doble, se estudia siempre la posibilidad de «volverlo» contra el adversario (es decir, convertirlo en un agente triple). A veces es posible utilizarlo sin su conocimiento para embaucar o provocar a la «oposición».

Si un oficial de la KGB intenta reclutar a un funcionario de la CIA, los expertos en contraespionaje de la agencia pueden elaborar un plan para cazar al elemento enemigo y luego desenmascararlo públicamente, o bien tratar de volverlo contra su propia organización. También pueden indicar al empleado de la agencia que finja cooperar con los soviéticos a fin de enterarse de cuál es la clase de información que busca la KGB, de cuáles son los métodos y el equipo que usa esta organización, o simplemente, para que la KGB malgaste su tiempo y su dinero en una actividad infructuosa. No siempre los especialistas en contraespionaje de la CIA esperan a que la KGB tome la iniciativa de reclutar a uno de los hombres de la agencia; a veces le preparan una trampa, utilizando uno de los suyos como cebo.

Además de velar por la seguridad de las operaciones encubiertas de la CIA, los funcionarios dedicados al contraespionaje tratan también activamente de infiltrarse en los servicios de la «oposición». El reclutamiento de agentes propios en el seno de los servicios secretos comunistas y otros se hace con la esperanza de, por una Parte, llegar a averiguar cuáles son las acciones secretas que planea la oposición contra la CIA y, por otra, contrarrestar esas acciones o evitar sus efectos perjudiciales.

El contraespionaje, como la acción encubierta, se ha convertido en una especialidad profesional dentro de la CIA; algunos funcionarios de los Servicios Clandestinos no se dedican a otra cosa durante los años que pasan en la agencia. Estos especialistas forman su propio clan, con unos hábitos de trabajo paniculares, e incluso los restantes funcionarios clandestinos de la CIA les consideran excesivamente reservados. La función de los expertos en contraespionaje consiste en poner en duda y verificar todos y cada uno de los aspectos de las operaciones de la agencia; dudan de todo por principio y en todas partes creen ver engaños e imposturas. En una organización donde abundan las personas extremadamente desconfiadas, ellos son los paranoicos profesionales.[*]

Muchos funcionarios veteranos de la CIA opinan que las operaciones de contraespionaje dirigidas contra los servicios secretos de la «oposición» absorben una parte desproporcionada de la energía y de los recursos de los Servicios Clandestinos, puesto que, incluso si se llegara a reclutar a un espía dentro de la KGB (cosa que casi nunca se ha conseguido), su valor como fuente de información confidencial es muy probable que fuera menor que una penetración semejante en las esferas gubernamentales soviéticas o en el Partido comunista. El espía, por supuesto, podría proporcionar información a la CIA sobre los agentes extranjeros que trabajan para la KGB, quizá también sobre el tipo de información secreta que reciben los soviéticos, tanto de aquellos agentes como de otras fuentes extranjeras, y acerca de las operaciones de la KGB dirigidas contra los Estados Unidos y otros países. Pero este posible espía no sabría gran cosa referente a las intenciones de los dirigentes

soviéticos o a los secretos militares y nucleares de Moscú; y es este último tipo de información precisamente el que más necesitan saber los altos funcionarios encargados de la seguridad nacional de los Estados Unidos. Los oficiales de la KGB, como la mayoría de las personas que trabajan en los servicios clandestinos, están más enterados habitualmente de la situación de otros países que de la del suyo propio. Aunque no deja de ser interesante saber lo que saben los oficiales de la KGB y cómo adquirieron este conocimiento, el hecho en sí de saberlo no tiene mayor importancia en cuanto a los objetivos que persiguen los servicios secretos norteamericanos. La única justificación de los esfuerzos de contraespionaje, aunque se acostumbre a expresar con argumentaciones complicadas y retorcidas, no equivale a mucho más que al gusto de las operaciones por las operaciones mismas. Nadie niega que en alguna ocasión se pueda lograr una información inesperada de carácter secreto de una operación de contraespionaje; un agente reclutado en el interior de un servicio extranjero puede tener acceso a informaciones secretas valiosas sobre la política y los planes de su Gobierno. Penkovsky, que pertenecía a los servicios secretos militares soviéticos (GRU). proporcionó a los ingleses y a los norteamericanos resmas enteras de documentos referentes a las Fuerzas Armadas y los programas soviéticos de desarrollo de armamento, además de facilitar información sobre las operaciones clandestinas y los sistemas tácticos usados por los servicios secretos de su país. De vez en cuando, algún agente que trabajaba para otros servicios extranjeros ha proporcionado también informaciones similares, aunque menos valiosas que las de Penkovsky. Con todo, el interés que demuestra la CIA hacia este tipo de operaciones clandestinas —que a menudo significa renunciar a la consecución de secretos más importantes— es cuando menos discutible.

Como es natural, dentro de los Servicios Clandestinos de la CIA, la división del bloque soviético es, de todas las divisiones de área, la más interesada en las actividades de contraespionaje. Este interés especial se justifica con el argumento de que es casi imposible reclutar espías, incluso de ínfima categoría, en el interior de la URSS, debido a los rígidos controles de seguridad interna que están en vigor en aquel país. Entre el limitado número de ciudadanos soviéticos que tienen plena libertad de movimientos, a pesar de las restricciones imperantes en la URSS, se incluyen los miembros de la KGB y de los restantes servicios secretos soviéticos. Estas personas forman parte, además, del reducido grupo de funcionarios soviéticos que entran en contacto de un modo regular con extranjeros, especialmente de los países occidentales (entre los que no pocas veces tratan de reclutar sus agentes); los miembros de los servicios secretos soviéticos se cuentan asimismo entre los funcionarios de su país que salen con mayor frecuencia de la Unión Soviética y es precisamente en el extranjero donde la CIA puede abordarles con más facilidad para intentar reclutarlos o para convencerles de que se pasen al adversario. En resumen,

pues, y dado que forman el grupo de ciudadanos soviéticos menos vigilado y más accesible, los oficiales de la KGB son, en potencia, los más fáciles de reclutar.

Siguiendo las argumentaciones que da la división del Bloque Soviético de la CIA, fuera de la URSS el reclutamiento de agentes rusos que no sean miembros de la KGB es casi tan difícil como en el interior del país. En efecto, la gran mayoría de los restantes ciudadanos soviéticos, incluso los altos funcionarios, acostumbran a estar bajo la vigilancia de la KGB; viajan o viven en el extranjero en grupo y, por ésta o por otras razones, son prácticamente inaccesibles para los funcionarios de operaciones clandestinas de la CIA. Así pues, fuera de la URSS también, los miembros de los servicios secretos de la «oposición» son los únicos ciudadanos rusos que tienen la libertad de movimientos suficiente para entrar secretamente en contacto con extranjeros. Por consiguiente, la división del bloque soviético de la CIA concentra sus esfuerzos de captación de agentes rusos en las filas de la KGB.

La visión que se tiene en la citada división del problema operativo en cuestión es bastante correcta; sin embargo, el hecho de que la CIA, en más de diez años, no haya reclutado *ningún* espía soviético de alto nivel ni haya provocado casi *ninguna* defección importante de la URSS, plantea unos interrogantes muy serios sobre la competencia de la agencia como organización de información clandestina. En realidad, desde comienzos de los años sesenta no se ha realizado casi ningún intento por parte de la CIA de reclutar agentes soviéticos, y muy pocos de incitar a la defección; debe recordarse aquí que Oleg Penkovsky fue rechazado por la agencia cuando intentó ponerse a su servicio por vez primera.

Por supuesto, toda precaución es poca en estas cuestiones. La inmensa mayoría de los desertores soviéticos que se pasan a Occidente son recibidos por la CIA con toda clase de prevenciones, ya que pueden ser agentes dobles o provocadores de la KGB. Los miembros de la CIA dedicados a operaciones clandestinas se fían tan poco de su propia capacidad para apreciar las verdaderas intenciones y determinar la legitimidad de la mayoría de los desertores, que la CIA ha creado un comité interagencias, en el que se hallan representados los distintos servicios secretos norteamericanos, con la misión de revisar todos los casos de defección de agentes del adversario. Este mecanismo burocrático contribuye, evidentemente, a reducir el número de desertores aceptados por el Gobierno de los Estados Unidos (lo cual es quizás una medida prudente), pero sirve también para diluir las responsabilidades si se comete un error.

A pesar de las extremadas precauciones que toma la CIA, unos pocos desertores, algunos de ellos miembros de la KGB, han logrado su objetivo de pasar los controles de la agencia y demostrar su «buena fe» —ésta es la expresión que se usa en los servicios clandestinos—, venciendo las dudas de la CIA. Svetlana Stalin fue aceptada sencillamente porque los funcionarios de la agencia destacados en la India, apoyados por el embajador de los Estados Unidos en Nueva Delhi, Chester Bowles, hicieron caso omiso de las precauciones burocráticas de la división del Bloque Soviético de los Servicios Clandestinos de la CIA.

Ha quedado ya bien sentado que la CIA es incapaz de espiar, en el sentido tradicional de la palabra, a su objetivo más importante, es decir, la Unión Soviética. Tampoco parece que pueda realizar un contraespionaje eficaz (en su aspecto ofensivo) contra los soviéticos. Incluso le cuesta resolver los problemas planteados por los desertores voluntarios y por los agentes del adversario que se prestan espontáneamente a entrar a su servicio. Está claro que una gran parte de esta incapacidad debe atribuirse a las dificultades inherentes a las operaciones contra una sociedad cerrada como la de la URSS, defendida por una organización inflexible como la KGB; por otra parte, ciertos fracasos se explican también por la incompetencia de la CIA. Pero hay algo más que problemas insolubles de seguridad o la mera inepcia: lo cierto es que los Servicios Clandestinos de la CIA, a causa de la frecuencia con que la KGB soviética los ha superado y confundido, le tienen verdadero temor e incluso se sienten intimidados por ella.

La mayor parte de los éxitos del espionaje soviético contra las grandes potencias occidentales se ha obtenido con ayuda de la infiltración en los servicios secretos de esos países. La KGB, heredera de una policía zarista experta en conspiraciones e intrigas, tiene, al parecer, más habilidad para infiltrarse en los servicios secretos extranjeros que para reclutar espías corrientes y molientes; ésta es, por lo menos, la opinión de muchos observadores profesionales.

La más renombrada de las infiltraciones de la KGB en los servicios de información occidentales (al menos de las que han sido descubiertas) fue la protagonizada por Harold «Kim» Philby, quien, durante más de veinte años, espió para Moscú mientras era un alto funcionario del MI-6 británico.[*] Se han registrado varias infiltraciones sumamente perjudiciales de la KGB en los servicios secretos ingleses, franceses, alemanes y de la mayor parte de los pequeños países de la NATO. Asimismo, en diversas ocasiones se han descubierto agentes soviéticos infiltrados en las distintas agencias de información secreta de los Estados Unidos, incluyendo la NSA, varios de los servicios secretos militares y la sección de información y espionaje del Estado Mayor.

En cambio, por lo que se sabe públicamente, no se ha registrado hasta ahora ningún caso de espionaje para el enemigo entre los funcionarios de carrera de la CIA. Es verdad que, de vez en cuando, se han producido algunos despidos más que sospechosos de funcionarios de los Servicios Clandestinos, despidos que obedecían, según todas las apariencias, a razones que no eran la mera incompetencia o la corrupción; sin embargo, ninguno de los expulsados ha sido acusado oficialmente de trabajar para el enemigo. En cambio, entre los agentes extranjeros reclutados por la agencia se han descubierto, a veces, algunos que estaban al servicio de los servicios secretos de la «oposición». Siempre que, en el curso de una operación realizada por la CIA, se descubre una de esas infiltraciones, los especialistas en contraespionaje de la agencia preparan un informe sobre los perjuicios que haya podido causar el agente doble enemigo, tratando de evaluar, con la mayor exactitud posible, la cantidad de

información que ha sido comunicada al adversario y las posibles repercusiones que tendrán estas revelaciones sobre las restantes actividades de la CIA. Los funcionarios de contraespionaje de la agencia participan también en la preparación de los informes sobre los daños causados por las infiltraciones de la «oposición» que se descubren en los diferentes servicios secretos norteamericanos.

En 1966, se preparó uno de esos informes, en cooperación con el Departamento de Defensa, cuando fue detenido, acusado de ser espía de la KGB, el teniente coronel W. H. Whalen, oficial de los servicios secretos del Ejército, destinado en el Estado Mayor conjunto. La correspondiente investigación reveló que Whalen había tenido acceso a casi todas las «valoraciones nacionales de información» referentes a la capacidad estratégica de la Unión Soviética durante la controversia sobre el posible retraso norteamericano en materia de misiles intercontinentales (lo que se llamó el *missile gap*); es evidente que había facilitado copias de estos documentos, sumamente confidenciales, a la KGB.

De todos modos, a fin de cuentas las actividades de Whalen tuvieron un efecto inesperado, aparte de resultar humillantes para los servicios secretos norteamericanos. Una de las principales razones que hicieron creer a los analistas de la CIA y del Pentágono, durante los últimos años de la década de los cincuenta y los primeros de la década siguiente, que existía un retraso norteamericano en el campo de los cohetes intercontinentales eran las numerosas referencias que Kruschev y otros dirigentes soviéticos hacían en sus discursos al desarrollo y al despliegue de los proyectiles balísticos nucleares soviéticos de largo alcance. Las revelaciones de los líderes rusos, hechas de tal modo que coincidieran exactamente con las sucesivas fases de unas supuestas actividades de investigación sobre los cohetes intercontinentales, así como con las pruebas, la fabricación y la entrada en servicio de los mismos en las Fuerzas Armadas soviéticas, fueron estudiadas y sopesadas con gran cuidado por los expertos en asuntos soviéticos de los servicios secretos norteamericanos. Estos analistas, conocedores, gracias a los científicos norteamericanos que trabajaban en los programas de misiles, de lo que era técnicamente factible en el campo de la producción de los cohetes balísticos intercontinentales, e impresionados por las sorprendentes hazañas de la tecnología espacial soviética —sobre todo el lanzamiento de los Sputniks—, supusieron lo peor: que los rusos se habían adelantado mucho a los Estados Unidos en la carrera por producir cohetes intercontinentales. Los analistas norteamericanos hacían observar en sus evaluaciones de la situación que las declaraciones de los dirigentes soviéticos constituían uno de los factores decisivos a la hora de llegar a aquellas conclusiones.

Ni los vuelos de reconocimiento de los aviones U-2 ni las primeras misiones de los satélites fotográficos norteamericanos confirmaron los temores expresados por los analistas, pero, de todos modos, el Gobierno de los Estados Unidos no quiso correr ningún riesgo y se lanzó febrilmente a la realización de los programas de armas nucleares estratégicas, en especial el proyectil balístico intercontinental tipo

Minuteman y los submarinos Polaris. En 1963 era evidente ya para todo el mundo que el único retraso en materia de cohetes era el que sufría la Unión Soviética respecto a los Estados Unidos, retraso debido al rápido desarrollo de los sistemas de armas estratégicas norteamericanas. Así pues, Kruschev y sus colegas habían tratado de confundir deliberadamente a los Estados Unidos, insinuando con habilidad en sus declaraciones que la Unión Soviética disponía de una capacidad en el terreno de las armas nucleares que no existía en la realidad; por lo visto, los documentos oficiales norteamericanos facilitados por Whalen y que demostraban la preocupación que sentían los altos funcionarios de los Estados Unidos a causa de la estratagema de los soviéticos animaron en cieno modo a los dirigentes rusos a proseguir su operación de engaño. Pero, aunque en un primer momento tuvieron éxito, puesto que los funcionarios norteamericanos creyeron en sus palabras, a la larga perjudicaron los intereses de la Unión Soviética, ya que los Estados Unidos se decidieron a impulsar con mayor vigor sus Programas de desarrollo de proyectiles estratégicos, colocando con ello a la URSS en una posición menos ventajosa aún que antes.

El teniente coronel Whalen prestó involuntariamente a su país otro servicio quizá más importante incluso, mientras espiaba para la KGB, durante la crisis de Berlín de 1961. En aquel momento, además de levantar el muro que separa las dos partes, oriental y occidental, de la ciudad, los alemanes del Este intentaron —con el apoyo evidente de los soviéticos— entorpecer el acceso a Berlín de los alemanes occidentales. Los servicios secretos norteamericanos llegaron a la conclusión de que la posición de los comunistas se endurecería y que no era probable que hicieran marcha atrás. Esta opinión tan pesimista —y tan influyente en las esferas gubernamentales norteamericanas— fue transmitida por Whalen a la KGB, acompañada, seguramente, por otras informaciones en el sentido de que los Estados Unidos estaban decididos a adoptar una Postura de absoluta firmeza. Cuando los soviéticos suavizaron su posición de una manera súbita e inesperada, tanto la Casa Blanca como los servicios secretos norteamericanos, aunque agradable. mente sorprendidos, no acertaron a explicarse el giro que había dado Moscú. Sólo años después, cuando se preparó el informe sobre los perjuicios causados por la defección de Whalen, los analistas de la CIA comprendieron mejor por qué razones sus primeras estimaciones sobre la actitud soviética en 1961 habían resultado erróneas. Conociendo las circunstancias del caso, los analistas hicieron el razonamiento siguiente: los dirigentes soviéticos decidieron suavizar su postura cuando se dieron cuenta de que e] Gobierno de los Estados Unidos no cedería, *a pesar* de estar convencido de la intransigencia soviética. Al parecer, los rusos cedieron bruscamente en algunas de sus exigencias porque temieron que una actitud demasiado dura por su parte podría haber provocado un grave enfrentamiento de carácter militar.

Los inesperados beneficios que la infiltración de Whalen proporcionó a los Estados Unidos, aunque tuvieron desde luego un carácter totalmente fortuito, no constituyen un caso único en las operaciones clandestinas. En 1964, se supo que la

embajada norteamericana en Moscú estaba infestada de micrófonos colocados por la KGB; se encontraron docenas de dispositivos de escucha soviéticos repartidos por el edificio. Los especialistas en contraespionaje y seguridad dictaminaron que los micrófonos habían sido colocados en 1952, cuando se realizaron obras para remozar la embajada, y que los aparatos de escucha habían funcionado durante unos doce años. El informe sobre los perjuicios causados por esta instalación de escucha llegó a la conclusión de que durante todo este tiempo —en plena guerra fría— los servicios secretos soviéticos habían interceptado seguramente todos los cables diplomáticos intercambiados entre la embajada y Washington. **(**

CENSURADO

).

Los norteamericanos empezaron a sospechar que los soviéticos les escuchaban a comienzos de 1964, cuando Nikita Kruschev hizo una observación al embajador de los Estados Unidos, Foy Kohler, referente al papel que había representado el propio Kohler en el bloqueo de un envío de acero a la Unión Soviética con destino a la construcción de un importante oleoducto. Dado el contexto en el que había sido formulada, la observación de Kruschev hizo pensar a Kohler que había alguna filtración en el sistema de seguridad norteamericano. Por consiguiente, Kohler mandó que se realizara una investigación exhaustiva y, al cabo de uno o dos meses, se localizaron unos cuarenta micrófonos empotrados en los muros de relación alguna entre el descubrimiento de los micrófonos y la investigación que mandó realizar después de su conversación con Kruschev, la forma cómo ocurrieron las cosas parece indicar lo contrario.

(

CENSURADO

).

En la actualidad, la posibilidad de que la KGB pueda escuchar subrepticiamente lo que se dice en la sala de cifra de una embajada norteamericana es sumamente remota. Casi todas las comunicaciones exteriores del Departamento de Estado se hallan a cargo de los servicios de la CIA. **Las máquinas y el resto de los equipos de cifra y transmisión están acolchados y tapados, para amortiguar los sonidos que producen. Las propias habitaciones están revestidas de plomo y descansan sobre unos grandes muelles que reducen aún más los ruidos producidos en su interior. Las salas de cifra, que tienen todo el aspecto de grandes remolques de camping, están situadas normalmente entre los muros de hormigón de los sótanos de las**

embajadas. A todos los efectos prácticos, es imposible llegar hasta ellas con dispositivos sensibles al sonido.

Los funcionarios de contraespionaje de la CIA no se limitan a intentar el reclutamiento de agentes secretos en los servicios de la «oposición», como la KGB; también trabajan en detrimento de los servicios que, en principio, son amigos y aliados. Un caso aparte, sin embargo, lo constituyen —en teoría al menos— los servicios de espionaje de los países de habla inglesa, entre los que existe una especie de acuerdo no escrito para no espiarse mutuamente. **(**

CENSURADO

).

La dirección de Investigación de la CIA trata de restringir la distribución de los análisis altamente confidenciales a los servicios secretos de otros países, pero en general las únicas restricciones que se imponen se limitan a algunas supresiones de poca importancia que hacen referencia a las fuentes de donde procede la información. En ciertos casos se cortan simplemente con una cuchilla de afeitar las hojas para suprimir alguna palabra suelta del texto de, por ejemplo, una «valoración nacional de información» referida a la capacidad de la Unión Soviética en el campo de los cohetes militares. Normalmente, esto se hace tan sólo en unos pocos documentos facilitados a los servicios secretos británicos y de otros países de habla inglesa. (

CENSURADO

).

Las operaciones en el interior del país

En su edición del 17 de diciembre de 1972, el «New York Times» revelaba que la CIA había proporcionado instrucción, secretamente, a catorce agentes de la policía municipal de Nueva York. El portavoz de la agencia, Angus Thuermer, reconoció entonces que se había tenido «la misma gentileza» para con otras fuerzas de policía de los Estados Unidos, pero no quiso especificar cuántas. Thuermer declaró al «Times»: «Dudo mucho que [los funcionarios de la CIA] dispongan de esta información.» Pero Edward Koch, representante por un distrito de Nueva York en la Cámara, insistió en que se le facilitara precisamente «esta clase de información». El 29 de enero siguiente, el asesor de la CIA para cuestiones legislativas, John Maury (que, por cierto, era un veterano de los Servicios Clandestinos y había desempeñado

la función de encargado de estación de la CIA en Grecia), admitió ante Koch que, en conjunto, «menos de cincuenta agentes, pertenecientes a una docena de cuerpos de policía urbana y de diversos condados, han recibido alguna clase de información por parte de la agencia durante los dos últimos años». Pero, una vez más, la CIA se mostraba excesivamente reservada, puesto que sus programas de entrenamiento de las diferentes policías norteamericanas (que, por otra parte, eran mucho más importantes de lo que daban a entender las palabras de su asesor), habían entrado en funcionamiento hacía mucho más de dos años… como mínimo en 1967, cuando varios miembros de la policía de Chicago recibieron instrucción en el cuartel general de la agencia y en «La Granja», en el Sudeste de Virginia. En 1973, interrogados por los periodistas, los jefes de la policía de Chicago negaron que ninguno de sus agentes hubiera recibido este tipo de instrucción de la CIA. Pero Richard Helms, que entonces acababa de dejar el cargo de director de la agencia, declaró concretamente, en una sesión secreta del comité de Relaciones Exteriores del Senado, celebrada a comienzos del mes de febrero, que la policía de Chicago había participado efectivamente en el plan de entrenamiento facilitado por la CIA; la revelación del ex director llegó más tarde a conocimiento de la prensa.

Es significativo al respecto que cuando la CIA admitió públicamente, en la carta enviada por Maury a Koch, que, en efecto, se habían celebrado los referidos cursos de adiestramiento, el único período de tiempo mencionado fuera «los dos últimos años»; seguramente era cierto que durante «los dos últimos años» menos de cincuenta agentes pertenecientes a una docena de ciudades hubieran participado en los cursos. Pero si la CIA hubiera hecho públicas todas sus actividades de entrenamiento de las fuerzas de policía anteriores a 1971, no hay duda de que las cifras correspondientes habrían sido mucho más importantes. Aún más, la agencia no hubiera podido justificar sus programas de entrenamiento de policías como lo hizo, es decir, basándose en que un apartado de la ley General para la Represión de la Criminalidad y sobre la Seguridad en la Vía Pública, de 1968, preveía que las agencias federales de represión de la delincuencia deberían prestar su asistencia a las fuerzas de policía locales. La citada ley no fue promulgada hasta junio de 1968, cuando ya hacía bastante tiempo que funcionaban los programas de instrucción de la CIA. Naturalmente, tan pronto como estas actividades de la agencia en el interior del país fueron del dominio público, la CIA tuvo que recurrir a una justificación o a una excusa de ese tipo; en efecto, la ley de Seguridad Nacional de 1947 le prohibía ejercer «funciones de policía, de agencia ejecutiva judicial, de represión de la delincuencia o de seguridad interior».

El procedimiento que utilizó la CIA para borrar sus propias Pistas en el ejemplo que se acaba de referir es una muestra típica del engaño a que suele recurrir la agencia para disimular las numerosas actividades que realiza en los Estados Unidos. Este tema es uno de los más delicados para la agencia y, probablemente, no hay ningún otro tipo de programa que se lleve tan en secreto.

La instrucción facilitada por la CIA a los cuerpos de policía locales puede parecer, a primera vista, una actividad relativamente inocua; sin embargo, plantea varias cuestiones. ¿Por qué razones la agencia intentó, en un principio, encubrir esta actividad, confundiendo luego al Congreso, a la prensa y a la opinión pública sobre el alcance de la misma? ¿Por qué no se encargó de este cometido el FBI, que posee las instalaciones adecuadas y que está autorizado legalmente para ello? (Helms declaró ante el comité de Relaciones Exteriores que la policía había solicitado la ayuda de la CIA debido a que las técnicas utilizadas por la agencia en la organización de ficheros de información y en la realización de ciertos tipos de vigilancia eran más perfeccionadas que las del FBI.) Finalmente, ¿a qué se debe que los directores que tuvo la CIA con posterioridad, James Schlesinger y William Colby, no descartaran específicamente y de un modo oficial todas las futuras actividades de adiestramiento de policías, incluso después de que la prensa y el Congreso hubieran puesto en duda su legalidad y su oportunidad?

No hay una respuesta clara a ninguna de estas preguntas. En general, sin embargo, a la CIA no le agrada en absoluto tener que admitir que ha estado haciendo algo que no debería, y este tipo de declaraciones tratando de confundir a la opinión pública constituye una reacción automática por parte de la agencia, además de indicar que ha ocurrido algo particularmente desagradable. Puede haber otra explicación y es que durante aquellos días de diciembre de 1972 y enero de 1973, cuando salió a la luz el caso de la instrucción facilitada a los policías, el encubrimiento del asunto del Watergate no había resultado desmontado aún y la CIA trataba, quizá, de mantener a los investigadores apartados de sus actividades en el interior del país. Claro está que, pocos meses después, la prensa descubriría y varios funcionarios públicos tendrían que admitir que Richard Helms «había prestado una gran ayuda» contribuyendo a organizar el plan ultrasecreto de la Casa Blanca destinado a montar un servicio de vigilancia y de espionaje interior; que la CIA había facilitado asistencia «técnica» a los fontaneros de la Casa Blanca cuando éstos robaron en el consultorio del psiquiatra de Daniel Ellsberg; que la agencia disponía de «casas seguras» en el corazón mismo de Washington, donde E. Howard Hunt se proveyó en secreto de documentos falsos preparados por la CIA, de un disfraz, de un dispositivo para alterar su voz y de una cámara fotográfica disimulada en una bolsa de tabaco; que cinco de los siete asaltantes del Watergate eran antiguos empleados de la CIA y que uno de ellos estaba incluido aún en la nómina de la agencia e informaba regularmente al funcionario de quien dependía; que durante la semana que siguió al intento de robo en el cuartel general del partido demócrata varios altos funcionarios de la Casa Blanca intentaron comprometer directamente a la CIA en el encubrimiento del asunto; y, finalmente, lo más revelador de todo: que ciertos funcionarios de alto rango de la CIA guardaron silencio, incluso al prestar testimonio en secreto ante varios comités del Congreso, acerca de las actividades ilegales que, según les constaba Perfectamente, habían tenido lugar en el país. En realidad, las respuestas que dio Helms al comité senatorial

de Relaciones Exteriores, al ser interrogado sobre el asunto del Watergate, en febrero y marzo de 1973, resultaron ser tan evasivas y confusas —sobre todo a la luz de las posteriores revelaciones—, que Laurence Stem, del «Washington Post», pudo escribir el 10 de julio de aquel mismo año: «en las oficinas del Senado se recurre a la palabra "perjurio" para calificar el testimonio secreto prestado por Helms…».

En la sesión del 7 de febrero, por ejemplo, Clifford Case, senador por Nueva Jersey, le dijo a Helms que se había enterado de que, en 1969 o 1970, la Casa Blanca había pedido a varios servicios secretos oficiales que realizaran una investigación conjunta sobre el movimiento antibelicista. «¿Sabe usted algo —le preguntó Case a Helms— acerca de una posible intervención de la CIA en esto? ¿podría decirnos si se solicitó la colaboración de la agencia?» Helms respondió: «No puedo recordar si efectivamente se nos pidió que colaboráramos, pero, en todo caso, no intervinimos, ya que, en mi opinión, ello hubiera constituido una clara infracción de nuestros reglamentos.» Case insistió: «¿Qué haría usted en un caso así? Suponga que se lo pidieran.» Helms respondió lo siguiente: «Simplemente iría a ver al Presidente y le explicaría que esto no me parece aconsejable.» Case: «¿Y aquí terminaría todo?» «Pues, normalmente, creo que sí», repuso Helms.[*]

Sin embargo, los hechos puestos al descubierto en las investigaciones sobre el Watergate realizadas por el Senado durante los meses siguientes y las dudas que suscitaron, indicaban claramente que, en la rama ejecutiva de la Administración, estas cuestiones no se resuelven como dijo Helms; ello motivó que se volviera a poner en tela de juicio el papel de la CIA como la primera de las organizaciones clandestinas del país… y que se plantearan diversos interrogantes sobre su intervención en las operaciones de espionaje realizadas en el interior de los Estados Unidos.

La CIA y el FBI

La CIA siempre ha realizado operaciones clandestinas dentro de los Estados Unidos, aunque en la mayor parte de las ocasiones dichas operaciones han estado relacionadas con las actividades de la agencia en el extranjero o han servido para apoyarlas. Fue con este fin por lo que, hace ya varios años, la CIA creó una sección especial de sus Servicios Clandestinos, la llamada división de Operaciones Interiores. Pero la separación entre las operaciones encubiertas orientadas hacia el extranjero y las que tienen una consideración básicamente interior acostumbra a ser poco clara y bastante confusa. No es de extrañar, pues, que hayan sido constantes los roces burocráticos entre la CIA y el FBI, organización a la cual compete, en principio, la seguridad interior. Debido a ello, ha sido necesario establecer una serie de acuerdos prácticos que otorgan a la CIA cierta libertad de acción en las operaciones que realiza en el interior de los Estados Unidos, mientras que, a su vez, el FBI ha obtenido

determinados privilegios especiales en el extranjero, en lo que constituye la esfera de responsabilidad de la agencia.

La División de Operaciones Interiores (Domestic Operations Division, DOD), que cuenta con una plantilla de unos centenares de empleados y tiene un presupuesto anual de casi 10 millones de dólares, es una sección de los Servicios Clandestinos con una personalidad bien definida. Su cuartel general no se halla en la sede central de la CIA, en Langley, sino en un edificio de oficinas del centro de Washington, en la Avenida de Pennsylvania, a dos manzanas de la Casa Blanca. Esta jefatura de la división es, al mismo tiempo, la «estación» de Washington, de la que dependen las «bases» localizadas en las principales ciudades del país. Estas oficinas nada tienen que ver con las que mantiene la CIA en los Estados Unidos para el reclutamiento de personal y para las cuestiones relacionadas con los contactos que se realizan abiertamente con los súbditos norteamericanos que viajan por el extranjero. Las oficinas «secretas» de la DOD sirven como trampolín para las operaciones encubiertas de los Servicios Clandestinos en las ciudades de los Estados Unidos.

Las actividades de la DOD están rodeadas por un secreto extremado, incluso en comparación con los restantes departamentos de la CIA, y las funciones que desempeña realmente se hallan envueltas en un impenetrable misterio. Puede juzgarse la poca disposición de la agencia a revelar nada de lo que esté relacionado con la DOD por el hecho de que el funcionario que preparaba el presupuesto anual de la CIA de 1968, para presentarlo al Congreso, recibió instrucciones muy concretas del director ejecutivo de la agencia en el sentido de que no incluyera ninguna referencia a la DOD en el informe secreto destinado a los comités de asignaciones presupuestarias del Senado y de la Cámara de Representantes. En un caso al menos, durante una sesión secreta del Congreso, se le preguntó concretamente al director de la CIA, Helms, que hablara de la «División de Operaciones Interiores». En su respuesta a los confiados legisladores, Helms explicó las funciones del Servicio de Contactos Interiores (Domestic Contact Service), que es la oficina de la CIA que recluta abiertamente a los viajeros norteamericanos que van al extranjero para que colaboren extraoficialmente con la agencia, comunicándole lo que han visto y oído en sus viajes. En aquellos momentos, este servicio no dependía para nada de los Servicios Clandestinos.

La tarea que tiene asignada la citada división, como las restantes divisiones clandestinas de área, consiste en la obtención de informaciones secretas y en la ejecución de operaciones clandestinas de todo tipo… en este caso, en el interior de los Estados Unidos. La DOD tiene a su cargo algunos de los programas de espionaje contra los estudiantes extranjeros y otras personas que visitan los Estados Unidos, aunque, desde luego, no todas. Por ejemplo, el reclutamiento como espía de un diplomático soviético en Washington o en las Naciones Unidas sería una operación dependiente de la división del bloque soviético de los Servicios Clandestinos. Los programas desarrollados en Florida, con intervención de cubano-americanos, serían

de la incumbencia de la división del Hemisferio Occidental, del *staff* de acción encubierta o de la división de Operaciones Especiales (paramilitares), según el papel que tuvieran asignado los agentes.

Es opinión bastante extendida entre los observadores de los Servicios Clandestinos de la CIA que la DOD desearía llevar a cabo en los Estados Unidos más cosas de las que, al parecer, se le confían actualmente. Se cree también que si el plan de seguridad interna preparado por la Administración Nixon en 1970 y la vigilancia de los ciudadanos norteamericanos opuestos a la política de la citada Administración, que dicho plan preveía, hubieran entrado en vigor —cosa que la Casa Blanca ha negado, pero que han indicado varios artículos aparecidos en la prensa—, la DOD con toda Probabilidad hubiera intervenido activamente en ellos. Es muy posible que la agencia hubiera justificado esta intervención recurriendo al mismo argumento que utilizó el director Colby cuando compareció ante el Congreso para solicitar la confirmación de su nombramiento: que la agencia tiene pleno derecho a espiar a los ciudadanos norteamericanos «complicados con instituciones extranjeras». Para las mentes desconfiadas de los que rigen los Servicios Clandestinos, los problemas causados en los Estados Unidos por los oponentes a la política oficial, los activistas de los derechos civiles y los manifestantes contra la guerra evocaban, sin duda, el fantasma de una intervención exterior. Después de todo, pensaban los funcionarios dedicados a actividades encubiertas, los grupos políticos disidentes de los Estados Unidos recibían evidentemente ayuda económica de algún sitio, y este sitio podría estar en el extranjero. Estos funcionarios, familiarizados con los esfuerzos que realiza la CIA en secreto para ayudar y consolidar a los grupos subversivos de Europa Oriental y de otras partes del mundo llegaban fácilmente a la conclusión de que de alguna manera los países comunistas se estaban tomando el desquite, sirviéndose de los grupos políticos norteamericanos para sembrar la inquietud en los Estados Unidos. La ayuda prestada por la CIA a los movimientos disidentes de Europa Oriental no hizo nunca menos real, naturalmente, el origen de su resentimiento, pero no por ello la agencia renunció a servirse de ellos para hostigar al Gobierno soviético y quizás, incluso, para distraer la atención de Moscú, apartándole de su enfrentamiento con Occidente. Por otra parte, lo cierto es que, a finales de la década de los sesenta y principios de la siguiente, los grupos disidentes norteamericanos causaban dificultades reales al Gobierno de los Estados Unidos. Y puesto que los funcionarios de los Servicios Clandestinos sabían que la CIA había explotado para sus fines unas circunstancias similares en Europa Oriental, es lógico que creyeran en una intervención de la KGB en los Estados Unidos.[*]

De todos modos, en tiempos de Johnson, la Casa Blanca no permitió que la CIA interviniera demasiado en las operaciones clandestinas internas, cuando, por primera vez, la agencia solicitó autorización para ello, al iniciarse el movimiento antibelicista. A la división de Operaciones Interiores tan sólo se le confió una parte relativamente reducida de la acción contra dicho movimiento: a saber, se le indicó que incrementara

su vigilancia sobre el mismo y que aumentara sus actividades contra la intervención directa del movimiento en el extranjero. También se dieron instrucciones al FBI en el sentido de que ampliara su capacidad en el campo de la información secreta interior. Pero la parte del león en estas operaciones la llevó el Pentágono —y, en particular, el Ejército—, al parecer, amparándose en una antigua ley de urgencia, desempolvada para la ocasión, que confería poderes especiales al Presidente para recurrir a los militares y tornar todas las medidas necesarias con el fin de terminar con los desórdenes interiores y las conspiraciones. Es muy probable que la justificación legal estricta no fuera la única razón por la que el servicio de información del Ejército fue escogido como el instrumento principal para atacar los objetivos interiores; también se tuvo en cuenta el tamaño de cada organización. Ni la CIA ni el FBI disponían del personal necesario para lanzarse a una ofensiva clandestina generalizada contra los elementos extremistas; ni tenían tampoco un número suficiente de jóvenes instruidos en las técnicas de la información secreta para infiltrarse en el movimiento antibelicista. Pero, en cambio, el servicio de información del Ejército no tardó en cometer varios errores de bulto, y en enero de 1970 sus programas de vigilancia en el interior de los Estados Unidos fueron denunciados públicamente por un antiguo agente, Christopher Pyle, que escribía en el «Washington Monthly». Durante el curso del año siguiente, los servicios secretos militares se vieron forzados a suspender su operación en gran escala contra los disidentes del interior del país; una vez más, el campo quedaba a disposición de los «profesionales»… el FBI y la CIA.

Sin embargo, esta situación provocó en breve plazo una ruptura declarada entre la agencia y el buró. A finales de 1971, el «New York Times» atribuía el enfrentamiento entre ambas organizaciones a una pequeña disputa acerca de quién tenía el control jurisdiccional sobre un agente e informador de Denver, en el Estado de Colorado. Pero, poco después, la jefatura del FBI destituía de su cargo a Sam Papich, el agente del FBI de quien dependían las relaciones del buró con la CIA y que pertenecía al personal asesor del propio J. Edgar Hoover. Por otra parte, unas semanas más tarde solamente, William Sullivan, jefe de la división de Seguridad Interior del FBI, representante de la oficina en la Junta de Información de los Estados Unidos (USIB) y que pasaba por ser un buen amigo de la CIA, fue destituido por Hoover, que ni siquiera le permitió volver a su despacho oficial.

A consecuencia de la inquietud reinante en el seno del FBI, se publicaron varios artículos sobre la incompetencia de Hoover y del buró. En algunos de ellos se citaban comentarios atribuidos a «fuentes autorizadas» de los servicios secretos, que acusaban al FBI de no haber desempeñado con acierto, durante los últimos años, su misión de proteger la seguridad interior del país. Esas mismas fuentes hacían notar también que el FBI sólo había podido descubrir a un puñado de espías extranjeros en territorio norteamericano durante los últimos años, y afirmaban que el FBI carecía del «refinamiento» que exige el contraespionaje moderno. No hay duda de que estas

declaraciones, por su contenido y por las expresiones utilizadas, procedían de la CIA o estaban inspiradas por ella.

Sin embargo, de lo que el público no se había dado cuenta todavía en aquel momento era de que, desde 1970 —mucho antes de la ruptura entre la CIA y el FBI—, la Casa Blanca tenía la intención de ampliar las operaciones de espionaje interior y que, mientras que la CIA era partidaria de esta orientación, el FBI se oponía a ella. En realidad, se puede decir que la negativa personal de Hoover a apoyar la nueva política fue la causa directa del fracaso de los planes propiciados por la Casa Blanca. Y fue precisamente en estas circunstancias cuando un Presidente, evidentemente aquejado de paranoia, creó la tristemente famosa «brigada de fontaneros» con la que, sin lugar a dudas, la CIA estaba del todo dispuesta a cooperar, mientras que, al parecer, el FBI se resistió a dejarse compro. meter en la operación.

Cuando al presentarse William Colby ante el Senado para que éste confirmara su nombramiento como director de la CIA, en otoño de 1973, se le preguntó cuál tenía que ser, en su opinión, el objeto de las actividades de la CIA en el interior de los Estados Unidos, su primera respuesta fue: «Evidentemente, nuestro cuartel general tiene que estar en el país; tenemos que reclutar a nuestro personal aquí y tenemos que investigar el historial de las personas que reclutamos…» Nadie niega a la agencia el derecho a llevar a cabo ciertas tareas administrativas indispensables dentro de los Estados Unidos, pero poca gente se da cuenta de que, para que funcione el «cuartel general», se necesitan docenas de edificios en Washington y sus cercanías solamente, unas amplias instalaciones de adiestramiento situadas en varios puntos de Virginia, una base paramilitar en Carolina del Norte, unas bases aéreas secretas en Nevada y Arizona, varias bases de comunicaciones y puestos de escucha en todo el país, docenas de organizaciones comerciales y compañías de aviación «de imitación», oficinas de operaciones en más de veinte grandes ciudades, un enorme depósito de armas en el Medio Oeste, y varias «casas seguras» para realizar reuniones secretas en Washington y otras ciudades. Aunque la mayor parte de estas instalaciones y edificios sirven para las operaciones en el extranjero, algunas de ellas se usan, total o parcialmente, para actividades puramente interiores.

Colby prosiguió diciendo: «Tenemos que recurrir a un gran número de fabricantes norteamericanos, que nos suministran las distintas clases de equipo que podemos necesitar en el extranjero.» También esta función es perfectamente legítima a primera vista. Cada año, la CIA adquiere mercancías por valor de varias decenas de millones de dólares a numerosas compañías norteamericanas, y estas mercancías comprenden toda clase de cosas… desde el material de oficina hasta los equipos de espionaje más extraños. Pero Colby se abstuvo cuidadosamente de citar otro tipo de «compras»: los servicios que la CIA contrata con las universidades, con los centros de estudios y proyectos o con profesores aislados.

Muchos de estos servicios salieron a la luz durante el invierno de 1967, a consecuencia de las revelaciones publicadas en la revista «Ramparts» sobre los subsidios que pagaba la CIA a la Asociación Nacional de Estudiantes; en vista de que se sucedían las revelaciones de casos y más casos de intervenciones de la CIA, Richard Helms pidió al director ejecutivo de la agencia que le informara exactamente de todo lo que estaba haciendo la CIA en las universidades del país. El director ejecutivo descubrió en seguida que no se trataba de un trabajo fácil, ya que prácticamente cada departamento de la agencia tenía sus propios programas de colaboración con una o varias universidades y no había ninguna oficina que los coordinara o que, por lo menos, llevara la cuenta de todos ellos. Se formó un comité especial para preparar un informe al respecto y los funcionarios que lo componían se pasaron semanas enteras yendo de oficina en oficina para poder completar el estudio que les habían encargado.

Dicho comité reunió los datos referentes a los varios centenares de profesores universitarios a quienes la oficina de Seguridad había concedido permiso para realizar una enorme variedad de trabajos para diferentes departamentos de la CIA. La dirección de Información, por ejemplo, disponía de un verdadero cuerpo consultivo en las universidades, dedicado a investigaciones históricas y políticas, formado por estudiosos y eruditos corrientes, con la única salvedad de que casi nunca podían publicar sus trabajos, por razones de seguridad; en unos pocos casos no se aplicaba esta regla general, pero con la condición de que los autores no podían mencionar la fuente que había proporcionado los fondos necesarios para financiar el estudio y siempre que el trabajo estuviera de acuerdo enteramente con la línea propagandística que patrocinaba la CIA en aquel momento.

De una manera semejante, la dirección de Ciencia y Tecnología empleaba a numerosos profesores individualmente y a veces a todo un departamento universitario o a un instituto de investigación, para desarrollar y poner a punto sus proyectos. (Sin incluir los millones de dólares que se gasta cada año esta dirección en encargos que hace a compañías privadas y centros de estudios.) Entre las investigaciones de este tipo se contaba el desarrollo de **(**

CENSURADO

) normalmente utilizado).

En muchos casos, la participación de la CIA en las investigaciones universitarias iba más lejos que el simple encargo de un trabajo erudito. En 1951, los fondos de la CIA se emplearon para crear el Centro de Estudios Internacionales, en el Instituto de Tecnología de Massachusetts. Una de las personalidades clave de éste centro fue Walt Rostow, profesor de Ciencias Políticas, cuyos lazos con los servicios secretos se remontaban a la época de su servicio en la OSS, durante la Segunda Guerra Mundial, y que más tarde llegó a ser ayudante del presidente Johnson para cuestiones de

seguridad nacional. En 1952 fue nombrado director del centro Max Millikan, que había dirigido anteriormente la oficina de valoraciones nacionales de la CIA. Durante los años siguientes, este tipo de relaciones entre la CIA y los institutos de investigación, universitarios, o del sector privado, se hizo normal y corriente, tal como ocurrió también con el Pentágono. Pero, mientras que la actuación del Pentágono en este campo podía ser seguida hasta cierto Punto por el Congreso y la opinión pública, la CIA estableció y subverk clonó sus propias organizaciones de estudios en el más estricto de los secretos. Cuando, en 1953, el citado centro del Instituto de Tecnología de Massachusetts publicó *La dinámica de la sociedad soviética*, libro preparado por Rostow y sus colegas, no se hacía ninguna indicación al lector sobre el hecho de que la obra había sido realizada con dinero de la CIA y era un reflejo de la opinión de la agencia sobre la Unión Soviética. En 1966, el Instituto cesó de tener toda relación oficial con el Centro de Estudios Internacionales, pero los lazos entre éste y la CIA se mantuvieron y la agencia ha continuado subvencionando, por otra parte, a unos cuantos núcleos de investigación semejantes, aunque de menor envergadura, repartidos por todo el país. Los autores del estudio realizado en 1967 sobre los lazos entre la CIA y las universidades descubrieron que los Servicios Clandestinos de la agencia tenían también sus propias relaciones con algunos institutos universitarios, los cuales realizaban investigaciones para perfeccionar los diversos instrumentos de espionaje (dispositivos de escucha, as especiales, tintas invisibles, etc.). Sin embargo, las secciones de la CIA dedicadas a las operaciones encubiertas no sólo se interesaban por las universidades por razones de investigación. Para los Servicios Clandestinos, las instituciones universitarias representaban, sobre todo, un terreno fértil para el reclutamiento de agentes de espionaje. En casi todas las grandes universidades norteamericanas estudia gran número de jóvenes extranjeros, y muchos de ellos, especialmente los que proceden del Tercer Mundo, estaban (y están) destinados a ocupar en un futuro inmediato puestos de responsabilidad en sus respectivos países. Su reclutamiento era mucho más fácil en las universidades de los Estados Unidos que cuando regresaran a sus países de origen, puesto que en Norteamérica acostumbraban a necesitar dinero, era relativamente sencillo comprometerlos y estaban a salvo de las interferencias de los servicios secretos extranjeros. A fin de poder localizar a estos estudiantes y valorar sus posibilidades como agentes de la CIA, los Servicios Clandestinos estaban en relación contractual con varios profesores que ocupaban puestos clave en numerosas universidades. Cuando uno de estos profesores creía haber hallado un posible candidato, lo notificaba a la CIA y algunas veces participaba incluso directamente en el intento de reclutamiento. Algunos profesores prestaban esos servicios sin estar contratados oficialmente por la CIA; otros, en cambio, intervenían de forma activa en ciertas operaciones encubiertas de la agencia, sirviendo como intermediarios e incluso realizando misiones secretas durante sus viajes por el extranjero.

A veces, los Servicios Clandestinos han utilizado alguna universidad para disimular una operación encubierta en el extranjero e incluso para obtener ayuda de ella en este tipo de actividades. El caso más conocido de este tipo de relaciones salió a la luz en 1966, cuando la revista «Ramparts» reveló que la Universidad del Estado de Michigan había colaborado con la CIA desde 1955 a 1959 en el desarrollo de un programa encubierto destinado a la instrucción de la policía del Vietnam del Sur. La agencia pagó 25 millones de dólares a la Universidad por este servicio, y cinco funcionarios de la CIA formaron parte, de un modo secreto, del personal que administró el programa citado.

El estudio realizado en 1967 por la propia CIA sobre sus relaciones con las universidades norteamericanas citaba todas las actividades que se acaban de mencionar, pero el funcionario de la agencia que lo preparó **fue advertido de que en el informe no debería hacerse ninguna referencia a los programas de investigación sobre la utilización de drogas.**[*]

El informe definitivo presentado por el director ejecutivo de la agencia a Helms tenía varios centímetros de grosor, pero el funcionario que lo había redactado no estaba seguro aún de que fuera completo, y ello, no tanto porque temiera haberse olvidado de algún departamento o de alguna compañía filial de la CIA relacionado directamente con el mundo universitario, como debido a que sospechaba que no se le había facilitado toda la información, especialmente en lo que hacía referencia a los funcionarios dedicados a operaciones encubiertas.

A causa del carácter sumamente delicado del estudio, sólo se hizo una copia del mismo, que fue entregada al director de la CIA. Helms, después de examinar atentamente su contenido, llegó a la misma conclusión que los autores del informe; es decir, que todas las actividades desarrolladas por la CIA en las universidades eran Provechosas para la agencia y que deberían proseguir, con la sola excepción de unos pocos contratos que habían quedado anticuados o que ya eran demasiado conocidos por el público. Al final, acabó Por hacerse una poda de programas, eliminando los de menor importancia, pero en lo esencial las actividades de la CIA en las universidades o en colaboración con ellas continuaron como antes de que estallara el escándalo provocado por las revelaciones sobre la Asociación Nacional de Estudiantes. Y continúan todavía en la actualidad.

El ejemplar único del estudio quedó guardado en la caja fuerte del director ejecutivo de la CIA, por si se necesitaba consultarlo en el futuro. Y, en efecto, al cabo de pocas semanas se tuvo que recurrir a él, ya que se había suscitado una controversia, en determinada universidad del Medio Oeste, sobre un supuesto contrato existente entre cierto profesor y la CIA. Cuando se consultó el estudio para comprobar si las suposiciones eran ciertas o no, resultó que ni el profesor en cuestión ni el programa en el que, según se decía, éste colaboraba constaban en el voluminoso documento. En las oficinas de la dirección ejecutiva de la agencia se pudo escuchar

un suspiro de alivio colectivo y no faltaron las acusaciones hechas en voz baja contra los estudiantes irresponsables y sus ridículas acusaciones. Sin embargo, poco tiempo después el personal asesor del director de la agencia se enteró de que el profesor acusado estaba realmente en relación con la CIA y que había telefoneado a su contacto en los servicios secretos para preguntar cómo tenía que responder a las imputaciones que se le hacían. Se le dijo que buscara empleo como profesor en otra parte, y así lo hizo.

Poco después se produjo otro incidente. **(**

CENSURADO

).

Volvamos ahora a las explicaciones que dio Colby sobre las actividades de la CIA en el interior del país. El actual director de la agencia declaró:

> Otra función que podemos hacer y que, en mi opinión, está incluida en nuestras atribuciones es obtener información confidencial sobre el extranjero, en los Estados Unidos, para lo cual entre otras cosas cabe solicitar a los ciudadanos norteamericanos que compartan con su Gobierno ciertas informaciones sobre la situación en determinados países extranjeros que hayan llegado a su conocimiento; disponemos de un servicio que se dedica a esta actividad y tengo la satisfacción de poder decir que un gran número de ciudadanos de los Estados Unidos nos han facilitado información. Esta información no la pagamos. Podemos proteger los derechos exclusivos de los comunicantes sobre las informaciones que nos facilitan y, si es necesario, ocultamos incluso sus nombres, en el caso de que no deseen aparecer como la fuente de la información.

Colby se refería con estas palabras al Servicio de Contactos Interiores (Domestic Contact Service, DCS). La función primordial del DCS ha sido siempre la obtención de información confidencial de personas de nacionalidad norteamericana sin recurrir a métodos encubiertos. Hasta comienzos de 1973, el DCS dependía de la dirección de Información de la CIA, es decir, del departamento de la agencia dedicado a tareas de análisis de información de todo tipo. El trabajo del DCS consiste, habitualmente, en entrar en contacto con hombres de negocios, estudiantes, turistas y viajeros en general que han visitado países extranjeros, especialmente los de Europa Oriental y China Se pide a estas personas que faciliten voluntariamente ciertas informaciones sobre lo que han visto y oído durante sus viajes. La mayor parte de las veces, la agencia entra en contacto con ellas cuando se hallan ya de regreso a los Estados Unidos, pero en ciertas ocasiones, si la CIA tiene noticias de que alguna de estas personas se dispone a visitar, por ejemplo, una remota región de la URSS, el DCS puede ponerse en contacto con el viajero antes de su partida para rogarle que obtenga información sobre determinados objetivos. De todos modos, el DCS ha procurado casi siempre no encargar misiones concretas, ya que los viajeros no son espías profesionales y pueden ser detenidos con facilidad si se toman demasiado en serio su papel de agentes secretos.

Durante estos últimos años, los Servicios Clandestinos habían expresado repetidas veces su interés por controlar el DCS, aduciendo que, por razones de eficacia, todas las operaciones de recogida de información por medios humanos deberían depender de la misma dirección general. A finales de la década de los sesenta, los Servicios Clandestinos realizaron una intentona bastante burda para apoderarse del DCS, pero fracasaron y la dirección de la agencia se negó explícitamente a acceder a sus demandas al respecto; sin embargo, para llegar a un cierto compromiso, Helms autorizó la adscripción de varios funcionarios de los Servicios Clandestinos al DCS, con el fin de que mejorara la coordinación entre los distintos departamentos de la CIA dedicados a la recogida de información secreta. De momento, el DCS continuó dependiendo de la dirección de Información, pero, a comienzos de 1973, el nuevo director general de la agencia, James Schlesinger, dio su aprobación al traspaso del DCS a los Servicios Clandestinos. Aunque esta medida no trascendió al público y los viajeros no fueron informados de que en adelante tratarían exclusivamente con funcionarios especializados en operaciones clandestinas, el senador William Proxmire tuvo noticia de ello y declaró en el Senado, el 1.º de agosto de 1973, que se sentía «particularmente inquieto» por el cambio en cuestión. «Mr. Colby dice —explicó Proxmire— que con ello mejorará la coordinación entre las actividades de recogida de información que realiza este servicio y las que la agencia lleva a cabo en el extranjero. Esto me preocupa, porque existe la posibilidad de que el DCS, que tiene buena fama, pueda quedar “contaminado” ahora por las secciones clandestinas de la agencia.»

Ante el Senado, Colby declaró asimismo:

> Creo también que hay algunas actividades nuestras que tienen que realizarse en territorio norteamericano con el fin de llevar a cabo operaciones de espionaje en el extranjero; es necesario que existan ciertas estructuras en este país para que proporcionen a nuestro personal en el extranjero una excusa para sus operaciones fuera de nuestro territorio, en cierta medida, de modo que no se presenten como empleados de la CIA, sino como representantes de otra entidad cualquiera.

En este caso, Colby se refería sin duda a las instalaciones de entrenamiento de la CIA, a sus depósitos de armamento, a los acuerdos secretos con compañías norteamericanas para que éstas den empleo a funcionarios de la agencia que actúan con el máximo secreto, a los tratos ocultos con traficantes de armas y a otras actividades de retaguardia necesarias para apoyar las operaciones paramilitares y otras acciones clandestinas que se ejecutan en el exterior. Quizás hacía referencia también a las fundaciones, los sindicatos obreros y los diferentes grupos de los Estados Unidos que la CIA utiliza como fachada para financiar sus programas de acción encubierta en el extranjero; o bien a las compañías propiedad de la agencia y que actúan en todo el mundo por cuenta de la CIA. A esta última categoría pertenece el complicado entramado de compañías de aviación controladas por la agencia —Air America, Air Asia, Cicil Air Transport, Southern Air Transport, Intermountain Aviation, **(CENSURADO)**— todas ellas con sede central en los Estados Unidos,

donde algunas poseen asimismo importantes instalaciones. Estas compañías hacen la competencia directa a las compañías privadas, realizan vuelos *charter* para organismos oficiales de los Estados Unidos y con frecuencia mantienen servicios interiores, además de participar en las misiones secretas de la CIA fuera del país. **(**

CENSURADO

). Todas esas compañías —y otras cuya existencia se desconoce— no se limitan en absoluto a proporcionar un encubrimiento seguro para los empleados de la CIA, como sugería Colby. En realidad, son empresas comerciales valoradas en centenares de millones de dólares y que pueden ser utilizadas por la CIA en toda clase de operaciones, tanto en el interior de los Estados Unidos como en el extranjero.

Colby concluyó su amplia y detallada declaración diciendo:

> Por último, creo que se pueden realizar cierto número de actividades en los Estados Unidos relacionadas con la obtención de información confidencial extranjera de súbditos extranjeros, y considero que está perfectamente justificado que las llevemos a cabo siempre que se trate de información extranjera.

En este caso, Colby se refería a los esfuerzos desplegados por la CIA para reclutar agentes entre los estudiantes extranjeros que frecuentan las universidades norteamericanas, así como a un programa muy parecido, desarrollado en colaboración con los servicios de información militar, para sobornar a los oficiales extranjeros que realizan cursos de instrucción en los Estados Unidos. Pero la CIA no olvida tampoco a otro tipo de visitantes: hombres de negocios, periodistas, estudiantes, diplomáticos, delegados en las Naciones Unidas y empleados de la ONU, incluso simples turistas. Concretamente, para el reclutamiento de agentes extranjeros y para sus relaciones con ellos, la agencia posee varias casas de seguridad en Washington, Nueva York y otras ciudades del país.

Los inmigrantes recién instalados en los Estados Unidos constituyen otro grupo de norteamericanos que es objeto también de las atenciones de la CIA. Casi desde el momento mismo en que Fidel Castro llegó al poder, en 1959, los funcionarios de la CIA trabajan en estrecha colaboración con los exiliados cubanos, especialmente con los que residen en Florida. Casi todo el reclutamiento del personal que intervino en el abortado desembarco de la CIA en la isla, el año 1961, se realizó en Miami y sus cercanías y en la misma zona recibieron instrucción algunos de los elementos reclutados entonces por la agencia. Incluso después de aquel sonado fracaso, la CIA ha continuado recurriendo a los cubano-americanos (algunos de ellos famosos, como Eugenio Martínez, el agente «conservado» que intervino en el asalto del Watergate) para llevar a cabo operaciones de guerrilla contra el Gobierno castrista. La agencia ha desplegado también una gran actividad entre los exiliados de Europa Oriental instalados en los Estados Unidos. En noviembre de 1964, un refugiado estoniano residente en el Canadá, llamado Eerik Heine, demandó por calumnias a otro

estoniano, Juri Raus, que vivía en Hyattsville, Estado de Maryland. Al parecer, Raus, que era comandante en los Estados Unidos de la Legión de Liberación de Estonia, había denunciado a Heine, acusándolo de ser agente de la KGB. Ante el tribunal, Raus no se defendió aportando pruebas que desvirtuaran la acusación que se le hacía, sino que recurrió a una declaración jurada prestada por Richard Helms, en aquellos momentos director de la CIA, en la que se afirmaba que Raus era agente de la CIA y que había acusado públicamente a Heine en los medios estonianos de los Estados Unidos siguiendo instrucciones directas de la agencia. Helms envió al tribunal dos declaraciones juradas más, en las que decía que la agencia había ordenado además a Raus que no prestara testimonio ante el tribunal, explicando que el demandado había hecho las declaraciones incriminadas «para proteger la integridad de las fuentes de información extranjeras de la agencia». El juez federal Roszel C. Thomsen dictó sentencia en favor de la CIA y no aceptó las alegaciones del demandante en el sentido de que, incluso si la agencia hubiera ordenado que se cometiera el supuesto delito de calumnia, no tenía poderes para hacerlo de acuerdo con la ley de Seguridad Nacional de 1947, que prohibía a la CIA el ejercicio de cualesquiera «funciones de seguridad interior».

En su sentencia, el juez Thomsen declaraba:

> Es razonable que los grupos de emigrados de los países situados tras el Telón de Acero sean aprovechados como valiosas fuentes de información sobre la situación que prevalece en sus respectivos países de origen. El hecho de que la fuente de información concreta se halle localizada en los Estados Unidos no otorga a la operación el carácter de «función de seguridad interior» cuyo desempeño está vedado a la CIA. Este tribunal dictamina que las actividades realizadas por la cía con objeto de proteger sus fuentes de información confidencial extranjera localizadas en los Estados Unidos están comprendidas dentro de los poderes otorgados a la CIA por el Congreso.

Por extensión, se puede argüir también que cualquier «fuente de información extranjera» localizada en los Estados Unidos, sea de la emigración extranjera o no, queda dentro de la jurisdicción de la CIA. Entonces, se incluyen en esta categoría, sin ninguna duda, los ciudadanos norteamericanos que viajan por el extranjero; los investigadores que trabajan en las universidades; y, a fin de cuentas, todo el mundo, siempre que la agencia pueda aducir una justificación —como, por ejemplo, la amenaza de la «influencia extranjera» sobre la política norteamericana—. Por otra parte, el hecho de pertenecer a esta amplia categoría no significa solamente tener el honor de que la CIA le consulte a uno, le seduzca y le subvencione; quiere decir también que uno tiene el privilegio de sufrir las investigaciones, las tentativas de soborno o lo que les plazca a los agentes clandestinos de la organización.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 8
La mentalidad clandestina

Los mayores peligros para
la libertad residen en la
extralimitación insidiosa realizada
por hombres llenos de celo
y buenas intenciones,
pero carentes de discernimiento.

Juez BRANDEIS, 1928

La nación tiene que confiar
hasta cierto punto en que
también nosotros somos personas
honorables, consagradas
a su servicio.

HELMS, Director de la CIA, 1971

El hombre que dirigió y supervisó las operaciones clandestinas de la CIA en Indochina, durante la mayor parte de los años sesenta, fue William Colby. Es un hombre de aspecto pulcro y atildado, licenciado en Derecho por las Universidades de Princeton y CoIumbia; si fuera un poco más alto, podría confundírsele con un hermano de los dos Bundy. Empezó a trabajar en los servicios secretos durante la Segunda Guerra Mundial, en la Oficina de Servicios Estratégicos. Además de realizar otras misiones, saltó en paracaídas sobre Francia y Noruega, ocupadas por los alemanes, para ayudar a los movimientos clandestinos antinazis; durante estas misiones demostró poseer unas dotes muy notables para el trabajo en la clandestinidad. Acabada la guerra, ingresó en la recién fundada CIA y ascendió rápidamente en las filas de la agencia, convirtiéndose en un experto en cuestiones del Extremo Oriente. Desde 1959 hasta 1962 estuvo destinado como encargado de la estación de la CIA en Saigón, desde donde fue trasladado a la jefatura de la división de Extremo Oriente de los Servicios Clandestinos.

En el desempeño de este cargo orientó la rápida expansión de los programas de la CIA en el Sudeste de Asia. Dirigió (siempre con la aprobación de la Casa Blanca) el lanzamiento de la guerra «secreta» de Laos, durante la cual la agencia organizó su «Armée Clandestine», formada por más de 30.000 guerreros de las tribus meo y otras. Los oficiales y agentes bajo el mando de Colby dirigieron las batallas contra el Pathet Lao, participando directamente en ellas en ciertas ocasiones. Las operaciones incluyeron, entre otras, misiones de bombardeo realizadas por la compañía Air America, **propiedad de la CIA**, y expediciones de comandos en territorio de China y de Vietnam del Norte; estas acciones tuvieron lugar mucho antes de que el Congreso aprobara la «resolución del golfo de Tonkín».

Según parece, Colby controló siempre estrechamente estas operaciones secretas. Sus colegas de la CIA se hacían lenguas de su capacidad para dirigir todas las actividades de la agencia en Laos con la colaboración de solamente cuarenta o cincuenta funcionarios de carrera de la CIA destacados en aquel país. Por supuesto, había también allí varios miles más de norteamericanos, que participaban activamente en las operaciones montadas por la CIA, pero se trataba de soldados de fortuna o de pilotos de aviación contratados por la agencia y no de profesionales de los servicios secretos. Desde el punto de vista de la CIA, la guerra de Laos fue una guerra barata (le costó a la agencia unos 20 o 30 millones de dólares al año) y bien llevada.[*] El número de norteamericanos que participaron en ella fue lo bastante reducido para permitir que su desarrollo permaneciera relativamente secreto. En contraste con las decenas de millares de laosianos que perdieron la vida en la contienda, las bajas norteamericanas fueron muy escasas y no correspondieron a personal de la CIA, sino más bien a mercenarios, oficiales contratados por la agencia y personal de las compañías propiedad de la CIA. En conjunto, la agencia consideró que la guerra de Laos había constituido una operación muy satisfactoria y que a Colby le correspondía el mérito de haberla dirigido con mano firme.

Las actividades clandestinas de la agencia en el Vietnam no estuvieron tan bien organizadas ni se llevaron con tanta discreción como las operaciones de Laos; tampoco su resultado fue tan satisfactorio. A mediados de la década de los sesenta, la CIA se hallaba enfrascada, como los restantes organismos oficiales norteamericanos, en el lanzamiento de enormes programas destinados a apoyar el esfuerzo bélico de los Estados Unidos. La agencia hubiera preferido llevar a cabo operaciones relativamente pequeñas y muy secretas (o bien que se le hubiera otorgado la dirección exclusiva de las acciones encubiertas), pero las exigencias, cada vez más inflexibles, de la Administración Johnson hicieron imposible esta política de discreción. Por tanto, si el Presidente quería que la CIA aumentara su participación en las operaciones, la CIA no tenía más remedio que hacerlo así. En 1965, Colby, que aún estaba destinado en Washington, supervisó la puesta en marcha en el Vietnam del programa contraterrorista (Counter Terror, CT) de la agencia. El año siguiente, la CIA, temerosa de que el uso de la palabra «terror» pudiera dar lugar a una publicidad desfavorable, cambió el nombre de los equipos de CT, que pasaron a llamarse Unidades Provinciales de Reconocimiento (Provincial Reconnaissance Units, PRU). Wayne Cooper, ex funcionario del servicio diplomático, que pasó casi dieciocho meses en Vietnam del Sur como asesor de los programas de seguridad interior del país, describió la operación en los siguientes términos: «Era un programa unilateral, desarrollado por los norteamericanos y que el Gobierno survietnamita no reconoció nunca oficialmente. Los representantes de la CIA reclutaban, organizaban, equipaban y pagaban directamente a los equipos de CT, cuya misión era recurrir a los métodos terroristas del Vietcong —asesinatos, vejaciones, secuestros, intimidación— contra los propios cuadros del Vietcong.» Colby se encargó asimismo del establecimiento de

una red de Centros Provinciales de Interrogatorios; se erigió un centro de esos, a expensas de la CIA, en cada una de las cuarenta y cuatro provincias de Vietnam del Sur. Cada centro estaba dirigido por un funcionario de la agencia o bien por un empleado contratado por ella; las actividades de dichos centros consistían esencialmente en la aplicación de métodos de tortura contra sospechosos de pertenecer al Vietcong, operación que habitualmente corría a cargo de personal vietnamita.

En 1967, la oficina de Colby preparó otro programa, que finalmente se llamó Phoenix, destinado a lanzar un ataque coordinado contra la infraestructura del Vietcong por parte de todas las fuerzas de policía, de los servicios secretos y de las unidades militares vietnamitas y norteamericanas. También en este caso el dinero de la CIA sirvió de catalizador de la operación. Según el testimonio prestado por el propio Colby, en 1971, ante un comité del Congreso, en los primeros dos años y medio de aplicación del programa murieron 20.587 sospechosos de pertenecer al Vietcong.[*] Las cifras oficiales del Gobierno survietnamita atribuyen al programa Phoenix la muerte de 40 994 vietcongs.

Aquel mismo año de 1967, el presidente Johnson envió al Vietnam a Robert Komer, antiguo empleado de la CIA, que formaba parte del personal de la Casa Blanca, con la misión de dirigir todos los programas de pacificación, civiles y militares. En noviembre de dicho año, mientras Komer se hallaba en Washington para despachar asuntos propios de su cargo, el Presidente le preguntó si necesitaba algo para llevar a cabo con éxito la misión que tenía encomendada. Komer respondió que, desde luego, le agradaría contar con la colaboración de Bill Colby como subdirector de sus servicios. El Presidente repuso que podía contar con quien quisiera. Y así, un año más tarde, Colby sucedió a Komer como jefe de todos los programas de pacificación, con el rango de embajador. El veterano funcionario de los Servicios Clandestinos había abandonado abiertamente la CIA para pasar al servicio del Departamento de Estado.

Una de las principales funciones de Colby era el reforzamiento de la economía vietnamita con el fin de que mejorase la suerte de los campesinos del país, debilitando con ello la atracción que ejercía el Vietcong sobre las masas rurales y fomentando al mismo tiempo su lealtad hacia el Gobierno de Thieu. Colby estaba firmemente convencido de que, para ganarse la voluntad de los campesinos, era necesario poner coto a la corrupción que reinaba en las esferas gubernamentales. En un momento dado incluso llegó a proponer la realización de una campaña sistemática —el programa llamado «Honrad a la Nación, destinada a atacar las prácticas ilegales que florecían a todos los niveles de la sociedad vietnamita. Colby era perfectamente consciente de que en aquellos momentos el mercado negro de divisas era una de las fuentes de corrupción más importantes del Vietnam. Todo el personal norteamericano destinado en el país tenía órdenes estrictas de no comprar piastras vietnamitas en el mercado negro, y no eran pocos los norteamericanos que habían sido sometidos a

consejo de guerra, o bien despedidos de los organismos civiles que los empleaban, por haber infringido estas órdenes. Pero Colby no ignoraba tampoco que desde hacía muchos años la CIA compraba millones de dólares de piastras en el mercado negro, tanto en Hong Kong como en Saigón. Además, según los Servicios Clandestinos, era imposible seguir la pista de las piastras procedentes del mercado negro, y esto las hacía sumamente adecuadas para financiar las operaciones secretas.[*] Aunque desde un punto de vista estrictamente presupuestario la política que seguía la agencia en sus compras de divisas era en el aspecto financiero correcta, en realidad infringía directamente las leyes survietnamitas y contradecía la política oficial norteamericana. Por si fuera poco, estas adquisiciones alimentaban el mercado negro que el Gobierno de los Estados Unidos estaba tratando de abolir, según las declaraciones oficiales.

Hacia la mitad de la década de los sesenta, cuando Colby estaba aún en Washington, la Oficina del Presupuesto se enteró de que en el programa de la CIA para el Vietnam los gastos estaban consignados en dólares al cambio oficial. Como en realidad la agencia compraba en el mercado negro las piastras que necesitaba, disponía efectivamente de dos a tres veces más de piastras para gastar en el Vietnam de lo que señalaba su presupuesto. Entonces, la Oficina del Presupuesto insistió para que todas las cantidades se anotaran al cambio real vigente en el mercado negro, a fin de que a] menos los inspectores de la Oficina pudieran tener una idea clara de a cuánto ascendían los gastos de la CIA. La Oficina citada trató también de reducir los gastos oficiales indicando a la CIA que comprase piastras en e] mercado negro para otras agencias. A la CIA esta idea no le hacía ninguna gracia y se las arregló para no tener que llevarla a la práctica, no porque las compras de Piastras en grandes cantidades hubieran anulado los esfuerzos que realizaba el Gobierno norteamericano para apoyar la piastra, sino porque la agencia no quería poner en peligro el secreto de sus operaciones de cambio de moneda.

Comparada con otros aspectos de la guerra del Vietnam, la utilización por parte de la CIA del mercado negro de divisas no es una cuestión de particular trascendencia. Sin embargo, sirve para resaltar el hecho de que la CIA no se halla sometida a las mismas reglas que el resto de los organismos oficiales. La ley de la «Central Intelligence Agency» de 1949 lo indica sin lugar a dudas: «Las sumas facilitadas a la Agencia podrán emplearse sin sujetarse a las provisiones legales y reglamentarias referentes al gasto de fondos oficiales.»[*]

Así, pues, un William Colby puede proponer a la vez, sin ningún conflicto de orden legal o moral, la realización de programas destinados a acabar con la corrupción en el Vietnam y la tolerancia hacia los manejos monetarios de la CIA. Y, ampliando el concepto de la inmunidad de la agencia ante la ley y la moral, un Colby puede también idear y dirigir tácticas terroristas, guerras secretas y demás, todo ello en nombre de la democracia. En esto consiste la mentalidad clandestina: en una separación entre la moralidad y la conducta personales y las acciones, por

deshonrosas que sean, que se realizan en nombre del Gobierno de los Estados Unidos y, más concretamente, en nombre de la «Central Intelligence Agency».

Cuando, en 1971, Colby dejó su puesto como embajador adjunto en el Vietnam, la CIA se apresuró a llamarlo de nuevo, y Helms, el director general de la agencia, le nombró director ejecutivo-inspector, cargo número tres en la jerarquía de la organización. A comienzos de 1973, James Schlesinger, al ser nombrado director de la agencia, colocó a Colby al frente de los Servicios Clandestinos. En mayo de aquel mismo año, con motivo de la extensa reorganización de altos cargos provocada por el escándalo del Watergate, el presidente Nixon nombró secretario de Defensa a Schlesinger y puso a Colby al frente de la CIA. De este modo, después de cuatro meses pasados bajo el mando de una persona del exterior, como era Schlesinger, la agencia volvía a estar en manos de un profesional de las operaciones clandestinas.

El senador Harold Hughes, cuando menos, expresó sus profundas reservas hacia el nombramiento de Colby como director de la CIA en un discurso pronunciado ante el Senado el día 1.º de agosto de 1973: «No me inspira confianza un hombre cuya carrera ha estado consagrada de un modo tan intenso a operaciones clandestinas que exigen el recurso a la violencia y la manipulación de facciones en el seno de Gobiernos extranjeros. Es posible que un hombre así se quede tan embelesado con esas técnicas que pierda de vista los altos propósitos y las obligaciones morales que deberían guiar las actividades de nuestro país en el extranjero.»

La creencia de que la moral humana y las leyes sociales no rigen para las operaciones encubiertas y quienes las practican está profundamente enraizada en la mentalidad clandestina. La profesión de quienes pertenecen a los servicios secretos, debido a los elevados objetivos de «seguridad nacional» que la inspiran, está libre de toda restricción moral. No es necesario luchar con legalismos técnicos ni preocuparse en averiguar si algo es bueno o malo. Los factores determinantes de las operaciones secretas son puramente pragmáticos: ¿Hay que hacer este trabajo? ¿Puede hacerse? Y, ¿será posible guardar el secreto (o dar una explicación plausible si se pierde éste)?

Una de las lecciones que se desprende del escándalo del Watergate se refiere al alcance de esta amoralidad y a su influencia sobre la mentalidad clandestina. E. Howard Hunt alegó que su participación en el asalto del Watergate y en las demás operaciones de la «brigada de los fontaneros» estaba guiada por «lo que yo creía que era… el interés de mi país». En este caso, por lo menos, podemos creer que Hunt hablaba con sinceridad; sus palabras eran un mero reflejo de una actitud que comparten la gran mayoría de los funcionarios de operaciones de la CIA cuando cumplen las órdenes de sus superiores.

Al ser interrogado ante un gran jurado federal por el fiscal ad junto de los Estados Unidos, Earl Silbert, en abril de 1973, Hunt se explayó sobre este punto.

> SILBERT: Vamos a ver, mientras trabajó usted en la Casa Blanca, ¿tuvo noticias alguna vez de que se realizaran otras operaciones de violación de domicilios?

HUNT: No, señor.

SILBERT: ¿Estaba usted enterado de otras actividades que puedan ser calificadas normalmente de ilegales y participó usted en alguna de ellas?

HUNT: ¿Ilegales?

SILBERT: Sí, señor.

HUNT: No recuerdo ninguna, señor.

SILBERT: ¿Y qué me dice de las actividades clandestinas?

HUNT: Sí, señor.

SILBERT: Muy bien. ¿Qué dice, pues?

HUNT: No trato de buscar una escapatoria, pero hay mucha diferencia entre una cosa ilegal y una cosa clandestina.

SILBERT: Bueno, empleando su terminología, ¿cómo calificaría usted el asalto al consultorio de Mr. Fielding [el psiquiatra de Daniel Ellsberg], de clandestino, de ilegal, de ambas cosas o de ninguna de las dos?

HUNT: Yo lo llamaría, simplemente, operación de Penetración realizada bajo los auspicios de la autoridad competente.

Dentro de la CIA se realizan acciones parecidas con el consentimiento de la «autoridad competente». Los conspiradores del Watergate, convencidos de que la «seguridad nacional» se hallaba en juego, no pusieron en duda la legalidad ni la moralidad de sus métodos; ni lo hacen tampoco la gran mayoría de los funcionarios de la CIA. Centenares, si no millares, de hombres de la CIA han participado en operaciones semejantes, normalmente —aunque no siempre— en el extranjero; la totalidad de esas operaciones se ejecutaron en nombre de la «seguridad nacional». Y la mentalidad clandestina no sólo lo permite, sino que verdaderamente lo desea.

A comienzos del mes de octubre de 1969, la CIA se enteró, a través de uno de sus agentes secretos, de que en el Brasil un grupo de extremistas se disponía a secuestrar un avión para huir a Cuba. Esta información fue transmitida al cuartel general de la CIA, en Langley, estado de Virginia, y desde allí fue comunicada con gran discreción a Henry Kissinger, en la Casa Blanca, y a varios altos funcionarios del Departamento de Estado, del de Defensa y de la Agencia Nacional de Seguridad. Al cabo de pocos días, el 8 de octubre, el grupo de extremistas identificado en el informe de la CIA se apoderó a punta de pistola de un avión de pasajeros brasileño con 49 personas a bordo y, después de efectuar una escala para repostar en Guayana, obligaron al piloto a volar hasta La Habana. Ni la CIA ni los restantes organismos oficiales norteamericanos que habían sido advertidos de antemano de los planes de los extremistas tomaron ninguna medida para evitar que se cometiera el delito, aunque en aquellos momentos la política oficial de los Estados Unidos —tal como había proclamado su Presidente— propugnaba la adopción de todo tipo de medidas destinados a acabar con la piratería aérea.

Con posterioridad a los hechos referidos, cuando los funcionarios del Departamento de Estado preguntaron a sus colegas de la CIA por qué no se habían tomado medidas preventivas para impedir el secuestro, los funcionarios de operaciones clandestinas de la agencia tardaron más de un mes en responder. En el ínterin, las fuerzas de seguridad brasileñas lograron desarticular el

principal grupo revolucionario de aquel país, dando muerte a su líder, Carlos Marighella. Poco después de la muerte del dirigente revolucionario, el 4 de noviembre, la CIA comunicó extraoficialmente al Departamento de Estado que si se hubiera adoptado alguna medida para evitar el secuestro del avión cometido en octubre, habría podido quedar al descubierto la infiltración de la agencia en el movimiento extremista y quizá la organización de Carlos Marighella no habría podido ser eliminada. Aunque nunca quedó demasiado claro si el agente que había alertado a los representantes de la CIA sobre el proyectado secuestro era la misma persona que había denunciado a Marighella, ésta fue la impresión que la agencia trató de comunicar al Departamento de Estado. La CIA insinuaba con ello, pues, que no había impedido el secuestro aéreo porque, de haberlo hecho, hubiera puesto en peligro las posibilidades de éxito del objetivo realmente importante: la «neutralización» de Marighella y sus seguidores. Por tanto, según los funcionarios de operaciones clandestinas de la CIA, el fin —es decir, la eliminación del movimiento extremista brasileño— había justificado, al parecer, los medios; por ello habían permitido que se cometiera el secuestro del avión, poniendo en peligro, sin necesidad, las vidas de cuarenta y nueve personas inocentes.

Durante los veinticinco últimos años, la política exterior norteamericana ha estado dominada por la obsesión de contener el comunismo; casi siempre, los medios empleados en la defensa de la «seguridad nacional» se han justificado por aquel fin. Puesto que se aceptaba que el «mundo libre» se hallaba sometido a los ataques de un enemigo decidido, muchos hombres sinceros que ocupaban altos cargos gubernamentales creían —y siguen creyendo— que su país sólo podría sobrevivir recurriendo a los mismos métodos desagradables que empleaba el otro bando. Durante los años recientes, la intensidad de este enfrentamiento ha disminuido, ya que el comunismo monolítico de antes se ha fragmentado en varios centros de poder; a consecuencia de ello se han registrado ciertos cambios de táctica en la conducción de la política exterior de los Estados Unidos. A pesar de todo, sin embargo, entre los altos funcionarios del país, tanto en la CIA como en otros organismos, es todavía muy fuerte la creencia de que los Estados Unidos son responsables de lo que ocurre en otros países y que tienen el derecho d inherente —una especie de versión moderna del «destino manifiesto», tan caro a los expansionistas norteamericanos del siglo pasado— a intervenir en los asuntos internos de otras naciones. Es posible que se hayan registrado cambios en la mesa de negociaciones, pero no ha sido así en las oficinas de planificación; a fin de cuentas, pues, la intervención —militar o encubierta— continúa siendo la regla.

Para los funcionarios de operaciones clandestinas de la CIA, no hay nada más normal que la utilización de «malas artes» para favorecer los intereses nacionales de los Estados Unidos, tal como los fija su agencia. Según dijo Richard Bissell, ex jefe de los Servicios Clandestinos, los hombres de la CIA «se sienten inspirados por una

lealtad sublime… y actúan guiados por esta lealtad». Deben ser capaces de infringir las reglas normalmente aceptadas de la integridad y la honradez personales cuando así lo exijan los objetivos de la CIA. En una entrevista concedida en 1965 a la televisión, Bissell admitió que, a veces, los funcionarios de la agencia llevaban a cabo actos que «contravenían sus propios preceptos morales», pero que creían que «la moralidad de… la guerra fría es tan considerablemente más laxa que la moralidad de casi todos los tipos de guerra caliente que esto no se me planteó nunca como un problema serio».

Debido, quizás, a la confusión moral en que se halla inmerso, el agente clandestino cultiva el secreto más absoluto. Bernard Barker (uno de los participantes en el asunto del Watergate), que ha trabajado largo tiempo en la agencia y para la agencia, explicó cómo eran estos funcionarios clandestinos de la CIA, en una entrevista publicada por el «New York Times», en septiembre de 1972: «Son hombres anónimos. Aborrecen la publicidad; les pone nerviosos. No desean que se hable de ellos. Ni siquiera quieren que se les conozca ni nada parecido.» Y casi siempre, esta pasión por el secreto va acompañada de una obsesión por el engaño y la manipulación. Estos rasgos, potenciados por la instrucción que da la CIA, constituyen factores esenciales para que un funcionario de operaciones tenga éxito en su carrera. Se le enseña a convertirse en un experto en pretender que es algo que no es (lo que en la jerga del oficio se llama «vivir el encubrimiento»). Los instructores de la agencia conceden notas de mérito a los jóvenes funcionarios de operaciones de acuerdo con la habilidad que demuestran en engañar a sus colegas. Uno de los ejercicios clásicos a que se deben someter los estudiantes de espía consiste en que cada uno de ellos tiene que averiguar determinada información sobre otro. Como durante el curso de instrucción los alumnos tienen que fingir una identidad falsa, uno de los procedimientos más usados para conseguir que el compañero designado facilite la información solicitada consiste en cultivar su amistad, ganándose su confianza y haciéndole bajar la guardia. El alumno que logra la información obtiene una nota alta; su compañero embaucado no pasa el examen. La agencia considera que los que consiguen superar con éxito esta prueba son los más aptos para convencer a un funcionario extranjero de que traicione a su país; para manipular a este funcionario, a menudo en contra de su voluntad; y para desembarazarse del agente cuando ya ha dejado de tener utilidad para la CIA.

A medida que el funcionario clandestino va perfeccionando su instrucción y empieza luego a actuar de verdad en una misión concreta, el secreto y el engaño se van convirtiendo poco a poco en su segunda naturaleza. Esta forma habitual de comportamiento acaba a veces por comunicarse a su trato con los colegas y la familia. La gran mayoría de los agentes de operaciones no ven ninguna contradicción entre una vida privada recta y un trabajo profesional inmoral o amoral y seguramente dirían que el que no puede soportar esta dicotomía es un «flojo». Esta duplicidad moral ha llegado a ser tan asimilada por los miembros de la CIA que Allen Dulles

declaró en cierta ocasión: «Durante los diez años que he pasado en la agencia, sólo recuerdo un caso, de los muchos cientos en que intervine, donde un hombre que había ingresado en la agencia sintiera escrúpulos sobre las actividades que se le había ordenado realizar.» Tampoco hoy día el cálculo de Odies sería demasiado erróneo.

Del mismo modo que el funcionario de operaciones está convencido de la rectitud de sus acciones, así se ve forzado a trabajar en una atmósfera potencialmente desmoralizadora. Con mucha frecuencia se halla al borde del mundo del hampa o incluso inmerso en él y, para conseguir sus objetivos, acostumbra a recurrir a los individuos más desagradables. Los delincuentes le son útiles y a menudo solicita su ayuda, cuando no desea ejecutar personalmente una misión demasiado repugnante o cuando no quiere arriesgarse a que la agencia se vea complicada en su trabajo sucio. Y si, por ejemplo, un agente clandestino quiere utilizar chicas guapas para seducir a unos funcionarios extranjeros, no recurre a empleadas de la CIA, sino que contrata a prostitutas del país o induce a muchachas extranjeras a que desempeñen el papel de seductoras, con la intención de que estas mujeres logren arrancar información de sus adversarios o les obliguen, con amenazas de chantaje, a colaborar con la CIA.

Otros empleados de la CIA se hallan en tratos de un modo regular con gentes del mercado negro, a quienes compran divisas «incoloras». Como es natural, la agencia difícilmente podrá subvencionar un partido político en el Vietnam del Sur o terminar con una huelga de los trabajadores portuarios de Marsella utilizando dinero cuyo rastro lleve a la CIA. Por ello, los «funcionarios financieros» de la agencia, destinados permanentemente en Beirut, Hong Kong y otros centros monetarios internacionales, acostumbran a recurrir a los cambistas ilegales de moneda para obtener las divisas destinadas a pagar las operaciones clandestinas de la CIA. De modo muy parecido se consiguen las armas «estériles» que necesita la agencia para sus actividades paramilitares, recurriendo a traficantes dispuestos a facilitar armas a quien quiera que las pueda pagar. Asimismo, cuando se necesiten tropas que no pertenezcan a ningún un ejército regular, para que intervengan en apoyo de una revolución Y o de una contrarrevolución patrocinada por la CIA, la agencia hará correr la voz, en ciertos centros de mercenarios, como Bruselas, Kinshasa y Saigón, de que desea contratar soldados de fortuna dispuestos a apoyar cualquier causa por dinero,

A pesar de todo, hay ciertas normas que el funcionario de operaciones clandestinas de la CIA debe respetar, si quiere conservar su trabajo y el aprecio de sus colegas. El código de conducta de la agencia le impide beneficiarse personalmente de sus actividades. Si se demostrara que se halla complicado en el tráfico de narcóticos con la intención de obtener ganancias para sí, probablemente sería expulsado de la CIA por «corrupción». En cambio, si el mismo funcionario participara en el tráfico de drogas porque sus relaciones con los traficantes le permiten ejercer el chantaje contra un funcionario soviético, sus colegas considerarían que está desempeñando su traba jo con acierto.

Aunque la CIA no se ha dedicado nunca oficialmente al tráfico de narcóticos, el personal clandestino de la agencia ha utilizado este tipo de negocio —del mismo modo que se ha servido de casi todas las formas de delincuencia existentes— para conseguir sus fines. En Laos, la ambición de la CIA era derrotar al Pathet Lao y a los norvietnamitas (para «detener al comunismo»); a tal efecto estaba dispuesta a facilitar armas, dinero e instrucción militar a la tribu de los meo, que constituía la parte de la población laosiana más deseosa de luchar por la agencia. La CIA no tuvo inconveniente en pasar por alto el hecho de que la principal cosecha de los meo era el opio, que continuaron vendiendo durante casi todo el tiempo que participaron en la guerra «secreta», formando la fuerza de choque de las tropas anticomunistas que luchaban en Laos. Aunque los aviones de la Air America, compañía **propiedad de la CIA**, servían a veces para transportar el opio, y aunque algunos de los oficiales superiores apoyados por la agencia eran al mismo tiempo los que controlaban el comercio de drogas, la propia CIA podía seguir afirmando, sin embargo, que no prestaba su sanción oficial a esas actividades. De todos modos, hasta que el tráfico de heroína procedente del Sudeste Asiático no se convirtió en un problema grave para los norteamericanos, hace unos cuantos años, la CIA no realizó ningún esfuerzo serio para restringir la producción de opio, porque lo importante no era qué clase de gente constituían los meo, sino lo que estaban dispuestos a hacer para la CIA y de lo que eran capaces de realizar en beneficio de la agencia. La CIA contrataría al propio Satanás como agente si el Príncipe de las Tinieblas pudiera ayudar a garantizar la «seguridad nacional».

La clave para que una operación de espionaje tenga éxito reside en la localización y la utilización del agente más conveniente. Las relaciones con los agentes comprenden siete puntos esenciales: descubrimiento, evaluación, reclutamiento, comprobación, instrucción, manejo y terminación. Cada una de estas fases merece una consideración detallada.

Descubrimiento: Es el proceso de identificación de extranjeros o de otras personas que puedan estar dispuestas a espiar para la CIA.

El funcionario de operaciones de la agencia tiene que relacionarse, tanto como sea posible, con la población del país donde está destinado, con el fin de ir descubriendo a los posibles agentes. Por regla general, concentra su atención en los funcionarios oficiales, en los militares y en los representantes de los servicios secretos del país que le acoge. Las personas que desempeñan otras profesiones, aunque puedan reclutarse, no acostumbran a tener acceso al tipo de información que busca la CIA, es decir, la que posee un carácter estratégico o es de alto nivel. La gran mayoría de los funcionarios de operaciones tienen su base en la embajada de los Estados Unidos en el país; la cobertura diplomática de que gozan les permite un acercamiento relativamente fácil a los grupos sociales y profesionales que constituyen su objetivo, a través de los innumerables contactos, oficiales o no, que caracterizan la vida de un

diplomático, aunque no sea genuino y en realidad esté al servicio de la CIA. Algunos funcionarios de la agencia se hacen pasar por militares o bien por representantes de diversos organismos oficiales norteamericanos (empleados de la AID, de la USIA y de otras agencias). Además de la cobertura oficial, la CIA facilita también a algunos de sus hombres una «cobertura total» como hombres de negocios, estudiantes, periodistas o misioneros.

El funcionario de operaciones de la CIA está buscando constantemente ciertos indicios que le permitan suponer que los agentes extranjeros en potencia tienen puntos vulnerables. Estos indicios pueden proceder de una observación ocasional del propio funcionario en una reunión social, de chismes que haya oído su esposa, de sugerencias realizadas por agentes ya reclutados o también de la colaboración prestada —consciente o inconscientemente— por un diplomático o un hombre de negocios norteamericanos de verdad. Al funcionario de la CIA se le ha enseñado a distinguir qué clase de personas es más susceptible a las intrigas y maniobras de la vida clandestina; esta enseñanza se basa en estudios realizados por especialistas de la agencia o por profesores universitarios norteamericanos contratados por la CIA. Evidentemente, la personalidad del espía en potencia varía según el país y según el caso, pero se ha logrado identificar cimas categorías muy amplias de personas más inclinadas a trabajar como agentes o que dan mejor resultado en esta actividad. El tipo de informadores más buscado es el de los funcionarios extranjeros que están en desacuerdo con la línea política que prevalece en su país y que toman a los Estados Unidos como guía. Esta clase de personas es mucho más probable que se conviertan en leales y celosos agentes que aquellas que se mueven principalmente por razones de dinero. Por supuesto, el dinero puede obrar maravillas en lo que se refiere a conseguir información, especialmente en el Tercer Mundo, pero la persona qué puede venderse a la CIA es también una presa relativamente fácil para la «oposición». En cambio, el agente que cree sinceramente que lo que está haciendo obedece a un fin más noble, y no es Probable que sea tan vulnerable a las proposiciones de la KGB o de otros servicios secretos adversarios; también es menos probable que resulte afectado por el sentimiento de culpabilidad y el consiguiente deterioro psicológico que a menudo dificulta el trabajo de los espías. El «desertor fijo» por razones ideológicas constituye la pieza preferida de los funcionarios de operaciones de la CIA. Otro tipo de personas que se prestan al espionaje son los funcionarios oficiales que llevan un tren de vida muy costoso, imposible de sostener con sus ingresos normales, o también los que sienten una debilidad evidentemente irreprimible hacia las mujeres, los demás hombres, el alcohol u otras drogas.

No siempre se buscan los agentes en potencia entre las personas que ocupan ya puestos influyentes. A veces se capta a alguien que al cabo de unos pocos años puede llegar a desempeñar un cargo importante (con una pequeña ayuda por parte de la CIA o sin ella). A este respecto, los estudiantes son considerados como objetivos particularmente valiosos, en especial en los países del Tercer Mundo donde los

licenciados universitarios acostumbran a alcanzar puestos oficiales de responsabilidad a los pocos años de terminada la carrera. En los países de América Latina y África, la agencia se esfuerza especialmente en buscar agentes entre las Fuerzas Armadas, ya que muchos de estos países están gobernados o controlados por los militares. Esto explica la existencia de profesores reclutadores «seguros», a sueldo de la CIA, en las universidades norteamericanas donde están matriculados muchos estudiantes extranjeros; parecida función ejercen los instructores militares que actúan en la escuela de mando en campaña de Fort Leavenworth, en Kansas, y en otras instituciones castrenses similares.

En los países comunistas, como ya se ha dicho, los funcionarios de la CIA tienden a enfocar sus operaciones de captación de agentes hacia los miembros de los servicios secretos de la «oposición».

Evaluación: Una vez descubierto el espía en potencia, la agencia pasa revista minuciosamente a toda la información de que se dispone sobre él a fin de decidir si el posible agente puede, o podrá algún día, facilitar informaciones secretas útiles. El primer paso en esta fase de evaluación consiste en localizar su nombre en los enormes ficheros manejados por ordenador que se guardan en el cuartel general de la agencia, en Langley. Este banco de datos fue puesto a punto expresamente para la CIA por la compañía IBM y contiene información sobre cientos de miles de personas. Cualquier información biográfica de cierta importancia referente al agente en potencia que se extraiga de esos ficheros se envía por cable al empleado de la CIA que dirige la operación sobre el terreno; éste, mientras tanto, continúa observando al candidato y realiza algunas discretas gestiones para informarse de su historial, de su personalidad y de las perspectivas de su carrera profesional. Es muy posible que el candidato en cuestión sea sometido a vigilancia, para conocer con más exactitud cuáles son sus costumbres y sus convicciones. En un momento dado, se decidirá cuál puede ser el móvil (ideológico, económico o psicológico) que le induzca a convertirse en espía. Si este móvil no existe, la **CIA** buscará algún procedimiento —como el chantaje y cosas así— para empujarle a ello. Al mismo tiempo, el funcionario de la agencia encargado del caso ha de asegurarse de que el candidato es legítimo y no un agente doble enemigo o un provocador. Además, algún miembro del equipo de la CIA, quizás el primero que descubrió al futuro espía, intentará trabar conocimiento con él de un modo personal, para ganarse su confianza.

Reclutamiento: Finalizado el período de evaluación, que puede durar unas semanas o varios meses, el cuartel general de la CIA, previa consulta con los funcionarios que llevan directamente la operación sobre el terreno, decide si se debe entrar en contacto o no con el posible agente para proponerte que espíe para la agencia. Normalmente, en caso afirmativo, el candidato será captado por un miembro de la CIA que no pertenece al equipo destacado en el país. Ni el funcionario que lo ha

descubierto, ni el que ha valorado sus posibilidades, ni desde luego ningún miembro de la CIA que el candidato pueda conocer, realizarán la operación concreta de reclutamiento; así, si algo sale mal, el individuo a quien se intenta captar no podrá descubrir la verdadera función de los empleados de la CIA que trabajan en el país. Por regla general, el funcionario de la CIA que entra en contacto con el candidato dispone de un falso pasaporte norteamericano, confeccionado por la agencia, para escabullirse rápidamente del país si surgen dificultades.

Una vez ha llegado el reclutador, los funcionarios de la agencia destacados en el lugar prepararán una reunión entre aquél y el posible agente. La presentación del reclutador tendrá lugar en circunstancias estudiadas de antemano con sumo cuidado, de modo que el funcionario de la CIA que actúa de presentador pueda retirarse discretamente, dejando al reclutador solo con el agente en Potencia. Se habrán adoptado las medidas necesarias para que el reclutador disponga de una vía de escape en caso de que la operación fracase. Si enfoca el asunto con la delicadeza que el caso exige, el reclutador hará su proposición de un modo sutil, sin revelar claramente sus verdaderas intenciones ni su pertenencia a la CIA.

Si el candidato a espía ha expresado ya con anterioridad su oposición al Gobierno del país, lo más probable es que el reclutador empiece con un llamamiento a los deberes patrióticos del individuo en cuestión, apelando a sus principios ideológicos. Se le indicará que hay procedimientos por medio de los cuales puede ayudar a su país y a sus compatriotas, a través de la cooperación con una potencia extranjera benévola. En cambio, si se supone que el candidato es sensible al dinero, el reclutador recurrirá seguramente a este argumento, poniendo de relieve que conoce ciertos procedimientos para que una persona que reúna determinadas condiciones pueda ganar mucho dinero… de prisa y con facilidad. Si el sujeto está interesado en el poder o si simplemente tiene aficiones caras de mantener (mujeres, drogas, etc.), si quiere huir de su país o, sencillamente, tiene ganas de abandonar su familia y su ambiente social, el reclutador intentará concentrar sus esfuerzos en esas necesidades humanas, siempre ofreciendo sugerencias sobre la manera de satisfacerlas con la ayuda de «ciertas personas». La gente se ofrece para espiar a su Gobierno o accede a ello por muchas y variadas razones. La tarea del reclutador consiste precisa. mente en determinar cuál de esas razones —si existe— tiene más probabilidades de impulsar al espía en potencia a tomar una decisión.

Si la agencia ha llegado a la conclusión de que el candidato es vulnerable al chantaje, durante la sesión de reclutamiento se le amenazará veladamente con revelar lo que le pueda comprometer. Sin embargo, en algunas ocasiones, el reclutador enfrentará directamente al agente en potencia con pruebas que puedan utilizarse para comprometerte, con intención de sorprenderlo y obligarle a aceptar el reclutamiento. En todos los casos, la reunión entre el candidato y el reclutador se vigila mediante un sistema de escucha (es decir, una grabación magnetofónica) o bien por otros procedimientos: fotos, huellas dactilares o cualquier cosa que proporcione pruebas

que luego puedan usarse para acusar al candidato. Aunque al principio no sea susceptible al chantaje, la persona que, consciente o inconscientemente, se reúne con un reclutador puede encontrarse atrapada por unas pruebas que podrían servir para arruinar su carrera profesional o enviarle a la cárcel.

Cuando el candidato ha aceptado la propuesta del funcionario de la CIA o ha cedido al chantaje, el reclutador pasa a disponer los detalles del acuerdo. A un agente que promete facilitar informaciones muy valiosas puede ofrecerle hasta 500 o 1000 dólares al mes, pagaderos, en parte, en dinero en efectivo, pero sobre todo mediante ingresos en una cuenta secreta abierta en un Banco suizo o norteamericano. El reclutador intentará que los pagos directos sean lo más reducidos posible; primero, para impedir que el nuevo agente empiece a gastar dinero a manos llenas, con lo cual podría llamar la atención de los servicios de seguridad de su país; en segundo lugar, porque de esta manera tiene al espía más sujeto. Esta última razón es particularmente importante si el agente no actúa por motivos ideológicos. El reclutador puede prometer también al agente que la CIA garantizará su seguridad personal y la de su familia, en el caso de que tenga problemas con la policía del país; y a un agente especialmente valioso puede llegar a prometerte una pensión vitalicia e incluso la ciudadanía norteamericana.

El cumplimiento de esas promesas varía mucho y depende básicamente de la situación operativa y de la personalidad del funcionario de la CIA encargado del asunto. En ciertos casos, estos funcionarios son individuos cínicos y brutales, cuya palabra no tiene ningún valor. En cambio, otros funcionarios de la CIA son capaces de realizar esfuerzos extraordinarios para proteger a sus agentes. A comienzos de la década de los sesenta, en Siria, un empleado de la CIA arriesgó su vida y la de un colega en quien confiaba para sacar del país a un agente que había sido capturado por la policía siria, torturado y obligado a confesar su complicidad en las operaciones que realizaba la agencia en territorio sirio. Aunque el agente había quedado reducido a una ruina física y mental y ya no era de ninguna utilidad para la CIA, los dos funcionarios lo escondieron en e] maletero de un coche particular y lo llevaron a un país vecino, donde no tenía nada que temer.

Cuando finalmente el nuevo agente haya aceptado trabajar para la CIA, el reclutador tratará de convencerte de que firme un papel que le relacione de una manera concreta y evidente con la agencia; este documento puede servir más tarde para amenazar al agente con revelar públicamente que trabaja para la CIA si en cualquier momento se negara a continuar colaborando con la agencia.

La última función del reclutador consiste en preparar una reunión entre el nuevo agente y el funcionario de la CIA estacionado en el país, de quien tendrá que depender éste. Para que los dos puedan reconocerse, habrá que recurrir a menudo a señales convenidas de antemano. Uno de los sistemas que se utilizan, por ejemplo, consiste en entregar al agente un par de gemelos de camisa de aspecto poco corriente y decirle que pronto le abordará un hombre llevando un par idéntico. Otro truco se

basa en la utilización de unas palabras convenidas que el funcionario de la CIA tendrá que pronunciar para identificarse ante el agente. Cuando todas estas cuestiones han quedado determinadas, el reclutador da por terminada la reunión y a continuación abandona el país con la mayor rapidez posible.

Si la operación de reclutamiento no tiene éxito, **(**

CENSURADO

) reunirse con un agente y desertor en potencia en una «Gasthaus» de la ciudad para encontrarse con que los ocupantes de las mesas cercanas no eran vieneses, sino miembros de un grupo de matones de la KGB. En aquella ocasión, cuando empezó la pelea, se las arregló para escabullirse hasta los lavabos de caballeros, desde donde se puso a salvo deslizándose al exterior, de una manera bien poco gloriosa, por la ventana situada encima del inodoro.

Comprobación: Tan pronto como un agente acaba de ser reclutado, el funcionario de la CIA que lo tiene a su cargo comprueba su lealtad y su eficacia. Para ello, se le encomendarán ciertas tareas que, si son ejecutadas satisfactoriamente, servirán para probar que el agente es sincero y que tiene acceso a informaciones secretas. Por ejemplo, se le puede pedir que reúna datos confidenciales sobre un tema determinado, acerca del cual, sin que el agente lo sepa, la CIA dispone ya de una información bastante completa. Si los informes que proporciona no encajan con los que la agencia tiene ya en su poder, lo más probable es que sea un agente doble que trata de embaucar al funcionario de la CIA o bien un informador mediocre que intenta complacer torpemente a su nuevo patrono. Siempre que sea posible, la actuación del nuevo agente se vigilará con sumo cuidado y con la máxima discreción durante el período de prueba.

Además, es casi seguro que se exigirá del nuevo espía que se someta a las pruebas de un detector de mentiras. Los funcionarios de operaciones de la CIA confían mucho en los resultados de las máquinas «poligráficas» —a las que llaman «cajas negras para las operaciones realizadas con intervención de agentes. Hay especialistas en el manejo de estas máquinas en la sede central de la agencia y en varios centros regionales de apoyo; ellos son los encargados de realizar las pruebas. Según explicó uno de esos especialistas, las pruebas con agentes extranjeros exigen unas técnicas completamente distintas a las que se utilizan para interrogar a norteamericanos que desean ingresar en la CIA como funcionarios de carrera. En su opinión, los norteamericanos acostumbran a responder a las pruebas de una forma directa y relativamente previsible, con lo que resulta bastante sencillo aislar a los individuos que no se ajustan a las normas fijadas por la agencia. En cambio, las pruebas con agentes extranjeros son mucho más difíciles de interpretar. Hay que tener en cuenta,

para empezar, las diferencias culturales existentes y el hecho de que el sujeto está comprometido en una actividad secreta sin ninguna duda ilegal y sumamente peligrosa. Por si fuera poco, los agentes que actúan por motivos ideológicos son a veces personas de gran emotividad, y esto hace particularmente difícil la «lectura» o evaluación de los resultados proporcionados por la máquina. Las respuestas de un individuo que espía exclusivamente por dinero o para satisfacer un vicio personal son imposibles de valorar en ocasiones, ya que no hay manera de determinar los límites morales del sujeto. Los embusteros congénitos, los psicópatas y quienes utilizan habitualmente ciertas drogas son capaces de «engañar» con frecuencia a la «caja negra». Según el experto citado, para determinar si un agente es sincero y de confianza, hay que basarse tanto o más en la intuición del que maneja la máquina como en los datos que ésta proporciona. De todos modos, al agente que se somete al detector de mentiras se le convence previamente de que la «caja negra» es infalible, de manera que si no es un agente doble perfectamente instruido ni un anormal desde el punto de vista clínico, es muy probable que diga la verdad.

Instrucción: Cuando un agente ha pasado ya por la fase de comprobación y la ha superado con éxito, se le enseñan las técnicas especiales necesarias para su nuevo trabajo como espía. La extensión, localización y naturaleza específica de esta instrucción varían de acuerdo con las circunstancias de cada operación. En ciertos casos, la instrucción secreta es francamente completa; en otros, los problemas logísticos que plantea son prácticamente insolubles y, por consiguiente, el entrenamiento que se da al agente es virtualmente nulo. En tales circunstancias, el agente ha de confiar en su instinto y en sus dotes naturales, así como en el profesionalismo del funcionario de la CIA que le controla, aprendiendo sobre la marcha de la operación las reglas de la vida clandestina.

En el caso de que el agente pueda recibir una instrucción adecuada, se le enseñará a manejar los equipos especiales que pueda necesitar (por ejemplo, una cámara en miniatura para fotografiar documentos). Recibirá instrucción asimismo en diversos métodos de comunicación secreta: escritura y transmisiones de radio cifradas, etc. Aprenderá también a utilizar los contactos clandestinos y se le enseñará a adoptar precauciones para su propia seguridad, como, por ejemplo, descubrir y evitar la vigilancia de que sea objeto.

De todos modos, según la disponibilidad del agente y el valor que éste tenga para los Servicios Clandestinos, a lo mejor sólo recibirá unas pocas lecciones del funcionario de la CIA que se encarga de su caso, quien le enseñará a manejar un aparato de radio o a comunicarse con la agencia a través de una serie de correos; o bien le pedirán que se invente una excusa para su familia y para e] sitio donde trabaja, de modo que pueda ausentarse de su domicilio habitual y pasar unos cuantos días o incluso un par de semanas en una casa segura de la agencia, aprendiendo el arte del espionaje. Si es posible y conveniente, saldrá de su país para realizar un curso de

instrucción en alguna de las instalaciones de la CIA en el extranjero, donde es mucho menos probable que los servicios de seguridad de su propio Gobierno puedan vigilarlo. Incluso puede ser trasladado a los Estados Unidos, donde, bajo la vigilancia constante de la oficina de Seguridad de la CIA, será sometido a un entrenamiento especial en ciertas instalaciones destinadas a los agentes reclutados en el extranjero, aisladas de todas las demás actividades, que existen en **Camp Peary —«La Granja»—, en el sur de Virgina**.

Aunque, por supuesto, las enseñanzas que recibe el agente son indudablemente útiles, el periodo de instrucción sirve también para que el funcionario que se encarga de su caso y los instructores le vayan convenciendo del acierto de la decisión que ha tomado y le ayuden a identificarse más profundamente con la causa de la CIA. Ante el agente se despliega toda la eficacia clandestina y todo el poder de la agencia; puede ver la estrecha camaradería que reina entre los profesionales de la CIA; se le hace saber que, aunque abandona su forma de vida antigua, ahora tiene la oportunidad de mejorar su situación; que si desempeña su misión de manera satisfactoria, se le recompensará concediéndole el asilo político; que el Gobierno que en estos momentos rechaza puede incluso ser reemplazado por otro más justo… De este modo se van forjando paulatinamente los lazos de fidelidad entre el agente y su nuevo patrono. Una de las misiones del funcionario de la CIA que controla directamente al espía consiste, precisamente, en velar porque se mantenga esta actitud en el espíritu del agente.

Manejo: El manejo satisfactorio de un agente depende básicamente de la solidez de la relación que se establezca entre éste y el funcionario de la CIA que se encarga directamente de su caso. Según un antiguo empleado de la agencia, especialista en este tipo de operaciones, un buen funcionario debe poseer a la vez las cualidades de un espía consumado, de un psiquiatra y de un director espiritual.

Hay dos corrientes de opinión principales, en el seno de los Servicios Clandestinos, sobre cuál es la mejor manera de manejar o llevar a un agente. Unos prefieren la técnica del compañerismo: el funcionario de la CIA establece una estrecha relación personal con su agente, convenciéndole de que los dos están trabajando codo a codo para alcanzar un importante objetivo político. Este procedimiento puede comunicar al espía un gran espíritu de lucha, que le impulsa a arriesgarse por consideración hacia su amigo. Sin embargo, la gran mayoría de los funcionarios de operaciones más veteranos opinan que la técnica del compañerismo ofrece el peligro de que el hombre de la CIA acabe por sentir un afecto profundo hacia su agente, lo que le puede llevar a perder su objetividad profesional. El estilo «cínico», en cambio, constituye un procedimiento diametralmente opuesto al anterior: el funcionario de operaciones de la CIA, aunque finja sentir un gran interés personal hacia su agente, en realidad lo trata con la mayor insensibilidad, bordeando casi la crueldad. Desde el comienzo, a este funcionario le interesan los resultados

exclusivamente; fuerza al máximo a su agente con la intención de conseguir los mayores rendimientos de la operación. También este sistema tiene fallos: si el agente llega a darse cuenta de que el hombre de la CIA sólo trata de explotarle, su lealtad hacia la agencia puede esfumarse con gran rapidez.

Los agentes son individuos complicados, que se hallan con frecuencia en una situación de equilibrio inestable. Los factores que los impulsan a espiar son muchos y muy complejos. Las tensiones y Presiones bajo las que actúan tienden a hacer de ellos hombres de carácter inestable, que a menudo reaccionan de manera imprevista. Por todo ello, pues, el funcionario de la CIA que controla a un espía debe estar alerta en todo momento, atento a cualquier signo que indique que su agente no se halla en su estado normal o que no desempeña correctamente su misión. El funcionario ha de emplear sin cesar la combinación exacta de halagos y amenazas, de ideología y dinero, de afecto y brutalidad, para conseguir que su agente continúe trabajando activamente para él.

Por ejemplo, los funcionarios de los servicios secretos británicos y de la CIA que manejaron al espía soviético Oleg Penkovsky, descubrieron que la lisonja era un procedimiento particularmente efectivo para inducirle a trabajar. Penkovsky era un gran admirador del poder de los Estados Unidos, aunque prefería los modos que empleaban los ingleses. Así pues, se le concedió en secreto la nacionalidad norteamericana y fue condecorado con una medalla «secreta» de la CIA. Como militar que era, daba gran importancia a las graduaciones; por ello, fue nombrado coronel del Ejército ele los Estados Unidos, para demostrarle que, a pesar de la deslealtad demostrada por él hacia sus antiguos compañeros de armas, no había disminuido su rango.

En dos ocasiones y mientras estaba espiando activamente para los occidentales, Penkovsky salió de viaje fuera de la URSS en misión oficia], acompañando a unas delegaciones soviéticas de alto nivel que visitaban exposiciones comerciales patrocinadas por la Unión Soviética. En ambas ocasiones, la primera en Londres y luego en París, se escabulló de modo discreto de sus acompañantes y celebró varias sesiones de información e instrucción con los funcionarios ingleses y norteamericanos que se encargaban de su caso. En una de las reuniones realizadas en Londres, pidió que le mostraran su uniforme del Ejército de los Estados Unidos. Ni los hombres de la CIA ni los ingleses habían previsto una petición semejante. Sin embargo, uno de los funcionarios reaccionó rápidamente y le comunicó que su uniforme se hallaba en otra casa de seguridad y que tomaría algún tiempo ir a buscarlo para que Penkovskv lo pudiera contemplar. El espía pareció quedar satisfecho, de momento, y uno de los funcionarios de la CIA partió inmediatamente para encontrar un uniforme de coronel. Después de correr de un lado para otro por todo Londres durante dos horas, en busca de un coronel del Ejército norteamericano que tuviera una complexión parecida a la del espía, el funcionario regresó triunfante a

la casa donde se estaba celebrando la sesión de información, precisamente cuando ésta terminaba ya… y con el uniforme en la mano. Penkovsky quedó muy satisfecho.

Unos meses después, en París, los funcionarios de operaciones de la CIA habían preparado mejor las cosas. En el armario de la habitación contigua de la que ocupaban Penkovsky y quienes le interrogaban, estaba colgado un uniforme nuevo, hecho a la medida del espía; concluida la reunión, Penkovsky tuvo ocasión de examinado, con gran satisfacción por su parte.

Durante los años cincuenta, la CIA reclutó a un funcionario de uno de los servicios secretos del Este de Europa, destacado en Viena, cuyos motivos eran, como en el caso de Penkovsky, esencialmente ideológicos. Aunque se le prometió pagarle un buen salario (y una pensión suficiente, una vez terminada su misión y cuando se hubiera pasado abiertamente a los norteamericanos), el hombre de la CIA que estaba en contacto con él no le entregaba ninguna suma directamente en Viena, para no arriesgarse a atraer la atención de la «oposición» sobre el agente doble. Éste comprendía muy bien la necesidad de mantener tales precauciones; sin embargo, cuando hacía ya algún tiempo que espiaba, un día sorprendió al funcionario de la CIA pidiéndole una suma considerable de dinero en efectivo. Se negó a decir para qué quería el dinero, pero el funcionario norteamericano se dio cuenta con toda claridad de que el agente sólo continuaría trabajando a pleno rendimiento para la agencia si le entregaba la suma solicitada. Después de consultar el caso con el encargado de estación de la CIA en la ciudad y con el cuartel general, se decidió, finalmente, que valía la pena correr el riesgo y el agente recibió su dinero, con la esperanza de que no haría nada extravagante que pusiera en peligro la operación. Luego la CIA lo sometió a una discreta vigilancia para averiguar cuáles eran sus intenciones. Con gran consternación de los funcionarios de la CIA, el domingo siguiente el espía fue visto en el Danubio pilotando una canoa automóvil que se acababa de comprar. Pocos días después, el funcionario norteamericano que lo controlaba se entrevistó con él y le pidió que se desprendiera de la canoa, puesto que con su salario era evidente que no podía habérsela comprado. El agente accedió a ello, explicando, como de pasada, que desde su infancia había deseado poseer una lancha motora. Ahora que ya había satisfecho su deseo, no tenía ningún inconveniente en desprenderse de ella.

Otro espía originario de Europa Oriental, que trabajó para la CIA durante algún tiempo, años más tarde, rehusó todas las ofertas de pensiones y de asilo político; sólo quería discos de Benny Goodman.

Uno de los problemas más peliagudos que plantea el manejo de los agentes es la sustitución de los funcionarios que los tienen directamente bajo su control. De acuerdo con la política que sigue la CIA de emplear coberturas diplomáticas y, en general, oficiales Para la mayoría de sus funcionarios destinados en el extranjero, éstos tienen que ser trasladados cada dos o cuatro años a otro país o a Washington, para ocupar un destino en el cuartel general de la agencia, tal como es costumbre con los funcionarios norteamericanos normales. Cuando un hombre de la CIA tiene que

abandonar un destino, antes de marchar presenta su sucesor a todos los agentes que dependen de él; sin embargo, en muchos casos los agentes se resisten, en un principio, a tratar con el nuevo funcionario. Come) ya han establecido unas relaciones de traba jo satisfactorias con un funcionario determinado, no tienen ganas de cambiar; esta resistencia se ve aumentada a menudo por la costumbre que tiene la CIA de destinar funcionarios jóvenes para el control de los agentes con experiencia. El sistema presenta la ventaja de que los empleados novatos pueden irse fogueando en el trato con unos agentes que, por regla general, ya no precisan de tanta ayuda profesional ni necesitan que les lleven de la mano como a los espías recién reclutados. Pero casi todos los agentes opinan que el trato con un funcionario inexperto sólo sirve para aumentar el peligro de comprometerlos. A fin de cuentas, sin embargo, aunque el cambio a veces es una cuestión delicada, casi siempre se efectúa sin graves daños para la operación. Si no bastan la persuasión y las promesas para asegurarse la lealtad de un agente, se recurre, por lo general con éxito, a las amenazas y al chantaje. Las pruebas acusatorias que la agencia ha tenido la precaución de ir acumulando —contactos secretos, recibos firmados, registros magnetofónicos y fotografías— suelen convencer a los agentes más reacios.

En ciertos casos muy delicados, se evitan los problemas causados por el cambio de funcionarios por deferencia a los deseos expresados por un agente particularmente valioso. El perjuicio que pueda producir la permanencia prolongada de un funcionario de la CIA en un país determinado, al poner en evidencia, total o parcialmente, su cobertura, se considera menos importante que el mantenimiento de las frágiles relaciones que haya podido establecer con el agente. De modo semejante, en aquellas situaciones donde un **(**

CENSURADO

) el funcionario de la agencia puede continuar participando en la operación durante seis u ocho años antes de ser reemplazado; y cuando, finalmente, es trasladado a otro destino, se estudia con sumo cuidado la elección de su sucesor, a fin de que sea del agrado del Jefe de Estado amigo.

Terminación: Todas las operaciones clandestinas tienen un final, más tarde o más temprano. Las que dependen de las actividades de un agente acostumbran a durar poco y a menudo terminan bruscamente. El agente puede morir, por causas naturales o por accidente, o bien puede ser detenido y encarcelado, incluso ejecutado. Cuando ocurre alguna de estas eventualidades, la única consideración que guía a los empleados de la CIA que participan de un modo directo en la operación es la protección de los intereses de la agencia; para ello, normalmente tratan de ocultar el hecho de que e] individuo en cuestión era agente secreto de los Estados Unidos. Sin embargo, en ciertos casos la propia agencia tiene que dar por terminada una

operación y desembarazarse del agente. La decisión de interrumpir definitivamente una operación la toma el encargado de estación de la CIA en el país donde la operación se halla en curso; para ello necesita la aprobación del cuartel general de la agencia. Las razones para romper con un agente pueden consistir, sencillamente, en que éste ya no tenga acceso a los secretos que a la CIA le interesaba conseguir; son más complicados los casos de inestabilidad emotiva, de falta de integridad personal, que ponga en peligro la operación, o de amenaza de descubrimiento o detención inminentes. Lo peor de todo son las cuestiones de falta de confianza política: puede sospecharse, por ejemplo, que un individuo es un agente doble desde el principio o que ha acabado por serlo, que es un agente provocador o un falso agente controlado por un servicio secreto de la «oposición».

A los agentes ya inútiles o inestables en el aspecto psicológico, se les puede convencer fácilmente con dinero o, si es necesario, con amenazas, de que abandonen de forma discreta la partida. Si un agente útil y de confianza se halla en peligro de verse comprometido o descubierto por la «oposición», o si ha cumplido lo acordado y ha actuado de modo satisfactorio, se le puede establecer en otro país, facilitándole el dinero necesario para ello, ayudándole incluso a encontrar trabajo o por lo menos a aprender una profesión nueva. En aquellos casos en que un agente ha prestado un servicio señalado a la CIA con gran riesgo por su parte, sobre todo si al hacerlo se ha «quemado», se le lleva a los Estados Unidos, donde puede instalarse a salvo de toda contingencia. El director de la agencia, de acuerdo con la ley de la CIA de 1949, puede autorizar la «entrada de un extranjero determinado para que fije su residencia de modo permanente en el país… en interés de la seguridad nacional o en apoyo de la misión confiada a los servicios secretos nacionales». El agente y su familia pueden obtener el permiso de «residencia permanente sin tener en cuenta si son admisibles o no de acuerdo con la ley de inmigración o cualesquiera otras leyes o reglamentos».

Sin embargo, el establecimiento en un país distinto no siempre se realiza sin dificultades; y a veces la CIA tiene la culpa de que así ocurra. A finales de los años cincuenta, cuando en Alemania el espionaje era todavía un asunto importante, los ex agentes y los tránsfugas eran enviados de manera sistemática al Canadá o a América Latina. El flujo constante de refugiados anticomunistas hacia aquellos países era una tentación irresistible para los Servicios Clandestinos. **De vez en cuando, se introducía un agente activo en el proceso de reasentamiento de los refugiados. Pero toda la operación estuvo a punto de derrumbarse cuando, en cuestión de mesé8 los Gobiernos del Canadá y del Brasil se dieron cuenta de que la CIA la utilizaba para implantar agentes en sus países respectivos.**

No todos los antiguos agentes están dispuestos a instalarse en los Estados Unidos, sobre todo dadas las condiciones que impone la CIA. Durante los años sesenta, un alto funcionario latinoamericano, que durante varios años había sido agente norteamericano, se vio obligado a huir de su país por razones de política interior. Logró llegar a Méjico, donde los funcionarios de operaciones de la CIA volvieron a

entrar en contacto con él. Teniendo en cuenta los servicios que había prestado en el pasado, la agencia estaba dispuesta a facilitarle la entrada en los Estados Unidos, de acuerdo con la ley de la CIA de 1949, si firmaba un documento comprometiéndose a no revelar sus relaciones secretas con el Gobierno de los Estados Unidos y a no intervenir en actividades políticas mientras permaneciera exiliado en el país. El hombre, que ambicionaba regresar triunfalmente a su patria en un día no lejano, se negó a renunciar al derecho de conspirar contra sus enemigos, que ocupaban el poder en su país, y solicitó el permiso de residencia en los Estados Unidos, pero sin adoptar la nacionalidad norteamericana, con lo cual le planteó un difícil dilema a la CIA. Mientras el ex agente permaneciera en Méjico, insatisfecho y frustrado en sus ambiciones políticas, representaría una amenaza constante, ya que sus relaciones con la agencia y las numerosas infiltraciones de la CIA en los círculos oficiales de su país —que él conocía perfectamente— podrían acabar por saberse. En vista de ello, desde el cuartel general de Langley se comunicó a la estación de Méjico que el ex agente podía entrar en los Estados Unidos sin someterse a los requisitos normales. Los altos funcionarios de la agencia esperaban que no sería difícil tenerlo suficientemente vigilado, para impedirle que interviniera demasiado en actividades políticas que pudieran acarrear problemas al Gobierno de los Estados Unidos.

Es lógico pensar que, en ciertos casos, la terminación exige una acción enérgica por parte de los funcionarios de operaciones. Naturalmente, estos casos son delicadísimos desde el punto de vista de la seguridad y muy poco corrientes en la CIA. Pero si no hay más remedio que estudiar la posibilidad de eliminar de un modo permanente a un agente especialmente peligroso, la decisión final tiene que tomarse al más alto nivel y corresponde al director general de la agencia. Con excepción de las operaciones especiales o paramilitares, la violencia física no se considera adecuada en las actividades clandestinas… a menos que sea aceptable para el propio director de la CIA.

Dos aspectos de las técnicas de la clandestinidad que revisten particular importancia en el espionaje clásico y en las operaciones con intervención de agentes, en general, son las comunicaciones y los contactos secretos. El funcionario de la CIA encargado de un agente ha de montar un sistema para comunicarse de un modo seguro con él; en caso contrario, no habrá manera de recibir la información que el espía sustrae ni de darle instrucciones o directrices. Además del sistema de comunicación principal, por lo general se monta otro, por si el primero falla. De vez en cuando, los sistemas se cambian, para reducir las posibilidades de que la operación sea descubierta. Como suele ocurrir en materia de espionaje, no hay reglas en la cuestión de las comunicaciones con un agente secreto. Mientras los métodos utilizados sean seguros y funcionen, el funcionario de operaciones tiene libertad total para recurrir al método de contacto con un agente que más se adapte a la situación operativa.

Muchos agentes quieren comunicar su información verbalmente al funcionario de la CIA que los controla. Desde su punto de vista, este método directo es más seguro y más fácil que la utilización de documentos oficiales o de equipos especiales de espionaje, que en ambos casos servirían para acusarle si fueran descubiertos por las autoridades de su país. En cambio, la CIA prefiere los documentos, ya que pueden verificarse, con lo que sirven para determinar el grado de confianza que merece el agente. Pueden estudiarse y analizarse con mayor detalle y más cuidadosamente por los expertos en análisis de información de la sede central de la agencia. En el caso de Penkovsky, por ejemplo, los documentos secretos soviéticos que éste facilitó fueron mucho más valiosos que las interpretaciones personales del espía sobre los acontecimientos que tenían lugar por entonces en los círculos militares de Moscú.

Por otra parte, hay agentes que desean tener el mínimo contacto posible con el correspondiente funcionario de la CIA. Consideran que cada encuentro clandestino constituye una temeraria invitación al descubrimiento de la operación por la policía, a la detención o a algo peor. Esos agentes prefieren comunicarse casi exclusivamente por métodos indirectos o incluso utilizando medios mecánicos (mensajes de radio cifrados, tintas invisibles, micropuntos, etc.). Sin embargo, la CIA insiste en que sus funcionarios de operaciones tengan contactos personales con los agentes que dependen de ellos, excepto en los casos que se consideran de riesgo extremado. El hombre de la CIA debe evaluar periódicamente, en encuentros cara a cara, la sinceridad y el entusiasmo del espía.

Cada vez que el funcionario de operaciones tiene un contacto personal con su agente, se corre el riesgo de que sean observados por las fuerzas de seguridad del país o por un servicio secreto hostil, como, por ejemplo, la KGB. Para reducir al mínimo este riesgo, la mayor parte de las veces se usan métodos de contacto indirecto, sobre todo para pasar la información recogida por el agente al representante de la CIA. Una de las técnicas más corrientes consiste en la utilización de un correo, es decir, de una persona que sirve de intermediario. El correo puede ejercer su función consciente o inconscientemente; quizás es otro agente; incluso puede que resida en otro país. En todo caso, su función consiste en recoger material del agente o del funcionario de la CIA y pasarlo al otro, sin conocer el contenido de ese materia].

Otra técnica muy usada es la del buzón; consiste esencialmente en la utilización como buzón secreto de cualquier ob jeto o lugar natural y discreto capaz de contener el material que se pasa: la oquedad del tronco de un árbol, la parte inferior del banco de un parque, una grieta en un muro de piedra, ele. (Uno de los buzones utilizados durante la operación Penkovsky era el hueco entre el radiador de la calefacción y la pared, en el vestíbulo de una casa de pisos de Moscú.) El agente sólo tiene que depositar el material en el buzón secreto y en el momento convenido; más tarde, el representante de la CIA o un correo enviado por él realizan la «recogida de la correspondencia».

Otra técnica también muy utilizada es la del contacto fortuito: el agente y el funcionario que lo controla, o bien un correo, se cruzan en un lugar público previamente convenido. El agente puede encontrar a su contacto, por ejemplo, en el andén de una estación de Metro, atestado de gente, en el vestíbulo de una sala de espectáculos o quizás en una calle muy concurrida. Los dos fingen no conocerse y procuran acercarse durante unos instantes, el tiempo justo para que uno de ellos pueda pasar el material a manos del otro o introducirlo en uno de los bolsillos de éste. También se puede efectuar la operación mediante un intercambio rápido de periódicos o de carteras de mano. Los contactos de este tipo, breves y subrepticios, acostumbran a ser muy seguros si se ejecutan correctamente.

Aunque el funcionario de la CIA utilice con frecuencia los contactos indirectos, de vez en cuando tiene que entrevistarse personalmente con su agente. Siempre que tiene lugar uno de estos encuentros clandestinos —en un autobús, un parque o un restaurante— otros empleados de la CIA montan un servicio de vigilancia, para prevenir cualquier interferencia de la «oposición». Esta operación se conoce en el oficio con el nombre de «contravigilancia». Antes de cada cita, el representante de la CIA establece ciertas señales convenidas, de seguridad y de peligro, con el agente y con el equipo de contravigilancia. De este modo, el funcionario, su agente o cualquier elemento del equipo pueden indicar de un modo discreto a los otros que puede continuar la reunión o si hay que evitar todo contacto o interrumpir el encuentro cuando se nota algo sospechoso. Para las reuniones con los agentes, sobre todo si hay mucho de qué hablar, se utilizan también las casas de seguridad (es decir residencias alquiladas por la CIA o propiedad de la agencia); estas casas tienen la ventaja de que proporcionan un ambiente donde el representante de la CIA y su agente pueden sentirse seguros y hablar con tranquilidad sin miedo a vigilancias inoportunas. Sin embargo, si se usa uno de esos locales con demasiada frecuencia, se corre el riesgo de que la «oposición» lo descubra. La necesidad de mantener el secreto da mucho trabajo al que opera en la clandestinidad, pero esta misma necesidad es lo que justifica su actividad.

Usos y costumbres de la CIA

Hace algunos años, la revista «Newsweek» dijo que la CIA era la organización más secreta y más sólidamente trabada de la sociedad norteamericana (con la posible excepción de la Maña). Esta caracterización de la agencia es algo exagerada, pero no deja de ser verdad hasta cierto punto. En su buena época, durante el periodo culminante de la guerra fría, la agencia tenía un empuje extraordinario; su personal estaba formado por gente osada y llena de imaginación, a todos los niveles y en todos los departamentos. Pero con los años la CIA ha envejecido y se ha vuelto obesa y burocrática. El espíritu de cuerpo y de cumplimiento del deber que había

caracterizado en tiempos a su personal —y que distinguía a la agencia de todos los demás organismos gubernamentales— se fue perdiendo, y ha sido reemplazado, en gran parte, por una mentalidad doctrinaria y pasada de moda. El verdadero objetivo del secreto, que consiste en ocultar a la «oposición» las intenciones y las actividades de la agencia, se ha perdido de vista; hoy día, la CIA acostumbra a practicar el secreto por el secreto mismo… y para impedir que el público norteamericano se entere de las actividades que realiza. Y el verdadero objetivo del espionaje, que es el de mantener una vigilancia efectiva sobre las actividades de los otros países que puedan representar una amenaza para los Estados Unidos, ha sido deformado por la necesidad de alimentar una personalidad colectiva que medra en la clandestinidad.

Poco después de la invasión de Camboya, en 1970, un grupo de varios centenares de empleados de la CIA (la mayoría de ellos jóvenes funcionarios de las direcciones de Información y de Ciencia y Tecnología, pero no de los Servicios Clandestinos) firmó un documento protestando por la política norteamericana en Indochina. El director de la CIA, Richard Helms, se alarmó tanto ante la perspectiva de que el descontento se propagara por las filas de la agencia y de que el público tuviera noticia de ello, que citó a todos los firmantes del documento de protesta al auditórium principal y les endosó una conferencia sobre la necesidad de separar sus opiniones personales de sus obligaciones profesionales. Al mismo tiempo, se montaron manifestaciones similares sobre la cuestión de Camboya en el Departamento de Estado y en otros organismos del Gobierno. Casi toda la prensa del país comentó el hecho de que se estaba fraguando una rebelión incipiente en las filas de la burocracia federal. Sin embargo, lo ocurrido en la CIA no llegó a conocimiento de los medios de información, a pesar de que en realidad podría haber sido una noticia mucho más significativa. Pero, de acuerdo con la tradición de clandestinidad de la agencia, los empleados de la CIA habían realizado una protesta secreta.

Para el personal de la agencia, al cual desde el momento mismo de su reclutamiento se le imbuye la idea de la necesidad del secreto, no había nada de extraño en el hecho de ocultar al público su manifestación. Dentro de la agencia, el secreto es una forma de vida; éste es un tema que en la CIA todo el mundo se toma muy en serio, aunque para una persona que no pertenezca a la agencia la conducta a que da lugar el secreto extremado pueda presentar aspectos sumamente cómicos. Los instructores se pasan horas y horas dando conferencias al personal de nuevo ingreso sobre la «conciencia de seguridad», y a estas sesiones se añaden los cursos de puesta al día que deben seguir los empleados periódicamente, los carteles de advertencia, e incluso la obligación que tiene cada empleado de leerse cada seis meses las reglas de seguridad de la agencia, firmando un ejemplar de las mismas, para que quede constancia de que las ha revisado. La regla general es que no se debe comunicar nada de lo referente a la CIA a quienes no pertenezcan a ella y que a los colegas de la agencia sólo se les debe facilitar la información que realmente necesiten conocer.[*]

El personal de la CIA acaba por acostumbrarse de tal manera a las rigurosas normas de seguridad (algunas de las cuales, por supuesto, están plenamente justificadas), que las acepta todas con facilidad y muy pocas veces la infringe. Nada parece tan natural como tener que trabajar con un listín telefónico con la indicación de secreto, intencionadamente incompleto, que no contiene los números de ninguno de los empleados de los Servicios Clandestinos y de cuyas ediciones semestrales desaparecen a veces los nombres de muchas personas que trabajan en los departamentos no clandestinos. De este modo, si algún ejemplar del listín llega a caer en manos no autorizadas, ningún agente secreto extranjero ni ningún periodista demasiado curioso podrán calcular cuánta gente emplea la CIA en su cuartel general, ni siquiera cuántas personas ocupan puestos no clandestinos. A los que han sido borrados temporalmente de la guía siempre les queda la esperanza de que sus nombres aparezcan en la edición siguiente, en sustitución de otros, llamados al limbo telefónico. Para complicar aún más las cosas, la mayor parte de los números de teléfono de la agencia se cambian de vez en cuando por razones de seguridad. Casi todos los empleados se ven obligados a anotar los números con los que tienen más frecuente relación en sus libros de notas personales, pero han de tener cuidado en guardarlos cada noche en sus respectivas cajas fuertes si no quieren verse acusados de infringir las normas de seguridad. Una falta a estas normas cometida por primera vez acarrea una reprensión y, por lo general, el infractor tiene que encargarse forzosamente durante varias semanas de la inspección de seguridad de su oficina. La reincidencia se sanciona con una suspensión temporal de empleo y sueldo, por un período que puede llegar hasta varias semanas, e incluso acabar con el despido.

Además de las listas de números de teléfono, en las cajas fuertes se guardan todos los materiales confidenciales (incluso las cintas de las máquinas de escribir y los trozos de papel), siempre que la oficina correspondiente no está ocupada. Durante la noche y los Mes de semana, los guardias de seguridad patrullan por todo el edificio a intervalos de media hora aproximadamente, comprobando que no se han dejado documentos secretos tuera de las cajas fuertes, que éstas han sido bien cerradas y que no hay espías al acecho en los vestíbulos. Si un guardia nocturno encuentra cualquier clase de material confidencial fuera de su sitio, tanto la persona que se olvidó de guardarlo en lugar seguro como el responsable de la seguridad en la oficina correspondiente sufren la sanción prevista, que se anota en sus respectivos expedientes personales.

Estas precauciones se toman en el interior del edificio de la sede central de la agencia, pero el propio edificio está rodeado por una valla de cuatro metros de altura coronada con alambre de espino, vigilada por patrullas de guardias armados acompañados de perros policía y dotada de un sistema de comprobación que garantiza que nadie puede penetrar en el recinto exterior o en el propio edificio sin identificarse previamente. Todos los empleados de la CIA están provistos de una insignia de plástico laminado con su fotografía, que no sólo tienen que mostrar a los

guardias en los accesos al recinto, sino que deben llevarla a la vista de modo permanente en el interior del edificio. En los bordes de la insignia existen unos veinte cuadros en blanco que pueden llevar o no diversas letras rojas impresas. Cada letra indica que el portador de la insignia tiene autorización para penetrar en una parte determinada del edificio. Ciertas oficinas son de acceso restringido y sólo pueden entrar en ellas quienes llevan en la insignia la letra correspondiente. Estas zonas de la sede central de la CIA acostumbran a estar guardadas por un policía de la agencia sentado en el interior de una cabina de cristal, e] cual controla desde su puesto de guardia un torniquete que impide el paso de las personas no autorizadas. Las oficinas particularmente secretas se hallan protegidas, además, por una cerradura de combinación o cifrada que tiene que abrir el propio individuo, una vez ha sido inspeccionada su insignia.

Incluso las mujeres de la limpieza han de obtener la correspondiente autorización de los servicios de seguridad para que se les conceda la insignia, que también tienen que llevar a la vista todo el tiempo; mientras limpian las oficinas (donde se supone eme todo el material confidencial ya ha sido guardado en la caja fuerte correspondiente) han de ir acompañadas por un guardia armado. Algunas habitaciones se consideran tan secretas que el guardia tiene que estar vigilado a su vez por alguien que traba je en la oficina.

El secreto lo invade todo. Por ejemplo, las tarjetas clavadas en los tablones de anuncios de la agencia y que ofrecen algún objeto para vender terminan con palabras de este tipo: «Llamar a Bill, extensión 6464». En efecto, ningún empleado de la CIA, tanto de los departamentos clandestinos como de los restantes, tiene permiso para revelar su apellido a sus colegas; además, hasta 1973 los empleados tenían prohibido contestar al teléfono con otras palabras que no fueran las cuatro cifras de su número.

Asimismo, hasta hace pocos años, los empleados de la CIA tenían que presentarse ante la gente no perteneciente a la agencia como empleados de los departamentos de Estado o Defensa o de otra organización gubernamental. Hoy día, los analistas y técnicos tienen autorización para decir que trabajan en la agencia, aunque no pueden revelar en qué departamento concreto. Los empleados de los Servicios Clandestinos son fácilmente identificables entre la burocracia de Washington porque casi siempre pretenden estar empleados en los Departamentos de Defensa o de Estado, pero acostumbran a dar muy pocos detalles concretos sobre su traba jo y, por lo general, son incapaces de dar la dirección de la oficina donde desempeñan sus funciones. A veces facilitan un número de teléfono que corresponde realmente al de la centralita del sitio donde dicen trabajar, pero cuyas extensiones, debido a hábiles combinaciones de cables, se hallan en Langley.

El edificio del cuartel general de la agencia, situado en una finca de unas 50 hectáreas de extensión, parcialmente cubierta de bosque, a 15 kilómetros del centro de Washington, es de estilo moderno y semeja una fortaleza. Hasta la primavera de 1973, una de las dos carreteras que llevan al recinto vallado no tenía ninguna

indicación y en la otra había un cartel que identificaba la instalación como perteneciente a la Oficina de Carreteras Públicas, que tiene instalada la estación de investigación de carreteras de Fairbanks al lado mismo de la sede de la agencia.

Hasta 1961, la CIA ocupó una veintena de edificios esparcidos por todo Washington. Una de las razones que se adujeron para justificar la construcción de una sede única en los suburbios de la capital, con un coste de 46 millones de dólares, fue que se ahorraría mucho dinero teniendo a todos los empleados reunidos bajo un mismo techo. Pero, de acuerdo con una tradición burocrática nunca desmentida, desde el mismo día de su terminación el edificio del cuartel general resultó demasiado pequeño para alojar todas las actividades de la CIA en Washington. Por ello la agencia no llegó a desalojar nunca algunos edificios que ocupaba, ocultos detrás de unas instalaciones sanitarias de la Marina, en la calle 23 Noroeste, de Washington, y el Centro Nacional de Información Fotográfica, perteneciente a la CIA, está alojado en las instalaciones de la Marina situadas en el sudeste de Washington. Entre las grandes oficinas de la CIA que continúan en el centro de la capital se cuentan las de la división de Operaciones Interiores, situadas en la Avenida de Pennsylvania, cerca de la Casa Blanca.

Por otra parte, en los suburbios de Washington pertenecientes ya al estado de Virginia hay también otros edificios de la CIA, fuera del recinto del cuartel general. Una de las instalaciones de instrucción de la agencia se halla localizada en el edificio Broyhill, de Arlington, y la CIA tiene asimismo varias oficinas en la sección de Rosslyn de aquel condado. Además, por lo menos media docena de departamentos de la agencia están instalados en la zona de Tyson’s Corner, en el Norte de Virginia, que se ha convertido en una especie de minicentral de los servicios secretos para cuestiones técnicas, debido a la presencia en las cercanías de numerosas compañías de electrónica y de investigación que trabajan por cuenta de la CIA y del Pentágono.

La rápida expansión del espacio dedicado a oficinas de la CIA, que ha tenido lugar durante estos últimos años, no se ha debido a un aumento apreciable de personal. La causa radica más bien en el enorme desarrollo del espionaje técnico, acompañado por la irrefrenable tendencia que muestra la burocracia a conquistar nuevos territorios. Mientras fue director, Richard Helms no prestó demasiada atención a la progresiva diseminación de los locales de la agencia, hasta que cierto día, en 1968, un funcionario de la organización le hizo notar que otro departamento más se iba a trasladar a Tyson’s Corner. Por alguna razón desconocida, esta noticia hizo montar en cólera al director, quien mandó que se preparara un estudio para averiguar exactamente qué proporción de la agencia estaba instalada fuera del cuartel general. Gracias a este estudio Helms se enteró de lo que ya sabían todos los agentes de la propiedad inmobiliaria de Washington, es decir, que una parte sustancial de los empleados de la CIA se había mudado del edificio destinado en principio, según se adujo como justificación ante el Congreso, a alojar a todo el personal de la CIA. Helms decretó entonces que en el futuro todos los traslados necesitarían su

autorización Personal previa, pero esta medida sólo consiguió frenar temporalmente el éxodo.

Cuando el edificio del cuartel general de la CIA se hallaba en construcción, a finales de la década de los cincuenta, el industrial responsable de la instalación del sistema de calefacción y aire acondicionado preguntó a la agencia cuántas personas trabajarían allí. Por razones de seguridad, la CIA se negó a facilitarle esta información y el hombre se vio obligado a hacer un cálculo aproximado basándose en el tamaño del edificio. El resultado fue que la calefacción funcionaba bastante bien, pero que el sistema de aire acondicionado era muy irregular. Debido a las quejas que se formularon al inaugurarse el edificio, en 1961, el contratista instaló un termostato individual en cada oficina, pero los empleados ajustaban continuamente sus correspondientes termostatos, de modo que el sistema aún funcionaba peor. En vista de ello, la dirección de Ciencia y Tecnología ordenó que en lo sucesivo los termostatos no se podrían tocar y todos los aparatos fueron sellados. Sin embargo, los expertos de la citada división no habían caído en la cuenta, al parecer, de que la CIA era una agencia clandestina y que muchos de sus empleados, durante su período de instrucción, habían asistido a un cursillo donde se les enseñaba a realizar trampas en toda clase de aparatos; al poco tiempo, los termostatos volvían a funcionar.

Así las cosas, la CIA demandó al contratista para obligarle a realizar mejoras en la instalación, pero éste se defendió alegando que había instalado el mejor sistema posible, dado que no se le facilitó una indicación concreta sobre el número de personas que iban a trabajar en el edificio. La CIA no pudo presentar ningún argumento para responder a esta alegación y perdió el pleito.

Otra de las originalidades de la sede central de la CIA es la cafetería. Está dividida en una sección secreta y una sección abierta; la parte más importante está reservada a los empleados de la CIA, que para entrar en ella tienen que mostrar sus insignias a unos guardias armados; el resto está destinado a los visitantes y a la gente que trabaja en la agencia. Aunque las únicas personas de fuera que entran en esta última sección son funcionarios de otros organismos gubernamentales norteamericanos, representantes de algunos países amigos y familiares de los empleados de la casa, esta división en dos asegura que ningún visitante podrá ver la cara de un funcionario de operaciones clandestinas mientras esté almorzando.

Los «supergrados» de la CIA (que equivalen en el terreno civil a los generales del Ejército) tienen su propio comedor privado en las oficinas de la dirección general. Allí pueden encontrar menús excelentes, a precios más bajos que en la cafetería, servidos en vajilla de fina loza, sobre manteles de hilo, por camareros negros vestidos con chaquetas blancas inmaculadas. Estos camareros y los cocineros que preparan la comida son empleados de la CIA, a diferencia del personal de la cafetería, que trabaja para un contratista. En varias ocasiones, la Oficina de Administración y Presupuestos se han quejado por el alto coste de este restaurante privado, pero la agencia ha conseguido siempre rechazar estas críticas recurriendo al procedimiento que utiliza

para rechazar casi todas las críticas a sus actividades: justificándolas por razones de «seguridad nacional».

Las cuestiones de clase social y de esnobismo han tenido siempre gran importancia en la CIA. Debido a que su origen fue la Oficina de Servicios Estratégicos (cuya sigla inglesa, OSS, se ha dicho, medio en broma medio en serio, que quiere significar «Oh So Social», es decir, «Oh, qué fino»), la agencia tiene fama de contar entre sus funcionarios con muchos graduados de las grandes universidades del Este, las que forman la llamada Ivy League. Allen Dulles, que era un ex diplomático y un antiguo abogado de Wall Street, con relaciones sociales impecables, fue quien dio el tono a una agencia llena de Roosevelts y Bundys, y en cuyas filas se contaban hombres como Robert, hermano de Cleveland Amory, y otros vástagos de varias familias patricias norteamericanas. Ha habido excepciones, desde luego, pero la mayor parte de los altos dirigentes de la CIA han sido blancos, anglosajones, protestantes y graduados de las universidades del Este del país que otorgan prestigio. Aunque con el tiempo, y debido al cambio de mentalidad operado en el país, la influencia de esta selecta minoría del Este en el conjunto de los círculos dirigentes de la Administración norteamericana ha disminuido considerablemente, la CIA constituye, quizás, el último bastión de los WASP (los blancos, anglosajones y protestantes) en el Washington oficial o, por lo menos, el que se resiste con más ahínco a adoptar el principio de igualdad de oportunidades.

No fue por casualidad que Richard Bissell (Groton, Yale, A. B., Ph. D., London School of Economics), ex jefe de los Servicios Clandestinos, estuviera hablando ante un grupo de estudio del Consejo de Relaciones Exteriores en 1968, cuando pronunció su charla «confidencial» sobre la acción encubierta. En efecto, este Consejo, muy influyente pese a su carácter privado, compuesto por varios centenares de personas que ocupan puestos de gran responsabilidad en las esferas política, militar, económica y académica de los Estados Unidos, ha sido durante largo tiempo la principal «reserva» de la CIA en el público norteamericano. Cuando la agencia ha necesitado personalidades de relieve para ponerlas al frente de las compañías de su propiedad o para cualquier otro tipo de colaboración, ha recurrido con frecuencia a los miembros del Consejo. Aquella noche de 1968, Bissell sabía que podía hablar con entera libertad y abiertamente sobre los temas más delicados, puesto que se hallaba entre «amigos». Sus palabras llegaron a la opinión pública, no debido a una indiscreción de los que le escuchaban, sino a causa de los desórdenes estudiantiles registrados en Harvard en 1971.

Quizás entre los estudiantes que entraron a saco en los despachos donde se guardaban los borradores de la charla de Bissell estaban los hijos de miembros del Consejo o de funcionarios de la CIA, y en esto reside el cambio que está experimentando la agencia (y todo el «sistema establecido» del Este, por supuesto). Durante los diez años últimos, la mentalidad de los jóvenes, que antes hubieran ingresado en la CIA como sus padres y los compañeros de universidad de sus padres,

ha cambiado de una manera drástica. La guerra del Vietnam ha actuado como catalizador de un Proceso de descrédito de la agencia en las universidades e instituciones educativas tradicionales del Este del país; y, a consecuencia de ello, la CIA se ha visto obligada a alterar su base de reclutamiento. El grueso de los nuevos profesionales que ingresan en la agencia ya no procede de Harvard, de Yale, de Princeton y de unas pocas universidades más del Este.

En general, los graduados de esos grandes centros de enseñanza no desean ingresar en la agencia, y en la actualidad la CIA recluta a sus funcionarios, sobre todo, en las universidades del Medio Oeste y en las Fuerzas Armadas. Aunque este cambio de orientación es, sin lugar a dudas, un reflejo de la creciente democratización de la Administración norteamericana, la CIA ha mudado de sistema no tanto por propia voluntad como porque no le quedaba otra opción si quería ir nutriendo sus filas. Algunos altos funcionarios de la agencia están convencidos de que, si no se puede reconstruir la red de «antiguos compañeros de colegio», la CIA encontrará cada vez más dificultades para lograr la colaboración de las grandes compañías norteamericanas y, en general, para servirse de «amigos» influyentes, tanto en el sector público como en el privado.

Pese a la ampliación relativamente reciente de la base de reclutamiento del personal de la CIA, la agencia no es ni ha sido nunca un organismo que se distinga por dar las mismas oportunidades a los candidatos. Actualmente tiene uno de los porcentajes más reducidos —o quizás *el más* reducido— de empleados de raza negra de todos los departamentos federales. La alta dirección de la CIA tuvo que prestar atención forzosamente a esta cuestión cuando, en 1967, un militante de los derechos civiles de la capital escribió a la agencia quejándose de que en sus sistemas de reclutamiento no se respetaban los derechos de las minorías. En aquel momento se ordenó realizar un estudio al respecto y resultó que el negro de rango más elevado en la CIA era un GS-13 (que equivale más o menos a un comandante del Ejército). En conjunto, no llegaban veinte los negros entre los **12.000** empleados no administrativos con que contaba entonces la agencia; además, incluso la proporción de secretarias, oficinistas y empleados no profesionales de raza negra era considerablemente inferior a la de la gran mayoría de organismos gubernamentales de la zona de Washington. Este último hecho podría atribuirse a que la sede de la agencia se halla en los alrededores de la capital, si no fuera que los negros estaban muy bien representados entre el personal de limpieza y los guardias de seguridad.

Los altos funcionarios quedaron, al parecer, sorprendidos por los resultados del citado estudio, ya que no se consideraban a sí mismos personas llenas de prejuicios. Dieron órdenes de que se intensificaran los esfuerzos para reclutar más negros, pero los resultados obtenidos no fueron demasiado satisfactorios. Durante los últimos años, los jóvenes licenciados universitarios negros se han mostrado reacios a ingresar en la CIA, ya sea por razones políticas, ya sea porque han encontrado oportunidades más ventajosas en el sector privado. Por otra parte, era difícil cambiar el sistema de

reclutamiento de la CIA para acomodarlo a las necesidades de las minorías. La «detección» de los posibles empleados se encuentra casi por completo en manos de profesores universitarios que son amigos o consejeros de la agencia y que enseñan, por lo general, en universidades blancas, donde cada año eligen a unos cuantos estudiantes cuidadosamente seleccionados para la CIA.

La escasa representación de los grupos minoritarios en la CIA no afecta solamente a los negros. En 1964, el Inspector General de la agencia realizó un estudio rutinario de la Oficina de Valoraciones Nacionales; el inspector no encontró a ningún profesional negro, judío o del sexo femenino y sólo unos cuantos católicos. Inmediatamente, la oficina en cuestión tomó medidas para poner remedio a esta situación. Una profesional femenina ingresó a prueba y se contrató a una secretaria de raza negra. Cuando la empleada profesional acabó el período de prueba, se le indicó que buscara trabajo en otra parte y a la secretaria negra la colocaron fuera de las oficinas principales… apartada de la vista, en el centro de reprografía. Claro que el citado departamento cedió algo, porque contrató a unos cuantos judíos así como también a algunos católicos más.

Son escasísimas las mujeres que desempeñan altos cargos en la CIA, aunque, por supuesto, la agencia emplea gran número de mujeres como secretarias y en otros puestos no profesionales. Como suele ocurrir en todas las grandes organizaciones, en este tipo de empleos el personal se renueva constantemente y cada año la agencia contrata un millar o más de nuevos candidatos. Las oficinas de reclutamiento de la CIA sacan a la mayoría de este personal de los jóvenes recién salidos de las escuelas secundarias situadas en las pequeñas ciudades, mayoritariamente blancas, de Virginia y de los Estados vecinos de Virginia Occidental, Maryland y Pennsylvania. De Washington, ciudad habitada por una abrumadora mayoría de negros, proceden relativamente pocas secretarias de la CIA. Con los años, los jefes de personal de la agencia han ido estableciendo unas excelentes relaciones con los profesores y directores de las escuelas secundarias de los estados cercanos y cuando realizan sus giras anuales de reclutamiento en busca de candidatos, las chicas interesadas ya saben a quién dirigirse; a menudo entran a trabajar en la CIA grupos enteros de muchachas de una misma clase de determinada escuela secundaria. Cuando las nuevas secretarias llegan al cuartel general de la CIA, en los alrededores de Washington, se les recomienda que se instalen en pisos seleccionados por la agencia, en los suburbios de la capital pertenecientes ya al estado de Virginia; se trata de edificios en los que prácticamente todos los vecinos son empleados de la CIA.

Las cuestiones de seguridad son una de las causas principales de la falta de interés hacia las zonas urbanas que muestra la agencia al reclutar a sus secretarias. Todos los empleados de la CIA, antes de empezar a trabajar en la agencia han de recibir permisos especiales de seguridad. La concesión de estos permisos es un proceso muy caro, ya que exige una serie de investigaciones previas por parte de la CIA, y los antecedentes de las mujeres procedentes de las pequeñas localidades son más fáciles

de obtener. Además, parece como si realmente la agencia prefiriera emplear secretarias «típicamente» norteamericanas, menos «corrompidas» y «politizadas» seguramente que sus compañeras de las ciudades.

Para ingresar en la CIA, las secretarias, como el resto del personal, tienen que someterse obligatoriamente a una prueba con el detector de mentiras. Luego deben continuar pasando estas pruebas de un modo periódico, normalmente cada cinco años o cuando regresan de un destino en el extranjero. Gracias al detector de mentiras, la CIA, a diferencia de la mayor parte de las empresas, llega a averiguar casi todo lo imaginable acerca de la vida privada de sus empleados. En las pruebas se hacen preguntas sistemáticamente sobre la vida sexual, el consumo de drogas y la honradez personal de las personas que se someten a ellas, además de interrogarlas sobre materias relacionadas con la seguridad como, por ejemplo, los posibles contactos con agentes extranjeros. Las secretarias jóvenes dan invariablemente resultado negativo en la máquina cuando se les formula, como es norma, la pregunta: «¿Ha robado usted bienes pertenecientes al Estado?» Por lo general, los expertos en detectores han de añadir una cláusula aclaratoria: «sin contar plumas, lápices y material de oficina de poca importancia».

Cuando los candidatos a empleados de la CIA han superado las investigaciones de seguridad y las pruebas con el detector de mentiras, la agencia les proporciona cursos de instrucción. La mayoría de las futuras secretarias siguen estos cursos —enfocados, sobre todo, a subrayar la necesidad de guardar el secreto en todos los aspectos del trabajo— en el mismo Washington o en sus cercanías. Las mujeres que han de ir destinadas al extranjero como mecanógrafas o archiveras de los funcionarios de la CIA, asisten a diversos cursillos sobre técnicas de espionaje. Según informaciones facilitadas por una antigua secretaria, a finales de la década de los sesenta lo más notable del entrenamiento de carácter práctico a que fue sometida consistió en seguir a un instructor sin perderle de vista por varios grandes almacenes de Washington.[*]

Los profesionales de la agencia, la gran mayoría de ellos (hasta que estalló el escándalo de la Asociación Nacional de Estudiantes, en 1967) reclutados a través de profesores universitarios «amigos» reciben una instrucción mucho más completa cuando ingresan en la CIA en calidad de alumnos. Durante dos años se hallan en periodo de prueba; el primer año, siguiendo diversos cursos, y el segundo, completando su instrucción en la práctica mientras desempeñan ya una función en la agencia. Los cursos de introducción se dan en el llamado edificio Broyhill, en Arlington, Virginia, y versan sobre temas como, por ejemplo, las normas de seguridad, la organización de la agencia y de los restantes servicios secretos norteamericanos y la naturaleza del comunismo internacional. A Allen Dulles, cuando era director, le gustaba hablar en estos cursos y explicar a los alumnos que mientras desempeñaba un cargo diplomático en Suiza, durante la Primera Guerra Mundial, un sábado por la mañana recibió una llamada telefónica desde Rusia. El ruso que telefoneaba quería hablar inmediatamente con un representante del

Gobierno de los Estados Unidos, pero Dulles se lo sacó de encima porque tenía una cita con una señorita. El ruso resultó ser Nikolai Lenin, y Dulles utilizaba este incidente para ilustrar a los alumnos sobre la necesidad de estar siempre alerta sobre la posible importancia de la gente que encontrarían en su trabajo.

Posteriormente, los alumnos van a «La Granja», el establecimiento que posee la agencia cerca de Williamsburg, disimulado como si fuera una instalación para investigaciones y pruebas del Pentágono y que realmente tiene todo el aspecto de un gran campamento militar. Los cuarteles, las oficinas, las aulas de enseñanza y el club de oficiales se hallan agrupados alrededor de un punto central. Diseminados por todo el recinto, de casi 200 hectáreas de extensión y cubierto en su mayor parte de bosque, se hallan varios polígonos de tiro, torres de saltos y una imitación de las instalaciones fronterizas de un país comunista imaginario. Situadas aparte, en recintos aislados fuertemente vigilados y de acceso sólo limitado a ciertas personas, se levantan otras instalaciones usadas para Proyectos supersecretos como, por ejemplo, el interrogatorio de un desertor del adversario, la preparación de operaciones especiales o la instrucción de algún agente extranjero importante que ha de regresar a su patria para espiar en favor de la CIA.

Uno de los procedimientos de enseñanza que se utilizan en «La Granja» consiste en la proyección ante los alumnos de películas de espías producidas en Hollywood; después, éstos han de comentar y criticar colectivamente las técnicas usadas en las películas. También se recurre a otro tipo de proyecciones, tal como explicó un antiguo funcionario, especialista en operaciones clandestinas, que escribió lo siguiente sobre sus experiencias, en la edición correspondiente a abril de 1967 de la revista «Ramparts»:

> Se nos mostraron películas producidas por la agencia que representaban a la CIA en acción, películas que demostraban una especie de sentido del espectáculo, a la manera de Hollywood, que es bastante corriente dentro de la agencia. Uno de mis colegas, que asistió a un curso durante 1963, me habló de una película que había visto, dedicada al famoso episodio del avión U-2. En un comentario preliminar a la proyección de la película, el instructor dio a entender que el presidente Eisenhower había perdido su sangre fría cuando decidió no continuar negando que el U-2 perteneciera a la CIA. Según el instructor, eso daba igual de todas maneras y, en suma, el U-2 constituyó un triunfo para la agencia, puesto que los aviones de este tipo habían estado volando sobre la Unión Soviética durante por lo menos cinco años; y durante todo este tiempo los dirigentes soviéticos hablan tenido que disimular su irritación, ya que, por una parte, eran incapaces de derribar a los U-2 y, por otra, se resistían a revelar al mundo entero su incapacidad. Las fotografías que aparecían en la película confirmaban que las «cámaras volantes» habían hecho un trabajo de reconocimiento realmente notable. Cuando terminó la proyección y se encendieron las luces de la sala, el instructor hizo un gesto señalando hacia las últimas Mas de asientos y dijo: «Caballeros, he aquí el protagonista de nuestra película» Francis Gray Powers se hallaba en el fondo de la sala, de pie. Los alumnos se levantaron como un solo hombre y prorrumpieron en aplausos.

Todos los alumnos de la CIA reciben una instrucción sumaria en el manejo de armas ligeras y los que se destinan a servicios paramilitares siguen un curso completo que comprende la enseñanza del mane jo de explosivos y de técnicas de demolición, de paracaidismo, de las operaciones marítimas y aéreas y de artillería. Estos cursos de

instrucción paramilitar son seguidos también por soldados contratados (a quienes molesta sobremanera que se les llame «mercenarios»), reclutados aparte para intervenir en operaciones especiales. Asisten a algunos cursos conjuntamente con los alumnos de la CIA, pero en general prefieren evitar el contacto con los graduados universitarios, jóvenes e inexperimentados, que forman e] grueso de las filas de los alumnos. Muchos de esos mercenarios y algunos alumnos toman parte a continuación en un curso superior sobre explosivos y armas pesadas que se imparte en un campo de instrucción de la CIA situado en Carolina del Norte. La enseñanza de técnicas paramilitares a nivel de perfeccionamiento se da en Fort Bragg, en Carolina del Norte, y en Fort Gulick, en la Zona del Canal de Panamá.

Ventajas y privilegios

Aunque el personal de la agencia tiene la misma categoría profesional y recibe idénticos salarios que el resto de los funcionarios y empleados de los organismos oficiales, no se halla sometido a la jurisdicción de la dirección de la función pública. El director de la CIA tiene poderes para contratar y despedir a un empleado sin sujetarse a las reglas oficiales normales, y sus decisiones son inapelables. Sin embargo, en general la práctica corriente en la CIA es tratar muy bien al personal que permanece leal a la agencia. Entre los funcionarios administrativos de la organización está muy arraigado el sentimiento de que ellos son responsables del bienestar de los empleados, y es éste un sentimiento que va más allá de la relación normal entre empleado y patrono que existe en los centros oficiales y en las empresas privadas. Hasta cierto punto, las consideraciones sobre la seguridad obligan a la Administración a adoptar esta actitud, puesto que un empleado insatisfecho o mal pagado puede convertirse fácilmente en blanco de los servicios secretos extranjeros. Sin embargo, hay algo más que eso. Es como si casi todo el mundo pensara: *Estamos embarcados en el mismo barco juntos y cualquiera que pertenezca al equipo tiene derecho a un trato correcto.* Probablemente, los empleados de la agencia profesan un sentimiento de lealtad más acendrado hacia la CIA que los miembros de casi todos los demás departamentos oficiales hacia sus respectivas organizaciones. También este sentimiento favorece la seguridad, aunque no por ello sea menos genuino.

Algunos de los beneficios de que disfruta el personal de la agencia no tienen equivalencia en toda la burocracia federa]. Por ejemplo, la CIA tiene un programa para emplear a estudiantes universitarios durante el verano, pero así como las otras agencias gubernamentales dan preferencia a los jóvenes de posición económica débil o pertenecientes a ciertas minorías discriminadas, la CIA contrata exclusivamente a los hijos de empleados de la agencia. También este proceder se justifica oficialmente por razones de seguridad y Por los gastos que acarrearían las necesarias averiguaciones sobre los que no son familiares de los empleados de la CIA, pero se

trata de una justificación bastante discutible, puesto que el Departamento de Estado, por ejemplo, se las arregla para conceder permisos de acceso a materias confidenciales a los estudiantes que contrata, sin gastos excesivos ni riesgos para la seguridad de sus servicios.

Si fallece un empleado de la CIA, un funcionario de seguridad de la agencia visita de inmediato el domicilio del finado, para ofrecerse a los familiares en todo lo que éstos pudieran necesitar (y, naturalmente, para asegurarse de que el fallecido no se hubiera llevado a casa desde su oficina según documento de la CIA). Si el empleado muerto vivía con una identidad falsa como encubrimiento, el funcionario de seguridad toma las medidas necesarias para que este encubrimiento no desaparezca con el fallecimiento. A menudo el representante de la agencia ayuda incluso a realizar las gestiones necesarias para los funerales y e] sepelio.

Se recomienda a los empleados de la CIA que para sus operaciones bancarias utilicen la cooperativa de crédito, localizada en el edificio del cuartel general. La cooperativa está acostumbrada a conceder préstamos a los funcionarios de operaciones clandestinas que actúan protegidos por una falsa cobertura y que ofrecen garantías personales basadas, por definición, en datos también falsos. Si se da el caso, muy poco corriente, de que un empleado no devuelve un préstamo, la cooperativa raras veces lo demanda judicialmente para recuperar el dinero: esto podría provocar un fallo en el sistema de seguridad. Existe también un fondo especial, alimentado con las aportaciones anuales de funcionarios de la agencia, destinado a ayudar a los colegas que pasan por dificultades económicas por causas accidentales.

La cooperativa de crédito también facilita varios tipos de seguros a los empleados de la CIA. Como la agencia no desea dar informaciones biográficas sobre su personal a las organizaciones exteriores a la CIA, no facilita al asegurador ninguno de los datos que normalmente solicitan las compañías de seguros, excepto la edad y el montante de la póliza del asegurado. La agencia certifica que todos los datos son ciertos —incluso el fallecimiento de un empleado determinad sin proporcionar ninguna prueba de ello. La organización Blue Cross, que en un principio se encargaba del seguro de enfermedad de los empleados de la agencia, pedía demasiada información para el gusto de la CIA y a finales de la década de los cincuenta ésta cambió de asegurador, llegando a un acuerdo con la Mutual of Omaha, que no tenía tantas exigencias. Los empleados de la agencia tienen órdenes incluso de no utilizar las máquinas automáticas de los aeropuertos que expenden pólizas de seguro contra los accidentes de aviación, y deben obtener estas pólizas a través de la cooperativa de crédito.

Se intenta incluso regular el tiempo libre de los empleados de la agencia, para reforzar su adhesión a la organización y también, claro está, por razones de seguridad. Existe una asociación (organizada como una sociedad anónima por razones legales) para las actividades de los empleados, que patrocina toda clase de programas, desde el deporte y el arte a la gimnasia para adelgazar y el karate. Esta

asociación mantiene también un servicio de viajes turísticos, una agencia de venta de localidades para espectáculos deportivos y teatrales y un economato. La CIA desarrolla también sus propios programas de instrucción para los empleados que son oficiales de la reserva militar. Además, ha llegado a diversos acuerdos con las universidades de la capital para que sus propios funcionarios den cursos reconocidos por aquéllas, a nivel de estudiantes y graduados, a los empleados de la agencia en el mismo edificio del cuartel general.

La CIA adopta una actitud igualmente paternalista también en otros aspectos. En conjunto, es bastante tolerante acerca de los devaneos de carácter sexual de sus empleados, siempre que las relaciones sean heterosexuales y que no se establezcan con espías enemigos. En realidad, es conocido el hecho de que durante los años sesenta, el dispensario médico de la CIA en Saigón curaba las enfermedades venéreas sin hacer preguntas, mientras que los funcionarios del Departamento de Estado destinados en aquella capital no acudían a la clínica de la embajada para cuidarse las mismas dolencias porque temían que si se anotaba en sus expedientes personales que habían sufrido una enfermedad venérea, ello tendría consecuencias negativas para sus carreras profesionales.

En muchos otros aspectos, la CIA vigila estrechamente el estado de salud de sus empleados. Si un funcionario de la agencia cae enfermo puede acudir a uno de los médicos de la CIA o a un doctor no perteneciente a la organización, pero que tenga «permiso de seguridad». Si ha de sufrir una intervención quirúrgica, es muy probable que un agente de seguridad de la CIA le acompañe al quirófano para asegurarse de que no revela ningún secreto mientras se halla bajo los efectos de la anestesia por pentotal sódico. Si sufre una depresión nerviosa, tiene que acudir a un psiquiatra de la agencia (o que esté autorizado por ella); en casos extremos, ingresa en un sanatorio aprobado por la CIA. Aunque no hay estadísticas al respecto, las depresiones nerviosas son, al parecer, más frecuentes en la agencia, debido a la atmósfera de tensión, que en el con junto de la población; por otra parte, la CIA mantiene una actitud más tolerante hacia los problemas de salud mental y psicoterapia que el público en general. En los Servicios Clandestinos, se considera que las depresiones son accidentes de trabajo prácticamente inevitables y se anima a los empleados a reanudar su actividad una vez terminado el tratamiento correspondiente. Habitualmente, las enfermedades de este tipo no son miradas con prevención; de hecho, cierto número de altos funcionarios sufrieron depresiones mientras trabajaban en los Servicios Clandestinos, y desde luego esto no ha perjudicado su carrera dentro de la CIA. El ex jefe de los Servicios Clandestinos Frank Wisner padeció una de estas dolencias y, una vez recuperado, volvió a trabajar como encargado de la estación de la CIA en Londres.

Muchos funcionarios de la agencia beben, cosa que todo el mundo sabe en la CIA y que, al parecer, se considera también un riesgo Profesional normal. La agencia es

asimismo más tolerante hacia los Problemas de la habituación al alcohol que otras organizaciones. En cambio, el uso de drogas está absolutamente prohibido.

Es cierto que los privilegios y ventajas que proporciona la CIA a sus empleados pueden justificarse por razones de seguridad nacional y por la necesidad de fomentar la lealtad en el interior de la organización, pero también es verdad que tienen un efecto en cierto modo pernicioso sobre los funcionarios de carrera. Inconscientemente, la agencia llega a ser considerada como una institución omnisciente y omnipotente… incluso a veces se la cree infalible. El sentido del deber acaba por convertirse en fanatismo; el dudar de las decisiones de los superiores llega a considerarse como una blasfemia, etc. Estas circunstancias fomentan el aislamiento y la introversión burocráticas (especialmente frente a las presiones del exterior), y aún tienden a provocar una actitud negativa y defensiva que impide a los funcionarios de la CIA que evolucionen personalmente al compás de los grandes acontecimientos sociales que tienen efecto en el país y, con mayor razón, en el extranjero. En lugar de ensanchar continuamente su visión personal y de afinar su sensibilidad respecto a las actividades profesionales que les son propias, los funcionarios de carrera se convierten en burócratas que no piensan, preocupados exclusivamente por su comodidad y su seguridad; y para conseguirlas satisfacen las demandas de los grupos dirigentes existentes, políticos e institucionales, de los grupos que, a fin de cuentas, proporcionan los medios para alcanzar aquellos objetivos personales.

Los escritos secretos

Hace varios años, la CIA fundó una biblioteca histórica secreta, más tarde una revista profesional interna secreta también y, finalmente, empezó la preparación de una historia secreta exhaustiva de la agencia, que está siendo escrita por altos funcionarios retirados.

La biblioteca histórica (denominada oficialmente Colección Histórica sobre Información Secreta), dedicada a textos referentes al espionaje, contiene varios miles de volúmenes de obras literarias y no literarias en varios idiomas. El conservador de esta biblioteca, alto funcionario de la agencia y, al mismo tiempo, bibliófilo por afición de cierta notoriedad, dispone de un considerable presupuesto anual que le permite viajar por todo el mundo en busca de libros preciosos y documentos que tratan del espionaje. Gracias a sus esfuerzos, es probable que actualmente la CIA posea la colección más completa del mundo de esta clase de publicaciones. Recientemente se ha organizado un pequeño museo adjunto a la biblioteca, donde se exponen tintas invisibles, micrófonos secretos, cámaras fotográficas y otros objetos utilizados realmente por los espías en ciertas operaciones.

La publicación profesional de la CIA es una revista de aparición trimestral titulada «Studies in Intelligence». Durante los últimos años ha publicado artículos

sobre numerosos temas, desde los de carácter práctico a los más teóricos. Ha habido, por ejemplo, artículos dedicados a cómo hay que reaccionar al ser sometido a interrogatorio por el enemigo; sobre cómo funciona el proceso de producción de las valoraciones nacionales; sobre sistemas para infiltrar personas a través de la frontera de un país hostil, fuertemente vigilada, etc. Después de la crisis de los cohetes de Cuba, la revista publicó un debate sobre si la CIA había descubierto los misiles soviéticos con la suficiente antelación o si había conseguido hacerlo con el margen de tiempo suficiente para que el Gobierno pudiera tomar las medidas necesarias.

Algunos artículos tienen un interés puramente histórico. En 1970, por ejemplo, se publicó un relato muy interesante sobre los esfuerzos que había realizado al final de la Segunda Guerra Mundial el conde Emilio Pucci, modista de profesión, que por aquel entonces servía en las filas del Ejército italiano, para evitar que los alemanes se apoderasen del Diario del conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores (y yerno) de Mussolini y ejecutado poco antes por orden del Duce. Es de suponer que este tipo de artículos puedan interesar al lector corriente, pero «Studies in Intelligence», aunque externamente tenga un gran parecido con muchas revistas corrientes, difiere de ellas en un aspecto importante. Lleva la indicación de secreto y, por consiguiente, está destinada exclusivamente a empleados de la CIA y a algunos lectores seleccionados pertenecientes a otros servicios secretos. Incluso las críticas de novelas de espionaje que publica de modo regular se hallan fuera del alcance del público norteamericano.

El más importante de los proyectos secretos de carácter literario emprendidos por la agencia es la extensa historia de la CIA, que se halla en preparación desde 1967. Aceptando el hecho de que los antiguos funcionarios de los diferentes servicios secretos sienten una inclinación irresistible a escribir sus Memorias, con lo que —debido a las revelaciones que hacen— a menudo crean problemas a sus respectivos Gobiernos y organizaciones, el director Helms, prudentemente, autorizó la preparación de una historia secreta oficial de la CIA y de sus actividades clandestinas. Se contrató a un profesor de Historia de una universidad del Medio Oeste para que actuase como coordinador de la obra y como asesor literario y de investigación de los funcionarios que participasen en el proyecto. Varios altos funcionarios ya jubilados volvieron a ingresar en la agencia, con carácter provisional y cobrando sus anteriores salarios, Para que pasaran un par de años más en la CIA redactando sus Memorias, que deberían incorporarse posteriormente a una historia muy completa de la agencia.

La decisión de Helms fue un golpe maestro. Esta historia nunca acabará de redactarse ni se publicará jamás. Por definición, es una obra perpetua, que sólo pueden leer quienes tienen necesidad de ello por razones del servicio… que son poquísimos. En cambio, los autores, los veteranos de mil batallas, se han librado de la necesidad de relatar las hazañas de su vida profesional, sin perjudicar a nadie, pero cobrando —y mucho— por el esfuerzo realizado. (Seguramente cobrando más que si hubieran publicado sus Memorias.) La CIA también está satisfecha con este arreglo; porque se trata de su arreglo, de un pacto entre amigos y colegas, un pacto que, muy

oportunamente, excluye al principal enemigo de quienes están poseídos por la mentalidad clandestina: el público.

CAPÍTULO 9
El espionaje y las opciones políticas nacionales

> La dirección de los negocios públicos debe basarse en una valoración lo más exacta posible de los hechos. A su vez, esa valoración debe facilitarla una agencia que ni tenga ambiciones propias ni esté comprometida con una determinada línea política.
>
> ALLEN DULLES

En un día del mes de diciembre de 1969, cuando los operarios habían empezado ya a instalar los adornos navideños en la Casa Blanca, el Presidente se reunió con el Consejo Nacional de Seguridad en la sala del Gobierno. El **(**

CENSURADO

) a las partes interesadas de la Administración federal durante el mes de abril anterior, los burócratas habían estado preparando la documentación necesaria para que sus jefes se fueran informando con vistas a esta reunión. Había grandes diferencias, en el seno de la Administración, sobre la postura que deberían adoptar los Estados Unidos frente a **(**

CENSURADO

). Ahora estaba cerca el momento de tomar una decisión, y entre los presentes se contaban el vicepresidente, los secretarios de Estado y Defensa, los subsecretarios de Estado y Comercio, el Director Central de Información (DCI), un representante de la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio (NASA), el ayudante del Presidente para asuntos de seguridad nacional y el presidente de la junta de jefes de Estado Mayor.[*]

El Presidente abrió la sesión declarando que el Consejo tenía ante sí algunos problemas muy complicados… complicados no sólo en el sentido que habitualmente se da a este término en asuntos de política exterior, sino también en un contexto moral que, hizo notar el Presidente, afectaba a una gran parte de la población norteamericana. A continuación, Nixon, dirigiéndose a su DCI, Richard Helms, le dijo: «Adelante, Dick».

La reunión del Consejo acababa de empezar oficialmente y, como de costumbre, Helms centró el problema dando una explicación detallada sobre la situación política y económica de los países sobre los que versaba la deliberación. Con ayuda de varios gráficos y mapas que presentaba un ayudante, se refirió a los últimos acontecimientos registrados en **África meridional. (El único fallo de su, por otra parte, impecable exposición, fue que pronunció defectuosamente la palabra «Malagasy» [antes Madagascar], al mencionar aquella joven república.)**

A continuación intervino Henry Kissinger, quien se refirió a la postura que podrían adoptar en principio los Estados Unidos hacia **(CENSURADO)** y esbozó las opciones concretas que sobre la política a seguir tenía el Presidente. En el caso de **(**

CENSURADO

.[*]

) los Estados Unidos a hacerlo. Sólo Richard Nixon en persona puede decir hasta qué punto los argumentos de Helms pesaron sobre la decisión que tomó el Presidente. Sin embargo, el año siguiente, a petición de los británicos, los Estados Unidos terminaron su **(**

CENSURADO

) era un factor tan indiscutible que ni siquiera fue tenido en cuenta en la reunión del Consejo de Seguridad Nacional. Se salía completamente de lo normal el hecho de que Helms hablase ante el Consejo sobre los efectos perjudiciales que hubiera sufrido su agencia si **(CENSURADO)**, ya que la función habitual del DCI en esas sesiones se limita a dar una información introductoria de base. Como primer consejero del Presidente en cuestiones de información confidencial y espionaje, su obligación consiste en dar a conocer los hechos y la valoración de los servicios secretos sobre los acontecimientos futuros, con objeto de ayudar a quienes toman las decisiones. Lo que Helms había dicho ante el Consejo Nacional de Seguridad hacía referencia exclusivamente a hechos, pero tuvo por efecto que se tomaran en consideración unas operaciones de espionaje al adoptar la decisión sobre una opción política. En teoría, por lo menos, se da por sentado que quienes toman las decisiones están capacitados para escoger las opciones más correctas *con* la ayuda de la información confidencial… y no *para* ayudar a la información confidencial.

Análisis contra operaciones

Muchos, aunque no todos ni mucho menos, de los profesionales de los servicios secretos están de acuerdo en que el ob jeto principal o, mejor dicho, primero, de la información confidencial consiste en producir una información valiosa y puntual sobre los acontecimientos políticos del extranjero, después de analizar cuidadosamente las fuentes secretas y las libremente accesibles. El producto acabado ha de ser equilibrado en sus puntos de vista y objetivo en su presentación de los hechos. Se supone que en ninguna circunstancia la información confidencial ha de aconsejar una determinada orientación política. La función de los servicios secretos, cuando se desempeña de modo correcto, es estrictamente informativa.

Esto es la teoría, pero en la realidad resulta que los servicios secretos de los Estados Unidos han invadido —y continúan haciéndolo— el campo reservado, en principio, a quienes han de fijar las grandes opciones políticas. Quizá sea ingenuo pensar que unos servicios que gastan cada año 6.000 millones de dólares y emplean por encima de 150.000 personas, las cuales trabajan en más de cien países distintos, podrían hacer otra cosa. De todas maneras, ha de quedar perfectamente claro que, cuando alguien como Richard Helms declara públicamente, tal como lo hizo en 1971, «nosotros no hacemos política exterior», tiene razón, quizá, desde un punto de vista técnico, en el sentido de que los funcionarios de la CIA han de someter sus programas más importantes a la aprobación de la Casa Blanca; pero no tiene razón en absoluto si sus palabras quieren significar que los servicios secretos, aparte de facilitar información, no influyen de un modo determinante sobre la formulación y la realización de la política exterior norteamericana.

La mera existencia de la CIA como un instrumento para intervenir secretamente en los asuntos internos de otros países modifica la visión del mundo que tienen los más altos dirigentes del país. En efecto, saben perfectamente que, si fallan las medidas políticas y económicas de carácter abierto, pueden recurrir a la CIA para que les saque del atolladero. Se puede pensar, por ejemplo, que la Administración Eisenhower, durante sus diez últimos meses de vida, se habría esforzado mucho más en evitar que las relaciones con Cuba llegaran a un punto de ruptura si el Presidente no hubiera dado ya su aprobación a que se formara un ejército clandestino de refugiados para derrocar al régimen castrista.

El secreto absoluto con que trabaja la CIA aumenta las posibilidades de que un Presidente la haga entrar en acción. El primer magistrado sabe que no tiene que dar explicaciones sobre las actividades de la agencia ni al Congreso, ni a la prensa, ni al pueblo norteamericano; así pues, si no se produce una indiscreción prematura, no existe ninguna fuerza institucional en los Estados Unidos capaz de impedir que el Presidente haga lo que quiera. Además, el secreto de las operaciones de la CIA permite que un Presidente autorice unas acciones contra otros países que, si fueran ejecutadas abiertamente, colocarían a los Estados Unidos fuera de la ley internacional. La carta de las Naciones Unidas y el Derecho Internacional prohíben, inequívocamente, que un país se interfiera en los asuntos internos de otro, pero si la

interferencia la comete una agencia clandestina el rastro de cuyas operaciones, hasta los Estados Unidos, es difícil de seguir, entonces el Presidente dispone de mucha mayor libertad de acción. He aquí un ejemplo, poco después de que Salvador Allende fuera elegido para la Presidencia de Chile, en 1970, se le preguntó al presidente Nixon, en una conferencia de prensa, por qué los Estados Unidos estaban dispuestos a intervenir militarmente en el Vietnam para evitar que los comunistas llegaran al poder y, en cambio, no hacían lo mismo en Chile para impedir que un marxista alcanzara la Presidencia; Nixon contestó que «para los Estados Unidos, haber intervenido en unas elecciones libres y haberlas falseado, hubiera tenido, en mi opinión, unas repercusiones en toda América Latina mucho peores que lo que había ocurrido en Chile». Pero el Presidente se calló que había dado su aprobación a **(CENSURADO)**, pero manteniendo esta acción en secreto, le era posible evitar —de momento por lo menos— la «reacción política negativa» que temía. Si no hubiera existido una CIA para hacer este trabajo a escondidas, es casi seguro que el Gobierno de los Estados Unidos no habría tratado de intervenir directamente en las elecciones de Chile, puesto que, como es natural, no deseaba reconocer públicamente sus acciones.

A un Presidente, las operaciones clandestinas le pueden parecer una panacea, un procedimiento para sacarle las castañas del fuego sin tener que recurrir a los esfuerzos y a las molestias de unas laboriosas negociaciones diplomáticas. Si, por otra parte, la CIA resulta cogida *in fraganti*, el Presidente siempre puede, en teoría, lavarse las manos en el asunto y evitar toda crítica negando oficialmente la intervención de la agencia. Por si fuera poco, la CIA está equipada y organizada para intervenir con suma rapidez en caso de crisis. No tiene el impedimento de una burocracia engorrosa, como el Pentágono, y ha demostrado su capacidad para actuar sin dilaciones, tal como hizo en el Congo, a comienzos de la década de los sesenta, cuando organizó una «fuerza aérea instantánea». En Laos, de cuarenta a cincuenta funcionarios de carrera de la CIA, ayudados por varios cientos de personas contratadas, dirigieron toda una guerra «secreta», mientras que el Pentágono, de habérsele asignado la misma misión, habría montado con toda seguridad un mando de ayuda militar con miles de soldados (tal como hizo en el Vietnam), a un coste mucho más elevado para el erario norteamericano. Por último, el personal de operaciones de la CIA es mucho menos dado que los militares a quejarse públicamente de que las restricciones políticas les obligan a luchar «con una mano atada a la espalda» y esto constituye una razón más para que los Presidentes prefieran a la agencia, sobre todo si no desean enfrentarse con sus generales acerca de las tácticas a que hay que recurrir en una situación determinada.

La actuación de la CIA no compromete a los Estados Unidos frente a otro país, como sí ocurre con la actuación del Presidente y del Departamento de Estado. Sin embargo, una vez iniciadas las operaciones de la CIA en una tierra extranjera, los Estados Unidos quedan cada vez más ligados al futuro del país. Naturalmente, los

intereses norteamericanos en la zona serían aún más importantes si el Presidente decidiera enviar tropas regulares en lugar de combatientes secretos, pero una intervención de ese tipo tendría que justificarse públicamente. Durante los años cincuenta y en los comienzos de la década siguiente, ni el presidente Eisenhower ni su sucesor, el presidente Kennedy, deseaban comprometerse hasta ese punto en Laos y el Vietnam. En cambio, recurriendo a la ayuda económica y a la aplicación de grandes dosis de operaciones encubiertas, fueron capaces de crear y mantener con vida a Gobiernos anticomunistas en ambos países. Cuando, entrada ya la década de los sesenta, estos paliativos resultaron insuficientes, e] presidente Johnson se decidió a enviar contingentes del Ejército de tierra al Vietnam y a iniciar el bombardeo sistemático de Laos por las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Se podría objetar que las operaciones encubiertas de la CIA aplazaron el momento en que se necesitó la presencia del poderío norteamericano en cantidades masivas, pero también se podría afirmar que si la agencia no hubiera logrado mantener en el poder durante tanto tiempo los Gobiernos de Saigón y de Vientiane, los Estados Unidos no habrían intervenido jamás abiertamente.

Ni en el Vietnam ni en Laos la CIA actuó sin la aprobación de las más altas instancias de la dirección política norteamericana. Cierto que todas las grandes operaciones de acción encubierta de la agencia están autorizadas por el Comité de los 40 y que el propio Presidente da su visto bueno a las decisiones de este comité. Pero incluso las actividades clandestinas autorizadas tienen tendencia a vivir su propia vida, ya que los funcionarios de operaciones que las ejecutan interpretan a su manera las directrices generales que les llegan de Langley y de la Casa Blanca. Al no vigilar estrechamente las operaciones encubiertas de la CIA, los altos dirigentes de la nación han permitido que la agencia afecte profundamente a la Política exterior de los Estados Unidos. Durante la revuelta organizada por la CIA contra el régimen izquierdista de Guatemala en 1954, por ejemplo, un avión de la agencia bombardeó un mercante británico sospechoso de transportar armas para las tropas del Gobierno. En realidad el barco llevaba un cargamento de café y algodón y, por suerte, nadie resultó herido por la única bomba que llegó a estallar. El 28 de abril de 1966, Richard Bissell admitió en el «New York Times» que el ataque contra el buque británico fue un «subincidente» que «traspasó considerablemente los límites establecidos a la operación». «No se pueden emprender operaciones de esta envergadura —continuó diciendo Bissell—, señalar unos límites a su alrededor y estar absolutamente seguro de que esos límites no serán pisados.»

La CIA resultó complicada en otro «subincidente» cuando estaba instruyendo a un contingente de exiliados cubanos en ciertas bases secretas de Guatemala, para prepararlos con vistas a la invasión de su patria. En noviembre de 1960, estalló una revuelta contra el Gobierno guatemalteco, que con tanta amabilidad había permitido a la agencia que utilizara su territorio como trampolín para la operación contra Cuba. La CIA devolvió el favor enviando sus bombarderos B-26 para colaborar en el

aplastamiento de la rebelión. No está muy claro si la Casa Blanca dio permiso para esta intervención, pero es indudable que una vez más la CIA se había inmiscuido en la política interna de Guatemala, en esta ocasión para asegurarse de que ningún nuevo Gobierno guatemalteco expulsaría a la agencia de sus bases secretas. Así pues, embarcada ya en su intentona de derribar a Castro, la CIA se había encontrado complicada en una cadena de acontecimientos que la obligó a intervenir militarmente en otro país a fin de proteger la operación contra Cuba. Es posible que el Presidente hubiera fijado, en principio, las grandes líneas de la política a seguir, pero no tenía manera de saber que autorizando simplemente un ataque contra Cuba pondría en movimiento la actividad paramilitar de la agencia contra Guatemala.

Las operaciones de la CIA pueden tener aún otro efecto imprevisto sobre la política exterior norteamericana: pueden someter el país a un chantaje si las cosas no salen bien. Por ejemplo, cinco días después de que un piloto **de la CIA** fuera derribado y capturado en Indonesia, en 1958, el Gobierno norteamericano aprobó la venta, en divisas de aquel país, de 37.000 toneladas de arroz procedente de los Estados Unidos y levantó un embargo que había impuesto sobre una partida de armas cortas y de otros equipos militares, valorada en un millón de dólares. Teniendo en cuenta que en aquellos momentos la **CIA estaba apoyando activamente una revuelta armada contra el régimen de Sukarno**, sorprende que el Gobierno norteamericano tomara las medidas arriba mencionadas, a no ser que estuviera muy preocupado por la suerte del piloto capturado.

En 1960, ocurrió en Singapur un incidente similar, provocado por un experto de la CIA en detectores de mentiras, que fue enviado allí para comprobar si un agente reclutado en la localidad era de fiar. Cuando el técnico de la agencia enchufó su máquina en la habitación del hotel, saltaron todos los fusibles del edificio.* El experto, un funcionario de la CIA, y el agente fueron detenidos al cabo de poco tiempo. Tanto las autoridades británicas como el Gobierno autónomo de Singapur, que por aquellas fechas estaba a punto de conseguir la independencia, se sintieron muy molestos por el incidente. Más tarde se entablaron negociaciones para conseguir la liberación de los tres detenidos y, según el Primer Ministro de Singapur, Lee Kwan Yew, el Gobierno norteamericano ofreció 3.300.000 dólares para sacarlos de la cárcel. Lee pedía una cantidad diez veces mayor y, por consiguiente, no aceptó lo que le ofrecían. En todo caso, los dos funcionarios de la CIA fueron puestos en libertad posteriormente y el nuevo secretario de Estado, Dean Rusk, mandó una carta secreta presentando excusas al dirigente de Singapur. En un discurso pronunciado en 1965, Lee hizo mención de este asunto, poniéndolo como ejemplo de la clase de actividades a que se dedicaba la CIA. Entonces, el Departamento de Estado publicó un mentís, concebido en los términos acostumbrados y redactado previamente por la CIA, ya que la oficina de prensa del Departamento consideró que las acusaciones de Lee no tenían fundamento. Lee reaccionó haciendo pública la carta de excusas de Rusk y el Departamento de Estado tuvo que retractarse de su declaración anterior, aunque

continuó afirmando que nunca se había ofrecido rescate alguno al Gobierno de Singapur. Este incidente, además de colocar al Gobierno norteamericano en una situación embarazosa y de saltar a las primeras páginas de los periódicos del mundo entero, provocó la reorganización del sistema interno utilizado por el Departamento de Estado para publicar sus declaraciones oficiales en materias de información confidencial. **(**

* **(**

CENSURADO

).

CENSURADO

).

En general, la presencia de instalaciones de los servicios secretos norteamericanos en un determinado país puede ejercer una influencia considerable en la política adoptada por los Estados Unidos hacia ese país, especialmente en el Tercer Mundo. Los países estrechamente alineados como **(**

CENSURADO

). En cambio, para los países menos desarrollados, la presencia de una instalación norteamericana representa al mismo tiempo una amenaza y una oportunidad que se puede aprovechar. La amenaza proviene de la oposición interior, que ve en la base un ejemplo de «neocolonialismo» y utiliza su existencia como un arma contra el régimen que se halla en el poder. La oportunidad nace del hecho de que los Estados Unidos están dispuestos a pagar un precio muy elevado a cambio del derecho de instalar permanentemente sus equipos de escucha, tal como descubrió **(CENSURADO)**.

(

CENSURADO

). Ambos Gobiernos han sido duramente criticados, tanto en el interior como por los países vecinos, por haber dejado que los Estados Unidos se instalaran en sus respectivos territorios, pero lo cieno es que los dos han sido

recompensados con abundancia, en forma de asistencia militar y económica norteamericana valorada en varios centenares de millones de dólares. Aunque es muy probable que ambos países hubieran recibido una ayuda relativamente modesta aun cuando no hubieran existido las bases, la envergadura de los programas de asistencia representó, de hecho, un pago directo por las instalaciones de información secreta.

Un caso semejante es el representado por una enorme base aérea situada cerca de Peshawar, en el Pakistán, que desde 1956 hasta 1969 perteneció a las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos y que, en realidad, estaba destinada esencialmente a la información secreta. Durante varios años, antes de que Francis Gary Powers fuera derribado sobre la Unión Soviética en 1960, los aviones U-2 de la CIA utilizaban la base de Peshawar como principal punto de despegue para sus vuelos sobre territorio soviético y a lo largo de las fronteras del mismo. Además, (

CENSURADO

). Desde los primeros días de la Administración Eisenhower, los Estados Unidos se habían inclinado más hacia el Pakistán que hacia la India, enfrentados en una prolongada disputa. Ahora bien, para algunos expertos en la política de aquella zona, uno de los factores más importantes de la preferencia norteamericana hacia el Pakistán, al menos hasta fines de los años sesenta, fue el deseo de conservar la base de Peshawar.

En la isla de Formosa se hallan situadas también importantes instalaciones técnicas de los servicios de espionaje norteamericanos. En este caso, los Estados Unidos no tuvieron que esforzarse demasiado para convencer al Gobierno de la China nacionalista de que permitiera la construcción de las instalaciones, puesto que éstas estaban dirigidas, precisamente, contra el enemigo jurado de los nacionalistas: el régimen que gobierna en la China continental. Además, una parte de la información recogida era compartida también con el Gobierno de Chiang Kai-chek. Por otra parte, la CIA había cooperado estrechamente con los servicios secretos de la China nacionalista en la ejecución de misiones encubiertas contra el continente, y los nacionalistas dependían hasta tal punto de los Estados Unidos para asegurarse su existencia misma, que no estaban en condiciones de pedir demasiadas cosas a los norteamericanos a cambio de la instalación de las bases de información secreta. Ahora bien, al haber dejado las manos libres a la CIA y a los restantes servicios secretos para que levantaran prácticamente todas las instalaciones que se les antojara, el Gobierno de Chiang había puesto muy cuesta arriba para los Estados Unidos un posible alejamiento político de Formosa para aproximarse a China. Muchas de las principales instalaciones destinadas a la vigilancia del continente están situadas en la isla y representan unas inversiones valoradas en centenares de millones de dólares. Todas las fuerzas militares norteamericanas, incluyendo las que se dedican a misiones

de información, tendrán que retirarse de Formosa si es que los Estados Unidos quieren normalizar completamente sus relaciones con China.

La historia de estos últimos años está llena de ejemplos de programas de espionaje técnico que han afectado profundamente la orientación de la política exterior norteamericana. El caso del avión U-2, derribado sobre la Unión Soviética en 1960, provocó la anulación de la conferencia en la cumbre entre Eisenhower y Kruschev. El buque espía «Liberty», mientras estaba tratando de seguir el desarrollo de la Guerra de los Seis Días, se acercó demasiado (debido a que un mensa je de advertencia procedente de Washington fue enviado a un destinatario equivocado) y el barco fue tiroteado por los aviones y las lanchas torpederas israelíes; treinta y cuatro norteamericanos resultaron muertos. A consecuencia de ello, según afirma Patrick McGarvey, ex miembro de la CIA y de la DIA en su libro *CIA: The Myth and the Madness* («La CIA: el mito y la locura»), el Estado Mayor norteamericano «propuso que se lanzara un rápido ataque aéreo de represalia contra la base naval israelí responsable del ataque». La recomendación del Estado Mayor fue rechazada. McGarvey escribe a continuación:

> El año siguiente, los norcoreanos se apoderaron de un barco parecido, el «Pueblo», haciendo prisioneros a sus tripulantes. De nuevo estuvimos a dos dedos de la guerra por culpa de la información confidencial, es decir, del supuesto brazo secreto del Gobierno. El Estado Mayor volvió a recomendar que se realizara un ataque aéreo. Algo más de un año después se produjo otro incidente, al ser derribado un avión de reconocimiento norteamericano [un EC-121 de la Marina] frente a las costas de Corea del Norte; y el Estado Mayor otra vez quería realizar un bombardeo aéreo.

Se han registrado otros vuelos de reconocimiento igualmente desastrosos —los que se realizaron sobre China— que han pasado prácticamente inadvertidos para la prensa de los Estados Unidos. Algunos de ellos fueron mencionados por la agencia de prensa «Nueva China», pero, por lo visto, en Occidente se ha considerado que eran puras invenciones propagandísticas. Entre ellos se incluyen varios aviones U-2 de la CIA pilotados por aviadores nacionalistas, y un número aún más elevado de aparatos tipo «zángano». sin piloto, de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos (los chinos sostienen que han abatido diecinueve aviones de este tipo entre 1964 y 1969), derribados todos ellos sobre China continental. Los SR-71 norteamericanos volaban también sobre territorio chino (y continúan haciéndolo por los cielos de Corea del Norte) hasta que todos los vuelos de reconocimiento se interrumpieron como consecuencia del primer viaje de Henry Kissinger a Pekín, en 1971.

En octubre de 1969, en el mismo momento en que los Estados Unidos estaban intentando reanudar los contactos diplomáticos con China, el servicio de información de las Fuerzas Aéreas, **con la aprobación del Comité de los 40**, envió un avión sin piloto sobre el sur de China. El 28 de octubre, la agencia «Nueva China» dio la noticia de que había sido abatido un «avión sin piloto, que volaba a gran altura, de los imperialistas norteamericanos», pero **(**

CENSURADO

).

Otros vuelos de aviones sin piloto, que constituían una gravísima provocación, fueron propuestos por el Pentágono poco después de la invasión de Camboya por las tropas de los Estados Unidos. Esta **misión fue aprobada por el Comité de los 40 a pesar de la vigorosa oposición del Departamento de Estado**, el cual consideraba que uno de cada tres de esos aviones sería abatido. **(**

CENSURADO

).

La justificación oficial para todas las misiones de espionaje realizadas por medio de barcos y aviones es la recogida de información, que contribuye a la protección de la seguridad nacional de los Estados Unidos. Pero, como cada mes se realizan literalmente cientos de misiones aéreas y navales a lo largo de las fronteras de los países hostiles a los Estados Unidos, así como sobre territorio de los mismos, es inevitable que se registren algunos fallos muy comprometedores. Los dirigentes políticos que dan su aprobación de una manera sistemática a estas misiones, saben perfectamente que los fracasos a veces ocasionan crisis internacionales; cabe suponer que ya cuentan con ello y que lo consideran como una parte del precio que hay que pagar por la adquisición de información secreta. Con todo, asusta pensar que alguna de estas expediciones de espionaje podría haber provocado —y puede hacerlo en el futuro— un conflicto armado. Las misiones aéreas y navales que violan la integridad territorial de un país extranjero constituyen indiscutibles violaciones de su soberanía, y si las Fuerzas Armadas de este país disparan contra un intruso en el interior de sus fronteras están en su perfecto derecho de hacerlo.

Si bien Allen Dulles afirmaba creer que la política exterior de los Estados Unidos debería basarse en unas valoraciones de la información disponible, realizadas por una agencia «que ni tenga ambiciones de poder ni esté comprometida con una determinada línea política», sus actos no siempre estaban de acuerdo con estas Palabras. Él fue uno de los responsables del desastre de la bahía de los Cochinos, ejemplo típico de lo que puede ocurrir cuando la información secreta se emplea equivocadamente en la ejecución de una operación clandestina.

El problema empezó la víspera de la entrada triunfal de Fidel Castro en La Habana, en enero de 1959, mientras los analistas de la CIA estaban preparando un informe para la Casa Blanca en el que se afirmaba que los éxitos de los rebeldes se debían, en gran parte, a la corrupción del régimen de Batista y al descontento popular que ésta había producido en Cuba. Allen Dulles intervino personalmente en la preparación del informe y volvió a redactar una parte de él para que se ajustara a sus

inclinaciones políticas. En su opinión, la victoria de Castro no podía considerarse como una consecuencia lógica de los errores cometidos por Batista. La mentalidad calvinista de Dulles vio quizá la mano del diablo en todo ello, porque predijo que en La Habana se produciría una carnicería que iba a dejar chica a la Revolución francesa. «La sangre correrá por las calles», escribió apasionadamente en el informe enviado por la CIA a la Casa Blanca.

Sin embargo, en general, durante los meses siguientes los analistas de la agencia adoptaron un tono más moderado. Subrayaron el hecho de que la Cuba castrista, aunque representaba una cierta molestia para los Estados Unidos, de ningún modo significaba una amenaza directa contra su seguridad. La dirección de Información de la CIA se esforzó en explicar asimismo que Castro, a pesar de su inclinación hacia el socialismo, era esencialmente un nacionalista fervoroso, celoso de su independencia, muy semejante a Sukamo, a Nasser y a Nkrumah, todos ellos opuestos a la dominación del Tercer Mundo por los países occidentales, pero que, desde luego, no eran agentes de ninguna conspiración comunista internacional. Lo más importante de todo, a la luz de los acontecimientos futuros, es que, según los analistas y contrariamente a lo que afirmaban los apasionados informes de los refugiados cubanos sobre el desasosiego político reinante en la isla, Castro gozaba, al parecer, del apoyo del pueblo cubano en general.

Dulles no aceptó las conclusiones de los analistas de información de la CIA, ni defendió el punto de vista de éstos en la Casa Blanca. En cambio, hizo suyas las informaciones facilitadas por los Servicios Clandestinos, por considerar que reflejaban con más fidelidad la situación cubana. Dulles había creído siempre que los hombres que actúan sobre el terreno pueden juzgar los acontecimientos con más rigor que los analistas que no se mueven del cuartel general de la agencia. Antes de que Castro llegara al poder, no había en la dirección de Información de la CIA ni un solo analista dedicado en exclusividad a los problemas cubanos y los dos que fueron destinados a esta tarea después de enero de 1959 no se acabaron de ganar nunca la confianza de Dulles. Éste prefería leerse los informes de los funcionarios de los Servicios Clandestinos, redactados a base de las comunicaciones clandestinas recibidas de los agentes de ellos dependientes.

Hacia finales de 1959, Dulles llegó a la conclusión de que la mejor solución para el problema cubano sería la invasión de la isla con un ejército de refugiados cubanos que derrocara a Castro. No hay duda de que los informes de los Servicios Clandestinos tuvieron tina gran influencia sobre él; esos informes, contrariamente a los que elaboraba la dirección de Información, subrayaban la impopularidad del régimen castrista, sus disensiones internas y las dificultades económicas que atravesaba la isla. En marzo de 1960, el presidente Eisenhower, a instancias de Dulles y basándose en los datos facilitados por éste, dio su autorización para que la CIA empezara a reclutar y a instruir a las malhadadas fuerzas de invasión. Robert Amory, subdirector de Espionaje de la CIA, no fue informado nunca oficialmente de que

habían empezado los preparativos para la invasión, y por ello sus expertos no pudieron analizar las posibilidades de éxito de la operación. Dulles estaba convencido de que Cuba se hallaba madura para una invasión y, puesto que él era el principal consejero del Presidente en asuntos de espionaje, no había más que hablar.

Cuando, durante la primavera de 1961, las fuerzas militares enviadas por la CIA fracasaron en su intento de derribar a Castro, la dirección de Espionaje de la agencia quedó temporalmente en un mismo plano de igualdad que los Servicios Clandestinos. Esto se debió, no a que se revalorizara el papel de los analistas, sino a que los funcionarios de operaciones cayeron en desgracia a consecuencia del desastre de la bahía de los Cochinos. En noviembre de 1961, fue nombrado director John McCone, el cual, después de vencer la desconfianza que le inspiraba en un principio toda la organización, acabó por convencerse de la necesidad de que existieran unos servicios de información nacionales de gran calidad y de lo valiosos que resultaban para el país.

(

CENSURADO

).[*] Castro, cuyos agentes secretos se habían infiltrado en las operaciones de la CIA mucho antes de la bahía de los Cochinos, sabía perfectamente bien lo que hacía la agencia y es muy posible que los continuos ataques norteamericanos contra su régimen hubieran constituido un factor importante en la decisión que tomó en la primavera de 1962 de permitir a la Unión Soviética que instalase armas nucleares ofensivas en su país.

La crisis de los misiles de Cuba, que estalló a consecuencia de todo ello, representó uno de los momentos más gloriosos en la historia de la CIA y de todos los servicios secretos norteamericanos en general. Aunque la última «valoración nacional de Información», preparada por la CIA algo más de un mes antes de que el presidente Kennedy anunciara a su pueblo, por televisión, la imposición de la «cuarentena» contra Cuba, declaraba que no era probable que los soviéticos instalaran cohetes con cabeza nuclear en la isla, el hecho es que, a fin de cuentas, la CIA y los restantes servicios secretos descubrieron efectivamente los misiles soviéticos con la antelación suficiente para que el Presidente pudiera tomar las medidas necesarias. Por otra parte, los hechos fueron presentados a Kennedy escuetamente, sin ninguna recomendación sobre la política a seguir, sin darles ningún cariz que pudiera limitar las opciones del Presidente. Así es como, en teoría, tendría que funcionar siempre el proceso de proporcionar información confidencial.

El asunto comenzó a finales de la primavera de 1962, cuando los analistas de la CIA notaron que los soviéticos estaban enviando una cantidad cada vez más importante de ayuda militar a Cuba. Estos embarques no despertaron una excesiva inquietud en la agencia. puesto que los soviéticos tenían aún mucho trabajo por

delante hasta completar el reequipamiento total de las Fuerzas Armadas cubanas que estaban realizando en aquellos momentos. Además, la CIA tenía la manera de seguir la pista de todas las armas que llegaban a la isla.

Desde enero de 1961, cuando la Administración Eisenhower rompió las relaciones diplomáticas con el régimen castrista, no había funcionarios de operaciones de la CIA destacados en la embajada norteamericana en La Habana, pero **(**

CENSURADO

). Por otra parte, llegaba a Miami una corriente incesante de refugiados, que eran interrogados con gran meticulosidad por funcionarios de la agencia destinados permanentemente en aquella ciudad. Tal como había ocurrido ya antes del desembarco en la bahía de los Cochinos, las informaciones que facilitaban muchos de esos refugiados eran descabelladas, pero de vez en cuando se podía aprovechar algún fragmento valioso de las historias que explicaban.

Siguiendo instrucciones del presidente Kennedy, la USIB consideraba a Cuba como un objetivo prioritario de los servicios de información nacional y había encargado a las distintas agencias de información militar el acopio de gran número de datos. Además, casi sin descanso se les asignaban nuevas misiones en este sentido, para satisfacer las necesidades concretas de los analistas. Las Fuerzas Aéreas y la Marina vigilaban cuidadosamente las rutas de navegación y fotografiaban los barcos soviéticos que se dirigían a Cuba. A esta vigilancia colaboraban la VI Flota, en el Mediterráneo, la flota del Atlántico (que incluso había instalado un puesto de escucha en la bahía de Guantánamo, en la propia isla) y numerosos efectivos de las Fuerzas Aéreas. Los distintos servicios secretos registraban fotográficamente todos los movimientos de los buques e interceptaban por procedimientos electrónicos las comunicaciones cubanas. La Agencia Nacional de Seguridad sintonizó sus gigantescas antenas con las comunicaciones de los barcos soviéticos y del interior de Cuba. La ITT había sido propietaria de una gran parte de los sistemas de comunicaciones de la isla antes de las nacionalizaciones realizadas por Castro y la compañía **trabajó en íntima colaboración con la CIA y la NSA en la intercepción de las transmisiones**. La mayor parte de los equipos de comunicaciones antiguos aún se hallaban en servicio, y la NSA se aprovechó de esta circunstancia para recoger grandes cantidades de información. Por último, los aviones U-2 de la CIA efectuaban cada mes dos misiones de reconocimiento sobre la isla y las fotografías obtenidas por estos aparatos pasaban rápidamente a manos de los analistas.

Así pues, aunque la ayuda militar (y económica) de la Unión Soviética al régimen castrista se hallaba en claro auge a finales de la primavera de 1962, ni en la CIA ni en los restantes organismos oficiales norteamericanos se apreciaba ningún motivo de

alarma. Además, hacía poco tiempo que Moscú había disminuido su presión sobre Berlín, con gran alivio de los altos dirigentes políticos de Washington, cuya postura de firmeza respecto a la dividida ciudad había dado, al parecer, resultados satisfactorios. De todos modos, Persistían algunas señales que no presagiaban nada bueno. La **CIA se enteró de que el personal militar soviético ocupaba secretamente Puestos de combate en Indonesia, tripulando submarinos, y en el Yemen, pilotando aviones de bombardeo**, lo que se apartaba por completo de las normas de conducta de los soviéticos de estas materias. Luego, en julio, los analistas notaron que aumentaba todavía más el envío de armamento a Cuba y que llegaba a la isla un gran número de jóvenes procedentes de la Unión Soviética, los cuales, según Moscú, eran consejeros técnicos mandados a Cuba para colaborar en los programas de desarrollo económico. La CIA ponía en duda estas afirmaciones, ya que, entre otras cosas, todos los «civiles» eran jóvenes, parecían tener un aire francamente castrense y sólo llevaban dos tipos de camisas deportivas. Cada vez estaba más claro que los soviéticos suministraban una cantidad excesiva de equipo militar para las necesidades de las Fuerzas Armadas cubanas. Un pequeño grupo de analistas de la CIA, expertos en la interpretación de los procedimientos que seguían Moscú y sus aliados en los programas de ayuda exterior, acabaron por convencerse de que en Cuba se estaban realizando unos preparativos militares sin precedentes. Sin embargo, los esfuerzos que esos expertos desplegaron durante el mes de agosto para poner sobre aviso a los altos funcionarios norteamericanos acerca del carácter amenazador de la situación, fueron contrarrestados, por sorprendente que pueda parecer, por las agencias de espionaje militar, en particular la DIA y la NSA, para las cuales la intensificación de la actividad soviética en la isla se debía esencialmente a la ayuda económica. Quizás el hecho de que la actuación de la CIA hubiera sido tan deficiente, al informar erróneamente sobre la situación de Cuba durante los preparativos del desembarco de la bahía de los Cochinos, puede explicar que incluso los mandos militares más «auros» se negaran a tomar en serio la capacidad de la agencia para valorar correctamente lo que ocurría en la isla. Sea como fuere, el caso es que, a Males de agosto de 1962, tanto la DIA como la NSA consideraron conveniente refutar los informes presentados por la CIA.

La causa esencial de que los analistas de la CIA fueran capaces de controlar más estrechamente la acumulación de armamento soviético que los demás servicios secretos —a pesar de que disponían básicamente de la misma información— era la técnica, más refinada, que había puesto a punto la CIA y que incluía un procedimiento analítico especial, lo que se llamó «canastología», consistente en un método muy original para determinar el contenido de las grandes canastas o cajones que llevaban en cubierta los barcos soviéticos cargados de armamento para Cuba. Con gran exactitud, los especialistas podían examinar las fotografías de esos grandes cajones, integrar la información relativa al punto de embarque de cada barco y a los planes de producción soviéticos y deducir de todo ello si los recipientes contenían

aviones de transporte o cazas a reacción. Aunque este sistema no acababa de convencer a muchos jefes de los servicios secretos, John McCone, director de la CIA, aceptó las conclusiones a que se había llegado con su utilización; la confianza que demostró hacia esta técnica, tan original, resultó a la postre justificada.

A pesar de todo, los analistas de la CIA no acertaron a descubrir los primeros envíos de misiles ofensivos soviéticos, que llegaron a Cuba durante la primera quincena del mes de septiembre. Los soviéticos lograron engañar a los «canastólogos» transportando los cohetes en las bodegas de grandes mercantes, en lugar de llevarlos en cajones situados en cubierta, tal como habían hecho habitualmente con el equipo militar más voluminoso. El 19 de septiembre, la USIB dio su visto bueno a la «valoración nacional de Información»; este documento oficial de todos los servicios secretos norteamericanos, aunque reconocía que los soviéticos estaban acumulando armamento a un ritmo preocupante, afirmaba que no parecía probable que los rusos llevaran cohetes con cabeza nuclear a la isla. Durante este período, el propio McCone empezó a temer lo peor en cuanto a las intenciones de los soviéticos, pero tuvo la discreción —y hay que reconocer que obró acertadamente— de no presentar sus opiniones privadas como la posición oficial de la cía, pues, como dijo más tarde él mismo, aquéllas se basaban en la «intuición» y no en «informaciones concretas». De todas formas, instó a la Casa Blanca a que autorizara el incremento de los vuelos de los U-2. A comienzos de octubre, el Presidente accedió a ello, pero, a ruegos del secretario de Defensa McNamara, encargó todas las misiones de reconocimiento a las Fuerzas Aéreas en lugar de a la CIA, a causa del peligro que representaban los cohetes SAM (superficie-aire) de los soviéticos al aumentar la frecuencia de los vuelos.[*]

El 4 de octubre, un U-2 de las Fuerzas Aéreas consiguió varias fotografías de seis emplazamientos de misiles balísticos de alcance medio, que estaban ya casi a punto para entrar en [ase operativa, y de cuatro emplazamientos de cohetes de alcance intermedio, cuya construcción estaba iniciándose. Los analistas de la CIA certificaron sin disputas la existencia de los emplazamientos fotografiados, basándose en datos proporcionados con anterioridad por los satélites que vigilaban las instalaciones similares construidas en la URSS y por los documentos facilitados por Penkovsky; asimismo, comparando **(**

CENSURADO

). Y así empezó la crisis de los misiles de Cuba. A finales de octubre, Nikita Kruschev había quedado en una Posición incómoda, debido a las maniobras de Kennedy, y prometió retirar de Cuba las armas ofensivas soviéticas si los Estados Unidos se comprometían a no invadir la isla. (Este compromiso fue violado, al parecer sistemáticamente por la CIA, con la aprobación de la Casa Blanca, ya que la agencia prosiguió realizando expediciones guerrilleras contra Cuba hasta el

final de la década de los sesenta.) La CIA y varias agencias de información militar mantuvieron la vigilancia sobre Cuba hasta asegurarse de que la retirada soviética era total; y efectivamente lo fue, a pesar de los insistentes rumores, recogidos por la prensa norteamericana, de que los soviéticos habían escondido algunos misiles en refugios subterráneos. La CIA comprobó incluso que un grupo de bombarderos a reacción del tipo I1-28 había sido retirado del lugar donde se hallaba escondido, descubierto anteriormente por la agencia (sin que lo supieran los soviéticos).

Más tarde, el presidente Kennedy decidió que la crisis de los misiles de Cuba tenía que considerarse como un fracaso estrepitoso de los servicios de información, puesto que la CIA no había sido capaz de avisar con anticipación de que los soviéticos estaban realizando preparativos militares de signo ofensivo y en las últimas valoraciones facilitadas por la agencia se afirmaba que no era probable que los soviéticos colocaran misiles en la isla. El Presidente no quiso reconocer que el aviso dado por la CIA acerca del tremendo incremento de la actividad militar soviética en Cuba durante el verano (cuando los servicios secretos militares pretendían otra cosa) compensaba la incapacidad de la agencia para predecir el hecho de que se construirían emplazamientos para cohetes nucleares; y ello a pesar de que, como resultado directo, justamente, de la advertencia de la CIA, se procedió a la intensificación de la vigilancia sobre la isla, lo que, a fin de cuentas, permitió descubrir los misiles. No está claro hasta qué punto el Presidente desconfiaba de la CIA, a consecuencia del tremendo error de la bahía de los Cochinos, pero, en todo caso, es evidente que Kennedy esperaba que se le informase mejor.

La crisis de Cuba sirve para ilustrar las limitaciones inherentes a todos los servicios de información confidencial. Una de las más importantes es que algunos acontecimientos son sencillamente imprevisibles con la suficiente exactitud. La decisión de Kruschev de instalar cohetes nucleares en Cuba no se podía conocer hasta que los soviéticos emprendieran realmente este camino. Los estudios psicológicos minuciosos sobre el carácter del primer dirigente soviético podrían haber indicado que quizás actuaría de una manera impensada; pero, para saber exactamente lo que hubiera hecho, habría sido necesario poseer dotes adivinatorias o tener espías en el mismo interior del Kremlin… y la CIA carecía de ambas cosas. Por otra parte, hubiera sido de una irresponsabilidad total haber aceptado como información comprobada las especulaciones de las personas de los servicios secretos cuyo instinto más profundo les llevó a esperar lo peor de Kruschev y de Castro, antes incluso de que ninguno de los dos considerara la posibilidad de jugar fuerte con los misiles. Allen Dulles y sus ayudantes de los Servicios Clandestinos habían reaccionado instintivamente a su manera ante los acontecimientos de Cuba, casi dos años antes, y cuando sus «impresiones» fueron presentadas a los altos dirigentes del país como si fueran informaciones probadas, el resultado visible de ello fue el desastre de la bahía de los Cochinos. John McCone demostró ser, como funcionario de los servicios secretos, mucho más responsable que su predecesor, ya que, contrariamente a Dulles,

se negó a imponer su opinión particular al Presidente. Con la perspectiva que da el tiempo puede parecer que la técnica de Dulles, aplicada por McCone, hubiera proporcionado unos resultados más favorables…, pero es demasiado fácil juzgar *a posteriori*.

Tanto la CIA como los restantes servicios secretos norteamericanos realizaron una disección minuciosa de la crisis de los misiles cubanos. De este modo pudieron descubrir que en realidad habían tenido a su disposición los suficientes datos fragmentarios y otros leves indicios que les hubieran permitido haber llegado antes a la conclusión de que los soviéticos estaban instalando sus cohetes en la isla. Sin embargo, los entorpecimientos y roces burocráticos, sumados a los inevitables errores humanos, impidieron que incluso los miembros más agudos de los servicios secretos pudieran determinar el verdadero propósito de los actos de Kruschev. A pesar de todo, las agencias de información norteamericanas hicieron todo lo que podían, dadas las circunstancias; los dos o tres informes de agentes que eran exactos quedaron enterrados entre los millares de informaciones inútiles, inexactas o erróneas recogidas durante el mes de septiembre. El acopio de enormes cantidades de información secreta procedente de un gran número de fuentes y el empleo de un personal de análisis más nutrido del que se disponía en aquellas fechas no pueden garantizar, por sí solos, que la CIA y los restantes servicios secretos proporcionen predicciones correctas. La información confidencial es, en su esencia, un juego de adivinanzas, aunque ciertamente es un juego basado en los hechos, la lógica y la experiencia. Puede constituir una herramienta muy útil para quienes han de dirigir la política extranjera, pero, desde luego, no es, ni tan siquiera en sus modalidades más puras, un arte mágico.

El uso indebido del producto

Por desgracia, con frecuencia los dirigentes de los Estados Unidos reciben unos informes confidenciales más bien adulterados, sobre todo si el tema de que tratan es la capacidad bélica de la Unión Soviética. Con todo, la valoración de la cantidad y la calidad del armamento soviético constituye, quizá, la tarea más importante del conjunto de los servicios secretos norteamericanos, puesto que, desde un punto de vista estratégico, la URSS es el único país del mundo que representa una amenaza real para la seguridad de los Estados Unidos. (La amenaza estratégica china es más potencial que efectiva.) Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, todos los Presidentes de los Estados Unidos han deseado estar informados acerca de los posibles desequilibrios entre las fuerzas soviéticas y norteamericanas que representen un peligro para estas últimas; las decisiones tomadas por el poder ejecutivo de los Estados Unidos sobre si conviene o no lanzarse el desarrollo de sistemas de armas nuevos y cada vez más caros se han basado, en gran parte, en las valoraciones

realizadas por los servicios secretos sobre la potencia de los rusos (aunque las consideraciones de política interior y las opiniones de los aliados de los Estados Unidos desempeñan también un papel importante en ello).

El Pentágono sabe perfectamente que, para justificar sus constantes peticiones de nuevas armas y de efectivos más numerosos, la información confidencial disponible ha de mostrar que los soviéticos están siempre a punto de aventajar a los Estados Unidos en tal aspecto.[*] Para apoyar su petición de barcos nuevos, la Marina no vacilará a veces en exagerar la amenaza que significa la Flota soviética. Por su parte, las Fuerzas Aéreas obtendrán fondos para un nuevo tipo de bombardero con mucha mayor facilidad si pueden demostrar que los soviéticos están poniendo a punto un modelo de avión similar. Se pueden encontrar justificaciones semejantes —y de hecho se han encontrado— para los misiles, los carros de combate e incluso para la prosecución de los programas de preparación a la guerra química y bacteriológica. Los analistas militares tienen tendencia a situarse siempre en el peor de los casos, cuando se trata de valorar las posibilidades bélicas de los soviéticos, para predecir, a partir de ellas, las consecuencias más horribles de las acciones de la URSS. El mayor general Daniel Graham, antiguo jefe de valoraciones de la DIA, explicó cómo funciona este proceso, en un artículo publicado por la revista «Army Magazine» en abril de 1973. «Digámoslo claramente —escribía el general—, existe la opinión, bastante generalizada entre los altos ejecutivos, tanto en el Departamento de Defensa como fuera del mismo, según la cual las valoraciones sobre las amenazas soviéticas, preparadas por los militares, son interesadas, hechas de cara a los presupuestos y, en general, exageradas.» Aunque Graham admitía que la falta de confianza en las valoraciones militares es «del todo comprensible» y nace «de una serie de supervaloraciones erróneas, bautizadas posteriormente con las expresiones de “retraso en bombarderos”, “retraso en misiles” y “retraso en megatones”», afirmaba que en la actualidad los servicios de información militar han mejorado de modo considerable y son perfectamente capaces de preparar valoraciones objetivas. Si bien la gran mayoría de los observadores de los servicios secretos estaría de acuerdo, posiblemente, con la afirmación de que el historial de los militares en cuestión de valoraciones no es demasiado brillante, pocos serían, fuera del Pentágono, los que aceptarían la opinión del general Graham en el sentido de que la objetividad vuelve a reinar en las estimaciones del Pentágono sobre los soviéticos, aunque sin duda hoy día se acercan más a la realidad que diez años atrás.

El general se refería asimismo a otro punto muy importante que «está empezando a ser captado en los círculos de los planificadores militares». Escribía:

> Las valoraciones sobre las fuerzas y el material enemigos del futuro se refieren por su misma índole a las *intenciones* y no sólo a la *capacidad*. Las viejas discusiones sobre «capacidad contra intenciones» ya no son tan frecuentes en el Departamento de Defensa como solían. Sigue siendo verdad que la información confidencial debe concentrarse sobre todo en la capacidad, al describir las fuerzas enemigas actuales y futuras. Pero en el instante mismo en que uno se enfrenta con el problema de valorar las fuerzas (o el material) del enemigo con un año de antelación aproximadamente, hemos penetrado en el reino de las

> intenciones. Desde la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, los soviéticos —que nosotros sepamos— nunca han desplegado sus efectivos o su material con la rapidez que les permitía su capacidad total. Considerar que podrían hacerlo en el futuro, respecto a determinado sistema de armas o a cierto tipo de fuerzas, no tiene sentido… Es notable lo que han tardado algunos de nuestros jefes militares en darse cuenta de ello.

Como consecuencia de la propensión que muestran los militares a exagerar estas valoraciones, la CIA (apoyada habitualmente por el Departamento de Estado) sospecha por sistema de las posiciones adoptadas por el Pentágono. Así, pues, la agencia tiende a oponerse a las conclusiones de los militares y trata siempre de contrarrestarlas, lo cual, a su vez, ha llevado a veces a la CIA a preparar valoraciones inferiores a la realidad. En la burocracia de los servicios de la seguridad nacional, la tendencia de la agencia a equivocarse en menos, si bien no se presenta con tanta frecuencia como los errores del Pentágono, se considera más grave; en efecto, si las valoraciones sobre la capacidad militar de los soviéticos son demasiado elevadas, siempre queda un margen de seguridad para los planificadores norteamericanos, que quizá gastarán miles de millones de dólares para reaccionar ante una amenaza inexistente, pero que, por lo menos, no ponen en peligro al país, cosa que ocurriría si no se pusieran a punto las armas necesarias para su defensa.

Este conflicto, que enfrenta constantemente a las agencias militares con las civiles en el conjunto de los servicios secretos norteamericanos, se ponía de manifiesto, sobre todo, en la preparación de las llamadas «valoraciones nacionales de información» que, hasta 1973, estaban consideradas como la forma más perfeccionada de información confidencial a escala nacional.

En el curso de la reorganización interna de la CIA, iniciada por James Schlesinger durante su breve paso por la agencia y continuada por el actual director, William Colby, la llamada junta de evaluaciones nacionales de la CIA, formada por una docena de miembros, asesorados por un personal de cuarenta a cincuenta especialistas, ha quedado prácticamente suprimida y lo mismo ha ocurrido con la producción de las «valoraciones nacionales», elaboradas con la colaboración de todos los servicios secretos y caracterizadas por el hecho de que se basaban en investigaciones muy completas y estaban concebidas de una forma excelente. Estos documentos, que durante largo tiempo habían representado el compendio de toda la producción de informaciones confidenciales, resultaron poco aptos para satisfacer las necesidades más directas que planteaba la política exterior de Henry Kissinger y de la Administración Nixon. Así, pues, la citada junta ha sido reemplazada por un grupo de ocho altos funcionarios, los llamados «oficiales de la información nacional», que en un plazo muy corto redactan unas apreciaciones muy breves (no más de diez o doce páginas) sobre cualquier cuestión internacional que interese en un momento dado al personal asesor de Kissinger en el Consejo Nacional de Seguridad.

El resultado de este cambio ha sido, a fin de cuentas, que las valoraciones a largo plazo sobre temas amplios (por ejemplo, las perspectivas de América Latina en la próxima década, la capacidad de ataque estratégico de la Unión Soviética durante los

cinco años próximos, etc.) han sido sustituidas por unas predicciones a corto plazo que en la práctica no son sino ampliaciones de los análisis sobre la información disponible en cada momento. Pero el sistema de información confidencial está al servicio de quienes toman las decisiones políticas y ha de satisfacer las necesidades y las exigencias de éstos. A pesar de todo, el nuevo sistema de valoraciones de la CIA no llega a satisfacer a los asesores del Consejo Nacional de Seguridad y a la Casa Blanca. Este enfoque táctico de los problemas internacionales no ha resultado ser más válido —y a lo mejor Jo es aún menos— que la tradicional visión estratégica.

En el pasado, si bien la mayor parte de las cincuenta o más «valoraciones nacionales» que se redactaban cada año estaban consagradas a cuestiones políticas, tanto la CIA como el Pentágono dedicaban su atención y sus mayores esfuerzos, sobre todo, a las valoraciones que trataban de la capacidad militar de los países extranjeros, singularmente de la Unión Soviética. Estas «valoraciones nacionales» dedicadas a temas como, por ejemplo, las Fuerzas de Ataque estratégico, la Defensa Aérea o las Fuerzas Armadas en general de la URSS, influían grandemente en la toma de decisiones de importancia referentes a los presupuestos militares norteamericanos y los servicios secretos de cada uno de los tres Ejércitos, así como la DIA (que representa al Departamento de Defensa), pugnaban por que sus respectivos puntos de vista fueran incluidos en las citadas valoraciones.

Durante el período 1963-1965, por ejemplo, cuando el Pentágono quería recabar fondos para la construcción de un sistema contra los misiles balísticos (ABM), todos los servicios secretos militares unieron sus fuerzas para promover la idea de que Moscú estaba desplegando su propio sistema de ABM, el cual, al entrar en funcionamiento, anularía la capacidad de disuasión nuclear de las fuerzas estratégicas norteamericanas. Por tanto, sostenía el Pentágono, los Estados Unidos habrían perdido la capacidad de impedir que los soviéticos emprendieran acciones temerarias en Europa Occidental y el Tercer Mundo, a consecuencia de lo cual resultaría amenazada la seguridad de los propios Estados Unidos. Aunque es posible que los militares creyeran sinceramente que los soviéticos estaban dejando atrás a los Estados Unidos y que Moscú, una vez tuviera asegurada una ventaja apreciable, se lanzaría a la ofensiva, no dejaba de ser cierto, de todas maneras, que los beneficios que recibirían las Fuerzas Armadas, caso de instalarse un sistema de ABM serían enormes. Al Ejército le corresponderían varios miles de millones de dólares, destinados a la construcción del sistema (y de paso, aunque no por casualidad, penetraría en el campo de los misiles estratégicos, que hasta el momento la Marina y las Fuerzas Aéreas habían conseguido reservarse para ellas solas). Por su parte, las Fuerzas Aéreas podrían justificar sus peticiones de más misiles de largo alcance para superar las defensas tipo ABM de los soviéticos, mientras que la Marina, alegando razones similares, podría solicitar más fondos para sus submarinos equipados con cohetes balísticos.

En cambio, ni la CIA ni el Departamento de Estado consideraban que la construcción de un sistema de ABM por parte de los soviéticos constituyera una amenaza tan grave para los Estados Unidos. Ninguno de los dos organismos creía que la URSS abrigase hacia los Estados Unidos unas intenciones tan hostiles como suponía el Pentágono y muchos analistas ni siquiera estaban convencidos de que jamás fuera posible poner a punto un sistema de ABM capaz de detener con eficacia los misiles intercontinentales del adversario. (De hecho, algunos observadores escépticos de las conferencias SALT creen que el acuerdo de 1972, según el cual los Gobiernos soviético y norteamericano convinieron en limitar los emplazamientos de ABM a dos por cada bando, se debió a que ninguno de los dos países confiaba realmente en que sus ABM funcionaran correctamente y que, por tanto, se dieron por satisfechos con poder dedicar el dinero a otros tipos de armamento.)

Mientras el debate sobre los misiles antibalísticos proseguía con ardor entre los diversos servicios secretos, lo cierto es que tanto los analistas civiles como los militares tenían una información muy incompleta sobre lo que estaban haciendo realmente los soviéticos. Eran continuas e insistentes las solicitudes sobre información complementaria y la USIB lanzaba con frecuencia nuevos programas de obtención de datos. Las fuentes accesibles, como los diplomáticos norteamericanos destinados en la URSS y las publicaciones periódicas soviéticas, proporcionaban alguna información, mientras que los aviones de las Fuerzas Aéreas que volaban a lo largo de las fronteras soviéticas recogían unos pocos datos más. También colaboraban a ello los enormes radares y los restantes detectores electrónicos situados en **(CENSURADO)**. Finalmente, la información más valiosa era la que facilitaban los satélites fotográficos.

A pesar de todo, sin embargo, la imagen de conjunto que se tenía sobre los ABM soviéticos era incompleta y los analistas estaban obligados a llegar a ciertas conclusiones sin disponer de todas las piezas del rompecabezas. Con frecuencia recurrían al consejo de expertos de las compañías privadas de estudios y asesoramiento. También consultaban a las grandes compañías —especialmente la Bell Laboratories— que tenían contratos oficiales para realizar trabajos de investigación y desarrollo para los misiles antibalísticos norteamericanos, con la esperanza de que algunos de los datos fragmentarios recogidos pudieran tener significado para la gente que trabajaba en unos sistemas parecidos dentro del país.

Tanto los analistas civiles como los militares se hallaban de acuerdo en que los soviéticos construían un nuevo sistema de defensa, de características no determinadas aún, en Leningrado, y también en que estaban empezando algo parecido en Moscú. La mayoría de los civiles creía que el sistema de Leningrado estaba destinado a los aviones de bombardeo norteamericanos, mientras que el de Moscú se trataba seguramente de un dispositivo de defensa del tipo ABM que se encontraba todavía en la base de investigación y puesta a punto. Los militares, por su parte, sostenían que las instalaciones de Leningrado eran realmente un sistema de ABM y que ya habían

concluido las investigaciones necesarias para un sistema semejante, más perfeccionado, que era el que empezaba a erigirse en torno a Moscú.

En aquellos años, desde 1963 a 1965, los militares insistían en introducir continuamente notas al pie de todas las «valoraciones nacionales» que se enviaban a la Casa Blanca; de este modo, el enfrentamiento entre los distintos servicios secretos llegó hasta la Presidencia. La Administración Johnson concedió centenares de millones de dólares al Ejército, con destino a la puesta a punto de los ABM norteamericanos, pero el Pentágono hubiera deseado disponer de más dinero para acelerar el proceso de investigación sobre estos misiles. Varios años más tarde, los servicios secretos norteamericanos lograron averiguar que el sistema de Leningrado estaba destinado, efectivamente, a la defensa contra los bombarderos y no contra los misiles intercontinentales (aunque los militares replicaron inmediatamente, sosteniendo —como lo hacen todavía ahora— que los emplazamientos de Leningrado podían transformarse rápidamente en instalaciones de misiles antibalísticos), pero que en Moscú los soviéticos estaban construyendo un verdadero sistema de ABM, si bien bastante modesto. La valoración de los civiles se había aproximado mucho más a la verdad que la de los militares, pero, a pesar de ello, el Pentágono consiguió de las Administraciones de Johnson y Nixon el dinero que deseaba para continuar el despliegue de los sistemas de misiles antibalítiscos o ABM.

Estas guerras intestinas entre los diversos servicios de información no se desarrollan en el seno de los mismos servicios exclusivamente. Todas las agencias de información secreta han revelado, en una u otra ocasión, ciertos datos confidenciales seleccionados a la prensa y a diversos miembros del Congreso, para que apoyen sus peticiones presupuestarias. Pero, tal como ha escrito el periodista Joseph Kraft, «…en un grado incomparablemente mayor que los civiles que ostentan cargos gubernamentales, son los militares uniformados quienes tienen la costumbre de revelar ciertas informaciones para servir a sus propios intereses». El halo de misterio que rodea a la información reservada parece esfumarse cuando se desarrollan en el Congreso las pugnas por conseguir más dinero. Herbert Scoville, Jr., ex ayudante del director de la CIA para asuntos de investigación, tenía más razón que un santo cuando declaró ante el comité de Relaciones Exteriores del Senado, el 28 de marzo de 1972, que «la historia de los últimos veinte años está sembrada de ejemplos de informaciones confidenciales que se usan indebidamente para impulsar en el Congreso los programas de ciertas organizaciones concretas e incluso del conjunto de la Administración».

Los periodistas que están en buenas relaciones con el Pentágono, como Joseph Alsop (que ayudó a promover los famosos e imaginarios «retrasos» en el campo de los bombarderos, los misiles, los megatones y los ABM, tan útiles al Pentágono, y que actualmente se dedica a propagar el último cuento de terror de los militares, el llamado «retraso tecnológico») y William Beecher[*], reciben desde hace muchos

años informaciones privadas sobre material señalado como MÁS CONFIDENCIAL QUE ALTO SECRETO, para que obtengan las argumentaciones de los militares en ciertas disputas. Entre esas filtraciones oficiales se han incluido a veces numerosos informes basados en la fotografía por satélites y en la intercepción de comunicaciones, a pesar de que ambos métodos de obtención de información secreta son tan secretos que la inmensa mayoría de los funcionarios del Gobierno con autorización para acceder a materias reservadas carecen de permiso para recibir este tipo de informes.

Durante el debate que tuvo lugar en el Congreso en 1969 sobre los proyectiles antibalísticos, Melvin Laird, a la sazón secretario de Defensa, y otros funcionarios de este departamento citaron públicamente y facilitaron a los medios informativos datos secretos de una forma tan parcial que alguien —probablemente perteneciente a la CIA o al Departamento de Estado— contraatacó proporcionando al «New York Times» el borrador de una valoración aprobada por la USIB que refutaba la mayor parte de los argumentos del Pentágono sobre el peligro que representaban los ABM soviéticos. En 1971, el Departamento de Defensa facilitó material basado en fotografías tomadas desde satélites, referente a la supuesta construcción por los soviéticos de un nuevo tipo de misil más poderoso, al senador Henry Jackson, partidario reconocido de fomentar los gastos militares. Jackson, que calificó la noticia del nuevo misil de «ciertamente siniestra», advirtió en tono solemne al país, el 7 de marzo, de lo que estaban haciendo, al parecer, los soviéticos, y su declaración coincidió con los debates sobre los presupuestos militares en el Congreso. Tres días después, en una entrevista por televisión, Melvin Laird corroboró las palabras de Jackson, y el 22 de abril afirmó que existían informes secretos recientes «que confirman el hecho grave de que la Unión Soviética ha emprendido un nuevo programa —según parece, muy caro— para la construcción de misiles balísticos intercontinentales». Por si fuera poco, la amenaza evocada por Jackson y Laird fue reforzada ante la opinión pública por una serie de filtraciones a la prensa facilitadas por fuentes desconocidas.

Por último, un empleado anónimo de la CIA devolvió el golpe al Pentágono. Sabía que la agencia había llegado a la conclusión de que los soviéticos sólo estaban «acorazando» los emplazamientos de sus cohetes y que no desplegaban ningún sistema de misiles nuevo y de enormes dimensiones, como se pretendía; sabía asimismo que más de las dos terceras partes de las excavaciones a que se referían Jackson y Laird estaban destinadas a un tipo de cohetes intercontinentales relativamente pequeños y ya conocidos. Así, pues, el anónimo miembro de la CIA reveló públicamente lo que había descubierto en secreto la agencia comunicándolo a ciertos «expertos no oficiales en el control de armamentos» y a «fuentes republicanas del Senado», según dijo e] «New York Times» del 26 de marzo de 1971. Aun cuando la estimación hecha por la CIA resultó estar mucho más cerca de la realidad, por lo menos durante un año más, que la tétrica versión facilitada por el Pentágono, lo cierto es que nadie, en los diferentes servicios secretos norteamericanos, sabía a ciencia

cierta qué estaban haciendo realmente los constructores de misiles soviéticos. Mientras tanto, sin embargo, los cuentos de miedo propalados por los militares —contrarrestados hasta cierto punto por las contrafiltraciones de la CIA— tuvieron sin duda cierto efecto psicológico en el Congreso, el cual aprobó en 1971, como suele suceder cada año, casi todas las peticiones presupuestarias presentadas por el Pentágono.

Lo trágico de todas estas maniobras es que, a pesar de los 6.000 millones de dólares que cuestan cada año los servicios de información secreta, ni el Congreso ni el público en general llegan a tener una idea verdadera o válida de la capacidad militar de la Unión Soviética. Los profesionales de los servicios secretos alegan que la delicadeza de las fuentes y de los métodos que intervienen en la obtención de esa información exige un secreto absoluto y por esta razón se han resistido a todos los intentos del Congreso para establecer un sistema que permita comunicar los datos confidenciales a los órganos legislativos del país. Pero, en cambio, esos mismos profesionales no vacilan en revelar las informaciones de carácter más confidencial cuando ello es útil a los intereses de sus respectivos ministerios. Por otra parte, los servicios secretos norteamericanos facilitan normalmente a los países amigos las valoraciones detalladas acerca de la potencia militar soviética, y durante las conversaciones SALT, los delegados de los Estados Unidos incluso comunicaron a sus colegas soviéticos todo lo que los norteamericanos sabían acerca de los cohetes de la URSS.[*] Pues bien, el Congreso de los Estados Unidos, que, según la Constitución norteamericana, tiene la responsabilidad de dar su aprobación a los presupuestos militares, no puede disponer de una información igual.

Sin embargo, el Congreso ha tenido, en todo momento, el privilegio legal para exigir a la CIA y a los demás servicios secretos que compartan con él la información referente al poderío militar soviético… o a cualquier otro tema, por supuesto. En cambio, hasta la fecha, el Congreso como a tal se ha negado siempre a ejercer este privilegio, a pesar de las vigorosas protestas de una activa minoría. Por otra parte, la renuncia por parte del poder legislativo a tomar cualquier medida, por modesta que fuera, destinada a informarse mejor sobre los datos utilizados para justificar los gastos militares es sintomática de un fallo mucho más grave del Congreso: su negativa a ejercer un control apreciable sobre las actividades de los servicios secretos norteamericanos.

CAPÍTULO 10
El control sobre la CIA

Entiendo que no hay ninguna
agencia federal de nuestra
Administración pública cuyas
actividades estén más vigiladas
y «controladas» que la CIA.

LYMAN KIRPATRICK,
ex director ejecutivo de la CIA,
1 de octubre de 1971

En mi opinión, lo que es
cierto es precisamente lo contrario
de lo que dice esta declaración
[la de Kirkpatrick] y es una
vergüenza que el pueblo norteamericano
resulte engañado de esta manera.
No hay ninguna agencia federal de
nuestra Administración pública
cuyas actividades estén menos
vigiladas y controladas que la CIA.

Senador STUART SYMINGTON,
miembro del comité conjunto del
Senado para la supervisión de la CIA,
23 de noviembre de 1971

Aunque Harry Truman escribió en 1963 que «nunca pensé, al fundar la CIA, que ésta se dedicaría a misteriosas operaciones de espionaje en tiempo de paz», ni él ni los demás Presidentes que le han seguido dudaron en emplear a la agencia para espiar en secreto e intervenir ocultamente en los asuntos internos de otros países, para desarrollar, en suma, las actividades comprendidas en la frase «otras funciones y servicios» del texto legislativo que autoriza la existencia de la CIA. Según Richard Helms, en esta frase reside la autoridad que posee la CIA para derribar Gobiernos extranjeros, falsear elecciones, sobornar funcionarios públicos y emprender guerras «secretas». Tal como dijo Helms en 1971, ante la Sociedad Americana de Directores de Periódicos, estas «palabras estaban destinadas a permitir que nosotros lleváramos a cabo en el extranjero las actividades que el Gobierno de la nación crea conveniente encargar a lo que puede calificarse con exactitud de “servicio secreto”».

Desde el principio, las funciones que desempeña realmente la CIA se disimularon con el engaño y el secreto. En la charla que pronunció Richard Bissell en 1968 ante el Consejo de Relaciones Exteriores (véase pág. 394), éste subrayó el hecho de que el texto legislativo que creó la agencia era «necesariamente poco preciso». A continuación dijo:

la «carta» completa de la CIA ha sido revisada con frecuencia, pero siempre se ha mantenido en secreto y tiene que continuar siéndolo. La ausencia de una carta pública lleva a muchas personas a investigar sobre su existencia y a poner en duda la autoridad de la agencia para llevar a cabo ciertas actividades. El problema de la «carta» secreta constituye una grave molestia, pero la necesidad de conservar el secreto excluye, por el momento, toda solución.

Para los hombres como Bissell, no ha cabido nunca la menor duda de que las funciones de la CIA no deben constar de una manera pública. De hecho, la ley de Seguridad Nacional de 1947 y la ley de la «Central Intelligence Agency» de 1949, que completa a la primera, no pasan de ser meras coberturas legales que permiten la existencia de la CIA y autorizan a la agencia a actuar sin atenerse a los reglamentos que afectan a las restantes agencias oficiales. En cambio, la función efectiva de la CIA queda explícita en la «carta secreta» a que se refería Bissell, es decir, en una serie de órdenes confidenciales del ejecutivo denominadas oficialmente Directivas de Inteligencia de la Seguridad Nacional (National Security Intelligence Directives, NSCID). Estas directivas fueron «codificadas» en 1959, pero no pueden ser consultadas por nadie, a excepción de algunos funcionarios del Gobierno que ocupan puestos clave. Hasta julio de 1973, la CIA no dejó entrever nada de esta «carta secreta» a los subcomités del Congreso que, en teoría por lo menos, supervisan sus actividades. Por otra parte, el público norteamericano carece de medios todavía para saber si la agencia se excede en sus atribuciones, porque no puede tampoco enterarse de cuáles son esas atribuciones.

Durante el debate sobre la creación de la agencia, celebrado en el Congreso en 1947, un miembro de la Cámara de Representantes, Fred Busby, declaró: «Me pregunto si están fundados los rumores que han llegado a mis oídos en el sentido de que a través de esta CIA se piensan llevar a cabo actividades operacionales.» Desde luego, los rumores eran ciertos, y al año siguiente el presidente Truman aprobó la instrucción número 10/2 del Consejo Nacional de Seguridad, por la cual se autorizaba a la Oficina de Coordinación Política (OPC), en primer lugar, y luego, en 1951, a la propia CIA, a desplegar sus «malas artes» en el extranjero imponiendo dos condiciones: que las operaciones tenían que ser secretas y que se podrían desmentir con cierta verosimilitud. Durante los años siguientes, se dieron toda una serie de NSCID destinadas a ampliar la esfera de actividades de la CIA. **Una de ellas, la NSCID número 7, concedía poderes a la CIA para interrogar a ciudadanos norteamericanos, en el interior de los Estados Unidos, acerca de sus viajes al extranjero y para celebrar contratos con las universidades norteamericanas**, a pesar de que la ley de Seguridad Nacional de 1947 prohibía a la agencia el ejercicio de «funciones de policía, de agencia ejecutiva judicial, de represión de la delincuencia o de seguridad interior». Al parecer, hay otra NSCID, que fue mostrada al juez en un juicio celebrado en 1966 contra un estoniano-americano, demandado por haber calumniado a otro refugiado, y en el cual. el acusado alegó poseer un «privilegio absoluto» para cometer el acto del que se le acusaba, puesto que lo había hecho siguiendo órdenes de la CIA. Una vez vista la directiva secreta, el juez afirmó

en su sentencia que la agencia tenía poderes para actuar entre los grupos de exiliados residentes en los Estados Unidos y declaró inocente al acusado. **Existe, al parecer, otra directiva secreta más, la NSCID número 6, que detalla las funciones de la Agencia Nacional de Seguridad** (la cual fue creada, a su vez, mediante una simple orden del Poder ejecutivo), ya que, en efecto, en los planes secretos preparados en 1970 por la Administración Nixon para montar un servicio de espionaje interior, hay una recomendación en el sentido de que **debe revisarse esa directiva**, para permitir que la NSA «intercepte las comunicaciones de los ciudadanos norteamericanos que utilicen líneas e instalaciones internacionales».

En todo esto, el punto esencial es que los sucesivos Presidentes han ido ampliando las funciones encomendadas a la CIA por medio de órdenes del ejecutivo. No se han promulgado leyes nuevas y sólo un grupo de miembros del Congreso ha sido informado de lo que ocurría. En ocasiones, además, los Presidentes ni siquiera se han molestado en informar a esos indulgentes «centinelas» del legislativo, como ocurrió cuando el presidente Nixon dio su aprobación al programa de espionaje interior, para el cual pudo contar con la cooperación de la CIA. La agencia ha sido siempre de la opinión que, como mínimo, todo lo que un Presidente le ha ordenado hacer estaba permitido —en realidad era necesario— en aras de la defensa del país.

«Como resultado de la crisis de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría que le siguió —dijo el senador Jacob Javits el 18 de julio de 1973—, los asesores legales de la Presidencia han ido desarrollando una doctrina espuria acerca de unos poderes “inherentes” al comandante en jefe lo bastante amplios para abarcar virtualmente cualquier contingencia referente a la “seguridad nacional”.» Los altos funcionarios de la CIA comparten sinceramente esta interpretación amplia de los poderes presidenciales, aunque se dan perfecta cuenta de que a menudo las actividades de la agencia dejan mucho que desear desde el punto de vista legal. El 2 de julio de 1973, el senador Symington preguntó a William Colby, recién nombrado director de la CIA: «¿No cree usted que las operaciones en gran escala, como la guerra de Laos, van mucho más lejos de lo que pretendía el Congreso cuando hablaba [en la ley de 1947] de otras funciones y servicios relacionados con la información secreta?» Colby contestó que evidentemente era así, pero justificó la operación de Laos con el argumento de que fue llevada a cabo bajo «la dirección, las instrucciones y la inspección que el Consejo Nacional de Seguridad creyó convenientes» y —lo cual era de la mayor importancia— con la autorización del Presidente. En opinión de Colby, el carácter legal de la cuestión provenía de la autorización dada por el jefe del ejecutivo, no de la ley. El senador Harold Hughes preguntó luego a Colby: «¿Cree usted que es correcto, según nuestra Constitución, que tales operaciones militares se lleven a efecto sin el conocimiento o la aprobación del Congreso?» La respuesta de Colby, dada por escrito, constituye una interesante ilustración sobre qué se entiende actualmente por aprobación del Congreso:

> Los correspondientes comités del Congreso y cierto número de senadores y representantes, con carácter individual, fueron informados cumplidamente sobre las actividades desarrolladas por la CIA en Laos durante el período considerado. Además, los programas de la CIA quedaron especificados ante los comités de Asignaciones Presupuestarias en las sesiones anuales dedicadas a los presupuestos oficiales.[*]

Las explicaciones de Colby reflejan la creencia, muy extendida en la CIA, de que las limitaciones legislativas y judiciales no rigen en absoluto para la agencia… siempre que ésta actúe siguiendo las órdenes del Presidente. En palabras del senador Symington, la CIA se considera a sí misma como «una especie de gendarmería real o de ejército del Presidente». De todos modos, sobre el Congreso recae una parte de la responsabilidad de haber contribuido a que la agencia crea hallarse colocada «por encima de la ley», puesto que el órgano legislativo eximió específicamente a la CIA de las obligaciones presupuestarias que limitan la actuación de todos los restantes departamentos gubernamentales. La ley correspondiente de 1949 dice: «A pesar de lo que disponía el ordenamiento legal vigente, las sumas puestas a disposición de la agencia por asignación en otras circunstancias podrán emplearse para los fines necesarios al cumplimiento de sus funciones…» Esta ley, que concede asimismo autorización al DCI para que gaste fondos sin certificar[**], no dice, sin embargo, que el DCI no tenga que rendir cuentas al Congreso; no obstante, así han ocurrido las cosas, a grandes rasgos, durante los veinticinco años últimos.

El Comité de los 40

El poder ejecutivo dispone de sus propios mecanismos burocráticos para controlar a la CIA. Aunque, por lo general, estos sistemas favorecen mucho a la agencia, exigen que se obtenga una autorización a alto nivel —normalmente a nivel del Presidente— para las operaciones encubiertas importantes, excepto para las actividades de espionaje clásico.

Según la ley de 1947, la CIA depende del Consejo Nacional de Seguridad, informa al Presidente a través de él y recibe las órdenes del primer magistrado por el mismo conducto. Pero, de hecho, durante la Administración Nixon el NSC se ha convertido en un organismo moribundo y el director de la agencia despacha a veces directamente con el Presidente, aunque es más corriente que lo haga con el personal asesor del consejo; al frente de este personal se halla Henry Kissinger. El personal de Kissinger representa un papel importante cr la orientación de los esfuerzos de recogida de información realizados por la CIA; ello se debe a que dicho personal establece las prioridades sobre los objetivos acerca de los cuales se ha de reunir información, y a que solicita la oportuna colaboración de los analistas en los estudios sobre las diferentes opciones políticas. Por lo que se refiere a la agencia, sin embargo, el propio NSC no pasa de ser un mero conducto entre el Presidente y Kissinger, por

una parte, y la CIA, por otra; en realidad, es una ficción legal que se conserva porque la ley de 1947 le otorga autoridad sobre la agencia.

Todas las propuestas de la CIA para realizar acciones encubiertas —incluyendo los subsidios a los dirigentes políticos, partidos o publicaciones del extranjero; la injerencia en elecciones; las actividades de propaganda de cierta envergadura; y las operaciones paramilitares— deben ser aprobadas, en todo caso, por el Presidente o el Comité de los 40.[*] El omnipresente Kissinger preside este comité, del mismo modo que dirige también los otros tres principales grupos que desde la Casa Blanca supervisan los distintos servicios secretos.

En su obra *El arte del espionaje*, Allen Dulles explica la función del Comité de los 40 del siguiente modo: «La realidad es que la CIA no ha emprendido jamás una sola acción de índole política, no ha apoyado por el procedimiento que sea a ninguna persona, a ningún potentado o movimiento, ya sea en la esfera política, ya sea en otro campo cualquiera, sin tener la correspondiente aprobación gubernamental, concedida a alto nivel *fuera de la CIA*» (el subrayado es del propio Dulles). Estas palabras de Dulles eran y son exactas, aunque el autor omite cuidadosamente cualquier referencia a las actividades de espionaje de la CIA. Tampoco menciona el hecho de que el Comité de los 40 funciona de tal manera, que raras veces rechaza una solicitud de la CIA para realizar acciones encubiertas.

En principio, el comité tendría que reunirse con una periodicidad semanal, pero las muchas ocupaciones de sus miembros[*] son motivo de que se produzcan anulaciones con relativa frecuencia. Cuando se celebra una reunión —durante la Administración Nixon, una o dos veces al mes, aproximadamente—, las minutas son redactadas de un modo intencionadamente incompleto por la única persona que constituye el personal permanente del comité, que siempre es un funcionario de la CIA. Todas las propuestas de intervenciones norteamericanas en el extranjero sometidas al comité han sido preparadas por los Servicios Clandestinos de la CIA y, por tanto, lo más probable es que subrayen los beneficios que producirá la actuación de la agencia y, en cambio, minimicen los peligros y las desventajas que puede acarrear. La mayor parte de las veces, estas propuestas toman forma definitiva unos cuantos días solamente antes de la reunión del Comité de los 40. De esta manera, los miembros del mismo que no pertenecen a la CIA disponen de muy poco tiempo para estudiar con detenimiento los problemas a que se refieren dichas propuestas. Incluso cuando se avisa con tiempo sobre el tema a tratar, el trabajo de preparación que se puede realizar queda sumamente limitado por el secreto extremado que rodea las deliberaciones del comité y por el hecho de que sólo un grupo de personas fuera de la agencia disponen de la autorización necesaria para poder conocer las actividades que desarrolla ésta. Aún dentro de la propia CIA, la brevedad de los plazos disponibles y el exceso de secreto dejan muy poco margen para el estudio independiente de las propuestas por el propio personal asesor de la dirección.

Los miembros del Comité de los 40 tienen tantas obligaciones en sus propios departamentos que, por lo genera], conocen sólo muy superficialmente la situación de la gran mayoría de los países del mundo. En los problemas concretos, acostumbran a seguir los consejos de los expertos de sus propias agencias, aunque a menudo esos expertos no están autorizados a conocer las propuestas sometidas al Comité de los 40 y en ningún caso se les permite acompañar a sus jefes respectivos a las sesiones del comité. Solamente el DCI está autorizado a hacerse acompañar por un especialista en el país objeto de la reunión; así, pues, los restantes altos funcionarios, privados de la asistencia de sus propios escuderos, se hallan en clara desventaja. Por si fuera poco, los miembros del Comité de los 40 son personas a las que se permite penetrar en el mundo cerrado y un tanto particular de las operaciones encubiertas y tienden inevitablemente a dar su aprobación a todo lo que se propone, una vez han sido invitados a compartir el secreto. Los miembros del comité que no pertenecen a la CIA no poseen ninguna experiencia, o muy poca, de las operaciones encubiertas y siempre tienen tendencia a remitirse a las opiniones de los «expertos» en esos asuntos. El periodista Stewart Alsop, veterano de la OSS, explicó en la edición del 25 de mayo de 1973 del «Washington Post», de qué modo las personalidades más brillantes de la Administración Kennedy habían llegado a dar su aprobación a una aventura que tenía tan pocas posibilidades de éxito como fue el desembarco en la bahía de los Cochinos; la explicación que da Alsop puede aplicarse perfectamente a otras actividades de la CIA. Según Alsop, «la respuesta reside en cierto modo en el halo de misterio que rodea al profesional de los servicios secretos visto por un aficionado. De alguna manera, en una confrontación de este tipo, el aficionado tiende a creer con una fe infantil en las resueltas afirmaciones del profesional». En el mismo sentido, Marilyn Berger reproducía, en el «Washington Post» del 26 de mayo de 1973, las declaraciones de un veterano funcionario de los servicios secretos sobre su experiencia en los tratos con el Comité de los 40: «Eran como un grupo de niños de escuela. Prestaban la máxima atención, abriendo mucho los ojos, embobados. Yo siempre decía que era capaz de sacarle cinco millones al comité para una operación encubierta en menos tiempo del que se necesita para conseguir dinero para una máquina de escribir de la burocracia ordinaria.»

El Comité de los 40 resulta aún más favorable a la CIA debido al hecho de que la agencia prepara las propuestas, con lo que la discusión se realiza, pues, sin salir de los términos de referencia elegidos por la CIA. Los miembros del comité que no pertenecen a la agencia no tienen medio alguno de verificar la corrección de muchas de las afirmaciones y suposiciones de la CIA, por ejemplo **(**

CENSURADO

). Los componentes del comité que no son miembros de la CIA tuvieron que aceptar las promesas de la agencia acerca de las posibilidades de éxito de este

programa. Por razones de seguridad, los métodos y las personas que la agencia piensa utilizar concretamente en una operación secreta de esta clase no se incluyen nunca en la propuesta. Los miembros del Comité de los 40 pueden solicitar detalles sobre una operación determinada durante la reunión correspondiente, pero, como sus propios expertos en la zona de que se está tratando no se hallan presentes, no tienen manera de saber si la CA les da unas respuestas interesadas o no.

En realidad, una gran parte de la información confidencial en que se basa la intervención propuesta proviene de las propias fuentes de los Servicios Clandestinos; esta mezcolanza entre las funciones informativas y operativas de la CIA puede provocar resultados desastrosos, tal como ocurrió cuando la agencia convenció a la Administración Kennedy, en 1961, de que el desembarco en Cuba de una fuerza formada por exiliados produciría el levantamiento general del pueblo de la isla. Otro caso más reciente, si bien de menor importancia, se produjo en 1970, cuando el Gobierno norteamericano estaba estudiando la posibilidad de intervenir en las elecciones de Chile. En **(**

CENSURADO

). el contenido del informe proporcionaba un sólido argumento en favor de una intervención norteamericana, para anticiparse a los soviéticos. No importa que el informe fuera verídico o no; en todo caso, fue distribuido por los elementos de los Servicios Clandestinos que eran partidarios de la intervención y que eran perfectamente conscientes, además, del efecto que tendría sobre los miembros del Comité de los 40. Puede que en esta ocasión los funcionarios de operaciones de la CIA no engañaran realmente al comité, pero ciertamente podrían haberlo hecho si lo hubieran deseado y, en todo caso, no existía ningún sistema de someterlos a un control independiente.

Hasta que en 1967 salió a la luz pública la subvención que otorgaba la CIA a la Asociación Nacional de Estudiantes, así como a muchas otras organizaciones teóricamente privadas, el Comité de los 40 se limitaba a dar su aprobación inicial a los programas de acción encubierta.**[*]** Por ello, la gran mayoría de las organizaciones infiltradas y subvencionadas por la CTA continuaron recibiendo dinero de la agencia y ayudas de otro tipo año tras año, sin que nadie no perteneciente a la CIA volviera a considerar nunca más si el proyecto seguía valiendo la pena. Pero el escándalo de 1967 fue causa de que el comité reformara sus procedimientos, y a partir de entonces todas las operaciones que no eran de espionaje y que seguían vigentes eran sometidas a revisión periódicamente. Sin embargo, en las revisiones el Comité de los 40 depende aún más, quizá, de la información y las orientaciones que proporciona la CIA, puesto que, a menos que se haya registrado una controversia pública, tan sólo los Servicios Clandestinos acostumbran a saber si sus esfuerzos para subvencionar determinada organización o para minar cierto Gobierno extranjero se han visto

coronados Por el éxito. Y, por supuesto, no es probable que los Servicios Clandestinos admitan que una de sus operaciones va mal, aunque así fuere. **(**

CENSURADO

). Los funcionarios norteamericanos tenían la esperanza de que a través de este «frente democrático» Thieu pudiera ampliar su base política, atrayendo hacia su campo a diversos elementos de la oposición no comunista. La operación se saldó con un rotundo fracaso desde el punto de vista norteamericano, ya que Thieu no mostraba ningún interés en buscar más apoyos políticos… mientras el Ejército vietnamita y el Gobierno norteamericano continuaran apoyándole. Si bien este caso constituye uno de los escasos ejemplos en que el Departamento de Estado, a través de los informes diplomáticos que recibía de Saigón **(**

CENSURADO

).

Incluso el propio Richard Bissell, en la charla pronunciada en 1968 ante el Consejo de Relaciones Exteriores, tuvo que admitir que el Comité de los 40 «tiene una eficacia limitada». Bissell declaró que si el comité fuera el único instrumento de control «lo consideraría insuficiente», pero que, en su opinión, las discusiones previas sobre los proyectos encubiertos, en diferentes niveles burocráticos, compensaban las deficiencias de un «comité interministerial formado por funcionarios sumamente ocupados y que se reúne sólo una vez por semana». Hasta cierto punto, lo que dice Bissell es cierto, aunque pasa por alto el hecho de que casi todos los proyectos importantes, como, por ejemplo, el de la bahía de los Cochinos, se consideran tan delicados que los burócratas que trabajan en los diferentes niveles citados no tienen acceso a ellos si no pertenecen a la CIA. Tampoco dice que, incluso cuando unos cuantos funcionarios no pertenecientes a la agencia, a nivel de secretarios adjuntos o un poco por debajo, reciben una información completa sobre ciertas operaciones encubiertas, se les dice que los programas son tan secretos que ni siquiera pueden hablar de ellos con sus colegas, lo cual les impide poner en juego las fuerzas burocráticas que se necesitan habitualmente para bloquear los proyectos de otras agencias. Es más, estos funcionarios a los que se le ha permitido tener conocimiento de las actividades más sucias y tenebrosas del Gobierno de los Estados Unidos, a menudo vacilan antes de oponerse a ellas, por temor a perder el derecho a conocer otros secretos en el futuro. De todos modos, la burocracia del Departamento de Estado y, en menor grado, la del de Defensa consiguen a veces limitar las operaciones encubiertas de la CIA, aunque no tanto, ni mucho menos, como pretende Bissell.

Tal como se ha dicho anteriormente, hay una actividad de la CIA, el espionaje de tipo clásico, sobre la cual no se ejerce control de ninguna clase desde el exterior de la agencia: ni desde el Comité de los 40, ni desde la burocracia, ni desde el Congreso. El DCI es responsable según la ley de la protección de las fuentes y los métodos de espionaje contra cualquier revelación no autorizada; y todos los directores, desde Allen Dulles, han interpretado esta obligación en el sentido de que la CIA no puede comunicar a ninguna otra agencia gubernamental la identidad de sus agentes extranjeros… lo que constituye el secreto mejor guardado de la agencia. Si bien es comprensible este secreto, con objeto de no poner en peligro las vidas de los extranjeros (o norteamericanos) que espían para la CIA, el hecho es que la utilización de determinado agente a veces puede tener consecuencias políticas tan trascendentales o más que un programa de acción encubierta. Por ejemplo, si la CIA recluta como espía suyo a un funcionario extranjero que es o llega a ser ministro del Interior de su país (como ocurrió con Antonio Arguedas, en Bolivia), entonces el descubrimiento de sus relaciones con la agencia puede provocar un incidente internacional (tal como pasó en 1968, cuando Arguedas admitió públicamente que había trabajado para la CIA). Ha habido otros casos en que algunos Ministros del Exterior e incluso Primeros Ministros espiaban por cuenta de la CIA, pero el Comité de los 40 nunca tuvo ocasión de decidir si convenía que la agencia continuara sus contactos con ellos o no. A veces, el encargado de estación de la CIA en determinado país puede advertir al embajador norteamericano de que uno de sus agentes ocupa un cargo muy elevado en el Gobierno del país o de que tiene intención de reclutar a una personalidad de esta categoría, pero el representante de la CIA actúa en estos casos por iniciativa propia.

El reclutamiento de extranjeros de poca monta puede tener asimismo repercusiones importantes, sobre todo si falla algo. Éste es el caso de lo ocurrido en Singapur en 1960 (que se explica en el capítulo 9), cuando un experto en aparatos detectores de mentiras de la agencia hizo saltar los fusibles en un hotel, acabó en la cárcel, hizo que los Estados Unidos cayeran víctimas de un chantaje y perjudicó la reputación norteamericana en el extranjero. Lo que interesa hacer notar aquí es que, dado que el experto en detección de mentiras estaba sometiendo a prueba con su máquina a un espía en potencia, su misión formaba parte de una operación de espionaje y, por consiguiente, no estaba sometida a ningún control desde el exterior de la CIA. De modo parecido, a mediados de los años sesenta **(**

CENSURADO

).

La Lista de Reconocimientos Conjuntos (Joint Reconnaissance Schedule), preparada por la Oficina Nacional de Reconocimiento (NRO), dependiente del Pentágono, tiene siempre varios centímetros de grosor y está formada por varios

cientos de páginas llenas de datos técnicos y mapas. Para los no especialistas en la materia, no es más que una colección de documentos incomprensibles, y el personal asesor de los distintos miembros del Comité de los 40 sólo dispone, por lo general, de un día o dos para examinarla antes de las reuniones del comité. En estas condiciones, pues, no es extraño que habitualmente el Comité de los 40 apruebe la lista citada tras poca o ninguna discusión. De vez en cuando, el Departamento de Estado se opone a un vuelo particularmente peligroso, como, por ejemplo, al envío de un avión sin piloto de las Fuerzas Aéreas sobre el sur de China poco después de la invasión de Camboya por las tropas norteamericanas; pero casi siempre las misiones propuestas se aprueban de un modo rutinario y éste fue el caso, por ejemplo, de los viajes del «Liberty» (atacado por los israelíes durante la guerra de los Seis Días, en 1967) y del buque espía «Pueblo» (capturado por los norcoreanos en 1968), así como del vuelo del EC-121 derribado también por los norcoreanos en 1969.

(

CENSURADO

).

Aunque el Comité de los 40 sea incapaz de vigilar estrechamente las actividades secretas de reconocimiento, no controle con demasiada eficacia las operaciones encubiertas de la CIA e ignore totalmente las operaciones de espionaje, el presidente Nixon y, en particular, Henry Kissinger, que son conscientes, sin ninguna duda, de sus deficiencias, no han hecho gran cosa para mejorar la situación. Desde el punto de vista institucional, el comité podría ejercer con facilidad un control más estrecho sobre los servicios secretos norteamericanos, para lo cual bastaría que se modificara su sistema de funcionamiento, que se le asignara un equipo permanente de expertos y que pudiera disponer de sus propias fuentes de información y de evaluación, independientes de las de los Servicios Clandestinos. Pero son el Presidente y Henry Kissinger quienes a la postre determinan cómo debe funcionar la CIA, y si ellos no *desean* imponer un control más severo sobre la agencia, entonces la *forma* del mecanismo de control carece de importancia alguna. Lo que interesa es que ambas personalidades creen que los Estados Unidos necesitan utilizar métodos clandestinos y recurrir a las «malas artes» en sus relaciones con otros países, y que el nivel actual y las modalidades de estas operaciones coinciden evidentemente con sus ideas acerca de cómo tiene que llevarse a cabo la política exterior secreta de los Estados Unidos.

Por consiguiente, mientras la CIA continúe siendo un instrumento leal y personal del Presidente, que puede utilizarse en cualquier lugar del planeta al arbitrio del primer magistrado o de su principal consejero, no es probable que ningún Presidente de los Estados Unidos se proponga colocar las operaciones de la agencia bajo una

estrecha vigilancia exterior a ella…, a menos que se vea sometido a una presión vigorosa e imprevista.

La PFIAB y la OMB

Además del Comité de los 40, el Presidente dispone de otros dos organismos dependientes del poder ejecutivo que le podrían ayudar seguramente a controlar la CIA. El primero de ellos es la Junta Consultiva del Presidente para la Información del Extranjero (President's Foreign Intelligence Advisory Board, PFIAB), formada por once personalidades privadas, nombradas por el Presidente, que se reúnen varias veces al año para revisar las actividades de los servicios secretos y para recomendar las reformas que crean más convenientes. El presidente Eisenhower creó la PFIAB en 1956 y nombró presidente de la misma al Dr. James Killian, del Instituto de Tecnología de Massachusetts; los sucesivos presidentes han sido el general John Hull, Clark Clifford, el general Maxwell Taylor y e] almirante retirado George Anderson, quien desempeña el cargo en la actualidad. La mayoría de sus miembros han sido siempre personalidades estrechamente relacionadas con el Pentágono y con las grandes compañías que trabajan para el Departamento de Defensa[*], y, en consecuencia, ha presionado en favor de unos sistemas de obtención de información secreta cada vez más importantes (y más caros).

La PFIAB se reúne una vez al mes aproximadamente, en Washington, por lo que su valor como comité de vigilancia permanente es muy limitado. A ello hay que añadir los impedimentos derivados de su condición de organismo consultivo, carente, por consiguiente, de toda autoridad burocrática. En general, los distintos servicios secretos consideran a la junta más bien como un estorbo que como un mecanismo de control. Periódicamente, cuando la PFIAB celebra sus sesiones, los funcionarios de la CIA ponen al corriente a los miembros de la junta de las operaciones de obtención de información confidencial que se hallan en curso y de las últimas «valoraciones nacionales». Las actividades de los Servicios Clandestinos —sobre todo las operaciones de acción encubierta— no se examinan casi nunca, a menos que una operación determinada sea ya previamente conocida por el público.

Por lo general, los Presidentes han mostrado tendencia a utilizar la PFIAB como un equipo de inspección «de la casa», prestigioso pero relativamente seguro, al que se ha recurrido, sobre todo, en momentos en que el jefe del ejecutivo no se sentía satisfecho de la calidad de la información secreta que recibía. Siempre que se sospecha que haya existido un fallo de los servicios secretos en relación con un revés en la política exterior del país, se acostumbra a convocar a la junta para que examine la cuestión. El presidente Kennedy recurrió a ella, solicitándole que recomendase los procedimientos para reorganizar los servicios secretos después del fracaso de la bahía de los Cochinos, pero los esfuerzos de la PFIAB no se tradujeron en cambios de

importancia. Al año siguiente, Kennedy pidió a la PFIAB que averiguara por qué razones la CIA no había descubierto más pronto que había cohetes ofensivos soviéticos en Cuba y la junta encontró dos informes enviados por agentes de la CIA, que daban cuenta con exactitud de los preparativos soviéticos, enterrados entre los millares de comunicados erróneos o inútiles que se amontonaron en la agencia durante el mes anterior a la crisis. Cuando ya todo había pasado, la PFIAB declaró muy seriamente que la CIA debía haberse dado cuenta de que estos dos informes eran correctos y tenía que haber rechazado todos los demás. Análogamente, en 1968 el presidente Johnson encargó a la junta que averiguara por qué la CIA no había determinado con antelación el momento preciso de la invasión de Checoslovaquia por los soviéticos.

Estas intervenciones *a posteriori* de la PFIAB pueden ser muy valiosas para los servicios secretos, al localizar los puntos débiles concretos de dichos servicios y al recomendar las soluciones correspondientes; aún podrían ser más útiles si dejaran bien sentado que no hay manera humana de predecir ciertos acontecimientos, aunque se utilicen los sistemas de información más eficaces que existen. En cambio, la PFIAB ha actuado casi siempre dando por supuesto que todas las informaciones son «captables» y que los problemas de los servicios secretos se resolverían solamente con que se pusieran en funcionamiento unos sistemas más perfeccionados, que recogieran más datos. La insistencia en la cantidad, en detrimento de la calidad, sólo ha servido para acentuar los problemas administrativos que aquejan a los servicios secretos norteamericanos, y en los últimos años por lo menos ha resultado a menudo contraproducente.

Es muy posible que la contribución más notable de la PFIAB al esfuerzo nacional en materia de información secreta se registrara durante los años cincuenta y a comienzos de la siguiente década, cuando uno de los subcomités de la junta, dirigido por el Dr. Erwin Land, concibió varios programas nuevos de obtención de datos por medios técnicos. La labor del subcomité Land fue decisiva en la investigación y la puesta a punto del avión espía U-2, el cual, con la excepción del malhadado vuelo de Powers sobre la Unión Soviética, puede considerarse como uno de los grandes éxitos de la CIA.

(

CENSURADO

). Los nuevos sistemas son factibles desde el punto de vista técnico, pero resultan de un coste exorbitante, cifrado en miles de millones de dólares, mientras que los beneficios obtenidos en cuanto a la información secreta son marginales.

El último organismo al que podría recurrir en teoría el Presidente para vigilar los asuntos de espionaje es la Oficina de Administración y Presupuestos (Office of

Management and Budget, OMB). La OMB, que hasta 1969 fue denominada Oficina de Presupuestos (Bureau of the Budget), es una agencia adscrita a la Casa Blanca, encargada de revisar cuidadosamente los gastos de todos los departamentos gubernamentales y de determinar las prioridades del gasto público en general. Tiene poderes para reducir los gastos de las diferentes agencias y organismos federales e incluso de eliminar programas enteros. Los secretarios de los departamentos ministeriales pueden recurrir a veces ante el Presidente contra las decisiones de la OMB, pero, como se comprenderá fácilmente, el jefe del ejecutivo no se siente inclinado a desautorizar a su propia «guardia» presupuestaria. Sin embargo, para la CIA, la OMB (y anteriormente el Bureau) no ha pasado nunca de ser una molestia sin demasiada importancia. La sección dedicada a la información secreta, en la división de asuntos internacionales de la oficina, que en teoría supervisa los aspectos ñnancieros de los servicios secretos, tiene una plantilla de cinco personas solamente: el jefe de sección y un inspector para cada una de las cinco organizaciones siguientes, a saber, la CIA, la NSA, la **NRO** y la DIA (englobando al resto de los servicios secretos militares). Es imposible que estas cinco personas puedan seguir la pista de los 6.000 millones de dólares que se gastan anualmente en los servicios de espionaje, aun cuando cuenten con la total colaboración de las organizaciones interesadas… cosa que no ocurre.

El prestigio casi religioso de la seguridad nacional, con su insistencia en el secreto y el engaño, limita muchísimo la efectividad de los inspectores del presupuesto, tratados habitualmente como enemigos por las distintas agencias de información secreta. La CIA se ha mostrado particularmente intratable a este respecto. Cuando, en los años cincuenta, la OMB empezó a revisar las cuentas de la agencia, se le negó al inspector del presupuesto un pase permanente para visitar la sede central de la CIA. Se le obligaba a esperar cada vez a la puerta del edificio mientras se avisaba por teléfono a un funcionario que trabajaba en los pisos superiores para rogarle que bajara a verificar las credenciales del interventor. Esta situación mejoró algo en 1962, cuando Robert Amory, ex subdirector de la CIA para asuntos de información secreta, fue nombrado jefe de la división internacional de la OMB; a partir de entonces, el inspector recibió su propia insignia de seguridad. (El antiguo inspector, mientras tanto, fue reclutado por la CIA y se le COMO el encargo de llevar las relaciones de la agencia con la OMB; a su vez, el nuevo inspector resultó ser un antiguo empleado de la agencia que más tarde volvió a ingresar en ella para encargarse también de las relaciones con la OMB.)

A mediados de la década de los sesenta, el presidente Johnson amplió los poderes de la OMB para inspeccionar los gastos de las distintas agencias, pero ni este mandato presidencial pudo mejorar de una manera apreciable el acceso de la OMB a la CIA. Por ejemplo, después de **(**

CENSURADO

). el interventor de la OMB quería saber de qué manera se estaba gastando el dinero. En un momento dado, llegó a la agencia con la intención de entrevistarse con el personal de los Servicios Clandestinos que conocía la materia, después de pasar a visitar, en primer lugar, a uno de los funcionarios de planificación, programación y presupuestos de la CIA. A este último funcionario se le dieron instrucciones de que no dejara salir de su despacho al inspector, mientras se comunicaba a Helms, director de la agencia, lo que la OMB estaba tratando de averiguar. Helms llamó inmediatamente a un alto funcionario de la Casa Blanca para quejarse de que la OMB se estaba inmiscuyendo en un programa que ya había sido aprobado por el Comité de los 40. A su vez, la Casa Blanca dio órdenes a la OMB de que dejara correr el asunto.

(

CENSURADO

).

La significación de este incidente no reside tanto en el hecho de que la CIA se empeñe en poner trabas a la OMB y lo consiga, sino en que refleja la actitud general de la agencia, la cual está convencida de que sus operaciones se hallan por encima de las restricciones burocráticas normales y de que, cuando el Presidente ha dado su aprobación a algo, ni siquiera se pueden discutir los detalles técnicos de la cuestión.

La CIA ha recurrido también sin ambages a mentiras y engaños para impedir que la OMB se informe de sus actividades. En 1968, un interventor realizó una gira de inspección por las instalaciones de la CIA en Europa y el Oriente Medio. Le acompañaba un funcionario de la agencia, destinado en la sede central, el cual tenía instrucciones concretas del jefe de la división europea de los Servicios Clandestinos de impedir que el inspector enviado por la oficina de Presupuestos pudiera ver nada «que luego nos pueda causar dificultades o problemas». El inspector tenía que ser agasajado y se le debían proporcionar algunas informaciones superficiales, pero no tenía que enterarse de nada importante. **(**

CENSURADO

).[*]

El cuartel general de la CIA sabía que el representante de la OMB era muy aficionado a las armas y las cuestiones policíacas y se informó de ello a las distintas estaciones de la agencia. **(**

CENSURADO

). se le preguntó si primero no querría visitar Scotland Yard. Como las cosas de la policía le interesaban mucho, fue incapaz de resistir una invitación semejante y Scotland Yard, previamente advertida, le abrumó con largas conferencias ilustrativas y visitas a sus instalaciones. Esta distracción, que no tenía nada que ver con el objeto de su viaje, le costó un día entero de su apretado programa de trabajo. Al día siguiente tenía previsto dirigirse a otras instalaciones de la CIA, situadas a unos ciento cincuenta kilómetros de Londres. Pero la agencia no quería que dispusiera de demasiado tiempo para hacer preguntas ni para echar un vistazo por allí, de modo que se preparó el itinerario del viaje de tal modo que pasara por Banbury, antigua ciudad muy pintoresca, cuya cruz se cita en una conocida canción infantil inglesa. Tal como habían previsto los funcionarios de la agencia, el inspector no pudo resistir la tentación de detenerse en una típica taberna inglesa para comer y visitar después la ciudad. De esta manera se liquidó la mayor parte de otro día y no tuvo tiempo de investigar profundamente en las cuestiones que la CIA no deseaba dar a conocer. Poco después, el inspector marchó de Inglaterra sin llegar siquiera a examinar con cierto detenimiento las amplias actividades desarrolladas por la agencia en aquel país (dirigidas principalmente contra los países del Tercer Mundo). Claro que,

* **(**

CENSURADO

).

todo hay que decirlo, tampoco se había esforzado demasiado en traspasar la cortina de humo tendida por la CIA.

En el Oriente Medio, las cosas tuvieron un cariz más favorable para el enviado de la OMB. El jefe de la división de aquella región, contrariamente a su colega de la división europea, consideró que la inspección constituía una buena oportunidad para impresionar al interventor de la OMB con un despliegue de las actividades de la agencia. Por tanto, el funcionario acompañante recibió instrucciones de dar toda clase de facilidades al visitante y se ordenó a los hombres de los Servicios Clandestinos destacados en la región que le revelaran toda clase de secretos, con objeto de ganárselo para la CIA.

El caso de este inspector no es excepcional. Se han dado muchos otros ejemplos que ilustran el fracaso de la OMB —y, anteriormente, del Bureau— en el intento de ejercer cierto control, por pequeño que fuera. sobre la CIA. Mientras desempeñó la dirección, Helms fue plenamente consciente de los esfuerzos realizados por la agencia para rehuir la inspección de la OMB; es más, los apoyó en todo. Sin embargo, en 1971, pudo declarar, al parecer con buena conciencia, ante la Sociedad Americana de Directores de Periódicos: «Nuestros presupuestos son revisados partida a partida por la Oficina de Administración y Presupuestos.»

El embajador

El embajador norteamericano en cada uno de los países con los cuales los Estados Unidos mantienen relaciones diplomáticas es, en teoría, el jefe del «equipo en el país», formado por los representantes de todas las agencias gubernamentales norteamericanas que funcionan en el país en cuestión, incluyendo a la CIA. Fue la Administración Eisenhower la que otorgó esas funciones tan amplias a los embajadores, pero, al mismo tiempo, dictó una directiva secreta que eximía a la CIA de toda supervisión por parte de aquéllos. El presidente Kennedy, poco después de tomar posesión de su cargo, reiteró las instrucciones en el sentido de que el embajador en cada país debería supervisar las actividades de todas las agencias y luego envió una carta secreta en la que se decía que la CIA no quedaba excluida de esta medida. La carta de Kennedy aún continúa vigente, pero su aplicación varía de un país a otro.

En casi todos los casos, las respectivas personalidades del embajador y del encargado de estación de la CIA determinan el grado de control que ejerce el embajador sobre la CIA. Ha habido diplomáticos de carácter enérgico, como McMurtrie Godley, que primero fue embajador en el Congo y luego en Laos (donde se le llegó a conocer con el apodo de «el mariscal»), y Ellsworth Bunker, en el Vietnam, que han tenido siempre a la agencia férreamente controlada, pero que, al mismo tiempo, han sido constantes partidarios de llevar a cabo grandes operaciones clandestinas. Algunos embajadores, como Chester Bowles, en la India, exigen que se les mantenga al corriente de todas las actividades de la CIA, aunque, por lo general, no tratan de ejercer ningún control sobre sus operaciones. Hay otros aún, que, por falta de energía o de interés, dejan en plena libertad a la CIA para hacer lo que quiera y ni siguiera muestran deseos de ser informados de las actividades de la agencia.

Volviendo a citar la doctrina de Bissell:

> En general, el embajador tenía el derecho a estar enterado de cualquier operación encubierta que se desarrollara en su jurisdicción, aunque en casos especiales (a solicitud del jefe de Estado del país o del secretario de Estado) el encargado de estación [de la CIA] recibía órdenes de ocultar ciertas informaciones al embajador. En realidad, en una ocasión esta restricción se impuso a petición del propio embajador, que prefería permanecer ignorante de ciertas actividades.

Un embajador, John C. Pritzlaff, Jr., se negó a representar este papel pasivo y plantó cara a la CIA, adoptando una actitud que no es precisamente característica de los representantes diplomáticos de los Estados Unidos. A causa de ello, Pritzlaff, que no es diplomático de carrera, se convirtió en una especie de héroe para los pocos funcionarios del Departamento de Estado que tenían conocimiento del modo como virtualmente prohibió las actividades encubiertas de la CIA en Malta, país donde estaba destinado. Todo empezó a comienzos de 1970, cuando el almirante retirado George Anderson realizó un viaje por varios países mediterráneos y se alarmó ante la posibilidad de que el líder izquierdista Dom Mintoff lograra la victoria en las

elecciones que tenían que celebrarse a finales de año. Dada su condición de marino, Anderson otorgaba gran importancia al dominio del mar y temió que Malta se perdiera para la NATO, pasando a convertirse en una base para la flota de la Unión Soviética. Aunque por entonces aún no presidía la PFIAB, se valió de sus relaciones en la Casa Blanca para instar a los Servicios Clandestinos a que intervinieran en las elecciones maltesas. A la agencia este proyecto no le atraía demasiado, debido, en parte, a que no tenía «activo» en la isla, pero accedió a enviar a un funcionario especializado en operaciones clandestinas para que estudiase sobre el terreno la posibilidad de falsear las elecciones. El embajador Pritzlaff, enviando telegrama tras telegrama, se resistió incluso a que se destinara temporalmente a un funcionario de la agencia a la isla. Finalmente, los Servicios Clandestinos no intervinieron y Mintoff resultó elegido. La NATO continuó teniendo acceso a la isla a través de las bases británicas.[*]

El Congreso

El control ejercido por el Congreso sobre la CIA se puede dividir en dos períodos diferentes: antes y después del Watergate. Durante los primeros veintiséis años de existencia de la agencia, el poder legislativo se contentó generalmente con conceder a la CIA más dinero del que ésta necesitaba, sin plantearse seriamente la cuestión de cómo serían gastados estos fondos. De hecho, tan sólo un grupo reducido de miembros del Congreso llegaba a conocer la cantidad concedida a la CIA, puesto que todo el dinero se disimulaba en los presupuestos de otros organismos oficiales, principalmente del Departamento de Defensa. Por supuesto, había cuatro subcomités distintos de los comités para las Fuerzas Armadas del Senado y de la Cámara de Representantes responsables de vigilar a la CIA, pero su supervisión era mínima o nula. En la Cámara, los nombres de los miembros de dichos subcomités fueron mantenidos en secreto durante largo tiempo, aunque, por lo general, eran los representantes de más edad (y, por tanto, a menudo los más conservadores) de sus respectivos comités. (Según informó el «New York Times» en abril de 1966, Añilen Dulles había «controlado personalmente» qué miembros del Congreso deberían ser elegidos.) En agosto de 1971, el presidente del comité de las Fuerzas Armadas de la Cámara, F. Edward Hebert, representante por Louisiana, rompiendo con la costumbre establecida y sin respetar el escalafón de antigüedad de su comité, nombró presidente del subcomité de supervisión de la CIA a un activo liberal, el representante por Michigan, Lucien Nedzi. Sin embargo, el personal del subcomité siguió dependiendo por completo de Hebert, y Nedzi es el único miembro que no es conservador del grupo de cinco representantes permanentes y dos nombrados de oficio que componen el subcomité. Cuando Hébert hizo aquella elección tan desusada, muchos pensaron que trataba de desarmar las críticas que se hacían desde fuera de la Cámara a la

actuación del subcomité nombrando para presidente a un liberal, y que estaba convencido de que podría mantener aislado a Nedzi. Durante 1972, su primer año como presidente, Nedzi no dispuso de demasiado tiempo, en efecto, para dedicarlo a la CIA, pues tuvo que presentarse a las elecciones primarias y prepararse para una difícil reelección. En 1973, lanzó una investigación completa sobre el papel desempeñado por la agencia en el asunto del Watergate, pero habrá que ver si su subcomité profundizará más en las operaciones encubiertas de la CIA de lo que han hecho en el pasado los distintos comités de la Cámara. En el Senado, por tradición, los subcomités de las Fuerzas Armadas y de Asignaciones se reúnen con juntamente para supervisar a la CIA. Tal como sucede en la Cámara de Representantes, los miembros de esos subcomités han sido siempre casi todos ellos conservadores, de edad avanzada y partidarios de los militares.

Muchos miembros del Congreso y senadores —aunque, desde luego, no la mayoría— creen que los procedimientos de supervisión no son apropiados, y desde 1947 se han presentado casi 150 proyectos de ley distintos destinados a incrementar la vigilancia del Congreso sobre la CIA. Ninguno de estos proyectos ha sido aceptado en ninguna de las dos Cámaras, y en la de Representantes ni siquiera se ha celebrado nunca una votación sobre este tema. En el Senado, resultaron derrotadas dos propuestas (en 1956, por 59 votos en contra y 27 a favor y, en 1966, por 61 a 28) que abogaban por la formación de comités de vigilancia más amplios y más activos para la agencia y el resto de los servicios secretos. A fin de reforzar su posición en favor del *statu quo*, en el momento de la votación celebrada en 1966, el senador Richard Russell, a la sazón presidente del comité de las Fuerzas Armadas, accedió a que, de 1967 en adelante, los tres miembros más antiguos del comité de Relaciones Exteriores pudieran asistir extraoficialmente a las sesiones conjuntas de los dos subcomités de supervisión. Sin embargo, después de varios años de funcionamiento de este sistema, el senador John Stennis, sucesor de Russell como presidente del comité, dejó sencillamente de convocar las sesiones; no se celebró ninguna ni en 1971 ni en 1972. La opinión general es que Stennis suspendió las actividades del subcomité porque J. William Fulbright y Stuart Symington, senadores liberales en política exterior, hubieran estado presentes en las deliberaciones secretas. Por entonces, ninguno de los dos gozaba de la confianza de la CIA o de los senadores conservadores que consideraban la supervisión de las actividades de la agencia como su coto privado. En sustitución de las reuniones del subcomité conjunto, los cinco miembros más antiguos del comité de Asignaciones, todos ellos «halcones» reconocidos y partidarios de la Administración republicana, se reúnen en privado para revisar el presupuesto de la CIA.

El senador Symington atacó este estado de cosas el 23 de noviembre de 1971, cuando, sin previo aviso, propuso una enmienda que hubiera impuesto un límite de 4.000 millones de dólares a los gastos totales del Gobierno en materia de información confidencial y espionaje, es decir, unos 2.000 millones menos de lo que solicitaba la

Administración. Aunque la enmienda de Symington fue derrotada por 51 votos en contra y 36 a favor, el debate a que dio motivo ha sido quizás el más revelador que se haya celebrado jamás en el Senado sobre estas cuestiones.

Symington protestó por el hecho de que se le pidiera al Senado que votara un presupuesto de varios miles de millones de dólares para los servicios secretos cuyo monto total conocían solamente cinco senadores; y en una discusión pública que mantuvo con Allen Ellender, presidente del comité de Asignaciones, ya fallecido, Symington demostró que incluso esos cinco senadores tenían un conocimiento muy superficial de las operaciones de la CIA. Contestando a la pregunta de Symington sobre si el subcomité de asignaciones había aprobado o no la financiación de un ejército «secreto» de 36.000 hombres en Laos, Ellender dijo:

> No sabía nada de eso… Para empezar, nunca pregunté si se incluían o no fondos para emprender la guerra en la suma solicitada por la CIA. Ni tan siquiera se me ocurrió preguntarlo. Lo vi publicado en la prensa algún tiempo después.

Naturalmente, la operación de Laos era la más importante de todas las que llevaba a cabo la CIA en la época en que el supuesto supervisor, es decir Ellender, admitió su total ignorancia sobre ella. Richard Russell había demostrado también una falta de interés análoga hacia las actividades de la CIA. Una vez incluso llegó a confesar en privado a Helms, director de la agencia, que había ciertas operaciones acerca de las cuales no deseaba sencillamente saber nada. El senador Leverett Saltonstall, republicano, que durante muchos años fue miembro del subcomité de supervisión, expresó públicamente la misma opinión en 1966: «No se trata de que los funcionarios de la CIA se resistan a revelarnos nada —dijo—. Se trata, más bien, por el contrario, de nuestra resistencia, si ustedes quieren, a buscar información y a tener conocimiento sobre unos temas que yo, personalmente, como miembro del Congreso y como ciudadano, prefiero no conocer.»

Frente a esta dejación de sus responsabilidades por quienes deben vigilarla desde el Congreso, la CIA ha optado por mantener al subcomité en la ignorancia casi total acerca de las operaciones encubiertas… a menos que determinada actividad, como, por ejemplo, la operación de propaganda negra contra China en 1967, haya resultado un éxito a los ojos de la propia agencia y ésta pueda alardear de ella ante los legisladores. Helms hacía frecuentes visitas a la colina del Capitolio para celebrar sesiones secretas de información con los senadores, pero éstas versaban, por lo general, sobre cuestiones de actualidad referentes a los servicios secretos y sobre las evaluaciones de la capacidad militar de los países comunistas y, en cambio, no concernían a las acciones de los Servicios Clandestinos. Pues bien, a pesar de todo, Helms cobró cierto prestigio entre los legisladores, que le consideraban como un hombre siempre dispuesto a facilitar información de primera mano.[*] El senador J. William Fulbright, que asistía a las sesiones informativas de Helms en el subcomité conjunto antes de que fueran suspendidas en 1971, explicó el procedimiento que se

seguía a Patrick McGarvey, quien reprodujo sus palabras en el libro *La CIA: el mito y la locura*:

> Estaba reglamentado que las intervenciones de los miembros no podían sobrepasar los diez minutos, de modo que prácticamente no había ocasión de profundizar en un tema determinado. El director de la CIA se pasa la mayor parte del tiempo hablando de la amenaza de los misiles soviéticos y demás. Las informaciones que da son interesantes, pero en realidad no sirven de gran cosa para averiguar lo que está pasando en los servicios secretos. La verdad es que sólo les dice lo que él quiere que sepan. A mí me parece que los miembros del comité están más interesados que nada en proteger a la CIA de quienes la atacan.

Una vez al año, la CIA tiene que comparecer ante los subcomités de asignaciones de ambas Cámaras para presentar su presupuesto anual. Estas sesiones, sin embargo, se celebran en unas condiciones dictadas enteramente por la agencia. Antes de cada reunión, los expertos en electrónica de la CIA realizan una demostración ostentosa, revisando con suma meticulosidad la sala para localizar posibles micrófonos ocultos y se cubren las ventanas con mantas para impedir que se pueda vigilar la sesión desde el exterior. Las transcripciones de estos debates se consideran tan secretas que los ejemplares quedan custodiados en el cuartel general de la CIA. No se deja ni uno solo al subcomité para que éste pueda consultarlo posteriormente. El equipo de expertos del comité, que normalmente se encarga de preparar las sesiones de este tipo, tiene prohibido el acceso a la sala donde se celebra el debate sobre el presupuesto de la agencia.[**]

Allen Dulles fue quien dio el tono a estas presentaciones de los presupuestos anuales de la CIA, durante la década de los cincuenta; en cierta ocasión, dijo a unos ayudantes que preparaban junto con él una de las sesiones anuales: «Les voy a contar sólo unas cuantas historias de guerra.» Otro caso más reciente, demostrativo de las tácticas evasivas de la CIA, ocurrió en 1966, cuando en la agencia se pensó que el subcomité de asignaciones presupuestarias plantearía algunas cuestiones espinosas sobre los costes crecientes de los programas de espionaje técnico. En vista del interés que demostraban los senadores, Helms se hizo acompañar por el subdirector de la CIA para asuntos de Ciencia y Tecnología, el Dr. Albert D. «Bud» Wheelon, que se presentó cargado con una maleta llena de artilugios de espionaje: una máquina fotográfica escondida en una bolsa de tabaco, un radiotransmisor disimulado en un diente falso, un magnetófono escondido en un paquete de cigarrillos, etc. Este equipo ni siquiera procedía del departamento dirigido por Wheelon, sino que había sido fabricado por los Servicios Clandestinos; pero, de esta manera, si los senadores querían hablar de cuestiones «técnicas», Helms y sus ayudantes iban dispuestos a distraerles con toda clase de aparatos dignos de James Bond.

Wheelon empezó a hablar de los programas de obtención de datos por medios técnicos, pero mientras tanto dejó que los senadores fueran examinando los aparatos. Como era previsible, la conversación se centró en seguida en los adminículos de espionaje. Un senador particularmente tozudo hizo dos preguntas acerca del nuevo

sistema, muy caro, de obtención de información por medios técnicos que la CIA acababa de poner en funcionamiento, pero Wheelon volvió a llevar hábilmente la conversación hacia el tema de los instrumentos de espionaje. Cuando el senador volvió a preguntar por tercera vez, el presidente del comité, senador Russell, le dijo que esperara hasta que los representantes de la CIA hubieran terminado su exposición. Pero los senadores quedaron tan embelesados con los aparatitos que tenían ante sí, que ya no hicieron más preguntas.[*]

En 1967, la CIA preparó como de costumbre la sesión de presentación de su presupuesto anual a base de una colección deslumbrante de diapositivas y gráficos destinados a subrayar el papel que desempeñaba la agencia en la lucha contra el comunismo en todo el mundo y en la obtención de informaciones secretas acerca de la amenaza militar que planteaban la Unión Soviética y China. Aquella sesión «precocinada» comprendía asimismo una descripción de las habilidades de la CIA en el campo de la obtención técnica de datos confidenciales, de su trabajo con ordenadores y con otros sistemas de proceso de la información e incluso sobre las modernas técnicas de impresión utilizadas por la agencia… pero tampoco en esta ocasión se hablaba para nada de las «malas artes». La presentación se ensayó varias veces en el cuartel general de la CIA mientras se esperaba que en la colina del Capitolio fijaran la fecha exacta de las sesiones. Se invitó incluso a un miembro del Congreso que formaba parte del grupo de supervisión de presupuestos de la Cámara a que presenciara una de las presentaciones de ensayo. Pocos días más tarde, un miembro del equipo de expertos del subcomité de la Cámara telefoneó a la CIA para decir que el representante que había presenciado el ensayo había declarado que todo parecía muy correcto y que el presidente del comité no tenía tiempo material de asistir a la presentación; añadió, sin embargo, que e] comité aprobaría de todos modos la totalidad de los presupuestos presentados, que se elevaban a casi 700 millones de dólares. Al cabo de poco tiempo se recibió una llamada análoga del comité correspondiente del Senado; al parecer, su presidente había sido informado por el colega de la Cámara de que la petición de la CIA parecía razonable y, basándose en la recomendación de la Cámara, el Senado daría también su aprobación a la totalidad de los presupuestos sin celebrar ninguna sesión de presentación

Así pues, en 1967 la CIA ni siquiera compareció ante los comités de vigilancia presupuestaria. El caso de aquel año no es normal, pero sirve para ejemplificar la superficialidad de la vigilancia ejercida por el Congreso sobre la agencia durante todos esos años.

Muchos de los miembros del Congreso que han adoptado una actitud crítica frente a la CIA son partidarios de ampliar los comités de supervisión de la agencia, dando entrada en ellos a legisladores dispuestos a someter a la CIA al mismo tipo de inspección de que son objeto los restantes organismos oficiales. Hacen notar que en un campo igualmente delicado como es el de la energía atómica, existe un comité con junto del Congreso que ha controlado siempre estrechamente a la Comisión de

Energía Atómica sin que se hayan producido infracciones de las normas de seguridad. Sin embargo, algunos liberales partidarios de aumentar la vigilancia sobre la CIA temen que un comité conjunto semejante al que supervisa las cuestiones relacionadas con la energía atómica pueda resultar «capturado» fácilmente por la agencia, de manera análoga a como aquél ha acabado por ser dominado por la Comisión citada por medio de la libre elección de sus miembros.

Los que se oponen a todo aumento del control ejercido por el Congreso sobre la CIA alegan que, para poder funcionar de una manera eficaz, la agencia necesita que se guarde un secreto total sobre sus actividades y que las infracciones a las normas de seguridad serían mucho más probables caso de que se ampliaran las funciones y el número de miembros de los subcomités supervisores. Temen, en efecto, que en unos subcomités más numerosos tuvieran entrada inevitablemente legisladores opuestos a la Administración en el poder, los cuales podrían sentirse tentados a explotar los secretos de la agencia con fines políticos. Se añade, por otra parte, que los servicios secretos de los países amigos se resistirían a colaborar con la CIA o a compartir sus secretos con ella si supieran que sus actividades podrían llegar a conocimiento del Congreso de los Estados Unidos.

En todo caso, cualesquiera que fueran los argumentos favorables a un aumento del control del Congreso, hasta que estalló el escándalo del Watergate, a comienzos de 1973, no había la más mínima posibilidad de que ninguna de las dos Cámaras votara en favor de un cambio sustancial en la situación existente. De pronto, sin embargo, unos subcomités que durante largos años habían estado sesteando empezaron a reunirse con gran frecuencia para investigar sobre la posible intervención de la CIA en las actividades ilegales patrocinadas por el comité para la reelección del Presidente. Los evidentes abusos de poder de la Administración y de sus partidarios espolearon incluso a los legisladores más conservadores, induciéndoles a exigir las correcciones necesarias. Por otra parte, la Administración, al tratar de justificar sus excesos alegando que había protegido la «seguridad nacional» —justificación que, en gran parte, el Congreso no podía aceptar— no hizo sino debilitar seriamente la posición de quienes sostenían que las acciones de la CIA tenían que quedar exentas de toda inspección por idénticas razones de «seguridad nacional». Además, arreciaba el clamor entre el público y la prensa contra la excesiva concentración de poder en la Casa Blanca y contra la costumbre del presidente Nixon de actuar unilateralmente, sin solicitar la aprobación, ni tan siquiera el consejo del Congreso. Y la CIA, por el hecho de ser el instrumento leal del Presidente —contaminado, además, en cierto modo por su relación con el escándalo del Watergate— también se convirtió en vulnerable.

Los cuatro subcomités de vigilancia que con tanta frecuencia se reunieron durante la primera mitad de 1973 continúan estando formados por una mayoría abrumadora de conservadores. Pero, impelidos por su propia reacción indignada ante el Watergate

o por la indignación pública suscitada por el escándalo, parecen dispuestos a tomar ciertas medidas con el propósito de aumentar la vigilancia del Congreso sobre la CIA.

John Stennis, presidente del comité del Senado para las Fuerzas Armadas, declaró, por ejemplo, el 20 de julio de 1973: «La experiencia de la actuación de la CIA en Laos, así como las revelaciones más recientes sobre sus actividades en el interior del país, me han convencido definitivamente de que hay que revisar por completo la forma de actuar de la agencia.» Éste es el mismo Stennis que diecinueve meses antes, cuando la guerra «secreta» de la CIA en Laos se hallaba en su momento culminante, declaró:

> Esta agencia está dirigida de una manera espléndida… Como se ha dicho alguna vez, el espionaje es el espionaje. Pero, si es que hemos de tener un servicio secreto… desde luego no puede llevarse como si fuera una delegación de Hacienda o el ministerio de Sanidad o cualquier otro departamento parecido. Han de convencerse ustedes de que van a tener ante sí a una agencia secreta y de que, como a tal, van a protegerla, de modo que cierren los ojos un poco y acepten lo que venga.

Pues bien, según todas las indicaciones, Stennis estaba sinceramente convencido de que el jefe del ejecutivo, actuando por iniciativa propia, nunca más debería ser capaz de llevar al país a un conflicto como el del Vietnam. El 18 de octubre de 1973 presentó un proyecto de ley —reservándose, no obstante, el derecho a modificarlo después de los pertinentes estudios y de los debates correspondientes, que se prolongarían hasta 1974— destinado a cambiar las bases legales de la CIA. En primer lugar, limitaría las actividades de la agencia en el interior del país a «aquellas que son necesarias para su misión de espionaje en el extranjero y apropiadas a la misma», definiendo, al parecer, esa misión de tal manera que quedaran abolidas las actividades encubiertas dentro de los Estados Unidos. En segundo lugar, establecería unos procedimientos más severos de inspección por parte del Congreso, aunque «reconociendo las exigencias esenciales de la seguridad».

Una mayoría simple en una de las dos Cámaras sería suficiente para cambiar el actual sistema de supervisión de la CIA. Por más que la agencia desee mantener en secreto sus actividades, no tendría otro remedio que someterse a las firmes peticiones de los miembros del Congreso en favor de una mayor información y una supervisión más estricta. El poder legislativo tiene en sus manos los cordones de la bolsa y con ello los medios de obligar a la CIA a plegarse a su voluntad, aunque sea a regañadientes; además, incluso con que una sola de las dos Cámaras lo decidiera, bastaría con su influencia para imponer este mecanismo de control. Siempre, claro está, que el Congreso esté dispuesto a aceptar esta responsabilidad.

La CIA y la prensa

En una entrevista reciente, se le preguntó a un periodista cuyos artículos son reproducidos por periódicos de todo el país y que goza de muy buenas relaciones con la CIA, cómo habría reaccionado en 1961 si se hubiera enterado con antelación de que la agencia se disponía a lanzar la operación de desembarco de la bahía de los Cochinos. Algo pensativo, contestó: «Lo malo de la gente importante es que hubiera ido a ver a alguno de mis amigos que ocupan un puesto oficial y que él me habría dicho que yo no debería escribir el artículo; y seguramente eso es lo que yo hubiera hecho.»

Es muy revelador que este periodista, cuando se le interrogó acerca de la posibilidad de sacar a la luz pública una operación de la CIA, respondiera haciendo referencia a la «gente importante» (grupo al que él mismo pertenece sin duda), ya que una gran parte de lo que el pueblo norteamericano ha podido —o no ha podido— saber sobre la agencia se ha filtrado a través de una red de periodistas amigos de la CIA. Ha habido excepciones, pero, en general, la CIA ha intentado siempre frenar, alterar e incluso suprimir las investigaciones periodísticas independientes acerca de sus actividades.

La técnica usada con mayor frecuencia por la CIA para defenderse de la prensa ha consistido en envolverse dignamente con los pliegues de la «seguridad nacional». A los periodistas les ha repugnado siempre escribir algo que pueda poner en peligro una operación en curso o, como dijo el periodista del «New York Times», Tom Wicker, «provocar la muerte de un agente en Timbuctú». Por su parte, la CIA ha jugado con este temor tan comprensible y lo ha utilizado como un arma para convencer a los periodistas de que cierto tipo de artículos no debían escribirse. Además, hay muchos periodistas que ya están convencidos, ya sea porque creen efectivamente que las actividades de la CIA no constituyen el tipo de noticias que el público tiene derecho a conocer, ya sea porque en un caso determinado aprueban los objetivos y los métodos de la agencia.

El 23 de septiembre de 1970, por ejemplo, el articulista Charles Bartlett recibió de manos de un funcionario de la compañía ITT, residente en Washington, un informe interno de esta compañía enviado por sus dos representantes en Chile, Hall Hendrix y Roben Berrellez. Este documento, de ocho páginas y señalado como personal y confidencial, decía que el embajador norteamericano en Chile había recibido «la luz verde para actuar en nombre del presidente Nixon… [con] la máxima autoridad para hacer todo lo posible —sin llegar a una acción como la de la República Dominicana — con objeto de impedir que Allende llegara al poder». Afirmaba también el documento que al Ejército chileno «se le había prometido una ayuda material y económica completa por parte de las autoridades militares norteamericanas» y que la ITT se había «comprometido a prestar apoyo [económico] si resultaba necesario» a

las fuerzas antiallendistas. En el documento se incluía, asimismo, un amplio resumen de la situación política chilena.

Con este material explosivo en sus manos, Bartlett, en lugar de lanzarse en el acto a una investigación periodística de altos vuelos, hizo exactamente lo que la ITT esperaba que hiciera: escribió un artículo —reproducido como todos ¡os suyos por gran parte de la prensa del país— sobre los peligros de que «los comunistas asumieran el poder en Chile según su esquema clásico». Había esperanzas, en su opinión, de que «Chile encontrara la manera de evitar que Salvador Allende ocupara la Presidencia del país», aunque los Estados Unidos «no podían hacer gran cosa al respecto» y «la política chilena debía dejarse en manos de los chilenos». Pero no informó a sus lectores de que poseía pruebas documentales de que la política chilena se dejaba en manos de la CIA y la ITT.

Cuando, en 1973, entrevistado por teléfono, se le preguntó por qué no había escrito acerca de lo que sabía, Bartlett repuso: «Me interesaba solamente el análisis político. No tomé en serio el material que me facilitaron desde Washington —la descripción de ciertas maquinaciones en el seno del Gobierno de los Estados Unidos —. [Los hombres de la ITT que redactaron el informe] no habían estado en Washington; habían estado en Chile.» Ahora bien, según admitió el propio Bartlett, su artículo del 28 de septiembre se basaba en el informe de la ITT —en algunos pasajes, hasta el punto de parafrasearlo—. Escribió acerca de unos hechos que habían tenido lugar en Chile y que él no hubiera podido verificar posiblemente en Washington. La gran mayoría de los periodistas no utilizarían un material de esta clase si antes no pudieran confirmarlo en fuentes independientes, de modo que Bartlett demostraba una fe extraordinaria en sus informantes. Pero el caso es que utilizó el material facilitado por éstos de un modo muy particular… para escribir un cuento de miedo contra Allende y no para llamar la atención sobre las intrigas de la CIA y la ITT.

Un funcionario de la ITT facilitó CI mismo informe a John Mulliken, redactor de asuntos militares de la revista «Time». Mulliken no acostumbraba a tratar los temas de la CIA y de Chile, por lo que envió el informe a la redacción central de la revista, en Nueva York, para su posible utilización. Por lo que pudo saber, «Time» no aprovechó el filón. Mulliken lo atribuye a la «estupidez burocrática… al sistema, no a las personas». Explica que «Time» había publicado poco antes un largo artículo sobre Chile y que en Nueva York «no quisieron volver a insistir sobre el tema».

Así pues, el público no se enteró de lo que se proponían hacer el Gobierno de los Estados Unidos y la ITT en Chile hasta la primavera de 1972, cuando el periodista Jack Anderson publicó docenas de documentos internos de la ITT referentes a Chile. Entre el material que Anderson dio a la publicidad, se incluía, como una de las piezas más importantes, el mismo informe que dieciocho meses antes fuera entregado a Bartlett y a la revista «Time».

Jack Anderson es un caso aparte entre los periodistas que trabajan en Washington, capaz de escribir sobre todo lo que llegue a sus manos —y que pueda confirmar— acerca del Gobierno de los Estados Unidos y de la CIA. Sin embargo, con algunas notables excepciones más, la gran mayoría de la prensa norteamericana ha mostrado siempre tendencia a evitar los temas referentes a las operaciones de la agencia. Una de las razones que explican esta actitud es la enorme dificultad que representa la información sobre la CIA, dado el secreto estricto que rodea a esta organización. Los informadores tienen prohibido el acceso a sus edificios, severamente vigilados, excepto en determinadas circunstancias muy especiales. No hay ningún órgano de difusión del país que tenga a uno de sus redactores dedicado de modo permanente a informar sobre la CIA y hay muy pocos periodistas que se especialicen en ello, ni siquiera compartiendo esta tarea con otras actividades. Excepto cuando la CIA desea revelar alguna información en particular, casi todos los empleados de la agencia evitan toda clase de contacto con los periodistas. De hecho, el reglamento de la agencia prescribe que los empleados han de informar a sus superiores inmediatamente de todas y cada una de las conversaciones que mantengan con periodistas, y el funcionario ordinario que tiene demasiados contactos con la prensa acaba por hacerse sospechoso ante sus compañeros de trabajo.

Porque, en efecto, la opinión general en la CIA (como en otros organismos federales) es que la prensa representa una fuerza enemiga en potencia…, aunque puede utilizarse provechosamente para servir las miras de la agencia. El ex subdirector de la CIA para asuntos de información secreta, Roben Amory, expresaba el sentir de la mayor parte de sus colegas cuando, entrevistado en la televisión el 26 de febrero de 1967, declaró que la revelación por parte de la prensa de que la agencia subvencionaba a la Asociación Nacional de Estudiantes y a otras organizaciones privadas era «una demostración de la falta de madurez de nuestra sociedad». Mostrando su pronunciada anglofilia y su envidia hacia la ley de Secretos Oficiales británica, ambos sentimientos muy extendidos entre los altos funcionarios de la CIA, comparó la situación a la de nuestra «libre madre patria, Inglaterra», donde, de producirse un caso análogo, «todo el mundo se calla, en beneficio de la seguridad nacional y… de lo que, según ellos, constituye el interés de la civilización del mundo libre».

Otro ex funcionario de la CIA, William J. Barnds[*], criticó más duramente aún las indagaciones de la prensa acerca de la agencia, en un artículo que publicó en el número de enero de 1969 de la influyente publicación trimestral «Foreign Affairs»:

> La revelación por la prensa, durante los últimos años, de ciertas actividades de espionaje constituye un daño para la nación. Estas revelaciones han creado una conciencia pública de que el Gobierno de los Estados Unidos ha recurrido, por lo menos en algunas ocasiones, a operaciones encubiertas en situaciones inadecuadas, no ha sabido guardar el secreto y no ha sabido tampoco revisar correctamente las operaciones en curso de ejecución. La pública revelación de estas debilidades, aunque en la actualidad hayan sido corregidas en parte, perjudica a la CIA (y al Gobierno de los Estados Unidos), ya que reduce el número de personas dispuestas a colaborar con ella y con las actividades que realiza. Mientras el público tenga

presente esas revelaciones, cualquier esfuerzo oficial para mejorar la imagen de la CIA tiene tantas probabilidades de tener éxito como de agravar aún más la situación.

El hecho de admitir, como lo hizo Barnds, que la agencia tiene ciertos puntos débiles no es demasiado corriente en boca de un ex funcionario (o de un funcionario en activo) de la CIA, aunque poca gente en la agencia dejará de compartir su opinión de que los artículos publicados en la prensa sobre las operaciones de espionaje constituyen un «daño para la nación».

La preocupación de la CIA por la manera cómo hay que tratar a los periodistas y por los procedimientos para utilizar la prensa en beneficio de la agencia se remonta a los comienzos de la organización. Durante los años cincuenta, la agencia se mostraba extremadamente precavida en sus relaciones oficiales con la prensa y la respuesta que se daba normalmente a las preguntas de los órganos informativos era que la CIA «no confirma ni desmiente lo que se publica sobre ella».

Por supuesto, existía una oficina de prensa de la CIA, pero su función dentro de la organización de la agencia era muy limitada. Vista desde dentro de la CIA, su misión principal parecía consistir en recortar de los periódicos los artículos dedicados a la CIA y en enviarlos a la sección de la agencia que pudiera estar interesada en ellos. El director, Allen Dulles, y algunos de sus principales colaboradores mantenían contactos directos con ciertos periodistas influyentes, sin utilizar en general los servicios de la oficina de prensa.

Dulles solía reunirse con sus «amigos» de la prensa para mantener conversaciones de carácter general y tanto él como su jefe de los Servicios Clandestinos, Frank Wisner, estaban muy interesados en alertar al pueblo norteamericano sobre el peligro que representaba para el país el comunismo internacional. Hacían resaltar el papel desempeñado por la CIA en el combate contra la amenaza comunista y a Dulles le gustaba alardear de las operaciones que habían tenido éxito. Los periodistas que se entrevistaban con él quedaban seducidos generalmente por las historias de espionaje que les contaba. A Wisner le interesaba, sobre todo, hacer propaganda de los grupos de exiliados anticomunistas (muchos de ellos subvencionados y organizados por la CIA) y solía pedir a los informadores que escribieran acerca de las actividades de aquellos.

Según un antiguo funcionario de la CIA que trabajó en estrecho contacto con Wisner, los refugiados de las «naciones cautivas» eran utilizados por la CIA para dar verosimilitud a la idea de que los Estados Unidos estaban realmente interesados en «echar para atrás el Telón de Acero». Este mismo ex funcionario recuerda que Dulles y Wisner acostumbraban a decir a sus subordinados: «Esfuércense ustedes en influir en la prensa a través de intermediarios que sean amigos nuestros.»

No obstante, durante la época de Dulles, las relaciones de la agencia con la prensa eran generalmente muy tranquilas. Los reporteros no solían escribir en tono de censura contra la CIA ni hacían revelaciones embarazosas para la agencia, mientras que ésta, por su parte, obtenía muchas informaciones útiles de los periodistas amigos.

Personas como Joseph Alsop, Drew Pearson, Harrison Salisbury y docenas de otros periodistas se reunían periódicamente con los expertos de la CIA para informarles con todo detalle, cuando regresaban de sus viajes por el extranjero. Estas personas no trabajaban en absoluto para la agencia, pero facilitaban con gusto el tipo de información accidental que puede recoger un viajero observador, como, por ejemplo, el número de chimeneas de una fábrica o la densidad del tránsito en una línea ferroviaria. El jefe de la redacción de Washington de un gran periódico recuerda aún que, cuando volvía de Europa Oriental, se je pedía que «llenase las pequeñas piezas que podían encajar en el rompecabezas». Esta clase de datos era de la mayor importancia para los analistas de los servicios secretos antes de que los programas de espionaje técnico pudieran facilitar la misma información. La dirección de investigación de la CIA se encargaba de realizar estas sesiones de información con los periodistas de un modo sistemático, tal como continúa haciéndolo hoy día. Ciertos informadores seleccionados, sin embargo, participaban en otra clase de sesiones con los Servicios Clandestinos; éstas se centraban sobre todo en la personalidad de los funcionarios extranjeros con quienes se habían tropezado los periodistas (lo cual constituía un elemento más en las continuas indagaciones en busca de personas susceptibles de ser captadas como agentes) y en e] funcionamiento de los sistemas de seguridad interior de los países visitados.

Al mismo tiempo que solicitaba informaciones de los periodistas, la CIA buscaba también posibles colaboradores entre ellos o tanteaba la posibilidad de colocar a uno de sus funcionarios de operaciones bajo la «cobertura total» que podía proporcionar un órgano informativo prestigioso. La identidad de esos falsos «reporteros» constituía (y constituye) un secreto muy bien guardado. En noviembre de 1973, había aún unos cuarenta periodistas fijos y colaboradores de distintos medios informativos en la nómina de la CIA, según un artículo publicado por Oswald Johnston en el «Washington Star-News» (y confirmado por otros periódicos). Johnston informaba de que Colby, director de la agencia, había decidido suprimir los «cinco periodistas de plantilla en organizaciones informativas de circulación general», pero que los treinta y cinco «colaboradores eventuales» y empleados en publicaciones especializadas continuarían bajo contrato de la CIA. Los enviados de la prensa norteamericana suelen tener un acceso más fácil a ciertos círculos del extranjero que los funcionarios de las embajadas de los Estados Unidos, los cuales proporcionan la mayor parte de las coberturas para los empleados de la CIA; no es extraño, pues, que la agencia no haya sido capaz de resistir a la tentación de infiltrarse en la profesión periodística, aunque casi todos los órganos informativos más importantes se hayan negado a colaborar con la CIA en este aspecto.

William Attwood, actualmente editor del «Newsday», recuerda con toda claridad que cuando era director de la sección de extranjero de «Look», durante los años cincuenta, un representante de la CIA entró en contacto con él y le preguntó si «Look» necesitaba un corresponsal en Nueva Delhi. La agencia se comprometía a

facilitar la persona adecuada y a pagarle el correspondiente salario. Attwood rechazó la oferta

Clifton Daniel, ex director-gerente del «New York Times» y en la actualidad jefe de su redacción de Washington, explica que a finales de la década de los cincuenta «me quedé muy sorprendido cuando me enteré de que un corresponsal de un periódico sin ningún relieve en un rincón perdido del mundo pertenecía a la CIA. Esto me preocupó». Daniel pasó revista inmediatamente a todos los periodistas del «Times» para averiguar si algunos de ellos tenía unas relaciones similares con la agencia, pero encontró que, «al parecer, no había ninguno en ese caso». Opina que una de las razones por las que el «Times» estaba limpio era que «nuestra gente sabía que serían despedidos» si trabajaban para la agencia.

En 1955, Saín Jaffe solicitó un empleo en la CBS; mientras esperaba que contestaran a su solicitud, un funcionario de la CIA que, según Jaffe, se llamaba **Jerry Rubins** le visitó en su casa de California y le dijo: «Si está usted dispuesto a trabajar para nosotros, la CBS le mandará a Moscú.» Jaffe quedó aturdido, puesto que en aquellos momentos ni siquiera sabía si la CBS le contrataría, y supone que alguien de la CBS participaba en la combinación, de lo contrario la CIA no hubiera podido enterarse de que había solicitado un empleo. Además, hubiera sido muy poco corriente haber enviado a un periodista tan joven como él a desempeñar una corresponsalía tan importante en el extranjero. Rubins le dijo a Jaffe que la agencia estaba «dispuesta a darle a usted ciertas informaciones altamente confidenciales a cambio de que usted trate de conseguir cierta información para nosotros». Jaffe rechazó este ofrecimiento y más tarde entró a trabajar en la CBS, pero destinado al interior del país.

Antes de la invasión armada de Guatemala organizada por la CIA en 1954, un redactor de la revista «Time» abandonó su empleo para participar, por iniciativa propia, en las operaciones paramilitares de la agencia en aquel país. Una vez derrocado el Gobierno guatemalteco, se presentó de nuevo en las oficinas de «Time», en Nueva York, y solicitó que le volvieran a admitir en la empresa. Según otro periodista, que pertenecía a la redacción de la revista, el director-gerente preguntó al solicitante si todavía pertenecía a la agencia; el hombre dijo que no. Entonces, el director le preguntó de nuevo: «Si de verdad perteneciera usted aún a la CIA y yo se lo preguntara, ¿qué me respondería?» Y el otro contestó: «Tendría que decir que no.» De todos modos la revista le volvió a dar trabajo en su redacción.[*]

La época de Dulles acabó para la agencia con dos desastres, de los cuales los periódicos tuvieron conocimiento con antelación, pero que se negaron a comunicar enteramente a sus lectores. Primero, se produjo el incidente del U-2 derribado sobre la Unión Soviética en 1960. Chalmers Roberts, que durante mucho tiempo fue el redactor diplomático del «Washington Post», confirma en su libro *First Rough Draft* («Primer borrador») que él mismo y «algunos periodistas más» conocían la existencia de los vuelos de los U-2 durante los últimos años de la década de los cincuenta y

«callaron». Roberts dice que, «visto desde ahora, habría que preguntarse si hicimos bien y yo creo que seguramente sí. Llegamos a la conclusión de que el interés del país era más importante que la noticia porque sabíamos que los Estados Unidos necesitaban de un modo apremiante descubrir los secretos de los proyectiles balísticos».

La gran mayoría de los periodistas de aquella época hubiera compartido la opinión de Richard Bissell en el sentido de que una revelación prematura habría obligado a los soviéticos a «tomar alguna medida». Ahora bien, el propio Bissell admitió que «al cabo de cinco días» los soviéticos ya se habían dado perfecta cuenta de que unos aviones espía estaban sobrevolando su país y que el secreto que ambos Gobiernos, el soviético y el norteamericano, guardaron sobre la cuestión constituyó un ejemplo «de dos Gobiernos adversarios el uno del otro que colaboran para ocultar unas operaciones a sus respectivas opiniones públicas».

Es muy posible que el incidente del U-2 señalara un giro decisivo en el desarrollo de los acontecimientos. Para una gran parte de la prensa y del público norteamericano, constituyó la primera indicación de que su Gobierno mentía, y entonces se inició lo que durante los años de la guerra del Vietnam iría creciendo, hasta convertirse en un «foso de desconfianza» que separaba a la opinión pública de las autoridades. Sin embargo, al final de la Administración Eisenhower existía todavía en el país el convencimiento general de que la lucha contra el comunismo justificaba virtualmente todos los medios. La prensa representaba un papel esencial en el mantenimiento de ese convencimiento y, en realidad, la confianza de] país no empezó a cuartearse hasta que se supo que la CIA estaba organizando una invasión armada de Cuba.

Cinco meses antes de que se produjera el desembarco en la bahía de los Cochinos, la revista «Nation» publicó un reportaje de segunda mano sobre los esfuerzos que estaba realizando la agencia para preparar a un grupo de exiliados cubanos con vistas a efectuar ataques contra Cuba, y hacía un llamamiento a «todos los órganos informativos norteamericanos con corresponsales en Guatemala», país donde se realizaba la instrucción de los futuros invasores, para que verificaran la veracidad del reportaje. El 10 de enero de 1961, el «New York Times» respondió con un artículo donde se explicaba cómo se realizaba la instrucción, en Guatemala y con ayuda de los Estados Unidos, de una fuerza anticastrista. Al final del artículo, que no mencionaba ni a la CIA ni a una posible invasión, se reproducía la acusación del ministro de Asuntos Extranjeros cubano de que el Gobierno norteamericano estaba preparando «mercenarios» en Guatemala y Florida para emprender acciones militares contra Cuba. Turner Catledge, a la sazón director-gerente del «Times», escribió en su libro *My Life and The Times* («Mi vida y el “Times”»): «No creo que nadie que hubiera leído el artículo tuviera la menor duda de que algo se estaba preparando, de que los Estados Unidos estaban metidos en ello profundamente o de que el “New York Times” estaba siguiendo la cuestión de cerca.»

Cuando la fecha de la invasión estaba ya próxima, la revista liberal «New Republic» pudo conseguir un informe completo sobre los preparativos de la operación, pero su redactor jefe, Gilbert Harrison, preocupado por las consecuencias que la publicación del artículo pudiera tener sobre la seguridad nacional, lo mostró al presidente Kennedy, pidiéndole su consejo. Kennedy le rogó que no lo publicara y Harrison, que era amigo personal del Presidente, accedió a ello. Por las mismas fechas, Tad Szulc, periodista del «New York Times», escribió un artículo en el que se revelaba el asunto en casi todos sus detalles y el «Times» se dispuso a publicarlo en su edición del 7 de abril de 1961, con un titular a cuatro columnas. Sin embargo, el editor del «Times», Orvil Dryfoos, y el jefe de la redacción de Washington, James Reston, pusieron objeciones al artículo por razones de seguridad nacional y el texto del mismo fue corregido de tal manera que no se hiciera mención de la intervención de la CIA en la operación o de una invasión «inminente». El artículo así mutilado, que hablaba sólo de que unos 5.000 o 6.000 cubanos estaban siendo entrenados en los Estados Unidos y en América Central «para la liberación de Cuba», no mereció ya los honores de un gran titular y quedó reducido a una columna en primera página. Posteriormente, Clifton Daniel, director del periódico, explicó que Dryfoos había ordenado que se suavizara el tono del artículo «preocupado, sobre todo, por la seguridad de los hombres que se estaban preparando para ofrecer sus vidas en las playas de Cuba».

Por su parte, Szulc declara que no se le consultó sobre las importantes modificaciones introducidas en su artículo y dice que el presidente Kennedy pidió personalmente a Dryfoos que no se publicara el reportaje. Ahora bien, menos de un mes después de la invasión, en una reunión convocada por el Presidente para instar a los directores de periódicos a que no publicaran información peligrosa para la seguridad del país, Kennedy pudo decirle a Catledge, del «Times»: «Si hubieran publicado ustedes más cosas sobre la operación, nos habrían impedido cometer un fallo garrafa].»

El fracaso de la bahía de los Cochinos le costó el puesto al director de la CIA a Dulles, quien fue sustituido en noviembre de 1961 por John McCone. Este no hizo gran cosa para cambiar la política de la agencia en sus relaciones con la prensa, aunque era evidente que daba gran importancia a estas cuestiones, como se demostró cuando reprendió a su encargado de prensa, a quien luego trasladó a otro puesto, porque opinaba que se había mostrado demasiado complaciente con cierto periodista. Durante las primeras semanas posteriores a la toma de posesión de McCone, el «New York Times» se enteró de que la CIA estaba entrenando a unos tibetanos en diversas técnicas paramilitares, en unas instalaciones que poseía la agencia en el estado de Colorado; sin embargo, según explica David wise en su obra *The Politics of Lying* («La política de la mentira»), la oficina del secretario de Defensa «suplicó» al «Times» que silenciara la noticia, cosa que, en efecto, hizo el Periódico. Durante la crisis de los misiles cubanos, en 1962, el presidente Kennedy volvió a convencer otra

vez al «Times» de que no publicara un artículo, que en esta ocasión hacía referencia a la noticia de la instalación de misiles soviéticos en Cuba, noticia que había llegado al «Times» por lo menos un día antes de que el Presidente hiciera su declaración al país. [*] Luego, en 1964, McCone tuvo que enfrentarse con el problema de cómo tratar a un libro sobre la CIA que se hallaba en preparación, y su actuación constituyó un claro intento de infringir la primera enmienda de la Constitución.

El libro era *El gobierno invisible*, escrito por dos periodistas, David Wise, del «New York Herald Tribune», y Thomas Ross, del «Chicago Sun-Times». Su trabajo constituía un buen ejemplo del tipo de información periodística sobre la agencia que otros periodistas podrían haber hecho, pero que no supieron realizar. En resumen, se trataba de un ejemplo de investigación periodística inmejorable y quizá por ello irritó tanto a la CIA.

Tanto McCone como su subdirector, el teniente general Marshall Cárter, telefonearon personalmente a los editores de Wise y Ross, la compañía Random House, protestando enérgicamente por la publicación del libro. Más tarde, un funcionario de la CIA propuso la compra de toda la primera edición, de más de 15.000 ejemplares. Bennett Cerf, presidente de la Random House, que calificó de «risible» esta gestión de la CIA, se ofreció a vender a la agencia cuantos ejemplares deseara, pero añadió que el libro se reimprimirla a continuación, para que pudiera llegar al público. La agencia realizó gestiones también cerca de la revista «Look», que tenía intención de publicar algunos fragmentos del libro, y, según un portavoz, «pidió que se hicieran algunos cambios… en cosas que consideraban inexactas. Hicimos cierto número de correcciones, pero no creemos que tuvieran ninguna trascendencia».

El episodio final del ataque de la agencia contra *El gobierno invisible* se produjo en 1965, cuando la CIA difundió entre los miembros del Congreso y la prensa un documento anónimo titulado «La campaña de difamación soviética y del bloque comunista». Este extenso estudio detallaba los numerosos procedimientos utilizados por la KGB para desacreditar a la CIA, incluyendo «la manipulación de periodistas occidentales. Los norteamericanos ocupan un lugar destacado entre éstos». El estudio proponía como ejemplo de intoxicación informativa realizada por la KGB una emisión de radio soviética que citaba directamente pasajes de *El gobierno invisible*. La insinuación de la agencia, realmente, no destacaba por su sutilidad, aunque hay que tener en cuenta que el nombre de la CIA no aparecía para nada en el citado documento.

Cuando Richard Helms se hizo cargo de la agencia, en 1966, las relaciones de ésta con la prensa cambiaron de un modo perceptible. El propio Helms había sido periodista, pues trabajó para la United Press en Alemania, antes de la Segunda Guerra Mundial; se consideraba a sí mismo como a un periodista íntegro. Cuando se suscitaba el tema de la prensa en las reuniones internas de la agencia, decía siempre a

sus subordinados que él comprendía los problemas de los periodistas, que conocía cómo pensaban y que sabía lo que la CIA podía y no podía hacer con ellos. Tenía ciertas manías en cuestiones de escritura (debida, quizás, a la influencia de un jefe de redacción severo o de algún profesor de inglés de la escuela secundaria), cosa que le distinguía de los restantes miembros de las secciones clandestinas de la agencia, donde la escritura se considera una cuestión estrictamente funcional. Por ejemplo, no firmaba ningún documento que incluyera una frase iniciada con las palabras «sin embargo» o «por lo tanto».

Pronto se hizo evidente en el seno de la agencia que Helms tenía el propósito de encargarse personalmente de la mayor parte de las relaciones de la CIA con la prensa. Plenamente consciente de que la reputación de la agencia había quedado muy quebrantada por el desembarco en la bahía de los Cochinos y las demás operaciones fracasadas que tuvieron lugar a comienzos de la década de los sesenta, estaba determinado a mejorar esta situación. Más tarde declararía ante un comité del Congreso: «En nuestra sociedad, ni siquiera una organización clandestina puede faltar a ciertas normas. Si nos indisponemos con el público, la prensa o el Congreso, estamos listos.»

Así, pues, Helms empezó a cultivar a la prensa. Ofreció una serie de desayunos, almuerzos y, a veces, cócteles y cenas a numerosos periodistas, individualmente o por grupos. En los días en que tenía como invitados a unos cuantos periodistas, a menudo dedicaba una parte de la reunión matinal con su equipo de ayudantes a preparar la distribución de los invitados en la mesa y a decidir qué funcionario de la CIA sería más apropiado como compañero de mesa para cada uno de los periodistas. Aunque también asistían algunos altos jefes de los Servicios Clandestinos, Helms cuidaba de que la mayoría de los funcionarios presentes en estos convites pertenecieran a las ramas técnicas y analíticas de la CIA. Como siempre, trataba de presentar a la agencia como una organización predominantemente no clandestina.

Sin embargo, Helms no invitaba a todos los periodistas. Concentraba sus esfuerzos sobre todo en los que John Finney, del «New York Times», llama «los intelectuales… los jefes de redacción, los columnistas y otros profesionales influyentes sobre la opinión pública». David Wise, que dirigía la delegación del «New York Herald Tribune» en Washington, es de la misma opinión: «En casi todas las redacciones de Washington —dice— hay un tipo que tiene abiertas las puertas de la agencia, a un nivel mucho más elevado que el de la oficina de prensa de la CIA. En cambio, a otros periodistas que acuden a la agencia se los sacan de encima con buenas palabras». Finney declara que Helms y sus ayudantes trabajan halagando el prestigio de esos periodistas tan influyentes. Marvin Kalb, del servicio de noticias de la CBS, que asistió a varias de las sesiones de Helms con la prensa (y que recientemente fue espiado con micrófonos por la Administración Nixon), recuerda que Helms «tenía el don de mostrar una franqueza sorprendente, pero no te decía

nada que no quisiera que tú supieras. Tenía una manera encantadora de hablar, de sugerirte cosas con la mirada. Ahora bien, normalmente no te decía nada nuevo».

El frecuente contacto de Helms con los periodistas no era una operación malévola. No trataba de reclutarlos para que colaboraran en siniestras intrigas de la agencia. En realidad, se esforzaba en comunicar su punto de vista y el de su agencia a la prensa y, a través de ella, al público norteamericano…, lo cual constituye una de las actividades más corrientes entre los altos funcionarios gubernamentales. Además, Helms era una excelente fuente de noticias… para sus amigos. El columnista Joseph Kraft (que también fue víctima del espionaje de la Administración Nixon) ha expresado una opinión que resume bastante bien las de los periodistas que trataban a Helms con cierta asiduidad: «Me interesaba hablar con Helms a menudo porque él estaba en contacto continuo con las personalidades más destacadas del Gobierno. Analizaba las cosas con mucha agudeza… era rápido, breve y se le veía enterado, cuando comentaba la situación política.» Kraft recuerda que Helms fue el único funcionario del Gobierno que profetizó que el presidente Thieu, de Vietnam del Sur, bloquearía con éxito la aplicación de los acuerdos de paz en el Vietnam hasta que se hubieran celebrado las elecciones norteamericanas de 1972; otros periodistas explican también anécdotas parecidas, que demuestran que Helms era una de las personas más enteradas y más ponderadas hablando de cuestiones como, por ejemplo, los misiles soviéticos o las pruebas nucleares chinas. No acostumbraba a adoptar el tono extremado, con alusiones constantes a la amenaza comunista, que caracteriza tan a menudo a las «fuentes competentes» del Pentágono y parecía tener menos interés personal en las operaciones que otros funcionarios de Washington.

Normalmente, los periódicos no revelan la fuente de una filtración informativa. Ahora bien, cuando Helms o cualquier otro funcionario oficial facilita a los periodistas una información «sin que pueda citarse su procedencia», tiene siempre alguna razón para hacerlo así… que no obedece forzosamente al deseo de comunicar la verdad al pueblo norteamericano. Puede deberse a que quiere promover o bloquear determinada política, proteger un flanco burocrático, lanzar un «globo sonda», dar a entender algo a un Gobierno extranjero o, sencillamente, molestar o perjudicar a una persona concreta. Todos los periodistas son conscientes de que los funcionarios del Gobierno intervienen en este juego; de todos modos, la CIA juega a él con más asiduidad, puesto que prácticamente nunca facilita ninguna noticia abiertamente. El jefe de la redacción del «New York Times» en Washington, Clifton Daniel, subraya el hecho de que, aun cuando la agencia no publica comunicados de prensa, deja filtrar información «para reforzar su posición y para servir a sus propósitos particulares… No me sorprende que incluso la burocracia secreta recurra a estos procedimientos». Sin embargo, Daniel dice también que él personalmente «acepta material cuya procedencia no puede citarse, siempre que la fuente que lo proporciona haya

demostrado en otras ocasiones que es de confianza. Pero, de todas maneras, has de ir con pies de plomo para evitar que te utilicen».

A comienzos de 1968, la revista «Time» tenía a varios periodistas trabajando en un reportaje de gran envergadura sobre la Armada soviética. Según John Mulliken, redactor de asuntos militares de la revista, ni la Casa Blanca ni el Departamento de Estado querían facilitar información sobre este tema, por temor a que los soviéticos tuvieran la impresión de que el Gobierno norteamericano inspiraba una maniobra destinada a exagerar la amenaza que representaba la Flota soviética. Mulliken dice que, en cambio, los expertos de la CIA, con autorización de Helms, suministraron a «Time» virtualmente todos los datos que la revista necesitaba. Comentado este asunto, cinco años después, Mulliken dijo: «Tuve como la impresión de que la CIA estaba diciendo "que se fastidien los demás" y que disfrutaba llevando la contraria.» Nunca llegó a averiguar exactamente por qué Helms quería que esa información fuera facilitada en aquellos momentos precisamente, al contrario de lo que habían hecho los demás organismos oficiales; ni lo averiguaron, naturalmente, los lectores de «Time», que ni siquiera llegaron a saber que la CIA era la fuente de donde procedía una gran parte del material informativo del artículo aparecido el 23 de febrero de 1968.

Desde los días de Henry Luce y Allen Dulles, la revista «Time» había mantenido unas relaciones muy estrechas con la agencia. Más tarde, según refiere Hugh Sidney, redactor jefe de la revista en Washington, «con McCone y Helms, teníamos un acuerdo, de mañera que, cuando la revista estaba preparando algo sobre la CIA, íbamos a verlos y se lo enseñábamos… Nunca nos engañaron».

Análogamente, cuando «Newsweek», en otoño de 1971, decidió dedicar una portada de su revista y el correspondiente artículo a Richard Helms y «El nuevo espionaje», la revista, según di jo un periodista que trabajaba en ella, se dirigió directamente a la CIA para obtener la mayor parte de la información que necesitaba. Y el artículo, publicado el 22 de noviembre de 1971, reflejaba en general las ideas que Helms tanto se esforzaba en comunicar a la prensa, es decir, que desde «finales de los años sesenta… el foco de la atención y del prestigio en el interior de la CIA» había pasado de los Servicios Clandestinos al análisis de la información confidencial y que «la mayor parte de los nuevos empleados se destinan» a la dirección de Información. Esto fue escrito, desde luego, en un momento en que más de las dos terceras partes del presupuesto y del personal de la agencia se dedicaban a las operaciones encubiertas o a apoyarlas (aproximadamente la misma proporción que durante los diez años anteriores). «Newsweek» reveló algunas anécdotas inéditas sobre operaciones encubiertas pasadas (anécdotas que dejaban a la CIA en buen lugar) y publicó, por lo menos, una noticia completamente falsa referente a un programa de espionaje técnico que costaba varios miles de millones de dólares al año. Suponiendo que los hechos en que se basaba esta noticia hubieran sido facilitados por «fuentes competentes de los servicios secretos», entonces aquélla representaba seguramente un intento de intoxicación informativa, destinado a hacer creer a los

rusos algo que no era cierto acerca de la capacidad de obtención de datos por medios técnicos que poseían los Estados Unidos.

Bajo la dirección de Helms, la CIA siguió practicando su costumbre de intervenir cerca de los editores para intentar impedir la publicación de libros que o bien criticaran a la agencia o bien contuvieran demasiados datos sobre ella. En abril de 1972, la presente obra —que aún no estaba escrita— fue prohibida judicialmente; dos meses más tarde, el sub jefe de los Servicios Clandestinos, Cord Meyer, Jr., visitó las oficinas neoyorquinas de la editorial Harper & Row, Inc., en otra misión antilibro. La citada editorial había anunciado la próxima publicación de un libro de Alfred McCoy titulado *The Politics of Heroin in Southeast Asia* («La política de la heroína en el Sudeste de Asia»), donde se acusaba a la agencia de complicidad en el tráfico de drogas del Sudeste asiático. Meyer pidió a varios antiguos conocidos que tenía entre los directivos de Harper & Row que le proporcionaran un ejemplar de las galeradas del libro. Aunque, al parecer, la CIA tenía la esperanza de llevar las cosas extraoficialmente, entre amigos, Harper & Row pidió a la agencia que la petición fuera confirmada de un modo oficial. El asesor jurídico de la CIA, Lawrence Houston, contestó con una carta, de fecha 5 de julio de 1972, diciendo que si bien la intervención de la agencia «no afecta en absoluto el derecho del editor a decidir lo que publica… encuentro difícil creer… que un editor responsable desee verse asociado a una crítica contra nuestro Gobierno referente al corrompido tráfico internacional de drogas sin intentar por lo menos comprobar los hechos». McCoy sostuvo que la CIA no tenía «ningún derecho, según la ley, a revisar el libro» y que «el hecho de someter el manuscrito a una revisión previa por parte de la CIA significa efectuar un primer paso hacia la dejación de la protección que otorga la primera enmienda de la Constitución contra la censura previa». Al parecer, Harper & Row no compartía este punto de vista y advirtió claramente a McCoy que no publicaría la obra a menos que fuera sometida a una revisión previa. Dada la premura de tiempo y la dificultad de encontrar rápidamente otro editor, McCoy cedió; al mismo tiempo, informó de todo el asunto a la prensa, que, en general, se mostró contraria a la postura adoptada por la CIA.

El 28 de julio la agencia envió a Harper & Row una lista de sus objeciones a la obra; las críticas formuladas por la CIA eran, en palabras del vicepresidente y asesor jurídico de la editorial, B. Brooks Thomas, «de carácter muy general, y nos sentimos bastante aliviados al conocerlas». Harper & Row procedió a publicar el libro —sin ningún cambio—; la obra apareció a mediados de agosto.

La CIA ha utilizado también de un modo más directo a la prensa norteamericana, en sus esfuerzos para luchar contra la KGB. El 2 de octubre de 1971, una semana después de que el Gobierno británico expulsara a 105 funcionarios soviéticos de Inglaterra, acusándolos de haber realizado actividades de espionaje, el «New York Times» publicó en primera página un artículo firmado por Benjamin Welles sobre el espionaje soviético en todo el mundo. Gran parte de la información que se daba en

este artículo procedía de la CIA; entre otras cosas, se decía en él que muchos de los empleados rusos de las Naciones Unidas eran oficiales de la KGB. Según Welles, la agencia identificó concretamente «como funcionario de la KGB» a un ruso que trabajaba en la oficina de prensa de la ONU, llamado Vladimir P. Pavlichenko, y pidió al periodista que este individuo fuera mencionado en el artículo. Welles accedió a ello e incluyó un párrafo con unas notas biográficas sobre el ruso en cuestión, facilitadas por la CIA. Diez días más tarde, la Unión Soviética protestó oficialmente ante el Gobierno de los Estados Unidos por los informes «calumniosos» publicados en la prensa norteamericana referentes a funcionarios soviéticos de las Naciones Unidas.

Las acusaciones hechas en el «Times» acerca de las actividades de espionaje desarrolladas por los soviéticos en las Naciones Unidas eran exactas con toda probabilidad. Pero, tal como dijo el directivo de un órgano informativo de Washington que conocía bien este caso: «La verdad de las acusaciones no tiene nada que ver con la cuestión de si un periódico norteamericano tiene derecho a verse implicado en una guerra entre servicios secretos adversarios sin que sus lectores tengan la más ligera sospecha de lo que está ocurriendo. Si la CIA desea realizar una declaración pública sobre un agente soviético en las Naciones Unidas o el Gobierno noneamericano quiere expulsar al espía por desarrollar actividades ilegales, ambas acciones constituirían temas perfectamente legítimos para que la prensa informara sobre ellos… pero colaborar con la agencia en la identificación pública de un espía, sin informar de ello al lector, constituye, en el mejor de los casos, una falta de sinceridad informativa.»

Con frecuencia, la CIA ha presentado a ciertos desertores del campo comunista ante algunos periodistas escogidos, para proporcionarles material informativo (y para hacer propaganda de sus victorias). Como ya se dijo anteriormente, en su gran mayoría, estos tránsfugas dependen casi por completo de la CIA y han sido preparados previamente con el mayor cuidado sobre lo que pueden decir y lo que deben callar. Sin ninguna duda, los desertores constituyen un tema legítimo para la prensa, pero es una lástima que las informaciones que puedan proporcionar al público norteamericano sean filtradas previamente de esa manera.

David Wise recuerda un incidente ocurrido en el «New York Herald Tribune», a mediados de la década de los sesenta, cuando la CIA llamó a los máximos dirigentes del periódico para facilitar una entrevista de sus periodistas con un desertor chino. Según Wise, los funcionarios de la CIA «lo trajeron de Langley [para la entrevista] y luego lo volvieron a meter en la nevera». Análogamente, en 1967 la agencia pidió a Welles, del «Times», que fuera al cuartel general de la CIA para entrevistar a un desertor soviético, el teniente coronel Yevgueni Rungue. El 10 de noviembre de aquel año, Welles escribió dos artículos basados en la entrevista realizada a Rungue y en material complementario sobre la KGB facilitado por los funcionarios de la CIA. Pero Welles incluyó también en sus trabajos varios párrafos en los que hacía

referencia a los posibles motivos que había tenido la CIA para presentar a Rungue ante la prensa. El artículo decía que por lo menos algunos de los funcionarios de los servicios secretos norteamericnnos deseaban «contrarrestar la expectación internacional, en gran parte favorable, que había suscitado el cincuentenario de la fundación de la Unión Soviética», que se estaba celebrando por aquellas fechas. El hecho de hacer pública la defección, continuaba diciendo Welles, «daba una ocasión también a los servicios secretos de los Estados Unidos para atraer la atención de la opinión pública sobre lo que ellos consideran como una creciente inclinación hacia el uso de agentes soviéticos “ilegales” en todo el mundo».

Según Welles, esos párrafos, donde se explicaba que la CIA estaba explotando la defección de Rungue para sus propios fines, irritaron a la agencia y los contactos que tenía en la CIA dejaron de pasarle información. Experimentó «períodos prolongados de frialdad» y algunos amigos que tenía en la agencia le dijeron que Helms había dado orden personalmente de que no se le proporcionara material informativo durante varios meses.

La CIA está siempre dispuesta a favorecer a sus amigos. Los periodistas escogidos, además de recibir noticias sensacionales, como las que hacen referencia a las defecciones, disponen de «exclusivas» sobre toda clase de cuestiones, desde la política exterior de los Estados Unidos hasta las intenciones de los soviéticos. Hal Hendrix, a quien tres periodistas diferentes de Washington califican de conocido «amigo» de la agencia, ganó un premio Pulitzer por la información que realizó en 1962, en el «Miami Daily Nevis», sobre la crisis de los misiles cubanos.[*] Gran parte de la información obtenida, según él, «entre bastidores», procedía en realidad de allí: se basaba en revelaciones de la CIA.

Debido a la hábil manipulación de los periodistas por parte de la CIA y a las opiniones de muchos de ellos y de sus respectivos directores, la mayor parte de la prensa norteamericana ha compartido hasta años recientes, cuando menos de una forma tácita, el punto de vista de la agencia en el sentido de que las operaciones encubiertas constituyen un tema que no debe ser objeto de las investigaciones periodísticas. Sin embargo, la falta de confianza producida por la guerra del Vietnam es muy posible que haya cambiado la actitud de muchos periodistas. Para Tom Wicker, del «New York Times», la experiencia del Vietnam es responsable de que la prensa esté más «preocupada ahora en desempeñar su función fundamental». Opina que, en la actualidad, la mayoría de los profesionales de la prensa, después de haber presenciado en repetidas ocasiones cómo el Gobierno falta a la verdad, están mucho menos dispuestos a creerse las negativas de la CIA sobre la participación de la agencia en operaciones encubiertas, tanto en los Estados Unidos como en el extranjero. Como hace notar Wicker, «hoy día hay muchísima gente dispuesta a creerse que la CIA derriba Gobiernos», y la gran mayoría de los periodistas ya no «tienen fe en la santidad de las materias declaradas reservadas». En el caso de su

propio periódico, el «New York Times», Wicker opina que «el cambio importante ocurrió con la cuestión de los “papeles del Pentágono”».

El estallido del escándalo del Watergate ha expuesto también a la agencia a investigaciones cada vez más serias. La prensa ha hurgado profundamente en el asunto de la ayuda prestada por la CIA a los «fontaneros» de la Casa Blanca y en los intentos para complicar a la agencia en el encubrimiento del Watergate. Quizá lo más importante de todo sea que la prensa ha rechazado en general el recurso de la Casa Blanca a la «seguridad nacional» como una excusa para su actuación. En el peor de los casos, el pueblo norteamericano puede tener confianza en conocer a través de los medios informativos lo que hace su Gobierno, incluyendo los organismos más secretos. Ya que el Congreso renuncia a su responsabilidad y el Presidente abusa de ella, no podemos recurrir a nadie más.

CAPÍTULO 11
Conclusiones

A la posteridad le parecerá
indiscutible que, para salvaguardar
nuestra libertad, la destruimos;
que el vasto aparato clandestino que
pusimos en pie para averiguar los
recursos y las intenciones de
nuestros enemigos sólo sirvió a
la postre para confundirnos sobre
nuestros propios propósitos; que la
costumbre de engañar a otros en bien
del Estado nos llevó indefectiblemente
a engañarnos a nosotros mismos;
y que el nutrido ejército de funcionarios
de los servicios secretos,
reunido para llevar a efecto estos
propósitos, acabó por quedar prisionero
en la red de sus propias fantasías
morbosas, con consecuencias desastrosas
para ellos y para nosotros.

MALCOLM MUGGERIDGE,
mayo de 1966

«Es un arma de poder clandestina y destinada a prestar los más variados servicios… es más que una organización de espionaje y contraespionaje. Es un instrumento para la subversión, la manipulación y la violencia, para la intervención secreta en los asuntos de otros países.» Allen Dulles escribió estas palabras sobre la KGB en 1963, con objeto de que los norteamericanos comprendieran mejor la índole del servicio de seguridad soviético. Su descripción era correcta, pero hubiera podido utilizar —con la misma exactitud— unos términos idénticos para describir a su propia CIA. No lo hizo así, por supuesto, ya que los dirigentes norteamericanos de la generación de Dulles por lo general trataban de imputar a las fuerzas del comunismo internacional los peores métodos y las intenciones más malignas, mientras presentaban como honradas y democráticas «las acciones defensivas del mundo libre». Sin embargo, ambos bandos recurrían a las tácticas más despiadadas. Ninguno de los dos se mostró remiso a emplear el fraude, el engaño o, como escribió Dulles, «la subversión, la manipulación y la violencia». Ambos operaban en la clandestinidad, ocultando sus actividades no tanto de la «oposición» (que no podían), como de sus respectivos pueblos. El secreto se convirtió en un estilo de vida y no era posible desafiarlo sin temor a ser acusado de falta de patriotismo o de despreocupación hacia la «seguridad nacional».

En los días negros de la guerra fría, el comunismo constituía, para la mayoría de los norteamericanos, una amenaza real. No faltaban personas sinceras convencidas de

que los recursos más sucios del enemigo debían ser contrarrestados con las mismas armas. El fuego tenía que combatirse con el fuego y el reducido y escogido cuerpo de profesionales del espionaje de los Estados Unidos sostenía que ellos sabían cómo tenía que hacerse. El público y los dirigentes del país estaban dispuestos a creerles, si bien no siempre con entusiasmo, al menos sin presentar una oposición seria. Por consiguiente, los agentes clandestinos de los Estados Unidos y de la Unión Soviética se lanzaron sobre prácticamente todos los países del Globo. Cada bando obtuvo victorias secretas, pero el resultado total se aproximó mucho a un empate. Por su parte, la CIA desempeñó un papel importante ayudando a impedir la subida de los comunista al poder en Europa Occidental, aunque el historial de la agencia en el Oriente Medio, Asia y el resto del mundo deje mucho que desear.

Cuando, en 1961, los invasores de la CIA fueron derrotados en las playas de la bahía de los Cochinos, este desastre debería haber indicado al país que algo iba mal… tanto en la agencia como en el Gobierno que dirigía sus secretas actividades. Tendría que haber quedado claro que los acontecimientos del Tercer Mundo ya no podían (ni debían) ser manipulados con tanta facilidad y descaro desde Washington. Debería haber sido evidente para todos que los tiempos estaban cambiando; que eran infundados los temores, surgidos de las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, de que el «monolito comunista» estaba a punto de dominar al «mundo libre». El público norteamericano debería haber caído en la cuenta de que la CIA vivía en el pasado.

El periodista Tom Braden, antiguo experto clandestino de alta graduación de la CIA, escribió en enero de 1973, reflexionando sobre los momentos más recientes en la vida de la CIA: «La decisión de José Stalin de intentar la conquista de Europa Occidental por medio de la manipulación, de la utilización de organizaciones de fachada y de la compra de las lealtades, convirtió a la agencia en la sede del fraude y las malas artes. Era necesario; absolutamente necesario, en mi opinión. Pero esta situación se prolongó durante mucho tiempo, cuando ya la necesidad había desaparecido.»

Ahora bien, pasados los primeros momentos de pública indignación debidos al fracaso de Cuba, la reorganización del personal de la agencia y la revisión de su actuación a alto nivel que ordenó el presidente Kennedy tuvieron unos efectos muy limitados. La CIA volvió a operar otra vez esencialmente de la misma manera que lo había hecho durante la década anterior, contando de nuevo con la aquiescencia tácita del público norteamericano. Sólo cuando la guerra de Indochina sacó de su sopor a un sector significativo de la población y despertó su indignación, se pusieron en entredicho seriamente las tácticas de la CIA, como las subvenciones secretas, los ejércitos clandestinos y los golpes encubiertos. Ahora, el escándalo del Watergate nos ha hecho caer en la cuenta de que existe una agencia secreta mal controlada. Por fin, las técnicas clandestinas desarrolladas durante más de un cuarto de siglo de guerra fría han quedado al descubierto espectacularmente ante las gentes de este país y ha

quedado demostrado ante el público el peligro potencial que representa una CIA que obedece exclusivamente las órdenes del Presidente.

La CIA posee un impulso propio y los profesionales de la agencia continúan trabajando con ahínco en su oficio tras el telón de un secreto impenetrable; no quieren abandonar sus actividades encubiertas, sus «malas artes». Creen en estos métodos y disfrutan aplicándolos. Naturalmente, si carecieran de un mandato presidencial, tendrían que cesar en sus actividades, pero el país no ha tenido, desde el nacimiento de la agencia, ningún jefe del ejecutivo que no haya estado convencido de la necesidad fundamental y de la justicia de la intervención de la CIA en los asuntos internos de otras naciones. Cuando a un Presidente le ha parecido que los intereses de los Estados Unidos se hallaban amenazados en alguna tierra lejana, no ha vacilado, por lo general, en tratar de cambiar el curso de los acontecimientos enviando a la CIA. El hecho de que esas intervenciones encubiertas a menudo hayan resultado ineficaces, contraproducentes o perjudiciales para los intereses nacionales no ha disuadido a los Presidentes de intentarlas.

(

CENSURADO

). Kissinger y Nixon estaban preocupados por lo que ellos creen que constituye un fin legítimo —impedir que un marxista fuera elegido presidente de Chile— y los medios empleados para conseguirlo les importaban muy poco, siempre que se pudiera mantener el secreto.

El nuevo director de la CIA, William Colby, ha manifestado en público que su propósito es que la agencia continúe funcionando esencialmente como en el pasado (aunque comprometiéndose a evitar futuros «Watergates»). Cuando el senador Harold Hughes le preguntó dónde creía él que debiera trazarse la línea de separación entre la utilización de los combatientes paramilitares de la CIA y de las Fuerzas Armadas regulares de los Estados Unidos, Colby repuso que esta línea debería pasar «por el punto en el cual los Estados Unidos reconocen oficialmente su intervención en tales actividades». El senador Hughes sacó la conclusión concreta de esta respuesta cuando dijo, el primero de agosto de 1973: «Mr. Colby cree que las operaciones militares ejecutadas por la CIA son perfectamente aceptables mientras se puedan ocultar.»

La opinión de Colby —y de la CIA y la Administración Nixon— según la cual en cierto modo la posibilidad de negar la existencia de la intervención encubierta en el extranjero (y en el interior del país) deja las manos libres a los Estados Unidos para entregarse a ella, es una secuela anacrónica de los tiempos de la guerra fría. Estas acciones pudieron estar justificadas quizás alguna vez, cuando el porvenir del país parecía estar en juego, pero hoy día no hay ninguna amenaza de esta clase acechando en el horizonte. Las dos únicas potencias extranjeras que podrían amenazar a los

Estados Unidos —la Unión Soviética y China— hace ya mucho tiempo que han dejado de constituir un objetivo significativo para las operaciones secretas de la CIA. En lugar de eso, la agencia trabaja sobre todo en el Tercer Mundo, en naciones que no representan ningún peligro potencial para la seguridad de los Estados Unidos **(**

CENSURADO

).

La CIA no defiende ya nuestra seguridad nacional. Se dedica más bien a mantener el *statu quo*, a retrasar el reloj del progreso cultural en zonas del mundo que no tienen ninguna o muy poca significación para el pueblo norteamericano. Con frecuencia, estos esfuerzos están condenados al fracaso. De hecho, desde 1961 por lo menos, la CIA ha perdido más batallas de las que ha ganado, incluso desde su punto de vista. Por añadidura, el mismo hecho de que los Estados Unidos hayan utilizado activamente a la CIA en todo el mundo ha producido un perjuicio incalculable al prestigio internacional de nuestro país. Las actividades de la CIA no sólo nos han proporcionado la enemistad de millones de personas de todo el mundo, sino que, además, han debilitado la adhesión hacia su país de gran número de norteamericanos, en especial entre la juventud.

Ha llegado el momento de que los Estados Unidos se responsabilicen abiertamente de sus acciones en el extranjero, de que ejerzan el liderazgo antes con el ejemplo que por medio de la manipulación. Es posible que este cambio de actitud inquiete a los funcionarios gubernamentales convencidos de que los Estados Unidos gozan del derecho inherente a ejercer su poder donde quiera que sea y, por añadidura, clandestinamente, cuando se estime necesario; pero, a la larga, la no injerencia en los asuntos de los demás y la rectitud harán aumentar el prestigio internacional de los Estados Unidos.

Incluso en una época en que el público está ya acostumbrado a aceptar que las actividades gubernamentales son cada vez más extensas y más caras, los 6.000 millones de dólares que cuesta mantener cada año a los servicios secretos norteamericanos representan una proporción no desdeñable del tesoro nacional. El Gobierno gasta más dinero en las diversas formas de espionaje que en la guerra contra la delincuencia y las drogas, en el urbanismo y la vivienda, en los sistemas de transporte colectivo e incluso que en los programas internacionales que llevan a cabo abiertamente el Departamento de Estado, la USIA y la AID sumados. Ahora bien, contrariamente a lo que sucede con las demás actividades del Gobierno federal, la información sobre los servicios secretos —sobre cuánto dinero se gasta y cómo se gasta— se niega de manera sistemática al pueblo norteamericano y a los miembros del Congreso, con excepción de un grupo reducido. Tras este muro de secreto (erigido tanto o más para disimular el derroche y la ineficacia que para proteger la

«seguridad nacional»), los servicios secretos han crecido excesivamente, más de lo que necesita el país.

Ha llegado el momento de desmitificar la profesión de agente secreto, de convencer a los norteamericanos de la falsedad de la idea de que, en cierto modo, los agentes clandestinos contribuyen a hacer del mundo un lugar más seguro, y de que el secreto excesivo es necesario para proteger la seguridad nacional. Estas nociones, sencillamente, no son ciertas; la CIA y los demás servicios secretos las han utilizado tan sólo para construir su propio imperio encubierto. Todos los servicios secretos norteamericanos desempeñan una función valiosísima en la detección y el análisis de la capacidad militar y de las Fuerzas Armadas de la Unión Soviética y de China, pero sus restantes actividades —las «malas artes» de la CIA y el espionaje tradicional— constituyen, en su conjunto, una carga negativa para el país, tanto en el aspecto moral como en la práctica.

Pero, debido a las rivalidades entre los distintos clanes burocráticos, a los intereses creados y al enorme tamaño del con junto de los servicios secretos, las reformas internas sólo llegan a afectar de un modo marginal al funcionamiento de esos servicios. Las personas que tienen la responsabilidad de este funcionamiento están satisfechas con el actual estado de cosas y nunca se han visto sometidas a la intensa presión exterior que, en nuestra sociedad, provoca el cambio. Por añadidura, los Presidentes jamás han deseado perturbar demasiado el funcionamiento del sistema actual, porque siempre han querido disponer de más información confidencial, aunque sin preocuparse demasiado por la calidad de la misma; porque han tenido miedo a abrir el mundo secreto de estos servicios a la investigación pública; porque no han estado dispuestos a arriesgar la existencia del instrumento personal de que disponen para intervenir en el exterior.

El Congreso, que, según la Constitución, tiene los poderes y ciertamente la responsabilidad de vigilar a la CIA y a todos los servicios secretos norteamericanos, ha sido incapaz, casi por completo, de ejercer un control digno de este nombre. Los servicios secretos han constituido siempre algo sagrado, que no se podía inquietar sin perjudicar la «seguridad nacional» y, a pesar de las enérgicas protestas de algunas personalidades decididas a expresar sus críticas, ninguna de las dos Cámaras legislativas ha querido nunca poner en entredicho seriamente la finalidad o las dimensiones de las actividades secretas. Ahora bien, si es que ha de producirse algún cambio apreciable en el funcionamiento de los servicios secretos, éste ha de venir del Congreso y, a juzgar por la experiencia del pasado, el Congreso actuará solamente si se ve azuzado por la opinión pública. El escándalo del Watergate ha desempeñado, hasta cierto punto, esta función incitadora y la revisión total de la carta secreta de la CIA prometida por el senador John Stennis, presidente del comité del Senado para las Fuerzas Armadas, podría ser un primer paso hacia la limitación de las operaciones encubiertas de la CIA y hacia la reducción de la duplicidad de funciones y de la ineficacia del resto de los servicios secretos.

El Congreso debería exigir a las distintas organizaciones de espionaje que le mantuvieran informado acerca de la información reunida. Esta clase de datos tendría que facilitarse sistemáticamente al poder legislativo, de manera que éste pudiera desempeñar con acierto sus funciones en el campo de la política exterior y pudiera conceder los fondos necesarios para la defensa nacional. Si esta información puede comunicarse a ciertos países extranjeros y puede dejarse filtrar a la prensa cuando les conviene a los distintos órganos de la Administración para obtener votos de los legisladores en cuestiones de gastos militares, entonces no hay ninguna razón de «seguridad» para que se niegue al Congreso. Los soviéticos saben que los satélites espía norteamericanos observan su país y que otros aparatos electrónicos vigilan sus actividades; no tiene sentido, pues, incluir la información así obtenida entre las materias «secretísimas». Nadie pide que los detalles técnicos como, por ejemplo, el funcionamiento de las cámaras fotográficas, se den al Congreso o se hagan públicos, pero el secreto exagerado que rodea a los datos Males de la información confidencial podría indudablemente suavizarse, sin poner en peligro en absoluto la capacidad de la nación para reunir material secreto en bruto mediante procedimientos técnicos.

En cuanto a la CIA concretamente, el Congreso debería tomar medidas para limitar las funciones de la agencia a las que definió en un principio la ley de Seguridad Nacional de 1947, a saber: que la CIA se ocuparía exclusivamente de coordinar y valorar la información confidencial. Como mínimo, si el Gobierno de los Estados Unidos desea continuar con las actividades clandestinas, las secciones operativas de la agencia deberían separarse del resto. La CIA puede hacer su contribución más valiosa a la seguridad nacional en el campo analítico y técnico; sin embargo, estas últimas funciones han sido pretéridas y en ocasiones distorsionadas por los funcionarios dedicados a las operaciones clandestinas, que han controlado casi siempre a la agencia. La información secreta no debe continuar siendo presentada ante quienes deciden las grandes opciones de la política exterior por las mismas personas que, al mismo tiempo, tratan de justificar las operaciones clandestinas. La tentación de seleccionar la información conseguida sobre el terreno y de evaluarla en función de los intereses operativos puede llegar a ser irresistible incluso para las personas más honradas… y, con mayor razón, para los agentes clandestinos.

Sin embargo, la solución más satisfactoria no consistiría, simplemente, en separar los Servicios Clandestinos del resto de la CIA, sino en suprimirlos por completo. Las escasas funciones clandestinas que todavía tienen alguna utilidad podrían transferirse a otros organismos oficiales, aunque la mayor parte de estas actividades tendría que eliminarse. Con ello, el Gobierno se vería privado de su arsenal de «malas artes», pero la república resistiría perfectamente esta pérdida… y aún saldría ganando.

Las operaciones de espionaje realizadas por los Servicios Clandestinos con medios humanos han quedado anticuadas ante los sistemas técnicos de obtención de datos, los cuales, junto con las fuentes abiertamente accesibles, suministran al

Gobierno de los Estados Unidos casi toda la información que necesita sobre la potencia militar y el despliegue de las fuerzas soviéticas y chinas, Los sistemas técnicos realmente valiosos —los satélites y los dispositivos de escucha electrónica— tendrían que conservarse, pero corrigiendo la actual duplicidad de funciones y la ineficacia burocrática. Desde que las autoridades soviéticas detuvieron a Oleg Penkovsky, en 1962, la CIA no ha dispuesto de ningún espía que haya suministrado a los Estados Unidos informaciones importantes sobre alguna de las potencias comunistas; es difícil de justificar, pues, el gasto de más de 1.000 millones de dólares realizado durante la última década con destino al espionaje tradicional, sólo con la esperanza de que algún día otro Penkovsky se ofrecerá voluntariamente a la CIA como agente. Suponiendo que los agentes más valiosos de la CIA continúen siendo voluntarios —desertores y tránsfugas—, una pequeña oficina agregada al Departamento de Estado y unos cuantos contactos en las embajadas bastarían de sobra para recibir la información suministrada por estas fuentes.

Si bien la CIA ha tenido mucho más éxito infiltrándose en los Gobiernos de los países del Tercer Mundo y de algunos aliados de los Estados Unidos, la información conseguida en estas operaciones no tiene excesiva importancia y puede obtenerse hasta cierto punto a través de fuentes diplomáticas libremente accesibles. Aunque puede ser interesante conocer el funcionamiento interno de los Gobiernos de ciertos países latinoamericanos, asiáticos o africanos, este tipo de información no sirve para gran cosa si la CIA no tiene la intención de manipular la estructura política del país.

Las funciones de contraespionaje de los Servicios Clandestinos habrían de pasar al FBI; a fin de cuentas, una de las misiones del buró, en teoría, es la protección del país contra los espías extranjeros. De este modo, si la CIA no se encontrara complicada en sus propias operaciones encubiertas, el incesante juego de provocaciones, engaños y agentes dobles a que se entrega con los servicios secretos extranjeros se convertiría rápidamente en una reliquia del pasado. Jugar al ajedrez contra la KGB constituye, sin duda, un ejercicio fascinante para los funcionarios de los servicios secretos, sobre todo si paga el gasto el contribuyente norteamericano; pero de este juego puede encargarse perfectamente la agencia de seguridad interior de los Estados Unidos, es decir, el FBI.

En cuanto a las actividades paramilitares de la CIA, no hay lugar para ellas en una agencia de información secreta ni, por lo demás, en una sociedad democrática. Según la Constitución, solamente el Congreso tiene competencia para declarar la guerra, y los Estados Unidos no se han de encontrar nunca más comprometidos en un conflicto armado sin la plena aprobación del Congreso y sin el conocimiento del público. Si se necesitan «consejeros norteamericanos» para ayudar legítimamente a otro país, el Pentágono puede proporcionarlos. Las demás formas de acción encubierta —propaganda, subversión, manipulación de Gobiernos— deben cesar, pura y simplemente; la mayor parte de las veces son contraproducentes y, aun cuando tienen éxito, contrarias a los ideales básicos de los Estados Unidos. Las compañías

propiedad de la CIA deberían ser disueltas o vendidas. La agencia no tendría necesidad de poseer una de las compañías de aviación más importantes del mundo si no interviniera constantemente en los países extranjeros. En ningún caso se debiera permitir que continuaran en funcionamiento unas compañías caracterizadas por la irregularidad de los beneficios económicos que obtienen, por los conflictos de intereses que pueden provocar en cualquier momento y por las prácticas comerciales incorrectas a que se dedican.

Los restantes países del mundo tienen el derecho fundamental a esperar que ninguna potencia exterior se interfiera en sus asuntos internos. Los Estados Unidos, que se comprometieron solemnemente a proteger este derecho cuando ratificaron la cana de las Naciones Unidas, debieran hacer honor a su promesa. Los mecanismos utilizados para intervenir en el extranjero no tienen en cuenta, y socavan, los procesos constitucionales norteamericanos, además de representar una amenaza para nuestro sistema democrático. No cabe duda de que los Estados Unidos atesoran las energías nacionales suficientes para salir de la alcantarilla y llevar su política exterior de acuerdo con los ideales que constituyen los cimientos del país.

APÉNDICE
Los “principios” de Bissell

Extractos de la «sesión Bissell»,
celebrada en 1968 en la sede del
Consejo de Relaciones Exteriores,
tal como fueron reimpresos
por el Africa Research Group

La tercera reunión del Grupo de Debates sobre Información secreta y política exterior se celebró en la Harold Pratt House el 8 de enero de 1968, a las cinco de la tarde. Se hallaban presentes: Richard M. Bissell, Jr., director del debate; Douglas Dillon, presidente; William J. Barnds; secretario; William R. Harris, transcriptor; George Agree, Frank Altschul, Robert Amory, Jr., Meyer Bernstein, coronel Sidney B. Berry, Jr., Allen W. Dulles, George S. Franklin, Jr., Eugene Fubini, Julius C. Holmes, Thomas L. Hughes, Joseph Kraft, David W. MacEachron, Philip W. Quigg, Harry Howe Ransom, Theodore C. Sorensen, David B. Truman.

El presidente, Mr. Dillon, abrió la sesión subrayando que, aunque toda esta serie de debates era *off the record*, el tema que se trataría en la presente reunión resultaba especialmente delicado y estaba sujeto a las restricciones previamente anunciadas.

Mr. Dulles observó que los problemas referentes a las relaciones entre la CIA y las instituciones privadas se examinarían en una reunión posterior, aunque ni Mr. Bissell ni los demás asistentes tenían que sentirse coartados en la discusión de estos problemas durante la actual sesión.

En su condición de director de los debates de la sesión, Mr. Bissell pasó revista a las operaciones encubiertas en la política exterior de los Estados Unidos y formuló su opinión sobre ellas.

Aludiendo brevemente a la cuestión de la responsabilidad, de si estas agencias son instrumentos de la política exterior, Mr. Bissell señaló que, ante un grupo de personas como los asistentes, no tema necesidad de entrar en detalles sobre la conformidad de la CIA a las directrices de la política exterior; que podía dar por supuesto que, aunque la CIA participa en la formulación de aquellas directrices (como hacen otras «agencias de acción», es decir la AID, los departamentos y los cuerpos militares y, por supuesto, el Departamento de Estado), la CIA era una agencia al servicio de la política exterior del país.

En realidad, según la experiencia personal de Mr. Bissell, el papel de la CIA estaba más cuidadosamente circunscrito y los límites establecidos eran respetados con más escrupulosidad que en el caso de la ECA [Economic Cooperation Administration], donde había trabajado anteriormente Mr. Bissell.

El control esencial sobre la CIA recaía en un comité interministerial que comprendía un representante del personal asesor de la Casa Blanca, el subsecretario de Estado, el secretario adjunto de Defensa y, en los últimos años, el director de la CIA. Con el tiempo, este comité se ha ido transformando en un dispositivo cada vez más eficaz y poderoso para imponer su control. Revisa todos los proyectos nuevos y periódicamente inspecciona los que ya se hallan en marcha.

Puesto que se trata de un comité interministerial formado por funcionarios sumamente ocupados y que se reúne sólo una vez por semana, este grupo de control tiene una eficacia limitada. Si fuera el único instrumento de control existente, Mr. Bissell lo consideraría insuficiente, pero de hecho este comité constituye sólo el nivel más alto de control, mientras que, a niveles inferiores, existe una serie de procedimientos de revisión intermedios. Los proyectos se suelen examinar en la correspondiente oficina del secretario adjunto de Estado y, siempre que afecten a los intereses del Departamento de Defensa, a un nivel análogo en este último departamento; con frecuencia, han sido estudiados previamente a niveles inferiores de ambos departamentos. Era muy poco corriente llevar los temas al Grupo Especial antes de examinarlos a niveles inferiores y, si en estos últimos se suscitaban objeciones, en la mayor parte de los casos los temas no eran sometidos ya al Grupo Especial —excepto los proyectos importantes o los temas decisivos, recurribles a todos los niveles, incluyendo el Grupo Especial.

En el campo operativo se aplicaba un procedimiento similar. En general, el embajador tenía el derecho a estar enterado de cualquier operación encubierta que se desarrollara en su jurisdicción, aunque en casos especiales (a solicitud del jefe de Estado del país o del secretario de Estado) el encargado de estación recibía órdenes de ocultar ciertas informaciones al embajador. En realidad, en una ocasión esta restricción se impuso a petición del propio embajador, que prefería permanecer ignorante de ciertas actividades.

Es sabido que, en su mayor parte, las operaciones «quemadas», entre las que se contaban a menudo algunas de las más importantes, habían sido aprobadas por el propio Presidente. El proyecto de los U-2, por ejemplo, había nacido en el seno del Comité Land (de información secreta), que formaba parte del grupo Killian para el estudio de un ataque por sorpresa; fue propuesto como una recomendación del antedicho grupo al Presidente, con el apoyo de la USIB; su puesta en vigor, en el mayor de los secretos, fue autorizada por el Presidente y, con la sola excepción de unos pocos vuelos iniciales (la autorización inicial permitía operar para un período de diez días «si el tiempo reinante lo permitía»), cada uno de los vuelos era expresamente autorizado por el Presidente, con el refrendo de los secretarios de Estado y Defensa.

A ciertos efectos, las operaciones encubiertas deberían dividirse en dos clases: 1) *Reunión de información secreta*, en primer lugar espionaje, es decir la obtención de información secreta por medios ocultos; y 2) *acción encubierta*, o el intento de influir

sobre los asuntos internos de otras naciones —lo que otras veces se llama «intervención por medios ocultos o encubiertos.

Aunque estas dos categorías de actividad se pueden separar en teoría, la reunión de información secreta y la acción encubierta se interaccionan y se sobreponen. Se han realizado esfuerzos en el pasado para separar ambas funciones, pero el resultado ha sido considerado en general como «un desastre total desde el punto de vista de la organización». Uno de estos intentos fue el establecimiento, en los primeros días de la CIA (1948), de la OPC, dirigida por Frank G. Wisner, como un organismo separado para la acción encubierta. Aunque la CIA la apoyaba y la encubría, esta organización era independiente y Wisner despachaba directamente con los secretarios de Estado y de Defensa. «Beedle» Smith, cuando fue nombrado DCI, decidió que, puesto que él era responsable de la OPC, él tenía que llevarla, y la fusionó de tal manera con la organización de la información secreta que en el interior de los Servicios Clandestinos conjuntos se estableció una integración completa entre las funciones de reunión de información secreta y de acción encubierta en cada división de área.

Además de nuestra experiencia con la OPC, hay que mencionar a los alemanes y a los británicos, que en plena guerra, durante cierto tiempo, poseyeron organizaciones para las operaciones especiales encubiertas separadas de, e inevitablemente en competencia con sus servicios de espionaje. En todos los casos la experiencia ha dado malos resultados. Aunque en el interior de la CIA hay muchos desacuerdos en materia de doctrina, es unánime la opinión de que la separación entre los servicios de información secreta y los de acción encubierta seria desastrosa, ya que de ella se derivaría una competencia en el reclutamiento de agentes, un reclutamiento doble de los mismos agentes, un aumento de los riesgos para la seguridad y una dispersión de los esfuerzos.

En cuanto a la primera categoría, la *reunión de información secreta*, tendríamos que preguntarnos: *a)* ¿Cuál es el campo de acción de la «reunión de información por medios encubiertos»? *b)* ¿Cuáles son las funciones de la reunión de información secreta que pueden desempeñarse mejor de un modo encubierto?

El campo de acción de la reunión de información por medios encubiertos comprende: 1) reconocimiento aéreo; 2) espionaje de las comunicaciones y electrónico, llevado a cabo esencialmente por la NSA; y 3) espionaje tradicional, realizado por agentes. Respecto a su utilidad, Mr. Bissell consideró que (1) era el más importante, seguido muy de cerca por (2), mientras que (3) queda a una distancia considerable de los dos anteriores.

Aunque sea el menos eficaz, el espionaje tradicional es «con mucho, el menos caro», mientras que el reconocimiento y las actividades de la NSA ven sus costes considerablemente acrecentados por los aparatos que exigen.

(En el debate que se celebró después de la cena, un experto en electrónica de las comunicaciones expresó su acuerdo con la valoración relativa de los distintos

sistemas realizada por Mr. Bissell. A pesar de los avances técnicos realizados en el campo de la criptología, el creciente perfeccionamiento de los sistemas de cifra permitía que (1) (reconocimiento) superara a (2). Otro observador hizo notar que los respectivos presupuestos se correspondían con la anterior clasificación, con lo que se mostró de acuerdo el asistente que acababa de hablar, el cual observó que, por sorprendente que pudiera parecer, los presupuestos se aproximaban a un aprovechamiento óptimo, aplicando criterios de coste-eficacia.)

Las operaciones de reconocimiento de los Estados Unidos durante la postguerra empezaron, históricamente, como operaciones «encubiertas», basadas sobre todo en una serie de vuelos clandestinos sobre territorio comunista de Europa Oriental, iniciados a comienzos de la década de los cincuenta. Estos primeros esfuerzos fueron seguidos por el proyecto del U-2, el cual, aunque cubría un campo limitado, dio unos resultados espectaculares.

Actualmente tenemos satélites de reconocimiento. El reconocimiento aéreo constituye uno de los «secretos» más conocidos en los asuntos internacionales; en realidad, ya no es una «actividad encubierta» y desde el punto de vista burocrático depende del Pentágono.

Durante los años inmediatos a la terminación de la guerra, el espionaje tradicional se practicó con especial intensidad en Alemania Occidental, y antes de la erección del muro de Berlín, en aquella ciudad, que era ideal para el paso de agentes en ambas direcciones, proporcionando una corriente considerable de información secreta política y económica (especialmente sobre Alemania Oriental).

Como es natural, durante todo este período y hasta el comienzo de la década de los cincuenta, el bloque comunista y, más especialmente, la propia URSS, se consideraba como el objetivo primario de las actividades de espionaje. Las circunstancias habían limitado en gran manera la escala de las operaciones que podían emprenderse en el interior del bloque, por lo cual una gran parte de los esfuerzos se dirigían hacia las personas de los países del bloque estacionadas en zonas neutrales o amigas, y también hacia operaciones con intervención de un «tercer país», en las que se intentaba utilizar a súbditos de otros países no comunistas como fuentes de información sobre el bloque soviético.

Más recientemente, se ha registrado un cambio en las prioridades del espionaje tradicional, que se ha centrado en el mundo subdesarrollado. Debido en parte a este cambio de prioridades y también a otras causas, la escala del esfuerzo de espionaje tradicional montado en Europa ha disminuido considerablemente. La URSS continúa siendo un objetivo principal, pero hoy día la China comunista tiene la misma prioridad.

En cuanto al tipo de información que se puede obtener, el espionaje tradicional ha ido perdiendo importancia relativa como medio de tener conocimiento de las novedades perceptibles, como, por ejemplo, las nuevas construcciones, las características de los sistemas de transporte, los efectivos de las fuerzas militares y su

despliegue, etc.; en efecto, el reconocimiento aéreo se ha convertido en una técnica de reunión de información muchísimo más eficaz y (excepto en China) hay mayor libertad para viajar y se pueden visitar zonas más extensas que hace algunos años. Se había esperado que el espionaje tradicional contribuiría a proporcionar información sobre la tecnología soviética y de los países de Europa oriental, puesto que esta clase de datos no son fáciles de observar (hasta que se hallan incorporados en sistemas operativos). Otro tipo de información para la cual el espionaje tradicional podría parecer, a primera vista, que constituye la única técnica posible, es la que hace referencia a las intenciones del enemigo. En la práctica, sin embargo, el espionaje no ha dado los resultados esperados respecto a estos dos tipos de información. Se trata, por razones obvias, de unas informaciones estrechamente vigiladas, y el traba jo de descubrirlas es demasiado difícil para permitir que se obtengan resultados con un mínimo de regularidad y de seguridad. En cuanto a la primera de ellas —la tecnología —, los textos publicados y los contactos profesionales directos con las instituciones científicas son fuentes mucho más ricas.

(Un experto en electrónica de las comunicaciones intervino para observar que el mismo razonamiento se podía aplicar a las deficiencias presentadas por la reunión de información secreta en materias científicas y técnicas; la tecnología es, simplemente, demasiado complicada para los agentes, que no están suficientemente instruidos para comprender lo que observan, a medida que las tecnologías se van tornando cada vez más complicadas.)

En cuanto a los aliados y a los neutrales favorables a los Estados Unidos, suele ser más fácil enterarse de lo que uno desea saber acudiendo a los contactos abiertos, a los contactos personales de los miembros no encubiertos de las misiones norteamericanas o a los ciudadanos particulares. No necesitamos el espionaje para saber las intenciones de los británicos o incluso de los franceses.

(Se le preguntó al orador si el espionaje del otro bando era también de una utilidad limitada análoga o bien si —debido a sus Philbys— tenían más éxito.)

Mr. Bissell señaló que los éxitos de la Unión Soviética se registraban principalmente en el campo del contraespionaje, aunque, remontándose a bastante tiempo atrás, la Unión Soviética había tenido más éxito en la captación de hombres de ciencia norteamericanos.

(Se planteó la pregunta de si Burgess y MacLean habían constituido meros éxitos de contraespionaje.)

Mr. Bissell era de esta opinión.

(Según creía recordar otro de los presentes, los esfuerzos de espionaje de los soviéticos en cuestiones atómicas habían representado una ayuda sustancial en el desarrollo del programa de armas nucleares soviéticas. Aunque es imposible calcular con precisión los efectos de este espionaje, Lewis Strauss creía que los éxitos obtenidos por los soviéticos en el espionaje atómico les habían permitido hacer estallar su primer ingenio al menos con un año y medio y quizás hasta con dos años y

medio de adelanto respecto a la fecha en que esta prueba hubiera sido posible contando sólo con sus propios medios.)

La conclusión general que se debe extraer de ello es que contra el bloque soviético y otras sociedades perfeccionadas el espionaje no constituye una fuente de información de primera clase, aunque a veces ha proporcionado éxitos brillantes (como el «túnel de Berlín» y varios de los desertores de alto nivel). Una de las razones básicas de ello es que las operaciones de espionaje se realizan sobre todo mediante el reclutamiento de agentes y que es enormemente difícil reclutar agentes de alto nivel. Un agente de bajo nivel, suponiendo incluso que haya permanecido leal y que exista algún procedimiento para comunicarse con él, es sencillamente incapaz de explicar muchas cosas acerca de lo que quiere saber. Los secretos que no podamos descubrir mediante el reconocimiento aéreo o a partir de fuentes accesibles se hallan en los cerebros de los hombres de ciencia y de los altos dirigentes políticos y no son accesibles a un ciudadano ordinario, aunque ostente cargos de cierta importancia.

En cambio, el mundo subdesarrollado ofrece más oportunidades para la obtención de información por medios encubiertos, debido sencillamente a que los Gobiernos están muy poco organizados; el sentido de seguridad es mucho menor; y el poder tiende a estar más repartido entre partidos, localidades, organizaciones e individuos que no pertenecen a la administración central. El objetivo principal del espionaje en esos países es proporcionar a Washington una información oportuna y actualizada sobre el equilibrio de poderes en el interior, información importante sobre todo desde el punto de vista táctico.

¿Qué utilidad tiene esta información?

Los cambios en el equilibrio de poderes son sumamente difíciles de descubrir a no ser que existan contactos frecuentes con los elementos del poder. Una y otra vez, nos hemos visto sorprendidos por golpes de Estado militares; a menudo no hemos sido capaces de entrar en contacto con los oficiales subalternos y con los suboficiales que están complicados en los golpes. El mismo problema se nos plantea con los dirigentes sindicales y otros. Con frecuencia no conocemos ciertas relaciones de poder existentes, porque los equilibrios de poderes son confusos y a veces mal conocidos, incluso para los actores principales. Solamente conociendo los principales jugadores tenemos alguna posibilidad de predecir con exactitud lo que va a ocurrir. En esta área hay posibilidades reales de acción; la técnica utilizada es esencialmente la «penetración», que puede adoptar una forma que horrorizada a los partidarios del estilo clásico en las operaciones encubiertas, ya que no tiene en cuenta las «normas» y las «reglas de reclutamiento de agentes». Muchas veces, las «penetraciones» no adoptan la forma de «soborno», sino que consisten en el establecimiento de una relación estrecha o amistosa (la cual puede o no llevarse adelante mediante la entrega de dinero de vez en cuando).

En algunos países, el representante de la CIA ha ejercido [unciones de consejero privado (y en un caso por lo menos, de compañero de borracheras) del jefe del

Estado. En estos casos, naturalmente, las tareas de recogida de información confidencial y de acción política se superponen hasta tal punto que son casi imposibles de deslindar.

(Se preguntó por qué los diplomáticos ordinarios no podían establecer estas relaciones.)

Mr. Bissell observó que a menudo lo podían hacer, en efecto. Sin embargo, se daban casos especiales, como ocurrió en una república, cuyo jefe de Estado tenía una «relación especial» con los altos funcionarios de la CIA sin conocimiento del embajador de los Estados Unidos, ya que éste era el deseo del Presidente de la República. El representante de la CIA enviaba sus informes a través de los canales de la CIA al secretario de Estado, pero el embajador norteamericano en el país en cuestión no tenía que ser informado de ello, según lo acordado con el secretario de Estado. En este caso se planteó un problema cuando el correspondiente secretario de Estado adjunto (que había recibido cables del representante de la CIA) pasó a ser el nuevo embajador, pero al Presidente de la República le gustó el nuevo enviado diplomático norteamericano y solicitó que también se estableciera una «relación especial» con él.

Aparte de este único caso, parece que, en general, se cumple que el embajador tiene que ser un representante oficial de los Estados Unidos cuyas relaciones con el Gobierno ante el cual está acreditado pasan, en su gran mayoría, a través del ministerio de Asuntos Exteriores del país o se realizan con el conocimiento de este organismo. Por otra parte, el representante de la CIA puede tener unas relaciones más estrechas y extraoficiales, cuyo secreto puede ser mejor guardado, tanto en el interior del Gobierno del país en cuestión como en el interior del Gobierno de los Estados Unidos. Además, si un jefe de Estado desaparece de la escena política o cambia de parecer, siempre se puede trasladar discretamente a un encargado de estación, mientras que podría resultar embarazoso tener que llamar de pronto al embajador de los Estados Unidos.

(¿Se puede calificar la relación especial citada de «operación encubierta»?)

La «cobertura» puede servir para impedir la visibilidad de algunos funcionarios subalternos o, en el caso de un «consejero privado» de un jefe de Estado, para ocultar este hecho a los políticos del Gobierno del país.

(Otra observación fue que el método de informar a través de los canales de la CIA representaba una diferencia y tenía cierta influencia. El jefe de Estado que supiera que los informes de la CIA no saldrían de un círculo más restringido, con lo que la publicidad sería menor, podría preferir quizás estos canales para ciertas comunicaciones.)

Por lo que se refiere a la segunda categoría, la *acción encubierta*:

En el campo que abarca la acción encubierta se podrían incluir: 1) consejos y asesoramientos políticos; 2) subsidios individuales; 3) ayuda económica y «asistencia técnica» a partidos políticos; 4) apoyo a organizaciones privadas, como sindicatos,

Minas comerciales, cooperativas, etcétera; 5) propaganda encubierta; 6) entrenamiento «privado» individual e intercambio de personas; 7) operaciones económicas; y 8) operaciones de acción política [o] paramilitar destinadas a derrocar o apoyar un régimen (como la expedición a la bahía de los Cochinos y el programa realizado en Laos). Estas operaciones pueden clasificarse según varios criterios: por el grado y el tipo de secreto que requieren, por su legalidad y, quizá también, por su carácter hostil o amistoso.

¿Contra quién se debe mantener el secreto de estas actividades? Al cabo de cinco días, los vuelos de los U-2, por ejemplo, ya no constituían ningún secreto para los rusos, pero estas operaciones continuaron siendo de alto secreto en los Estados Unidos y por razones muy comprensibles. Si la existencia de estos vuelos de reconocimiento se hubiera «filtrado» a la prensa norteamericana, la URSS se habría visto obligada a tomar alguna medida. A un nivel no tan grave, se plantea el mismo problema con el reconocimiento por satélites. Estos casos constituyen un ejemplo de dos Gobiernos adversarios el uno del otro que colaboran para ocultar sus operaciones a sus respectivas opiniones públicas. «Por desgracia, estas situaciones no son lo bastante frecuentes.»

(Se hizo observar que había otra razón para guardar el secreto; si uno tiene que admitir la existencia de una actividad, se verá obligado a mostrar los resultados obtenidos y a explicar exactamente si son buenos o malos y en qué medida lo son.)

Las operaciones encubiertas se pueden clasificar por su legalidad o ilegalidad. Gran número de ellas son legales.

Pueden dividirse también en «amistosas» y «hostiles». La mayor parte de las operaciones realizadas en Europa Occidental ha tenido carácter «amistoso», aunque comprendían incorrecciones gravísimas y en algunos casos acciones claramente ilegales (por ejemplo, el apoyo encubierto a partidos políticos).

En el caso de un gran país subdesarrollado, por ejemplo, se entregó dinero para los fondos de un partido sin conocimiento del propio partido. Las operaciones económicas realizadas, escasas en número, han tenido todas ellas un carácter amistoso y legal. Una de esas operaciones consistió en que la CIA proporcionó interinamente apoyo económico, que aparecía como de origen privado, a un proyecto no clandestino, mientras llegaba un préstamo oficial de la AID. La finalidad de la operación era dar tiempo a la AID para negociar sin que ello hiciera fracasar completamente la transacción. Por supuesto, la gente cree, en general, que todas las operaciones encubiertas son ilegales y hostiles, pero en realidad eso no es cierto.

El papel que desempeña la acción encubierta se comprende mejor contraponiéndolo a las actividades que realiza el Gobierno de los Estados Unidos de manera manifiesta. La diplomacia busca alcanzar sus objetivos a través de las negociaciones entre gobierno y gobierno, a veces abiertamente, otras de una manera privada. La finalidad de la política económica exterior y de los programas culturales consiste en modificar, por medios amistosos y pacíficos, la economía de otros países

y el clima de su opinión pública. La intervención encubierta está destinada habitualmente a influir sobre el equilibrio interno de fuerzas, a menudo con unos objetivos a corto plazo. El esfuerzo desplegado para fomentar la economía de un país subdesarrollado ha de ser sutil, constante, y probablemente resulta muy costoso; por otra parte, ha de contar con la cooperación de los principales grupos del país si quiere tener alguna influencia. Por el contrario, un esfuerzo para debilitar el partido comunista del país o para ganar unas elecciones, si además quiere alcanzar ciertos resultados en el plazo máximo de dos o tres años, tiene que ser, con toda evidencia, encubierto; tiene que utilizar de una manera pragmática la gente y las organizaciones que estén a su alcance y debe recurrir a todos los métodos que puedan dar resultado. No ha de sorprender, pues, que quienes practican estos dos tipos de intervención al servicio del Gobierno de los Estados Unidos difieran temperamentalmente y en sus respectivas preferencias hacia los distintos métodos, amigos e ideología.

La clave de esta intervención en el equilibrio interno de fuerzas reside en la identificación de posibles aliados que puedan convertirse en más efectivos, más poderosos y quizá más prudentes por medio de la ayuda encubierta. Por norma general, estos aliados en el interior del país conocen la procedencia de la ayuda, pero ni ellos ni los Estados Unidos pueden permitirse el lujo de revelar su existencia. Los agentes destinados a intervenciones de poca importancia que no exijan un secreto estricto, como, por ejemplo, cierta propaganda encubierta y algunas actividades económicas, pueden reclutarse simplemente con dinero. Pero para las intervenciones más importantes y delicadas, los aliados tienen que obedecer a sus propios motivos. En general, la CIA ha tenido un éxito notable en el hallazgo de individuos y agencias con los cuales y a través de los cuales podía trabajar de esta manera. El requisito de que exista previamente un motivo lleva implícito el corolario de que un intento de inducir al aliado local a tomar un camino en el que no cree reducirá por lo menos su efectividad, cuando no echará a perder toda la operación. Se puede afirmar con certeza, respecto a las subvenciones a distintos grupos estudiantiles, sindicales y culturales que recientemente han sido dados a la publicidad, que el objetivo de la agencia no fue nunca el de controlar sus actividades, que sólo de modo ocasional fue el de orientarlos en determinada dirección, pero que principalmente fue el de ampliarlos y aumentar su efectividad.

Dirigiendo su atención a las relaciones con otras agencias, Mr. Bissell declaró sentirse impresionado favorablemente por el mejoramiento de las relaciones con el Departamento de Estado. Vistas las cosas desde Washington, se comprobaba un incremento en las consultas a nivel de negociado de país, incremento que era aún mayor a nivel de dirección general o a nivel del secretario de Estado adjunto, a medidas que las operaciones se van concretando. Hace cinco o seis años, el problema más importante no era el de la responsabilidad o el de la autoridad, sino que hacía referencia a los acuerdos sobre las coberturas.

Mr. Bissell realizó una breve crítica a las operaciones encubiertas según las orientaciones siguientes:

El aspecto de las operaciones de la agencia que está más necesitado de reforma es el uso y el abuso de coberturas. A este respecto, el «informe básico» preparado para esta sesión planteaba muchas cuestiones relacionadas con el tema de las coberturas.

En cuanto a las revelaciones sobre el apoyo prestado a instituciones privadas de poco tiempo a esta parte, está muy claro que deberíamos haber practicado una mayor compartimentación en las operaciones.

Si la agencia desea continuar siendo eficaz, tendrá que usar las instituciones privadas cada vez a mayor escala, aunque las relaciones que han «estallado» públicamente ya no se pueden restablecer.

Hemos de funcionar con una cobertura más segura, utilizando cada vez más los «fusibles». La superficie de contacto entre la CIA y el resto del mundo tiene que estar mejor protegida.

Si varios de los grupos subvencionados no hubieran estado enterados de dónde procedían las subvenciones que recibían, los daños causados por las revelaciones hubieran sido mucho menos importantes.

La superficie del contacto entre la CIA y varios grupos privados, incluyendo organizaciones estudiantiles y de negocios, tiene que ser restaurada.

El problema de las operaciones de la agencia en el extranjero es a menudo un problema para el Departamento de Estado. Por lo general, los aliados del país se encuentran con que están tratando siempre con un norteamericano y con un norteamericano oficial —puesto que la cobertura consiste casi invariablemente en un cargo oficial como funcionario de los Estados Unidos. Hay razones poderosas que aconsejan mantener este sistema, y será siempre conveniente que haya algunos empleados de la CIA destacados en los edificios de las embajadas, aunque sólo sea para responder a las necesidades de un «puesto de mando» local y de las comunicaciones.

De todos modos, es posible y conveniente, aunque difícil y largo, montar en el extranjero un aparato de encubrimiento no oficial. Ello exigiría la utilización y la creación de organizaciones privadas, la mayoría de cuyo personal no sería de nacionalidad norteamericana, disponiendo así de una mayor libertad para introducirse en la sociedad del lugar y comprometiendo en menor grado la postura oficial de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos deberían utilizar de un modo creciente a súbditos de otros países, los cuales, mediante un esfuerzo de adoctrinamiento y de instrucción, podrían ir adquiriendo un sentimiento de lealtad más o menos comparable a la del personal norteamericano. A medida que vayamos centrando nuestra atención en América Latina, Asia y África, las actividades de los súbditos de los Estados Unidos se irán encontrando probablemente cada vez más restringidas. La primera modificación que recomendaríamos sería la formación de un aparato de cobertura no oficial, para ver

hasta dónde podemos llegar con personal que no sea norteamericano, especialmente sobre el terreno de operaciones. La CIA debería intentar la utilización progresiva de elementos no norteamericanos como «agentes de carrera», es decir con una situación a medio camino entre la del agente de tipo tradicional, utilizado en una sola operación aislada quizá para un período de tiempo limitado, y la del miembro del personal permanente, que en el curso de su carrera profesional interviene en muchas operaciones y que está bien informado del funcionamiento de la agencia. Se tendría que procurar que estos agentes de carrera, mediante un esfuerzo de adoctrinamiento y de instrucción y tentados por la perspectiva de un empleo estable, fueran adquiriendo un sentimiento de lealtad secundaria, aunque desde luego no se les podría utilizar nunca en asuntos que entraran en conflicto con la lealtad primaria que cada uno de ellos sentiría hacia su país respectivo. Pero, a pesar de esta última limitación, queda aún un amplio abanico de posibles utilizaciones. La conveniencia del empleo de súbditos extranjeros se pone cada vez más de manifiesto a medida que centramos nuestra atención progresivamente en América Latina, Asia y África, donde la actividad de los ciudadanos norteamericanos es fácilmente detectable y con toda probabilidad se verá cada vez más restringida.

Estas sugerencias sobre el encubrimiento no oficial y sobre los agentes de carrera ilustran y destacan el hecho de que hay que proseguir los esfuerzos para desarrollar la capacidad de acción encubierta, aun cuando no exista necesidad inmediata de emplearla. La tarea esencial es la identificación de los aliados indígenas en potencia —tanto individuos aislados como organizaciones—, entrando en contacto con ellos y estableciendo de hecho una comunidad de intereses.

Mr. Bissell creía que se podían mejorar las cosas todavía en lo referente a la planificación de la acción encubierta país por país. La intervención encubierta es seguramente más efectiva en aquellas situaciones en que se emprende un esfuerzo coordinado a base de cierto número de operaciones separadas destinadas a apoyarse y complementarse mutuamente y a tener un efecto acumulativo apreciable. Es probable que la agencia se encuentre comprometida en demasiadas operaciones de acción encubierta de poca importancia, que no se hallan relacionadas entre sí y que tienen poca repercusión global.

No hay duda de que muchos programas financiados en secreto podrían desarrollarse abiertamente. A menudo ciertas actividades se han puesto en marcha a través de la CIA porque de este modo podían montarse de una manera más rápida y menos oficial, aunque de hecho no tienen por qué ser secretas. Uno de los ejemplos de ello podría ser el Programa de intercambio de personas, destinado a descubrir a posibles futuros dirigentes políticos y a darlos a conocer en los Estados Unidos. Sin embargo, no hay que olvidar que muchos de estos programas inofensivos son más eficaces si se llevan a cabo bajo los auspicios de entidades privadas que si son apoyados oficialmente por el Gobierno de los Estados Unidos. No necesitan ninguna cobertura, pero si las entidades genuinamente privadas, como, por ejemplo, las

fundaciones, no se dedican a ellos, entonces puede que el único sistema de llevarlos a cabo sea a través de la ayuda encubierta facilitada a organizaciones de «fachada».

La eficacia de muchas de las operaciones de propaganda va disminuyendo. Algunas pueden continuar sin gastos excesivos, pero otras, entre las que se cuentan algunas de las más importantes (radio, etc.) están completamente «quemadas» y son muy costosas. La USIA no quiere encargarse de ellas y, si bien estuvieron realmente justificadas diez o quince años atrás, como órganos de expresión de los grupos de refugiados y exiliados, su valor, igual que el de esos grupos, ha disminuido y, en opinión de algunos profesionales, continuará haciéndolo.

Mr. Bissell creía que durante los dos años últimos que él había pasado en la agencia, los Servicios Clandestinos podrían haber sido más reducidos.

En realidad, se adoptaron algunas medidas para reducir su tamaño. Es imposible separar la cuestión del tamaño de los problemas de personal y de cobertura. Mr. Bissell tenía la impresión de que los Servicios Clandestinos se estaban convirtiendo cada vez más en un cuerpo de funcionarios, demasiado parecido al servicio diplomático (los empleados esperan ocupar una sucesión de puestos no encubiertos, llevando una carrera profesional segura). Uno de los resultados de esta tendencia era la reducción de los contactos locales. Se estaba produciendo un cambio sutil que amenazaba con desvirtuar algunas de las antiguas características positivas de la CIA. Desde e] punto de vista formal la CIA tenía un personal caracterizado por la variedad de su procedencia, de su experiencia y de sus aptitudes. Sus miembros se reclutaban en todas las profesiones y carreras, tanto privadas como de la función pública. Si esta diversidad y esta variedad se pierden a base de reclutar el personal en las universidades, instruirlo según los mismos patrones y enfocarlo hacia el desempeño de unas carreras profesionales sistemáticamente planeadas dentro de la agencia, desaparecerá una de las cualidades más valiosas de la organización.

Por último, Mr. Bissell hizo algunas observaciones a propósito de las grandes operaciones. Salta a la vista que si una operación es demasiado grande no puede mantenerse en secreto. En el mejor de los casos, si la operación llega a conocimiento del público, se puede esperar que el mentís oficial tenga éxito. El peor error de los muchos que se cometieron en la operación de la bahía de los Cochinos fue confiar excesivamente en que la operación podía ser desmentida.

Ha sido una decisión acertada no encargar a la agencia las operaciones a esa escala, excepto en escenarios como el del Vietnam, donde los intereses en presencia y las normas son diferentes.

Las operaciones de acción encubierta tienen asignados por lo general unos objetivos a corto plazo y los mecanismos para controlarlas se justifican alegando que, si sus ejecutores se desvían, los errores pueden corregirse en el proceso de revisión. Mr. Bissell no puede concebir ninguna otra manera de forzar una mayor atención hacia los costos y los valores de largo alcance. Una alternativa a ello es que la precaución llevará a la inactividad. Los «individuos de operaciones» serán los que se

arriesgarán; el contrapeso lo aplican, y deben aplicaría las restantes agencias gubernamentales.

En el coloquio que siguió a la charla de Mr. Bissell, un antiguo funcionario del Departamento de Estado, afirmó que la cuestión de la cobertura de la CIA era una de las más importantes desde su punto de vista. La multitud de las operaciones encubiertas conocidas por otros Gobiernos constituía un constante motivo de inquietud, y una cosa semejante ocurría con el personal destacado en el extranjero para esta finalidad. De vez en cuando se realizaba un esfuerzo para reducir el personal destacado en el extranjero; aunque era fácil llegar a un acuerdo de principio, los detalles referentes a la reducción de personal eran difíciles de establecer.

Un ex miembro del Grupo Especial (que formó parte de este comité durante dieciocho meses) se mostró de acuerdo con las anteriores observaciones de Mr. Bissell acerca de los mecanismos de control, siempre que se refirieran a la revisión de proyectos nuevos. Éstos, en efecto, eran estudiados con un cuidado especialísimo. En lo tocante a] examen por el Grupo Especial de los proyectos en curso durante este período de dieciocho meses, se recordaba que no existía ningún procedimiento sistemático y completo para tal revisión, pues el comité se hallaba ocupado en el estudio de todas las nuevas propuestas. Si era cierto que la gran mayoría de las operaciones era útil sobre todo para objetivos a corto plazo, entonces quizá debería prestarse más atención a la revisión de los proyectos en curso de ejecución y a la interrupción de más proyectos y con mayor prontitud de lo que se hacía en el pasado.

Un problema que preocupaba a un antiguo funcionario era el que hacía referencia a la «carta» de la CIA, cuya expresión pública en la ley de Seguridad Nacional de 1947 era necesariamente poco precisa. La «carta» completa de la CIA se ha revisado con frecuencia, pero siempre se ha mantenido secreta y tiene que continuar siéndolo. La ausencia de una carta pública lleva a muchas personas a investigar sobre su existencia y a poner en duda la autoridad de la agencia para llevar a cabo ciertas actividades. El problema de la «carta» secreta constituye una grave molestia, pero la necesidad de conservar el secreto excluye, por el momento, toda solución.

Otro antiguo funcionario hizo notar la ineficacia de la información clandestina como medio de saber las intenciones del enemigo. Sherman Kent (ex presidente de la junta de evaluaciones nacionales) distingue entre «lo que se puede conocer» y «lo que no se puede conocer», y hemos de aceptar que hay muchas cosas cuyo conocimiento es imposible, entre las que se incluyen con frecuencia las intenciones del enemigo.

Por lo que respecta a la reducción tanto del personal destacado en el extranjero como de los programas cuya utilidad disminuye, se hizo observar que la supresión de personal improductivo y de edad avanzada constituía una cuestión espinosa. Reconociendo la posibilidad de recurrir ante el Presidente y la ausencia de participación amplia en una revisión de personal, un ex funcionario de presupuestos consiguió la Participación de la Oficina de Presupuestos, la CIA, el FIAB y de los subsecretarios competentes para examinar las modificaciones presupuestarias. Lo que

resultó de ello fue una cierta inercia, en parte la inercia de la guerra fría. Entre paréntesis, un par de proyectos (citados concretamente) referentes a medios de difusión, muy criticados, habían demostrado su utilidad, tal como indicaba la caída de Novotny en Checoslovaquia, pero, en cambio, se conservaron cierto número de programas ineficaces. El problema era dejar abierto el presupuesto, sin adjudicar, hacer algo nuevo en sustitución de los antiguos programas, y no reducir el presupuesto; pero, por desgracia, los jefes de la CIA querían controlar su capital circulante. Si hubiera sido posible llegar a convencer a estos funcionarios de que no tenían por qué preocuparse, de que nosotros estábamos aportando equis millones de dólares para la CIA y de que sólo queríamos que se gastara mejor la misma cantidad de dólares, entonces hubiera sido posible cambiar el destino de algún dinero. La gran cuestión problemática era determinada fundación (citada) que recibía una subvención considerable. Por último, todo se aclaró y se fijó la fecha de la siguiente revisión, que no llegó a efectuarse a causa de la crisis de los misiles de Cuba. La revisión, una vez más, volvió a ponerse sobre el tapete en 1963.

Otro Observador, guiándose por la experiencia de trabajos efectuados con el «presupuesto criptológico global» y en la industria privada, llegó a la conclusión de que, por lo general, es imposible recortar un presupuesto; normalmente sólo se llegaba a sustituir un proyecto viejo por uno nuevo.

El Presidente planteó cieno número de preguntas: ¿Qué ocurre cuando las operaciones encubiertas resultan quemadas? ¿Qué se puede hacer para mejorar la imagen de la agencia? ¿Qué se puede hacer para mejorar las relaciones entre la agencia y la prensa?

Se pensó que el punto de vista de un periodista podría ayudar a responder a estas preguntas, pero se llegó a la conclusión de que antes convendría examinar cierto número de cuestiones:

1) El asunto del tamaño exigía cierta atención. El tamaño puede convertirse en problema en cualquier agencia del Gobierno; cada vez es más viva la conciencia de que la Administración es demasiado grande, de que es «un tumor que se hincha sin cesar». Llegará un momento en que tendrá que producirse una poda enérgica en los servicios oficiales de la política exterior norteamericana.

2) Uno no quedaba demasiado impresionado por la utilización de la CIA en el mundo en vías de desarrollo; en todo caso, podíamos confiar cada vez más en la gama de posibilidades que ofrecen casi todas las áreas en vías de desarrollo. A la inversa, es posible que no fuera tan fácil conocer la estructura del poder en áreas más desarrolladas, en Europa Occidental y el apón, como sugería Mr. Bissell.

(Se planteó una duda: ¿Por qué tenemos que confiar cada vez más en la gama de posibilidades de las zonas en vías de desarrollo?)

Quizá hay menos variaciones de lo que pensábamos anteriormente. «Las cosas se van nivelando y podemos vivir más tranquilamente».

3) ¿A quién le cargamos el muerto? Uno no queda plenamente convencido con la explicación de la experiencia de la OPC de Frank Wisner. Podríamos discutir sobre la cuestión de la responsabilidad planteada por «Beedle» Smith; podríamos discutir sobre las interferencias entre líneas de mando.

4) Relacionado con (3). Puede que se tenga que pagar un precio por dejar las operaciones encubiertas en manos de la CIA. Quizá podríamos confiar la obtención de información secreta al Departamento de Estado y las operaciones encubiertas al ayudante especial del Presidente para asuntos de seguridad nacional.

Respondiendo a los puntos (3) y (4) se aclararon algunas observaciones anteriores: no se afirma que la sección de operaciones de la CIA tenga que estar donde está. En cambio, sí que se afirma que la separación entre la obtención de información por medios encubiertos y las operaciones encubiertas resultaría un desastre. Sin embargo, sería posible separar las secciones de operaciones de las secciones analíticas. Se trataba de una posibilidad plausible, para la que se podría encontrar una solución (aunque, a fin de cuentas, el orador era contrario a ello). Pero separar la parte operativa constituiría un desastre, tal como parece indicarlo el caso alemán, el caso británico durante algún tiempo y nuestra propia experiencia temporal.

Hablando de las actividades sindicales, uno de los asistentes declaró que antes de mayo de 1967 era de todos conocido que la CIA había proporcionado ayuda a algunos programas sindicales, pero primero «Ramparts» y luego Tom Braden lo explicaron públicamente en detalle. Los que trabajan en cuestiones de relaciones sindicales internacionales quedaron desolados y ciertos periodistas agravaron sus dificultades confundiendo la AID con la CIA y pretendiendo que el programa [llamado] Free Labor Development, desarrollado por la AFLCIO, también estaba complicado en el asunto.

Desde estas revelaciones, las cosas han evolucionado de un modo inesperado. En primer lugar, hay que decir que no se han registrado problemas importantes en el cumplimiento de los programas sindicales internacionales. En realidad, se ha producido un aumento en la demanda de programas sindicales norteamericanos para el extranjero, hasta el punto de que no hemos podido satisfacer todas las peticiones por falta de disponibilidades, lo cual ha producido ciertas tiranteces. Antes, estos sindicatos extranjeros sabían que andábamos escasos de dinero, pero ahora todo el mundo supone que recibimos subvenciones secretas de la CIA y nos piden más ayuda.

Peor aun, Vic Reuther, que había acusado a otros de recibir dinero de la CIA, aunque el recibo entregado a su hermano (por los 50.000 pagados por la CIA en billetes viejos) fue citado por Tom Braden posteriormente, sigue con sus acusaciones de que la AFLCIO ha aceptado dinero de la CIA. Pues tampoco en este caso parece que nadie se haya enterado. «El resultado final ha sido prácticamente nulo. Hemos llegado a aceptar a la CIA como al pecado.» Así, por ejemplo, los sindicatos de la Guayana Británica recibían subvenciones a través de intermediarios de la CIA, pero

ahora piden más ayuda que antes. Por tanto, contrariamente a lo que creíamos, casi no se ha producido ningún perjuicio.

Un antiguo funcionario del Departamento de Estado realizó varias observaciones referentes a las operaciones de los servicios secretos vistas desde el propio terreno de operaciones. Se declaró conforme con los comentarios de Mr. Bissell sobre la «cobertura». El acuerdo inicial entre la agencia y el Departamento de Estado tenía un carácter «temporal», pero «no hay nada que dure tanto como lo efímero».

¿Cómo se capacita especialmente a los funcionarios de la agencia bajo «cobertura oficial» para llevar a cabo las operaciones encubiertas? Si el encargado de estación de la agencia tenía una «relación especial» con el jefe de Estado, uno puede suponer que eso era debido a que el embajador no valía nada. Por añadidura, esta «relación especial» creaba el peligro de que el jefe de Estado, viendo que existían dos canales para comunicar con Washington, pudiera jugar con el enfrentamiento del uno con el otro. Algunos estadistas extranjeros están convencidos de que existe realmente un «gobierno invisible», y no puede permitirse que esta impresión se difunda.

Asimismo, el prejuicio en favor de la información confidencial obtenida por medios encubiertos es una cosa fastidiosa.

Una de las maneras de superar la confusión es convertir a la CIA en un servicio secreto *de verdad*, para que deje de ser una agencia que se limita a duplicar el servicio diplomático. Cuando ha faltado dinero, la CIA ha llenado a menudo un vacío, pero esto no es una solución.

Otro puso en duda la posibilidad de la propuesta del orador en favor de una mayor utilización de súbditos extranjeros. ¿Acaso se podría conseguir que los extranjeros hicieran este trabajo y se convirtieran en leales a los Estados Unidos?

Uno no estaba seguro de que fuera factible, pero valía la pena probarlo. Sería más fácil que el sistema funcionara si se usaba un súbdito del país B para trabajar en el país C, suponiendo que lo que se le pidiera: (1) no fuese contra los intereses del país B, y (2) no fuera una villanía. Se necesita siempre cierta cobertura y el instrumento natural para ello es una organización con elementos que no sean norteamericanos.

Otro observador se mostró sorprendido por la falta de interés hacia el hecho de que las actividades radiofónicas encubiertas resultaran «quemadas». ¿Por qué han despertado tan poco interés estas actividades, en contraste con la inmensa preocupación por las relaciones entre la CIA y la Asociación Nacional de Estudiantes? Se podría llegar a la conclusión de que al público generalmente no le preocupa la infiltración en instituciones extranjeras o, por lo menos, no tanto como le preocupa la infiltración en instituciones norteamericanas. «El público cree que no está bien; no sabe dónde puede terminar; la gente empieza a sospechar de sus vecinos.» El incremento en la utilización de instituciones privadas que se ha sugerido aquí, ¿incluye también a las instituciones de los Estados Unidos o a instituciones norteamericanas que actúan en el extranjero?.

Respondiendo a esta pregunta, se llamó la atención hacia los claros límites jurisdiccionales entre la CIA y el FBI; de acuerdo con ello, la CIA tiene prohibido desempeñar «funciones de seguridad interior». La CIA era contraria a ejercer la vigilancia sobre ciudadanos norteamericanos en el extranjero (incluso cuando se le solicitaba específicamente) y contraria a actuar dentro de los Estados Unidos, excepto contra extranjeros transeúntes. Quizá sería deseable que la CIA ampliara su utilización de compañías privadas norteamericanas, pero para objetivos situados fuera de los Estados Unidos. Se recordó que las subvenciones entregadas por la agencia a la Asociación Nacional de Estudiantes estaban destinadas en todos los casos a actividades desarrolladas fuera de los Estados Unidos o a actividades con objetivos en el extranjero.

¿Por qué razón, podríamos preguntamos, el Gobierno norteamericano tiene que utilizar con más intensidad las instituciones no gubernamentales y por qué debe tratar con ellas dentro de los Estados Unidos? Si los tratos se realizan en el extranjero, es necesario tener toda una burocracia en el extranjero para tratar con los representantes en cada país. También es necesario mantener las comunicaciones en un ambiente posiblemente hostil. Si uno trata estas cuestiones a través de las compañías norteamericanas que desarrollan parte de su actividad en el extranjero, la gran mayoría del personal burocrático se puede quedar en los Estados Unidos y los contactos se establecen directamente con las sedes centrales de las compañías, usando quizá los canales de las mismas compañías para las comunicaciones con el extranjero (incluso para las comunicaciones confidenciales). Según esta opinión, el problema político que se plantea no es si hay que utilizar o no las instituciones privadas, sino para qué hay que utilizarlas.

Según el punto de vista de otro de los presentes, sería conveniente que este grupo de debates examinara los diferentes tipos de instituciones. Por ejemplo, la CIA, ¿debe utilizar las instituciones educativas? ¿Hizo bien la CIA en influir en la designación de los directivos de la Asociación Nacional de Estudiantes?

Uno no tenía noticia de que la CIA hubiera influido en la designación de los directivos de aquella Asociación; si lo había hecho, la opinión de uno es que no lo debería haber hecho.

¿No sería posible tratar con individuos en lugar de organizaciones?

Sí, en efecto, en muchos casos sería preferible. Todo dependería de la destreza con que se usara nuestra capacidad operativa.

Como ejemplo de la utilización política de informaciones obtenidas en secreto, un ex funcionario citó la obtención por medios clandestinos del «discurso secreto» de Kruschev, en febrero de 1965. El discurso era demasiado largo para que incluso el propio Kruschev lo aprendiese de memoria, y más de cien personas lo habían oído. Nosotros nos lanzamos tras él y obtuvimos un ejemplar por medios secretos. El Departamento de Estado facilitó el texto y el «New York Times» lo publicó entero. Las repercusiones llegaron a todos los puntos del planeta y fueron particularmente

importantes en el bloque comunista. Los soviéticos no pudieron negar la autenticidad del texto que habíamos hecho público y el efecto sobre muchos de los países satélites fue profundo. Fue el comienzo de las divisiones dentro del comunismo. Si uno se fija un blanco preciso y se lanza sobre a, puede hacer cambiar el curso de la Historia.

Otro observador se declaró inquieto por la cuestión debatida anteriormente de la utilización creciente de instituciones privadas. Lo que más desmoralizaba en el mundo universitario era la sensación de inseguridad acerca de instituciones con las que estaban relacionadas personas concretas. Es un hecho grave infiltrarse en instituciones del país cuando se registra una pérdida generalizada de confianza.

Se hizo notar que la próxima sesión, el 15 de febrero de 1968, estaría dedicada a las relaciones con instituciones privadas.

Para un observador presente, una parte de esta solución se encontraría en el proceso político, que comprendería unos contactos extragubernamentales en la esfera de la acción política.

Respondiendo a una consulta, se volvieron a citar los distintos tipos de información secreta según su importancia. El más valioso era el reconocimiento aéreo; luego el espionaje de las comunicaciones electrónicas; después el espionaje tradicional.

Nos hemos olvidado, se observó, de la fuente más importante de todas, a saber, los datos libremente accesibles.

La reunión se dio por terminada a las 9,15 de la noche y se recordó que la próxima estaba señalada para el 15 de febrero.

Transcriptor: WILLIAM R. HARRIS

VICTOR MARCHETTI (a la derecha) y JOHN D. MARKS unieron sus fuerzas para escribir este libro en 1972. Marchetti es un veterano funcionario de la CIA —catorce años de servicio en la Agencia le dan esa categoría—, donde sirvió en primer lugar como especialista en asuntos militares soviéticos, llegando a ser secretario ejecutivo del subdirector de la misma: tras abandonar la CIA en 1969, escribió una novela titulada *The Rope Dancer* (*La soga danzarina*, literalmente). Marks se incorporó al Departamento de Estado en 1966. Trabajó como analista, más adelante como secretario del director de información hasta que se retiró, en 1970, para convertirse en secretario ejecutivo del senador Clifford Case, de New Jersey.

Notas

[*] El nombre oficial de esta sección de la CIA es Dirección de Operaciones (hasta comienzos de 1973, Dirección de Planes), pero se le conoce dentro de la agencia con la denominación, más apropiada, de Servicios Clandestinos. Algunos miembros del Congreso y ciertos periodistas lo llaman «Departamento de las Malas Artes», expresión que el personal de la CIA no ha utilizado nunca. <<

[**] Nueve años más tarde, Laurence Stern, del «Washington Post», había revelado finalmente el gran esfuerzo clandestino realizado por la CIA en las elecciones chilenas de 1964. El periodista citaba las palabras de un funcionario de los servicios secretos de los Estados Unidos, que ocupaba un puesto estratégico: «La intervención del Gobierno de los Estados Unidos en Chile fue escandalosa y casi indecente.» Según Stern, tanto el Departamento de Estado como la Agencia para el Desarrollo Internacional (Agency for International Development, AID) ayudaron a la CIA a canalizar hacia el país hasta 20 millones de dólares y uno de los conductos utilizados para distribuir estos fondos fue una organización aparentemente privada denominada International Development Foundation. <<

[*] Esta y otras citas que se reproducirán de las palabras pronunciadas por Bissell proceden de la minuta oficial de la reunión. Dicha minuta no cita literalmente a Bissell, sino que más bien comenta sus observaciones. <<

[*] El apéndice titulado «Las concepciones de Bissell» contiene la lista completa de los participantes, así como la minuta ya publicada de la reunión. <<

[*] Samuel Gompers (1850-1929), líder sindicalista norteamericano, fundador y presidente hasta la muerte de la American Federation of Labor. *(N. del T.)*. <<

[*] Tampoco se incluye el personal de la guardia que protege los edificios e instalaciones de la CIA y de los servicios de mantenimiento y limpieza, ni los empleados de los restaurantes y cafeterías de la agencia. La mayoría de este personal depende de la administración de servicios generales. <<

[*] Los intentos de introducir en un ordenador la lista completa del personal de la CIA se malograron y acabaron por irse a pique debido a la oposición del director, Helms, según el cual representaban un peligro para la seguridad de las operaciones. <<

[*] Casi 5.000 empleados de la CIA están destinados en el extranjero; la mayoría de ellos (del 60 al 70%) pertenecen a los Servicios Clandestinos. Los restantes son, en un tanto por ciento muy elevado, operadores de los servicios de comunicaciones y personal de otros servicios de apoyo operativo. <<

[**] No incluye el fondo especial de imprevistos del director. <<

[*] Las inversiones del grupo de la CIA en compañías con intereses en el extranjero plantean varias cuestiones interesantes sobre la posible información «confidencial» que poseía la agencia. ¿Se habría desprendido el grupo de la CIA de sus posibles participaciones en la Anaconda Copper en 1970, cuando la agencia se dio cuenta de que sus esfuerzos clandestinos para impedir la llegada de Salvador Allende a la Presidencia de la República de Chile habían fracasado? O bien, en 1973, cuando el director John Schlesinger decidió permitir que William Broe, ex jefe de la división para el hemisferio occidental de los Servicios Clandestinos, prestara testimonio ante el comité senatorial para las relaciones exteriores y explicara los intentos de la ITT de arrastrar a la CIA a actuar contra Allende, ¿no se sintió tentado acaso el grupo de inversiones de vender los títulos de la ITT (si los tenía en su cartera)? <<

[*] Estos analistas superiores reciben la denominación de oficiales de la información nacional (a veces, sus colegas de los servicios de información les llaman «los Sabios»). Este grupo ha reemplazado la junta de evaluaciones nacionales, que era un cuerpo de funcionarios más numeroso y más rígidamente organizado, responsable de supervisar la preparación de las valoraciones nacionales. <<

[*] Los gustos del presidente Johnson en materia de información eran muy poco corrientes. Un antiguo alto funcionario del Departamento de Estado suele contar que, en cierta ocasión, asistió a una reunión celebrada en la Casa Blanca, terminada la cual se quedó con el Presidente para despachar un asunto. Entonces, LBJ le hizo escuchar una grabación magnetofónica (seguramente una de las realizadas por el FBI) de Martin Luther King en una situación bastante comprometedora. <<

[*] Agencia dependiente del Departamento de Defensa. <<

[*] Agencia dependiente del Departamento de Defensa. <<

[*] Agencia dependiente del Departamento de Defensa. <<

[*] Agencia dependiente del Departamento de Defensa. <<

[*] Agencia dependiente del Departamento de Defensa. <<

[*] Aunque en una situación de crisis, como en el caso del cumplimiento del alto el fuego árabe-israelí de 1970, Henry Kissinger y a veces el propio Presidente pueden fijar personalmente las normas que hay que seguir. En este caso **(CENSURADO)**. <<

[**] Ciertos informes secretos se facilitan normalmente a algunos países amigos, sobre todo a los de habla inglesa, basados en los amados acuerdos de información concertados entre el DCI y sus equivalentes extranjeros. Aunque estos acuerdos comprometen al Gobierno de los Estados Unidos a la realización de actos específicos sujetos a leyes internacionales, no han sido jamás sometidos a la aprobación del Senado de los Estados Unidos en calidad de tratados. En realidad se negocian y entran en vigor en un secreto total y ningún miembro del comité senatorial de Relaciones Exteriores ha visto jamás un acuerdo de esos, ni siquiera a efectos de información. <<

[*] El Pentágono sostenía que no había bastantes fondos reservados en el presupuesto para alcanzar el nivel de detección en la escala de Richter que había sido fijado en las directivas de la USIB y que la rebaja de las normas exigidas no haría sino reflejar la realidad económica. El Departamento de Estado arguyó, en cambio, que esta rebaja podría suscitar críticas contra los servicios de información en el sentido de que no habrían hecho todo lo posible para lograr una prohibición total de las pruebas nucleares… la cual en última instancia dependería de que ambos bandos estuvieran seguros de que las infracciones de la otra parte podrían detectarse. Helms (DCI) apoyó al Departamento de Estado, Pero la victoria alcanzada por los civiles era pírrica, pues el DCI no tenía ningún poder para conseguir que el Pentágono se gastase realmente más dinero en la investigación sísmica destinada a poder lograr el nivel de detección fijado por la USIB. <<

[*] Siendo coronel, a finales de la década de los sesenta, Graham estuvo a punto de dejar el Ejército y aceptar una oferta para entrar en la CIA. A principios de 1973, el DCI James Schlesinger se lo volvió a llevar a la agencia, sin que perdiera su condición de militar, para que trabajara en las valoraciones militares. Graham era un personaje popular en los pasillos de la CIA, donde era conocido como el oficial bromista que había colgado el dibujo de una bayoneta sobre su mesa de trabajo con un cartel que decía: «El arma del futuro». <<

[*] La posición de la INR en el seno de esa comunidad ha subido de categoría recientemente a causa de la llegada de Henry Kissinger a la secretaría del Departamento de Estado; Kissinger nombró director de la INR a William Hyland, que durante largo tiempo había desempeñado el cargo de subdirector y es ex funcionario de la CIA. <<

[*] Las ciento setenta Becas Rhodes fueron dotadas por John Cecil Rhodes (1853-1902), político y colonizador inglés (colonizó la actual Rhodesia). Están destinadas a jóvenes del Imperio Británico, de los Estados Unidos y de Alemania para que estudien en Oxford. *(N. del T.)*. <<

[*] Algunos productos de la información no eran valorados en absoluto y a consecuencia de ello la lengua inglesa se enriqueció con un nuevo concepto: el «pie lineal de archivador». En la jerga usada en el Pentágono, eso significa la cantidad de papel necesaria para llenar un archivador de un pie de fondo. En 1969, el comité de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes anunció en uno de sus informes que sólo en las cajas fuertes de la oficina del Sudeste de Asia de la DIA había 517 pies lineales de archivador con material de investigación en bruto y sin analizar. <<

[*] El periodista Tad Szulc, que entonces trabajaba para el «New York Times», recuerda que, después de la expedición contra Son Tay, un funcionario de la CIA se puso en contacto con él para hacerle patente el hecho de que la agencia no había intervenido en la operación y que la información errónea procedía de los servicios de espionaje militar. <<

[*] Este fenómeno de «adhesión emotiva» es bastante frecuente entre quienes trabajan en la clandestinidad, sobre todo en el campo de las operaciones especiales. Los oficiales que se dedican a operaciones especiales acostumbran a sentir una profunda necesidad psicológica de pertenecer a algo, de creer en alguna cosa. Esta tendencia, junto con los peligros y las penalidades que arrostran con buen ánimo, les lleva a veces a apoyar causas perdidas y a perseguir objetivos inasequibles. <<

[*] Thomas Ross y David Wise, *La CIA: el gobierno invisible*, Barcelona. <<

[*] Allen Pope, el piloto derribado y capturado por el Gobierno indonesio durante esta operación, pertenecía a la CAT. Seis meses después de ser puesto en libertad, en 1962, entró a trabajar en otra compañía propiedad de la CIA, la Southern Air Transport. El abogado de la Southern en aquel momento era un tal Alex E. Carlson, que solamente un año antes era también abogado de la Double-Chek Corporation, cuando esta última compañía de la CIA había proporcionado los pilotos que intervinieron en la operación de la bahía de los Cochinos. <<

[*] Arnold Dibble, ex director de relaciones públicas de la CAT, escribió en la edición del 11 de mayo de 1968 de la «Saturday Review»: «En un accidente bastante sospechoso que sufrió un C-46 perdieron la vida cincuenta y siete Personas, entre las que se encontraba el hombre quizá más rico de Asia, el magnate del cine malayo Dato Loke Wan Tho, y varias *starlets* de sus estudios, los Cathay. Las circunstancias de este accidente aún no están claras; lo que se sabe no ha sido dado a la publicidad, ya que sobre ello se ha corrido un velo oficial y quizás oficioso. Por ejemplo, nadie ha explicado oficialmente la intervención que tuvieron en el suceso dos militares, al parecer dementes, que viajaban a bordo del avión siniestrado; estos individuos habían robado dos manuales de identificación de radar (cuyo tamaño es parecido al del catálogo de una casa de ventas por correo) en las islas de los Pescadores y los habían vaciado con una cuchilla de afeitar, de modo que en cada uno de ellos se pudiera esconder una pistola del calibre 45. Se encontraron los manuales y una de las pistolas, pero las pruebas quedaron inservibles a causa del incendio que siguió al accidente y quizá también porque la investigación se realizó de un modo deficiente. Nunca llegó a determinarse con certeza si las armas habían sido disparadas o no.» <<

[*] El reactor de la CAT que se estrelló en Formosa en 1968 había sido alquilado a la Southern Air Transport. <<

[*] Este informe era mucho más explícito en la recomendación de una línea política para los Estados Unidos que cualquier otro documento preparado con anterioridad por la junta de evaluaciones nacionales. El miembro de dicha junta que estuvo encargado de preparar el informe señalado había sido jefe de división y encargado de estación en los Servicios Clandestinos. Tanto él como sus colegas esperaban, al parecer, que su opinión tendría una influencia directa sobre las futuras operaciones encubiertas de la agencia en América Latina. <<

[**] Cuando, en 1973, la CIA intentó vender la Southern, en el inventario de la compañía sólo aparecían tres aviones propulsados por hélice. No consta lo que ocurrió con los reactores en cuestión, pero se puede afirmar casi con seguridad que han sido traspasados de algún modo a otra «propiedad» de la CIA mejor enmascarada. <<

[*] Uno de los asaltantes del Watergate, E. Howard Hunt, fue interrogado en 1973 sobre la falsificación de un cable del Departamento de Estado, de la que era autor; dicho telegrama falso relacionaba directamente a la Administración Kennedy con el asesinato de Ngo Dinh Diem, presidente del Vietnam del Sur. «A fin de cuentas —declaró Hunt al fiscal federal—, durante los años que pasé en la CIA me enseñaron precisamente a hacer estas cosas… a lanzar informaciones de prensa falsas, telegramas y cosas así.» <<

[*] Una característica particularmente falaz de la operación de RFE era —y es todavía — la campaña anual de recogida de fondos que se realiza en los Estados Unidos. Bajo los auspicios del Advertising Council —organización Profesional de los publicitarios norteamericanos—, RFE solicita donativos dejando entender claramente que si e] público norteamericano no da dinero la emisora no podrá seguir funcionando y la «verdad» ya no podrá llegar a Europa Oriental. En 1969, por ejemplo, aunque la campaña contó con un tiempo de publicidad gratuito valorado entre 12 y 20 millones de dólares, no llegaron a recaudarse ni siquiera 100.000 dólares de un público que, realmente, no parecía demasiado preocupado por la cuestión. <<

[*] Publicado por Prensa Española. Se trata del primer tomo de las memorias de Kruschev, que llegan hasta que el líder soviético se hace cargo del poder. *(N. del T.)*. <<

[*] En ocasiones, el desertor pasa a trabajar para la CIA como traductor, experto en interrogatorios, analista de contraespionaje, etc., en los Servicios Clandestinos. <<

[*] Este sistema de retener la información dentro incluso de las esferas oficiales por razones de seguridad no constituye ninguna novedad en el campo del espionaje. El comité conjunto del Congreso que realizó una encuesta sobre el ataque japonés a Pearl Harbor descubrió que «se dio más importancia al hecho de haber descifrado el código secreto japonés que a la información que se obtenía de los mensajes interceptados. De ese error inicial se derivó el hecho de que gran número de altos funcionarios de Washington ignoraban completamente la información más pertinente que hacía referencia al japón». <<

[*] David Kahn, autor de un estudio de carácter definitivo sobre la criptología moderna, el libro titulado *The Code Breakers* («Los descifradores»), explicó en la edición del «New York Times» correspondiente al 22 de junio de 1973 por qué razones la NSA había tenido tan poca fortuna —y por qué seguiría teniéndola— al descifrar los sistemas avanzados de comunicación, como el que usan los soviéticos: «Durante la última década aproximadamente —declaró Kahn— la criptología ha cambiado y actualmente se usan sistemas que son indescifrables en la práctica, aunque no lo sean de un modo absoluto. Se basan esencialmente en programas matemáticos para unas máquinas cifradoras parecidas a computadoras. Engendran tantas posibilidades que, incluso disponiendo de montañas de mensajes interceptados y de docenas de ordenadores para mezclarlos y agitarlos, los criptoanalistas no es probable que hallen la solución, aunque pasaran miles de años en ello. Además, las fórmulas están construidas de tal manera que aun cuando el criptoanalista se halle en la situación ideal (que disponga del texto sin cifrar de uno de los criptogramas extranjeros), no puede reconstruir la fórmula comparando el uno con el otro para luego utilizarla en descifrar el siguiente mensaje.» <<

[*] Por lo visto, este sistema fue del agrado del presidente Nixon y por ello dio su aprobación en 1970 al llamado «plan Huston» de espionaje interior, que fue conocido públicamente con motivo del escándalo del Watergate. El plan Preveía el robo con escalo de las embajadas extranjeras en Washington, ya Que «con esta técnica sería posible apoderarse de material con la ayuda del cual la NSA puede descifrar los códigos criptográficos extranjeros. Gastamos millones de dólares tratando de descifrar los códigos con máquinas. Una penetración subrepticia nos permitiría obtener el resultado deseado sin gastar un dólar». Es posible que el plan Huston hubiera sido eficaz contra los países del Tercer Mundo, cuyos sistemas criptológicos son poco perfeccionados, pero no es probable que el resultado fuera el mismo en el caso de las grandes Potencias… aunque los robos tuvieran éxito. David Kahn explica por qué: «No importa que los libros de códigos sean fotografiados, [porque] en la actualidad Jos secretos de la cifra residen en circuitos electrónicos, algunos de ellos integrados en la cabeza de un alfiler o bien incorporados en un panel para circuitos impresos que puede tener hasta quince capas.» <<

[*] En la CIA, es creencia común que el *staff* de CI parte de la base de que la agencia —así como otras organizaciones gubernamentales de los Estados Unidos— se halla infiltrada por la KGB. Se dice que el jefe del citado *staff* tiene una lista de una cincuentena de cargos clave de la CIA que han sufrido con mayores probabilidades la penetración de los servicios secretos enemigos, y que las personas que ocupan dichos cargos se hallan constantemente vigiladas. Algunos funcionarios especulan con la idea —en la que unos pocos creen firmemente— de que la única explicación posible del fracaso relativo de la CIA en el reclutamiento de agentes soviéticos y del poco éxito, en general. de sus operaciones de espionaje clásico contra la URSS, es que los agentes de la KGB infiltrados en la agencia desde hace años avisan con antelación a los servicios secretos soviéticos. <<

[*] En sus Memorias (repletas, sin lugar a dudas, de intoxicación informativa introducida por la KGB), Philby demuestra muy poco aprecio profesional hacia los servicios de contraespionaje de la CIA. Sin embargo, reconoce que fue un funcionario de la agencia (que, curiosamente, era ex agente del FBI), quien descubrió finalmente su impostura y le denunció a las autoridades británicas. <<

[*] Cuatro meses más tarde, llegó a manos del «New York Times» un memorándum redactado por un antiguo ayudante de la Casa Blanca, llamado Tom Charles Huston. Este documento contenía el esbozo de un plan destinado a vigilar a ciudadanos norteamericanos en el interior de] país, que había sido aprobado por el presidente Nixon el 15 de julio de 1970 y anulado por el propio Presidente cinco días después. Huston facilitaba la relación de una serie de reuniones mantenidas con altos funcionarios del FBI, la CIA, la DIA, la NSA y los servicios secretos de los tres Ejércitos, y escribía: «Emprendí estas gestiones temiendo que la CIA se negara a cooperar con nosotros. Sin embargo, en realidad Dick Helms se mostró dispuesto a prestamos toda la ayuda posible.» De acuerdo con el memorándum de Huston, cuya autenticidad ha sido confirmada por la Casa Blanca, estaba previsto de antemano, pues, que la CIA Participara plenamente en el plan de vigilancia. <<

[*] Los Servicios Clandestinos tenían simpatizantes por todas partes. H. R. Haldeman, en un memorándum secreto que se hizo público durante las sesiones del Senado dedicadas al asunto del Watergate, escribía: «Es necesario que nuestra gente haga correr la noticia de que se utilizó dinero extranjero y de procedencia comunista para ayudar las manifestaciones contra el Presidente en 1972.» <<

[*] El interés mostrado por la agencia hacia la cuestión de las drogas no era pasajero; uno de los funcionarios de la CIA recibió el encargo de viajar por América Latina para comprar toda clase de drogas alucinatorias que pudieran tener alguna aplicación en las actividades y operaciones de espionaje. <<

[*] En realidad, el coste total de la guerra se acercaba a los 500 millones de dólares al año, pero la mayor parte de esta cantidad era pagada por otras agencias, como el Departamento de Defensa y la AID. <<

[*] El propio Colby admite que se cometieron graves abusos durante la ejecución del programa Phoenix. Varios antiguos funcionarios de los servicios secretos han citado, ante comités del Congreso y en otras instancias, numerosos ejemplos de empleo de la tortura y de otras prácticas repugnantes por parte de los ejecutores del programa. Sin embargo, según escribió David Wise en el «New York Magazine», el 1 de julio de 1973: «Ni uno solo de los amigos y vecinos de Colby, ni siquiera quienes le atacan en el Congreso, podrían llegar a imaginarse, aunque se esforzasen mucho, a Bill Colby aplicando unos conductores eléctricos a los órganos genitales de un hombre y haciendo girar Personalmente la manivela. *Bill Colby no… Ha estudiado en Princeton*». <<

[*] Dado que en el Vietnam había 500.000 norteamericanos, todos los cuales utilizaban piastras vietnamitas, y teniendo en cuenta el caos reinante en el sistema bancario del país, la CIA podría haber obtenido con facilidad dinero «estéril» (es decir, de procedencia no identificable) sin tener que recurrir al mercado negro. <<

[*] En Vietnam, la CIA hizo caso omiso incluso de una orden de la Administración Johnson que no admitía excepciones: que todos los automóviles adquiridos por organismos oficiales estadounidenses tenían que ser obligatoriamente de fabricación norteamericana. Mientras que el personal del Departamento de Estado y de la AID se veía forzado a navegar por las estrechas calles de Saigón a bordo de Chevrolets y Plymouths gigantescos, en el parque móvil de la agencia abundaban los Toyota de fabricación japonesa, mucho más pequeños y más prácticos. <<

[*] Esta obsesión por el secreto llega a veces a extremos ridículos. Las medallas secretas que se conceden en premio de una actuación sobresaliente no pueden ostentarse ni mostrarse fuera de la agencia. Incluso los trofeos deportivos —ganados en los campeonatos internos de bolos, de softball, etc.— sólo pueden exponerse dentro del santuario que constituye el edificio de la sede central. <<

[*] A pesar de todo, la instrucción que se había dado a esta mujer demostró más tarde su utilidad cuando, mientras desempeñaba su primer destino en el extranjero como falsa secretaria en una embajada, se le encomendó la misión de vigilar una casa de pisos disfrazada de mujer árabe. <<

[*] El almirante Thomas Moorer, que acababa de ser nombrado para este cargo, era la primera vez que asistía a una reunión del Consejo de Seguridad Nacional como presidente de la junta de jefes. El presidente Nixon hizo notar esta circunstancia, presentándolo a los asistentes como «almirante Mormon». <<

[*] Algunas de las intervenciones fueron muy reveladoras. Al comienzo de la reunión, el secretario de Estado, William Rogers, hizo notar en broma, provocando la risa de los presentes, que quizá no era apropiado que se discutiera allí el tema en cuestión, puesto que algunos de los reunidos habían representado **legalmente a clientes del Sur de África en ocasiones anteriores. El vicepresidente Spiro Agnew Pronunció unas palabras en tono apasionado, diciendo que los sudafricanos, ahora que acababan de declararse independientes, no estaban dispuestos a dejarse atropellar y luego comparó Sudáfrica a los Estados Unidos en sus primeros tiempos. Por último, el Presidente se inclinó hacia Agnew y dijo amablemente: «Te refieres a Rhodesia, ¿verdad, Ted?»**. <<

[*] Al parecer, durante esos años, la idea de asesinar a Castro fue tomada en consideración repetidas veces por la CIA. E. Howard Hunt pretende que él la recomendó antes del desembarco en la bahía de los Cochinos, pero que no le hicieron caso. En noviembre de 1961, el presidente Kennedy se refirió a esta cuestión en una conversación privada que sostuvo con Tad Szulc, que entonces trabajaba para el «New York Times». Kennedy le preguntó al periodista: «¿Qué pensaría usted si los Estados Unidos mandaran asesinar a Castro?» Al responderle Szulc que le parecía una idea muy poco acertada, Kennedy dijo: «Me alegro de que sea usted de esa opinión, porque continuamente me llegan sugerencias en este sentido y, en cambio, yo creo firmemente que los Estados Unidos no deben recurrir al asesinato político». Lyndon Johnson le dijo a su antiguo ayudante Leo Janos, según un artículo aparecido en el número de julio de 1973 de la revista «Atlantic»: «La verdad es que en el Caribe habíamos montado una sociedad anónima dedicada al asesinato.» Janos daba más detalles: «Un año antes del asesinato de Kennedy, aproximadamente. se formó en La Habana un equipo, apoyado por la CIA, para llevar a cabo el asesinato. Johnson especulaba con la idea de que lo de Dallas había sido una represalia por aquel intento fracasado, aunque nunca pudo probarlo». <<

[*] Precisamente cuando estaba empezando la nueva ola de vuelos de aviones U-2 sobre Cuba, el 9 de octubre de 1962 los chinos del continente derribaron, utilizando un cohete SAM, un avión de este tipo, de la CIA, pilotado por un aviador de la China nacionalista. Un proyectil de la misma clase había abatido a Francis Gary Powers sobre el cielo soviético dos años antes y derribaría un avión de las Fuerzas Aéreas sobre Cuba a finales de octubre, durante los momentos culminantes de la crisis cubana. <<

[*] El senador Stuart Symington ha llamado la atención sobre el hecho de que los cuentos de miedo sobre el poderío militar soviético aparecen en Washington cada primavera, cuando se preparan los presupuestos en el Congreso, con la misma regularidad con que florecen los cerezos. <<

[*] Beecher, que durante muchos años fue redactor para asuntos del Pentágono del «New York Times», dejó el periódico a comienzos de 1973 para pasar a ocupar el cargo de segundo secretario adjunto de Defensa para Asuntos Públicos. Lo curioso es que el artículo escrito por él en 1969 sobre los bombardeos secretos norteamericanos en Camboya y las noticias que dio cu 1971 acerca de la posición negociadora norteamericana en las conversaciones SALT, que constituía materia reservada, fueron dos de las razones que, junto con la filtración de los «papeles del Pentágono» (mucho más importante, desde luego), movieron a la Administración Nixon, según se dijo oficialmente, a formar, en junio de 1971, el grupo de los llamados «fontaneros» de la Casa Blanca, que tenían la misión de poner fin a las revelaciones no autorizadas a la prensa. <<

[*] En realidad, los delegados norteamericanos en las SALT fueron tan explícitos en sus descripciones del potencial balístico soviético, que en un momento dado, según explica John Newhouse en su libro *Cold Dawn* («El frío amanecer), el general soviético de graduación más elevada se dirigió discretamente a uno de los militares norteamericanos para rogarle que los Estados Unidos no dieran a los negociadores civiles soviéticos tantos detalles sobre los cohetes *soviéticos*. <<

[*] La afirmación de Colby de que estos comités fueron informados está en desacuerdo total con las declaraciones efectuadas en 1971 por el senador Allen Ellender, ya fallecido, ex presidente del comité de Asignaciones Presupuestarias del Senado (citadas más adelante, en este mismo capítulo), quien dijo que él no tenía conocimiento alguno de la existencia del ejército «secreto» de 36.000 hombres organizado por la CIA en Laos. <<

[**] Estas disposiciones, junto con la práctica del Congreso de englobar disimuladamente el presupuesto de la CIA en las asignaciones destinadas a otros departamentos gubernamentales, es posible que constituya una infracción del requisito constitucional, según el cual «no se extraerá dinero de la Tesorería, sino en virtud de asignaciones hechas por ley; y periódicamente se publicará un estado regular y cuenta de los ingresos y salidas de los fondos públicos». Actualmente, se halla pendiente de resolución en los tribunales federales una demanda judicial (Higgs y otros contra Helms y otros) contra el secreto practicado por la CIA en cuestiones presupuestarias. <<

[*] Durante los últimos veinticinco años, este organismo ha sido denominado también Grupo Especial, Grupo 54-12 y Comité 303. El nombre ha cambiado al subir al poder un nuevo Presidente o bien cuando su existencia ha llegado a ser conocida públicamente. <<

[*] Además de Kissinger, actualmente son el subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, el subsecretario de Defensa, el director de la CIA y el presidente de la junta de jefes de Estado Mayor. <<

[*] La aprobación definitiva para los programas de acción encubierta es de la incumbencia, normalmente, del presidente del Comité de los 40… que continúa siendo Henry Kissinger, a pesar de haberse convertido en secretario de Estado. Aquél, a su vez, da cuenta al Presidente de la decisión adoptada y, si hay algún punto acerca del cual el comité se hallara en desacuerdo, el jefe del ejecutivo decide definitivamente. Aunque el Presidente revisa o autoriza en personas todas las intervenciones en los asuntos internos de otros países, nunca firma ningún documento al efecto. Al contrario, la responsabilidad recae sobre el Comité de los 40 y, si lo cree conveniente, el Presidente puede «desmentir con cierta verosimilitud» que estuviera enterado de cualquier actividad ilegal realizada en el extranjero. <<

[*] En febrero de 1974, los miembros de la PFIAB, además del almirante Anderson, eran: el Dr. William Baker, vicepresidente para asuntos de investigación de la Bell Telephone Laboratories; John Connally, ex gobernador de Tejas y ex secretario de la Marina y del Tesoro; Leo Cherne, director ejecutivo del Rescarch Institute of America; el Dr. John Foster, antiguo director de los servicios de investigación e ingeniería del Departamento de Defensa; Robert Galvin, presidente de la compañía Motorola; Gordon Gray, ex ayudante presidencial para asuntos de Seguridad Nacional; el Dr. Erwin Land, presidente de la compañía polaroid; Clare Boothe Luce, ex miembro del Congreso y ex embajadora; Nelson Rockefeller, antiguo gobernador de Nueva York; y el Dr. Edward Teller, físico nuclear y «padre» de la bomba de hidrógeno. <<

[*] Los temores de Anderson parecieron quedar parcialmente justificados, sin embargo, en 1971, cuando Mintoff provocó una minicrisis expulsando de la isla al comandante de la NATO y pidiendo mucho más dinero a la Gran Bretaña a cambio de las instalaciones que ésta poseía en el país. De una forma que recordaba el chantaje realizado por el Presidente de Chipre, el arzobispo Makarios, contra los servicios secretos norteamericanos algunos años antes, el Gobierno de los Estados Unidos se vio forzado a ayudar con varios millones de dólares a los británicos para que éstos pudieran pagar el alquiler más elevado que Mintoff exigió por las bases de Malta. <<

[*] Si bien es cierto que Helms, durante muchos años, facilitó informaciones confidenciales de actualidad y diversas evaluaciones a los comités del Congreso en sesiones informativas orales, la CIA se opuso oficialmente a un proyecto de ley presentado en 1972 por el senador John Sherman Cooper, de Kentucky, que hubiera permitido a los correspondientes comités disponer de datos del mismo tipo en forma de informes periódicos de la agencia. El proyecto de ley fue aprobado por el comité de Relaciones Exteriores, pero luego tropezó con la insalvable oposición del de las Fuerzas Armadas. El director en funciones, William Colby, declaró ante este último comité, en julio de 1973, que en su opinión, esta clase de información podría facilitarse de una manera extraoficial «sin necesidad de establecer leyes al respecto». <<

[**] Se sigue un procedimiento bastante parecido cuando un senador o un miembro de la Cámara de Representantes pide información por escrito individualmente a la CIA acerca de una operación encubierta. En lugar de contestar con otra carta, un representante de la agencia se ofrece para informar al legislador *personalmente* sobre el tema, a condición de que no se hallen presentes los miembros de su equipo personal de expertos. Este sistema coloca en clara desventaja al legislador, que acostumbra a ser un hombre muy ocupado y cuyos ayudantes, por lo general, están más familiarizados con el tema que él mismo… y que seguramente redactaron la carta de petición. <<

[*] Siete años después, el mismo subcomité haría una investigación sobre la ayuda prestada por los Servicios Clandestinos en 1971 a E. Howard Hunt y Gordon Liddy para sus operaciones como «fontaneros»; esta ayuda comprendía la cesión de muchos de los aparatos que tanto habían divertido a los senadores en 1966. <<

[*] Barnds había trabajado en la oficina de valoraciones nacionales de la agencia hasta que ingresó en el equipo asesor del Consejo de Relaciones Exteriores, a mediados de la década de los sesenta. En 1968 ejercía la función de secretario en la sesión del antedicho Consejo en la que Richard Bissell expuso su opinión sobre las operaciones encubiertas. <<

[*] Más recientemente, ha habido elementos de la CIA que se han hecho pasar por «periodistas» enviados a países extranjeros por publicaciones poco conocidas, que seguramente no podrían permitirse el lujo de pagarles sus salarios sin ayuda de la agencia. Stanley Karnow, antiguo corresponsal del «Washington Post» en Asia, explica: «Recuerdo un individuo que vino a Corea sin disponer aparentemente de medios de subsistencia. En teoría era corresponsal de un pequeño periódico de Nueva York. En un país donde se necesitan años para hacer unas cuantas amistades, estableció inmediatamente unos contactos excelentes y cenaba con el encargado de estación de la CIA. Todo el mundo sabía que trabajaba para la agencia». <<

[*] Según dijo Max Frankel, del «Times», en un artículo que publicó en el número de invierno de 1973 de «Columbia Forum», en el periódico se tenía aún la impresión de que el «Times» se había mostrado demasiado «flojo» cuando accedió a retener información sobre la operación de la bahía de los Cochinos, de modo que esta vez el periódico hizo prometer al Presidente que, mientras el «Times» se mantenía silencioso, Kennedy no «derramaría sangre ni se lanzaría a la guerra». Frankel hace notar que «no se llegó en ninguna otra ocasión posterior a un acuerdo análogo, aunque muchos funcionarios lo intentaran. El ingrediente esencial en aquella ocasión fue la confianza, y esto es una cosa que se perdió en algún lugar, entre Dallas y Tonkin». <<

[*] Se trata de la misma persona que más tarde ingresó en la ITT y envió el memorándum en el que se decía que el presidente Nixon había dado la «luz verde» a la intervención encubierta de los Estados Unidos en Chile. Véase más arriba, en la página 365. <<